



ABRIL CAMINO

IMPOSIBLE
CANCIÓN
DE AMOR

B

Imposible canción de amor

ABRIL CAMINO



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

A los que me entendieron cuando más lo necesitaba.

*Y, sobre todo, a los que no necesitaron hacerlo para respetarme.
Para quererme.*

Se rompió la cadena que ataba el reloj a las horas, se paró el aguacero ahora somos flotando dos gotas, agarrado un momento a la cola del viento me siento mejor, me olvidé de poner en el suelo los pies y me siento mejor.

Fragmento de *Dulce introducción al caos*,
de Extremoduro.

*Andábamos sin buscarnos,
pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.*

Rayuela,
Julio Cortázar.

Nota de la autora

Hay novelas en las que suenan canciones de fondo. Novelas en las que algunas canciones sirvieron de inspiración. Novelas en las que los protagonistas tienen una banda, género o estilo musical favorito. Y, luego, hay novelas que no se conciben sin su música. *Imposible canción de amor* es de estas últimas. La lista de reproducción nació mucho antes de que escribiera una sola línea, me inspiró durante meses y cada capítulo lleva por título una frase de la canción que suena en ese momento.

Me encantaría que escucharais estas canciones mientras leéis la novela y, con un poco de suerte, que sintáis que os transmiten algo parecido a lo que sentía yo mientras escribía con ellas de fondo la historia de una chica apasionada del *indie* y la música francesa y de un chico al que le gusta Extremoduro casi tanto como a mí. Para ello, he creado una lista de Spotify que podéis encontrar en mi perfil (abrilcamino), que recopila todos los temas que se mencionan en la novela.

Prólogo

Dulce introducción al caos

El día que aterricé en Madrid tras diez años de ausencia era viernes, el cielo tenía un color plumizo y mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Me he preguntado muchas veces qué habría sido de mí si hubiera tomado otras decisiones, si mis pasos y los de Hugo no se hubieran cruzado en aquel momento y aquel lugar, si mi hermana no me hubiera enviado un S.O.S. que me devolvía a la ciudad en la que había vivido cinco años de felicidad extrema, pero a la que nunca tuve intención de volver más que de visita.

Pero, sobre todo, me he preguntado en millones de ocasiones si habría dado la vuelta en la cinta de equipajes de haber sabido lo que estaba por venir. Si habría cogido esa maleta enorme en la que llevaba diez años trasladando mi vida de una punta a otra del mundo y habría comprado un billete con destino a cualquier lugar. A cualquiera en el que no me esperara un terremoto emocional que amenazó con hacer saltar por los aires los cimientos de mi estabilidad, mis principios y todo lo que yo había creído tener tan claro hasta entonces. O si, por el contrario, habría corrido, olvidando la maleta, la prudencia y la cordura, y habría hecho exactamente lo que hice entonces: chocar de frente, con la fuerza de un tren de mercancías, contra aquella realidad que la vida me puso en el camino.

Una realidad llamada Hugo.

Una realidad que empezó siendo una duda y acabó convertida en la mayor certeza que he tenido jamás.

PRIMERA PARTE

LA DUDA DE ADA

Esta casa es para dos

Cuenta la leyenda que, cuando John Lennon era niño, su profesora le preguntó qué quería ser de mayor y él respondió que quería ser feliz. La maestra le dijo entonces que no había entendido la pregunta, Lennon le respondió que ella no había entendido la vida, y la anécdota ha quedado para la historia convertida en uno de esos *memes* que retuiteamos por encima de nuestras posibilidades.

«¿Qué quieres ser de mayor?» me ha parecido siempre una de las preguntas más impertinentes que se le pueden hacer a una persona. En primer lugar, porque nunca me queda claro dónde se marca la frontera entre ser mayor o no serlo. En segundo lugar, porque siempre he tendido a admirar más a quien no tiene una respuesta clara a esa cuestión que a quien podría escribir en piedra su decisión sobre el resto de su vida. Y, en tercero, porque las mejores respuestas suelen ser las que más hacen arquear las cejas a quienes preguntan.

El caso es que yo tuve clara mi respuesta a esa pregunta a la tierna edad de veintiún años. Acababa de llegar de nueve meses de Erasmus en París, en los que solo volví a España para pasar una semana en Navidad por pura obligación, y había descubierto que había un mundo ahí afuera del que no quería perderme ni un centímetro cuadrado. Así que decidí que quería ser nómada.

«¿Qué quieres ser de mayor, Ada? Nómada». Tardé poco tiempo en dejar de decirlo en voz alta, porque a la gente o bien le daba la risita tonta o bien arqueaba las cejas pensando que era una pirada.

Quizá sí fuera una pirada, pero lo cierto es que lo conseguí. Dejé Madrid a los veintitrés años y viví en diecisiete ciudades diferentes en la siguiente década. Siempre con las maletas a medio deshacer, acumulando experiencias y aprendiendo a vivir con un mínimo de pertenencias: mi portátil, algunas fotos y recuerdos en una caja y un teléfono móvil que me mantenía en contacto

permanente con la única persona del mundo a la que quiero por encima de todas las cosas: mi hermana Cloe.

Y Cloe fue precisamente la razón de que regresara a Madrid. Con treinta y tres años cumplidos, en un momento en que me apetecía un cambio profesional y empezaba a cansarme de la vida en Estados Unidos, el último país en el que había recalado, recibí la llamada que, de forma indirecta, cambió mi vida para siempre.

También era ella quien me esperaba al otro lado de la puerta de llegadas del aeropuerto. Y, si dos semanas de conversaciones telefónicas constantes me habían dejado claro que la perfecta vida de mi hermana acababa de saltar por los aires, su imagen al otro lado de la barrera metálica que nos separaba me rompió el corazón. Cloe, siempre tan coqueta, siempre preocupada por seguir las últimas tendencias, siempre con su maquillaje perfecto, su pelo planchado, su ropa de firma..., me recibía después de siete meses sin vernos con un chándal viejo, una coleta despeinada y los ojos más apagados que le había visto en los treinta y un años que llevábamos adorándonos.

—Ada... —Solté mi maleta sin preocuparme de que cayera al suelo, en el momento en que sentí sus brazos rodeándome la cintura con fuerza y sus sollozos sordos clavándose en mi pecho.

—Tranquila, Cloe. Estoy aquí, ¿vale? Estoy aquí y todo va a salir bien.

Me creí mi propia mentira porque así sería más sencillo para ambas sobrevivir a lo que se nos avecinaba. Porque el mal de amores más espantoso del que había tenido noticia en toda mi vida podía parecer algo privado de mi hermana, pero yo sabía ya entonces que solo juntas podríamos superarlo.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy? —quiso saber, mientras esperábamos un taxi disponible en la salida de la terminal—. ¿O es tan evidente que estoy fatal?

—¿Necesitas que te responda a eso? —Le dediqué una sonrisa triste y no pude evitar limpiar de sus mejillas el rastro de las lágrimas secas que ya no sabía si había derramado por la emoción de nuestro reencuentro o por el desastre emocional en el que se había convertido su vida en las últimas semanas. Cambié de tema para que los derroteros no tocaran tan pronto el tema del desamor—. Cuando dijiste que vendrías a recogerme, pensaba que hablabas de traer tu coche. Si no, podría haber cogido un taxi yo sola.

—No aguantaba un segundo más sin verte. Me habría vuelto loca esperándote en el piso. Además...

—¿Qué? —le pregunté, intrigada, por un lado, pero también satisfecha al comprobar que seguía conociendo el significado de cada uno de sus gestos. Y el que tenía en ese momento hablaba de una confesión que a mí no me iba a hacer gracia.

—Le he dejado el coche a Luis. Yo... ni siquiera conduzco desde hace años, así que no lo quería para nada.

—¿A tu abogada le ha parecido bien que lo hicieras? —le pregunté, arqueando una ceja por la incredulidad.

—No se lo he dicho. No sé... —Llegó nuestro turno de coger el taxi y Cloe aprovechó la ocasión para zanjar el tema. Por el momento—. No sé todavía muy bien lo que hago, Ada. No me exijas, por favor. Solo hace dos semanas que se ha acabado.

No sé si consiguió que callara su tono de voz, rasgado por un llanto que amenazaba con reaparecer, o que a mí me apeteció distraerme un rato más en su presencia, fingiendo que no había dejado atrás toda mi vida para correr a su lado, para ayudarla a superar un divorcio que amenazaba con destruir todo aquello que mi única hermana siempre había tenido: amor incondicional, confianza en sí misma, estabilidad emocional.

Cloe y yo siempre hemos sido como las dos caras de una misma moneda. Desde niñas. Siempre tuvimos sueños diferentes, siempre afrontamos las dificultades con actitudes opuestas. Yo crecí con sueños de libertad, de inconformismo y nunca hubo nada más importante para mí que mi propia convicción de que nada me cortara las alas. Ni siquiera el amor. Cloe era dulce, soñadora, romántica. Imaginaba cuentos de hadas, y el suyo se hizo realidad pronto. Como el mío, por muy diferente que fuera en su concepción.

Solo había algo en lo que las dos coincidíamos, en lo que no dudábamos: que siempre tendríamos un lugar de excepción en la vida de la otra. Yo podría convertirme en el ser más independiente del planeta y recorrer el mundo sin más compañía que la de una mochila, pero siempre habría un hueco en mi saco de dormir para alojar a Cloe todo el tiempo que ella quisiera compartir conmigo esa vida bohemia que no parecía atraerla demasiado. Y yo tendría una habitación reservada todo el año en el castillo en el que ella viviera su cuento de hadas junto al príncipe azul que tuviera la suerte de que ella lo eligiera. Sería una espectadora de primera fila de su felicidad, por más que ese amor incondicional y ese compartir todo con otra persona fuera una idea muy alejada de aquello en lo que creía.

Éramos muy niñas cuando nos dimos cuenta de que siempre seríamos la persona más importante en la vida de la otra, y solo unas adolescentes cuando lo dijimos en voz alta por primera vez. Después llegó Madrid, las vivencias universitarias compartidas, la aparición de Luis como ese príncipe de cuento que llegó a hacerme creer que jamás rompería el corazón de mi hermana... y, diez años después de mi marcha, el regreso al punto de partida.

* * *

El olor a lavanda con el que me recibió el piso de Chueca lanzó una oleada de nostalgia inesperada a mis sentidos. Cabeceé un poco, sin que Cloe llegara a darse cuenta, porque la añoranza no era precisamente un sentimiento al que acostumbrara a abandonarme, y porque he odiado el olor a lavanda desde que tengo uso de razón. De hecho, esa fue la causa de que Cloe empezara a inundar la casa con ambientadores de todo tipo con esa fragancia. Velas, incienso, *mikados* y hasta uno de esos dispensadores automáticos que amenazaba con provocarme un infarto cada vez que se activaba. Era la época en la que yo aún fumaba, y Cloe decidió combatir un olor que odiaba con otro que odiara yo. Al final, no fueron sus tretas las que consiguieron que lo dejara ni yo logré que ella se desenganchara de un aroma que ya se había convertido en una parte inseparable de nuestra casa.

Hacía más de dos años que no ponía un pie en aquel pequeño apartamento que había sido nuestro hogar durante los años universitarios, pero nada había cambiado. Las paredes blancas y grises, las estanterías repletas de libros, entre los que distinguí mis novelas negras y las de ficción histórica que llevaban allí abandonadas desde que Cloe estuvo obsesionada con ese género en los últimos años de instituto, los muebles a medio camino entre lo funcional y lo retro, los rincones que parecían sacados de Pinterest, antes incluso de que existiera esa red social... y el olor a lavanda, claro.

Habíamos encontrado aquel apartamento cuando yo había empezado la carrera de Filología Árabe y Hebrea en la universidad; se lo alquilamos a unos señores mayores que no parecían tener la decoración entre sus aficiones. Vivimos un par de años haciendo pequeñas reformas, con el exiguo presupuesto con el que contábamos, hasta que pudimos comprar el piso e invertir en él la herencia que nos había dejado nuestro padre.

En mis últimas visitas a Madrid, me había alojado en el adosado que compartían Cloe y Luis en una ciudad dormitorio de las afueras, y solo necesité cinco minutos en aquel piso diminuto de la calle Barquillo para entender que, por mucho que yo llevara una década huyendo del concepto de hogar, siempre había tenido uno en Madrid.

—He estado durmiendo en la que era mi habitación, pero, si quieres, podemos cambiar. Elige la que tú prefieras —me dijo Cloe, con la boquita pequeña, y ese simple gesto me confirmó que se sentía culpable por haber precipitado mi regreso a Madrid.

—Me quedo con la mía de siempre. —Le sonreí y le acaricié el pelo. Sus ojos reflejaban una tristeza que rayaba en desolación, y supe que me quedaría con ella todo el tiempo que necesitara mi presencia a su lado—. ¿Hay algo en la nevera? Llevo algo así como cien horas metida en aviones y podría comerme un elefante.

—No he estado alimentándome muy bien precisamente... —Se mordió el labio inferior, no sé si reprimiendo una sonrisita o avergonzada de verdad por sus hábitos alimenticios, que siempre habían sido su gran caballo de batalla—. Hay helado, donuts, chocolate y cualquier marca de galletas que se pueda encontrar en un supermercado.

—¿Hay Oreo?

—Por supuesto.

—Helado y Oreo me parece la perfección.

Una ducha y media hora después, nos encontrábamos las dos sentadas en el enorme sofá gris del apartamento, el único mueble de un tamaño decente que habíamos sido capaces de encajar en el piso cuando lo redecoramos. Cloe, ataviada con un pijama con dibujos de cactus; yo, con uno similar lleno de flamencos rosas. En nuestros regazos, dos tarrinas de helado y, en medio de nosotras, una caja de tamaño industrial de galletas. No estábamos en el paraíso emocional, pero rozábamos con los dedos el alimenticio.

—No sé nada de él desde hace cuatro días. Cuatro días, Ada. —La voz de Cloe se rompió cuando empezó a narrarme las últimas novedades de su separación de Luis. Desde la llamada en plena madrugada que había recibido dos semanas antes con la noticia, mi hermana había ido comentándome cada pequeña actualización, pero yo había pasado las cuarenta y ocho horas anteriores metida en aviones y aeropuertos, así que suponía que algo me habría perdido—. Hemos estado trece años sin separarnos más de una semana,

hablando a diario, enviándonos wasaps cada minuto... y, de repente, hace cuatro días que no sé absolutamente nada de él.

—¿No crees que es lo mejor?

—¡Yo qué sé! Ni siquiera tengo la capacidad para saber qué es bueno y qué es malo. Hace dos semanas estaba planeando un viaje a Australia para el verano. Siempre habíamos querido recorrer el país en autocaravana y quisimos hacerlo este verano porque quizá el próximo yo estuviera ya... — tomó un aliento tan exagerado antes de decir la palabra que temí que fuera a sobrevenirle uno de esos episodios de ansiedad que llevaba días sufriendo— embarazada. Y míranos ahora. Yo, destrozada porque no sé ni salir a la calle sin él, y él esperando un hijo de la cabrona de Laura.

—¿Has sabido algo de ella? —le pregunté. Como llevaba dos semanas ocurriéndome, no sabía qué decir. La idea de Luis, del buenecito y apocado Luis, acostándose con otra ya me parecía lo suficientemente surrealista por sí misma como para añadirle que la amante fuera la mejor amiga de los dos desde tiempos inmemoriales y que hubiera un embarazo de por medio. Si lo hubiera visto en una película, me habría parecido demasiado tópico, pero para la vida real lo consideraba hasta inverosímil—. De Laura, digo.

—Que me ha bloqueado en el WhatsApp y en todas las redes sociales; ha borrado todo rastro de nuestra amistad de más de diez años.

—Una valiente, sin duda —ironicé.

—¿Sabes? Mi cabeza no para de repetir «que les den por el culo, que se jodan, que estén juntos toda la vida, ellos solos, con toda la maldad que tienen, y que no vuelvan a acercarse a mí», pero...

—¿Pero...?

—Mi corazón los sigue queriendo. ¡Joder! ¿Cómo se desconecta eso? ¿Cómo se pasa del amor al odio? Yo pensaba que, después de enterarse de algo así, era automático, ¿entiendes? Que los odiaría de inmediato por traicionarme, por reírse en mi cara, por llevar sabe Dios cuánto tiempo mintiéndome, conspirando entre ellos para que yo siguiera viviendo en la inopia... Pero no puedo. Maldita sea, no puedo...

—No llores, Cloe... —Me rompía verla así, y hasta me daba igual que le pudiera venir bien soltarlo todo en forma de lágrimas.

—No he hecho otra cosa en dos semanas. Me he quedado sin nada, Ada. Sin marido, sin amigos, sin casa, sin trabajo... ¿Cómo se sobrevive a algo así? ¿Cómo coño voy a salir de esta?

No tenía la respuesta. Habría dado cualquier cosa por que fuera otra persona la que estuviera en el lugar de mi hermana. Incluso yo, pese a que sabía que era imposible que llegara a involucrarme tanto en una relación de pareja como para acabar con un desastre emocional como el de Cloe. Pero lo habría hecho, con tal de quitarle a ella el dolor que arrastraba, y que algo me decía que, en parte, arrastraría durante el resto de su vida.

—No te has quedado sin nada. Vamos a intentar racionalizar lo poco racional que hay en todo este asunto, ¿vale?

—Por favor. Es por eso por lo que te necesitaba aquí, Ada. Para racionalizarlo todo como solo tú sabes hacerlo.

—Y yo que creía que estaba aquí porque me adoras y no puedes vivir sin mí... —bromeé, pero me puse seria enseguida porque sabía que, en realidad, era verdad lo que Cloe me pedía. Mi cerebro racional tenía que hacer algún tipo de mezcla con su alma emocional que diera como resultado una fórmula en la que Cloe pudiera sobrevivir al dolor—. Te has quedado sin marido, sí. Por mucho que me gustaría decir lo contrario, eso sí que no tiene vuelta atrás. Nos ocuparemos de ello en otro momento. Y también de posibles sustitutos carnales.

—No bromees —me amenazó, aunque no pudo reprimir una sonrisita—. El único sustituto carnal en el que estoy interesada es un Big Mac con doble de todo.

—Te has quedado sin amiga. En fin... ¿Quieres que te diga hasta qué punto esa tipa me pareció siempre una zorra aprovechada que quería todo lo que tú tenías? ¿O tengo que callármelo, igual que he hecho estos últimos años?

—Ada, no te lo has callado nunca. —Se nos escapó la risa a las dos, porque era cierto. Laura nunca me gustó, jamás, y no hice nunca tampoco un esfuerzo demasiado grande por que no se me notara.

—Pues eso. Ni siquiera pienses en ella, por favor. Entiendo que llores por Luis, de verdad que sí. Yo también estoy dolida. Y entiendo que aún lo quieras, porque hasta yo me debato entre las ganas incontenibles de cortarle el pito y las de preguntarle por qué nos ha hecho esto.

—Nunca lo entenderé. Ese es el miedo más grande que tengo, Ada, no llegar a entenderlo jamás y pasarme el resto de mi vida preguntándome por qué me ha pasado esto a mí.

—No tienes que entenderlo, Cloe. Las personas como nosotras no podemos entender la maldad, la traición..., no está en nuestra forma de ver el mundo. Lo

que tienes que hacer es superarlo. Y el primer paso para ello es que te quites de la cabeza lo de que te has quedado sin nada.

—Pero es que es así. No tengo siquiera un trabajo con el que distraerme.

—Vamos a ver, Cloe. No es que yo sea especialista en leyes, pero... en el estudio os iba bien, ¿no?

—Muy bien. Muy muy bien.

—¿Tú quieres volver a trabajar allí? Porque supongo que es posible si...

—¡Ada! ¿Qué te hace pensar que podría trabajar con ellos, codo con codo?

—¿Qué participación tiene Laura en el estudio?

—El veinticinco por ciento. El resto es mío y de Luis. A partes iguales, supongo, aunque no me he enterado aún muy bien de cómo va el tema de los bienes gananciales.

—Pues eso es lo primero que tienes que hacer. ¿Has contratado al final a esa abogada que te recomendó tu amiga?

—Sí, tengo que fijar una cita con ella. Alba dice que es muy buena. Según sus propias palabras, «va a hacer que se arrepienta de haber sacado la polla a pasear».

—Me gusta Alba.

—Lo sé. Es la mejor.

—Pues esta semana quedaremos con ella y que nos explique a qué tienes derecho y cuál es la mejor forma de arreglar la parte económica de todo esto.

—He tenido que irme de mi casa, Ada. Y eso sí que no tiene arreglo. Todavía está a nombre de los padres de Luis. Una casa que yo decoré al milímetro, en la que cada enchufe está en el lugar en el que yo decidí que estuviera, en la que hasta el zapatero tiene el tamaño exacto de mis pies, en la que hay un horno de vapor porque, cuando la reformamos, yo estaba haciendo aquella dieta de mierda que nunca funcionó. Y lo único que he podido llevarme de allí son tres cajas y dos maletas.

Cloe se derrumbó en el sofá y yo volví a encontrarme sin saber qué hacer. Alcancé el mando a distancia del destartado aparato de música que seguía sobre la consola del pasillo desde nuestros años de universidad, y *M*, de Los Piratas, se coló en la bruma triste de una conversación que a las dos nos parecía todavía un poco irreal.

—¿Te has estado torturando con el *Fin de la primera parte*?

—A veces me parece que todas las canciones cuentan mi historia con Luis.

—Cloe, en tu situación, creerías eso de cualquier disco que sonara. ¿Por

qué no pruebas con algo un poco menos melancólico?

—Porque me hace bien. Me hace llorar y eso es lo que necesito. Tocar fondo antes de coger impulso para salir a la superficie.

—Creo que ya has tocado fondo, cielo. —Le sonreí con tristeza y dejé que se comiera la última cucharada de mi tarrina de helado de *brownie* de chocolate.

—No, Ada. El fondo será cuando pierda toda esperanza de que esto sea una pesadilla de la que despertaré mañana con un viaje a Australia planificado a corto plazo, un embarazo a medio y el resto de mi vida junto a Luis, a largo.

No supe qué responder y me limité a abrazarla. Decidimos irnos a dormir, o a intentarlo, y no necesitó pedírmelo para que le hiciera sitio en la cama doble de mi dormitorio. No me sorprendió tampoco sentir sus brazos abrazando mi cintura desde atrás, con su frente apoyada en mi espalda y sus lágrimas mojándome el pijama. Como cuando éramos niñas y algo la asustaba. Cuando creíamos que nuestro mayor problema sería una mala nota en un examen de matemáticas y todavía pensábamos que las pesadillas que nos daban miedo por las noches eran peores que las que tenían lugar en la vida real, a plena luz del día.

Vivo mil aventuras sin salir de aquí

Siempre he pensado que nada marca más la vida de una persona que su infancia. Y, en mi caso y el de Cloe, esa marca empezó muy pronto, en el preciso instante en que nacimos y nos inscribieron en el registro civil. Porque nosotras no nos llamamos siempre Ada y Cloe. No. Durante los primeros dieciocho años de nuestras vidas, fuimos Adelina y Clotilde Castillo Barrueco. Cuando dos personas nacidas a mediados de los años ochenta del siglo pasado se llaman Adelina y Clotilde, es fácil adivinar qué tipo de padres les tocaron en suerte.

Cloe y yo nacimos en Peñaliría, una minúscula pedanía a medio camino entre La Mancha y Andalucía. Nos criamos con los cuatro o cinco niños de nuestra edad que había en el pueblo en aquella época y, hasta que empezamos a ir al instituto en una localidad cercana algo más grande, poco conocíamos más allá de los límites de nuestro pueblo. Éramos las hijas de «Anselmo, el del bar» y «Concha, la de la sierra». La familia de nuestro padre había regentado el único bar del pueblo desde que el mundo era mundo —o desde que el pueblo era pueblo, mejor dicho— y, como suele ocurrir en zonas rurales, en realidad el bar era un poco lugar de reunión de la gente del pueblo, un poco ultramarinos, un poco quiosco de prensa... Un poco de todo. Podría parecer que las personas que regentaban un local así, por el que casi todos los habitantes de Peñaliría pasaban al menos una vez al día, serían gente sociable y abierta, pero... un bar en Peñaliría no es lo mismo que un bar en Madrid.

Nuestros padres nunca nos trataron mal. No, desde su punto de vista y según lo que aún era costumbre en muchas familias en aquella época. Mi padre creía en la mano dura y en que un bofetón a tiempo era más educativo que una charla, y mi madre no hizo una sola cosa que le llevara la contraria en los dieciocho años que conviví con ellos. Si tuviera que describirlos con un solo adjetivo, el de mi padre sería «pesimista» y el de mi madre, «sumisa». Y si

algo me hacía respirar con alivio quince años después de marcharme de casa para no volver, era que ni Cloe ni yo hubiéramos heredado ninguna de esas dos características. Mi padre era un pesimista intolerante que repetía sin cesar lo mal que iba todo «hoy en día», lo ladrones que eran los políticos, lo degenerados que eran los jóvenes, lo cerca que estaba el mundo de irse a la mierda del todo. Si un día el bar hacía menos caja que el anterior, el país iba tan mal que la gente ya no podía permitirse siquiera un chato de vino; si hacía más, que «hoy en día» no había más que borrachos que se gastaban el jornal en alcohol. Y así día tras día, con el asentimiento mudo de mi madre como confirmación permanente de que todo era un desastre.

Yo nací con un espíritu aventurero que no sé de dónde saqué, pero que, por suerte, me salvó de acabar mis días siendo la quinta generación de la familia en regentar el bar de Peñaliría. Para mi desgracia, también me privó de poder tener una relación normal con mis padres. Ya desde niña empecé a darles disgustos. Trepaba a los árboles, me lanzaba en bicicleta por los caminos más escarpados, rescataba a todos los gatos que me encontraba perdidos por el pueblo y los metía en casa pese a su prohibición, me negaba a comer lo que no me gustaba y me quedaba despierta mucho más tarde de lo permitido, leyendo o, simplemente, contraviniendo sus normas por el simple placer de hacerlo. Y siempre salía perdiendo: o con castigos que implicaban horas eternas de verano encerrada en casa, o con un bofetón, o dos, o tres; o, a veces, con una crueldad que, en vez de conseguir su objetivo, solo lograba que mi deseo de largarme de casa fuera cada vez mayor. Cuando dos de esos gatitos que había rescatado acabaron ahogados por mi padre en el río, supe que esa era la primera de las muchas cosas que nunca podría perdonarle.

Cuando llegó la adolescencia, como era de esperar, las cosas empeoraron. Me rebelé como lo hacíamos todos a los trece o catorce años: fumando, bebiendo y saliendo con chicos que no me gustaban tanto como el desafío que suponía ir contra las normas. Porque, en casa, estaba tan prohibido que intimáramos con el sexo opuesto como todo lo demás. Todo prohibido. Siempre.

Creo que fue en esa época cuando nacieron mis ansias de viajar por un mundo que imaginaba tan grande como pequeño era Peñaliría. Llegué a odiar el simple punto geográfico que representaba nuestro pueblo en el mapa, por más que el paraje fuera idílico para cualquiera a quien no le hubiera tocado vivir en el ambiente opresivo y asfixiante de mi casa. Aún años después, Cloe

era capaz de volver sin mayor trauma cada verano, mientras que yo intentaba evitarlo por todos los medios.

Cuando tenía quince años, ocurrió algo que lo cambió todo. Es curioso cómo a menudo pensamos que son los grandes acontecimientos los que marcan el devenir de nuestro futuro, cuando, en realidad, pueden ser pequeños detalles los que nos muestran un camino que quizá no habríamos tomado de otro modo. En mi caso, fue una escapada la que hizo que quisiera pasarme el resto de mi vida recorriendo mundo. Y no fue precisamente una huida demasiado lejos de los límites de Peñaliría ni algo que acabara bien, pero... lo cambió todo. Me cambió a mí.

Mi novio de ida y vuelta en la adolescencia se llamaba Jaime, aunque se hacía llamar *Jimmy*, supongo que porque creía que eso le daba el aire de malote que tanto anhelaba. A mí me caía regular, pero estaba un poco enganchada a él al mismo tiempo. Todos los cursos íbamos y veníamos, nos dejábamos y nos reconciliábamos con esa facilidad con que ocurren las cosas en la adolescencia y fue él el primer chico con el que me acosté y con el que viví muchas aventuras que me sacaban del hastío que me provocaba la vida en casa. Así que, cuando yo tenía quince y él diecisiete, decidimos hacer una locura de un nivel algo superior a las habituales: nos íbamos a fugar a Madrid.

Lo cierto es que la idea surgió tan de improviso que ni siquiera teníamos un plan cerrado. Entre los dos no juntábamos ni diez mil pesetas ahorradas, y no sabíamos si nos estábamos fugando para pasar un fin de semana de sexo descontrolado y salidas nocturnas por la gran ciudad o para no volver. Creo que él quería lo primero, y yo lo segundo. El caso es que nos fuimos. *Jimmy* tenía un ciclomotor destartado y con el escape trucado, que hacía que mi padre refunfuñara cuando pasaba dando gas por delante del bar familiar. Cuando ocurría, Cloe y yo intercambiábamos siempre una sonrisa, convencidas de que nuestro padre se volvería completamente loco si supiera que aquel motero escandaloso pasaba las tardes después del instituto enterrado entre las piernas de su hija mayor.

Era un viernes de primavera cuando enfilamos la salida del pueblo en dirección a Madrid. Aunque habíamos jurado mantenerlo en secreto —porque lo primero que se aprende cuando se cría uno en un pueblo es que todo acaba por saberse—, yo no me pude resistir a contarle nuestros planes a Cloe. Ella, a sus trece años, lloró, me hizo jurar que volvería y, a continuación, me dio

todos sus ahorros. En aquel momento, supe que nunca me iría de forma definitiva sin ella.

No era la primera vez que estaba en Madrid, pero casi. Solo había visitado la capital en la excursión escolar que organizaba el instituto todos los años, que siempre consistía en lo mismo: visitar el Museo del Prado y pasear por el Retiro. Y había otro Madrid que yo quería descubrir. El Madrid del que hablaban las revistas que nunca llegaban al bar de mis padres, pero que yo leía a escondidas en clase. El de la música alternativa, Malasaña, los *piercings* en el ombligo y las personas llegadas de todas partes del mundo. Esa era mi visión de Madrid en la distancia, y eso, más que el amor que pudiera sentir por Jaime, fue lo que hizo que aquel viernes de abril fuera todo el camino dando pequeños saltitos de emoción sobre el asiento trasero de su *scooter*.

No llegamos muy lejos Jaime y yo aquel día. No sé si fue en la M-40 o en alguna otra gran vía de entrada a la ciudad, ni recuerdo muy bien el accidente, pero sí lo que vino después: despertar en un hospital de Madrid, con la tibia izquierda rota por dos sitios, y mis padres, con una cara indescriptible, junto a mi cama. Al parecer, poco acostumbrado a conducir con tantos coches alrededor, Jaime no supo esquivar a uno que se aproximaba y mi pierna quedó atrapada entre su defensa y la moto. Tuvieron que operarme y me pasé los meses siguientes con unos hierros inmovilizándome la pierna, unos dolores espantosos, un castigo a perpetuidad y... una sonrisa enorme plantada en la cara. Cloe alucinaba, claro.

—Te va a quedar una cicatriz horrible, Ada —me dijo uno de los muchos días que pasó metida en mi habitación aquel verano, más preocupada ella que yo por aquella marca quirúrgica larga que atravesaba mi pierna en vertical. En mi cuarto sonaba *Al amanecer*, de los Fresones Rebeldes, una canción que siempre nos encantó a ambas.

—No es una cicatriz. Es un tatuaje.

—¿Ah, sí? ¿Y qué significa? —me preguntó ella, con la curiosidad brillando en sus ojos y esa confianza que siempre tuvo en que yo diría algo sabio.

—Significa libertad, Cloe. La escapada no salió bien, es verdad. Y me duele la pierna y sí, me quedará cicatriz. Pero vi Madrid a lo lejos y... ¿sabes? Allí es donde viviremos algún día.

—¿*Viviremos*? ¿Las dos?

—Las dos. ¿O es que tú piensas quedarte para siempre en este pueblo de mierda?

—¿Sin ti? ¡Ni de coña!

Y así fue. Después de tres años de castigos constantes, de ser la única que nunca podía ir a las fiestas de fin de curso, ni a los cumpleaños de mis amigos, después de haberme llevado un bofetón la primera vez que mi padre me pilló fumando, otro la primera vez que detectó el olor a alcohol a mi vuelta a casa, y unos cuantos más cada vez que me descubrían en un callejón del pueblo morreándome con algún amigo..., llegó el día soñado: el día que, al fin, acabé el instituto.

Por más que había fantaseado mucho con irme de casa el mismo día que cumpliera dieciocho años, con el tiempo —y, por culpa de tanto castigo, si algo me sobró en aquellos años fue tiempo para pensar—, habíamos planeado hacer las cosas bien. Las dos. Cloe y yo, como el ente único e indivisible en el que nos fuimos fusionando cuando el año y medio de diferencia de edad se convirtió en una barrera menor. Y hacer las cosas bien implicaba que yo me fuera a estudiar a Madrid con una buena nota en la Selectividad, y plantear en casa nuestra loca idea como si fuera la única opción posible.

—¿¿Que queréis hacer qué?! —Nuestro padre dio tal puñetazo en la mesa de la cocina cuando se lo planteé que la botella de vino cayó, se rompió en mil pedazos y dejó una mancha de color granate sobre las baldosas blancas del suelo. Mamá, por supuesto, se levantó sin protestar a recoger aquel mal presagio de lo que estaba por venir.

—Quiero que Cloe se venga a vivir conmigo a Madrid. Le queda un año de Bachillerato y puede cursarlo allí sin problema.

Era finales de agosto y sabíamos que el tiempo corría en nuestra contra. Quedaban pocos días para que pudiéramos formalizar la matrícula de Cloe en el instituto en el que habíamos pedido, sin que nadie lo supiera, toda la información necesaria para seguir adelante con nuestros planes. Que yo hubiera conseguido el permiso para estudiar en Madrid ya era un pequeño milagro, que solo había logrado gracias a un providencial documental que habían emitido unas semanas antes en televisión sobre los peligros de la vida universitaria en ciudades pequeñas. Creo que mis padres, que tan convencidos estaban de que en Salamanca o en Granada estaría más a salvo de las horribles tentaciones que acechaban a los jóvenes, se dieron cuenta en aquel momento de que Madrid no era tan terrible como imaginaban. Lo que ellos no sabían era

que yo estaba tan dispuesta a marcharme a la capital que me había pasado los tres últimos años ahorrando para poder irme incluso sin su permiso. Pero me faltaba la pieza fundamental para que esa salida de Peñaliría fuera perfecta: Cloe.

—Bajo ningún concepto —sentenció mi padre—. Tú puedes hacer lo que te dé la gana, y ya me da igual. Todos sabemos a lo que te vas a dedicar en Madrid y no vamos a permitir que arrastres a tu hermana contigo. Ella se queda aquí. No hay más que hablar.

—Bueno... Creo que yo tengo algo que decir —intervino Cloe, cuando él ya se había levantado y se dirigía a su sillón de siempre a buscar algún canal que emitiera fútbol.

—Tú te callas.

Cloe siempre se callaba. Salvo cuando se trataba de defenderme a mí o de intentar mediar si las discusiones en casa se iban de tono, ella no solía rebelarse. No para conseguir algo para sí misma. Le había ido mejor que a mí. En el fondo... ella hacía las mismas cosas que yo, pero las ocultaba mejor, ponía una cara dulce en casa y era «la buena de las dos», como solía decir mi madre a cualquier señora del pueblo dispuesta a escucharla protestar sobre la vándala de su hija mayor. Pero esa actitud de mi hermana nunca creó problemas entre nosotras. Al contrario: yo sabía que tenía que tirar un poco de ella, y ella sabía que le correspondía aportar la cordura. Éramos un equipo que funcionaba a la perfección. Y, además, ese día Cloe no se calló.

—Papá, te lo voy a plantear de la siguiente manera. —Había algo en su tono que hizo que hasta mi padre pusiera el televisor en *mute* y la mirara como si tuviera intención de escucharla—. Si ahora me voy a Madrid con Ada, os juro que vendré a visitaros todos los fines de semana, que hablaremos por teléfono a diario, que estudiaré más que nunca, haré un buen curso y entraré en Arquitectura. Ya conoceré Madrid cuando empiece la universidad, estaré acostumbrada a vivir allí y me resultará más sencillo adaptarme a la facultad.

—Esa no es razón suficiente para...

—Déjame acabar, por favor. —Mi madre dio un respingo en su asiento, porque no era habitual que alguien osara interrumpir a mi padre—. Si me quedo aquí, sabéis que el año que viene me iré de todos modos, sea a Madrid o a cualquier otra parte. Y no os voy a perdonar que me hayáis separado de mi hermana este año. Así que ni volveré a menudo ni os llamaré ni... nada. En

resumen, me puedo ir este año por las buenas o el que viene por las malas. Vosotros veréis.

Habría jurado que iba a caerle un bofetón de esos que dejan los dedos marcados, pero el caso es que mi padre apagó la tele, se encerró en su habitación y salió a la mañana siguiente directo al bar, sin decir buenos días ni despedirse. Fue mi madre la que nos comunicó el permiso para mudarnos juntas a Madrid, y creo que aquella fue una de las pocas veces que la abracé en toda mi adolescencia.

Tres semanas después, nos instalamos en el piso de Chueca, que por aquel entonces era un inmueble medio destartado, pero de los pocos que entraban en el presupuesto que nuestros padres nos habían permitido..., y el resto es historia.

La historia de dos chicas, casi dos niñas, deslumbradas por la aventura de vivir solas en la ciudad. Por las luces de la Gran Vía, que nos quedaba a dos pasos del piso, y por la que nos perdíamos a la menor ocasión. Por las experiencias de la vida universitaria, tan rutinarias a veces, tan locas otras. Por los amigos que llegaban de todas partes de España y en los que encontramos una familia que nos sostuviera con cervezas de por medio. Por la libertad de poder entrar y salir de casa cuando quisiéramos. Por la certeza de que habíamos tomado la decisión correcta. Y por un amor más grande que todos los enamoramientos: el que sentíamos la una por la otra, el que nunca nos separaría.

La relación con mis padres se fue haciendo cada vez más fría, cada vez peor. No me perdonaban que me hubiera llevado a mi hermana a Madrid, y ese rencor se unía a todos los demás que venían atesorando casi desde mi infancia: no olvidaban la huida con Jaime, ni el accidente, ni las rebeliones adolescentes ni todas las veces que los «había avergonzado» enrollándome con los chavales del pueblo.

La ruptura definitiva llegó con el cambio de nombres. Desde que tenía uso de razón, había hecho que todo el mundo me llamara Ada, y solo mis padres seguían llamándonos Clotilde y Adelina. Tenía clarísimo que lo primero que haría al cumplir dieciocho años sería cambiármelo en el registro civil, pero Cloe logró convencerme de que esperara a que ella también pudiera pasar por el trámite. Y lo hice. Celebramos la mayoría de edad de mi hermana gestionando un trámite en una anodina oficina del registro civil que supuso algo así como la ruptura definitiva con Peñaliría y la opresión de nuestros

padres. Cuando ellos se enteraron, tuvimos una de las mayores broncas que había presenciado aquella casa, lo cual es mucho decir. Nos habían bautizado así por nuestras fallecidas abuelas; Adelina era la madre de mi padre y Clotilde, la de mi madre. Les pareció la falta de respeto definitiva por mi parte, y apenas hablábamos cuando bajaba al pueblo, casi siempre obligada por Cloe. Con el tiempo, ni ella fue capaz de arrastrarme hasta allí más de tres o cuatro veces por curso.

El golpe más duro de mi vida llegó apenas un mes después de volver de aquella aventura maravillosa que había sido mi Erasmus en París. Hacía ya un par de años que había decidido renunciar a mi parte del dinero que nuestros padres nos enviaban cada mes para mantenernos en Madrid. Prefería ganármelo yo, buscando alumnos a los que impartir clases particulares después de la facultad, pero no tardé en darme cuenta de que no era suficiente, así que llevaba ya un par de veranos marchándome a Ibiza a trabajar de camarera. Era duro, muchas horas y muchos babosos a los que aguantar, pero me mantenía alejada de Peñaliría en los meses sin clase y me daba el colchón económico suficiente para tirar durante el invierno. Era difícil pasar tanto tiempo separada de Cloe, pero nos desquitábamos con creces en los nueve meses que duraba el curso.

Llevaba apenas dos semanas en la isla cuando recibí la llamada desolada de Cloe. Tardé unos minutos en ser capaz de entender lo que intentaba decirme entre sollozos e hipidos, pero, cuando lo hice, me di cuenta de que habría preferido seguir un ratito en la inopia. O que todo aquello no fuera real. Pero lo era. Nuestro padre había muerto de un infarto mientras dormía, hacía apenas una hora.

Empaqueté todas las pertenencias que me había llevado a Ibiza, llamé a los dos bares en los que trabajaba para decirles que no contarán conmigo ese verano y me marché a Peñaliría con el corazón hecho pedazos. Tenía que volar a Madrid y, desde allí, alquilar un coche para llegar al pueblo, así que era casi de noche cuando entré en la que había sido mi casa familiar, esa de la que tan desconectada me sentía. Me encontré con mi madre medio ida y con una Cloe que me abrazó tan fuerte que me dieron ganas de no soltarla jamás.

Enterramos a mi padre, y yo me quedé todo aquel verano junto a mi madre y mi hermana en el pueblo. Escuché reproches de mi madre por haber hecho sufrir tanto a mi padre que su corazón no pudo soportarlo. Escuché una y mil veces lo sola que se iba a quedar por esa idea absurda que habíamos tenido de

irnos a Madrid. Escuché incluso que había llegado al velatorio de mi padre vestida como una prostituta, porque lo último que se me había pasado por la cabeza en Ibiza, cuando hacía llamadas desesperadas para conseguir un vuelo y un coche de alquiler, fue ponerme un vestido negro y quitarme el maquillaje que llevaba al trabajo. Escuché y aguanté. Por ella, porque suponía que culparme era su forma de lidiar con el dolor de lo inexplicable. Por Cloe, que seguía inmensamente triste y lo último que necesitaba era que yo saliera por la puerta para no volver. Y también por mí, porque yo tampoco sabía cómo asimilar el dolor de haber perdido a un padre con el que apenas me hablaba, con el que ya nunca podría reconciliarme y del que yo quedaría para siempre en la memoria familiar como su gran decepción. Porque fumaba, salía con chicos y estudiaba en Madrid. Por algo tan simple y tan cotidiano en otras casas como eso. Eso había roto mi familia y me había roto a mí, en cierta manera.

Podía ser egoísta el simple hecho de pensarlo, pero fue un alivio volver a Madrid aquel mes de septiembre. Yo sabía que con mi madre se había acabado de romper toda posibilidad de convivencia pacífica después de tanto reproche, pero me juré ir a visitarla con Cloe de vez en cuando. Y seguir aguantando.

Entrar de nuevo en nuestro apartamento fue un soplo de aire fresco, en parte porque, después de que se repartiera la herencia de mi padre, vendimos algunas tierras que había heredado él a su vez de su familia y pudimos comprar el piso. Cloe se propuso reformarlo al milímetro con el dinero que nos había quedado, y yo la dejé hacer. Su terapia fue poner todos sus esfuerzos en que aquel piso de la calle Barquillo fuera perfecto. La mía fue verla a ella rehacerse y volver a sonreír.

Y el tiempo fue pasando. Y con él las experiencias, los amores, los amigos, los estudios... Cloe estaba enamorada de Luis desde los primeros días de su vida universitaria, y yo ya me veía asistiendo a su boda en poco tiempo. Hablaban de montar juntos un estudio de arquitectura, de buscarse un piso para ellos solos, de futuro. Y yo veía el final de mi carrera muy próximo y sabía que ella estaría bien aunque yo me fuera a cumplir mi sueño de recorrer mundo. Una parte de mi corazón siempre le pertenecería a Madrid, pero tenía la necesidad de repartir mi amor por las nuevas experiencias en cada rincón del mundo al que pudiera llevarme un avión.

En los últimos meses antes de licenciarme, me surgió una oferta un poco

marciana para dar clases de español a la hija de un multimillonario saudí que pretendía mudarse a Marbella. Me ofrecieron una cantidad exorbitante de dinero por mudarme a Riad durante los dos meses del verano y acepté, después de meditarlo mucho con Cloe. No por la oferta de trabajo en sí, sino porque las dos sabíamos que ese primer trabajo en el extranjero era el pistoletazo de salida para que no regresara jamás a Madrid.

Lloramos mucho en los días previos a mi marcha. Las dos sabíamos que era lo que tocaba. Que yo tenía muchas ganas de ver mundo y que ella llevaba ya más de tres años de relación con Luis y estaban deseando dar el siguiente paso. La vida nos separaba, al menos físicamente, porque las dos sabíamos que nada nos podría separar en todos los demás planos.

Y lloré mucho también mientras el avión despegaba de la pista del aeropuerto de Barajas y Madrid se iba haciendo cada vez más pequeño ante mis ojos. La vida que siempre había soñado me estaba esperando, pero el recuerdo de lo que dejaba atrás me apretaba el corazón y el alma.

Y, diez años después, allí estaba de nuevo. Con mi hermana, en el piso de Chueca. En el punto de partida. Y con la vida como un folio en blanco que no tardaría en llenarse de color.

Loving can hurt

Muchas veces me pregunté durante aquellos primeros días de mi regreso a Madrid si el amor era un sentimiento que mereciera la pena. El amor romántico, quiero decir. Nunca me había considerado a mí misma una persona incapaz de amar. Ni muchísimo menos. Solo la forma en la que quería a Cloe era una buena prueba de que no tenía el corazón de piedra. Alguna vez había tenido que recordármelo a mí misma, sobre todo en esos momentos absurdos de la vida en que dudamos incluso de lo que creemos tener muy claro. Pero el amor romántico nunca había estado entre mis prioridades. O nunca había llegado. O había llegado una vez y lo había dejado pasar porque llevaba demasiado tiempo soñando con otra cosa.

Había tenido cuatro o cinco relaciones a lo largo de mi vida. Algunas más serias, otras informales desde el principio. Algunas muy pasionales, otras más pausadas. Y casi todas se habían acabado en el mismo momento: en ese dramático punto en el que una pareja *tiene* que dar un paso adelante. Vivir juntos, comprometerse en un proyecto común, convertirse en la mitad de un todo. Y yo siempre me negué a esa obligación de dar pasos. Nunca he entendido por qué, si dos personas son felices en el lugar exacto en el que se encuentran, tienen que retarse a seguir siéndolo en la siguiente etapa. Yo me habría quedado toda la vida con alguno de los hombres de los que me había enamorado, siendo novios eternos, cada uno en su casa, en su vida, en su libertad y su independencia. Nunca necesité compartirlo *todo*.

No imaginaba que un día lo necesitaría tanto que mi vida se pondría del revés.

En aquellos días, dediqué mucho tiempo a pensar si merecía la pena vivir en una montaña rusa emocional o debíamos buscar el amor en las aguas mansas. A mí me gustaba la emoción, la aventura, el sexo desmedido, la pasión..., sin necesidad de entregar a la otra persona más que eso y mi

amistad. Cloe siempre había creído en lo contrario: en relaciones pausadas, de las que no te pueden romper el corazón, en las que el amor se demuestra cada día en pequeños gestos y cada noche entre las sábanas, con una firme convicción de que nada se interpondrá en un futuro feliz. Ojalá alguien le hubiera dicho que la caída en un lago de amores mansos podía doler más que despeñarse por una montaña rusa pasional.

Fueron semanas llenas de dolor, de muchas lágrimas de Cloe y algunas más. De conversaciones con Luis que me hicieron plantearme si alguna vez lo habíamos conocido realmente o si las personas pueden cambiar tanto como para volverse unos extraños hasta para su entorno más cercano. De reproches, acusaciones y citas en despachos de abogados, lugares horribles que nunca deberían ser el escenario final de una historia de amor. De muchas horas frente a la tele, buscando distracciones en la ficción que hicieran que mi hermana olvidara durante un rato la realidad. De planes improvisados que nos regalaban unos instantes fugaces de felicidad y risas, y de salidas que se cancelaban en el último momento porque a Cloe le costaba sacar fuerzas para desprenderse del pijama. Fueron semanas en las que le repetí muchas veces a Cloe que de amor no se muere nadie, y en las que sé que ella nunca me creyó. Fueron semanas de nostalgia por el presente y por el pasado, semanas que nos recordaron mucho a aquellas de nuestros veinte años, cuando aprendíamos a vivir por nosotras mismas y nos peleábamos por quién debía bajar la basura, pero nos reconciliábamos bebiendo tequila a golpe de martes por la tarde. Fue agridulce, un momento de contraste entre la tristeza por el proyecto vital truncado de mi hermana y la oportunidad que creíamos que ya nunca volveríamos a tener de compartir apartamento y vida.

Llevaba poco más de un mes en Madrid cuando nuestra vida parecía encaminada, al menos a corto plazo. Cloe y Luis tenían ya cita para firmar el divorcio y habían quedado para repartirse los objetos personales de la casa algún día indeterminado de las siguientes semanas. La abogada le había confirmado que recibiría un buen pellizco de dinero tras la decisión de Luis —y Laura, imagino— de comprar su parte del estudio que habían fundado juntos poco después de que Cloe se licenciara, y tras el reparto de los ahorros de la pareja. Bueno, algo más que un pellizco, en realidad. Mi primera sugerencia fue que aprovechara todo el tiempo libre del que disponía en ese momento para ponerse en contacto con sus antiguos clientes e intentar llevárselos al negocio que planeaba montar en un futuro. Pero ella se negó.

Quería empezar de cero, y no tardó en convencerme de que eso quizá no fuera lo mejor desde el punto de vista laboral, pero sin duda lo era para desprenderse de lastres emocionales de su vida anterior. Aunque lo que de verdad me persuadió de ello fue la visita que hicimos a su estudio para que Cloe recogiera los restos de su trabajo allí. Las caras de pena del resto de empleados, la compasión y, sobre todo, las miradas que dejaban claro eso tan antiguo de que la última persona en enterarse de una infidelidad es la interesada.

El primer día de aquella primavera en que se me escapó un resoplido de calor, me di cuenta de que ya llevaba en Madrid el suficiente tiempo como para plantearme qué iba a hacer con mi vida. Cloe había decidido quedarse a vivir en el piso de Chueca y aprovechar el colchón económico del que disponía para pensar con calma qué quería hacer con su vida profesional. Pero yo no sentía que estuviera preparada para quedarse sola tan pronto. Puede que fuera un exceso de protección por mi parte, pero es que en realidad, aunque yo intentara convencerla de lo contrario, sí estaba muy sola. Durante trece años, su vida había sido Luis y estaba muy desconectada de su grupo de amigas. Las que seguían solteras habían hecho una vida demasiado diferente a la suya y, cuando las veía, sentía que pertenecían a otro planeta. Las que tenían pareja y niños eran un dramático recordatorio de lo que ella acababa de perder. Así que, durante un tiempo, fuimos solo ella y yo, la una para la otra. Por eso no me podía marchar aún. Y, si me quedaba en Madrid, tendría que hacer algo por empezar a ganarme la vida, que los ahorros no me iban a durar eternamente.

Lo malo de tener una profesión tan específica como traductora de árabe y hebreo es que no abundan las ofertas de empleo. Lo bueno, que cuando surge una, apenas hay competencia. Tardé tres semanas en encontrar una oferta que se adaptara a mi currículum y, sin apenas darme cuenta, estaba ya preparándome en el espejo de mi dormitorio para mi primera entrevista de trabajo en España en una década.

—¿Y dices que te van a entrevistar en un restaurante?

—En una especie de gastrobar, por lo que he entendido.

—¿«Gastrobar» es como se llaman ahora los restaurantes?

—No lo sé. La *trendy* de las dos eres tú.

—Ada, yo... ¿Estás segura de querer quedarte en Madrid? Sé que solo lo estás haciendo por mí, y me siento culpable por...

—No hay ningún otro sitio en el que quiera estar.

—¡Venga ya! Tú nunca has querido volver.

—No, Cloe. Yo quería recorrer mundo y vivir en diferentes lugares. No me voy a quedar en Madrid toda la vida, pero, después de diez años, esto me parece tan exótico como me parecía Uzbekistán a los veintinueve.

—Mientes.

—Vete a la mierda.

Acabé de ponerme el *eye liner* en silencio, porque ella y yo sabíamos que tenía razón, que lo hacía por ella, para asegurarme de que estaba bien antes de buscarme el siguiente lugar del mundo en el que recalar.

No tardé demasiado en llegar desde nuestro apartamento a la zona del Paseo de la Castellana donde me habían citado, pero sí un buen rato en localizar el famoso gastrobar. Cuando entré por la puerta, una mujer de unos cincuenta y pico, alta y algo entrada en carnes, me arrolló sin permitirme decir ni una palabra.

—Tú debes de ser Ada, te he reconocido por la foto del currículum. Soy Berta, hablamos por teléfono. Dame dos besos. Perdona que te haya citado aquí, pero en la oficina no disponemos de demasiado espacio para hacer entrevistas. Además, siempre es agradable tomarse una copa de vino mientras se habla de trabajo, ¿verdad? Pablo —se dirigió al camarero, mientras yo me preguntaba si cogía aliento en algún momento entre frase y frase—, ponnos dos blancos. Algo de Rueda, por ejemplo. ¿Te parece bien, Ada?

—Emmmm... Sí, sí, perfecto —balbuceé y tuve que recordarme a mí misma que estaba en una entrevista de trabajo, aunque no lo pareciera en absoluto.

—Siéntate aquí. La verdad es que tu currículum —rebuscó entre un montón de papeles que custodiaba en un bolso Amazona de Loewe que me hizo poner los ojos del revés— es impresionante. ¡Te has pasado la vida de país en país, chica! ¡Qué barbaridad!

—Sí, lo cierto es que una de las motivaciones por las que elegí esta profesión fue la posibilidad de trabajar en diferentes lugares del mundo.

—La verdad es que no sé ni colocar en un mapa la mitad de estos sitios, así que me fiaré de ti si me dices que son un buen lugar al que irme en vacaciones. —Se carcajeó, se bajó media copa de un sorbo y continuó hablando—. Las tarifas de traducción que me enviaste por *mail*... Me temo que manejas unas cifras un poco alejadas de lo que se suele pagar en España. Demasiado tiempo viviendo en países ricos, me temo.

—En realidad, estaría dispuesta a...

—No he podido hablar con el jefe, pero me ha dado carta blanca para esta contratación, así que... He pensado que pagarte tu tarifa habitual por palabra en traducciones de árabe es algo que entra dentro de nuestros presupuestos — prosiguió, sin hacer ni el menor amago de escucharme—. El perfil de clientes que nos contratan para temas en árabe suelen pagar bien, así que no habría problema. Eso sí, tendríamos que ajustar un poco el precio para las colaboraciones que hagas en francés e inglés, ya que en esos idiomas...

—Berta —la interrumpí, porque, aunque me hacía gracia su forma de expresarse y me caía irremediablemente bien, tenía la cabeza un poco a punto de explotar—. Seguro que no hay ningún problema.

—Vale, perfecto. ¿Hay algo que quieras preguntarme?

—Me gustaría conocer un poco el perfil y la forma de funcionar de vuestra empresa.

—A ver, te cuento. Fundamos Translitera hace unos siete años. Yo fui la primera empleada, aunque no hablo más que castellano, y no siempre de forma correcta. —Se le escapó la risa y yo me contagié—. Pero el jefe quería a una persona de confianza, nos conocimos, nos caímos bien y me puso al mando del asunto. Tenemos muy pocos empleados en plantilla, siempre hemos sido menos de diez. El resto del trabajo lo gestionamos a través de traductores *freelance*. Conocemos gente que trabaja con los idiomas más raros que te puedas imaginar, así que hemos conseguido ganarnos la fama de que, si necesitas una traducción que nadie más pueda hacer, en Translitera encontrarás la solución. Eso, y que entregamos siempre los trabajos a tiempo. Es lo más importante para nosotros, trabajar de forma seria y cumplir los plazos. Esa es mi tarea, estar encima de los traductores para que nadie se despiste y nos haga quedar mal con un cliente.

—De acuerdo. Me gusta lo que me cuentas. —Le sonreí—. ¿Cuándo podrás decirme algo sobre mi candidatura?

—¿Cómo? —Dio otro sorbo enorme a la segunda copa de vino de la mañana, y yo fui un poco más prudente con la mía, no fuera a ser que acabara una entrevista de trabajo tambaleándome ante mi futura jefa—. ¡Estás contratada! Pensé que te lo había dejado claro por teléfono.

—¿Perdona?

—Tu currículum habla por sí solo y, no te voy a mentir, cada vez nos entran más trabajos en árabe y los *freelances* ya no son suficientes para cubrir la demanda. Además, con tus conocimientos de otros idiomas podrás

descongestionar un poco el departamento de francés y ayudar al jefe con el inglés.

—Pues... muchas gracias. ¿Cuándo... cuándo queréis que empiece?

—Mira, mañana ya es viernes, así que es tontería. ¿Te parece bien el lunes? ¿Te pasas por la oficina y vemos todo el tema del contrato, te presento a la gente y demás?

—Claro.

—¿Trabajarás desde allí o desde casa? Creo que ya te comenté por teléfono que cada trabajador elegía un poco el método que mejor se adaptaba a sus necesidades y a sus preferencias.

—Sí, sí, eso me dijiste. En principio, prefiero trabajar en las oficinas. En momentos puntuales podré hacerlo desde casa, pero prefiero que no se convierta en rutina.

—Haces muy bien. Trabajar desde casa es el mal.

Intercambiamos un par de opiniones más, nos tomamos un tercer vino y, cuando ya me notaba un poco achispada, me despedí de Berta y me permití el capricho de volver a casa en taxi para celebrar que acababa de conseguir un trabajo con menos esfuerzo que en toda mi vida.

Pensaba pasar mi último sábado como persona desempleada saliendo a cenar con mi hermana para celebrarlo, pero una llamada de Luis poco antes de que empezáramos a arreglarnos lo estropeó todo. Empezaba a odiarlo ya de una manera casi irracional, porque parecía que, cada vez que Cloe avanzaba un paso, él hacía algo que la obligaba a retroceder tres.

* * *

—Todavía no me creo que haya tenido los cojones de decirte eso.

Era domingo, a primera hora de la mañana, y habíamos alquilado un coche para ir hasta la urbanización del norte de Madrid en la que había vivido Cloe en los últimos años. Luis la había llamado la noche anterior para pedirle que pasara por su antigua casa a recoger las pertenencias que se había dejado allí. El reparto de los bienes de cierto valor se había hecho por la vía legal, pero quedaban pequeñas cosas que mi hermana no había tenido el coraje de llevarse cuando había dejado la vivienda aún bajo el *shock* inicial de verse

abandonada en las peores circunstancias posibles: sus libros de la carrera, álbumes de fotos antiguos, recuerdos de viajes que habían hecho juntos...

Lo peor de divorciarse de alguien a quien conoces desde hace muchos años, por lo que aprendí aquellos días, es precisamente eso: que lo conoces demasiado bien. Y Cloe sabía que Luis era un cobarde y que no quería que aquellos objetos desaparecieran de la antigua casa familiar porque le doliera verlos o porque fueran las pruebas materiales de un proyecto vital fracasado. Así que Cloe insistió e insistió, hasta que él confesó lo que ella, en el fondo, ya había sabido desde el primer momento: que Laura había exigido que todo recuerdo del matrimonio que habían compartido desapareciera.

—Es tan asqueroso y tan horrible...

—Te juro que no sé cómo voy a reaccionar al verlo, Cloe. La última vez que lo vi fue por su cumpleaños, y todo era tan normal...

—*Parecía* tan normal, Ada, no te equivoques. Por lo que he ido averiguando, llevaba ya unos cuantos meses con Laura en esa época.

—Puto cabrón.

Encendí la radio del coche de alquiler con tal gesto de ira que me sorprendió no quedarme con el botón pegado al dedo. Con un don de la oportunidad muy poco apropiado, la voz rota de Ed Sheeran sonó y *Photograph* llenó el habitáculo con ese mensaje que nosotras conocíamos tan bien de que el amor podía doler.

—¿Recuerdas el viaje a Estados Unidos que me regaló por tu cumpleaños? ¿Para que pudiéramos celebrarlo juntas?

—Sí, claro.

—Laura se mudó a nuestra casa esas dos semanas. Mientras yo estaba contigo en Nueva York, comprando zapatos y poniéndome ciega a perritos calientes, él estaba con mi puta mejor amiga en nuestra casa, concibiendo a su hijo. ¿Qué te parece?

Me lo decía en tono calmado, pero yo sabía que estaba rota por dentro. Cómo no iba a estarlo. La traición era algo que llevaría clavado en el alma durante mucho más tiempo que el desamor.

—Y le traje un regalo, Ada. Un puto calendario de los bomberos medio en pelotas. ¡Y ella se estaba tirando a mi marido!

—Déjalo ya, Cloe. Puedes darle mil vueltas y el resultado seguirá siendo el mismo: que son unos malnacidos a los que no merece la pena dedicarles ni un pensamiento más.

—Ya... Pero Luis era el malnacido con el que pensaba pasar el resto de mi vida y... —Se le quebró la voz y supe que las lágrimas estaban a punto de aparecer—. ¿Qué soy ahora, Ada? ¿Una divorciada de treinta y dos años que no tiene ni zorra idea de qué hacer con el resto de su vida?

—Un divorcio no es el fin del mundo, cariño. Mira tu vecina, ¿cómo se llamaba?

—¿Lucía?

—¡Esa! Parecía que lo había perdido todo cuando se fue de vuestra urbanización y mira lo bien que le va ahora.

—No me jodas, Ada. Lucía dejó a su marido, que era un gilipollas, por un veinteañero que es con toda probabilidad el tío más bueno que hayas visto en tu vida. No es exactamente mi caso.

—Bueno, hay esperanza...

—¿De qué?

—Es el primer comentario sobre un tío bueno que haces en más de un mes. Quizá algún día te decidas a quitarte las telarañas.

Se le escapó una sonrisita, que era justo lo que yo pretendía. Que se presentara con lágrimas en la que podía ser la última vez que viera a Luis habría sido letal para su autoestima. Llegarían después, sin duda, agotaríamos el presupuesto mensual en *kleenex*, pero sabía que ella necesitaría el mínimo subidón de autoestima que supondría no derrumbarse delante de él.

Por suerte, Luis nos dejó intimidad para que Cloe recogiera sus cosas. Sentí el aliento que contenía mi hermana al abrir la puerta de la que había sido su casa, sabiendo que era la última vez en su vida que haría ese gesto. Pasamos dos o tres horas guardando objetos en un par de bolsas de esas azules gigantes de Ikea. No hablamos demasiado, los recuerdos lo hacían por sí solos. Eran la historia de una vida feliz convertidos en cenizas amargas. Quise decirle un par de veces a Cloe que se deshiciera de algunas de las cosas que estaba guardando, pero ¿quién era yo para meterme en un lugar tan íntimo del corazón de mi hermana? Ya se encargaban ella y el tiempo de quitarles el valor a aquellos objetos, hasta que pesaran tan poco en la historia de su vida que el mejor lugar para ellos fuera el contenedor de basuras.

Era casi mediodía cuando oímos como se abría la puerta principal y un estremecimiento simultáneo nos recorrió el cuerpo. Justo en ese momento, nos quedaba solo el dormitorio principal por revisar, un lugar que Cloe estaba evitando desde que habíamos llegado, por los recuerdos que encerraba, y al

que yo le tenía pánico por la posibilidad de que hubiera allí algún rastro de que ya tenía otra habitante.

La ley de Murphy quiso que Cloe, Luis y yo nos encontráramos justo en la puerta de aquel cuarto que un día me había parecido de ensueño, con su vestidor incorporado, la luz indirecta sobre el cabecero, una cama más grande que la mitad de los apartamentos en los que yo había vivido y un enorme ventanal con vistas al jardín y la piscina.

—Ada... Emmm... Hola.

—Ni te molestes en saludarme, Luis —respondí a sus titubeos, dándole con palabras la bofetada que mis principios me impedían plantarle en el medio de esa cara de gilipollas.

Él reculó, aunque se quedó por allí sin saber muy bien qué hacer, y nosotras seguimos a lo nuestro. La mayoría de las cosas que Cloe se había llevado en el primer momento las había sacado del dormitorio, así que, afortunadamente, no había allí mucho más que hacer. Hasta que yo metí la pata, claro.

—Las GHD, tía. No sé cómo puedes acumular tantas maquinitas para hacerte cosas en el pelo cuando yo apenas sé secármelo.

—Ada... —Me miró a mí, miró las planchas de pelo que yo sostenía en las manos y su cara me dijo lo que estaba pensando antes de que ella hablara—. No son mías. Las mías están en casa.

—Joder...

Decidimos dar por finalizada la expedición, que no había ido tan mal como habría sido de esperar, a pesar de mi *brillante* intervención final. Vi que Cloe se despedía de la casa, de *su* casa, echando un último vistazo a todo aquello que hasta pocas semanas atrás era su vida.

—Esas sábanas las compré yo en Zara Home hace unos meses —señaló Cloe, con la mirada perdida y, al mismo tiempo, fija sobre la que había sido su cama. Luis entró en aquel momento en el dormitorio y, por suerte, y para mi propio orgullo, la furia de Cloe le ganó la batalla al dolor—. Tenéis mucha clase, sí, señor, durmiendo sobre un juego de cama comprado por mí.

—Cloe, yo...

—¡Venga ya, Luis! ¡Cállate la puta boca! Nos vamos. Me da asco hasta compartir oxígeno contigo. Ya puedes decirle a tu novia que salga del armario en el que sea que la tienes encerrada —se me escapó. Bueno, en realidad lo dije plenamente consciente de ello. Y me hizo sonreír. Y a Cloe también. Solo por eso ya mereció la pena.

—Adiós, Luis. Espero que todo os vaya muy bien. —Cloe siempre había tenido muchísima más clase que yo; también ese día habíamos hecho un buen equipo.

—Yo espero que os vaya tal como os merecéis.

Me despedí de aquel hombre al que había llegado a querer por ese hecho tan simple que era el adorar como lo hacíamos a la misma persona. Ese hombre que miraba al suelo, avergonzado, no sé si de verdad o en un gesto fingido, mientras quien había sido el amor de su vida durante trece años se iba para siempre.

—Esto es lo más duro que he tenido que hacer en toda mi puta vida. —Cloe se echó a llorar en cuanto nos metimos en el coche, después de colocar sus pertenencias entre el maletero y el asiento de atrás.

—Lo sé.

—Se acabó, Ada. —Se sorbió los mocos, pero las lágrimas seguían aflorando a sus ojos sin que hubiera nada que las detuviera—. Joder, ahora sí que se acabó del todo.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Mmmmmmm... Ada, voy a ser muy sincera contigo. —Desvié un segundo la mirada de la carretera para dirigirla a ella, porque no sabía bien qué había detectado en su tono—. Necesito droga de la buena.

Las comisuras de mis labios se elevaron poco a poco hasta que no pudieron contener una sonrisa enorme. Sabía que cuando Cloe hablaba de «droga de la buena» tenía un destino muy claro en mente. Aquella tarde quemamos un poco de su pena de amor dejándonos una buena parte del crédito de nuestras tarjetas en el Primark de Gran Vía. Quedaba mucho camino por andar hasta que Cloe estuviera bien del todo, pero, al menos, ya se había cerrado una etapa.

También para mí, al día siguiente, empezaba una nueva aventura. Y ojalá alguien me hubiera avisado de hasta qué punto iba a cambiar mi vida para siempre.

I won't take the easy road

La mañana de mi primer día de trabajo amaneció soleada. Eran apenas las siete cuando la alarma me despertó, pero los rayos de sol ya se colaban entre las láminas de la persiana veneciana e inundaban de luz las sábanas de mi cama. Puede que aquello fuera un presagio de todo lo que iba a suceder, de cómo mi vida se iba a iluminar a partir de aquel día... o puede que yo sea una loca que tiene tan grabada aquella mañana de mayo que lo cambió todo que desea ver en ella señales que no lo son en realidad.

Había dejado elegido la noche anterior lo que me pondría para mi debut en el mercado laboral tras aquel par de meses de asueto. Teniendo en cuenta que la entrevista para el puesto me la habían hecho en un bar, y que la plantilla no llegaba a diez trabajadores, había descartado los aburridísimos trajes de chaqueta que había tenido que usar durante años en mi periplo por diferentes empresas del mundo. De hecho, estaban condenados al ostracismo del altillo del armario, metidos en unas cajas de las que esperaba no tener que volver a sacarlos en una larga temporada.

Aún con el pelo mojado, me enfundé unos *mom jeans* azul clarito, una camiseta corta con el mensaje «Girl Power» y mis Adidas Gazelle grises. Como me vi un poco demasiado informal, decidí añadir al *look* una americana de tela de sudadera también en color gris, con las mangas dobladas hacia arriba. Sabía que, o en la oficina se tomaban el aire acondicionado más en serio que nosotras en casa, o acabaría asfixiada de calor, pero me gustaba el reflejo que me devolvía el espejo; y yo siempre había tenido una extraña superstición con sentirme mona el día que empezaba un nuevo trabajo.

Al final, como me ocurría a menudo, el tiempo se me echó encima entre secarme el pelo, decidir si lo llevaba ondulado o liso y una operativa de maquillaje que pretendía darme ese aspecto de «no voy maquillada» que solo se consigue tras una buena media hora delante del espejo.

Pasaba de las ocho de la mañana cuando cerré la puerta de casa, contenta por que Cloe no hubiera salido a despedirme, porque eso significaba, sin duda, que había conseguido dormir esa noche. De camino al metro fui sonriendo, porque sentía que, aunque muy poquito a poco, lo íbamos consiguiendo. Sabía que mi hermana tardaría en superar lo que le había ocurrido, o en aprender a vivir con ello, mejor dicho, porque el trauma la acompañaría durante mucho, muchísimo tiempo. No tanto el de perder a Luis y todo lo que significaba para ella su matrimonio, sino el de tener que desaprender todo lo que siempre había tenido tan claro sobre el amor, las relaciones y la vida, en general. Ojalá una clase en el instituto nos hubiera enseñado que las relaciones tienen un principio y un final...

El metro me dejó en la estación de Nuevos Ministerios cuando quedaba aún un buen rato para mi hora de entrada, así que me permití una parada rápida en Starbucks y un *caramel macchiato* que le aportó más azúcar que cafeína a mi organismo. Eché de menos tener a mano un pitillo, aunque hacía ocho años ya que lo había dejado y solo recaía en momentos muy puntuales. En concreto, cuando estaba nerviosa y... bueno, después del sexo; ese era un placer al que me había negado a renunciar cuando lo dejé, después de la primera vez que recalé por trabajo en Estados Unidos.

Y es que estaba muy nerviosa aquella mañana. Más nerviosa de lo que había esperado estar y, sin ninguna duda, más de lo que correspondía a la lógica si se analizaba lo que había sido mi vida laboral hasta entonces. Con veintitrés años me había plantado en Arabia Saudí para dar clase en una mansión que jamás habría podido imaginar que existiera fuera de un cuento de *Las mil y una noches*; con veinticinco, había conseguido un puesto de trabajo en Los Ángeles para el que no me sentía preparada en absoluto; y con treinta, la casualidad me llevó a ser la única traductora disponible en Bruselas para un asunto de terrorismo del que ni siquiera tenía permitido hablar con nadie. Y todas esas veces había respondido bien, sin dejar que los nervios me impidieran desempeñar mi labor.

Los idiomas eran mi vida. Siempre lo habían sido. No tenía ni idea de dónde había salido aquella capacidad innata para aprender otras lenguas, pero el caso es que siempre la había tenido. No debía de haber cumplido ni los ocho años cuando mi profesora de Primaria les había dicho a mis padres que iba muy avanzada en inglés, y que sería buena idea que acudiera a alguna academia privada para aprender más de lo que me enseñaría el colegio. Ellos

le hicieron caso, con los años acabé estudiando también francés e, incluso cuando la adolescencia me llevó por derroteros en los que los estudios no eran exactamente mi prioridad, nunca dejaron de dárseme bien.

La razón por la que un trabajo sencillo, traduciendo textos en los tres idiomas que mejor dominaba, me ponía tan nerviosa que hasta había hecho que me apeteciera fumar era un misterio que no acababa de entender. Quizá fuera Madrid, que siempre conseguía ponerme las emociones a flor de piel. Me recordaba a los mejores años de mi vida, a los de aprendizaje, a los que convirtieron a una chica con la cabeza llena de sueños de libertad en la mujer que seguía siendo diez años después de marcharme de la ciudad. Habían supuesto más para moldear mi personalidad aquellos cinco años de vida universitaria en Madrid que todas las experiencias vividas después.

Apoyé la cabeza en la pared de piedra del edificio del café y cerré los ojos. Rescaté los auriculares que me había sacado al salir del metro y que aún colgaban de mi cuello, y dejé que la música de *My Silver Lining*, de First Aid Kit, me pusiera de buen humor, como siempre conseguía. Consulté de reojo el reloj del móvil y decidí caminar los apenas tres portales que me separaban del edificio en el que Translitere ocupaba la segunda planta.

Cuando entré en la oficina, entendí por qué Berta había decidido entrevistarme en aquella cafetería tan moderna de la Castellana. Las *oficinas* eran en realidad una serie de despachos anodinos situados en un piso algo oscuro y, sin ninguna duda, muy mejorable en su decoración. A Cloe le daría una embolia si viera aquel conjunto de moqueta gris, paneles separadores de PVC, mesas de aglomerado abolladas y sillas plásticas de catálogo de mobiliario de oficina.

—¿Ada? —Berta salió al rellano a recibirme cuando yo titubeaba, dudando entre golpear con los nudillos la puerta entreabierta o aventurarme con el timbre—. ¡Ada! ¡Bienvenida! Pasa, pasa, por favor, te estábamos esperando.

—Hola —saludé, tímida, para recordar a continuación que estaba de vuelta en España cuando la que iba a ser mi jefa me plantó dos besos de recibimiento.

—Mira, te presento a las chicas. Bueno... por aquí, casi todas somos chicas, en realidad, aunque hay un par de compañeros. Pero siempre decimos *las chicas*. Como te comenté el otro día, alguna gente trabaja desde casa, otros desde aquí, y otros alternan. Dejamos que cada uno se organice un poco a su

manera, siempre y cuando se cumplan los plazos de entrega y la calidad no se resienta.

Como ya había observado el día que la conocí, Berta era un torrente inagotable de palabras. No hablaría ningún idioma más que el español, pero, sin duda, este se esforzaba en practicarlo. Me presentó a varios traductores con los que apenas me cruzaría en mi trabajo: Boris, un ruso que hablaba muy poco español y se dedicaba solo a traducciones de su idioma natal al inglés, y con el que nadie parecía conectar demasiado; Patricia, una colombiana que llevaba pocos meses viviendo en Madrid y que era la única traductora de italiano de la empresa; y Marga, una chica de Lugo que se había criado en Suiza y era la mano derecha del jefe en las traducciones del alemán.

—Y estas son Lorena y Elena, será con las que más trabajes. Lorena era la única traductora de francés hasta que tú has llegado, así que estoy segura de que es la que más se alegra de verte por aquí.

—Vienes a salvarme la vida, en realidad. Llevo un par de meses que no doy abasto con tanto trabajo que nos está entrando en francés.

Era una chica menuda, que parecía algo más joven que yo, y que llamaba la atención por una larguísima melena rubia y unos ojos azules muy claros. Me sonrió al darme dos besos y no paró de repetirme que esperaba que la liberara un poco del exceso de trabajo que estaba teniendo en las últimas semanas. Me cayó bien de inmediato, no tengo ni idea de por qué.

—Elena es una de las traductoras de inglés, que, como te imaginarás, es el idioma más solicitado por nuestros clientes. Tenemos tres o cuatro *freelances* a los que llamamos según la demanda, pero ella es la única que trabaja aquí, mano a mano con el jefe.

—Para su desgracia... —murmuró Lorena, pero todas la oímos perfectamente. Se ganó una larga mirada de reproche de Berta, aunque me pareció percibir un brillo de diversión en sus ojos.

—Si a mí también me descargas de trabajo, creo que te convertirás en nuestra mejor amiga. —Elena también era bajita, como Lorena, aunque algo más corpulenta, y tenía un melenón negro que me parecía imposible conseguir sin extensiones.

—¿Os importa enseñarle vosotras cómo funcionan los programas con los que trabajamos? —les preguntó Berta, y ellas asintieron—. Sobre todo los documentos de planificación y fechas límite. Es lo más importante, ¿de acuerdo, Ada? Coordinarnos bien para que los trabajos se entreguen a tiempo.

—Claro, no hay problema.

Con un guiño cómplice, me dejó a solas con Elena y Lorena. Ellas me enseñaron la que sería mi mesa, situada en el despacho más grande de todo el piso, que compartiríamos a partir de ese día. Me explicaron por encima los métodos de trabajo, y mucho más en detalle los mejores locales para comer por la zona y, sobre todo, para tomar unas copas *after work*. Después de diez años trabajando en países con costumbres tan diferentes, con formas de relacionarse en el trabajo que estaban a años luz de los dos besos y los planes para tomar un gin-tonic al salir, me encantó el buen rollo que encontré en aquel despacho.

—Bueno..., ahora solo te queda conocer al dios maligno. —Llevaba con ellas poco más de una hora, pero ya me había quedado claro que los comentarios maliciosos siempre salían de la boca de Lorena, mientras que Elena solo los secundaba con una sonrisita pícaro.

—Lore...

—¿*Dios maligno*? —La expresión había conseguido que me picara la curiosidad.

—El jefe. Lorena lo llama así.

—Lorena y toda la empresa —aclaró la aludida.

—Es un tío... —Elena se interrumpió, pensativa, como si estuviera buscando la palabra adecuada.

—¿Un tío bueno? —propuso Lorena.

—Eso también. —Elena soltó una carcajada y, a esas alturas, mi curiosidad ya estaba por las nubes, o algo más allá—. Pero iba a decir... *complicado*. No es una persona fácil.

—Eso no me lo dijo nadie antes de firmar el contrato.

—Es que Berta tiene debilidad por él. Al parecer, es la única con la que se comporta como un ser humano.

—Tiene sus momentos. En serio, Lore, en las distancias cortas es más agradable de lo que parece.

—En las distancias cortas me gustaría tenerlo a mí...

Asistía al intercambio de impresiones sobre nuestro jefe con una sonrisa en los labios y un café en las manos, cuando decidí que ya era hora de ponerme a trabajar. Me senté frente al portátil que se convertiría en mi inseparable compañero de fatigas y comprobé que todavía no tenía ninguna tarea asignada en el documento de Excel que marcaba las traducciones que correspondían a

cada trabajador, así que me sentí un poco menos culpable por eso de que fuera casi media mañana y todavía no me hubiera empezado a ganar el sueldo. Y, claro, con tanto ocio, se me volvió a despertar la curiosidad.

—¿Y cuándo tendré el gusto de conocer a ese *dios maligno*?

—Pues... no suele aparecer por aquí antes de las doce de la mañana. No vaya a ser que se agote, el señorito.

—Trabaja muchísimo desde casa, Ada. No le hagas caso a Lorena, que lo odia desproporcionadamente.

—Creo que eso es algo mutuo.

—Sí. —Elena se carcajeó, y todas nos contagiamos—. Eso también lo tengo claro.

Pasé un buen rato familiarizándome con los programas que utilizaban en Translitere, a los que les cogí pronto el truco porque eran muy similares a los que había usado en otras empresas con anterioridad.

Pasaban pocos minutos del mediodía cuando oí abrirse la puerta del piso y sentí que se me erizaba el vello de la nuca. No sé si fue toda la conversación previa con Elena y Lorena, que me había creado una expectación exagerada. O quizá reconocí en el brevísimo saludo que escuché de fondo que dirigía a Berta los matices de una voz que conocía muy bien. Lo único que tengo claro es que, para el momento en que oí a Berta decirle a alguien que yo me había incorporado ese día y que me encontraba en el despacho de Lorena y Elena, ya me sudaban las manos.

Probablemente entró en el despacho a un paso normal. Probablemente yo me levanté de mi silla para saludarlo a la misma velocidad que lo habría hecho en cualquier otra circunstancia. Probablemente Elena y Lorena se giraron con naturalidad al oír el pomo de la puerta girando. Pero el caso es que, en mi cabeza, lo recuerdo todo a cámara lenta. Como la escena de una película en la que todo se envuelve de un halo ralentizado.

—Ada, te presento al jefe. Este es Hugo Navarro, el socio fundador de Translitere y...

Dejé de escuchar. Estoy casi segura de que mi boca formó un círculo perfecto al verlo allí, delante de mí, después de una década. Puede que incluso boqueara como un pececillo recién salido de un acuario. Hacía diez años que no me permitía pensar en Hugo. Diez años convencida de que había tomado la decisión correcta al dejarlo atrás. Diez años sin consentir que mi cerebro dudara sobre mis sentimientos, mis objetivos y mi estilo de vida, como sí

había dudado —mucho, muchísimo— en los meses anteriores a mi partida. Diez años sin perderme en unos ojos verdes de los que me había enamorado sin darme cuenta a los veintidós años.

—Ada...

Se le quebró la voz mientras me acercaba a darle un beso en la mejilla. Puede que fuera imperceptible para los tres pares de ojos que nos observaban sin entender muy bien qué estaba ocurriendo, pero yo lo noté. Una leve vibración en sus cuerdas vocales al pronunciar la segunda a de mi nombre. Un recuerdo. La nostalgia. No lo sé... A mí también se me quebraron un par de cosas dentro al tenerlo delante.

—Hugo...

Me obligué a salir de la conmoción que me había provocado su aparición, no tanto por dignidad personal como para permitirme echarle un buen vistazo. Al fin y al cabo, Hugo siempre había sido un regalo para la vista de cualquier persona dotada de buen gusto. Y no sé cómo me vería él después de diez años, pero yo... Yo me encontré con un Hugo que no esperaba. No tenía ni idea de qué había sido de su vida; tardé poco tiempo en perder el contacto con la gente de la facultad con tanto viaje por el mundo y, además, después de nuestra despedida, tuve muy claro que sería mejor para ambos no volver a saber el uno del otro. No sabía si estaría casado, si tendría hijos, si seguiría siendo el *rompebragas* que era en la época de la facultad..., no tenía ni idea. Lo único que sabía de él era que había montado una pequeña empresa de traducción unos siete años atrás y que había cambiado bastante físicamente.

Seguía siendo guapo. Rotundamente guapo. Hugo Navarro tendría que volver a nacer para no serlo. Pero estaba apagado. Sí, esa era la palabra. *Mi* Hugo, aquel con el que había compartido tantas horas de sexo, y de algo más, quizá de mucho más, en nuestros años universitarios... se había apagado. Sus ojos ya no brillaban como antes, ni siquiera con la sorpresa que tenían pintada en aquel momento a causa de mi presencia. Él, que siempre había sido un *pijo macarra*, como le gustaba llamarlo a mi hermana, lucía un traje pasado de moda y que, además, le quedaba grande. La corbata torcida. Unas ojeras marcadas. La barba de tres o cuatro días. Un corte de pelo descuidado. Y una sonrisa tímida dirigida a mí. ¿Dónde estaba aquella sonrisa de oreja a oreja que dejaba salir a la menor ocasión cuando teníamos veintipocos años?

Un par de carraspeos de Berta nos sacaron de aquellas reflexiones, que, en mi cabeza, habían durado horas. Y digo «nos», porque estoy convencida de

que su cabeza también dio muchas vueltas preguntándose qué coño estaba haciendo su medio novia del último año de facultad plantada en medio de su oficina. Él se despidió con rapidez y se encerró en su despacho, yo me sumergí en la tarea que Berta me indicó que acababa de asignarme, y Lorena y Elena dedicaron el resto de la mañana a dirigirme miradas que se debatían entre la curiosidad por saber qué demonios había pasado en ese extraño encuentro con nuestro jefe y la prudencia por las escasas tres horas que hacía que nos conocíamos.

Cuando a las tres de la tarde decidí irme a casa a terminar el resto de mis tareas con calma en mi sofá —y a contarle a Cloe el bombazo del día, claro—, solo un pensamiento me invadía la mente: me había encontrado frente a frente con mi pasado, con la única persona que un día llegó a hacer que dudara..., con Hugo. Y Hugo ni siquiera parecía aquel Hugo. Y yo tampoco sabía si seguía siendo aquella Ada.

Cuando fuimos los mejores

Llevaba cuatro años en Madrid, con una breve escapada de nueve meses a París, cuando conocí a Hugo. En realidad, habíamos compartido facultad desde el comienzo de nuestra vida universitaria, pero no habíamos coincidido nunca. No lo hicimos hasta que yo comencé el quinto curso de mi licenciatura en Filología Árabe y Hebrea y él el suyo de la doble licenciatura en Filología Inglesa y Alemana. Nos tocó cursar juntos tres optativas, de las cuales no recuerdo ni una sola palabra, ni la nota que saqué, ni si me gustaron o no... porque lo único en lo que era capaz de fijarme durante aquellas doce horas semanales era en los dos ojos verdes que me traspasaban y me hacían sentir desnuda de una manera en que podría haberlo estado sin importarme lo más mínimo, incluso en medio de un aula llena de alumnos.

Yo no era tímida, mucho menos después de aquellos meses en Francia en los que había vivido una especie de revolución sexual propia, unos treinta y cinco años después de que el mayo del sesenta y ocho popularizara el concepto. Y él, desde luego, tampoco lo era. Mi grupo de amigas de la facultad ya le había echado el ojo el curso anterior, y era considerado algo así como el tío bueno oficial de la facultad de Filología. Razones no le faltaban: alto, moreno, con esos dos ojos verdes impresionantes que eran su seña de identidad y con la actitud propia de quien es guapo y lo sabe. Sin chulerías, pero sin falsa modestia. Hugo siempre desprendió una seguridad en sí mismo que quizá fue lo que más me gustó de él desde el primer día.

Podría contar muchas cosas sobre lo que fueron aquellos primeros encuentros con Hugo. Podría decir que recorrimos Madrid de la mano, que nos enamoramos cuando las luces de Navidad decoraban las calles del centro, que nuestro primer beso llegó después de un chocolate caliente compartido en uno de los primeros días duros del invierno, que sentirlo dentro de mí fue la

culminación de un sentimiento que latía ya dentro de nosotros desde hacía un tiempo.

Podría contarlo, pero... sería mentira.

La verdad es que, después de intercambiar unas cuantas miradas, de tanteo la primera semana del curso, y muy evidentes ya en la segunda, nos presentamos en un pasillo, intercambiamos algunas palabras de cortesía y, media hora después, estábamos en su piso, follando como cerdos. Porque eso fue lo que hicimos durante semanas. Follar como cerdos. Y como obsesos. Como las dos personas que éramos en aquel momento: veinteañeros muy aficionados al sexo, muy seguros de nosotros mismos y muy liberados de prejuicios.

Ni siquiera sé cómo sobrevivimos a aquellas primeras semanas y entiendo todavía menos que no llegáramos a cansarnos el uno del otro. Coincidíamos en clase cuatro días por semana, y ninguno de ellos llegamos a asistir a las últimas horas. Siempre, en algún momento entre la segunda y la cuarta clase, intercambiábamos una mirada que sabíamos exactamente lo que significaba y salíamos pitando de la facultad de camino a su piso de Argüelles. Fue providencial que viviera tan cerca de Ciudad Universitaria; si no, me temo que las ganas habrían sido más fuertes que la prudencia y alguna vez habríamos acabado haciéndolo en pleno parque del Oeste. Bueno, a quién quiero engañar, eso ocurrió una vez. O puede que dos.

Aquel otoño no me enteré de cómo caían las hojas de los árboles porque, como decía Cloe, «Hugo te ha hipnotizado con su pene». Nunca le quité la razón. Esos cuatro días a la semana en que coincidíamos en clase dejaron de ser suficientes y empezamos a quedar también en fin de semana. La rutina siempre era la misma. Él, yo, su piso, desnudarnos, orgasmos, vestirnos, un beso, adiós.

Hasta que... la rutina cambió.

Aquella Navidad en Peñaliría se me hizo más larga incluso de lo habitual. Estaba acostumbrada a agobiarme entre las cuatro paredes de la casa de mi infancia, a que la vida del pueblo se me hiciera aburrida hasta el hastío, a que la relación con mi madre me doliera en lo más profundo y a estar deseando regresar a Madrid. Lo que nunca había ocurrido era que echara de menos a alguien. O algo. Porque, en aquel momento, no tenía muy claro si echaba de menos a Hugo o el sexo que tenía con él.

Nos desquitamos a gusto en los primeros días desde mi regreso y, quizá

porque las vacaciones habían roto esa rutina que teníamos establecida desde que nos habíamos conocido, o quizá porque el cuerpo nos pedía otra cosa..., hubo pequeños detalles que parecían indicar que lo que ocurría entre nosotros era algo más que sexo desenfrenado sin intercambio de palabras.

Dejamos de recorrer la distancia entre la facultad y su piso a la carrera y aprendimos a disfrutar de paseos en los que nos contábamos un poco nuestras vidas. El remoloneo posterior al sexo se convirtió en costumbre, no tanto por la pereza postcoital como porque no nos apetecía separarnos. Empezó a haber llamadas que ya no tenían el único propósito de saber si el otro estaba disponible para pasar un buen rato. Los mensajes sobre temas intrascendentes nos arrancaban sonrisas que no queríamos reconocer. Y además...

—¿Cuánto hace que no te acuestas con alguien que no sea Hugo? —me preguntó Cloe una tarde, apoyada en el quicio de la puerta de la terraza de mi habitación, mientras se reía de mí por estar a punto de sufrir una hipotermia por salir a fumar.

—Mmmm... ni idea —le respondí, aunque yo misma llevaba un par de semanas con el pensamiento rondándome la cabeza.

—*Ni idea, ni idea...* —se burló—. Desde el polaco de Erasmus de la fiesta de bienvenida de mi facultad.

—Joder con la cronista oficial de mi vida sexual.

—Ya, ya. *Ada tiene novio, Ada tiene novio* —canturreó.

—¡Yo no me puedo permitir tener novio! —le grité, cabreada, mientras ella volvía al cálido interior de nuestra casa con aquella melodía burlona saliendo de sus labios—. ¡En seis meses pienso largarme de Madrid y no volver jamás!

Juro que quise arrancarle la cabeza cuando la oí canturrear. Quise arrancarle la cabeza y quise arrancármela yo, porque lo que había hecho Cloe no era otra cosa que dar voz a mi mayor temor: haberme atado a alguien sin darme cuenta. Y, encima, sin saber si él sentía lo mismo, sin saber siquiera si continuaba con esa vida de *fucker* que alguna vez me había dejado entrever que llevaba antes de conocerme.

Por suerte, nunca he sido yo de dar demasiados rodeos y emparanoiarme, así que lo primero que hice en cuanto mi hermana salió de mi cuarto fue coger el móvil y llamar a Hugo.

—Hola, bonita. ¿Me echabas de menos? —me preguntó, con un deje seductor que me dibujó una sonrisa involuntaria.

—Hugo, ¿tú y yo somos novios? —Así, sin rodeos ni paliativos.

—Hombre, Ada... Pues primos segundos creo que no somos.

—¿Qué?

—¿Tenemos que ponerle una etiqueta a esto?

—No. No, claro que no. Pero hay cuestiones...

—¿Cuestiones...? —Su tono estaba a medio camino entre la prudencia y la burla.

—¿Tú te acuestas con otras?

—No se te puede acusar de hablar con indirectas, desde luego. —Resopló y, a continuación, se le escapó una carcajada—. ¿Pero cómo me voy a acostar con otras? ¿Tú quieres que se me caiga el pito por exceso de uso o qué?

—Joder, Hugo, eres adorable.

—No seas imbécil. Era una broma. —Hubo un silencio que se me hizo denso. Que me puso nerviosa. Y yo nunca me había puesto nerviosa por un tío—. No me acuesto con nadie más porque no me apetece estar con nadie que no seas tú. Ni en la cama ni fuera de ella.

—Oh.

«Oh». Ese fue el único sonido que fui capaz de emitir. Porque lo que Hugo acababa de decirme podía no ser una declaración de amor a lo juglar medieval, pero... a mí me lo parecía. Me quedé en silencio tanto rato que temí que hubiera colgado. Pero no, no lo hizo.

—Somos novios, Ada. No lo hemos decidido nosotros. Pero me temo que no hemos podido hacer nada por evitarlo.

—Joder con el poeta...

Me burlé para quitarle hierro a sus palabras, pero él ya me conocía lo suficiente como para saber que era mi forma de decirle que pensaba exactamente lo mismo. Si su afirmación me hubiera agobiado, habría salido corriendo, colgado el teléfono o emitido un grito que hubiera dejado sordo a todo el barrio de Chueca.

Y fuimos novios, sí. Ni siquiera sé cómo no me había dado cuenta antes. Nos besábamos como novios, discutíamos como novios, nos reconciliábamos como novios y todo nuestro entorno asumía que éramos novios.

Nos pasábamos las horas debatiendo sobre los temas más inverosímiles. Él se empeñaba en que yo me aficionara a su música, aquel *rock* nacional que a mí me parecía tan cutre, pero tuve que acabar reconociendo que Extremoduro desbancó a mis bandas *indies* y a la música francesa a la que me había enganchado en París, al menos temporalmente. Y el día que descubrí que él

escuchaba a mis espaldas los CD que me olvidaba siempre en su piso supe que lo había ganado para la causa.

Poco nos faltó para convertirnos en una de esas parejas que terminan siempre las frases del otro, no porque fuéramos unos cursis, sino porque siempre parecíamos estar pensando lo mismo.

Nos contamos las historias de nuestras familias, que eran tan diferentes que me costaba asimilar que coexistieran en el mismo planeta. Los padres de Hugo acababan de divorciarse y, aunque él lo había pasado regular y reconocía que era un trago complicado de asimilar a cualquier edad, también veía que eran más felices por separado que juntos. Se llevaban fenomenal entre ellos, y también con él. Eran jóvenes, mucho más jóvenes que mis padres y, cuando lo escuchaba hablar con ellos por teléfono, me daba cuenta de que tenían una relación que me provocaba una mezcla de admiración y envidia.

Ellos habían sido quienes habían convencido a Hugo de que estudiara una carrera con la que tuviera alguna posibilidad de trabajar en el futuro, puesto que sus planes originales eran dedicarse a escribir letras de canciones para diferentes grupos. Se había decantado por una filología (por dos, en realidad) porque era lo más cerca que podía estar de las letras y los libros, que eran su verdadera pasión.

Hablábamos mucho de nuestros sueños de futuro. Yo le contaba cómo aspiraba a recorrer el mundo, a vivir en los países más diversos y empaparme de culturas tan diferentes a la mía que convirtieran a una chica de pueblo en una mujer de mundo. Él me hablaba de las letras que escribía, de cómo soñaba con poder vivir de ello en el futuro, de la ilusión que le hacía que un grupo para el que había escrito un par de temas fuera a tocar en el FIB aquel verano..., hasta que, al fin, un día, se le escapó la verdad.

—¿Cómo es que un compositor de canciones no tiene una guitarra en su habitación? —le pregunté, intrigada porque no lo había oído cantar más que alguna vez en la ducha y, desde luego, no parecía que los dioses le hubieran concedido ese don.

—Tengo el mismo oído musical que una piedra.

—¿Y por eso has decidido dedicarte a componer? —me burlé.

—Bueno, eso... —Se rascó la sombra de barba que cubría su mandíbula y me intrigó la timidez que vi en sus ojos—. Compongo canciones, sí, pero eso no es exactamente a lo que me quiero dedicar. A lo que me dedico en el tiempo que me deja la facultad, vaya.

—Ahora me lo vas a tener que contar. Lo sabes, ¿no?

—Mira... —Me acercó un cuaderno de tamaño cuartilla, lleno de pequeños poemas, frases, fragmentos escritos a lápiz, con su letra torcida y llenos de tachones—. ¡No digas nada! Me muero de vergüenza.

—Pero... ¿por qué? —Se me dibujó una sonrisa en la cara porque lo último que me habría imaginado de alguien con el aspecto de Hugo, tan pijo a ratos, con su moto impecable, su cazadora de cuero, su fama de follador y su afición por cerrar todos los garitos de Madrid, era que se dedicara a escribir poesía—. Esto es precioso.

—Sí, bueno. Es lo que es. Me queda mucho por aprender.

—¿Y por qué te avergüenzas de ello?

—No es que me avergüence, es que... No sé...

—¿Que no te pega nada?

—Algo así. Es más fácil contar que escribo letras para grupos molones y modernos que confesarles a mis amigos que intento perfeccionar la técnica de un soneto con verso libre. Más... no sé... masculino.

—Vaya pedazo de gilipollez. ¿Góngora era femenino o algo así?

—No, tía. Pero era feo de cojones.

—¿Y tú te crees muy guapo?

—No sé. Dímelo tú.

Nos enredábamos entre las sábanas a la menor ocasión. Pero nunca habíamos estado tan desnudos como aquella tarde en que Hugo me confesó el mayor de sus secretos, por muy tonto que me pareciera a mí que lo ocultara.

Yo sabía que él estaba deseando decirme las dos palabras que podían cambiarlo todo, pero no estaba segura de querer oírlas. Porque yo tenía muy claro lo que sentía por él, clarísimo, pero decirlo en voz alta lo haría todo real. A veces leía en sus ojos que estaba a punto de soltarlo, cuando nos quedábamos mirándonos después de hacer el amor, o cuando había uno de esos silencios que solo son cómodos cuando los compartes con la persona adecuada. Hasta que un día supe que había llegado el momento. Vi tanta seguridad en su mirada que tuve claro que no me permitiría que lo callara con un beso, como alguna vez había hecho. Y cuando me pareció que su lengua se acercaba a sus incisivos para formar una te, le tapé la boca con las dos manos. Pero no fue para acallar algo que no quisiera oír, sino porque sentí una necesidad abrasadora de ser la primera en decirlo:

—Te quiero.

Nos comíamos el mundo. Nos comíamos Madrid. Nos encontrábamos tan a gusto cuando estábamos juntos que sentíamos que lo teníamos todo a nuestros pies. Un día sonó en la radio de su dormitorio *Cuando fuimos los mejores*, de Loquillo, y a los dos se nos dibujó la sonrisa extraña de sentir que esos éramos nosotros. Los mejores. Un nosotros para el que los bares no se cerraban, pero que contaba su historia en pasado porque el futuro se complicaba. Los sueños se interponían en él, y más se interpusieron cuando ya estaba a punto de acabar la carrera y recibí la llamada que me ponía en bandeja el primer paso hacia mis sueños de futuro.

—Me han ofrecido un trabajo en Arabia Saudí.

—¿Cómo dices? —Hugo intercambió una mirada con mi hermana, con quien se llevaba tan bien que a veces los odiaba, por cómo conspiraban para burlarse de mí. Aunque, en el fondo, me encantaba verlos interactuar. Cloe, contra todo pronóstico, recogió su plato, lo dejó en el fregadero y se retiró a su cuarto.

—Ya lo has oído. Me ofrecen una pasta por darle clases de español a una heredera ricachona.

—¿Y no te parece un poco locura? ¿No sería más lógico empezar por... no sé... Londres? ¿París, que ya lo conoces?

—La idea no es regresar a los lugares que ya conozco, Hugo.

—Lo sé, lo sé. —Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, por la que yo estaba medio descolgada, fumándome un cigarrillo. Me abrazó por la espalda y los ojos se me cerraron solos—. Asegúrate de que es una buena oferta, de que no hay trampas y... a por ello.

Intentó decirlo con tono de ánimo, pero la voz le sonó triste. Y, desde aquel día, con ese sueño mío de recorrer el mundo convertido en una oferta en firme, la vida se ensombreció un poco entre nosotros. Nos habíamos enamorado, no había ninguna duda de ello, pero no era nuestro momento. A mí me quedaban muchos sueños por cumplir, y sabía que, si me quedaba en Madrid para vivir mi historia con él, algún día me arrepentiría de haber renunciado a todo aquello que siempre había deseado, para lo que había estudiado y me había formado.

Pero dudé. Dudé mucho. Las noches que no pasaba con él se convirtieron en conversaciones interminables con Cloe, tratando de dilucidar cuál era la mejor opción. Una relación a distancia estaba descartada, porque yo no quería irme dejando una parte de mí en Madrid, no una mayor que la que ya suponía mi

hermana. Quería viajar por el mundo sin ese condicionante de tener que volver algún día. Quería practicar sobre el terreno los idiomas que había estudiado y disfrutar de una libertad que estaba reñida con todas las dificultades de una relación que, sin duda, se resentiría.

Así que era quedarme o romper.

Quedarme con él y apostar por nuestra historia o marcharme al otro lado del mundo y no volver a verlo jamás.

Cara o cruz.

Y cada día que pasaba, cada tarde con mis dedos perdidos entre su pelo negro, cada noche sintiendo sus labios en mi piel, sus gemidos en mi oído, cada mañana amaneciendo perdidos el uno en el otro..., dudaba más. Una duda que crecía más y más cada día.

La duda de Ada.

Una duda que se fue convirtiendo en la certeza de que me quedaría a pesar de que Hugo nunca me lo pidió. Y ese silencio que otras personas interpretarían como desinterés en la relación, esas palabras de aliento hacia mis sueños que otros sentirían como lejanía... a mí solo consiguieron enamorarme más de él, porque, aunque nunca había creído en la teoría de la media naranja, si algo así existía, la mía sin duda era ese hombre que no me cortaba las alas, sino que me animaba a volar, aunque el camino me llevara lejos de él.

Quedaban dos días para la fecha límite en que tenía que aceptar o rechazar la oferta de Arabia Saudí cuando Hugo me llamó, y en el tono de voz que empleó para pedirme que nos viéramos en una hora en la plaza de Callao, supe que esa conversación no iba a ser intrascendente. Cloe se empeñó en repetirme que me iba a pedir algo trascendental, algo que hiciera que me quedara; incluso comentó algo de un anillo antes de que, en medio de mi histeria, la hiciera callar a gritos. Yo no había creído nunca en los presentimientos, pero aquella tarde apareció el primero de mi vida para susurrarme al oído que me iban a romper el corazón. Y acerté.

Solo necesité ver su cara, esperándome apoyado en la fachada de los cines Callao, para saber que había acertado.

—Hola, Ada —me saludó con una voz triste y un beso en la mejilla que me estremeció.

—Hugo, ¿qué pasa?

—Tenemos que hablar.

Las tres palabras más temidas de la historia de las relaciones. Por un momento se me pasó por la cabeza que quién me habría mandado a mí meterme en una de esas historias en las que no creía antes de conocerlo. Sentía que había perdido el control de mi vida, que mis emociones ya no dependían de mí, sino de lo que otra persona decidiera hacer con ellas. Y me odié por haber caído. Y lo odié a él por hacerme dudar de todo aquello que había tenido tan claro desde que era una cría. Y odié haber tomado la decisión de quedarme con él. Y, a continuación, sentí su mano sobre la mía, y supe que no, que no lo odiaba. Aún no.

—¿Qué ha pasado?

—Yo... Ada, no sé cómo decirte esto. Joder... No tengo ni idea de por dónde empezar.

—Pues, si no quieres que me dé un infarto, será mejor que empieces por el principio.

—¿Recuerdas el último fin de semana que bajaste a Peñaliría con Cloe? ¿El del cumpleaños de Borja?

—Sí, claro. —Fruncí el ceño, preguntándome qué tenía que ver aquello con la cara de funeral que traía Hugo—. ¿Qué pasa?

—En esa fiesta, yo... yo... Ocurrió algo que no tenía que haber pasado, que...

—¿Hugo? —Mi voz sonó aguda por la alarma. Por todas las alarmas que se me habían encendido dentro.

—Me acosté con alguien. Lo siento.

Me quedé paralizada. No lo vi venir. No por eso de que la cornuda es la última en enterarse de una infidelidad, sino porque estaba convencida de que Hugo era como yo en ese sentido. Alguien que había disfrutado lo suficiente de la promiscuidad, sin ataduras y sin prejuicios, como para no tener tentaciones de acostarse con nadie si se comprometía en una relación monógama. No reaccioné como se podía esperar. No lo insulté, ni pataleé, ni siquiera lloré. Me quedé con la mirada perdida en el infinito, preguntándome cómo coño había estado a punto de renunciar a todos mis sueños por una persona capaz de hacerme algo así.

—Di algo, Ada, por favor.

—Creo que ya lo has dicho tú todo.

—Lo siento. No puedo decir más.

—¿Sabes, Hugo? Creo que, en el fondo, me has hecho un favor.

Y, con esas palabras, me di la vuelta y me fui.

Para siempre.

Con ese corazón que yo creía cubierto por una coraza de independencia hecho añicos, pero con la duda de Ada convertida en la convicción de que los meses junto a Hugo habían sido solo una experiencia de aprendizaje en un camino que no debía desviarse nunca más de aquello que siempre había tenido tan claro: que mi independencia y mis sueños de libertad estarían siempre por encima de enamoramientos y pasiones.

Pasé dos semanas reponiéndome, dejando que la tristeza que me provocaba despedirme de Cloe eclipsara el dolor que sentía cuando pensaba en Hugo. Más por la decepción de que no hubiera resultado ser la persona que yo creía que por desamor.

Los días pasaron, y el dolor se fue transformando poco a poco en la ilusión por el proyecto que se me presentaba por delante, por la idea de coger un avión y recorrer miles de kilómetros, por el orgullo propio de sentir que lo había conseguido, sin que nadie me regalara nada, sin que nadie más que yo luchara por mí misma.

Y llegó el día de mi adiós. Cloe y yo competimos en el camino a Barajas por ser la más llorona de las dos, mientras Luis se reía de nuestro sentimentalismo y nos consolaba, todo al mismo tiempo. Después de comprobar por enésima vez que llevaba mi pasaporte, la tarjeta de embarque y el equipaje de mano con lo imprescindible que había preferido no facturar, me encaminé al control de seguridad y tuve que soltarme de la mano de mi hermana. Fue difícil. Lo más duro que había hecho jamás. Le di un beso en la mejilla, otro a Luis y me marché a cumplir mi sueño.

No sé qué hizo que me girara. Sabía que Cloe ya se había marchado; había visto, mientras aún estaba en la cola, como Luis la abrazaba y se daban la vuelta para regresar al aparcamiento. Estaba calzándome, al otro lado de los escáneres y las cintas de maletas, cuando alcé la mirada hacia el otro lado de la terminal y lo vi. O creí verlo, porque nuestros ojos apenas establecieron contacto visual durante unos segundos, y con los años llegué a pensar que mi subconsciente me había jugado la mala pasada de que sus ojos verdes fueran lo último que viera antes de dejar Madrid.

Pero no.

Yo sabía que había estado allí de verdad. Y su mirada me dijo verdades que yo no había sabido leer entre líneas. No sé si fue en aquel momento cuando

supe que lo que me había contado en la plaza de Callao no había sido más que una patraña convertida en su estrategia para no retenerme, para dejarme volar. Quizá fue más tarde, en alguna de aquellas ocasiones en que su imagen aún visitaba mi pensamiento. Pero, con el paso de los años, no me quedó ninguna duda. Hugo me había mentido. Y alguien que hacía algo así por mí podría haberse convertido sin dificultad en ese amor de mi vida en el que yo siempre me había negado a creer.

La flaca

Hugo

Encontrarme con Ada plantada en el medio de mi oficina fue como un golpe en el pecho que no esperaba recibir. Como un balonazo en el estómago que me dejó sin aire. Como el recuerdo del mejor verano de mi vida, aunque nunca pasamos un verano juntos. Hacía diez años que no la veía y algo así como nueve y medio que no me permitía pensar en ella, pero no fui capaz de detectar que hubiera cambiado ni un ápice. Cuando estábamos en la facultad, siempre me había dado la impresión de que aparentaba más años de los que tenía, y ahora me parecía justo lo contrario. Como si su cara se hubiera quedado congelada en algún punto entre los veinticinco o los veintiséis, mientras yo me sentía un anciano prematuro a los treinta y tres.

Se acercó a darme un beso, solo uno, como a ella le gustaba. Me parecía todavía oírle decir que los dos besos eran para los pesados a los que te presentaban en una discoteca, mientras que uno era para la gente especial. ¿Cómo podía recordar con tanta precisión retazos de una conversación de la que habían pasado más de diez años? Su cercanía trajo a mi nariz el olor del mismo perfume de coco que utilizaba cuando compartíamos facultad... y muchas más cosas. Me recordé a mí mismo diciéndole que siempre dejaba entre mis sábanas aroma a crema solar y que me hacía despertar por las mañanas pensando que estaba en Menorca, en vez de en Madrid.

Los recuerdos se fueron encadenando hasta una tarde de primavera, la primera cálida de aquel año en que Madrid se resistía a que nos deshiciéramos de los abrigos y los jerséis de lana. Como siempre, nos habíamos escabullido de la facultad antes de llegar a la tercera clase y habíamos corrido hacia mi piso de Argüelles casi como si se nos fuera la vida

en ello, aunque lo que se nos iban eran las promesas de unos cuantos orgasmos compartidos.

Era lunes, y ese fin de semana ella había tenido que bajar al pueblo con su hermana, así que tres días sin acostarnos era más de lo que podíamos soportar. Follamos como bestias sobre mi cama, sin apartar siquiera la colcha y sin acabar de desnudarnos casi hasta el final. Cuando recuperé el aliento, me levanté a abrir la puerta de la terraza para compartir con ella un cigarrillo en la cama y para contemplarla desnuda, porque esa se había convertido en mi mayor afición a los veintidós años. Por el camino, encendí el equipo de música que había sobre mi escritorio y sonó una emisora aleatoria.

—¡Nooo! ¡Apágalo! Odio esa canción. —Se reía y se retorció entre mis brazos mientras por los altavoces se colaba *La flaca*, de Jarabe de palo.

—¿Por qué? No está tan mal.

—Fue una pesadilla un verano en mi pueblo. La canción estaba de moda, sonaba a todas horas y...

—¿Y...? —Sonreí, porque se había puesto colorada, y alterar a Ada no era tarea fácil.

—Y a mí me llamaban *la flaca* en el pueblo desde que era niña. Imagínate el cachondeíto.

Mantuve el mando del equipo de música lejos de su alcance y posé mis labios en la piel morena de su escote. Ella se relajó y olvidó la canción mientras esta seguía sonando. Mi boca fue descendiendo por su cuerpo, jugando con sus pezones, dejando un reguero húmedo bajo su ombligo... Me tiró fuerte del pelo y a mí se me escapó un gruñido gutural porque ese pequeño dolor me la había puesto como una piedra. Me ensañé con la lengua entre sus piernas, mientras ella susurraba mi nombre y ese sonido se convertía en lo más erótico que había escuchado en toda mi vida.

Se corrió entre mis labios y nos quedamos quietos, en silencio. Recordé como, unos meses atrás, lo primero que hacíamos después de acostarnos era correr a recuperar nuestra ropa y volver a la facultad. Pero las cosas habían ido cambiando. Cada vez nos quedábamos más rato abrazados, acariciándonos y, aunque fuera una pátina de sexo la que lo cubría todo, yo sentía que había algo más debajo de ella.

Me extrañó su silencio y dejé de mirar hacia el techo para observarla a ella. Se había quedado dormida. Nunca antes la había visto dormir. Desnuda, con su piel morena contrastando con la sábana blanca de mi cama. Una leve brisa

movía la cortina del dormitorio y a mí todo me olía a verano, aunque apenas hubiera comenzado el mes de abril. La música cambió, y no recuerdo lo que sonaba, porque en mi cabeza seguiría repiqueteando durante horas que «en la vida conocí mujer igual a la Flaca». Pasé mi brazo por su cintura, apoyé la cabeza en la almohada, junto a la suya, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella. De mi *Flaca*.

Diez años después, aún inmóvil después de su saludo, no pude evitar pensar en qué habría sido de mi vida si ella no se hubiera marchado y si yo hubiera hecho algo para retenerla a mi lado.

I got something to say to you

—¿Recuerdas cuando a los seis años me contaste que los Reyes Magos eran papá y mamá?

—¿Eh?

—Pues esto es peor. Mucho peor.

No sé ni cuánto tiempo llevábamos Cloe y yo tiradas en el suelo del salón, comiendo palomitas de sabor mantequilla y bebiendo cerveza, mientras repasábamos punto por punto los acontecimientos ocurridos aquella mañana en mi oficina.

—Ni siquiera sé de qué hablas.

—Hugo es un dios, ¿vale, Ada? No puedes llegar aquí, coger a una pobre muchacha con el corazón roto y acabar de destrozárselo con la noticia de que su amor platónico de la adolescencia ahora es feo.

—Primero, no utilices lo del corazón roto a la ligera. No queremos entrar en una fase de «hazme la comida porque tengo el corazón roto».

—Ada, con cariño, pero... nadie querría comerse algo cocinado por ti.

—Segundo, ¿Hugo era tu amor platónico? Porque te recuerdo que, cuando estaba con él, tú ya hablabas de boda con Luis.

—Y mira qué bien me salió...

—Eso también es verdad. —Me reí, porque ese día tocaba tomarnos con humor lo que le había pasado a Cloe, y me levanté a coger dos botellines más —. Y tercero, no he dicho en ningún momento que Hugo estuviera feo.

—Pero dices que está distinto.

—Sí, y supongo que él también me habrá visto diferente a mí. Han pasado diez años.

—Pero ¿te dio gustito verlo o qué?

—¿Gustito? —Volvió a escapárseme una carcajada y me planteé, por enésima vez en aquellas semanas, cómo había podido vivir tantos años lejos

de mi hermana y de nuestras conversaciones sin mucho sentido—. ¿Tenemos doce años?

—Gustito en la pepitilla —puntualizó y se partió de risa ella sola.

—Ah, vale, tenemos dieciséis. Me quedo más tranquila. —Se acercó a encender el equipo de música y sonó *Maggie May*. Por suerte, la época de que mi hermana llorara sus penas a ritmo de *indie* español había pasado y estaba en una racha de regresión a los clásicos de los setenta—. Me gustó verlo... y a la vez me siento rara. No sé qué esperaba, pero es como si ese encuentro me hubiera decepcionado.

—Esperabas un reencuentro a lo *Dirty Dancing*, con carrera, saltito y beso de película.

—No seas gilipollas, no es eso. Es que lo vi raro, ¿sabes? Como si no fuera él. No es que lo viera feo —le lancé una mirada matadora para que no insistiera más en el tema—, es que lo vi... triste.

—Mi pobre Hugo. Los dos tan tristes... Dale mi teléfono para que nos consolemos mutuamente.

Le lancé una pelota improvisada que había hecho con el último paquete de palomitas y nos retiramos a dormir. Yo me quedé un rato dando vueltas en la cama, pensando en la locura que era haberme encontrado con Hugo en aquel preciso momento y lugar, en mi nuevo trabajo, en una fase de mi vida que empezaba llena de incógnitas sobre cuánto duraría y a dónde me conduciría. No sé qué hora era cuando me quedé dormida, pero el despertador me demostró a la mañana siguiente que no había disfrutado de las suficientes horas de sueño.

En el metro, de camino a Translitere, no pude evitar que los nervios se me instalaran en el estómago. Ni siquiera fui capaz de comprarme algo de camino para desayunar, y no engañaría a nadie si le dijera que se debía a la ansiedad de los primeros días en el trabajo. Por suerte, la charla sin freno de Lorena y Elena en nuestro pequeño despacho me distrajo del hecho de que, en cualquier momento, entraría por la puerta una parte de mi pasado en la que, en aquel momento, me parecía increíble que hubiera pensado tan poco en los diez años anteriores.

Pero no ocurrió. Hugo no apareció esa mañana por el despacho, ni tampoco en los dos días posteriores. El viernes estaba ya deseando preguntarle a alguien a qué se debían esas ausencias tan prolongadas, sobre todo tratándose del jefe y después de que Elena me contara que tenían la fecha límite de un

trabajo importante muy próxima. Pero no quería quedar como una cotilla, ni alimentar la curiosidad de mis dos compañeras sobre de qué conocía a Hugo, así que me callé. Ellas no, claro; creo que aún no tenían confianza suficiente para preguntarme por ello, igual que yo no la tenía para pedirles que me aclararan algunos comentarios que hacían sobre él, siempre algo crípticos y describiendo a un Hugo que no tenía nada que ver con el chico al que yo había conocido en una vida anterior.

—Buenos días.

Su voz se coló en nuestro despacho y, aunque el tono en que habló no pudo ser más aséptico, yo me sobresalté, como si esas dos palabras fueran dirigidas solo a mí.

—Hola, jefe —saludó Lorena, con ese tono de pizpireta que siempre usaba para dirigirse a todo el mundo.

—Elena —Hugo la ignoró... y a mí también, ya de paso—, tengo malas noticias.

—Ay, Dios, ¿qué ha pasado?

—Los americanos han hecho unos cuantos cambios de última hora en la documentación. Y la fecha de entrega sigue siendo la misma. Les he intentado decir doscientas veces que no pueden ampliar el material de la traducción sin darnos más días, pero ya sabes cómo son...

—Hugo, es viernes y son las doce de la mañana.

—Te acabas de quedar sin fin de semana, amiga —se burló Lorena, pero una mirada gélida de Hugo la acalló.

—La fecha de entrega sigue siendo las seis de la tarde, hora de California.

—O sea, las tres de la mañana —confirmó Elena.

—Pues sí. Pero no va a hacer falta que nos quedemos tanto. He hecho la mayor parte del trabajo esta noche, estoy casi sin dormir. —Hugo seguía hablando, y yo lo miraba sin comprender cómo podía estar en la misma habitación que yo, con quien había compartido tanto, y no dignarse a mirarme—. Necesito que revises lo que he hecho esta noche y que, mientras yo voy traduciendo, tú vayas comprobando que está todo bien. He hecho un cálculo rápido y creo que sobre las nueve o las diez de la noche habremos acabado.

—Tengo una cena, jefe. —Elena se sacó las gafas y se pinzó la nariz con dos dedos—. Te lo dije, joder. Que hoy no iba a poder quedarme pasara lo que pasara. Es el treinta y cinco aniversario de boda de mis padres y viene toda mi familia.

—Mierda... Me había olvidado.

—Ada puede ayudar —soltó Lorena de repente, y yo me sobresalté al oír mi nombre.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué? —preguntó Elena, alternando la mirada entre Hugo, que seguía impertérrito, y yo, que había abierto los ojos como platos ante ese rechazo tan poco profesional.

—Porque... ella es nueva, no ha trabajado nunca con nosotros en textos en inglés y... y...

—Y la otra opción es que Elena se pierda la cena de aniversario de sus padres o que entreguéis el trabajo fuera de plazo. Me parece que te has quedado sin alternativas, jefe. —Lorena sonreía satisfecha, no sé si porque le gustaban los piques dialécticos con Hugo o porque toda esa conversación venía a confirmar sus sospechas de que Hugo y yo nos conocíamos de algo más que de haber compartido facultad.

Hugo resopló, como si trabajar conmigo fuera una especie de pesadilla o algo así, y ese gesto empezó a convertir la sensación de intriga por saber qué le ocurriría en un inminente cabreo.

Me metí con ellos en el despacho de Hugo, un lugar en el que no había estado nunca en la semana que llevaba en Translitere y del que había esperado que me diera más pistas sobre su habitante de las que me dio. Era tan aséptico que podría ser el despacho de Hugo o el de cualquier otra persona. De una sin ninguna gana de llenar su lugar de trabajo de fotos o recuerdos agradables.

Trabajamos mano a mano los tres durante unas seis horas, hasta que, a media tarde, Hugo recordó que ninguno habíamos comido y nos dio un descanso. Bueno, me lo dio a mí, y a Elena le dijo que podía irse. No quedaba demasiado trabajo por hacer, quizá una o dos horas, pero ella iba ya mal de tiempo y Hugo pareció compadecerse. Yo rescaté el sándwich que me había llevado de casa y él prefirió bajar a la calle.

Agradecí el respiro que me dio su ausencia, porque la situación de aquella tarde me parecía un poco surrealista. Hugo no había sido conmigo ese «dios maligno» del que siempre hablaba Lorena. No me había contestado mal, no había sido borde e incluso había reconocido un par de veces que estaba haciendo muy bien el trabajo que me habían encomendado para ser la primera vez que colaboraba con ellos. Pero actuaba como si no me conociera, como si yo fuera solo una chica que acababa de fichar por su empresa y de la que

nunca antes había oído hablar. Y, por más vueltas que le di a la cabeza, no lograba encontrar un motivo por el que esa pudiera ser su actitud. Nos habíamos separado un millón de años atrás, y ya ni siquiera me importaba la razón, pero era un hecho que yo no había tenido la culpa de nada. Y habían pasado diez años, por Dios santo. Deberíamos ser dos viejos amigos que se alegran de haberse reencontrado, que se toman un café para ponerse al día y que se recuerdan con cariño. Y es lo que siempre habría pensado que ocurriría con Hugo si alguna vez me hubiera permitido fantasear con un reencuentro. Esa era otra de las razones que me hacían pensar que aquel no era él. No el *él* que yo había conocido.

Hugo regresó menos de media hora después, trayendo consigo sus ojeras habituales, el gesto circunspecto y un rastro de olor a tabaco. Se sentó en su mesa, sin dirigirme una sola mirada, y continuó enfrascado en el documento que estaba traduciendo. El silencio se hizo espeso a medida que la luz exterior empezaba a escasear, los minutos pasaban y la tensión se colaba en aquel despacho, sin que tuviera ni la menor idea de si solo la notaba yo.

—Vas algo más adelantado que yo. —Me estaba encargando de revisar los documentos que él acababa de traducir y me iba pasando—. Si quieres bajar a fumar, no hay problema.

—¿Qué? —me preguntó, en el tono más frío que había escuchado en mi vida, después de unos segundos en silencio.

—Que... Yo... —titubeé, y eso era noticia porque yo jamás titubeaba. Siempre había tenido bastante seguridad en mí misma y no era tímida. Hasta que me encontraba a solas en su despacho con un Hugo al que no reconocía—. Que... si quieres bajar a fumar... O sea, o si prefieres fumar aquí, por la ventana, yo...

—¿No te importa?

Al menos mi última oferta pareció interesarle y se dignó a dirigirme una mirada rápida. Yo negué con la cabeza, él cogió un paquete de tabaco del bolsillo de su cazadora vaquera y se acercó a abrir la gran ventana del despacho. Se sentó en el alféizar, que era bastante ancho, y se encendió el pitillo. Yo me quedé un minuto allí parada, sintiendo esa bofetada de la familiaridad, de las miles de veces que había visto a Hugo hacer ese mismo gesto. A veces era en la terraza de mi dormitorio; a veces, en la del suyo. Casi siempre sin camiseta, aún sudoroso, con el pelo revuelto...

—Yo lo he dejado, ¿sabes? —empecé a hablar para desviar mi cabeza de

los derroteros que estaba tomando—. Hace ya como siete u ocho años. Me fui a vivir a Estados Unidos y, entre el precio y que allí estaba prohibido fumar en todas partes, ya nunca...

Me callé porque Hugo ni siquiera giró la cabeza en mi dirección. Tenía la mirada perdida en las luces de la calle, que ya estaban encendidas, y en los coches que pasaban. Cuando apagó el pitillo, asintió en mi dirección, como para darme a entender que sí me había escuchado, pero tenía los ojos tan inyectados en sangre que me hizo dudar que solo fuera a causa de la falta de sueño.

—Volvamos al trabajo —sentenció, no fuera a ser que yo dedicara un solo segundo de mi tiempo a hablar de algo personal.

Una hora después, habíamos terminado. Y yo estaba en un estado mental a medio camino entre el cabreo, la angustia, la añoranza, la intriga... No sé. Estaba como unas maracas. Esa es la única explicación que se le puede dar a la frase que brotó de mis labios cuando nos estábamos despidiendo en la puerta de la oficina.

—Oye, Hugo... ¿Te apetece que vayamos algún día a tomar algo? A cenar o algo así. Hace diez años que no nos vemos, seguro que tenemos mucho que contarnos. —Le dediqué una sonrisa de oreja a oreja, no sé si para animarlo a él a aceptar o para fingir que realmente era una colgada y por eso me había atrevido a pedirle una especie de cita a la persona que más parecía rechazarme del planeta.

Me miró como si le hubiera propuesto alquilar una nave espacial para irnos a Marte a plantar tomates. Más o menos. Se quedó tanto tiempo en silencio, sin alterar la expresión de su cara, que me planteé que le hubiera dado una embolia, pero no. No tuve esa suerte.

—No, no, Ada. Estoy muy liado. No. Definitivamente no.

Y con esas palabras tan alentadoras, pulsó el botón de la llave de su coche y el sonido de los cuatro intermitentes encendiéndose durante un segundo me sacó del *shock*. Giré sobre mis propios pies y, sin decirle adiós siquiera, volví a casa.

* * *

—¿«No, no, Ada. Estoy muy liado. No»?

—Te falta lo mejor —le dije a Cloe, con la boca llena de unos canelones impresionantes que ella había preparado para celebrar el comienzo del fin de semana. Después de pasar más de doce horas solo con un sándwich vegetal enano, agradecía cada miligramo de bechamel, carne picada y pasta que entraba en mi organismo—. Acabó la frase con «definitivamente no».

—Definitivamente.

—Exacto. *Definitivamente*. Como si salir a cenar conmigo fuera algo parecido a clavarse agujas en las pelotas o algo así. *Definitivamente* no le apetecía la idea.

—¡Es muy fuerte! —Cloe se carcajeó con la boca llena, y yo temí que parte de su plato acabara escupido en mi cara.

—¿Quieres al menos hacer el favor de no reírte? Tía, que pensaba que lo peor que me podía pasar era que pasara de mí y me tratara como si no me conociera de nada.

—Pues te equivocaste.

—Sí, eres muy graciosa, Cloe. Lo he pillado. —Me acabé mi cerveza de un sorbo y seguí dando vueltas en círculo sobre el mismo asunto—. ¡Es que aún no me puedo creer que me haya dicho eso!

—La gran Ada Castillo ha sido rechazada. ¿Había ocurrido alguna vez?

—No seas imbécil. Me han rechazado mil veces, como a todo el mundo.

—No, Ada. —Cloe se puso seria de repente, y yo sentí un pinchazo de un sentimiento que hacía mucho tiempo que no se pasaba por mi mente—. A ti no te ha rechazado nadie nunca. Todos los tíos a los que conoces se enamoran de ti o, como mínimo, se mueren de ganas de echar un polvo contigo.

—Sí, bueno, soy Angelina Jolie, de repente. Bájales las sobras de los canelones, Cloe, que están todos en el portal haciendo cola para verme.

—Sabes que tengo razón. —Bebió ella también un poco de cerveza, y se le ensombreció la mirada de una manera que no había visto desde la época del instituto—. Si yo tuviera tu aspecto, no creo que mi marido hubiera ido a buscar nada fuera de casa.

No le respondí con palabras, lo hice con una mirada equivalente a un bofetón. Porque esa conversación la habíamos tenido cientos de veces en la adolescencia y yo pensaba que ya nunca iba a volver. Que ya nunca tendría que intentar convencer a Cloe, sin éxito alguno, de que ella era preciosa. Porque lo era, y no lo decía porque fuera mi hermana. Las comparaciones son odiosas, pero es que siempre ha sido muchísimo más guapa que yo. Mucho más

llamativa, mucho más atractiva. Yo tenía los ojos marrones; ella, de un verde increíble que se convertía en color miel dependiendo de cómo incidiera la luz sobre ellos. Mi pelo era castaño, a medio camino entre liso y rizado, y solía necesitar un buen rato de planchas o tenacillas para que se convirtiera realmente en una de las dos cosas. Ella era rubia, con unos bucles naturales impresionantes que odiaba que se planchara hasta dejarlos lisos como una tabla. Yo era algo más alta que ella, pero la verdadera diferencia, la que siempre había marcado las inseguridades de Cloe, era que yo era delgada como un palo y ella no.

Crecer en un pequeño pueblo de montaña puede parecer fácil, pero no lo es. Es cierto que en Peñaliria nunca tuvimos que enfrentarnos al *bullying* al estilo de los colegios de las grandes ciudades, pero hay otras muchas maneras de hacer daño. Y en un lugar como el que nos vio crecer, el daño a Cloe vino por esa ancestral costumbre de los pueblos de referirse a todo el mundo por apodos. Cloe y yo no fuimos Cloe y Ada hasta que llegamos a Madrid. Ni siquiera Clotilde y Adelina. En Peñaliria, yo era «la flaca del Anselmo» y, por contraste, Cloe era «la gorda del Anselmo». Así de simple y así de cruel. Al parecer, a aquella gente mayor de la que crecimos rodeadas le costaba un esfuerzo demasiado grande aprender a distinguirnos por el nombre. Y lo que no creo que imaginaran es que ese sambenito, ese «la gorda del Anselmo», se le iba a quedar grabado a Cloe dentro toda su vida.

Me dolía tener que darle la razón —y nunca lo haría en voz alta—, pero Cloe no mentía cuando decía que nunca había tenido demasiado éxito con los chicos. Había salido con uno o dos en el instituto, pero normalmente eran amigos que se enamoraban de ella después de conocerla; porque, después de conocer a mi hermana durante algún tiempo, era imposible no enamorarse de ella. Ella no quería eso; ella quería entrar en el bar del pueblo y que se fijaran en ella, gustarle a algún chico desconocido, que alguien alguna vez le dijera que estaba buena. Para mí no tenía ningún sentido, pero ella decía que era porque todo eso lo había dado yo por descontado desde que empezamos la adolescencia. Después, llegó el traslado a Madrid y, a los pocos meses de empezar la carrera, uno de sus amigos le pidió una cita... y de ahí surgieron trece años de un amor que no podía haber acabado de peor manera.

Yo sabía que Luis no solo se había llevado consigo todo el amor que mi hermana estaba dispuesta a darle el resto de su vida, sino también la seguridad en sí misma que había conseguido construir. Y es que esa seguridad, me di

cuenta entonces, era falsa. No era que ella hubiera aceptado su cuerpo, después de años y años de dietas milagro que acababan trayendo consigo un efecto rebote aterrador; en realidad, lo que había hecho Cloe era una asociación de ideas tan sencilla y tan dañina como «si un tío tan guapo como Luis puede quererme, será que merezco la pena». Pero lo que nunca fue capaz de entender fue que ella merecía la pena, pesara cincuenta kilos o ciento cincuenta, por sí misma, no por la persona que tuviera a su lado. Y ahora yo sabía que estábamos volviendo a la casilla de salida, a ese pánico a volver a ser «la gorda del Anselmo», a que ningún chico se volviera a fijar en ella, a largas noches de fiesta en que solo se le acercaran para pedirle que les presentara a alguna amiga más delgada.

Nos trasladamos al sofá y cogimos una tarrina de helado. Entre el verano y el desamor, se nos había ido de las manos el consumo de toda la producción de Ben & Jerry's. Cloe hizo un gesto con la mano para rechazar la cuchara, porque las dos sabíamos que, en ese momento, el tema de su sobrepeso era lo único que le rondaba la cabeza, pero se la clavé en la mano hasta que no le quedó más remedio que tragarse la primera cucharada de helado de tarta de queso. Ya habría tiempo de pensar en una dieta sana cuando la resaca del desamor fuera menor, aunque yo no era precisamente un gran ejemplo en eso de alimentarme bien. La genética había decidido que yo no pasara de los cincuenta y cinco kilos, ni siquiera en la época en que viví en Estados Unidos y descubrí las *bondades* de su dieta; y Cloe no tuvo esa *suerte*.

No hablamos mucho más aquella noche. Yo era una mujer segura de mí misma que se sentía inquieta ante la reaparición en mi vida de un fantasma del pasado. Cloe estaba rompiendo con lo que había sido todo su mundo durante trece años para reencontrarse con complejos que creía superados. No era nuestro mejor momento, sin duda, pero allí estábamos las dos, juntas, dispuestas a presentarle batalla a lo que estuviera por venir.

Rien de rien

Si a los veintidós años alguien me hubiera dicho que llegaría un día en que me alegraría de perder de vista a Hugo porque se hubiera convertido en un amargado de mierda, no habría podido creérmelo. Pero Dios..., cómo podían cambiar las cosas en diez años. Cómo podían cambiar *las personas* en diez años.

Por suerte, mi camino en el trabajo no solía cruzarse con el de Hugo. Él apenas apareció por la oficina después de aquel rechazo tan poco diplomático que me costó un poco superar y, cuando lo hizo, se limitó a encerrarse en su despacho, ser desagradable con el resto de compañeros y rebuznar órdenes a diestro y siniestro. Con respecto a mi presencia allí..., tardó tiempo en volver a dirigir siquiera una mirada en mi dirección.

Fueron días en que en mi cabeza no parecía haber espacio nada más que para un pensamiento: «Este no es mi Hugo». Y no tenía ni idea de por qué me salía aquel *mi*, pero lo hacía de forma automática. *Mi* Hugo era el Hugo de la universidad, de los veintipocos, de los paseos de la mano por Madrid y las noches que nunca acababan.

Aquel Hugo era una persona diferente del jefe rancio que vislumbraba. Del dios maligno del que hablaba Lorena. El Hugo que yo había conocido era el tío más alegre y despreocupado del mundo, el paradigma de un chico de veintidós años sin mayores problemas que llegar a tiempo para estudiar el siguiente examen de la carrera o una posible avería de aquella moto en la que hacíamos escapadas algunos fines de semana y que él adoraba. Un Hugo que respondía con un encogimiento de hombros y una sonrisa tranquila cuando algo se le torcía, pero que no permitía que le amargara el humor. Incluso cuando hablaba del divorcio de sus padres, que parecía ser lo más grave que le había ocurrido hasta la fecha, lo hacía con resignación y con un cariño infinito hacia ellos. Bromeaba, y decía que no había necesitado independizarse porque

habían sido sus padres quienes lo habían hecho; los dos habían rehecho sus vidas con otras parejas y él se había quedado solo —y encantado— en el piso familiar del barrio de Argüelles.

El Hugo que yo había conocido era, esencialmente, una persona feliz. Y no dejaba de preguntarme qué demonios le podía haber ocurrido en esos diez años para haberlo convertido en alguien tan triste.

* * *

Los días fueron pasando, sumando semanas a mi nueva experiencia laboral y a aquella especie de limbo en el que vivíamos Cloe y yo, sin que ella se decidiera a buscar trabajo ni yo me atreviera a decirle lo que pensaba, que la traición de Luis me seguía pareciendo espantosa, pero que no se iba a solucionar con noches interminables de comida basura y Netflix, ni con llanto desconsolado, ni con cerveza, ni con canciones de Édith Piaf, ni simplemente con mi presencia. Que mi hermana dispusiera de un colchón económico desorbitado gracias a la venta de su parte del estudio y el reparto de los ahorros de los que disponían ella y Luis era una bendición, claro; no quería ni pensar en cómo podían sobrevivir las personas que, además de al amor de su vida, perdían también con un divorcio su estabilidad económica. Pero para Cloe estaba siendo una coartada perfecta para abandonarse al hastío. Cuando yo estaba en casa, hacía lo posible por distraerla, por buscar diversiones que nos recordaran a ambas a los dulces cinco años que habíamos pasado juntas en aquel mismo piso. Pero pasaba muchas horas sola, todas las que yo estaba en Translitere, por más que todos los días me llevara parte del trabajo a casa para acortar un poco ese tiempo de soledad. Y siempre le preguntaba qué hacía, a qué dedicaba las mañanas, los mediodías, si estaba comiendo bien. Ella me tranquilizaba, pero yo sabía que no era del todo sincera. Que si pasaba las mañanas durmiendo era porque no conciliaba el sueño por la noche, y que probablemente su dieta consistiría en precocinados, dulces y patatas fritas.

Me prometí darle el verano como tregua. El calor ya había llegado a Madrid, y habíamos comentado un par de veces cuánto nos apetecía hacer una escapada a la playa algún fin de semana. Teníamos planes para conocer un par de nuevos locales, porque mi hermana podía estar muy deprimida, pero no

había dejado de estar al tanto de todo lo que se ponía de moda en Madrid. Dejaría que el ocio siguiera consumiéndonos durante un par de meses y en septiembre me pondría muy seria con ella: o trabajo o terapia o ambas cosas. Pero aquella situación de *stand by* vital se tenía que acabar.

La oficina conseguía distraerme de lo extraña que me sentía. Entre la preocupación por mi hermana y la intriga por qué demonios le ocurriría a Hugo, no acababa de encontrarme a gusto en Madrid, de sentirme... no sé... asentada. Era bastante paradójico que hubiera conseguido asentarme rápido en un montón de ciudades de las que ni siquiera sabía nada antes de volar a ellas para aceptar una nueva oferta laboral, y me sintiera fuera de lugar en Madrid, que era lo más parecido a un hogar que había tenido en toda mi vida. Y también era curioso que fueran Lorena y Elena, dos chicas a las que apenas conocía, quienes conseguían que me encontrara a gusto, con sus charlas sin sentido, sus proposiciones para tomar copas después del trabajo y sus indirectas nada discretas sobre mi posible conexión con Hugo.

Y Hugo... Hugo no salía de mi puñetera cabeza. Cloe se había empeñado en decir que era porque no tenía tolerancia al rechazo y Hugo se había convertido en un reto, en una incógnita que necesitaba resolver. Él tampoco me lo ponía fácil, desde luego. Llegué a pensar que era bipolar. Porque sí, la mayor parte del tiempo estaba malhumorado e insoportable, pero de vez en cuando se le escapaba una sonrisa dirigida a mí, y yo conseguía ver a aquel chico del que me había enamorado y que había desaparecido en algún combate perdido en sabía Dios qué momento de la última década.

Un viernes estaba distraída, tratando de cerrar un par de documentos que se me habían complicado durante la semana para irme a casa cuanto antes, cuando una cabeza despeinada se asomó con timidez por la puerta de mi despacho. Elena estaba de vacaciones y Lorena se había marchado pronto porque tenía que llevar a su hijo a casa de su ex. No hicieron falta los dos toquecitos que dio sobre la madera del marco de la puerta para que se me dispararan las pulsaciones. Habrían pasado diez años, pero seguía teniendo ese maldito efecto en mí.

—¿Te pillo muy liada?

—No... Bueno, no más de lo habitual. Dime.

—Probablemente esté cometiendo un grave error al decirte esto, pero...

—¿Pero...? —No sé ni cómo me salió la voz, de lo nerviosa que me puse.

—¿Estás libre mañana para dejar que te invite a esa comida pendiente?

No lo conseguiré, saber más de ti

Acepté. Vaya si acepté. Me encantaría decir que me hice la dura un buen rato, o incluso que lo rechacé con un «no, definitivamente no» al más puro estilo del nuevo Hugo Navarro, pero lo cierto es que tardé en decirle que sí el nanosegundo exacto que le costó a mi cerebro enviarle el estímulo a mis cuerdas vocales. Sábado. A las dos. En un restaurante de fusión de mi propio barrio, a pocas manzanas de mi casa.

* * *

—Falda. Tienes unas putas piernas kilométricas. Sin duda, falda.

Estaba dejando que Cloe me asesorara y le pedía a los dioses que, en su infinita capacidad para aprenderse de memoria los *outfits* de todas las blogueras del planeta, tuviera claro qué debe ponerse una mujer de treinta y tres años para ir a comer con su exnovio pirado diez años después de sentarse con él a una mesa por última vez.

—La negra con topos blancos.

—¿«Topos» son lunares?

—¿Te has molestado en leer el *Vogue* una sola vez en tu vida, Ada?

—Eso debe de ser un sí. Lunares con rayas está de moda, ¿no? Podría ponerme aquella blusa que compré en París, que...

—Para el carro, tía. No queremos que parezcas una *instagrammer* en plena sesión de fotos.

—¿Y qué queremos?

—Que pase todos y cada uno de los minutos de la comida arrepintiéndose de haberte dejado hace diez años. O engañado. O lo que cojones sea que hizo, que ni eso tenemos claro.

—No voy a ir en plan mujer fatal.

—Vas a llevar la blusa roja del lazo en el cuello, la falda que te he dicho, tacón chupete...

—Tacón... ¿qué? —Me carcajeé de todas esas palabras que me sonaban a chino.

—Joder. Dúchate y yo te dejo el *look* completo encima de la cama.

Le hice caso. Me veía un poco disfrazada de actriz de los años cincuenta, solo me faltaba pintarme una costura en la parte de atrás de la pantorrilla o algo así. Pero... también me sentía *sexy* de la hostia. Bajé la calle Barquillo a tal velocidad que agradecí llevar aquellos tacones *chupete* y no algo más vertiginoso, o puede que hubiera llegado a la *cita* con Hugo sin dientes. Estaba nerviosa, no podía engañar a nadie.

Cuando entré, un camarero me indicó que Hugo ya me estaba esperando. El local era una especie de taberna moderna, con una carta compuesta por platos que fusionaban con bastante acierto la gastronomía mediterránea y la japonesa. Hasta eso había cotilleado en internet la noche antes, como si saber qué iba a pedir me tranquilizara. Todo el local estaba decorado en madera envejecida pintada de blanco, con sillas de mimbre y lámparas de esas que parecen bombillas antiguas con el filamento visible. Sonaba *Club de fans de John Boy*, de Love of Lesbian, y me pareció una buena señal, porque siempre me había encantado esa canción.

No tardé ni dos segundos en divisar a Hugo. Ese día estaba guapo. Arrollador, si es que ese es un adjetivo que tenga sentido aplicado al físico de un hombre. Llevaba puesto un polo de manga corta de color blanco y no se había afeitado en unos cuantos días, así que lucía una barba algo más poblada de lo habitual. Era como si todo conspirara para que sus ojos verdes fueran lo único en lo que podían fijarse los míos.

—Hola —lo saludé, con una timidez en la que no me reconocía.

—Hola. —Y él me sonrió. Me pareció la primera sonrisa sincera que me dirigía desde que nos habíamos reencontrado.

—¿Vermú?

Señalé su copa, él asintió y compartimos una mirada que supe que significaba lo mismo. Que a los dos nos habían venido a la cabeza aquellas mañanas perezosas de domingo en las que bajábamos a tomarnos un vermú a La Latina, y yo me burlaba de nosotros mismos por elegir un plan tan de treintañeros cuando apenas habíamos cumplido los veinte. Sonreímos sin

mediar palabra y yo hice un gesto al camarero para que me trajera otro. Mezclado, como siempre.

—Antes de nada, yo... quería pedirte disculpas, Ada. —Me aterrorizó un poco que empezara tan directo la conversación, pero tenía tantas ganas de saber qué diablos le ocurría que lo dejé hablar—. Sé que a veces me comporto como un gilipollas. Sé que me comporté como un gilipollas cuando te dije que no quería quedar contigo.

—Ajá —le respondí, porque no tenía muy claro qué otra cosa decir.

—En realidad... sí quería quedar contigo.

El camarero apareció, providencial, para traernos la carta. Y para interrumpir aquel momento de coqueteo... o de lo que sea que fuera aquella introducción triunfal a nuestra cita. Pedimos de primero un risotto de parmesano con setas *shiitake* y como plato principal atún de la almadraba con ensalada de *wakame*. Todo para compartir. Hasta en ese pequeño detalle tuve una sensación extraña de familiaridad entre nosotros, algo difícil de entender teniendo en cuenta lo que había sido nuestra relación en las semanas previas.

—Bueno... cuéntame. ¿Qué tal todo? ¿Estás contenta en Transliteré?

—Sí, sí. Ha sido una oportunidad genial para trabajar aquí en Madrid. No esperaba encontrar algo tan pronto.

—He echado un vistazo a tu currículum...

—Eso espero, teniendo en cuenta que me contrataste.

—Ah, no. Aquí quien contrata es Berta. Quien manda es Berta. Quien hace todo, en realidad, es Berta. —Se rio—. Yo no me enteré de que eras tú la contratada hasta que te encontré en la oficina y casi me da un puto infarto.

—Sí, se puede decir que yo sentí algo parecido.

—Has vivido en algo así como un millón de ciudades, ¿no?

—En diecisiete.

—Vale. Eso tienes que contármelo.

Lo hice. Sin dejarme ni un solo detalle. Le hablé de aquella experiencia extraña en Arabia Saudí, viviendo en una mansión increíble, y cómo a los dos meses me surgió la oportunidad de trabajar en Londres, en una de las empresas del padre de mi alumna. De allí a Dubai, donde empecé a trabajar en la industria del petróleo, una de las salidas profesionales más provechosas para los traductores de árabe. Y de ahí a Los Ángeles, después a Houston, a Stavanger, en Noruega, donde me quedé más tiempo de lo esperado. Moscú, de donde me marché porque sabía que no soportaría un invierno más; y Doha,

de la que hui porque no parecía existir el invierno. Unos meses en Shanghai, antes de instalarme en Pekín durante más de un año. Y el regreso a Norteamérica, a Canadá, probablemente el lugar donde más feliz fui en toda mi década de periplo por el mundo. Venezuela, París, Nigeria, Uzbekistán, Buenos Aires, Sydney..., antes de quedarme un año en Dallas hasta aquella llamada de Cloe que precipitó mi regreso.

—Tienes que estar de coña.

—No. —Me reí, porque yo misma me daba cuenta de que mi biografía, resumida en el tiempo que pasa entre que se ordena una comida y que sirven el primer plato, sonaba tan surrealista que era difícil de creer.

—O sea que lo conseguiste. Recorrer el mundo. Ser nómada.

—Lo conseguí. —No sé qué coño me pasó, pero se me llenaron los ojos de lágrimas. Que Hugo recordara precisamente esa frase, ese «ser nómada» que durante mucho tiempo fue el sueño de mi vida, me emocionó tanto que casi doy el espectáculo.

—Felicidades.

—Gracias.

Hugo repartió el *risotto* entre los dos platos y comimos durante un ratito en silencio. Hasta que él lo rompió.

—¿Y has ido dejando muchos corazones rotos por ahí?

—¿Corazones rotos? Ya sabes que no es mi estilo. —¿Lo sabría aún? ¿Se acordaría de todo lo que yo opinaba de las relaciones de pareja o solo me recordaría como la chica que sí se enamoró una vez?—. No me lo he pasado mal, por decirlo finamente.

—¿Nada serio?

—Todo fue serio el tiempo que duró.

—De hijos ni hablamos, claro...

—Ni de coña, ya me conoces.

El camarero llegó con el segundo plato y nos deleitamos un rato en el sabor de aquel atún, que estaba impresionante. Rompimos un poco el tono intenso de la conversación hablando de la comida, de un par de restaurantes asiáticos que Cloe me había descubierto y me encantaban, y él reconoció que hacía tiempo que no salía demasiado.

—¿Y cómo es que te ha dado por volver a Madrid?

—Bueno... Cloe me necesitaba aquí.

—¿Ostras, Cloe! ¿Qué tal está?

—Pues, ahora mismo, no muy bien. Se acaba de divorciar y... no está siendo fácil.

—¡No me jodas! ¿Se llegó a casar con Luis o hablamos de otro tío?

—No, hijo. Hablamos de Luis. ¿Te acuerdas de Laura, aquella amiga de ellos de la facultad?

—Mmmm... Me suena el nombre, pero no le pongo la cara.

—Mejor. Digamos que ahora Laura, que ha sido socia de los dos en el estudio de arquitectura que montaron al acabar la carrera y algo así como su mejor amiga, es la madre del futuro hijo de Luis.

—Estás de coña.

—Ojalá.

—Joder. Pobre Cloe. ¿Cómo lo lleva?

—Pues a veces llora todo el día... y a veces solo la mitad.

—Vaya...

Pedimos un postre cada uno y la conversación siguió. Hablamos de todo: de trabajo, de estudios, de mi hermana, de sus padres, de los amigos de la facultad que dejamos en el camino, de los que seguían ahí, de política, de viajes y hasta de fútbol. Aunque, en realidad..., hablé sobre todo yo.

Cloe se habría cabreado muchísimo si me hubiera oído. Fui transparente, como siempre. No sabía ser de otra manera. Y, si normalmente era bastante habladora, cuando estaba nerviosa se me desbordaban las palabras. Eso solía sorprender a la gente que me conocía poco, que interpretaba que el hecho de ser independiente y tener las ideas claras implicaba ser fría, distante o complicada. Algún día alguien escribirá una enciclopedia sobre los prejuicios que se nos atribuyen a las mujeres... Que yo hubiera tenido claro toda mi vida lo que quería y lo que buscaba, o que no me planteara poner el amor romántico por encima de mis ideales, no estaba reñido con que fuera una persona cálida, cariñosa, cercana, sencilla de comprender, fácil de trato. No me consideraba a mí misma un dechado de virtudes, pero sabía que esas las tenía en mi haber. Y Hugo también lo sabía. O lo había sabido en una vida anterior y parecía volver a darse cuenta en aquella tarde en la que pronto los cafés se convirtieron en gin-tonics y la distancia impuesta durante semanas parecía ser ya cosa del pasado.

Pero un gran elefante rosa flotaba en aquel restaurante tan moderno del centro de Madrid. Uno por el que yo no me había atrevido a preguntar. Uno que él había decidido no mencionar. En el segundo gin- tonic yo ya le había

hablado de todos los hombres a los que había ido conociendo a lo largo de los años. De George, un tío bastante mayor que yo con el que viví una historia larga en Estados Unidos; del que creí que me había enamorado con locura hasta que me habló de matrimonio e hijos y salí corriendo a tal velocidad que poco después ni recordaba su apellido. De Oleg, un noruego imponente con el que tuve una historia bastante sexual y al que me costó olvidar cuando me marché de Stavanger. De Martín, un argentino por el que me colé como una loca en Buenos Aires y con el que me pasé un mes de verano recorriendo la Patagonia. Y de otros. Que fueron, vinieron y dejaron poco a poco. Pero Hugo no había dicho una sola palabra sobre sí mismo. Y estoy segura de que no lo habría hecho jamás si yo no hubiera conseguido reunir el valor necesario para preguntárselo.

—Tengo la sensación de que llevo toda la tarde aburriéndote. ¿Siempre he hablado tanto?

—Más o menos —se burló.

—Tú, en cambio, no sueltas prenda.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó, tras unos segundos de duda reflejada en su mirada. Noté como le cambiaba el gesto, como se tensaba.

—¿Tienes pareja? ¿Niños?

—No, no, nada de niños. —Se rio, con gesto nervioso.

—Pero... estás con alguien —afirmé, tratando de hacer contacto visual con él, aunque me rehuyó la mirada—. ¿No?

El silencio se extendió entre nosotros, de una forma hasta pegajosa. Hugo dio un sorbo a su copa y vi que le costaba tragar. Volvió a dejarla sobre la mesa. Yo cogí la mía. Le di un sorbo. Me costó tragar. Me miró. Volvió a bajar la vista al suelo. Yo me alisé unas arrugas imaginarias de aquella falda *midi* que Cloe me había obligado a ponerme; estaba histérica. Y ni siquiera sabía si era porque estaba en medio del silencio más incómodo de toda mi vida o porque la respuesta que estaba esperando me importaba más de lo que estaba dispuesta a reconocerme a mí misma.

—Es complicado.

—¿Como en los estados de Facebook? —quise bromear, aunque cualquiera que me escuchara sabría que mi tono no parecía de broma.

—Algo así.

El ambiente cambió. El tono de la conversación. La música. Hasta el silencio era diferente. Yo estaba enfadada. Me había abierto con él porque se

me habían olvidado los diez años de separación, su actitud de las primeras semanas y hasta mi propia prudencia. Había hablado con él como habría hablado con el Hugo de la vida anterior. Y ahí estaba él, callado, críptico, sin dar una sola información sobre sí mismo, sobre algo que no fuera la empresa o lugares comunes de los que podría haber hablado con cualquiera. Estuve a punto de soltar un «¿eso es todo lo que vas a decirme?», pero decidí sobre la marcha que no merecía la pena. Que delataría que me interesaba demasiado y que no iba a servir para que Hugo se abriera, quizá todo lo contrario. Me limité a pedir la cuenta y recoger mis cosas para irme. La pequeña pelea por pagar sirvió para aligerar un poco el ambiente, pero cuando salimos a la calle sentí hasta un escalofrío gélido, a pesar de que el calor en Madrid empezaba ya a ser asfixiante.

—Bueno, supongo... supongo que nos veremos el lunes —me dijo, mientras se encendía un cigarrillo con gesto torturado.

—Sí, claro. Ha sido... —carraspeé—. Ha sido un placer volver a charlar contigo.

No esperé a que él respondiera porque me sentía demasiado incómoda. Y porque esa frase no era nada propia de mí, además. Una fórmula de cortesía que odié emplear con alguien en cuyas manos me había corrido, cuyo nombre había gritado entre gemidos y a quien una vez le había dicho que lo quería. Y a quien tardé en dejar de hacerlo mucho más tiempo del que él se podría imaginar.

Las dudas infinitas

—Ada, vas a tener que decidirte.

Escuché la voz de mi hermana con la cabeza metida en el frigorífico. Nos habíamos propuesto cocinar algo saludable ese domingo, el día siguiente a mi extraña cita con Hugo, y yo colaboraba solo como pinche.

—Rúcula. Definitivamente. Más que nada porque no queda lechuga.

—No hablaba de la ensalada. —El tono que utilizó me hizo sacar la cabeza de la nevera y mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Y de qué hablabas, entonces?

—De Hugo. Decídate, tía. O lo amas o lo odias.

Desde que me había levantado esa mañana, había dicho unas ocho veces algo parecido a «Dios, qué bueno está Hugo», y otras tantas me había decantado por un «te juro que odio a este tío». Así de bipolar estaba desde que había llegado a casa la tarde anterior. No habían ayudado a calmarme las siete horas que Cloe y yo nos pasamos analizando la comida y la sobremesa al más puro estilo adolescente. Es decir, repasando cada mínimo detalle, cada mirada, cada expresión... Creo que, si hubiéramos tenido una pizarra, habríamos hecho un análisis sintáctico de todas y cada una de sus frases. Sobre todo de la más importante.

«Es complicado». «Es: verbo». «Complicado: atributo». «Sujeto omitido: ello». Ello. La situación. El quid de la cuestión. ¿Qué era complicado, Hugo? ¿Qué situación sentimental se puede describir a los treinta y tres años como complicada? Cloe y yo le dimos vueltas y más vueltas a las posibilidades. Que tuviera una relación abierta, opción que descartamos porque Hugo tenía que saber que yo eso lo entendería. Que tuviera algún hijo perdido por ahí, aunque él me había dicho que no había sido padre, y algo me decía que no me había mentado. A eso de las dos de la mañana ya nos parecía una opción muy factible que estuviera siendo extorsionado por una banda internacional de mafiosos y

no quisiera involucrar a nadie en su vida privada. El alcohol no suele ser buen consejero para dilucidar cuestiones que ya son disparatadas de por sí.

—Ni lo amo ni lo odio, Cloe. No hemos llegado a ese nivel de intensidad.

—Pues, para no haber llegado, llevas como un mes sin pensar en ninguna otra cosa.

—En eso tienes razón. Mierda. Odio dártela.

—Y yo odio comer ensalada, pero aquí estamos. Puta vida, tete.

Nos comimos una ensalada que solo se podía calificar como tal porque la base era verde, porque por encima llevaba pasas, todo tipo de frutos secos, pollo a plancha, picatostes, fruta... No le pusimos patatas fritas porque la freidora se nos había averiado después del enésimo atracón de croquetas; puede que fuera el primer caso de la historia de suicidio de un electrodoméstico.

—A ver, centrémonos... —reflexioné, con la boca medio llena—. A Hugo lo quise mucho, posiblemente más de lo que yo misma reconocí en su momento. Pero ahora es diferente. Me intriga saber qué mierda le pasa, por qué se ha convertido en alguien tan distinto al tío que conocimos hace diez años.

—Es eso... y es que te encanta.

—Si pasaras con él cinco minutos, te darías cuenta de que es imposible que este Hugo le encante a alguien.

—Físicamente, quería decir.

—Físicamente está raro. Más delgado, como descuidado, como si lo que sea que le ocurre le hubiera influido también en su aspecto.

—Pero sigue estando bueno.

—Joder, Cloe, la duda ofende. —Recogí los platos, puse a calentar el hervidor de agua y saqué dos bolsitas de té rojo—. Siempre he dicho que Hugo es el tío más bueno con el que he estado en toda mi vida.

—¿Más que el noruego?!

—Joder con Oleg, qué perra te dio con él.

—Ada, era impresionante.

—Sí, pero Hugo... No sé. Siempre ha tenido algo. Ese algo que hace que un tío destaque, que... brille.

—La teoría de las espaldas, claro.

—¿Perdona?

—Es una teoría que elaboré hace años con mis amigas. Un tío es especial si

puedes reconocerlo de espaldas entre cientos de otros tíos, incluso aunque tengan la misma constitución física. ¿Me sigues?

—Con dificultad.

—Estoy segura de que, si Hugo no hubiera entrado en tu despacho y lo hubieras visto de espaldas en una reunión o en el metro, lo habrías reconocido. Porque desprenden algo especial. No sé decirte si es la postura o la forma de caminar o qué, pero es algo.

—Halo de tío bueno.

—Eso es. Pero de tío bueno normal. De un tío espectacular que podría ser tu vecino del tercero, no un tronista de *Mujeres y hombres y viceversa*. —Hicimos una mueca simultánea de asco y, a continuación, nos dio la risa.

—Vamos, teórica de las espaldas, ponte un chándal y vámonos a caminar.

—Adaaaaa...

—No seas vaga, anda. Tenemos que hacer algo más que emborracharnos y hablar de Hugo y de Luis.

—No lo menciones. He decidido que nunca más voy a decir su nombre.

—Me parece correcto. Difícil de conseguir pero correcto. Cloe, el chándal —la apremié, porque yo ya me había calzado las mallas y ella seguía tirada sobre mi cama.

—Mi buen propósito del día de hoy ha sido comer alfalfa, Ada. Además, ni sueños con que tenga un chándal. El único que he tenido alguna vez lo usé para llorar mis penas tras el divorcio y acabó en el contenedor.

—¿Y qué te pones para hacer deporte?

—Me pongo la tele, no te jode. No hago deporte desde las clases de Educación Física del instituto.

—Pues eso va a cambiar. Algo tendrás en ese armario gigante que se pueda reciclar.

—¿Unos *leggings* vaqueros valen?

—Tendrán que valer. Mueve el culo.

Lo movimos las dos, por toda la Gran Vía y alrededores. Parecíamos dos piradas caminando al trote con ropa deportiva chillona, como jubiladas que quedan al alba para ir a andar y sorteando a los turistas y a los madrileños que, con mejor juicio que nosotras, pasaban la tarde de bar en bar. Cloe me dirigió unas ciento ochenta miradas de reproche por mi plan saludable de domingo, pero lo cierto es que volvimos a casa cuando ya estaba

anocheciendo con la cabeza más despejada y la satisfacción de haber hecho algo un poco diferente y bastante más sano de lo habitual.

—Creo que quiero follármelo.

Esa fue mi declaración de intenciones en cuanto caímos muertas en el sofá y decidimos recompensarnos el esfuerzo con un poco de helado de vainilla. Eso sí, de soja y *light*, que no era plan tampoco tirar por tierra lo poco que habíamos conseguido.

—Que quieres follártelo es algo que sé aproximadamente desde el día que os reencontrasteis.

—No, no. Quiero decir... Quiero follármelo y ya. ¿No te da un morbo increíble la idea de acostarte con alguien después de diez años sin hacerlo? ¿Comprobar todo lo que habéis aprendido y si las cosas son aún mejores que en el pasado?

—Pues teniendo en cuenta que la única persona con la que me he acostado en mi vida es Luis y dentro de diez años lo único que deseo es que se le haya caído el pito a trocitos por cerdo traidor malnacido...

—Lo has nombrado. —Me reí—. Pero te lo perdono por la impecable descripción de lo que todas queremos que le ocurra a su pene.

—Pues eso. Que no, Ada, no conozco el morbo ese del que me hablas. Y me parece que no te crees ni tú lo de que solo quieres echar un polvo y punto.

—Nadie ha dicho que sea solo uno.

—No necesito tanta información.

—No seas imbécil. —Le lancé un cojín, y ella aprovechó para encender el reproductor de música—. Me refería a acostarme con él de vez en cuando, si nos apetece, sin complicaciones ni promesas ni nada parecido.

—A mí me parece la mejor idea del mundo.

—¿En serio?

—¿Acostarte con tu jefe, que además es tu exnovio y del que lo único que sabemos es que se ha convertido en un rancio con una vida sentimental que él mismo define como complicada? Es brillante, Ada. Sensacional. Nueve de cada diez psicólogos lo recomiendan.

—Que te den. ¡Dios! Este tío va a acabar volviéndome loca.

—¿Qué tiene, Ada? ¿Qué tiene Hugo para hacerte esto? Y no me digas que es la intriga de averiguar lo que le pasa ni excusas de mierda como esa. La otra vez te pasó lo mismo. No querías enamorarte, pero ocurrió. No querías renunciar a ninguno de tus sueños por él, pero estuvo a punto de ocurrir.

No le respondí, quizá porque no había nada que decir, o porque la respuesta a ese interrogante era algo que ni yo misma comprendía. No me había arrepentido nunca de haberme marchado diez años antes. Yo me había convertido en la Ada que era en aquel momento gracias a todas las experiencias que había acumulado de un lugar a otro del mundo y no habría sido feliz si me hubiera quedado con Hugo en Madrid a los veintitrés años. Hugo me desequilibraba, siempre lo había hecho, en parte, pero yo seguía siendo una mujer con las ideas claras, que jamás pondría mi relación con otra persona por encima de mi propia vida. Pero eso no evitaba que Hugo hiciera que me tambaleara un poco.

La lista de reproducción acabó, y comenzó a sonar *De las dudas infinitas*, de Supersubmarina. Cloe me miró, con esos ojos claros que a veces me parecía que condensaban toda la sabiduría de este mundo, y me estremecí un poco, porque temí que me dijera algo que no quisiera oír.

—Él siempre fue eso, Ada. Siempre fue tu duda.

Asentí, porque no se merecía que la contradijera. Tenía toda la razón del mundo. «La duda de Ada» había llamado Cloe a Hugo durante un tiempo. Decía que era el único que podía hacer titubear a la persona con las ideas más claras del mundo. Y, aunque yo no compartía esa visión idealizada que Cloe tenía de mí, sí sabía que en el fondo del asunto había mucha verdad.

Yo siempre había sabido lo que quería de cada hombre que se había cruzado en mi camino. Y no lo digo desde un punto de vista frío o calculador; todo lo contrario. Siempre he creído que tener las cosas claras y saber lo que se busca no es incompatible con vivir un amor real. Nos han enseñado que el amor debe ser loco, que nos hace perder la cabeza... A mí me gustaba el amor cuerdo. El que hacía que el corazón se me disparara al ver al hombre del que me había enamorado, el que se demostraba con pasión entre las sábanas y con complicidad a la luz del día. Y que, en ninguna de las relaciones que había tenido en mi vida, me había implicado renuncia alguna. Odiaba la frase «cuando se está con alguien, hay que adaptarse». Yo creía que era más lógico convivir con las diferencias que hacerlas desaparecer, porque, si no, habría un día en que llegarían los reproches, los arrepentimientos. Y, si el final de una relación tenía que llegar, yo prefería que lo hiciera porque las diferencias de ideales entre dos personas la hacían imposible que porque uno de los dos hubiera tenido que renunciar a sus principios y acabara amargado y

arrepentido de haberlo hecho. Era mi forma de ver las relaciones, siempre lo fue... y poca gente era capaz de entenderla.

—¿Te puedo contar algo? —le pregunté a mi hermana.

—Claro.

—Esto que te ha pasado. Lo... lo de Luis. Me ha hecho cambiar algunas formas de ver las cosas.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido? —me preguntó, con el ceño fruncido.

—Yo... nunca he tenido problema en acostarme con tíos con novia. Nunca he estado con un casado, pero supongo que porque no surgió la ocasión. Siempre he pensado que eso era problema de ellos, no mío. Siempre y cuando yo no conociera a la chica, evidentemente.

—¿Te has acostado con muchos? ¿Tíos con pareja, quiero decir?

—Pues supongo que un par, además de los rollos de una noche a los que nunca les pregunté, claro.

—¿Y eso ha cambiado?

—Sí, creo que sí. Sigo pensando que la fidelidad es algo de lo que deben preocuparse ellos, no yo, pero... Creo que ya no querría estar con un tío que engañara a su pareja.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué sentido tiene? A lo mejor es la edad, o a lo mejor es lo que te ha pasado a ti, pero me apetece cero meterme en la cama con un tío mentiroso y cobarde que está acostándose conmigo mientras su mujer o su novia lo esperan en casa.

—Y eso tiene que ver con Hugo porque...

—Porque quiero acostarme con él. Repetidamente si es posible. Pero creo que no lo haré hasta que no sepa cuál es su situación sentimental exacta.

—¿Crees?

—Yo qué sé. Odio darle tantas vueltas a todo.

—Aaaay... La duda de Ada —sentenció Cloe.

Yes, I think you've seen me before

Agradecí pasar un par de días sin ver a Hugo después de aquel fin de semana. El trabajo me iba sobre ruedas y, por primera vez en semanas, me sentí agradecida por haber ido a parar a Translitere. Después de muchos años cargada con demasiadas responsabilidades, con viajes de trabajo constantes y reuniones interminables en los que un solo error en mis traducciones podía desencadenar una crisis empresarial, trabajar en aquella pequeña oficina fue un respiro. No significaba que me lo tomara menos en serio, ni mucho menos, pero lo que en principio me había parecido un trabajo de transición mientras la situación de Cloe se estabilizaba se había convertido en algo que realmente disfrutaba.

Las empresas que nos contrataban para las traducciones procedían de los campos más diversos, y eso impedía que cayéramos en la rutina. Un día nos encontrábamos con la pesadilla de tener que traducir el manual de instrucciones de una secadora, pero la vida nos recompensaba al día siguiente con una bonita traducción literaria, o salíamos de vez en cuando de la oficina para asistir a reuniones o incluso fiestas en las que era necesaria la presencia de un intérprete.

Un jueves de aquel cálido verano que recuerdo envuelto en una nebulosa inocente, el corazón me dio un vuelco al llegar a la oficina. Y no fue solo porque mi maldita pituitaria de exfumadora estuviera especialmente despierta y detectara el olor a Boss Bottled casi desde el ascensor. O porque mis meninges traidoras recordaran al instante que ese era el perfume que siempre usaba Hugo. No. Fue por algo bastante menos sutil. Sobre la mesa de Berta, aquella especie de mostrador de aglomerado que daba la bienvenida a los visitantes y los trabajadores de Translitere, había un sobre. Un sobre con cinco palabras escritas: «Ada Castillo y Hugo Navarro».

Antes de que me planteara preguntar de qué iba la historia, me dio tiempo a

imaginar esas cinco palabras escritas en los márgenes de un libro de texto de instituto, en tinta rosa de purpurina y rodeadas de un corazón. Y también a darme una colleja mental por tener ese cuelgue tan desquiciante por un Hugo que solo me había dado motivos para salir corriendo en dirección contraria.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Berta, con algo de brusquedad.

—Buenos días a ti también, Ada. ¿Que qué tal me está yendo la semana? Todo bien, como siempre, un placer charlar contigo. Oh, sí, por supuesto, estaré encantada de que me traigas un café. Con una gota de leche y dos cucharadas de azúcar, ya sabes.

—Buenos días, Berta —la saludé, con tono de resignación—. Corta el rollo, anda. ¿Qué es ese sobre?

—Mira por dónde, el otro interesado.

Sentí la presencia de Hugo antes de que Berta lo mencionara, antes de que él saludara y puede que antes de que saliera de su despacho. Era agotadora esa intensidad que me instalaba en el cuerpo, y no pude evitar preguntarme si él sentiría lo mismo cuando yo andaba cerca.

—Buenos días, chicas. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado esto para vosotros. —«Vosotros». Qué bien sonaba—. La marca esa de ginebra para la que hiciste de intérprete en una reunión, jefe.

—¿Para la que traduje yo los folletos? —pregunté.

—Esa misma. Os han invitado a la presentación oficial. Un fiestón que organizan en la Casa de Velázquez. Va a ir prensa y famosos y...

—Vete tú con Ada —sentenció él, sin mirarme apenas, y emprendió el camino de vuelta hacia su despacho. Y eso que parecía que estaba de buen humor cuando nos había saludado...

—¡Eh, jefe! Haz el favor de no comportarte como un tarado ya desde primera hora. —Se me escapó una risita al comprobar que a Berta le impresionaban muy poco los aires de dios maligno de Hugo—. Yo no puedo ir; si no, ni siquiera habrías oído hablar de esta invitación. Tenéis que asistir. La fiesta la organiza una agencia de comunicación con la que nos interesa quedar bien.

—Pues que vaya Ada con alguna de las chicas. Yo qué sé —le respondió él, con desdén.

—Vamos a ver, coño. Que estos tíos quieren ver al jefe, ¿entiendes? No puedes mandar a Ada y a Lorena a hacer relaciones sociales para la empresa.

—Dios me libre —murmuró Hugo.

—Porque —Berta alzó la voz como reprimenda— esa es la función exacta de un jefe.

—¿Tú quieres ir? —me soltó de repente, dejándome un poco descolocada, aunque enseguida tuve clara la respuesta.

—Sí. Estaría bien, sí.

—Me lo tengo que pensar. Quiero decir... ¿Cuándo es?

—Esta noche.

—Joder... Pues sí que invitan con tiempo.

—Quizá se me había traspapelado unos días en medio del correo pendiente.

—Berta le sonrió con una mueca de disculpa y él le quitó importancia al despiste con un gesto de su mano.

—No te preocupes. De todos modos, ya sabes... Hasta última hora no sabré si puedo ir o no.

—Claro, claro.

—Ada, ¿irás tú de todos modos?

—¿Sola? —Me lo pensé un momento, pero a lo largo de los años me había acostumbrado a asistir sola a todo tipo de eventos, así que no me pareció nada mala la perspectiva de pasar una noche en un sitio bonito, rodeada de ginebras *premium* y gente interesante a la que conocer—. Sin problema.

—Está bien. Yo... —Hugo me miró, por primera vez en la mañana, y titubeó un poco al dirigirse a mí—. Te llamo sobre las nueve para confirmarte si te acompaño o no, ¿te parece bien?

—Sí, claro.

No voy a decir que aquella jornada se me pasó rápido. Juraría que vi pasar todos y cada uno de los minutos que transcurrieron entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde. Solo me sirvieron de distracción los constantes viajes mentales que hice al armario de mi dormitorio para plantearme las diferentes opciones de *looks* para el evento.

A media mañana no me aguanté más y le envié un mensaje a Cloe para ponerla al día de las novedades. Ella estaba en casa, así que la relación con mi ropero dejó de ser imaginaria y pasó a ser fotográfica. Al final, a distancia, acabé decantándome por un vestido muy cortito, de fondo verde y estampado tropical, que combinaría con un bolsito marrón con cadena y taconazos en el mismo color.

Para cuando llegué a casa, ya tenía decidida hasta la ropa interior, aunque estaba segura de que esa noche no la enseñaría. Ni si Hugo me acompañaba ni

si se quedaba en su casa. Porque, por supuesto, y para mi desgracia, no me apetecía nada acostarme con un desconocido.

Me pasé un par de horas largas preguntándome, para variar, qué coño podía pasar en la vida de Hugo que provocara que incluso algo tan simple como acudir a un evento un par de horas un día entre semana estuviera rodeado de ese halo de misterio, de esa incapacidad para confirmarlo hasta el último momento. Pero esa intriga dio paso a la alegría, al recibir su wasap diciéndome que pasaría a recogerme por mi piso a las nueve menos cuarto, y, a continuación, al cabreo conmigo misma por la excesiva felicidad con la que recibí la noticia.

Cloe se reía, tirada en la cama de palés de la terraza, bebiéndose un té helado de un vaso con dibujos de unicornios. Yo me esmeraba con el maquillaje, aunque sabía que debía ser ella quien me diera el último toque de gracia para que quedara perfecto. Insistió, además, en que me daba un rollo muy veraniego llevar el pelo al natural, medio ondulado, casi como si acabara de salir de bañarme en el mar, en lugar de estar a punto de meterme en un lío emocional.

Hugo me envió otro mensaje cuando llegó a mi calle, y yo salí a toda prisa, porque sabía que apenas había sitio para parar con el coche. Y, cuando llegué al portal, me arrepentí de no haber ido con más calma, tomando el oxígeno suficiente para no desmayarme en cuanto viera a Hugo.

Porque... madre mía, Hugo. Cómo estaba. Fue como si todos los dioses del Olimpo decidieran castigarme por haberle dicho a Cloe que había perdido atractivo, que estaba apagado. Porque sí, las ojeras y ese aire torturado que presidía su presencia seguían allí, pero aquella noche... Hugo brillaba. Llevaba puesto un traje gris, una camisa azul pálido y una corbata fina con un entramado geométrico también en tonos azules y grises. El pelo mojado y peinado hacia atrás, y la barba crecida pero recortada y bien cuidada. Jesusito de mi vida, creo que me habría llevado el mismo sofoco al verlo si hubiera sido diciembre y me estuviera cayendo una tormenta de nieve encima.

—Hola.

—Hola, Hugo. Me alegro de que hayas podido venir al final.

Me abrió la puerta del copiloto de un monovolumen bastante grande de color verde oscuro. Me pareció una elección de coche que no le pegaba nada a Hugo, a quien solo recordaba a los mandos de una impresionante moto deportiva que le habían regalado sus padres al cumplir los veintiuno. El breve

repaso al interior del coche, que no reveló la presencia de sillitas de bebé — gracias a Dios—, me distrajo de la decepción que me provocaba ese saludo tan frío que nos habíamos dirigido. En mi caso, se debía a que estaba nerviosa, pero no sabía si era así en el suyo.

—Estás... —Hugo carraspeó, y yo lo miré con un tono burlón. A ratos se me olvidaban los diez años que habían pasado y, al estar juntos, me sentía como aquella veinteañera que siempre se divertía con él.

—¿Estoy...?

—Impresionante.

—Vaya. Así que no se te ha olvidado cómo halagar a una chica. —Se rio y se mordió el labio un momento—. Tú tampoco estás mal.

Se incorporó al tráfico de la Gran Vía y seguimos el trayecto en silencio. Un trayecto que, casualidades del destino, nos llevó por un camino que conocíamos muy bien, que habíamos hecho cientos de veces en su moto, por cuyas calles habíamos paseado en nuestra otra vida. Argüelles, Moncloa, el parque del Oeste, Ciudad Universitaria...

—¿Sigues viviendo en el piso de Argüelles? —le pregunté, para ver si así conseguía abrir un poco más aquella compuerta hermética de su vida, y vi como él se sobresaltaba al darse cuenta de que yo no tenía intención de fingir que éramos dos compañeros de trabajo que se conocían desde hacía un par de meses.

—No. Sigo teniéndolo, pero no vivo en él.

—¿Y eso?

—Ya casi hemos llegado.

Fijó la vista en la carretera, supongo que para no tener que enfrentar mi mirada, que le dejaba muy claro que empezaba a estar harta de tanto secreto. Llegamos enseguida a la Casa de Velázquez, una edificación preciosa en cuyos jardines se celebraría la fiesta. Y era evidente que quienes la organizaban sabían lo que se hacían. Antorchas iluminando un atardecer que ya se apagaba, máquinas de humo de colores que rompían con la uniformidad del negro reinante en la decoración, camareros con antifaces, esculturas hechas con botellas de la marca... Creo que tanto Hugo como yo alucinamos un poco al ver el despliegue que habían preparado para el evento.

—Guau —dijo él.

—*Muy* guau —le confirmé—. ¿Cuál es el plan?

—Tenemos que encontrar a James; es mi contacto en la empresa. Lo

saludamos, nos tomamos una copa gratis y nos largamos de aquí.

—Has traído el coche, así que me parece que esa copa me la tomaré yo.

—Como si tú tuvieras la menor idea de cómo tomar solo una copa...

Le sonreí y el ambiente pareció relajarse un poco entre nosotros. Los camareros pasaban con vasos de chupito de color negro con combinaciones de la ginebra que se presentaba y diferentes tónicas, botánicos y frutas, mientras que las camareras lo hacían con canapés con unos códigos para maridar con la bebida adecuada. Hugo y yo jugamos un rato a encontrar la combinación ideal, aunque él se limitó a mojar los labios en las bebidas y a maldecir la idea de haber traído su coche en lugar de venir en taxi.

Tardamos un buen rato en encontrar a James, que resultó ser un tío muy guapo, algo mayor que nosotros y con esa indiscutible clase de quien es inglés y lo lleva a gala. Fue encantador con nosotros y me dio la sensación de que aquella no sería la última vez que Translitero hiciera negocios con ellos. De vuelta a la parte principal de los jardines, donde un DJ animaba la fiesta, nos encontramos con varias zonas tan llenas de gente que resultaba difícil no perderse. Hugo me sorprendió cogiéndome de la mano para asegurarse de que no me extraviaba y, cuando me soltó, juro que sentí como me hormigueaban aquellas zonas en las que nuestras pieles habían estado en contacto. Y... no eran las únicas partes del cuerpo que me hormigueaban, para mi desgracia.

—Deberías parar a tiempo —me advirtió, con un brillo burlón en la sonrisa, cuando cogí otros dos vasos de la bandeja que portaba un camarero, aun a sabiendas de que Hugo iba a rechazar el suyo—. Creo recordar que eras muy graciosa borracha, pero no me apetece tener que limpiar el coche mañana.

—¿Crees recordar? —le pregunté, con un tono coqueto que me confirmó que, en efecto, el alcohol empezaba a colaborar a que me desinhibiera.

—Bueno... Lo recuerdo bastante bien.

—Vamos a bailar.

—Dios, no sé si es un *déjà vu* o una pesadilla.

Hugo siempre se había quejado de que yo, en cuanto me tomaba dos copas, cosa que a los veintidós años era bastante habitual, solo quería bailar. Y ese comentario suyo, recordando esos tiras y aflojas tan nuestros... me hizo sonreír. Mucho. Tanto que me dio miedo que Hugo pudiera verme las muelas del juicio.

Los camareros volvieron a pasar y yo volví a hacerme con dos vasos. Hugo se reía, se burlaba de mí con cariño y yo sentía que volvíamos a ser los chicos

de veintipocos años sin secretos ni problemas que salían a divertirse en cuanto tenían ocasión.

—¿Tenemos que quedar bien con alguien?

—¿Qué tienes en mente, loca?

—Los zapatos me están matando. Y se clavan en el césped.

—Teniendo en cuenta que acabo de verle las bragas a una invitada y que unos tíos ahí dentro están haciendo el baile de *YMCA*..., podemos declarar oficialmente que todo el mundo está borracho y podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Bendito sea Dios —dije, sacándome los zapatos y dejándolos sobre un macetero enorme que había por allí cerca. Si alguien decidía robármelos, tendría que volver a casa descalza, pero no me apetecía cargar con ellos en la mano lo que quedara de noche.

—Amén —me secundó Hugo, sacándose la corbata. La guardó en un bolsillo de su americana y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa. Vislumbrar el comienzo de su pecho, que siempre estaba ligeramente bronceado, hizo que se me dispararan las pulsaciones.

No sé a qué hora se me olvidó qué hora era, pero ocurrió. Me dejé llevar por la música, por los chupitos que me había metido en el estómago casi sin probar bocado y por la sensación de ser una Ada distinta en aquel lugar. O quizá era lo contrario: quizá solo volvía a ser la misma Ada de siempre.

Y bailé para él. Jamás lo reconocería en voz alta, pero notaba sus ojos deslizarse por mi cuerpo y, por mucho hermetismo que él quisiera mantener con respecto a su vida, yo tenía el suficiente mundo para saber que aquella mirada tenía muy poco de inocente. Sus gestos lo delataban: cómo sonreía casi sin quererlo, cómo se reía sin tapujos cuando yo hacía alguna tontería, cómo se ponía serio de repente, pero ya no con aquel aire torturado que odiaba verle en la oficina.

El DJ cambió el ambiente de la fiesta del *house* más alternativo a temazos internacionales de los ochenta, que bailé como si estuviera intentando batir algún tipo de récord de resistencia. O que me contrataran para un musical en Broadway, ya ni lo sé. Hugo se reía a carcajadas con mis interpretaciones, y yo me planteé que sentía por él algo más de lo que me atrevía a reconocer en el momento en que me di cuenta de que aquella fiesta había merecido la pena aunque solo fuera por verlo feliz de nuevo.

Sonó *My Name is Luka* y yo me puse a dar saltitos sobre mí misma porque

esa siempre había sido una de mis canciones favoritas. Hugo estaba fumándose un pitillo, apoyado sobre el mismo macetero en el que yo había dejado los zapatos, y me acerqué a él contoneándome un poco más de la cuenta. Él se rio y cabeceó con resignación, como si yo fuera imposible y él tuviera un mérito inmenso por soportarme.

—Vas a bailar conmigo —le anuncié, porque no pensaba aceptar un no por respuesta.

—Lo sé.

Cogí el cigarrillo de su mano, le di una calada y lo apagué en uno de los vasos que habíamos dejado abandonados en el suelo. A continuación, agarré la mano de Hugo con fuerza, como si así fuera a conseguir que no se me escapara nunca más, y lo conduje hacia la zona donde el césped ya había adquirido la forma de mis pies descalzos. Para el momento en que Suzanne Vega cantaba aquello de que «maybe it's because I'm crazy», yo ya tenía las manos sobre los anchos hombros de Hugo y la cabeza pensando en un beso que, en el fondo, intuía que no llegaría.

—Deberías dejar de bailar así —me dijo, con una voz ronca que me impresionó un poco.

—¿Por qué? —le pregunté, en un tono coqueto que me habría dado un poco de vergüencita si hubiera estado sobria.

—Ada... —pronunció mi nombre en tono de advertencia, pero a mí me sonó tan dulce como el caramelo líquido. Lo celebré pegándome más a su cuerpo y... bueno, frotándome un poco.

—¿Qué? —Los dos sabíamos que no era tan inocente ni tan pizpireta como estaba aparentando, ni mis intenciones tampoco lo eran.

—Nos conocemos, Ada —susurró en mi oído, y ahí, en ese preciso instante, perdí por completo la cabeza. Siguió hablando entre dientes, de una forma tan excitante que no sé cómo conseguí no correrme allí mismo—. Tú sabes jugar muy bien, siempre supiste. Y si no hubiera traído el puto coche y me hubiera tomado tantas copas como tú, estaría a punto de hacer una tontería. Una bien grande y bien disfrutada. Pero uno de los dos tiene que mantener la cordura.

—¿Por qué? —le pregunté, mientras pasaba mi dedo índice por su labio inferior y pensaba que, en cualquier momento de los últimos diez años, habría reconocido aquel tacto con los ojos vendados. Me veía reflejada en sus ojos, de tanto que le brillaban.

—Porque... porque sí, Ada. —Se apartó de mí y, aunque la temperatura

rozaba los treinta grados pese a ser de madrugada, sentí que me congelaba—. Porque es lo mejor para todos.

Acepté la derrota. Con veinte años habría pataleado un poco, pero supongo que esas cosas se aprenden con la edad. No iba a ser yo quien obligara a Hugo a traspasar una línea que, a saber por qué, él quería dejar intacta. Una cosa era un poco de contoneo inocente —o indecente, según cómo se mire— y otra muy distinta provocar algo que él consideraría un error a la mañana siguiente.

Volvimos al coche en silencio, pero cogidos de la mano. No sé de quién partió la idea, si de él o de mí, pero no nos soltamos hasta que él abrió mi puerta y yo entré, con los zapatos en la mano, el pelo recogido en un moño alto improvisado y la sonrisa flotándome aún en la cara, porque aquella noche podía haber terminado de forma diferente a lo que me pedían todos los instintos, pero Hugo y yo habíamos recuperado algo que quizá no tenía nombre, pero que los dos sabíamos que era muy nuestro.

Eres un animal salvaje

Pi, pi, pi, pi, pi, pi.

Creo que mi respuesta a la alarma del móvil fue algo así como «grñkjzgrñmz». Bueno, eso y un golpe que no sé cómo no hizo mil pedazos la pantalla. Me acurruqué dentro del edredón, a pesar de que el calor ya era tan persistente que notaba una fina película de sudor cubriéndome la frente. No sé si dormité tres segundos o veinte minutos, pero sí que no fueron suficientes. Y, entonces, para hacer todavía peor mi pesadilla, entró en la habitación un monstruo aterrador que pretendía que me levantara de la cama. Vale, en realidad era Cloe, pero a mí, en aquel momento, me parecía la mismísima reencarnación de Satanás.

—¿Ada? Ada... Vas a llegar tarde al trabajo.

—Mmmmmm...

—¡Ada! —Entró en la habitación y abrió las persianas, lo que provocó una inundación de luz en mi dormitorio que creí que me había perforado las córneas—. Dios, aquí apesta a taberna medieval.

—Mmmmmm...

—¿Solo vas a decir eso? ¿Sabes que ya vas tarde para el trabajo? ¿Qué coño hiciste ayer? ¡Oh, Dios mío! ¿Te tiraste a Hugo? Es eso, ¿verdad? ¡Cuéntamelo todo! —Sí, definitivamente tenía que ser Satanás. Ningún ser humano con corazón obliga a su hermana mayor a responder a una rueda de prensa antes del desayuno.

—Me estoy muriendo, Cloe. Déjame hacerlo en paz —le respondí, porque el dolor de cabeza ya había conseguido desvelarme y eso hizo que recuperara la capacidad del habla.

—Si te mueres antes de contarme qué pasó ayer, tendré que llamar a Hugo.

Empezó a recoger mi ropa del suelo mientras yo la miraba desde la cama planteándome que iba a una velocidad diferente a la mía. O ella iba pasada de

anfetaminas o yo había acabado con la mayoría de mis neuronas. Estaba casi segura de que era la segunda opción. Mi precioso vestido verde estaba hecho un gurrño en el suelo, con los zapatos y el bolso desperdigados a su alrededor.

—¿Has fumado? Tu ropa apesta a tabaco.

—Un poco —le respondí, arrepintiéndome tanto de eso como de los mil chupitos de ginebra que me habían parecido una gran idea la noche anterior.

—Fenomenal.

—Y Hugo fumó cerca de mí. Será por eso.

—¿E hizo alguna cosa más cerca de ti? ¿O *dentro* de ti, mejor?

—No. —Me tapé los ojos con el brazo y recé para que hubiera un holocausto *zombie* en Madrid que me impidiera salir a la calle—. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos diez.

—¿Estás de coña?! —Me incorporé en la cama con tanta fuerza que sentí como si me clavaran agujas en las sienes—. Tendría que estar llegando a la oficina, joder.

—¿No puedes trabajar desde casa hoy?

—Lo que no puedo es trabajar en la oficina. Potaría antes de bajarme del metro.

—Vaya ejemplo para tu hermana pequeña, con tus treinta y tres añitos y una resaca del tamaño de un camión.

—Déjeme morir en paz.

Utilicé los escasos recursos de los que aún disponía mi cerebro para enviarle un wasap a Berta diciéndole que había amanecido con migraña y que trabajaría en remoto esa mañana. No esperé a que me contestara con algún tipo de burla sobre la fiesta de la noche anterior, pero estaba segura de que llegaría. Mi cuerpo quedó exhausto por el esfuerzo de teclear diez o doce palabras, así que me quedé dormida al instante.

Desperté un par de horas después, con Cloe sentada a mi lado en la cama.

—Pero ¿qué haces, tía loca? Es supersiniestro que estés ahí mirándome mientras duermo.

—Hace dos minutos me has llamado, pirada de los huevos.

—¿En serio?

—Dios... ¿Sigues borracha?

—No. —Me froté los ojos, despegué del paladar la lengua de trapo e hice

una mueca de asco por el aliento horrible que tenía—. Ya estoy mejor. Necesito una ducha, cepillarme los dientes y un café de seis litros.

—Y contarme todo lo que pasó ayer, no te olvides.

—Eso también.

Me pasé tanto tiempo debajo de la ducha que se acabó el agua caliente del termo y tuve que salir a la fuerza. Daba igual la temperatura exterior; yo nunca me duchaba con el agua por debajo del punto de ebullición. Cuando salí del baño, Cloe me tenía preparado un vaso de medio litro lleno de café negro y unos *cupcakes* que tenían toda la pinta de ser caseros.

—¿Has preparado tú esto? —le pregunté, con la boca llena.

—Anoche me aburría. Y, además, necesitaba munición por si tenía que chantajearte para que me contaras cada detalle de la fiesta.

—Pensaba contártelo igual. —Devoré la primera magdalena en tiempo récord y me apresuré a coger la segunda—. O lo hablo con alguien o me voy a volver loca.

—Dispara.

Cloe se acomodó junto a mí, con una taza en las manos de la extraña combinación de té *matcha*, leche de avena y miel que desayunaba cada mañana. Yo eché de menos tener un pitillo con el que acompañar el café y maldije a Hugo también por eso, porque parecía que traía todas las tentaciones a mi vida.

Le conté todo. Cada mínimo detalle de la fiesta de la noche anterior. La frialdad del principio, los nervios al encontrarnos, la innegable atracción que sentíamos, aunque pretendiéramos negarlo. La calidez que se fue instalando entre nosotros, la familiaridad, el sentir que estaba en casa, en la que había sido mi casa años atrás. Las copas de más, los coqueteos, mis contoneos, de los que Cloe se rio con ganas y de los que yo me avergonzaba tanto que pasé la mitad de la narración tapándome la cara con las manos.

—Tengo una duda. —Cloe frunció el ceño cuando acabé de contar toda la historia y se quedó pensativa un momento antes de empezar a hablar—. ¿Te traje a casa en coche yendo borracho?

—No, no. Él no bebió nada en toda la noche.

—*Wait!* ¿Todo esto que me has contado pasó contigo borracha como un pirata y él sobrio?

—Sí. Lo cual hace que me muera más de vergüenza, así que... ¡cállate!

—No, tía. No me callo. ¿No te das cuenta de que las cosas son totalmente

diferentes así?

—No te sigo.

—Por Dios... No te has dejado ni una neurona en pie. Tú te dejaste llevar por el alcohol y tal, pero él... él hizo lo que hizo en plenas facultades.

—¿Te refieres a rechazarme y pasar de mi culo moreno?

—Y a bailar contigo. Y a susurrarte guarrerías al oído. Y a...

—No me susurró guarrerías.

—En mi cabeza han sonado tan guarras que no te extrañes si he mojado el sofá.

—Por Dios, qué cerda eres.

—Estoy muy hambrienta, hay que entenderme. —Exhaló un suspiro exagerado y continuó con su discurso—. Al tema: bailecito, susurros y coqueteo en general. Estando sobrio. No digo más.

—No me incites más, Cloe, porque ya me basto y me sobro yo solita para hacerme ilusiones de corazoncitos y purpurina.

—Vamos, que estás cien veces más colada por él hoy que ayer.

—Ciento diez, quizá —me burlé de mí misma.

—Y estamos usando el término «colada» porque «enamorada» nos da un poquito de pavor, ¿no?

—Mmmmmm... Digamos que... algo a medio camino.

—Siempre has sido propensa a enamorarte rápido.

—Y a olvidar rápido también. Por suerte para mí.

—A Hugo tardaste en olvidarlo.

—A veces... A veces creo que menos de lo que se merecía.

Pasé el resto del día acabando el trabajo de la semana y escuchando los canturreos de Cloe sobre mi incipiente enamoramiento de Hugo. Tenía la sensación de estar en ese punto exacto de una relación en el que aún tienes la posibilidad de salir corriendo si todo es demasiado complicado, si te da miedo o si sospechas que puedes acabar con el corazón roto en el futuro. Ese momento en que aún no estás lo suficientemente enganchada a alguien como para no poder renunciar a él sin salir herida. Y, sin embargo, a pesar de saber que Hugo llevaba la palabra «problema» escrita a fuego en la mirada, a pesar de que no jugaba con todos los datos, de que me faltaba mucho por saber... A pesar de todo, no quería huir. Quería estar cerca de él, aunque aún no supiera de qué manera sería posible. Quizá si no hubiéramos compartido un pasado, las cosas serían diferentes, pero sentía que todos los momentos que habían

vivido los Hugo y Ada de la facultad se incorporaban a la historia de los Hugo y Ada de aquel momento, por más que fuéramos personas tan diferentes que a veces costaba reconocernos.

Cuando ya se había hecho de noche, oí que mi móvil sonaba en el dormitorio, donde lo había dejado al levantarme, después de responder con evasivas a un breve interrogatorio de Berta. Me levanté a leer el mensaje que había recibido y el corazón se me disparó por la sorpresa al ver el nombre de Hugo en la pantalla.

«Hola, Ada. Me acabo de enterar de que hoy no has ido a trabajar. ¿Resaca? ¿O hice algo ayer que te haya molestado? Por favor, dime que no es así. Anoche me lo pasé mejor de lo que esperaba, mejor... de lo que lo he pasado en años. Dime si estás bien, ¿vale? Un beso. Hugo».

Me hizo gracia que firmara el mensaje, como las señoras mayores que no están demasiado familiarizadas con la tecnología. Pero no fue ese detalle el que me pintó una sonrisa enorme en la cara. Fue... simplemente él.

* * *

Pasaron un par de semanas sin grandes sobresaltos. Cloe empezaba a mostrar los primeros síntomas reales de recuperación y se reunió con un par de antiguos colegas con los que empezó a plantearse algunas opciones de futuro. Aún no sabía si montaría otro estudio, si buscaría trabajo por cuenta ajena y a veces hasta hablaba de abrir un blog de moda y dedicarse a eso de forma profesional, aunque yo pensaba que eran más bien castillos en el aire que ella misma construía para encontrar algo con lo que ilusionarse. Sentí que íbamos por el buen camino.

Y si hablamos de ilusiones... Yo estaba como una adolescente hiperhormonada en aquellos días de verano. Como una boba a la que se le escapaban suspiritos de vez en cuando, generalmente cuando Hugo se dejaba caer por la oficina y me sonreía. Seguía siendo un rancio y un amargado la mayor parte del tiempo, pero las sonrisas que se le dibujaban, todas y cada una de ellas, iban dirigidas a mí. No habíamos vuelto a quedarnos a solas desde la fiesta, y yo me moría de ganas, pero al mismo tiempo no me hacía falta. Estaba en ese efluvio absurdo de los primeros tiempos de un enamoramiento en que es suficiente con ver a la otra persona y saber que está

ahí, cerca. Cloe decía que me había vuelto gilipollas desde que decía esas cosas, y no podía quitarle la razón.

—Ada —me llamó un día, cuando ya me iba a casa. Era viernes, Cloe y yo habíamos conseguido que una amiga suya nos invitara a la piscina de su urbanización y tenía tantas ganas de un chapuzón que me había ido a trabajar con el bikini por debajo de la ropa de trabajo. Pero me detuve en seco al oír mi nombre en su voz.

—Dime, Hugo.

—Yo... Esto...

—¿Sí?

—¿Tienes planes para mañana? Es sábado y... había pensado que... no sé. Que podíamos hacer algo, si eso. Bueno, o no, no sé. ¿Sabes? Olvídalo.

—De acuerdo. —Asentí, y me mordí el labio para contener una sonrisa porque Hugo se había puesto nervioso, muy nervioso, y eso era algo que no había tenido oportunidad de ver diez años antes—. A lo de quedar mañana, no a lo de olvidarlo.

—¿En serio?

—Claro. —¿Lo dudaba? Además de la seguridad en sí mismo, parecía que Hugo había perdido la perspicacia.

—¿Has estado en la terraza del Palacio de Cibeles?

—Llevo poco tiempo en Madrid, así que no me ha dado tiempo.

—¿Tomamos una copa allí sobre las... once?

—¿Me recoges o nos vemos allí?

—Nos vemos allí. No... no voy a llevar coche esta vez.

Se despidió con un guiño que sí me recordó al Hugo que conocía. El bucle entre el nuevo Hugo y el viejo Hugo parecía no tener fin. Pero yo tenía una cita con él, con el nuevo, con el que fuera... Y esperaba que el tiempo pasara rápido, porque me moría de ganas de que llegara el sábado a las once.

No sé cómo me dejé convencer por Cloe para gastarme una cantidad indecente de dinero aquella tarde en una pequeña *boutique* muy exclusiva del barrio de Salamanca. Mi hermana parecía conocer todas y cada una de las tiendas de Madrid en las que era posible arruinarse en pocos minutos, pero aquel día decidí permitirme el capricho. Yo fingía que me apetecía comprarme un vestido para una ocasión especial, pero las dos sabíamos que, en realidad, estaba eligiendo el atuendo para la noche del sábado. Al final, me arrastró a comprarme un mono de Cushnie et Ochs que no tenía ni idea de si tendría

valor para ponerme. La parte inferior la formaban unos pantalones *palazzo* negros que, para qué negarlo, me sentaban como un guante; pero es que la parte de arriba era un escándalo: un top de estilo corsé en color champán y con estampados florales con el que respiraba con dificultad y que dejaba muy poco a la imaginación.

—Bajo ningún concepto, Cloe, parezco una fulana. —Era sábado a las diez y media de la noche y yo tenía que ir pensando en salir de casa, porque tenía un cuarto de hora de caminata hasta Cibeles desde mi casa. Pero allí seguía, en tanga (negro y de encaje, eso sí) y sin acabar de atreverme a estrenar el mono.

—Ese es el comentario más carca que ha salido jamás de tu boca.

—Ya lo sé. Estoy nerviosa. Déjame.

—Ponte el puto mono y lárgate. Hugo se va a correr en los pantalones en cuanto te vea.

—Y eso es justo lo que una desea antes de tomar una copa. Lo haría todo muy cómodo, sí.

Nos reímos, y acabé haciéndole caso. El problema no es que no me viera bien con el mono en cuestión, sino que me veía... demasiado bien. Me daba miedo agobiar a Hugo, que pensara que me había vestido para ir a por todas o algo así. A decir verdad, toda la cita con Hugo me ponía las piernas temblorosas por una mezcla entre la ilusión por que llegara y el pánico a que saliera mal.

—Joder... —El saludo de Hugo no fue exactamente protocolario, pero a mí me hizo soltar una carcajada y darme una palmadita imaginaria en la espalda por haber acertado con la ropa.

—Me tomaré eso como un «buenas noches, Ada, estás muy guapa».

—Sí. Esa versión es bastante más apta para todos los públicos que la de mi cabeza.

Subimos a la terraza del Palacio de Comunicaciones y me quedé maravillada al ver las luces que brillaban en la noche de la ciudad de la que me había enamorado en una fuga de mi casa a los quince años y que, en el fondo, nunca había acabado de salir de mi corazón.

—Esto es impresionante.

—Pues me vas a matar.

—¿Por qué?

—He reservado mesa en la parte de los sillones, que no tiene vistas, pero... tiene sillones.

—Sobreviviré.

Nos sentamos en unos sofás bajos de color blanco y echamos un vistazo a la carta de cócteles. Yo había salido de casa con la lección aprendida de no beber demasiado, más que nada porque apenas había cenado, pero quise quitarme los nervios iniciales con un *long island iced tea*, y Hugo me acompañó en la elección.

—Es precioso este sitio, ¿verdad?

—Sí. Gracias por proponerlo. Llevaba tiempo queriendo venir con Cloe, pero siempre acabamos quedándonos en casa a beber en vez de salir.

—¿Qué tal sigue?

—Bueno. Va saliendo adelante poco a poco. Es difícil...

—Ya me imagino.

—Me había olvidado de lo bonito que es Madrid en las noches de verano —le comenté, con la mirada algo perdida, porque no me apetecía que la situación sentimental de mi hermana pudiera llevar nuestra conversación a un lugar incómodo. Esa noche no quise que tocáramos temas difíciles; me daba igual si era un autoengaño, pero solo quería disfrutar como lo había hecho la noche de la fiesta.

—Con la de ciudades en las que has vivido, ¿sigues prefiriendo Madrid?

—Sí. No sé... Una ciudad no son solo sus calles, los monumentos o los museos. Es... el alma. He vivido en ciudades que me parecen más bonitas que Madrid, pero...

—¿Por ejemplo? Estás hablando con un madrileño de pura cepa, así que cuidado con lo que dices.

—París, claro. Buenos Aires es increíble también. Londres me encanta, ya lo sabes. Pero Madrid siempre será especial. En todas las ciudades he sido muy feliz, pero aquí me dejé una parte de mí.

—A Cloe —me dijo, y no supe dilucidar si en su tono había algo de pregunta.

—Entre otras cosas, supongo.

Seguimos hablando, con menos intensidad, por suerte, de mis viajes por el mundo y de algunas cuestiones de trabajo. Como ya se había convertido en costumbre, él no me dio ni una pista sobre lo que ocurría en su vida, pero, por primera vez, a mí no me importó. Las horas se nos pasaron casi sin que nos diéramos cuenta y, a eso de la una de la mañana, la noche refrescó y, antes de que me diera tiempo a decirlo, Hugo me puso sobre los hombros la fina

cazadora gris que llevaba sobre su camisa. Su olor me envolvió, y puede que él se diera cuenta de que cerré los ojos un momento para centrarme en ese aroma que me volvía loca. Por el hilo musical de la terraza sonó *Soy fan de ti*, de los Sidecars, y a Hugo se le iluminó una sonrisa que me sorprendió.

—No esperaba que me pidieras... que quedáramos. —Me había atrevido a sacar el tema, pero no fui tan osada para decir la palabra «cita», porque ni siquiera estaba segura de que fuera eso.

—¿La verdad? Yo tampoco.

—¿Pero?

—Pero a veces estoy hasta los cojones de hacer lo que se supone que debo hacer.

—¿Y qué es lo que debes hacer?

—¿Podemos cambiar de tema?

—Sí. Siempre lo hacemos —le dije, resignada.

—Lo siento. —Pedimos otro cóctel, que era ya el tercero de la noche, y yo acepté un pitillo que Hugo me ofreció—. Puede que este comentario esté bastante fuera de lugar, así que culparé al alcohol de ello... Estás jodidamente impresionante con ese vestido, Ada.

—Es un mono —le respondí, como una imbécil, porque entre sus palabras, la voz ronca con la que me las susurró y la sensación íntima de estar envuelta por su cazadora, había perdido un poco el juicio.

—Lo que sea. Me da igual. Me está poniendo las cosas muy difíciles.

—¿Qué cosas? —le pregunté, con un tono de coqueteo que no nos pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Ya sabes qué cosas. No juegues, te lo pedí el día de la fiesta.

—Pues tú no me halagues con esa miradita que me conozco tan bien.

—¿Qué miradita?

—La misma que me ponías en clase cuando teníamos veintidós años. —Bajé la voz y le dije al oído—. La que solía preceder a que saliéramos corriendo de la facultad de camino a tu piso.

—Cállate. —Su tono era de súplica, de... puede que de miedo. Creo que fue esa noche cuando Hugo se dio cuenta de que estábamos a punto de meternos en un lío del que solo él conocía las consecuencias—. Quiero portarme bien y contigo es imposible.

—¿Por qué quieres portarte bien?

—Porque es lo que tengo que hacer.

—Entonces, ¿por qué me pediste una cita hoy?

—Porque...

El camarero lo interrumpió, y yo tuve ganas de dispararle. Dejó la cuenta sobre la mesa y nos informó de que estaban a punto de cerrar. Hugo se empeñó en pagar, y yo no tuve fuerzas para discutir demasiado porque me había quedado pendiente de su respuesta anterior. Cuando bajamos a la calle, se ofreció a acompañarme a casa caminando y yo acepté, porque no quería decirle adiós todavía. No sabía cuándo tendría otra oportunidad de salir con él.

Echamos a andar por la calle de Alcalá en silencio. Yo sonreía, porque de nuevo había sido una noche bonita a su lado. Había secretos, sí, y nunca dejaban de estar presentes en mi pensamiento, pero a veces, como aquella noche, eran solo un rumor sordo que no me impedía disfrutar del tiempo que pasábamos juntos. Y, además, estaba esa inevitable prepotencia que nos invade a todos cuando nos gusta alguien. La de pensar que la otra persona es un poco más feliz gracias a nosotros. Y aquellas sonrisas de Hugo, lo divertido que había estado aquella noche, las palabras que parecían escapársele contra su voluntad... para mí eran una prueba fehaciente de que estar conmigo le hacía bien. De que estar juntos nos hacía bien.

—Supongo que porque, como en la canción, soy fan de ti.

—¿Perdona? —Me paré en la esquina de mi calle, mirándolo sin acabar de entender lo que decía.

—Ese es el motivo por el que te he pedido una cita. El motivo por el que acepté comer contigo aquella vez, por el que fui a la fiesta de la ginebra aunque todos mis argumentos racionales me decían que me alejara de ti. La razón es esa: que te admiro por todo lo que hiciste en los años que pasamos sin saber el uno del otro. Que... me gustas. Y...

—¿Y...?

—Que, cuando estoy contigo..., vuelvo a ser el tío que nunca debí dejar de ser. Y también soy fan de ese tío.

No supe qué responder y seguimos en silencio hasta mi portal. Hugo dijo que cogería un taxi en la siguiente parada, pero en lugar de despedirse de mí, se apoyó contra la pared. Rodeó mi cintura con un brazo y me acercó tanto a él que el corazón amenazó con salirse por la boca. Cuando la distancia entre nuestras caras se podía medir más en milímetros que en centímetros, lo vi esbozar una sonrisa de medio lado, desviar la vista hacia uno de los bolsillos

laterales de su cazadora, que yo aún llevaba puesta, y coger su paquete de tabaco.

—Buscaba esto. —Me ruboricé y él se encendió un pitillo aún con la sonrisa burlona plantada en la cara. Me di cuenta de que podían haber pasado diez años y un millón de cosas, pero Hugo seguía sabiendo jugar sus cartas demasiado bien. Puto Hugo...

—Ya.

Fumó en silencio, sin dejar de mirarme ni un segundo, y yo sentí que me sudaban las manos. Habría jurado que esos ojos verdes clavados en mí estaban desnudándome de la misma manera en que un día me desnudaron sus manos. Me fui acercando a él poco a poco. Muy poco a poco. Evaluando sus reacciones. Viendo como la sonrisa iba mutando en una mueca seria y tensa. Excitada. Como sus ojos brillaban tanto que podría haber iluminado Madrid él solo. Como su nuez se movía arriba y abajo por su garganta cuando le empezó a costar tragar saliva, que fue en el momento exacto en que yo posé las yemas de mis dedos en la piel desnuda de su cuello.

—No puedo, Ada —me dijo, en un susurro, cuando el beso ya era tan evidente que habría sido una falta de respeto negar que los dos lo estábamos deseando.

—¿Seguro?

—No lo sé. Ni siquiera sé si puedo. Si podría.

—¿Qué te ocurre, Hugo? ¿Qué es lo que pasa?

Se limitó a negar con la cabeza como respuesta. Apagó el pitillo y lo tiró a una papelera cercana. Quizá si no hubiera estado tan excitada, tan jodidamente subida a la nube de efusividad que me provocaban noches como aquella con él, habría podido enfadarme por su continua negativa a explicarme qué le pasaba. Pero no me apetecía acabar mal la noche. De hecho, solo había una cosa que me apetecía en aquel momento.

—Vale. No puedes. Pero no es esa la pregunta importante. —Bajé la voz tanto que llegué a dudar si podría oírme—. La pregunta importante es... ¿Quieres?

—Joder, Ada. —Un destello chispeó en sus ojos, y los abrió de forma desmesurada—. ¿No te ha quedado claro? Pues claro que quiero...

—¿Entonces?

—Vete a casa. Yo... me iré a la mía a pensar en cómo coño he podido tener la suerte de que aparecieras en mi vida dos veces.

No. No fue una declaración de amor tradicional, desde luego. Pero para mí fue suficiente... por el momento.

Siento que algo echo en falta, no sé si será el amor

Agostó llegó, y con él, las vacaciones de la mayor parte de la plantilla de Transliter. A mí, por ser la última en llegar a la empresa, me tocaba quedarme en Madrid y hacerme cargo del trabajo que dejaran pendientes otros compañeros, pero Berta me había prometido que podría cogerme algunos días en septiembre para que el verano no se me hiciera tan pesado y empezara en plena forma la temporada fuerte de encargos. Me coordiné con Lorena para ponerme al frente de las traducciones de francés, y con Hugo para repartirnos las de inglés. Él tampoco iba a tener vacaciones y, por lo que oí rumorear en la oficina, no tenía intención de cogerlas. Nunca nadie había oído que se tomara ni un día de vacaciones en los años que llevaban allí.

Con mis dos compañeras de despacho y Berta fuera, se respiraba una tranquilidad inusitada en Transliter. Las mañanas se me hacían largas y aburridas; por las tardes, si me quedaba algo pendiente, lo hacía desde casa. Trabajar por la tarde en agosto en Madrid debería estar penado por la ley. Esa era mi rutina más o menos la mitad de los días. Los demás... Hugo estaba allí. Y, entonces, todo era distinto.

Después de aquella noche en la terraza de Cibeles, las cosas cambiaron entre nosotros. Quizá no en apariencia, quizá solo nosotros lo notamos. Pero algo había cambiado. Él seguía sin contarme qué era aquello que lo atormentaba, pero a mí llegó casi a olvidármeme, porque su actitud era tan diferente que apenas podía identificar al Hugo de aquel mes de agosto con el dios maligno que había sido en mis primeros meses en Transliter.

Trabajamos bastante juntos aquel mes. Mañanas que se nos iban entre traducciones en las que colaborábamos mano a mano, coordinándonos bien. Me recordaba tanto a las épocas de exámenes que vivimos juntos cuando estábamos a punto de acabar la carrera que a veces me descubría con una sonrisa nostálgica en los labios. Algunos días se nos iba un poco la hora y nos

quedábamos a comer en algún local cerca de la oficina, y entonces hablábamos de Cloe, de Berta, de Lorena y Elena, de música, de cine, de libros... No solíamos ponernos de acuerdo en nuestras opiniones, pero las discusiones se zanjaban sin que ninguno de los dos tuviéramos la necesidad de decir la última palabra. Era agradable, era fácil, era... neutro. Porque ni una sola vez él mencionó temas complicados ni yo metí la nariz más allá de donde sabía que a él le resultaba cómodo. Fue una tregua. Nuestro armisticio de agosto. Aunque, de vez en cuando, se le escapaban comentarios que me erizaban la piel y me hacían llegar a temer aquello que más deseaba: saber su verdad.

—¿Podrás hacerte cargo sola de las traducciones de la empresa canadiense de alimentación? —me preguntó un mediodía de aquellos en los que nos escapábamos a comer juntos, después de compartir un tiramisú sobre el que nuestras cucharas chocaron varias veces de una forma que no me pareció casual. Por el hilo musical del restaurante sonaba *La senda del tiempo*, de Celtas cortos, y los dos teníamos una sonrisa nostálgica que hablaba de música compartida una década atrás.

—Sin problema. Vamos muy bien de tiempo.

—Vale. Porque yo tengo que ponerme a partir de mañana con un encargo nuevo.

—¿Ah, sí? ¿En agosto?

—Pues sí. Nos han aceptado un presupuesto para traducir doce *apps*. Una empresa neozelandesa de tecnología que quiere asentarse en el mercado hispanoparlante.

—¡Hala! Qué buena noticia. Pero ¿cómo vas a poder tú solo con eso? La mayor parte de los *freelances* están fuera este mes.

—Yo puedo, no te preocupes.

—Hugo, en serio, me alucinas. ¿De dónde sacas tiempo para hacerte cargo de todos los trabajos que coges?

—Ada, cuando... cuando no tienes vida, trabajar es mejor opción que no hacer nada. Al menos, me impide pensar.

No le respondí aquel día porque estoy segura de que la voz me habría salido entrecortada. Había pasado de estar furiosa contra él por negarse a hablar de lo que le ocurría a sentir solo una pena inmensa.

Los días fueron pasando, y Hugo y yo fuimos creando rutinas. A ninguno de los dos nos gustaba desayunar a primera hora de la mañana, así que, a eso de

las once, todos los días bajábamos a tomarnos una Coca-Cola y un pincho de tortilla a uno de los pocos bares *de toda la vida* que quedaban en el barrio. Y las comidas juntos fueron perdiendo el estatus de ocasionales hasta el punto de que Cloe ya nunca me esperaba ni yo tenía que avisarla si no aparecía por casa hasta media tarde.

Me enteré de muchas cosas en aquellos días. Ninguna relacionada con Hugo, claro, pero sí con otras de las personas con las que compartía mi día a día. Así, supe que Lorena había pasado algunos años atrás por un divorcio traumático, y que aún en aquel momento tenía que hacer grandes esfuerzos para conseguir que su ex pasara algún fin de semana con su hijo. Hugo y ella no se llevaban bien, pero él reconocía que era muy competente en su trabajo, y me confesó, aunque con la boquita pequeña, que no tendría estómago para echarla a la calle jamás, sabiendo que era el único sostén económico de su casa.

También Berta llevaba una desgraciada historia familiar a sus espaldas y, no sé por qué, en su caso me afectó más. Quizá porque era la persona con la apariencia más alegre que había conocido en mi vida y me dolía pensar que hubiera un trasfondo de dolor bajo aquella fachada. Por lo que Hugo me contó, Berta había estado casada muchos años y tenía dos hijos, un chico y una chica, que rondaban entre los veinticinco y los treinta años. El matrimonio se había acabado cuando ellos eran adolescentes, por una infidelidad de Berta, y ninguno de ellos, ni su marido ni sus hijos, habían sido capaces de perdonarla. Hacía diez años que no veía a su hija y las dos o tres veces que había conseguido convencer a su hijo para que quedara con ella, la cosa no había acabado bien.

—El año pasado fue abuela... pero ni siquiera conoce al niño —me dijo, con la voz un poco tomada, porque a esas alturas ya era evidente que Berta era la única persona capaz de hurgar en la capa de frialdad que Hugo se ponía en cuanto entraba por las puertas de Translitere.

—Dios, pobrecilla... Nunca me lo habría imaginado.

—Lo sé. Eso es lo más alucinante de todo, cómo ha sido capaz de sobreponerse a todo. Yo sé que sufre, pero se ha reconstruido. Tiene amigas, sale, viaja... ¡Ahora mismo está en Cerdeña! Ojalá yo tuviera una décima parte de su valor.

—Ahora entiendo que sea tan... tan maternal contigo —le comenté, ignorando sus palabras anteriores si él no decidía darme más información.

—De hecho, lo es más que mi madre. La verdad... no sé qué habría sido de

mí sin Berta en los últimos siete años.

* * *

Las mañanas en que Hugo no aparecía por la oficina eran escasas, pero se me hacían tan tediosas que ya no sabía si era porque estar sola en Translitera era un auténtico aburrimiento o porque lo echaba más de menos de lo que estaba dispuesta a aceptar. A veces hasta deseaba que sonara el teléfono, por tener algo más que hacer que escribir palabras en un procesador de textos.

Un viernes, sobre las doce de la mañana, acabé con un encargo bastante extenso y decidí que era un buen momento para empezar el fin de semana. Ya me haría cargo del resto de cosas pendientes el lunes. Pero, cuando me encaminaba hacia la salida del piso, me pareció distinguir un ligero rastro de olor a tabaco en el ambiente.

—¿Hugo? —pregunté a la nada, porque estaba segura de no haber oído entrar a nadie en toda la mañana. Y yo había llegado poco después de las ocho. Me acerqué a la puerta de su despacho y el olor se intensificó. Ni siquiera me había planteado que, tras aquella puerta cerrada, hubiera podido estar Hugo toda la mañana. La abrí un milímetro—. ¿Hugo?

Y allí estaba él. Sentado en el alféizar de la ventana, sin afeitarse, con unas ojeras que le llegaban a los pies, la camisa remangada y un pitillo entre los dedos. Pude permitirme observarlo unos segundos antes de que se diera cuenta de que yo estaba allí. Parecía tan absorto que podría haber reaccionado igual si yo hubiera entrado gritando.

—Ada...

Estaba diferente esa mañana. Raro, triste... Era tan evidente que incluso pensarlo fue una obviedad.

—¿Qué te pasa?

Negó con la cabeza, en un gesto que había llegado a odiar porque era el que siempre utilizaba para encerrarse en sus secretos, pero que aquella mañana solo sirvió para incrementar mi preocupación.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Me acerqué a él y puse mi mano sobre la suya. Quería transmitirle mi apoyo, aunque no supiera en qué. Quería que supiera que estaría a su lado, incluso sin tener claro si tenía derecho a estarlo. Él guardó silencio durante

minutos. Se encendió otro pitillo con la mirada perdida por la ventana y, finalmente, se decidió a hablar.

—Llévame a algún sitio. A donde tú quieras.

—¿A donde yo quiera?

—A cualquier lugar. Yo... estoy a gusto contigo. Y hace tanto tiempo que no me siento a gusto con nada que... joder, Ada, te necesito. Hoy te necesito, de verdad.

—¿Estás seguro?

—¿De que te necesito? —No asentí, pero mi mirada debió de dejarle claro a qué me refería—. Bastante. Ada, sácame de aquí antes de que me vuelva loco.

No sé cómo acudió la idea a mi cabeza, pero mis neuronas debían de tener un buen día. Reconecté el recuerdo de un programa que había visto en la tele con un plan que me había planteado proponerle a Cloe unas semanas atrás y me dirigí a la mesa de Hugo.

—¿Puedo? —le pregunté, señalando hacia su ordenador.

—Claro. ¿Qué vas a hacer?

—Has dicho «a cualquier lugar». Fíate de mí, anda.

Hice un par de búsquedas en Google, entré en una web, introduje nuestros datos e hice una reserva.

—¿Tienes el coche por aquí?

—En el garaje de abajo. ¿Me lo cuentas ya?

—Tú, hoy..., necesitas volar.

Algo menos de una hora después, estábamos entrando en un centro de Las Rozas especializado en vuelos en túneles de viento, escuchando las indicaciones de un instructor y vistiéndonos con el material de seguridad necesario. No tengo ni idea de cómo se me ocurrió la idea, pero fue exactamente lo que le dije a Hugo: sentí que necesitaba volar.

Fue una experiencia alucinante. Algo tan brutal que no se pareció a nada que hubiera experimentado antes. Un túnel vertical, vientos de ciento cincuenta kilómetros por hora, y Hugo y yo cogidos de la mano. Volando. Se supone que fueron apenas cuatro minutos, pero a nosotros nos pareció infinito.

Salimos jadeantes, temblorosos y eufóricos. Ya no necesitábamos sostenernos suspendidos sobre la corriente de aire, pero no nos soltamos las manos. Salimos al aparcamiento repartiéndonos las fotos y el vídeo de la

experiencia como un tesoro, y Hugo se apoyó un momento sobre la puerta del coche para fumarse un cigarrillo.

—Te confieso que, cuando me dijiste que me ibas a hacer volar, se me pasaron otras opciones por la cabeza.

—¿Habrías aceptado alguna de esas opciones? —le pregunté, riéndome por su ocurrencia. Él negó con la cabeza, y yo no quise seguir por ese camino—. Me pareció que necesitabas liberarte.

—No, Ada. —Guardó silencio unos instantes, le dio un par de caladas largas a su pitillo y me clavó los ojos con una intensidad que hizo que no fuera capaz de sostenerle la mirada—. Volar ha sido maravilloso. He puesto la mente en blanco durante cuatro minutos, y eso es algo que... que hacía siete años que no conseguía ni por un puto segundo. Pero no es volar lo que necesitaba. Ya te lo dije. Te necesitaba a ti.

—Hugo... Vas a tener que explicarme qué diablos te pasa.

Hizo amago de volver a negar con la cabeza, pero puse mis manos sobre sus hombros para obligarlo a enfrentar mi mirada. Sabía que ese era el punto de inflexión. Sabía que no iba a volver a consentirle que se retirara a sus cuarteles para rumiar sus secretos. Me había dado un dato, al fin. «Siete años». Un dato trascendental para él, suponía, pero insignificante para mí si no sabía lo que había ocurrido en aquel momento.

—No, Hugo, deja de hacer eso. Dímelo, joder. Tengo que saber qué ocurre en tu vida para saber a qué atenerme contigo. Me estoy volviendo loca.

—No puedo contártelo, Ada. No... no soy capaz.

—Pero ¿por qué? Te juro que nada de lo que me digas será peor que algunas de las opciones que se me han pasado por la cabeza.

—Ni te imaginas.

—¡Hugo, joder! ¿Tú crees que puedes decirme estas cosas y que yo me quede al margen, inmune a todo?

Siguió en silencio y yo le di un puntapié a uno de los neumáticos de su coche, de la pura frustración que sentía. Lo más fácil, quizá, habría sido marcharme. Acercarme a una parada de taxis cercana, volver a casa, informar en Translitera de que, a partir de ese día, trabajaría desde casa y no volver a pensar en Hugo jamás. Y, con el tiempo, buscarme otro trabajo. Y, cuando Cloe estuviera bien del todo, largarme de Madrid sin mirar atrás. Como diez años antes.

Pero no lo hice. Y tenía muy clara la razón. Yo quería a Hugo. Me había

enamorado de él como una tonta en las semanas que habían pasado desde que nos habíamos reencontrado, pero ni siquiera era eso lo importante. Lo quería de verdad, como se quiere a las personas que aparecen en tu vida para darle luz y dejan un rastro de sí mismos dentro de ti para siempre. Eso había hecho Hugo diez años atrás. Me había hecho tan feliz a los veintidós años que consiguió que se tambalearan mis sueños de futuro, porque la idea de dejarlo atrás dolía más que cualquier otra opción. Y, al reencontrarnos y ver su sufrimiento, aunque todo mi cuerpo me pidiera a gritos que saliera corriendo, mi corazón me decía que tenía que quedarme. Porque, pasara lo que pasara, y llegara yo a saberlo o no, lo que era un hecho innegable era que Hugo me había reconocido que llevaba siete años sufriendo, siete años sin poder poner la mente en blanco, siete años roto. Y nadie es inmune a un dolor tan largo de alguien a quien quiere.

—Te lo contaré algún día, Ada. Te lo juro. Pero me cuesta. Me cuesta porque... explicártelo a ti lo hará real. Contarte lo que me pasa, lo que ha sido de mí en estos años... haría real el desastre en que se ha convertido mi vida.

When will I learn?

A mediados de agosto, la intriga ya se había convertido en un sentimiento tan habitual para mí que dudaba que supiera vivir sin ella. No había vuelto a hablar con Hugo de su situación desde la tarde en el túnel de viento y creo que los dos agradecíamos esa relajación en la intensidad de nuestros encuentros. Tampoco nos habíamos visto demasiado esa semana, porque él había trabajado casi siempre desde casa y yo había hecho una (obligada) escapada de fin de semana a Peñaliría con Cloe para visitar a nuestra madre.

Así que el viernes llegó sin que yo pudiera sospechar que sería el día en que muchas dudas quedarían resueltas... y muchas más se abrirían ante mis ojos. Creo que aquel fue el primer día que me planteé si no habría sido mejor que nunca hubiera vuelto a Madrid. Resolver el problema de Cloe de otra manera, llevándomela conmigo al siguiente lugar donde encontrara trabajo y dejar guardados a buen recaudo Madrid, a Hugo y todas las complicaciones que su reaparición me había causado. Pero ya era demasiado tarde. Me había enamorado de él, quizá no con la intensidad con que lo había estado a los veintitrés años, y sin duda no tanto como llegaría a estarlo más tarde; pero lo suficiente como para no arrepentirme de verlo cada día, aun con todo lo que eso conllevaba.

Berta regresó de vacaciones aquel viernes. Entró en la oficina como una exhalación, como si no llevara casi tres semanas ausente, y más morena de lo que he visto jamás a una persona. Se había marchado con dos amigas a Cerdeña, según sus propias palabras, «a gastarme la miseria que me paga el tirano del jefe». Desde que Hugo me había contado su triste historia personal, la miraba con otros ojos. Ya me gustaba y me caía muy bien antes de saberlo, pero comprobar que alguien que había tenido que sufrir tanto en su vida era capaz de ser dicharachera, alegre, graciosa, y contagiar buen rollo a todos a su alrededor... hizo que la mirara con un renovado respeto.

Yo había tenido suerte aquella semana. Como en agosto bajaban mucho los pedidos de traducciones procedentes de empresas, podíamos permitirnos coger algunos trabajos literarios, que siempre daban menos dinero, pero servían para cubrir periodos de menor actividad. Así que allí estaba yo aquel viernes, traduciendo un poemario de una autora egipcia bastante revolucionaria del árabe al español. Una mañana tranquila, de finales de agosto, con esa sensación de abandono que tiene Madrid durante ese mes, pero con la impresión ya de que el verano se estaba acabando y pronto llamaría a la puerta septiembre.

Hugo se pasó por la oficina a media mañana, pero solo durante un rato, suficiente para que me dedicara una de aquellas sonrisas que hacían que a mí se me olvidaran un par de pensamientos negativos. Dijo que volvería después de comer, y yo sentí que esa promesa me la hacía a mí, porque ya ni veía en él a un jefe que me informaba de sus horarios ni estaba del todo segura de conservar la cordura.

Berta emergió en mi despacho poco después de que Hugo se marchara. Estaba sudorosa y no dejaba de protestar por que el aire acondicionado no funcionara nunca cuando se lo necesitaba. Yo levanté la cabeza para sonreírle y le señalé el pequeño ventilador portátil que había comprado Lorena unas semanas antes.

—Vamos, que estamos todas igual. Fantástico. —Resopló—. Necesito tu ayuda, ¿estás muy liada?

—No. No especialmente. Me encanta lo que estoy traduciendo, así que a veces adelanto trabajo en casa para matar el tiempo.

—¿Por qué una chica como tú necesitaría matar el tiempo en pleno verano? ¿No sales con nadie?

—Emmmm... no.

No me había planteado que hacía seis meses que no estaba con nadie. Ni en una cama ni en ningún otro lugar en que se pase tiempo con un ligue, novio, rollo o similar. Había pasado todo mi tiempo desde que había vuelto a España con Cloe, y en las pocas salidas nocturnas que habíamos hecho lo que menos nos apetecía a las dos era ligar. Pero seis meses... Dios, era más tiempo del que jamás había pasado sin acostarme con nadie. Me pregunté por qué no lo había echado de menos, cuando yo siempre había sido una persona sexualmente muy activa y... la respuesta llegó sola. No lo había echado de menos porque, desde que había entrado en Translitere, solo una persona

ocupaba todo mi pensamiento. Maldito fuera Hugo, que hasta las ganas de acostarme con otros me estaba robando.

—¿Puedes venir a mi mesa, entonces? Te prometo que no te robaré más de media hora.

—Sí, sí, claro. ¿Qué es lo que necesitas?

—Pues resulta que me he encontrado un desastre aquí a mi vuelta. El jefe es incapaz de hacerse cargo de un puñetero trámite administrativo, ¡ni siquiera aunque esté yo de vacaciones! He tenido que pagar facturas de hace semanas, presionar a un par de empresas para que nos abonaran servicios atrasados... Te juro que, si algún día me pongo enferma, esto se irá a la mierda.

—No me cabe duda.

—Pues eso, que entre las facturas que tenemos que reclamar hay unas cuantas en árabe. Y aquí tú eres la única que puede ayudarme con eso. ¿Te importa traducírmelas?

—No, claro. Pásamelas.

Berta me indicó que me sentara en su mesa y me explicó dónde se archivaban las facturas emitidas, recibidas, abonadas... Me pidió que fuera guardando cada cosa en el lugar que le correspondía. Me preguntó si me importaba responder al teléfono si alguien llamaba; quería bajar a tomarse un café al bar de abajo. Le dije que no había problema y tardé menos de diez minutos en hacer la tarea que ella me había encomendado. Y, entonces... me quedé con un buen rato de tiempo libre por delante, con los archivos de la empresa abiertos y un maldito demonio de color rojo sentado en mi hombro izquierdo, gritándome al oído que quizá ahí podría encontrar alguna información sobre Hugo.

No estuvo bien, pero... no me importó. Quería al menos conocer su dirección, saber por qué lugar había dejado aquel piso de Argüelles en el que había pasado algunos de los mejores momentos de mi juventud. O esa fue la excusa que me puse cuando encontré las declaraciones de la renta de los últimos años de todos los empleados y los dedos me volaron al sobre que indicaba, con la letra redonda y perfecta de Berta, «Hugo Navarro».

Y, entonces, el corazón me dio un vuelco. Uno que no me esperaba, por muy evidentes que me parecieran las piezas del puzle una vez que las vi encajar.

«Estado civil: casado».

Por suerte o por desgracia, oí el ruidoso ascensor subiendo y me apresuré a guardar todos los papeles en su lugar y a fingir, cuando Berta volvió a entrar

por la puerta, que nada había ocurrido allí. Ni un tsunami emocional ni algún tipo de reacción química en el ambiente que hiciera que los ojos estuvieran a punto de echárseme a llorar.

—¿Está ya todo listo?

—Sí, Berta. Lo tienes todo aquí, en el lugar que me indicaste.

—¿Ves? Ya sabía yo que era buena idea pedirte ayuda a ti.

—Sí. Emmmm... Berta... ¿Crees que puedo bajar un rato a tomar café? Tengo la tensión un poco baja y creo que necesito cafeína y azúcar en vena.

—La verdad es que no tienes buena cara. Vete, vete, ya sabes que podéis organizar los horarios como queráis. No tienes por qué estar aquí toda la mañana, mucho menos si estás adelantando trabajo desde casa.

Bajé las escaleras corriendo, en parte porque necesitaba un poco de aire fresco, y en parte porque me moría de miedo a cruzarme con Hugo en ese preciso instante, cuando sabía que reaccionaría con palabras de las que acabaría por arrepentirme. No éramos nada, eso era lo que tenía que repetirme una y otra vez; no nos debíamos fidelidad. Ni siquiera nos habíamos besado. Dios..., tendría que repetírmelo muchas veces, porque no era capaz de creérmelo.

Necesitaba aire fresco. Maldito fuera Hugo —de nuevo—, porque necesitaba aire fresco y, al mismo tiempo, necesitaba un pitillo. Me dio la cordura para no comprar tabaco, porque sabía que ese sería el principio del fin, así que le pedí un cigarro a un chico que pasaba por la acera y que debió de verme tan desesperada en aquel momento que no dudó en ofrecérmelo y en darme fuego. La primera calada me produjo un pequeño mareo, una sensación conocida, pues me ocurría siempre que volvía a fumar desde que lo había dejado. Cogí el teléfono con manos temblorosas y llamé a la única persona con la que me apetecía hablar en aquel momento.

—¿Escaqueándote del trabajo a media mañana, pedazo de vaga?

—Cloe, escúchame, estoy en *shock*, ¿vale? Necesito... necesito... No sé ni lo que necesito. —Nunca había sido capaz de estar quieta en un lugar mientras hablaba por teléfono, así que recorrí un par de manzanas, hasta que encontré un banco de la calle y decidí sentarme, a ver si eso contribuía a calmarme—. Está casado, Cloe. Casado.

—¿Hugo?

—No. El papa de Roma. ¿Quién va a ser, joder? Hugo, claro.

—Bueno, en primer lugar, tienes que calmarte, ¿vale? Estás como una puta

loca... Y, oye, ¿estás fumando?

—No —respondí con la boquita pequeña.

—Sí. No me lo puedo creer, Ada, ¿has vuelto a fumar?

—No. Le he pedido un pitillo a un chico que pasaba por la calle, pero ya está. No fumaré más.

—Eso espero. ¿Cómo te has enterado?

—Por papeleo del despacho. Es lo de menos.

—Ya. ¿Y cómo estás?

—Pues... a punto de sufrir un ictus o algo así. No sé. No entiendo... no soy capaz de saber por qué me afecta tanto.

—Porque has vuelto a enamorarte de él. Y me lo negarás, como la primera vez.

—No es que te lo niegue, Cloe, es que... No debería estar así. Yo sabía que tenía una relación, o algo parecido. Que tenía algo. Lo que no esperaba... Joder, ¡casado!

—¿Ni siquiera te lo habías planteado?

—¿Tú sí?

—Se me había pasado por la cabeza, pero... no sé.

—¿Y por qué no lleva anillo, eh? ¿Por qué?

—Vale, Ada. Relaja un poco. No me digas que te has vuelto así de tradicional porque me desmayo, ¿vale? Está casado, bien, eso ya lo sabemos. ¿Qué vas a hacer?

—Hablar con él. Sabes que no soporto que se me queden las cosas dentro y darles mil vueltas.

—Piensa bien lo que vas a decirle, ¿de acuerdo? Que no se te vaya la fuerza por la boca. En el fondo... lo quieres. Y esto no suena nada bien. No quiero que sufras.

—No voy a sufrir, Cloe. —Esboqué una sonrisa, aunque ella no podía verme, y agradecí infinitamente tenerla a mi lado—. No te preocupes por eso.

—Ya, Ada. Sigue haciéndote la dura, que igual te lo crees y todo. Solo piensa que te estoy consolando yo, con lo que tengo encima, de que un tío con el que no tienes nada esté casado.

—Joder, Cloe, lo siento...

—No, no. No es un reproche. Es solo mi forma de hacerte ver que estás mucho más colada por Hugo de lo que estás dispuesta a admitirte incluso a ti misma.

Colgué mandándole muchos besos a mi hermana y la promesa de que esa noche nos desquitaríamos con un buen maratón de *Friends* en Netflix. De vuelta a la oficina, me crucé con una chica más o menos de mi edad fumándose un pitillo y estuve a punto de caer en la tentación de pedirle otro, pero la cordura ganó la batalla. Para distraerme, busqué en mi móvil *Chandelier*, de Sia, y la puse a todo volumen, a ver si me daba algún subidón de buen humor, pero no funcionó. En el ascensor, de camino a Translitere, respiré hondo un par de veces y me preparé para seguir con mi jornada laboral como si nada hubiera ocurrido.

Berta se fue a las dos y dijo que no vendría por la tarde. En verano, en teoría, hacíamos jornada continua, pero la empresa era un caos controlado de horarios, así que nadie sabía muy bien a quién se encontraría en las oficinas a una u otra hora. Salvo yo, que sabía que, si me quedaba allí el tiempo suficiente, me encontraría a solas con Hugo.

Fue a eso de las tres de la tarde. El ventilador portátil hacía ya horas que había dejado de aliviarme el calor que sentía, que no tenía claro si se debía solo a la temperatura exterior o a esa lava que me ardía dentro desde que me había enterado de lo de Hugo. La puerta de entrada se abrió y él entró sigiloso, sin saludar a nadie. Hasta que llegó a mi despacho, se apoyó en el quicio de la puerta y me dedicó una sonrisa radiante... que se le ensombreció en cuanto vio mi gesto.

—Estás casado. —Fue lo único que acerté a decirle.

—Joder...

—Sí, *joder*. ¿En serio no pensabas decírmelo? ¿¿En serio??

—Déjame que te lo cuente. Que te cuente todo.

—Puedes empezar.

—No, por favor. Aquí no. ¿Podemos vernos... otro día?

—Mañana.

—De acuerdo. Mañana. ¿En algún sitio tranquilo?

—Sí, vale —acepté—. Lo pienso y te mando un wasap o lo que sea.

—Sí, claro. Y, Ada...

—Dime.

—Lo siento.

Más bonita que ninguna

Hugo

Me había dado por escuchar *Pereza*. *Pereza*. A los treinta y tres tacos y después de pasarme años echando pestes de su rollo comercial. Estaba bien jodido si, con todo lo que tenía encima, Ada provocaba, en apenas unos meses desde su regreso, que me hubiera vendido musicalmente. Solo esperaba que los dioses del *rock* no ejecutaran un castigo sobre mí.

Pero es que ella era mi *Lady Madrid*. Llegué a escuchar esa canción de forma obsesiva. Qué digo obsesiva. Más. Enfermiza. No sé... Todo empezó un mal día en un mal atasco. Hacía años que todos los días eran malos, así que había empezado a calificar también el atasco de la mañana en la Castellana. Y el de ese día era una mierda. Llovía, todo Madrid parecía haber decidido coger el coche y la avería de un coche en el carril central había acabado de complicarlo todo. Puse la radio para ver si había alguna previsión de que el tapón de coches se disolviera rápido, pero se encendió en una radio-fórmula en la que sonaba *Lady Madrid*. Y... joder. «Más bonita que ninguna, ponía a la peña de pie». Juro que sentí que el puto Leiva me estaba hablando directamente a mí, recordándome que Ada podía poner a todo un jodido imperio a sus pies solo con un movimiento de caderas. Me había enamorado como un gilipollas de ella a los veintitrés y estaba volviendo a caer. Al principio, no sabía si era ella quien me atraía como una fuerza inevitable de la naturaleza contra la que no podía luchar, como un imán tratando de combatir su propia polaridad, o si eran los recuerdos que me evocaba, los de un hombre que un día fue libre y que ya nunca volvería a serlo. Pero pronto supe que era ella. Ella, en toda su magnitud y toda su inmensidad. Creo que fue al verla bailar en aquella fiesta a la que no pude evitar ir, aunque sabía que me estaba

metiendo en la boca del lobo. O quizá fue simplemente el día que llegó, cuando me volví a cruzar con sus ojos marrones, esos que ella decía que eran simples, como los de todo el mundo, y que yo pensaba que eran tan únicos e inimitables como ella misma.

Puede que quisiera engañarme pensando que estaba empezando a enamorarme un poco de ella de nuevo, pero... Qué coño. Había vuelto a caerme con todo el equipo.

Pasaron semanas. O quizá solo fueron días, pero a mí me parecieron toda una vida. Una vida en la que me debatía entre la ilusión que sentía cada mañana cuando iba de camino al trabajo, porque la vería, y la culpabilidad que me provocaba hacerlo con la carga de secretos que llevaba a la espalda.

Aquel viernes hacía calor, pero ni siquiera eso me importaba. Pasé por la oficina a media mañana y dije que volvería después de comer, a pesar de que podría haber resuelto todo en una sola visita. Pero la vi y... decidí que, después de las gestiones que tenía que hacer fuera del despacho, regresaría para verla de nuevo. Así de imbécil me había vuelto.

Pero, cuando entré en Translitere, a pesar de la emoción por ver que estaba allí y que la tendría sola para mí, aunque fuera de aquella extraña manera que habíamos desarrollado..., lo supe. Supe que lo había descubierto. Y que, como siempre, la había cagado. Por cobarde, por estúpido, por querer hacerlo todo bien... y acabar haciéndolo todo mal.

—Estás casado. —Fue horrible oírsele decir. Pensar que yo me había convertido en un tío de esos que está casado y engaña a su mujer con una ex. Me di asco.

—Joder...

—Sí, *joder*. ¿En serio no pensabas decírmelo? ¿¿En serio??

—Déjame que te lo cuente. Que te cuente todo. —Y era cierto. Quería contárselo todo. Absolutamente todo. Volví a odiarme, esa vez por no haberle echado valor antes al asunto y afrontar la verdad. Eso, o apartarme de ella cuando aún era capaz.

—Puedes empezar.

—No, por favor. Aquí no. ¿Podemos vernos... otro día?

—Mañana.

—De acuerdo. Mañana. ¿En algún sitio tranquilo?

—Sí, vale. Lo pienso y te mando un wasap o lo que sea.

—Sí, claro. Y, Ada...

—Dime.

—Lo siento.

Lo sentía. Vaya si lo sentía. Ojalá hubiera sido capaz de transmitirle cuánto lo sentía. Por ella... y por Paula. Por las dos. Porque el amor debería ser algo que solo sirve para unir, y en mi caso, me había roto en mil pedazos.

Two worlds collided

El verano estaba llegando a su fin, pero no parecía que el calor de Madrid fuera a darnos un respiro. O quizá era yo la que no era capaz de coger aliento después de darme cuenta en pocos días de demasiadas realidades aplastantes: que había vuelto a enamorarme de Hugo, que él estaba casado y que había una historia extraña detrás de su vida que no sabía si estaba deseando descubrir o me daba tanto miedo que prefería que quedara encerrada en un armario para siempre.

Pero ya no había opción. Había aceptado escuchar a Hugo, conocer qué tenía que decirme, qué le ocurría, por qué parecía un ser atormentado que no tenía nada que ver con aquel chico al que había conocido en una vida que, cuando pasaba tiempo con él, a veces me parecía que había ocurrido un millón de años atrás, y a veces que aún podía tocarla con las yemas de los dedos.

Quedamos en el Retiro. Al principio, pensé que sería mejor que nos encontráramos en mi piso, pero tuve miedo a que la nostalgia de aquellas tardes que pasábamos en él cuando estábamos en la universidad lo invadiera todo y nos distrajera del tema principal de la conversación. Ese del que yo no tenía ni idea, por más que hubiera dedicado horas y horas a especular dentro de mi cabeza con qué era lo que Hugo iba a contarme.

Llevaba apenas dos minutos sentada en un banco del parque cuando lo vi llegar. Con sus ojeras marcadas y aquellos hombros hundidos que ya había empezado a identificar como parte del nuevo Hugo. Parecía un hombre con el peso de todo un mundo a sus espaldas.

—Hola —me saludó, tímido, y echó un vistazo al banco en el que yo estaba sentada—. ¿Aquí?

—Si quieres, podemos ir al césped de ahí atrás. No hay niños, ni perros ni nada que nos interrumpa —le dije, con una sonrisa, pero era evidente para los

dos que estaba tan nerviosa que hasta elegir el lugar donde hablar me parecía mejor idea que dar comienzo a la conversación.

—De acuerdo.

Caminamos muy juntos, como si no quisiéramos perdernos del todo, a pesar de que no habíamos llegado a tenernos. Hugo se sentó junto a un árbol, con la espalda apoyada en su tronco, y me sonrió, con una mueca triste pero sincera, al tiempo que me ofrecía su mano para invitarme a que lo acompañara.

—Tengo mucho que contarte —susurró.

—Pues... empieza.

Él sacó su teléfono móvil del bolsillo de los pantalones vaqueros que llevaba y tocó un par de veces la pantalla. Ante mis ojos surgió la imagen de una chica rubia, muy joven y muy guapa, con los ojos claros, la tez blanca y unas cuantas pecas salpicando sus mejillas.

—Esta es Paula.

—Tu mujer —afirmé, porque ya no había lugar a dudas.

—Mi mujer.

Lo dijo con un tono tan lleno de matices que las incógnitas que resonaban en mi mente se multiplicaron. Había orgullo en su voz, había pena... y había un amor inmenso. Quizá nunca había sido consciente de cuánto conocía a Hugo, hasta aquel momento en que fui capaz de radiografiar cada una de sus emociones solo por la forma en la que pronunció aquellas dos palabras.

—La conocí poco después de que te marcharas —empezó a hablar, y yo ya solo podía escucharlo—. ¿Recuerdas que planeaba hacer un máster en Traducción e Interpretación al año siguiente?

—Sí.

—Nos conocimos allí. Teníamos que hacer grupos de trabajo en algunas asignaturas, y ella y yo coincidimos en un par. No tardamos en conectar. Nos hicimos amigos, nos gustábamos y, a los pocos meses, estábamos saliendo.

—¿Te enamoraste? —le pregunté, porque quería saberlo todo, aunque doliera.

—Como un imbécil. —Se le escapó una carcajada amarga, y yo no pude evitar tomar su mano y darle un pequeño apretón de ánimo—. Era lo último que esperaba que ocurriera, te lo juro. Yo... me había quedado muy tocado con nuestra ruptura, Ada. Mucho. Creo que, hasta que no te marchaste, no fui consciente de lo enamorado que había estado de ti.

—Hugo... —lo interrumpí, porque sus palabras me sonrojaron, pero también

porque me reabrían una herida que nunca llegó a estar cerrada del todo.

—Es cierto. Bueno... es igual. El caso es que me dediqué a acostarme con medio Madrid para superar tu marcha. —Me sonrió con una mueca de disculpa que yo ignoré—. No quería compromisos, ni repetir siquiera con la misma chica. Solo desahogarme de la manera en que siempre lo había hecho de algo que aún dolía. Cuando conocí a Paula, estaba tan cerrado a la simple idea de poder enamorarme de nuevo que ocurrió sin que me diera cuenta. Llevábamos pocos meses saliendo cuando fui consciente de que estaba loco por ella. Era preciosa, divertida, un poco loca... Siempre tenía unas ideas horribles a las que, no sé ni por qué, acababa arrastrándome. Este es un buen ejemplo de ello. —Levantó un poco el bajo de sus pantalones y me enseñó una cicatriz apenas perceptible junto a su tobillo—. Se aficionó al *skate* y el que acabó con heridas de guerra fui yo.

Hugo se pasó las manos por la cara, no sé si queriendo ahuyentar aquellos recuerdos felices que parecían dolerle o para poner algo de orden en su narración. Yo estaba cada vez más perdida y también notaba algo parecido a los celos, un sentimiento al que jamás me había abandonado en mi vida.

—El verano que acabamos el máster teníamos que decidir qué queríamos hacer a partir de entonces. Y ninguno de los dos lo teníamos claro. Yo soñaba con dedicarme a mis poemas, por más que supiera que no era demasiado realista desde el punto de vista económico. Ella tenía la posibilidad de entrar a trabajar como profesora de inglés en el colegio en el que había estudiado, pero no le apetecía hacerlo todavía. Los dos estábamos un poco desmotivados con la idea de empezar a trabajar, así que... una vez más, me dejé llevar por una de sus locuras. Y hacerle caso fue la mejor decisión de mi vida.

—¿Qué hicisteis?

—Empezamos buscando algún curso de inmersión en inglés que nos permitiera irnos a practicar el idioma *in situ*. No me preguntes cómo ocurrió, pero un día estábamos casi convencidos de irnos un trimestre a un pueblecito de Inglaterra a hacer un curso homologado, y al siguiente habíamos decidido marcharnos a Estados Unidos a la aventura.

—¿Y os fuisteis?

—Claro que sí. Cogimos los ahorros que teníamos y compramos dos billetes de ida a Miami. Estuvimos allí unos días, de turismo, y después nos recorrimos la costa este trabajando en lo que encontrábamos y planeando los siguientes pasos de nuestra aventura. Alquilamos un coche, llegamos de

Florida a Maine, parando en un montón de ciudades que siempre habíamos querido conocer y descubriendo pequeños pueblos que nos gustaron incluso más. Llevábamos ya tres meses allí cuando nos planteamos volver y tomarnos en serio nuestras vidas. Siempre habíamos visto aquello como una aventura con fecha de caducidad, quizá por eso con ella me fui y contigo un año antes no me lo había planteado. No te creas que no pensé en ello algunas veces... — Pareció disculparse de nuevo aunque no era necesario en absoluto. Yo nunca me había planteado que mi vida, aquella que me había llevado durante años de una punta a otra del mundo, fuera algo que se pudiera compartir. Lo de Hugo y Paula era un viaje que se alargó en el tiempo; lo mío había sido una filosofía de vida imposible de realizar en pareja—. Pero, por mucha fecha de caducidad que le viéramos..., no tardamos en darnos cuenta de que seguía sin apetecernos regresar después de solo unos meses.

—¿Os quedasteis?

—Casi un año, en total. Vivimos dos meses en un pueblo pequeñísimo de Idaho, solo por el hecho de que a Paula le encantaba el trabajo que tenía allí y que encontramos una casa preciosa que nos podíamos permitir por muy poco dinero. Hicimos la ruta 66 en una Harley alquilada, parando en varias ciudades, trabajando en esto y en lo otro... Fue increíble. Ahora te vas a reír de mí.

—¿Por qué? —Se nos escaparon dos sonrisas cómplices.

—Porque hice una de esas cosas que a ti te horrorizarían. De romanticismo y tal... —Se pasó una mano por la nuca con timidez, y yo supe en ese momento que no me iba a horrorizar en absoluto lo que me contara—. En el Gran Cañón... le pedí que se casara conmigo. Nos habíamos quedado a dormir en una tienda de campaña, vi el atardecer y, bueno, en realidad tenía comprado el anillo desde hacía semanas, así que me pareció el momento perfecto.

—Y ella te dijo que sí. —Me tragué el nudo de la garganta.

—Sin dudarle ni un segundo. Para aquel momento, ya habíamos decidido lo que queríamos hacer con nuestro futuro. Y sé que suena absurdo, pero solo queríamos pasar todo nuestro tiempo juntos. Se nos ocurrió la idea de montar Translitere. Serían unos años duros hasta echar la empresa a rodar, pero, quizá, con el tiempo, podríamos permitirnos trabajar desde casa, los dos solos, siempre juntos.

—Y, entonces, volvisteis a Madrid...

—Bueno, antes hicimos un poco más de turismo por la costa oeste y... nos

casamos.

—¿Os casasteis allí?

—En Las Vegas. Con toda la horterada y los tópicos que te puedas estar imaginando. La idea era casarnos al volver a Madrid. Una gran boda, del estilo que les gustaría a sus padres, pero Paula quiso que fuera cuanto antes, allí, en Las Vegas. Y a mí me pareció perfecto, aunque me casara en vaqueros y ella con un vestido de treinta dólares recién comprado.

—Guau.

—Volvimos a Madrid y todo se fue a la mierda. —Fueron unas pocas milésimas de segundo, pero suficientes para que el tono de voz de Hugo se llenara de dolor. Entonces supe que solo había asistido al prólogo de toda la historia y que lo peor estaba por venir—. La relación con sus padres era un auténtico desastre. Ellos se habían opuesto desde el primer momento a nuestro viaje. Ni Paula ni su hermana les habían llevado nunca la contraria, y fueron incapaces de asumir que ya no tenían el mando de su vida. Cuando volvimos, a ella apenas le hablaban y yo estaba vetado en su casa.

—Vaya, lo siento mucho.

—Nosotros seguíamos un poco bajo el influjo de todo lo que habíamos vivido allí. De cuánto nos queríamos, lo bien que conectábamos, cómo habíamos sido capaces de pasar un año entero, juntos veinticuatro horas al día, sin una sola pelea, sin un problema... Teníamos clara la idea de montar *Translitere*, pero nos faltaba dinero. Yo me puse a trabajar como traductor *freelance* para varias empresas, ella aceptó aquel trabajo en su antiguo colegio y decidimos estar así un par de años, ahorrando cada céntimo. Me volví a instalar en el piso de Argüelles, pero ella prefirió quedarse unos meses con sus padres para intentar apaciguarlos. Yo no quería; de hecho, tuvimos la mayor bronca de toda nuestra relación. Ella era mi mujer, aunque nos hubiéramos casado en Las Vegas o donde fuera, y lo lógico era que viviéramos juntos. Pero acabé aceptándolo, porque sabía que Paula solo sería feliz si la relación con sus padres se normalizaba.

—Siempre has sido demasiado generoso —concedí, porque me fascinaba la capacidad que tenía Hugo para darlo todo siempre en las relaciones, poniendo los deseos y las necesidades de la otra persona por encima de sí mismo. Algo sabía yo de eso.

—No creo. En fin... Las cosas se pusieron realmente feas cuando llevábamos apenas medio año en Madrid. Paula... enfermó. Yo me había reído

de ella un par de veces porque tropezaba y se caía. ¡Dios! Me siento tan estúpido cuando recuerdo aquello... La tercera o la cuarta vez que se cayó en la calle sin motivo aparente, empezamos a preocuparnos. Nos pasamos semanas visitando a distintos traumatólogos, porque Paula había hecho mucha gimnasia rítmica cuando era más joven y tenía las rodillas bastante tocadas. Creíamos que ahí estaba el problema, pero... no. Al poco tiempo, empezaron a olvidársele pequeñas cosas. Eso fue muy significativo, porque Paula era como una agenda andante, siempre recordaba los cumpleaños de todo el mundo, se sabía todos los teléfonos de memoria... Empezamos a asustarnos. A asustarnos mucho. Cuando llegamos a la conclusión de que debíamos consultar con un neurólogo, creo que los dos entramos en pánico.

—Dios, Hugo...

—Teníamos razones para el pánico. El diagnóstico tardó en llegar, pero, cuando lo hizo, fueron las peores noticias posibles. Paula tenía una enfermedad neurodegenerativa, una enfermedad rara, con pocos afectados en el mundo. Sus padres desplegaron todo su poderío económico para que la vieran los mejores especialistas. Viajamos con ella a Suiza, a Estados Unidos, incluso a Japón. Y todos coincidían en el diagnóstico y, lo que es peor, en cómo sería el desarrollo de la enfermedad.

Hugo y yo guardamos silencio durante un rato eterno. Yo me había quedado en *shock* porque nunca me había planteado nada similar a lo que Hugo me estaba contando. Y él trataba de contener las lágrimas, aunque su nuez, subiendo y bajando en su garganta, me decía que estaba a punto de perder la batalla.

—Nuestra vida se quedó en pausa. Yo monté la empresa con algo de dinero que me prestaron mis padres, y Berta fue el ángel de la guarda que hizo que funcionara cuando yo no tenía fuerzas ni para buscar clientes ni para reunirme con ellos. Lo único que podía hacer era estar con Paula y traducir aquellos textos anodinos que nos iban llegando. Meterme en un texto en inglés o en alemán sobre un tema que no me interesara lo más mínimo y traducirlo al español. Una tarea mecánica que me impedía pensar en que toda nuestra vida se había ido a la mierda. Y, sobre todo, en que lo peor estaba por llegar.

—¿Qué le ocurrió?

—«Degenerativa» es la palabra que más odio en este mundo. Paula iría perdiendo todas sus capacidades poco a poco. Y así fue, tal cual lo habían dicho todos los médicos a los que habíamos consultado. Lo más evidente al

principio fueron las dificultades motoras. Para una persona como ella, que siempre había hecho deporte, que era muy activa y a la que le encantaba la vida al aire libre... no te imaginas lo que fue ver como iba perdiendo movilidad. Al año y medio de la aparición de los primeros síntomas, ya estaba en una silla de ruedas. Pero, si pensábamos que eso iba a ser lo peor, estábamos muy equivocados.

—Cuéntamelo.

—Empezaron olvidándosele algunas palabras... Quería decirme que le pasara un libro y no le salía la palabra «libro». Era frustrante para ella, sufría mucho y a mí me destrozaba. Por ella y por mí. Porque nada me había gustado en toda mi vida tanto como charlar con ella, fuera de la cosa más importante del mundo o de nuestras chorradas. Había momentos de lucidez, la enfermedad era muy irregular al principio. De repente, un día hablábamos durante tres horas y volvía a ser la Paula de siempre, la Paula de apenas un par de años antes. Y, al momento siguiente, no era capaz de decir mi nombre. Pocos meses después, ya solo hablaba a través de un aparato que reproducía lo que ella escribía en una aplicación en el ordenador.

—Dios mío, Hugo, qué horror...

—A los tres años de enfermar, ya fue evidente que no podía valerse por sí misma y que nunca volvería a hacerlo. La ingresamos en un hospital de cuidados continuos, pero no acabó de gustarnos y volvió a casa de sus padres. Nunca había llegado a mudarse conmigo, la enfermedad nos atropelló y todos los planes que teníamos se cancelaron. Por suerte, en los últimos momentos de lucidez de Paula, les había exigido que yo pudiera vivir con ellos hasta el final, hasta que ella... bueno... ya sabes.

—Sí.

—Está inconsciente desde hace más de dos años. —Ahí estaba la respuesta a la cuestión que flotaba sobre nosotros desde el inicio de la conversación. La respuesta al porqué de la tristeza de Hugo—. Lo que suele conocerse como «vegetal», aunque yo me niego a decir esa palabra en relación a Paula. Tiene un respirador artificial, una sonda para alimentarse y un montón de cuidados que no pueden hacer nada para evitar el hecho de que, cada día que pasa, está más muerta que el anterior.

—Hugo, cielo... —Pasé mi brazo por su cintura y apoyé la cabeza en su hombro. No sé si pretendía consolarlo a él o a mí misma—. No sé ni qué decir.

—No digas nada. Sobre todo, no digas que tengo mucho mérito por seguir a su lado después de tantos años. Lo he oído tantas veces que he acabado odiando a mucha gente por decírmelo. Aunque te parezca increíble, muchos amigos me dijeron que la dejara, que iba a cortarme la vida por la mitad si seguía a su lado. Incluso mi padre dejó caer algo así al principio de la enfermedad. Pero ¿cómo iba a dejarla? Ella era mi mujer, era la mujer a la que amaba, con la que esperaba pasar el resto de mi vida... Y aunque, por desgracia, ese «resto de mi vida» en su caso va a ser muy corto, yo no puedo estar en ningún otro lugar que a su lado.

—Lo entiendo. No sé si soy yo la persona más adecuada para hablar contigo de esto..., seguramente no lo sea. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Hace dos años que soy viudo sin serlo. —Hugo resopló y, entonces sí, se le escapó una lágrima que rodó por su mejilla hasta perderse en el vello corto de su barba de tres días—. Verla perder todas sus capacidades, verla llorar desesperada cuando era incapaz de hacer las cosas que quería... todo eso fue horrible. Saber que iba a morir... pues imagínate. Aún no soy capaz de hablar de ello, pese a que es una espada de Damocles que tenemos encima desde hace tanto tiempo que ya ni recuerdo lo que es vivir sin pensar en eso. Pero nada es peor que esto que estamos viviendo ahora. Saber que aún no se ha ido, pero que ya nunca volverá.

—¿Sabéis...? Ella...

—Ada —tomó mi mano y clavó sus ojos en los míos de una manera que estuvo a punto de hacerme apartar la mirada, porque el momento adquirió una intensidad que amenazaba con tirarme al suelo—, si te he contado todo esto, esto de lo que nunca, jamás, hablo con nadie, es porque confío en ti. Porque eres una persona especial. Porque... porque siento cosas. Y quiero que podamos hablar de ello sin titubeos, sin miedo, sin tapujos. Pregúntame lo que quieras.

—¿Sabéis cuál es su esperanza de vida?

—Unos días. Unas semanas. Dos años. Quizá cinco. La evolución de los otros pacientes con la enfermedad es muy similar a la que ha tenido Paula, pero todos varían en cuanto llegan a este punto, el de quedarse... así. Como muertos en vida. Algunos fallecieron a los pocos meses, otros siguen vivos seis o siete años después. Nadie puede saberlo. Lo único que podemos hacer es asegurarnos de que no sufra.

Hugo se levantó, sin previo aviso, y paseó durante unos minutos por el

césped. Lo vi encenderse un cigarrillo y decidí dejarle esos momentos para él. No se alejó lo suficiente para que lo perdiera de vista, así que me distraje buscando música en mi teléfono mientras esperaba a que él alejara a sus fantasmas hasta la distancia suficiente como para que le permitieran regresar junto a mí. Me puse los auriculares sin dejar de mirarlo y *Never Tear Us Apart*, de Paloma Faith, sonó en bucle durante un rato. Me permití cerrar los ojos para intentar asimilar lo que había escuchado, ese relato de una vida truncada, de dos vidas truncadas... Esa historia de dolor que me había abierto un desgarró en el corazón por una chica joven que lo había perdido todo, un hombre maravilloso que la había perdido a ella... y por mí misma, que estaba perdida.

—Perdona. —El regreso de Hugo me sobresaltó, y me apresuré a guardar el móvil y los auriculares de nuevo en mi bolso. Se agachó junto a mí y me acarició la mejilla con los nudillos—. ¿He metido la pata, Ada? ¿No tendría que haberte contado todo esto?

—Ven. Siéntate aquí. —Le hice un hueco a mi lado y dejé que su costado se apoyara contra el mío—. No has metido la pata, Hugo, por supuesto que no. Me siento muy honrada de que hayas confiado en mí lo suficiente como para contarme tu historia.

—Siento mucho si... No sé... Supongo que tenía que haberte contado todo esto antes.

—Entiendo que no era fácil. Pero tampoco sé cómo sentirme con respecto a todo lo que ha pasado este verano entre nosotros. Que no es que haya pasado nada en realidad, pero... no sé. Supongo que yo solita me he hecho una idea errónea.

No sé por qué lo dije, porque yo no creía que me hubiera equivocado en la percepción de que la atracción que Hugo provocaba en mí era algo mutuo. Pero tampoco sabía cómo me sentía ante el hecho de que hubiera estado tonteando conmigo, o iniciando algo que no tenía sentido, cuando era evidente que estaba casado y enamorado de su mujer. A pesar de todas las circunstancias. Sabía que necesitaría tiempo para pensar en todo aquello, en el hecho de haberme enamorado de alguien en el peor momento y la peor situación posible. En el propio drama vital de Hugo, en cómo debía de sentirse ante una vida para la que nadie había podido prepararlo.

—No te hiciste una idea equivocada. Ada, yo... Tú... Tú apareciste y mi vida pareció tener sentido por primera vez en dos años.

—Te sientes solo, Hugo, es normal que...

—¡No! —gritó, pero relajó enseguida el tono—. No. Lo que ha surgido entre nosotros no tiene nada que ver con que me sienta solo. Lo que me siento es como una mierda, porque no puedo evitar pensar que estoy engañando a Paula, pero, al mismo tiempo, solo estoy haciendo lo que ella me pidió y...

—¿Cómo dices?

—No puedo contarte en una tarde todo lo que he vivido en estos siete años, aunque me encantaría poder seguir explicándote cosas, si después de todo esto te queda algún interés en hablar conmigo.

—Me queda.

—Me alegro. —Me sonrió durante un instante tan fugaz que creí haberlo imaginado—. Paula me pidió, cuando ya era muy evidente que le quedaba poco tiempo de consciencia, que siguiera con mi vida. No de la manera en que supongo que se suelen decir esas cosas. Ya al principio de su enfermedad había intentado que la dejara, que nos divorciáramos, darme la libertad que ella creía que yo necesitaba, cuando lo único que yo quería era estar a su lado y pasar por aquello juntos. Pero, después..., cuando dejó de poder moverse, de poder hablar por sí misma..., cuando empezó a dormir muchas más horas de las que pasaba despierta... Ella usó sus pocos momentos de lucidez para pedirme que saliera, que conociera a otras mujeres, que me... que me acostara con otras. Bromeaba incluso con que era insano para un tío de veintiocho años pasar tanto tiempo sin acostarse con nadie.

—¿Lo hiciste?

—No pude. No voy a decir que soy un santo y que no pensé en ello. ¿Sabes? He pasado tantas horas pensando que dudo que exista una opción que no me haya cruzado el pensamiento. Pero eso en concreto, la posibilidad de acostarme con otras mujeres... quedó descartado muy pronto. He salido muy poco estos años, lo justo para cumplir con el compromiso de ir a bodas de amigos y poco más. Y he conocido a chicas todas esas veces, amigas de amigos o incluso desconocidas, pero jamás he sido capaz de mirarlas y plantearme acostarme con ellas.

—¿Y conmigo? —Puede que fuera la pregunta más inoportuna posible en aquellas circunstancias, pero no quería irme a casa con esa duda.

—Contigo no tengo la tentación de acostarme, Ada. Contigo...

Me miró. Lo miré. Quise pedirle que callara, como aquellas veces que lo

hacía diez años atrás porque tenía miedo a que me dijera dos palabras que no quería oír.

—Contigo quiero más. Quiero cosas que no puedo tener. Cosas a las que sé que no tengo derecho, pero... que ojalá supiera cómo sacarme de la cabeza.

—Pero Paula...

—¡Paula está muerta, joder! ¡¡Joder!! —Hugo estalló en un arrebató que entendí, pero que me estremeció de la cabeza a los pies. Y, en cuanto la furia contenida abandonó su cuerpo, las lágrimas arrasaron con todo—. Perdona. Perdona, Ada. Yo... Es que está muerta. Respira porque una máquina lo hace por ella. Le embutimos comida por una sonda. Y la mantenemos como un jodido cadáver, cuando ella es la persona más llena de vida que he conocido jamás. Y yo soy su viudo, su viudo en vida, viéndola apagarse cada día, viendo como se ha convertido en todo lo que ella habría odiado ser. Y quiero estar a su lado, quiero sentirme un hombre pleno solo cogiéndole la mano durante diez o doce horas cada día, pero... pero no es así. No es así, y me siento como una mierda por ello. Y me siento como una mierda por quererla como la quiero. Porque aún la quiero y sé que la querré toda mi vida. Y también me siento como una mierda por haberme enamorado de ti.

—Hugo, tú...

—¿Si me he enamorado de ti? Joder, ¡sí! Y tú también de mí, Ada. Como la otra vez, como cuando te dije que no era lo que pretendíamos, pero ocurrió sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo. Y eso me vuelve loco, porque siento que os estoy engañando a las dos. Y no os lo merecéis. Sois las dos únicas mujeres a las que he querido en toda mi vida, y no tengo ni puta idea de cómo hacer las cosas bien para no haceros daño.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Quién se asegura de que tú no sufras?

—Yo... —Me miró y me sonrió—. Yo me he acostumbrado a sufrir. Y ya me da igual. Pero me mata pensar que, por mi culpa, alguna de vosotras lo vaya a pasar mal.

—No hay una solución buena a todo esto —reconocí, poniendo en voz alta la maldita conclusión de todo aquello.

—No. No la hay.

—Creo que voy a marcharme a mi casa, Hugo. —Me levanté, sacudí las briznas de hierba que se habían quedado pegadas a mis vaqueros y lo miré una última vez—. Tengo que pensar en todo esto. Ha sido... ha sido...

—¿Demasiada información?

—Algo así.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No. —Pensé bien qué decir y, finalmente, decidí expresar lo que se me pasaba por la cabeza en aquel primer momento de *shock*—. Estoy enfadada con la vida por haberos puesto una prueba tan dura en el camino. Yo soy la que menos pinta en todo esto.

—No es cierto. Tú pintas mucho, Ada. No mentía cuando te he dicho que me he enamorado de ti. No miento si te digo que quiero cosas contigo que no sé si me puedo permitir. Y, sobre todo, no miento cuando digo que lo único que me importa es hacer las cosas de manera que no salgas herida.

—Ninguna de las dos.

—No, Ada. No nos engañemos más. Paula ya no va a salir herida haga lo que haga. De hecho, si ella estuviera aquí, me gritaría que te besara de una vez. Que me lanzara a vivirlo todo contigo. Ella ya no está. Los dos teníamos claro desde el primer momento que lo que tiene ahora no es una vida. Pero ni yo sé si puedo hacerlo ni creo que sea justo para ti lo que yo podría darte.

—No... Yo tampoco lo sé. Soy sincera, ahora mismo no tengo claro nada. Necesito tiempo.

—Venga. Te acompaño al metro. Si no te importa, claro.

Fuimos caminando en silencio hasta la estación. Nuestros dedos se rozaron un par de veces por el camino y nosotros los dejamos detenerse allí durante unos segundos. Cuando ya no pude posponer más el momento de bajar las escaleras para volver a casa, quedamos cara a cara. Hugo me miró, y yo supe leer en sus ojos todo el caos interno que estaba viviendo. Y sé que él hizo lo mismo conmigo.

Nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla. Largo, sentido. Me dijo más cosas ese beso que muchos otros llenos de pasión que había recibido en mi vida. Lo último que vi antes de darme la vuelta fue una sonrisa triste que me dejó claro que Hugo lo había entendido: aquella despedida en la parada de metro se parecía mucho a un adiós inevitable.

SEGUNDA PARTE

LA DUDA DE HUGO

I'm on my knees looking for the answer

Hugo

Fue duro decirle adiós a Ada.

Había sido muy duro a los veintitrés años, cuando estaba tan enamorado de ella que solo quería que cumpliera sus sueños y la empujé a marcharse a vivir sus aventuras por el mundo. Aunque yo me quedara solo, roto, vacío.

El adiós que siguió a nuestra conversación en el Retiro, a la confesión final de la verdad de mi matrimonio..., no fue un adiós en realidad. O no lo fue en apariencia. Seguimos viéndonos en la oficina, aunque yo hice todo lo posible por trabajar más desde casa y por volver a ponerme la coraza de frialdad en la que me había sentido más o menos cómodo antes de que ella volviera a aparecer en mi vida. Pero daba igual cuánto nos viéramos o cuánto nos evitáramos; lo realmente importante era cómo nos palpitaba el alma cuando nuestras miradas se cruzaban. Cómo lo hizo el primer día que nos encontramos en la oficina después de aquella tarde, y por el hilo musical sonaban The Killers. Cómo temblábamos todas las veces que nos cruzábamos por el pasillo. Y cómo fue un infierno la única vez que tuvimos que compartir el minúsculo espacio del ascensor.

«Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Pasé muchas horas al lado de Paula en las siguientes semanas. Más horas incluso de las habituales. Volví a acostumbrarme a trabajar casi todo el tiempo desde casa y solo aparecía por la oficina cuando Berta me llamaba al orden. Y volví a desconectar mi cuerpo de mis emociones, porque esa era la única manera que conocía de sobrevivir en aquella casa fría en la que llevaba ya más de cinco años viviendo, casi seis, y en la que aún me sentía un extraño, en medio de una familia, la de Paula, a la que jamás sentí como mía.

«Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Ada y yo no volvimos a atrevernos a hablar del tema. Estaba casi seguro de que ella sentía lo mismo que yo, que hablarlo no serviría de nada, no haría que la situación fuera más sencilla. No haría que hubiera una solución que nos hiciera felices a todos... que hiciera feliz a nadie, en realidad. Pero que no habláramos no significaba que la hubiera olvidado. A veces, se me escapaba el pensamiento hasta Ada incluso cuando estaba sentado junto a la cama de Paula, sujetando su mano inerte. Y entonces me odiaba, me partía mentalmente la cara a puñetazos y no encontraba consuelo al hecho de querer tanto a dos mujeres diferentes.

«Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Otras veces, me ayudaban las reflexiones que había aprendido en muchas horas de terapia. Cuando Paula superó la fase de negación de la enfermedad que sufrió las primeras semanas, se propuso hacer las cosas bien. Y, como era habitual en ella, las hizo muy bien. Planeó una hoja de ruta de lo que debía ser nuestra vida el tiempo que nos quedara, en las diferentes etapas: cuando ella aún pudiera valerse por sí misma, cuando pasara a ser dependiente, cuando perdiera la consciencia, cuando muriera... Ella ya tenía todo claro cuando yo aún no era siquiera capaz de escucharla hablar de ello sin echarme a llorar. Y una de las primeras decisiones que tomó, una innegociable, fue que fuéramos a terapia, juntos y por separado. Buscar una ayuda externa para superar lo insuperable. Y siempre le agradeceré aquellos años de sesiones que al principio odiaba, porque consiguieron que aprendiera a controlar la ansiedad casi todo el tiempo.

«Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Pero lo cierto es que no hay psicólogos ni psiquiatras que hagan milagros. Ni lo que nos ocurrió a Paula y a mí tiene una solución que se pueda encontrar en un diván. La enfermedad de Paula nos había puesto en situaciones para las que la vida no nos prepara. Las experiencias, las películas, los libros, las canciones, las conversaciones con amigos... nos preparan para enamorarnos, para que nos dejen, para llorar por amor, para un divorcio, incluso para la muerte de la persona a la que más queremos. Pero nada nos prepara para que una chica de veinticinco años muera en vida ni para convertirnos en viudos sin serlo. Ni existe una forma factible de decirle al corazón que pare, que no se enamore, que sigue casado, cuando en realidad hace más de dos años que no

ve los ojos de su mujer abiertos y más de cuatro que no habla con ella sin una máquina de por medio.

«Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero».

Pulsé el botón *pausa* de mi ordenador y me quité los auriculares. La dulce tortura había sido suficiente por aquel día. La voz metálica del sintetizador que usó Paula en sus últimos años consciente no se podía comparar a su voz suave diciéndome al oído que me quería, pero eso era lo único que me quedaba de ella, aquellas grabaciones que sé que ella no me habría dejado hacer si hubiera sabido que las usaría después para torturarme. Eso y los recuerdos. Y una hoja de ruta muy bien diseñada por ella que decía que, en el momento en que ella perdiera su último hilo de consciencia, yo le demostraría que aún la quería regalándole mi amor a otra persona. Y el miedo atroz a haberlo hecho ya.

Entre los dedos se me escapa volando una flor

La tarde en que Hugo me contó al fin su verdad, volví a casa con una sensación extraña en el cuerpo. Una que no había tenido nunca antes. Una mezcla de frustración, ansiedad y pena. Una pena enorme. Por lo que él me había contado, por cómo habían sufrido dos buenas personas cuando apenas estaban empezando a vivir, por lo que aún estaba por venir, que iba a ser lo peor de todo... y por mí. Sí, joder, también por mí, porque me encontraba en un callejón sin salida. Bueno, con una sola salida: recular y volver por donde había venido. Y no era eso lo que quería.

Yo era muy buena buscando soluciones, siempre lo había sido. Hasta Cloe reconocía que, en un primer momento, me había llamado para que acudiera a su lado tras la separación por eso. Porque se me daba bien analizar las situaciones, buscar el lado positivo, encontrar la respuesta a lo que pudiera parecer enmarañado. Y, sin embargo, en aquel momento, era incapaz de hacerlo.

Porque no había una solución buena.

Hugo estaba casado y viudo a la vez.

Quería a su mujer y estaba enamorado de mí.

Y yo estaba más enamorada de él precisamente por el hecho que nos separaba: porque quisiera tanto a alguien que estuviera dispuesto a pasar toda su vida al lado de ella sin obtener nada a cambio.

No. No había una solución.

Tenía que alejarme de él. Y quise hacerlo. De verdad que quise hacerlo. Pero coger un avión y plantarme en la otra punta del mundo ya no era una opción, como lo había sido la primera vez que nos separamos. Porque Cloe aún me necesitaba en Madrid. Y porque... porque no quería irme demasiado lejos por si Hugo también me necesitara. Esto último no me atrevía a decirlo en alto, ni siquiera a Cloe, pero lo cierto era que Hugo y yo ya no éramos solo

unos chicos que se habían enamorado en la veintena. Éramos dos personas que se querían a un nivel más profundo; uno que, como todos los grandes amores, tenía mucho de amistad. Y me habría parecido una traición horrible largarme sin mirar atrás, dejar el trabajo y volver a imponer una distancia entre nosotros que él no se merecía. Hugo no me había hecho nada malo, nada más grave que posponer un poco el momento de contarme qué ocurría en su vida; y yo no era tan egoísta como para erigirme en sufridora de todo aquello. Mirando la vida con perspectiva..., mi mal de amores era una nimiedad en comparación con el enorme dolor de Hugo y Paula.

Me centré durante semanas en mi hermana, fingiendo que yo era su gran apoyo cuando creo que ambas sabíamos que era ella la que me sostenía a mí. Pero, al fin y al cabo, Cloe era la razón por la que me había ido a vivir a Madrid, y me lo recordaba cada mañana cuando la tentación de abandonarme a la autocompasión amenazaba con aparecer. Ni siquiera sabía cómo había ocurrido, pero aquellos meses junto a Hugo me habían marcado mucho más de lo que había imaginado. A pesar de que «junto a Hugo» ni siquiera fuera una expresión que se ajustara a la realidad.

Apenas hablé con él en aquellas semanas. Creo que los dos llegamos al pacto tácito de evitarnos un poco. Hugo no aparecía apenas por la oficina; había retomado las rutinas anteriores a nuestro acercamiento. Se dejaba ver en contadas ocasiones y su actitud de dios maligno estaba más presente que nunca. Y yo empecé a trabajar desde casa cada vez un poco más, aunque Lorena y Elena tiraran de mí para que fuera al despacho al menos por las mañanas.

Nunca volvimos a hablar de todo lo que Hugo me había contado en el Retiro.

Fue un comienzo de otoño raro, melancólico. De esas épocas de la vida que se viven con tristeza, pero se recuerdan años después con una sonrisa nostálgica. Porque también hubo buenos momentos en aquellas semanas oscuras. Y los mejores vinieron de la mano de un hecho que me daba esperanza de que la vida volviera a sonreírnos: Cloe estaba empezando a despertar. Como siempre había sido entre nosotras, cuando una de las dos estaba más débil, la otra se crecía. Y mi hermana pequeña vio enseguida que yo necesitaba que ella se sostuviera un poco más por sí misma, porque a mí empezaban a fallarme las fuerzas para estar en pie por las dos. Y ponerse en pie hizo que comenzara a dar los pasos necesarios para rehacer su vida.

Una tarde de septiembre, estábamos sentadas en el suelo del pasillo, rodeadas por todos nuestros libros, cuando Cloe vio la luz. Al menos, sobre su futuro profesional. No sé cómo ocurrió, pero un momento estábamos lamentándonos sobre lo cortos que eran ya los días a esas alturas de año, y al siguiente empezamos a divagar sobre el futuro.

—Es increíble la buena idea que tuviste al convertir esto en una librería — le comenté, señalando las baldas en las que habíamos empezado a recolocar los libros que Cloe se había traído de su antigua casa, y también los pocos que yo había rescatado de mis años de periplo por el mundo.

En nuestros primeros años en el piso, aquello había sido una despensa desvencijada que utilizábamos en parte para guardar comida y en parte como trastero. Cuando Cloe reformó el apartamento, decidió quitar las puertas, restaurar los marcos y reforzar las baldas para guardar los libros que hasta entonces acumulábamos en cualquier rincón disponible de la casa. Había pintado todas las maderas de blanco, las paredes de gris, y había puesto dos lamparitas con pantalla de tela para iluminarla. Era, con diferencia, nuestro rincón favorito de la casa.

—Siempre se me ha dado bien imaginar cuánto mejoraría un espacio con un par de retoques. Bueno, en el caso de este piso, con lo horrible que era, con *muchos* retoques.

—También al adosado en el que vivías con el innombrable le hiciste dos reformas en... ¿cuánto? ¿diez años?

—En realidad, fueron tres en ocho años. —Se rio con la boquita pequeña.

—Pues eso.

—Ada... ¿Y si...? —Su silencio se prolongó tanto que hizo que levantara la cabeza de la apasionante tarea de organizar una colección de clásicos griegos y romanos por orden cronológico.

—¿Y si... qué?

—¿Y si es eso a lo que debería dedicarme? Profesionalmente, me refiero. No como un *hobby*.

—¿Hablas en serio? —le pregunté, pese a que su gesto me dejaba claro que no estaba divagando.

—Hace ya medio año de la separación, Ada. Y no he hecho nada más que llorar y pensar qué va a ser de mí en el futuro. ¡Seis meses! Me parece que fue ayer cuando llegaste y... Seis meses.

—¿Entonces?

—No he parado de pensar en qué se me da bien. Por eso se me ocurrió lo del blog de moda, pero... era una puta locura. No tengo contactos en ese mundillo y tiene toda la pinta de estar ya bastante saturado.

—Pero, Cloe, a ti se te ha dado siempre bien diseñar. Luis y tú...

—¡Que no lo nombres!

—Mierda, es cierto. El innombrable y tú os hicisteis de oro en el estudio. ¿Por qué no quieres volver a eso? ¿Es porque te recuerda a él, a vuestro...?

—¡Ja! Mira, Ada, ese mierda me hizo un daño que no estoy ni cerca de superar, ¿vale? Pero si a mí de verdad me apasionara diseñar chalets adosados en serie, créeme, lo haría.

—Pero... te gustaba, ¿no?

—No sé, supongo. Era todo muy fácil. Cuando yo acabé la carrera, Luis ya llevaba tres años trabajando como arquitecto. Sus padres nos ayudaron, montamos un estudio y nos dedicamos a hacer lo que Luis sabía, lo que me enseñó. Casitas muy monas, muy minimalistas, urbanizaciones para gente de dinero. La construcción estaba en pleno apogeo y ganábamos mucha pasta... Luego vino la crisis y supimos mantenernos bastante bien. Y ya. Ni un solo día en todos esos años me paré a pensar si realmente me gustaba lo que hacía. Ahora mismo, preferiría arrancarme un dedo a tener que volver a diseñar una casa de dos plantas, con espacios diáfanos, paredes blancas, cocina de acero y vestidor integrado. Pereza máxima.

—Bueno, vamos a evitar las amputaciones, entonces. ¿Cuál es tu plan?

—Quiero dedicarme a esto... —Hizo un gesto circular con su dedo, como abarcando nuestro piso—. Coger casas viejas y restaurarlas, pero conservando su alma. No tirar todo abajo y convertirlo en otro piso moderno en serie. Conservar molduras, recuperar papeles pintados, restaurar muebles...

—¿Por qué tengo la sensación de que llevas algo de tiempo pensando en esto?

—Se me había pasado por la cabeza, pero... hasta ahora no lo había visto claro.

—¿Y por dónde vas a empezar? —le pregunté, pero el gesto se me arrugó cuando comenzó a sonar por los altavoces del equipo de música *La vereda de la puerta de atrás*, de Extremoduro, que me recordaba tanto a Hugo que sentí un dolor casi físico en el pecho.

—De eso nos ocuparemos mañana. Hoy... hoy vamos a hacer algo mucho más divertido que hablar. Y a ver si así se te quita esa cara de uva pasa.

Cogió el mando del equipo de música y empezó a rebuscar una canción como si le fuera la vida en ello. Unos acordes que reconocería en cualquier lugar del mundo retumbaron en las paredes, y las comisuras de mis labios se elevaron tanto que acabaron convertidas en carcajada.

—Vamos, *Baby*, sácame a bailar.

Desde que éramos niñas, Cloe y yo siempre habíamos tenido una receta infalible contra la tristeza. Y esa receta era *Dirty Dancing*. La habíamos visto por primera vez en la tele cuando éramos muy pequeñas —por supuesto, saltándonos una prohibición paterna— y habíamos dedicado muchos años, probablemente demasiados, a perfeccionar el baile final. Nos lo sabíamos paso a paso, aunque siempre fracasábamos en el salto. Pero eso no hacía que dejáramos de intentarlo. Cuando estábamos en la universidad, Cloe llegó a fisurarse una muñeca intentando cogerme, pero eso tampoco nos hizo cejar en el empeño. Aquella tarde, cuando ya el sol se había ocultado y solo las luces de la librería iluminaban la escena, Cloe y yo acabamos en el suelo, quejándonos de nuestros traseros magullados y retorcidas de risa. Y fue ahí cuando me di cuenta de que, poco a poco, íbamos recuperando la felicidad, las ganas de disfrutar, de bailar, de saltar, de... vivir.

—Ojalá nunca crezcamos lo suficiente como para que esto deje de hacernos reír.

Le di la razón a Cloe con una sola mirada, esa que siempre le reconocía lo sabia que era. Ella propuso hacer la cena, y yo me tiré en el sofá del salón, recuperando el aliento tras el numerito de baile y con la cabeza perdida en las vueltas que da la vida.

Cloe estaba rota cuando yo llegué a intentar recomponerla, y ahora era ella la que me hacía reír para que olvidara que mi historia con Hugo no tenía ninguna posibilidad. Ninguna que pudiera acabar bien.

Eso era lo que me mataba, la inevitabilidad del asunto. Quizá era lo inevitable lo que siempre había marcado mi relación con él. Diez años atrás, Hugo no había podido evitar que yo me fuera porque no quería cortarme las alas. En aquel momento, la inevitabilidad era aún mayor. Que yo me acostara con Hugo sabiendo lo que tenía en casa me parecía imposible. Que se separara... impensable; me decepcionaría tanto que lo hiciera que ya ni querría volver a saber nada de él. Que olvidáramos aquella atracción irresistible que nos unía desde la primera vez que nos habíamos visto ni siquiera era una opción. Por mucho que yo hubiera querido controlar siempre todo lo que

sucedía a mi alrededor, aquel sentimiento que Hugo y yo compartíamos era tan arrollador que podía medir sus consecuencias, pero no el hecho de que existiera. Eso jamás lo había conseguido.

Todo era demasiado difícil, y yo había construido mi filosofía vital sobre el amor y el sexo en base a la idea de que, si algo se complicaba, lo mejor era huir lo más rápido que me permitieran las piernas.

Pero no lo hice.

Who can take my hand?

Hugo

Sabía que iba a explotar. Lo sabía desde que había despertado aquella mañana, con la espalda rota por haberme quedado dormido en la incómoda silla de plástico en la que me sentaba muchas tardes para estar lo más cerca posible de Paula. En la habitación había una cama individual, un sillón reclinable como los de hospital y un par de sillas más, pero aquella era la única que cabía entre el lado derecho de la cama y la pared, y me gustaba quedarme allí, simplemente cogiéndole la mano, porque el otro brazo lo tenía tan lleno de vías y catéteres que me resultaba imposible.

Despertarme por la mañana era un mal momento todos los días desde hacía demasiados años. Era una nueva toma de consciencia con la situación, como si las horas de sueño, siempre demasiado escasas, fueran un limbo en el cual a veces hasta tenía la suerte de soñar con una Paula despierta, feliz... viva. Pero con el alba llegaba la fría realidad, y demasiado a menudo también los problemas con su familia.

Yo nunca les había gustado. En realidad, nunca supe si era yo el problema o que mi aparición, para ellos, había marcado el final de la vida familiar tal como la conocían. Al principio, intentaba entenderlos. Su hija, su dulce y sumisa hija, que había acabado su carrera y ya tenía trabajo asegurado en un colegio de monjas, de repente, se había enamorado, se había marchado un año a Estados Unidos a trabajar de lo que surgiera y había vuelto casada. Y, al poquísimos tiempo, había enfermado de una forma horrible y cruel. De verdad que intenté entender que sus vidas quedaran tan devastadas que perdieran pie con la realidad durante un tiempo y centraran todos sus odios en mí. Hay pocas

cosas más humanas que la necesidad de buscar culpables de lo que no tiene una explicación lógica.

Pero todo tenía un límite. Y el mío había llegado demasiado tiempo atrás. Llevaba unos seis años viviendo con ellos y jamás había existido una muestra de afecto por su parte. Solo Cristina, su hermana melliza, se quedaba charlando algunas noches conmigo después de que todos se hubieran dormido. No podía decir que fuéramos amigos, porque ella jamás contradecía a sus padres ni quería disgustarlos, y eso la situaba en el frente opuesto al mío en la guerra fría que tenía lugar entre las paredes de aquella casa. Pero al menos sentía que ella no me odiaba. Es más, diría que incluso se compadecía de mí.

Con sus padres, todo era diferente. No creo que Adolfo me hubiera dirigido más de veinte o treinta palabras en todos aquellos años. Comíamos y cenábamos cada día a la misma mesa, compartíamos casa, familia, drama... pero no hablábamos jamás. El perenne ceño fruncido que me dirigía era la única forma de comunicación entre nosotros.

Carmina era todo lo contrario, por desgracia. Muchísimo peor. Ella hablaba sin parar, lloraba sin parar, siempre lamentándose por el desastre en el que se habían convertido sus vidas, siempre rezando. Y siempre contra mí. En aquella época horrible que siguió al diagnóstico de Paula, su madre se había convencido de que los primeros síntomas de la enfermedad debían de haber llegado durante nuestro periplo por Estados Unidos y que yo, básicamente, era el culpable de que no hubiera existido un diagnóstico precoz. Incluso en el caso de que hubiera sido verdad, que no lo era, eso tampoco habría cambiado lo que estábamos viviendo en aquel momento, pero hacer razonar a Carmina era algo que todos habíamos dejado de intentar muchos años atrás.

Era muy paradójico que yo, que a los veinte años vivía en mi propio piso y disfrutaba de una independencia que ninguno de mis amigos podía ni soñar, estuviera a los treinta y tres atrapado en una casa que no era un hogar, en la que sentía que todos me odiaban, que sobraba. Bueno..., que sobraba era un hecho. Pero todos estábamos allí encadenados a las promesas que habíamos hecho y no podíamos ni queríamos escapar de ellas.

Carmina y Adolfo le habían prometido a Paula que me permitirían vivir en la casa familiar hasta que ella muriera. Yo había seguido viviendo en mi piso de Argüelles después del regreso de Estados Unidos, pero en cuanto Paula perdió su independencia física, me había mudado al piso de sus padres en la calle Hermosilla. Su padre acababa de jubilarse, así que convirtieron su

antiguo despacho en una habitación medicalizada para Paula y a mí me instalaron en el que había sido su cuarto de toda la vida. Allí llevaba ya seis años, durmiendo en una cama nido de noventa centímetros por cuyo fondo se me salían los pies, y con una sensación de interinidad que no se correspondía demasiado con la realidad. De hecho, ninguno queríamos que llegara el momento en que yo me marchara, porque todos sabíamos lo que significaría.

Yo, por mi parte, le había prometido a Paula que me quedaría allí, aunque ella nunca me lo pidió. Ella sabía que no me resultaría fácil; que si sus padres no habían hecho nada por facilitar que estuviera cómodo en aquel piso mientras ella estaba consciente, las cosas no iban a mejorar cuando ella ya no pudiera intervenir. Pero creo que Paula sabía mejor que yo cuánto necesitaría verla a diario, por más que me animara a rehacer mi vida. Yo, por descontado, estaría allí hasta el final.

Nada era fácil en mi vida desde que Paula había enfermado, pero vivir en aquellas condiciones no ayudaba a que fuera más fácil de sobrellevar. Un par de terapeutas que me habían tratado coincidían en que la causa principal de mi ansiedad era mi presencia en aquella casa, en aquel ambiente, incluso más que la propia enfermedad de Paula. Y yo no les quitaba la razón. Había días en que me metía en la cama y sentía que me faltaba el aire, que me ahogaba. Tenía mi propia balda en el frigorífico y una alacena en la cocina, en la que solo estaban las cosas que yo compraba, y tenía la sensación de que, si una semana se me olvidara aprovisionarlas, ellos ni siquiera me darían un pedazo de pan duro. Compartía cuarto de baño con Cristina y, aunque ella intentaba convivir de forma cordial, a veces me sentía tan incómodo con eso que prefería madrugar, llegar de primero a Translitere y utilizar el aseo de la oficina. No podía soportar nada de todo aquello.

La mañana en que exploté no fue demasiado diferente a las demás, pero hay días en que el alma está poco preparada para gilipolleces. Después de despertarme con el cuerpo hecho un siete en aquella silla, no estaba dispuesto a aguantar el drama de Carmina antes de que hubiera amanecido siquiera, así que hice lo posible por no dejarme ver demasiado por la cocina o el salón. Me duché a toda velocidad, con *Mercy*, de Duffy, sonando en un tono lánguido, porque hasta la música acompañaba a mi estado de ánimo en aquella mañana sombría, me vestí en mi cuarto y estaba ya saliendo de camino a la oficina cuando oí la voz de Adolfo.

—Hugo. —Notaba en su tono de voz que hasta mi nombre le provocaba una

especie de repulsión, pese a que no lo habría pronunciado más de tres o cuatro veces en los últimos años—. Esto... ¿Tienes planes para la próxima semana?

—¿Planes? —le pregunté, extrañado, porque *planes* era una cosa que yo llevaba años sin tener—. No, claro. ¿Qué ocurre?

—Van a venir mis cuñados, los tíos de Paula, y necesitamos su habitación. —*Su* habitación; así llamaban a la que en realidad era *mi* habitación—. Tendrás que irte a tu casa unos días.

—Vamos, que me estáis echando —se me escapó, pese a que sabía que lo mejor era evitar los enfrentamientos.

—Solo mientras ellos estén en Madrid.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta el domingo de la próxima semana.

—¿Diez días? —Respiré hondo, porque empezaba a notar un peso conocido en el pecho—. ¿Podré al menos venir a verla?

—La verdad... preferiríamos que estos días fueran para la familia.

—Comprendo.

Fue una frase hecha. No lo comprendía, claro que no. Y ojalá nunca llegara el día en que lo hiciera. Ojalá nunca llegara el día en que entendiera cómo una desgracia compartida podía separar a las personas en lugar de unir las.

Me subí al coche algo mareado. Había metido cuatro cosas en una mochila, porque lo básico para sobrevivir lo mantenía en el piso de Argüelles, en el que me había tenido que refugiar en varias ocasiones por visitas de la familia de Paula que vivía fuera de Madrid o por cualquier otra circunstancia que sus padres consideraran justificable para echarme unos días.

Conduje por la Castellana intentando controlar la respiración. En una de las terapias a las que había ido unos años atrás había aprendido a manejar la ansiedad a través de la respiración diafragmática, pero ese día fui incapaz de conseguir la técnica necesaria para llenar mis pulmones. Sabía que la ansiedad estaba ganándome la batalla, que me empezaban a atenazar miedos irracionales. ¿Y si moría Paula en esos días que estaría yo ausente? ¿Y si ya nunca me dejaban regresar al piso y no volvía a verla?

Entré a trompicones en la oficina y, aunque Berta me dirigió una mirada suspicaz, logré rescatar una sonrisa para tranquilizarla. Bueno, en realidad lo hice porque, en aquel momento, no quería que viniera a preguntarme qué me pasaba ni a intentar calmarme, por más que en ocasiones similares lo hubiera conseguido. Estaba tan bloqueado que lo único en lo que podía pensar era en

encerrarme en mi despacho, tomarme tres o cuatro lexatines e intentar que el ritmo de mis pulsaciones se redujera antes de que me diera un infarto.

Logré llegar hasta allí a trompicones, sacándome la americana y tirándola al suelo de cualquier manera y, sobre todo, aflojándome la corbata, que a esas alturas ya sentía como una soga alrededor de mi cuello. Me senté en el suelo porque no fui capaz de llegar a la silla. El maletín cayó y parte de su contenido se desperdigó sobre la moqueta. Divisé a lo lejos la caja de ansiolíticos que siempre me acompañaba y supe que ya no me quedaban fuerzas para alcanzarla.

Me ahogaba.

Sentía que me iba a morir, y los ensordecedores latidos de mi corazón silenciaban la parte racional de mi cerebro que me decía que solo era un miedo fruto de la propia ansiedad.

Empezaba a hiperventilar cuando supe que solo había una cosa que podría ayudarme. Solo una persona a la que podía recurrir. El móvil se había caído, providencial, a mis pies. No sé ni cómo fui capaz de entrar en la sección de contactos y buscar su número, pero el caso es que lo conseguí. Y, cuando oí su voz, solo pude decir su nombre en tono de súplica.

—Ada...

Telling my whole life with his words

Había oído entrar a Hugo en la oficina apenas un minuto antes, cuando mi móvil sonó de repente. Solo eran las nueve de la mañana, así que me sobresalté un poco al escuchar *Killing Me Softly*, la melodía que la imbécil de Cloe le había asignado a Hugo. Y, al oír el desgarró en su voz al decir mi nombre, sentí que el corazón se me escapaba del pecho.

Corrí a su despacho sin importarme lo más mínimo que Lorena y Elena me miraran sin entender qué ocurría, ni atravesar a la carrera sobre los tacones altísimos que había decidido ponerme aquel día los apenas cinco metros que separaban nuestros despachos. Un instinto casi primario me decía que a Hugo le ocurría algo, algo malo, algo peor de lo habitual.

La imagen que me encontré al entrar en su oficina hizo que echara el cerrojo a la puerta de forma automática, sin plantearme siquiera el porqué. Hugo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una de las sillas que había delante de su mesa para atender a las visitas, el maletín a sus pies con todo su contenido esparcido sobre la moqueta y su corbata colgando del cuello como si se la hubiera aflojado a tirones. Su respiración era tan agitada que me asusté.

—¡Hugo! —Corrí junto a él y me agaché a su lado. Sus ojos vidriosos parecieron luchar durante un segundo por reconocerme, y tuve miedo de lo que pudiera haber ocurrido para que él llegara a ese estado—. ¿Qué te pasa, Hugo? Háblame.

—Necesito... Por favor.

Su dedo señaló vagamente el contenido desperdigado de su maletín de cuero y me planteé qué era lo que quería. Apenas era capaz de hablar, así que tuve que usar mis dotes de deducción. Atisé un paquete de Marlboro Light y una caja de pastillas, y deduje que se refería a ellas, porque fumar no parecía lo más recomendable, dado que parecía incapaz de respirar. Encontré un

botellín de agua sobre su mesa y se lo pasé, junto a dos ansiolíticos. Él los tragó con dificultad y se quedó en silencio un buen rato; su respiración pareció acompañarse un poco, aunque aún seguía muy agitada.

—Perdona. Dios... siento... siento mucho el espectáculo.

—¿Estás respirando bien? Mírame. Mírame y respira conmigo, ¿vale? —le pedí, ignorando sus disculpas e intentando aparentar mucha más seguridad de la que sentía.

Pasamos un rato así, solo mirándonos a los ojos, mientras respirábamos al mismo tiempo. Me di cuenta de que todavía llevaba la camisa abrochada hasta arriba y empecé a desabotonársela poco a poco. Noté su respingo cuando las yemas de mis dedos rozaron la piel de su pecho, y a mí se me puso la carne de gallina. Poco a poco, las cosas parecieron volver a la normalidad.

—Voy a... Necesito un pitillo.

No me parecía la mejor idea del mundo, pero no dije nada. Me senté junto a él en el alféizar de la ventana y no me pude resistir a coger otro para mí. Fumamos en silencio, sin apenas mirarnos, pero con nuestros muslos rozándose sin que hiciéramos nada por evitarlo.

—Perdona, Ada, yo...

—No me pidas perdón. Necesitabas ayuda, la has pedido y he hecho lo que he podido. No hay nada por lo que disculparse.

—Pues gracias, entonces.

Le respondí con una sonrisa y, aunque no le pregunté qué le había ocurrido, él debió de leer los interrogantes en mis ojos y empezó a hablar.

—He tenido un... enfrentamiento con los padres de Paula.

—¿Qué ha pasado?

—Nosotros no... no nos llevamos bien. No nos llevamos nada, en realidad.

—Pero vives con ellos, ¿no?

—Sí... Compartimos vivienda, por decirlo de la forma que más se ajusta a la realidad. Paula, sus padres, su hermana Cristina y yo. Cada uno a su bola, girando alrededor de Paula, teniendo ideas y formas de sobrellevarlo completamente diferentes. En realidad, lo único que comparte alguien en esa puta casa de locos es el odio por mí.

—¿Y qué ha pasado hoy?

—Que me tengo que marchar diez días porque viene familia de fuera a visitarlos.

—Vaya. Lo siento.

—Ya...

Nos quedamos en silencio, no sé si porque no había mucho que decir o porque los dos nos sentíamos un poco incómodos con el momento tan intenso que habíamos vivido, después de casi dos meses sin apenas dirigirnos la palabra.

—Hay muchas cosas que no te he contado. —Hugo rompió el silencio y yo me estremecí al pensar a qué podía referirse. No quería más secretos, ya no.

—¿Qué pasa, Hugo?

—Ven.

Nos volvimos a sentar en el alféizar de la ventana y yo temí que ya fuera oficial que había vuelto a fumar. Hugo sonrió cuando se lo dije, y ese gesto me calentó tanto el alma que no me cupo duda de que seguía tan enamorada de él como antes de saber que estaba casado y de las semanas que habíamos pasado sin tener demasiado contacto.

—Han pasado muchas cosas entre los padres de Paula y yo. Bueno, en realidad, entre nosotros y ellos.

—¿Paula y tú?

—Sí. Ella se enfrentó mucho a sus padres para conseguir lo que quería, pero al final... ganaron ellos.

—¿Por estar contigo?

—Por estar conmigo también. Ellos..., de una manera enfermiza e incomprensible, me culpan de su enfermedad. Aunque sepan que no es real, les he venido muy bien para tener a alguien contra quien dirigir la ira. Pero no me refería a eso.

—¿Entonces?

—Paula... ella quería... No quería acabar así, como está ahora.

—¿Qué quieres...? —me interrumpí en el momento exacto en el que intuía a qué se refería—. ¿Eutanasia?

—Sí. —Hugo me miró y guardó silencio durante unos segundos—. Cuando enfermó y fue consciente de cuál sería su evolución, quiso redactar un testamento vital para que, en cuanto necesitara ayuda externa para vivir, se le permitiera morir dignamente. Nos informamos con una asociación y todo, lo teníamos bastante bien atado, pero... ella quiso hablarlo con su familia, que no se quedaran al margen de su decisión.

—Y no la apoyaron, claro.

—No. Fue horrible. Sabíamos que se iban a oponer. Su familia es muy

religiosa, muy tradicional. Pero fue peor de lo que imaginábamos. Su madre llegó a decir que, si estaba permitido suicidarse, ella lo haría el mismo día en que Paula acabara con su vida. Y su padre nos dijo que nos largáramos, que si esa era la decisión él ya no quería volver a ver a su hija.

—Dios mío, qué horror todo.

—Sí. Fue... fue empeorar una situación que ya era de por sí horrible. Yo entiendo que ver morir a su hija sea terrible para ellos, pero es que... se va a morir igual. Ya está muerta. —Se le rompió la voz de una forma tan desgarradora que temí que las lágrimas asomaran a mis ojos, algo que no me quería permitir—. No sé cómo pueden soportar verla inerte, sin vida. Y, sobre todo, saber que están yendo contra su voluntad, por más que nunca llegara a firmar el testamento vital.

—¿No lo hizo?

—Lo pensó mucho, pero, al final... Se echó atrás por su hermana. Sabía que, si ella tomaba esa decisión, la familia se rompería, y no quiso que Cristina tuviera que enfrentarse a una familia destrozada. Son mellizas. Paula adoraba... adora a su hermana.

—¿Y ellos... de qué te culpan? ¿Creen que lo de la eutanasia fue idea tuya?

—Bueno... me culpan de muchas cosas. De eso también, por más que jamás lo fue. Yo le grité a Paula la primera vez que me lo propuso. Lloré, y la odié, y estuve dos días sin dirigirle la palabra. Por eso soy capaz de entender lo que sienten, o lo que sintieron en un primer momento. La idea de que la persona a la que más quieres en el mundo prefiera morir a vivir es tan desoladora que no acabas de entenderla. Pero luego te das cuenta de la jodida realidad, que ella ya se iba a morir igual, y de esa manera al menos habría tenido la posibilidad de decidir cuándo y cómo. Sé que... Dios, ella odiaría verse como está ahora mismo. No le encontraría sentido a que sean unas máquinas las que viven por ella.

—Bueno, al final fue ella la que tomó la decisión que quería. Aunque no sea justo que tuviera que hacer prevalecer los deseos de sus padres sobre los suyos.

—¿Sabes lo que me dijeron una vez?

—¿Sus padres?

—Sí. Fue un día... hará un año o así. Yo estaba fatal. Como hoy. Tengo episodios fuertes de ansiedad de vez en cuando. He ido a terapia y he estado muy medicado, pero ahora, bueno, lo controlo bastante bien y solo me tomo

alguna pastilla en días como hoy, cuando todo me supera. En fin... que un día estaba con una ansiedad horrible y, en vez de ahogarme y querer morirme, estallé contra ellos. Su madre llora todo el día y, aunque te pueda parecer muy insensible..., te juro que hay veces que daría cualquier cosa por dejar de oír ese sonido. Así que no pude callarme y le dije que, si estábamos en esa situación, era porque ellos le habían negado a Paula su último deseo.

—¿Y qué te dijeron?

—Que yo quería verla muerta para poder follarme a otras por ahí, suponiendo que no lo estuviera haciendo ya.

Guardé silencio y no pude evitar que la mirada se me perdiera en el suelo. Se me pasó por la cabeza la fiesta de la marca de ginebra a la que habíamos ido Hugo y yo aquel verano. Mis contoneos, sus susurros y aquella declaración de intenciones de hacer «una tontería bien grande». Aunque la última hora había conseguido que desarrollara un odio casi patológico hacia los padres de Paula, incluso a distancia habían conseguido que sus palabras calaran en mí. Yo era una de esas otras a las que él podría follarse si...

—Ni se te ocurra. —Hugo me cogió por el mentón y me obligó a mirarlo a los ojos—. Que no se te vaya a pasar por la cabeza eso que estás pensando, Ada.

Asentí y me dejó maravillada su capacidad para conocerme tan profundamente; siempre la había tenido.

—Sus padres pueden odiarme por mil cosas. Por haberme llevado a su hija a Estados Unidos, por haberles robado ese último año en que estuvo sana, por haberla apoyado con su decisión de la eutanasia... Lo que quieran. Pero no van a hacer que a mí se me olvide todo lo que hablé con Paula.

—¿Qué quieres decir? —La voz me salió en un susurro, porque de repente me daba pánico lo que fuera a decirme.

—Quiero decir que en estas semanas alejado de ti he tenido mucho tiempo para pensar, Ada. He pasado más tiempo que nunca al lado de mi mujer y he recordado muchísimas cosas en las que no me permitía pensar desde hace años.

—¿Como qué?

—Como que ella quería que yo me enamorara, que conociera a alguien, que rehiciera mi vida con la chica que fuera capaz de hacer que volviera a sonreír. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y yo tuve que apartar la mirada por puro pudor—. Una vez me dijo que lo que más miedo le daba de su enfermedad era

que yo me quedara solo. Más que el dolor, más que la muerte. Que fuera un viudo en vida, un muerto en vida. No voy a decir que hago esto por ella porque sería un capullo mentiroso. Lo hago porque me he enamorado de ti, pero sé que ella nos daría su bendición.

—Hugo, no...

—¿Y qué pasa si eres tú, Ada? ¿Qué pasa si estaba escrito en el destino que esto tenía que pasar?

—¿Ahora crees en el destino?

—No. O... no lo sé. Solo sé que el mismo dios que quiso que una chica perfectamente sana de veinticinco años se quedara como un vegetal hizo que tú aparecieras en mi despacho justo en un momento en el que no podía más. Llámalo Dios, destino o puta casualidad, Ada, pero el hecho es que tú y yo no podemos ignorar lo que sentimos. ¿O tú te has olvidado de mí en estos dos meses?

Dije que no con la cabeza porque, aunque hubiera querido hablar, mi voz se habría negado a colaborar.

—Paula querría esto, Ada. Me arrancaría las pelotas si me acercara a ti cuando estaba bien, pero, desde que enfermó, siempre quiso que yo me acostara con otras, que saliera con muchas y que me enamorara de la definitiva.

—Hugo, te estás autoconvenciendo.

—No, Ada. Yo conocía a mi mujer. La conozco.

—¿Entonces? ¿Qué se supone que va a pasar con nosotros? —me atreví a preguntar.

—No tengo ni idea. —Hugo exhaló un suspiro derrotado. Llevaba todo el día así, alternando estados nerviosos y tranquilos, enérgicos y depresivos—. Solo sé que algún día pasará y que no podremos hacer nada por evitarlo.

Anocheció en Madrid. Hugo y yo llevábamos horas sin salir de su despacho, y prefería ni pensar en qué imagen mental se habrían montado nuestros compañeros de trabajo, Elena, Lorena, Berta... Yo le había enviado a Cloe un mensaje a media tarde diciéndole que la jornada se me había complicado mucho y que no sabía a qué hora llegaría. No esperé su respuesta antes de apagar el móvil.

Estábamos sentados en el suelo, justo bajo la ventana, después de agotar una reserva de cigarrillos que por la mañana parecía interminable. El ambiente estaba algo cargado por el humo y mucho por todo lo que habíamos hablado.

Yo no era capaz de asimilar ese permiso de Paula, ese aliento incluso, para que Hugo y yo diéramos un paso adelante. Uno sin retorno, que para él podría ser la manera definitiva de sentirse apoyado en el largo camino que aún le quedaba por recorrer... o una infidelidad a su mujer que jamás se perdonaría. Y no es que no lo asimilara porque me pareciera un presupuesto absurdo. Probablemente yo, si supiera que iba a morir, me encargaría de asegurarme de que el amor de mi vida fuera feliz con otra persona en el futuro, que se enamorara, que viviera lo que yo ya no podría. En eso me sentía muy cercana a Paula.

Pero había un halo de culpabilidad en todo lo que pensaba, en todo lo que sentía. Me daba la sensación de que estábamos utilizando a Paula para justificar lo nuestro, que a tantas personas, quizá a nosotros mismos incluso, les parecería ilícito. No sabía de dónde salía esa idea, pero algo dentro de mí me decía que no éramos más que un cabrón infiel y la amante dispuesta, haciendo algo tan inmoral como intentar justificarse en los supuestos deseos de la esposa engañada.

Y, joder, si pensaba eso, el diagnóstico era que, definitivamente, me estaba volviendo loca, porque yo jamás había sido así. Hablaban la pena y el miedo. La pena inevitable que me daba una mujer que tuvo a sus pies al hombre más maravilloso que yo había conocido en toda mi vida y lo había perdido al perderse a sí misma en una cruel carambola del destino. Y el miedo a lo desconocido, a adentrarme en una situación cuyas reglas tendríamos que poner nosotros porque no venían en ningún manual de relaciones estándar.

—Deberíamos irnos a casa —dije, cuando llevábamos tanto tiempo en silencio que hasta el sueño me estaba venciendo, pese a que sabía que esa noche el insomnio sería un fiel compañero de batalla.

—¿A casa? —Se le escapó una carcajada sonora, pero con un deje amargo que odié en cuanto me di cuenta de que había metido la pata—. Yo hoy ni siquiera tengo casa.

—No digas eso. Tienes el piso de Argüelles, ¿no?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Tengo el piso de Argüelles, pero ya no es mi casa. Ninguna lo es, en realidad. Solo son sitios donde hay camas en las que puedo dormir, cocinas en las que puedo comer y cuartos de baño en los que puedo ducharme. Una casa es otra cosa.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté, ofreciéndome no sé ni a qué, porque

ya no se me ocurrían más formas de ayudarlo, probablemente porque no existían.

—Vete a casa. Ya te he robado bastante tiempo. Yo me quedaré aquí un rato.

—Ni de coña. Yo no pienso dejarte hasta asegurarme de que estás bien.

—No voy a estar bien, Ada —me susurró, con el gesto torcido y los ojos acuosos.

—Pues... tranquilo, al menos.

—Eso... mucho menos. —Enterró la cabeza entre las manos y yo me limité a darle caricias en la espalda durante el tiempo que guardó silencio—. ¿Y si se muere, Ada? ¿Qué pasa si se muere mientras yo no estoy allí?

Y, entonces, lo entendí todo. El ataque de ansiedad de la mañana, la angustia que empapaba todas sus palabras, las lágrimas demasiado tiempo retenidas que empezaron a escapar de sus ojos, la desesperación. Hugo estaba aterrizado a no estar junto a su mujer cuando llegara el momento final. Por eso prefería vivir en una casa en la que lo odiaban y en la que nunca había estado cómodo que marcharse a la tranquilidad de su piso de soltero. Porque quería cogerle la mano a Paula cada noche, sentirla aunque ella ya no pudiera sentirlo a él. Acompañarla en aquel trance. Y yo no sabría nada de la vida si no hubiera reconocido en esos gestos las mayores pruebas de amor de las que jamás había tenido noticia.

Ni siquiera sentí celos. Hay demasiados tipos de amor como para que pretendamos llevárnoslo todo de una persona. Yo sabía que Hugo me quería a mí y que siempre querría a Paula. De maneras diferentes, en momentos diferentes, como personas diferentes. Y ver de primera mano la manera en que la quería a ella solo hizo que yo lo quisiera más de lo que ya lo hacía.

Cuando se derrumbó y lo tuve llorando entre mis brazos, mi mente se quedó en blanco, pero pronto se llenó con un solo pensamiento: a pesar de todo, aunque hubiéramos querido luchar contra ello, Hugo y yo empezábamos a fundirnos como una sola alma.

Que tu m'aimais encore

Después del ataque de ansiedad de Hugo, se acabó aquel armisticio emocional que no había durado demasiado. O eso me parece ahora, porque, en aquel momento, dos meses sin sentir cerca a Hugo se me hicieron insoportables. Ojalá fuera más sencillo darle órdenes al corazón, decirle que no es lo correcto, que no puede salir bien... y que reaccione en consecuencia. Pero no fui capaz, mucho menos después de verlo derrumbarse. Y, poco a poco, Hugo y yo empezamos a recortar la distancia. Volvimos a hablar, a sonreírnos cuando nos cruzábamos en el pasillo, él empezó a pasar más tiempo en la oficina, yo me atreví a proponerle una comida rápida un día en que ya empezaba a hacer frío en Madrid... Luego, llegaron los mensajes. Primero, para comentar cosas de trabajo los días en que no nos veíamos en el despacho; poco después... para hablar sobre cualquier cosa. La conversación del Retiro nos separó durante dos meses, pero sirvió para unirnos más que nunca después, porque ya no había secretos entre nosotros y Hugo podía permitirse confiar en mí cuando las fuerzas le fallaban.

Nos estábamos condenando y lo sabíamos.

* * *

—Así que... por eso trabajas tanto desde casa, ¿no? Para estar con... Paula.

Aquel era ya el tercer o el cuarto día que comíamos juntos. Cuando había empezado a quedar con Hugo para comer, en lo que me parecía ya una vida anterior, antes de descubrir las circunstancias que rodeaban su matrimonio, nos gustaba probar diferentes restaurantes del barrio. Yo acababa de regresar a Madrid y no había estado ni siquiera en los lugares más conocidos, y Hugo, en realidad, tampoco. Incluso en algo tan frívolo como una comida en un

restaurante eran evidentes los rastros de su situación. Hugo llevaba años sin salir a cenar fuera, sin ir a un concierto, sin viajar, sin hacer nada más que trabajar y cuidar de su mujer. En esa segunda etapa de nuestra extraña relación, sin embargo, no sé por qué, nos escapábamos siempre al mismo local, un asiático con bufé giratorio en el que servían un arroz con pollo frito y especias que nos volvía locos.

—Te cuesta decir su nombre —afirmó, porque él ya sabía que era cierto.

—No sé, Hugo. Se me hace... raro, supongo.

—Comprendo.

—Me acostumbraré —le dije, muy convencida, aunque no lo estaba tanto.

—Sí, es... es eso. Hay días en que la noto rara por la mañana y, entonces, prefiero quedarme a trabajar desde casa. Pensarás que estoy loco, porque aparentemente ella está siempre igual, pero supongo que yo percibo pequeños detalles. Me siento a su lado e imagino que solo está dormida. Otras veces, en cambio, necesito salir del piso y me voy a la oficina. Pero me siento tan mal por esa necesidad de largarme que llego de mal humor y me convierto en...

—El dios maligno —bromeé, para sacar un poco de peso al tema.

—Algo así.

—No puedo ni imaginarme lo duro que debe de ser todo.

—No, no. Por favor, Ada, no me compadezcas. Eres la única persona con la que siento que puedo hablar de todo esto. No quiero darte pena, no quiero... No sé.

—Lo entiendo —le dije, y me atreví a alargar la mano para posarla sobre la suya. Era el primer contacto físico entre nosotros después del día de su ataque de ansiedad, y los dos nos dimos cuenta. Lo noté en su mirada, que se quedó fija en mis dedos, y en la forma en que el corazón me latió en cuanto fui consciente de ella.

—No tienes por qué entender nada, Ada. Ni siquiera tienes por qué estar aquí. Me siento fatal por cómo todo esto te pueda afectar...

—Hugo, tienes que dejar de hacer eso. —Lo interrumpí, con la voz seria y el semblante a juego—. Tienes que dejar de sentirte culpable por todo. Estoy aquí porque quiero. Porque...

—¿Por qué? ¿Por qué estás aquí, Ada?

—Porque hay algo entre nosotros a lo que no nos atrevemos a ponerle nombre, pero que hace que quiera estar contigo, hacer lo posible por que tu vida sea un poco mejor.

—¿Y la tuya?

—¿Aún tienes alguna duda de que mi vida es mejor a tu lado? —Me costó tanto atreverme a decírselo que me ruboricé.

—¿Aun con todas las limitaciones por culpa de mi situación?

—Como tu compañera de trabajo, como tu amiga, como tu exnovia... No sé en calidad de qué, pero estaré aquí mientras me necesites.

Primero fue la amistad, cimentada en un par de conversaciones como esa. Luego, la atracción. Irresistible, como siempre había sido. En realidad, la atracción no se había ido a ninguna parte durante aquellos dos meses de limbo, pero no nos atrevíamos ni a pensar en ella. Y ahora sé que el amor fue el tercer paso; el amor de verdad, mucho más profundo que el enamoramiento que creía haber sentido hasta entonces. Un amor arrasador, abrasador. Un sentimiento que me acercaba a él cuando hasta yo sabía que lo mejor sería salir corriendo. Pero que me mataran si sabía cómo evitarlo.

En aquel momento, aún no me atrevía a hablar de amor. Estaba demasiado ocupada permitiendo que se me colara dentro como para ser consciente de ello. Pero sí sé el momento exacto en que me di cuenta de cuánto lo quería ya.

Fue un mediodía. Hugo llevaba toda la mañana encerrado en su despacho y yo miraba el reloj de mi portátil esperando que asomara la cabeza por la puerta del mío para ir a comer juntos. Hasta Lorena y Elena habían dejado ya de preguntar qué extraña relación nos unía, aunque estaba segura de que éramos su tema favorito de conversación cuando nos íbamos. Mi móvil sonó cuando eran casi las dos, y me sorprendió ver que había recibido un mensaje suyo.

«Ven a mi despacho. Con discreción».

Se me aceleraron las pulsaciones, a pesar de que sabía que no había nada de sexual en su propuesta, por más que esas seis palabras me habrían sonado exactamente a eso en otro contexto.

Correteé por el pasillo intentando sin éxito disimular mi impaciencia. Entré en su oficina sin llamar y me lo encontré sentado sobre una esquina de la mesa, vestido con un pantalón vaquero de color grisáceo, una camiseta blanca de cuello de pico y un cárdigan grueso de lana azul marino. Y con una sonrisa de oreja a oreja que era tan difícil de ver como una aurora boreal y ni un ápice menos impresionante.

—¿Qué pasa?

—Tenía todas mis esperanzas puestas en que hubieras venido a trabajar en

vaqueros y botas planas. —Me echó un vistazo de arriba abajo, mientras yo me preguntaba a dónde conducía aquella conversación—. Y he tenido suerte.

—Vas a tener que explicarme de qué va esto.

—Mira lo que tengo. —De una mochila bastante grande que había al pie de su mesa, sacó dos cascos de moto—. ¿Te... te apetece ir a dar una vuelta?

—¡Hala! —chillé emocionada—. ¿Aún conservas la CBR?

—La conservo y la he puesto a punto. ¿Sigues sin tener miedo a ir de paquete conmigo?

—Pues claro. ¿Dónde vamos? —le pregunté, cogiendo ya el casco que me ofrecía.

—Tómame la tarde libre.

—¿Qué?

—¡Qué cojones! Soy tu jefe. Te ordeno que no trabajes esta tarde.

Hicimos un poquito de paseo de la vergüenza en el trayecto entre su despacho y la puerta. A nadie con quien nos cruzáramos se le podía escapar el hecho de que cada uno de nosotros llevaba un casco en la mano, una sonrisa en la cara y una tarde libre por delante.

De camino al garaje en el que Hugo guardaba habitualmente el coche, me explicó que no había vuelto a coger la moto desde que Paula había enfermado. Que había quedado apartada de su vida como todas las demás cosas que un día lo habían hecho disfrutar. Hasta que, unas semanas antes, en una especie de arrebató, la había llevado a revisar y había vuelto a dar un par de paseos con ella.

—¿Y lo disfrutaste tanto como cuando tenías veinte años?

—Más. ¿Recuerdas lo que te dije cuando fuimos al túnel de viento? ¿Que había conseguido poner la mente en blanco?

—Sí.

—Pues así... todo el tiempo.

—¿Y a dónde nos vamos a poner la mente en blanco?

—Es... quería darte una sorpresa, ¿sabes? Pero... tengo miedo a meter la pata.

—No creo que vayas a hacerlo, pero ahora me has despertado demasiado la curiosidad como para que se te pase por la cabeza echarlo atrás.

Asintió con una sonrisa y me ayudó a pertrecharme para el viaje. Bromeé con él sobre lo seguro que debía de estar de que iba a aceptar para haberse traído una cazadora de moto extra, que me quedaba un poco grande, lo cual me

vino muy bien para acomodar el jersey grueso que llevaba puesto. No habían pasado ni veinte minutos desde que me había llamado a su despacho cuando enfilábamos ya la Castellana hacia un destino todavía desconocido para mí.

Me dio igual la incomodidad del asiento trasero de una moto deportiva. Me dio igual que a Hugo, como solía ocurrirle cuando teníamos veinte años, se le fuera un poquito la mano con el acelerador. Me dio igual no tener ni idea de a dónde nos dirigíamos; solo sabía que íbamos hacia el sur, por las pocas señales en las que me había fijado mientras salíamos de Madrid. Solo me importó la consciencia de aquello mismo que me había dicho Hugo en su despacho: que mi mente estaba en blanco. Sin la angustia, la pena o la incertidumbre que muchas veces me generaba la situación entre Hugo y yo. Aquella tarde, en aquella moto, solo estábamos él y yo. Nuestros cuerpos pegados, sus caderas entre mis muslos, mis manos rodeándole la cintura, los ojos cerrados para no sentir nada más que eso. Que a él y a mí.

Cuando dejamos atrás Toledo y, un buen rato después, entramos en la provincia de Ciudad Real, empecé a plantearme si en algún momento íbamos a parar. Hugo debió de leerme el pensamiento, porque, muy poco después, se apartó de la carretera al divisar una estación de servicio. Me bajé de la moto para estirar las piernas y él repostó, compró dos botellines de agua y se apartó un poco de la gasolinera para fumarse un pitillo. Yo lo seguí, con una ceja arqueada porque la intriga me estaba devorando y no pensaba permitirle que nuestro destino siguiera siendo secreto.

—Me lo vas a contar... ¡ya! —bromeé, mientras le robaba el cigarrillo y le daba una calada. Se lo devolví rápido para no caer en la tentación de quedármelo.

—¿En serio? ¿No quieres que sea sorpresa?

—Sorpresa ya es. Y me da un poco de miedo que pretendas llevarme a Cádiz o algo así, de ida y vuelta en el día.

—No, a Cádiz no —me respondió entre carcajadas—. Más bien a... a Peñalía.

—¿Cómo? —Me sorprendió tanto su confesión que estoy segura de que le hice la pregunta con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Es algo que siempre quise hacer cuando estuvimos... Bueno, hace diez años. Quería conocer el lugar del que venías, del que siempre echabas pestes y que lo vieras... no sé. Conmigo. Con otros ojos. Sin padres, presión ni reproches. Solo tú y las calles donde te criaste.

Lo dijo así, con esa naturalidad de Hugo que siempre parecía quitar importancia a sus acciones. Aunque fuera a algo tan bonito como regalarme una experiencia que nunca me había planteado; que hubiera pensado en ello con veintitrés años y que hubiera vuelto a su mente una década después. Con todo lo que él tenía encima, había sacado tiempo para regalarme una tarde que sabía que no olvidaría.

No tardamos demasiado en llegar ni hablamos mucho por el camino. Hugo tenía instalado en los cascos un sistema para comunicarnos, pero yo siempre olvidaba usarlo y le hablaba a gritos para que se me oyera por encima del sonido del motor. Pero no hubo palabras en los veinte o treinta minutos que pasamos recorriendo las calles del pueblo.

La bajada entre montañas áridas hasta llegar al valle en el que se asentaban las pocas casas que componían Peñaliría. La entrada al pueblo por la carretera comarcal, con la gasolinera tan vieja que parecía sacada de una fotografía antigua. Las torres de la iglesia al fondo, presidiéndolo todo. Los tejados rojos sobre las casas encaladas, casi todas aún con las puertas abiertas, como si nadie se planteara que pudiera pasar algo malo en ese lugar. El pequeño colegio en el que Cloe y yo habíamos estudiado Primaria, una edificación de más de sesenta años con una inscripción sobre las escuelas rurales de la época. La plaza principal, con unos árboles que habían sufrido los rigores del otoño y se levantaban sobre un manto de hojas marrones y ocres. El ayuntamiento, un supermercado de cadena que había sustituido al colmado que existía cuando yo aún vivía allí y... el bar. Después de la muerte de mi padre, mi madre había decidido traspasarlo y había pasado por varias manos desde entonces. Por lo que me había contado Cloe, los últimos dueños servían incluso hamburguesas y perritos calientes, toda una novedad en el pueblo.

Hugo callejeó, sin preguntarme nada, hasta que no nos quedó ni un rincón por recorrer. El corazón se me encogió al pasar por delante de la casa de mi madre, de *mi* casa. Pude observar, quizá por primera vez en mi vida, lo bonita que era. Con su fachada blanca, la piedra a la vista alrededor de las ventanas de la planta baja y las galerías de la de arriba; con el tejado a dos aguas, bajo el que se escondía un desván en el que Cloe y yo habíamos hecho algunas fechorías de niñas. Aunque llevaba siglos sin dejarme caer por allí, sabía que todo permanecería igual y casi me pareció que podía ver a través de las paredes la cocina, la salita, nuestras habitaciones... Alejé la culpabilidad por no parar a ver a mi madre porque solo podía pensar en la gran idea que había

tenido Hugo al llevarme allí, al permitirme ver un lugar que yo había identificado demasiado con dolor, reproches y sentimiento de culpa, con los ojos de la niña que fue feliz entre sus calles. Que descubrió allí el valor de la amistad, del amor, de la libertad.

Hugo paró la moto de nuevo en la salida del pueblo, supongo que porque estaba nervioso por si su idea no me había parecido tan buena como a él.

—¿Y bien? —me dijo, mientras se sacaba el casco, antes de volverse para mirarme.

Y, cuando lo hizo, se encontró una imagen que no había visto jamás. Ni él ni casi nadie que me conociera, quizá con la única excepción de Cloe. Porque yo nunca lloraba; o casi nunca. No fui capaz de responderle porque no podía hablar, pero supongo que lo expresé todo con los lagrimones que me caían a borbotones por la cara y que habían llegado a mojar el acolchado interior del casco desde el final de nuestro paseo por Peñaliría.

—Ada... ¿Estás bien?

—Sí —fui capaz de decir, con un hilo de voz entrecortada.

—¿Segura?

—No sé... no sé qué me ha pasado. Ha sido... Dios, Hugo, ha sido increíble.

—¿De verdad? —Sonrió, tímido.

—De verdad. Muchísimas gracias por esto. Creo... creo que no tenía ni idea de cuánto necesitaba ver todo esto con otros ojos.

—No tienes nada que agradecerme. Necesitaba hacer yo algo por ti, para variar.

La noche empezaba a caer sobre la sierra cuando emprendimos el camino de regreso. Hugo había consultado un par de veces el móvil en las paradas, pero no me atreví a preguntarle si alguien lo informaba de cómo estaba Paula en esos días en que él no podía verla. No quise pensar demasiado en ello; en realidad, aquel día no quería pensar en nada.

Hicimos otra breve parada para repostar antes de entrar en Madrid y aprovechamos para comernos unos sándwiches sentados en la barra de la cafetería de la estación de servicio. Y fue allí, entre clientes de paso y un menú anodino, donde me di cuenta de que lo que había entre Hugo y yo era ya imparable, como un ciclón anunciado en el parte meteorológico que sabes que llegará para arrasarlo todo, pero aún no tienes ni idea de cuándo. Las miradas que compartíamos, esos ojos verdes que pasaban de hielo a fuego en una

milésima de segundo, los roces nada casuales, los gestos de cariño que siempre fueron algo más... Era una puta locura lo que sentíamos.

—¿Te puedo confesar un secreto que creo que no me deja en muy buen lugar? —interrumpió mis cavilaciones.

—Claro.

—A veces, cuando no puedo más, cuando estoy demasiado angustiado para soportar todo lo que ocurre en casa de Paula, necesito largarme unas horas. Apagar el teléfono, desconectar de todo...

—¿Y por qué iba eso a dejarte en mal lugar?

—Porque yo no debería separarme demasiado tiempo de un teléfono, para empezar. Quiero estar siempre localizable por si Paula... Ya sabes. Pero, de vez en cuando, no muy a menudo..., necesito sentir que solo soy un tío normal de treinta y pico que puede pasarse tres horas sin móvil y que no ocurra nada.

—¿Y qué haces en ese tiempo?

—Casi siempre me voy al cine. Me meto a ver cualquier película, algo sencillo, aunque la mayoría de las veces ni me entero del argumento. Solo... disfruto del engaño de pensar que no tengo ninguna responsabilidad más que la mayoría de gente de mi edad.

—Yo lo he hecho alguna vez —confesé.

—Pero tú no tienes...

—No, no, hablo de algo más. De irme un fin de semana por ahí sin el móvil ni el portátil ni nada. Lo hacía mucho en Estados Unidos. Me largaba un fin de semana a hacer turismo desconectada de todo, incluso de Cloe, a pesar de que hemos hablado casi todos los días de estos diez años que he vivido fuera.

—Tú y tu necesidad de libertad —se burló, aunque supe que me entendía. Igual que lo entendía yo a él.

—Tú y tu moto para sentirte libre.

—Sí. Esa va a ser su función a partir de ahora. A Paula le... —se interrumpió de forma abrupta.

—¿Qué pasa?

—Tengo la sensación de que no es correcto que hable contigo de ella.

—Hugo, Paula es parte de tu vida. La parte más importante. Es raro y poco común, y seguramente casi nadie nos entendería. Pero a mí no me molesta lo más mínimo que me hables de ella.

—Pues... eso. Que a ella le encantaría saber que he recuperado la moto. Cuando enfermó, me compré un monovolumen porque sabíamos que pronto

tendría que usar una silla de ruedas y era el vehículo más cómodo para trasladarla. Pero ella siempre insistía en que no dejara de usar la moto.

—Yo también me alegro de que la hayas recuperado. Te va a venir bien cuando estés agobiado. Y yo... estaré encantada de que hagamos más escapadas como esta, aunque —bostecé de forma bastante evidente— espero que regresando a horas menos intempestivas.

—Estoy acostumbrado a dormir poco... y mal. Perdona. Pensé que no se nos haría tan tarde.

—Ha merecido la pena, créeme.

Me interrumpió Carla Bruni cantando *Quelqu'un m'a dit*. Era una de mis canciones favoritas y llevaba años como melodía de mi móvil. La que me llamaba era Cloe, para preguntarme dónde demonios me había metido y si pensaba volver a casa a dormir o me iba a ir con Hugo a... Bueno, lo que salió por su boca fue irreproducible.

—Te sigue gustando la música francesa —afirmó Hugo, sin necesidad de preguntarlo, en cuanto volví a guardar el móvil en el bolso.

—Cada vez más. Y apuesto a que a ti sigue gustándote Extremoduro.

—Bastante. —Nos reímos—. Quizá en el fondo no hemos cambiado tanto.

Esa reflexión fue tomando forma en mi cabeza en los apenas cuarenta minutos que tardamos en llegar a mi casa. Hugo y yo habíamos cambiado mucho en la superficie. Yo me había convertido en una mujer adulta, segura de sí misma, con un buen historial profesional, varios amores olvidados y las ideas que parecían sueños a los veintidós convertidas en realidades que me habían hecho muy feliz. No quedaba nada de la postadolescente llena de pájaros en la cabeza que una vez dudó por amor. ¿O sí?

Y Hugo... Hugo había dejado de ser el chico feliz y despreocupado que conocí para convertirse en una persona que cargaba demasiado peso sobre sus hombros.

No fui capaz de llegar a ninguna conclusión. No sabía si éramos muy diferentes a los que fuimos la primera vez que nos habíamos enamorado o si seguíamos siendo los mismos. Pero lo que sí tenía muy claro era que todo lo que habíamos vivido diez años atrás se había incorporado a lo que estábamos sintiendo. No era una historia de amor de película en la que no habíamos conseguido olvidarnos en los diez años que habíamos pasado separados. Yo había vivido sin acordarme de él salvo en un par de momentos puntuales. Me había enamorado y desenamorado, había disfrutado, no me había abandonado

a la nostalgia de una relación que para mí había muerto en la plaza de Callao cuando estaba a punto de irme de Madrid para siempre.

Hugo había encontrado al amor de su vida, se había casado y había planeado una vida perfecta que saltó por los aires en la consulta de un neurólogo. Dudo que pensara en mí ni una sola vez durante su matrimonio. Pero, al reencontrarnos, no éramos dos desconocidos que sienten una atracción. Éramos dos personas que se habían querido, y aquel amor olvidado había revivido con fuerza. Quizá nunca habríamos vuelto a pensar el uno en el otro si la vida no hubiera hecho que nos cruzáramos de nuevo; pero había pasado. Y lo que fuimos, lo que éramos, nuestras diferencias, nuestras similitudes, las vivencias juntos y separados... todo nos había llevado a aquel punto en el cual casi sentíamos que llevábamos juntos todos los años que habíamos pasado separados. Nuestro reencuentro fue como un chasquido que activó sentimientos que podrían haberse quedado para siempre dormidos. O quizá no. Lo que era indudable era que Hugo y yo no teníamos una relación incipiente de pocos meses; teníamos... mucho más. Teníamos mucho pasado, algo de presente y un interrogante enorme sobre el futuro.

Era más de medianoche cuando Hugo tomó con suavidad la curva de acceso a mi calle. Me bajé de la moto bromeando con el dolor que tendría al día siguiente en el culo, y Hugo me recordó que mucho peor que eso iba a ser el interrogatorio de Berta al llegar a la oficina. Hice amago de devolverle su cazadora, pero él insistió en que me la quedara.

—No pienso llevar a nadie que no seas tú.

Le sonreí y Hugo apagó la moto. Al principio no entendí por qué aparcaba, y eso hizo aún más mágico el momento. Porque, después de meses imaginándolo, acabó cogiéndome por sorpresa. Y no hay nada más bonito en el mundo que un beso deseado que llega sin esperarlo.

Hugo me miró y solo entonces lo supe. Estaba ya casi en el portal, así que me apoyé en la pared de piedra para esperarlo. Y llegó. Y acarició con las yemas de sus dedos mis labios sin decir ni una palabra. Y yo cerré los ojos porque no necesitaba verlo, solo sentirlo. Sus labios sobre los míos me devolvieron el sabor de algo conocido, como cuando pruebas de adulto una golosina que era tu favorita de niño. Como esa canción que llevas siglos sin escuchar y no te puedes creer que hayas podido vivir sin ella. Al sentir su lengua rozando la mía, a mí también me costó creer que hubieran pasado más

de diez años desde la última vez. Y que hubiera sobrevivido sin echar de menos su boca.

—Ada...

—Hugo —susurré, aunque más bien me sonó a jadeo—, ¿estás seguro?

—Más de lo que he estado de nada en toda mi vida. ¿Estás segura tú?

—Aunque no lo estuviera —me aparté de él un segundo, para mirarlo a los ojos—, dudo que algo pudiera separarme ya de ti.

Con mi confesión llegó otro beso, uno en el que los dos nos dejamos el alma, la prudencia y los miedos. Uno que nos unió más, que ató el último cabo que nos separaba. La amistad era uno, y sus nudos eran muy fuertes. La confianza, otro. El pasado compartido, las aficiones comunes, la consciencia de que vivíamos una situación anómala, pero nos enfrentábamos a ella cogidos de la mano. Solo quedaba romper esa última barrera, atar esa última cuerda. Porque aquel no iba a ser un beso aislado y los dos lo sabíamos.

Aquello... era el comienzo de todo.

Should I stay or should I go?

Nos prometimos tomárnoslo con calma. Ir despacio. No lanzarnos al vacío sin red. Nos prometimos no dejarnos llevar, reflexionar cada paso adelante, cada decisión, cada sentimiento. Y... por supuesto, incumplimos todas las promesas.

Llevábamos dos semanas viéndonos y ya nos habíamos besado en cada rincón de Translitere, en todas las mesas de nuestro restaurante favorito, en las esquinas de la Castellana que nos daban la intimidad suficiente y teníamos una especial querencia por el ascensor de la oficina. Aún no nos habíamos acostado, pero el deseo estaba en el aire, persiguiéndonos, asegurándose de que no tuviéramos un momento de respiro, de tranquilidad. No sabíamos cuándo ocurriría, ni siquiera si seríamos capaces de dar el paso, pero no había ninguna duda de que lo deseábamos. Y, entonces, llegó la oportunidad. En bandeja. Obvia y clara. Y dudé.

—¿Cuatro días en Lisboa? —me preguntó Cloe, como queriendo asegurarse de que había escuchado bien.

—Cuatro días en Lisboa. Esa ha sido su propuesta.

—Y... ¿me puedes explicar cómo hemos pasado de besitos casuales sin que te toque ni una teta a planear iros cuatro días de viaje? Porque si piensas que vas a salir virgen de eso...

—No, no. Créeme, sé perfectamente lo que implica que nos vayamos de viaje juntos.

—¿Y es lo que quieres?

—¡Pues claro que es lo que quiero! Llevamos «juntos» —marqué el gesto de las comillas con los dedos— dos semanas. Tengo tantas ganas de... *tenemos* tantas ganas de acostarnos que vamos a arder por combustión espontánea.

—¿Lo habéis hablado?

—Hemos hablado menos de lo que habíamos planeado, pero... sí. Los dos

sabemos lo que queremos.

—¿Y tenéis claro que es lo correcto?

—A ver, Cloe... —Me levanté y puse la vieja cafetera italiana al fuego. La conversación prometía prolongarse durante horas—. Hugo y yo hablamos mucho de Paula. De ella, de lo que pensaba, de lo que quería que ocurriera cuando llegara a esta situación.

—¿Y crees que a ella le parecería bien lo que estáis haciendo?

—Cloe, a ti no te lo parece, ¿verdad?

—Lo que yo opine... no importa ahora. Luego te daré mi visión de este asunto. Lo único que estoy haciendo es decir en voz alta las preguntas que tú misma tienes en la cabeza, pero que te niegas a responderte porque estás tan colada por Hugo que cagas purpurina.

—Vale. Pues lo resumo: sí, creo que a Paula le parecería bien lo que estamos haciendo. Y no —la interrumpí cuando vi en sus ojos la pregunta que iba a hacerme—, no creo que nos estemos engañando. Yo no la conocí, evidentemente, pero Hugo me ha hablado mucho de ella, de cómo pensaba, de lo que hablaban. Y sí, creo que esto es justo lo que ella querría. Que él rehiciera su vida y fuera feliz. Creo que cualquier persona que quiera a Hugo desearía lo que fuera con tal de que saliera del bucle de depresión y ansiedad en el que llevaba años.

—Y... si lo tienes tan claro, ¿por qué dudas, Ada?

—No dudo. Pero es una situación rara.

—Desde luego. —Cloe se levantó, sirvió dos tazas de café y rescató unas galletas de avena que guardábamos en un bote para emergencias emocionales.

—No es algo para lo que tuviera una respuesta de antemano, ¿sabes? ¿Me acostaría con un tío casado? Hoy en día, no. ¿Me acostaría con un ex al que quise y con el que las cosas no acabaron demasiado mal? Sin duda. ¿Me acostaría con ese mismo ex si supiera que está casado, pero con una mujer que está en coma desde hace dos años y que ella misma lo animó a rehacer su vida en cuanto ella dejara de estar consciente? Pues yo qué coño sé. Es una situación en la que creo que ninguna nos plantearíamos llegar a estar algún día.

—Comprendo.

—Y, ahora, cuéntame cuál es tu opinión, por favor.

—Pues... no te va a gustar.

—Eso me temía.

—No, creo que me estás malinterpretando. Yo no estoy traumatizada por lo

que me ha pasado. Que Hugo esté casado y se acueste contigo está a años luz del típico tío casado que engaña a su mujer. Para mí, Hugo está viudo, Ada. Esa chica, pobre..., no vive ya. Hace dos años. Después de otros cinco en los que ambos tuvieron tiempo de sobra para hablar de lo que les parecía bien o mal en el futuro. Y estoy bastante segura de que Hugo jamás te mentiría sobre eso.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que no me va a gustar?

—Que me da miedo en lo que te estás metiendo, Ada. Me da miedo que sufras. Y ni siquiera entiendo muy bien por qué lo estás haciendo.

—Pues eso es en lo único en que no dudo. Estoy enamorada de él, Cloe. Lo estuve hace diez años y he vuelto a caer. Es Hugo, es él... Cuando estoy con él, se me olvidan las complicaciones que nos rodean; cuando nos besamos...

—Vale, vale, lo pillo. Me das hasta envidia, joder. Qué bonito es estar enamorada.

—Y sufriré, Cloe. Casi siempre se sufre, y nosotros no tenemos la situación más fácil, precisamente.

—Me da miedo que estés con él por pena.

—Ni pienses en eso. Me da pena su situación, por supuesto que sí, pero no soy una ONG. Puedo dudar a veces de la ética de todo este asunto, de lo que pensaría la gente si lo supiera y de muchas otras cosas, pero de los motivos por los que estoy enamorada de Hugo no tengo ninguna duda.

—No lo sabe nadie, ¿no?

—Tú. Y estoy casi segura de que también lo sospecha Berta, la de la oficina. Pero no se lo hemos contado a nadie. Ni lo haremos, imagino.

—¿Y eso no es una pista de que quizá vuestra relación no sea la mejor idea del mundo?

—Cloe, ¿cómo se le explica a un amigo o a un conocido todo esto? Es algo demasiado íntimo, algo que nos pertenece solo a nosotros... No. Algo que les pertenece incluso más a Hugo y a Paula que a nosotros dos.

—Comprendo.

—¿En serio?

—Sí, Ada, me cuesta, pero... voy comprendiendo.

Nos quedamos un rato en silencio viendo un canal de música en la tele. Sonaba The Clash, y yo le daba vueltas a la idea de aceptar la propuesta de Hugo de un fin de semana largo en Portugal. Porque una cosa era que estuviera ya casi segura del todo de la relación que estábamos estableciendo y otra un

poco diferente empezar a viajar juntos como si fuéramos una pareja más estable.

—¿Y por qué Lisboa?

—Hugo tiene que volver a irse de su casa en el puente de noviembre. Vienen los tíos de Paula de Valencia por todo el tema de Difuntos, ir al cementerio y todo ese rollo.

—Dios... A mí me tocará bajar a Peñaliría.

—Joder. Yo iré contigo si al final no me voy con Hugo.

—Venga ya, Ada. Las dos sabemos que vas a ir. Y que vas a follar, ya que estamos.

—¡Calla!

Nos reímos un poco y nos quedamos acurrucadas en el sofá. Ya empezaba a hacer frío en Madrid y todavía no habíamos encendido la calefacción, más por dejadez que por otra cosa. Cloe empezó a cabecear, como siempre le ocurría cuando tenía mucho sueño, pero se negaba a irse a dormir. Yo seguí dándole vueltas a la cabeza. Me apetecía aquel fin de semana en Lisboa. ¡Dios, me apetecía muchísimo! No es que fuera la principal razón, pero es que ni siquiera conocía la ciudad. Me había pasado la vida viajando por el mundo y nunca había visitado un lugar que estaba a una hora en avión de Madrid.

La propuesta de Hugo había sido tímida al principio pero contundente. Él odiaba irse del piso en el que podía ver a Paula a diario, y odiaba incluso más tener que exiliarse en su casa de Argüelles. Según me había dicho, antes de que yo apareciera, ni siquiera se había planteado nunca irse con amigos o hacer algo especial en aquellas ausencias obligatorias. Alguna vez había aprovechado para salir a cenar con amigos a los que hacía años que no veía, pero había acabado dejando de hacerlo porque no le parecía buena idea socializar precisamente en los días en que más amargado estaba. Solía pasar muchas horas solo en su piso y se dejaba mimar por sus padres, que siempre estaban muy pendientes de que él no recayera en las épocas más oscuras de depresión que había atravesado en el pasado.

Pero ahora estaba yo allí. Y a él le apetecía hacer cosas. Ese simple hecho ya era motivo de celebración para quienes lo querían. Hacía muchos años que a Hugo nada le apetecía demasiado...

Sonreí para mis adentros al pensar que las piezas del difícil puzzle que componíamos Hugo y yo, en aquel momento y aquel lugar, empezaban a encajar. Yo entendía todo lo que ocurría: que Hugo quería a Paula, pero que en

cierto modo era un sentimiento del pasado. Siempre la querría, sí, pero ella había muerto. Para él y para sí misma. Y nadie en su sano juicio le niega a un viudo el derecho a rehacer su vida. No era una situación temporal, no existía ni una mínima posibilidad de que Paula mejorase. Su enfermedad era una cuesta abajo sin frenos cuyo destino final todos conocíamos.

Y no solo entendía las circunstancias que nos rodeaban. También aceptaba incluso las que eran complicadas de digerir para alguien que está viviendo ese momento tan increíble de las primeras semanas de amor con alguien. Como el orden de prioridades. Yo sabía que la prioridad de Hugo era Paula, que lo sería mientras viviera y que ese viaje a Lisboa solo había surgido como plan porque él no podría estar junto a ella. Que si, por cualquier razón, los padres de Paula le permitieran pasar el puente en su casa, él cancelaría el viaje. Y que mi tiempo con él se limitaría siempre a las horas que no acostumbraba a pasar junto a su mujer.

No era fácil saberlo. Pero era otra de esas cualidades que hacían diferente nuestra relación. Ni mejor ni peor; solo... diferente, anómala. Como le había dicho a Cloe, esas anomalías eran la razón por la que no queríamos hablar con nadie de lo nuestro. Porque... ¿cómo se le dice a alguien que sabes que eres la segunda opción de la persona a la que quieres? ¿Cómo se le explica que eso no siempre es sinónimo de ser su segundo plato? Yo no me sentía así, quizá porque siempre había sido empática y de mente abierta. Es más..., me habría decepcionado que Hugo me pusiera por encima de Paula; que aprovechara mi reaparición en su vida para desprenderse de sus responsabilidades hacia quien había sido su mujer, hacia quien aún lo era. Yo me había enamorado del Hugo que quería tanto a su mujer que estaba dispuesto a sacrificar toda su vida con ella; porque sentía que debía hacerlo, pero, sobre todo, porque *quería* hacerlo. Pero no todo el mundo era como yo, y una de las muchas cosas que había llegado a comprender en las semanas anteriores era, precisamente, que pocos lo entenderían. Por eso callaba. Por eso aún, a veces, dudaba.

Cloe se revolvió a mi lado y me reprochó que no la hubiera mandado a la cama de una patada en el culo. Recogimos los restos de la cena y metimos los platos en el lavavajillas. Nos comimos un par de galletas más apoyadas en la barra que separaba la cocina del salón y Cloe juró que, en cuanto yo volviera de Lisboa, en esa casa no volverían a entrar los hidratos de carbono. Me dio un beso y se fue a dormir.

—Ada... —Cloe se dio la vuelta cuando ya casi estaba abriendo la puerta

de su cuarto.

—Dime.

—Me parece bien lo que estás haciendo. Estás enamorada de él y haces lo correcto queriendo vivir la posibilidad que os deje la situación. Tienes todo mi apoyo.

—¿De verdad?

—No te voy a mentir. Te apoyaría aunque me pareciera que estás haciendo una cagada monumental. —Se nos escapó la risa a las dos—. Pero, en este caso, me parece que estás haciendo lo correcto.

—Gracias, pequeña.

—Eso sí, Ada... Protégete, ¿vale? No permitas que, si esto acaba mal, te deje destrozada.

—Siempre lo he hecho bien, Cloe. Siempre me he protegido.

—Menos una vez... Y se da la casualidad de que el protagonista de aquella historia era el mismo que el de esta.

Lisboa era mía, Lisboa eras tú

«Sí, me iré contigo». Aquellas palabras, que Hugo recibió con una sonrisa radiante, nos condenaron a ser felices. Porque, pase el tiempo que pase, siempre recordaré aquellos cuatro días en Lisboa como los mejores de mi vida. Fue el fin de semana que lo cambió todo, que nos convirtió en lo que fuimos después.

Como tardé un poco más de lo previsto en responderle, y dado que era un puente en que medio país había decidido viajar en avión, nos quedamos sin vuelos disponibles a Lisboa, así que nos fuimos en coche. Hugo insistió en que saliéramos el sábado casi al alba, y yo me metí en su coche aún bostezando y con un termo de litro y medio de café en la mano. Me burlé de él por el tamaño de su maleta; yo viajaba ligera, como siempre, con una bolsa de viaje en la que había metido algo menos de lo imprescindible.

Salimos de Madrid por la A-5 y llevábamos ya unos cuantos kilómetros de autopista cuando me di cuenta de que los dos seguíamos en silencio. Hugo tamborileaba con los dedos sobre el volante, al son de la música que sonaba en el equipo del coche. Yo daba sorbitos al termo y miraba por la ventanilla. El silencio era tan cómodo que habría podido quedarme a vivir en él para siempre.

—Estoy nervioso —confesó Hugo y me leyó en parte el pensamiento. Cómo podíamos estar a la vez cómodos, contentos y nerviosos era todo un misterio.

—Yo también. —Le sonreí, y él desvió un segundo la mirada de la carretera para imitarme el gesto—. Pero solo un poco.

—¿Aún no te has arrepentido de venir?

—Claro que no. ¿Y tú? —le devolví la pregunta, aunque en mi caso había menos de broma que en el suyo.

—Nunca.

Me dibujó una sonrisa enorme en los labios y devolví mi vista a la

ventanilla, convencida de que, a veces, las mejores conversaciones se tienen en silencio. En algún momento del trayecto debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que supe fue que estábamos en una gasolinera cerca de Badajoz, a punto de entrar ya en Portugal.

—Cuando tengas un momentito, a ver si puedes limpiar la baba que has dejado en el cristal —se burló Hugo en cuanto detuvo el coche.

—Muy gracioso.

—Si llego a saber que ibas a ser una copilota tan participativa, te habría enviado en autobús.

—O sea, que ahora ya sí que te arrepientes de haberme traído, ¿no?

—Ya te lo dije antes. —Se volvió hacia mí y se puso muy serio de repente. Me cogió del mentón y me dio un beso de infarto antes de repetirlo—. No me arrepentiré nunca.

Era poco más de mediodía cuando entramos en Lisboa. Hugo se empeñó en dar un pequeño rodeo para entrar por el puente de Vasco de Gama y esa fue la primera imagen que tuve de la ciudad. Un puente gigantesco y moderno cruzando el estuario del Tajo, en un día en el que el sol brillaba con fuerza a pesar de que octubre ya estaba terminando. Y, al fondo, una mezcla de edificios modernos y tejados rojos. Suficiente para saber que me iba a enamorar de la ciudad sin demasiada dificultad.

El GPS del monovolumen de Hugo iba dándole las instrucciones para llegar hasta el hotel, que había sido uno de mis grandes dramas previos al viaje. Habíamos quedado en que yo me encargaría de encontrar alojamiento, y tenía la sensación de que la elección diría mucho de lo que yo opinaba de aquella escapada. Estaba muy acostumbrada a viajar por trabajo y alojarme en esos hoteles de cadena en los que a las habitaciones no les falta de nada, excepto alma. Miré un par de ellos en una web de reservas, pero me parecieron demasiado fríos para lo que iba a ser nuestro primer viaje juntos. Más tarde descubrí que Lisboa estaba llena de hoteles con encanto, pero me dio miedo que parecieran una declaración de amor o de altas expectativas o... yo qué sé. Aún estaba un poco hecha un lío, así que ignoré mis miedos y me decanté por uno de estos últimos.

En cuanto Hugo enfiló las calles del centro, me alegré de haber elegido aquel hotel. Era un edificio antiguo, con la fachada de piedra y la puerta principal y las ventanas de madera pintadas en diferentes tonos de verde y azul. Casi parecía un hospedaje de algún pueblecito perdido de la costa, pero

la realidad era que estábamos en pleno centro de una de las capitales más dinámicas de Europa, a pocos pasos de la Avenida da Liberdade.

Dimos nuestros nombres en recepción y una señora que chapurreaba español, pero a la que apenas entendimos, nos acompañó a nuestra habitación. No había ascensor, así que subimos por unas escaleras también de madera y pintadas de colores hasta una *suite* abuhardillada y absolutamente preciosa. Tenía un sofá de color azul clarito lleno de cojines cerca de la puerta de entrada, justo al lado del cuarto de baño, una mesa de centro pequeña decorada con velas y plantitas y una gran alfombra de estampados étnicos. Al fondo, un par de escalones conducían a la parte más alta de la habitación, presidida por una cama enorme, con sábanas blancas y otra buena cantidad de cojines en colores pastel. Creo que tanto Hugo como yo nos quedamos con la boca un poco abierta al verla.

Y allí estábamos. Hugo, yo... y una cama. Una habitación privada en un hotel familiar de una ciudad en la que nadie nos conocía. En la que nadie sabía nada sobre las extrañas circunstancias que rodeaban nuestra relación. Donde nadie nos vería, nadie nos juzgaría.

—¿Vamos a recorrer la ciudad? —me dijo Hugo, cuando aún no había acabado de sacar mis cosas de la bolsa de viaje.

—Emmmm... Sí, claro. —Le sonreí, un poco cortada, porque en mi cabeza ya estábamos desnudándonos como posesos y deshaciendo la cama a tirones.

Salimos del hotel cogidos de la mano, y así recorrimos la Avenida da Liberdade, hasta llegar al Elevador de Santa Justa. Con las sonrisas congeladas en la cara, subimos a su plataforma de observación y descubrimos Lisboa desde las alturas antes de encontrarnos cara a cara con sus calles. Las tripas nos rugieron a la vez mientras el ascensor descendía, así que nos reímos un poco de nosotros mismos y buscamos un lugar para comer. Como el sol calentaba bastante el ambiente, nos quedamos en una terraza del Rossio, junto a la estación de tren, y cumplimos todos los tópicos poniéndonos ciegos a bacalao y *vinho verde*.

No hablamos de nosotros, de Paula o de todo lo atípico que nos ocurría en toda la tarde. Fue la manera perfecta de desconectar, de ser, aunque solo fuera durante un fin de semana, dos personas que se han enamorado, que viven ese momento tan especial para una pareja que es el primer viaje juntos, que pueden hacer lo que quieran porque las circunstancias no han conspirado contra ellos.

Llegamos caminando hasta la Plaza del Comercio, nos hicimos mil fotos en ella y hasta vimos el mar. Dimos la vuelta y nos pegamos la paliza de llegar andando hasta el otro extremo de La Baixa. Eran casi las ocho de la tarde cuando decidimos volver al hotel, previo paso por un supermercado para hacernos con algunos *snacks* y un par de botellas de vino para tomar una cena tardía en el hotel cuando nos entrara el hambre.

Subimos las escaleras con calma, con Hugo a la cabeza y yo detrás de él, todavía cogiendo su mano, como durante toda la tarde. Entramos en silencio, con calma, con una expectación que no necesitaba palabras. Hugo estaba más nervioso que yo, creo que era evidente, pero en el último momento me entró a mí el tembleque y decidí darme una ducha. Dejé que el agua caliente se llevara la tensión y, cuando salí, envuelta en una toalla blanca gigante, ya solo quedaba el deseo.

Hugo me pidió el relevo y tuve una sensación cada vez mayor de que ambos estábamos retrasando la gratificación. Aproveché su ausencia para secarme un poco el pelo y ponerme unos pantalones cortos de algodón y una camiseta *oversize* blanca, que era el atuendo que había llevado para dormir; la elección de pijama había sido casi tan complicada como la de hotel.

Oí abrirse la puerta del cuarto de baño antes de lo que esperaba. Estaba sentada en el sofá de la *suite*, secándome los últimos mechones de pelo, cuando noté que una mano fuerte me arrancaba la toalla de la mano. Miré a Hugo y sentí que se me hacía la boca agua. Como si tuviera delante un manjar soñado. Más o menos... lo que era él en ese momento, en realidad. Hugo solo llevaba la toalla a la cintura, y en él parecía mucho más pequeña que en mí.

Radiografié su cuerpo de arriba abajo. Su pelo, del que todavía caían gotas de agua. Sus ojos verdes, que ardían y me dijeron que él deseaba aquello tanto como yo. Su boca, curvada en una media sonrisa, entre la chulería y la tensión. La piel morena de su torso, sus abdominales marcados, sus manos fuertes. La prominencia sospechosa que emergía bajo la toalla.

—No aguanto más —me dijo en un susurro, con la voz torturada.

Se tumbó encima de mí y me besó con un ansia que no había visto jamás en él. Con hambre, con... lujuria. Sí, probablemente esa era la palabra. Nuestras lenguas chocaron y fuimos todo saliva, dientes y jadeos. Jadeos que se convirtieron en gemidos cuando presionó su cuerpo contra el mío y fui consciente de todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. De las tuyas. De las de ambos fundiéndose.

Pasamos mucho tiempo besándonos, con sus manos agarrando las mías por encima de nuestras cabezas y nuestros cuerpos hablando por nosotros de lo excitados que estábamos. Podría haberme quedado así toda la vida... Creo que podría haber llegado al final solo con aquellos besos y su cuerpo aplastando el mío.

—Estoy bastante nervioso —me confesó, en un susurro, en una de las pocas treguas que nos tomábamos para respirar.

—Pues... nadie lo diría.

—Hace... hace cuatro años que no me acuesto con nadie, Ada.

—Lo sé. ¿Quieres...?

—Ni preguntes. Aunque no quisiera, dudo que pudiera parar.

Sus palabras me espolearon y me saqué la camiseta con una sola mano. La lancé por los aires sin preocuparme de dónde cayera. Hugo se deshizo de la toalla y yo no pude evitar que mi mirada se dirigiera justo a aquel lugar que había conocido tan bien diez años antes. La suya, hambrienta, voló hasta mis pechos.

—Dios, eres... eres perfecta, joder.

Sus palabras quedaron ahogadas cuando su boca descendió hasta mis pezones, y mi espalda se arqueó tanto que creí que me iba a romper. Siguió descendiendo con la boca hasta que alcanzó la cinturilla elástica de mis *shorts* y los bajó con las manos, deslizando las palmas por mis piernas, mientras su boca comprobaba hasta qué punto estaba preparada para él.

—Me había olvidado de cómo sabías... de cómo... de todo.

—Ven. Ven y recordémoslo.

Subió hasta mi cara y nos besamos. El amor seguía allí, pero aquellos besos eran de puro deseo contenido. Antes de que pudiera darme cuenta, Hugo se deslizó en mi interior y sentí hasta un pequeño pinchazo de dolor al notarlo tan dentro de mí. En tantos sentidos diferentes.

Si en algún momento el plan fue llegar hasta la cama, fracasamos. El sofá fue el lugar que vio cómo Hugo y yo volvíamos a fundirnos en un solo ser, como lo habíamos sido tantos años antes. Como quizá nunca debimos dejar de ser. Empujó con la mezcla perfecta de dureza y dulzura. Jadeó con tanta fuerza en mi oído que mis propios gemidos subieron de volumen hasta amenazar con despertar a media Lisboa.

—Córrete, Ada. Córrete fuerte.

No hizo falta que me animara porque el orgasmo empezó a ascender por

unas partes de mi cuerpo y a descender por otras, hasta alcanzar el punto exacto en que me deshice en sus brazos, entre sus piernas, en su mirada y en su lengua perdida en mi boca. Él siguió el mismo camino unos segundos después y, a pesar del condón, sentí todas y cada una de sus descargas en mi sexo.

Cayó desmadejado a mi lado, con medio cuerpo sobre el mío. Remoloneamos un rato antes de irnos a la cama, pero al final logramos arrastrarnos hasta ella y nos tumbamos sobre la colcha de ganchillo sin molestarnos en vestirnos. Entre la calefacción y nuestra propia temperatura corporal, taparnos no era una opción. Nos quedamos así, entre la pereza y los mimos, una eternidad que se nos hizo demasiado corta.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Hugo, y yo asentí. Hacía horas que no probábamos bocado.

—¿Preparo las cosas que hemos comprado?

—Sí. Yo voy a ver si consigo abrir el vino sin sacacorchos.

Por suerte, el vino era de rosca. Y nosotros nos lo bebimos a morro a la luz de dos o tres velas que encendimos para darle a aquello un aire de cena romántica. Yo estaba sentada en el borde del sofá, y Hugo detrás de mí, con sus piernas rodeando mi cuerpo. Con la poca luz que había en el cuarto, daba la sensación de que era de madrugada, aunque apenas eran las once de la noche. Cuando se lo dije a Hugo, él me corrigió.

—En realidad, apenas son las diez.

—No, ¿no?

—Esta noche cambia la hora.

—Ah.

—Y menos mal.

—¿Por qué?

—Porque... —Su tono de voz cambió, y yo me estremecí, a pesar del calor, porque sentía la electricidad en el ambiente. Se echó hacia delante y me susurró al oído—. Porque, para quererte como te quiero, necesito más tiempo del que tengo.

No le pude responder con palabras porque, al fin y al cabo, el poeta siempre había sido él. Nos perdimos en otra sesión de besos, de jadeos, de orgasmos, de susurros que contaban la historia de lo nuestro y de gemidos que anunciaban lo que estaba por venir.

—Te quiero tanto, Hugo...

No sé en qué momento nos quedamos dormidos, pero sí que despertamos

porque el sol entraba a través del tragaluz que había sobre la cama. Bueno, desperté yo. Hugo ya estaba duchado, vestido y desayunando los restos de la cena del día anterior.

—Eh, ¿por qué no me has despertado? —le pregunté, aún con la voz pastosa.

—Es que estabas muy bonita ahí, dormida.

Se sonrojó porque creo que se le escaparon las palabras, pero yo no me quejé. Tampoco hablé. Me limité a levantarme, acercarme a él, cogerlo de la mano y llevarlo a la cama. Tenía la sensación de que necesitábamos saciarnos de nosotros mismos. Lisboa podía esperar.

Y esperó hasta media mañana, cuando cogimos un mapa en recepción y nos dispusimos a conocer la ciudad a fondo. Al día siguiente queríamos irnos a algunos lugares de los alrededores, así que íbamos un poco contrarreloj. Volvimos a pasear por las calles del centro e hicimos una comida temprana en A Brasileira, uno de los cafés más conocidos del Barrio Alto. Nos guardábamos el hambre para la cena, que Hugo se había encargado de reservar mientras yo aún dormía.

Allí cerca, cogimos el tranvía 28 hacia la Alfama, paramos en la catedral y nos perdimos en el silencio bullicioso del vehículo de madera, mientras recorría las empinadas callejuelas del barrio con más alma de Lisboa. Nos bajamos en el Castillo de San Jorge, donde vimos un atardecer que nos quitó el aliento, mientras un par de dibujantes hacían retratos a los turistas y un poeta ciego cantaba al amor a cambio de unas monedas. Hubo momentos en que creí que estábamos dentro de una película, porque tanta perfección no podía ser real.

—¿Y tú? —le pregunté a Hugo, arqueando una ceja, cuando volvía de dejar unas monedas a los pies del juglar callejero.

—¿Yo... qué?

—¿Ya no escribes?

—Ah, eso... —Se rascó la nuca con timidez—. Canciones, no. Y poemas tampoco, en realidad. Desde que Paula enfermó, ya no hubo tiempo para nada de eso.

—¿Y no lo echas de menos?

—Sí, claro. Echo todo de menos. A veces, cuando me tengo que ir de su casa y vuelvo al piso de Argüelles, retomo algunos de los cuadernos que tenía allí y escribo... no sé, lo que se me pasa por la cabeza. Todo bastante oscuro.

—Me encantaría leerlo. Aunque sea oscuro.

—Algún día te dejaré hacerlo.

El frío empezó a arreciar, pero nosotros nos negábamos a irnos. En el mirador del Castillo de San Jorge, con el cielo de Lisboa teñido de rosas, violetas y naranjas, formando una mezcla incoherente pero perfecta con el rojo de los tejados y el azul de las fachadas de azulejo que caían a nuestros pies, sé que los dos habríamos querido parar el tiempo. Estábamos en el ecuador de nuestro viaje, de aquel fin de semana largo que sabía a evasión de la realidad, y habría sido perfecto quedarnos allí para siempre.

—Vamos a llegar tarde a cenar —me recordó.

—Sí, vámonos.

Cogimos un taxi hasta una dirección que Hugo intentó indicarle al conductor en un portugués mucho más que lamentable. Creo que aún me estaba riendo cuando llegamos a un pequeño local del Chiado que no tenía demasiada pinta de restaurante de lujo.

—Me lo ha recomendado la señora de la recepción del hotel. Espero no tener que matarla al volver.

—Seguro que no.

En cuanto entramos, supe que había acertado. El local tenía apenas cuatro o cinco mesas, todas con varias velas encendidas en su centro y platitos con mantequilla salada y panes diversos. Las sillas eran de madera decorada con flores pintadas y asiento de mimbre, y al fondo del local un escenario esperaba que alguien lo ocupara.

—Qué precioso es esto, ¿no?

—Increíble.

Pedimos un menú degustación en el que había un poco de todo, y a mitad del segundo plato subió al escenario una mujer de unos cuarenta o cincuenta años, vestida de negro de pies a cabeza, acompañada de un par de músicos. La música de fado enseguida lo invadió todo, e incluso dejamos de comer para escuchar unas letras que solo entendíamos a medias, pero que no necesitábamos comprender para que el sentimiento nos llegara muy adentro. La tristeza que impregnaba las palabras me hizo conectar con el dolor que llevaba Hugo a la espalda, con todo lo que había debido de sufrir mientras yo era feliz viajando por el mundo, realizándome profesionalmente y encontrándome con mi hermana en las ciudades más diversas. Me preguntaba a veces qué estaría haciendo yo cuando él recibió el diagnóstico de Paula, o la

primera vez que la vio sentada en su silla de ruedas o el día en que por primera vez no fue capaz de hablar. Quizá yo estaba volando de una ciudad a otra, o metida en una reunión de negocios como intérprete, o haciendo el amor con el hombre del que me hubiera enamorado en aquel momento. Y me extrañaba no haber sentido algo dentro; me parecía que estábamos tan unidos, que siempre lo habíamos estado, que a mí tendría que haberseme colado dentro la tristeza como lo estaba haciendo al escuchar aquel fado, solo por sentir que Hugo estaba rompiéndose.

Estuvieron a punto de escapárame las lágrimas en el final de la actuación, y la emoción continuó en el paseo que nos llevó de regreso al hotel. La noche se había quedado muy fría, así que apuramos el paso sabiendo que entraríamos en calor en la habitación.

Y lo hicimos, vaya si lo hicimos.

A la mañana siguiente, Hugo recuperó su coche de un aparcamiento cercano al hotel, mientras yo acababa de arreglarme ignorando sus protestas por lo dormilona que me había vuelto con los años. Nos fuimos a primera hora de la mañana a recorrer Sintra, uno de los lugares más bonitos que he conocido en mi vida, aunque no nos quedamos demasiado tiempo porque pronto empezaron a llegar autobuses repletos de turistas y aquellos días, más que nunca, Hugo y yo necesitábamos estar solos. Nos prometimos volver algún día para disfrutarlo con más calma, aunque el silencio que llegó a continuación me dijo que ninguno de los dos se atrevía a mencionar siquiera el futuro. No había vida más allá de aquel martes.

La tarde la pasamos entre Estoril y Cascais, disfrutando de esa calma que tienen los pueblos costeros fuera de la temporada alta. Comimos una *cataplana* de mariscos impresionante en la terraza cubierta de una pequeña taberna y nos quedamos un buen rato de sobremesa, repitiendo cafés y fumando un poco más de lo que reconoceríamos. El día estaba más gris que los anteriores e incluso algunas gotas nos sorprendieron de camino al coche.

—¿Vamos al Parque de las Naciones?

—Es la zona de la Expo del noventa y ocho, ¿no?

—Sí.

—Mmmmm... vale.

—No te apetece nada, ¿no?

—¿Quieres que sea sincera?

—Claro.

—Lo único que me apetece en el mundo ahora mismo es encerrarme contigo en esa habitación y no volver a salir jamás.

—Tus deseos son órdenes —me respondió, con una sonrisa chulesca que me hizo arder por dentro.

Sabía que a Hugo le gustaba correr con la moto, pero aquel día llevó su moderno monovolumen a velocidades un poco vertiginosas incluso para el caótico tráfico de Lisboa. Creo que él también tenía prisa por llegar.

En cuanto nos encerramos en la habitación, me cogió en brazos. Aunque sea una escena muy de película, creo que nunca un hombre me había llevado a la cama en volandas. No sé cómo se las arregló Hugo para dejarme sobre la colcha y desnudarme al mismo tiempo, pero lo consiguió. Y me besó con furia y pasión, con anhelo y miedo; con todos aquellos sentimientos que conocía tan bien porque llevaba ya meses yo también conviviendo con ellos.

Fue descendiendo con los labios por todo mi cuerpo y me llevó al orgasmo con la lengua. Y, al acabar, levantó la cabeza y me sonrió. Fue un gesto breve pero intenso. Suficiente para que pudiera percibir la vulnerabilidad en su rostro. El hombre con el que me había reencontrado al llegar a Madrid, el que era pulcro en el trabajo e imperturbable en lo personal, había dejado caer todas las barreras. Por mí. Para mí. Esa fue la primera vez que me planteé si realmente se puede conocer a alguien en toda su magnitud sin haber llegado a la cama. Al menos en esos casos perfectos en los que, además de los cuerpos, se desnudan las almas. Su cara volvió a perderse entre mis piernas y la única visión que me quedó de él fue su pelo negro. Y lo único que él supo de mí en los siguientes minutos fue que seguía gritando su nombre con la misma devoción con que lo había hecho a los veintidós años.

—Hay algo que llevo meses queriendo preguntarte. —Habíamos decidido ser muy malos y saltarnos la prohibición de fumar en la habitación. Abrimos todas las ventanas posibles y yo me asomé a la más grande con medio cuerpo desnudo por fuera—. Años, en realidad.

—Miedo me das. Y métete un poco dentro, debe de estar media Lisboa viéndote las tetas.

—Di que sí, poeta —me burlé—. Bueno, allá va...

Guardé silencio unos minutos porque el tono de broma no era demasiado adecuado para lo que iba a decirle. Fumamos con la mirada puesta en el otro, en nuestros cuerpos desnudos, en nuestras almas, también cubiertas cada vez por menos capas.

—Me mentiste, ¿verdad?

—¿Cuándo? —En su cara se reflejó la alarma por no entender lo que le preguntaba, pero un cambio casi imperceptible en su gesto me dijo que había comprendido.

—Cuando me fui. La otra vez. Nunca...

—No.

—No te acostaste con otra, ¿verdad?

—No. —Bajó la mirada al suelo.

—¿Por qué?

—¿Por qué no lo hice o por qué te mentí?

—No sé, lo que quieras decirme. —Me acaricié los brazos porque sentí un frío repentino que me dio la sensación de que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente.

—No me acosté con nadie mientras estaba contigo porque estaba tan enamorado de ti que no podía ni mirar a otra. Y te mentí porque estaba tan enamorado de ti que no podía cortarte las alas.

—Hugo...

—¿Siempre lo sospechaste?

—No. Al principio, te creí. —Me di cuenta por primera vez en aquel momento de que nunca me había avergonzado por haber aceptado a pies juntillas algo que, bien pensado, no debería haber creído de Hugo. Incluso aunque él me lo dijera—. Lo siento.

—Me alegro de que lo hicieras, supongo. —Se encogió de hombros.

—Pues... no sé, Hugo. No sé si deberíamos alegrarnos.

Reconozco que me enfurruñé un poco. En mi cabeza, existía una realidad paralela perfectamente construida en la que Hugo nunca me contaba aquella mentira, seguíamos juntos, yo me quedaba con él en Madrid, Paula nunca entraba en escena y llevábamos más de diez años siendo felices como pareja, pero se me pasó enseguida el enfado. Aquellos no éramos nosotros. No los *nosotros* de la vida real, por muy dura que fuera.

—Te has dado cuenta tú sola, ¿no?

—Creo que sí.

—No me arrepiento de nada, Ada. No te habrías ido si no te hubiera mentido. Y fue horrible verte marchar. Lo pasé fatal y tardé en olvidarte mucho más de lo que esperaba. Pero tú tenías un sueño y no me habría perdonado jamás que renunciaras a él por mí.

—¿Ves a lo que me refiero cuando te digo que siempre has sido demasiado generoso? —Sonreímos, y Hugo se acercó a mi lado. Sus manos calientes se posaron en la piel de mis hombros, que estaba helada, y me robó el cigarrillo de entre los dedos. Siempre nos había gustado compartirlos—. ¿Nunca has pensado en cómo habrían sido las cosas si me hubiera quedado?

—Claro. Con la vida que he llevado en estos últimos años, he tenido tiempo para pensar en todo. No hay una sola hipótesis vital que no me haya planteado. Pero he llegado a dos conclusiones después de dedicar tanto tiempo a comerme la cabeza que no sé cómo no he acabado loco. La primera, que nada de lo que nos ha pasado habría estado en nuestras manos detenerlo. Podemos jugar con ficciones, pero la realidad es que yo me enamoré de la chica más sana de Madrid y a los dos años sabíamos que su vida tenía fecha de caducidad. ¿Quién habría podido imaginar algo así?

—¿Y la segunda?

—Que, aunque hubiera podido cambiar algo, no lo habría hecho. Mi vida... está bastante jodida. Lo ha estado mucho en los últimos años. Pero no cambiaría por nada del mundo lo que sentí por ti durante aquellos nueve meses en la universidad, aunque doliera como el puto infierno tener que dejarte marchar. Y tampoco cambiaría haber conocido a Paula. Aun con todo el dolor que vino después, los dos años que estuvimos bien... son algo a lo que no renunciaría por nada. En el fondo, supongo que he sido un tío con suerte. Me he enamorado tres veces en mi vida, y las tres me han compensado por todo el dolor que haya podido sufrir.

—¿Tres? —le pregunté, extrañada, porque sabía que entre mi marcha y la aparición de Paula, Hugo no había estado con nadie en serio. Y antes de conocerme a mí, jamás había tenido nada más allá de sexo esporádico.

—Sí, tres. Y dos de la misma persona. —La mirada que me dirigió fue tan penetrante que me ruboricé por no haber entendido a la primera lo que me estaba diciendo.

—Yo... yo también estoy enamorada de ti.

—¿Crees que no lo sé?

No hubo chulería en su voz, sino un cierto sentimiento de inevitabilidad. Como siempre, como en el pasado, como en el presente... No podíamos dejar de enamorarnos. Mil veces que nos encontráramos, mil veces que nos enamoraríamos, aunque pusiéramos todas las barreras para evitarlo.

Nos fuimos a la cama, nos abrazamos, hicimos el amor, dormimos,

despertamos agitados, volvimos a hacer el amor, nos besamos, nos repetimos que nos queríamos hasta quedarnos afónicos... mientras aquellas vacaciones en el limbo se extinguían como la cera de las velas que seguían sobre la mesita de centro.

Nuestra última mañana en Portugal amaneció gris, casi como nuestro carácter. Sabíamos que el final estaba próximo e hicimos todo lo posible por prolongarlo. Los suegros de Hugo le habían dejado claro que, cuanto más tarde llegara el martes, mejor, así que dedicamos la mañana a recorrer el Parque de las Naciones y Belém. Entramos en el monasterio de los Jerónimos y nos hicimos mil fotos en la torre, pero ya no sonreíamos del todo en ninguna. Comimos algo rápido en un bar de la zona y nos pegamos un homenaje de pasteles de Belém. Pedí también algunos para llevar y le envié una foto a Cloe, acompañada de un mensaje en el que le decía que su dieta tendría que posponerse un par de días.

Eran las cuatro de la tarde cuando emprendimos el camino de regreso a casa, y fue oscuro, triste. Yo miraba por la ventanilla, como en el viaje de ida, e incluso reconocí algunos paisajes que había visto cuatro días atrás, pero me parecieron muy diferentes. Los ojos no miran igual cuando están plenos de emoción por la expectativa que ensombrecidos por la incertidumbre del futuro. No sabíamos cuándo sería la siguiente vez que podríamos pasar tiempo a solas, desconectar de la realidad. Nos quedaba el consuelo de saber que nos veríamos cada día en el despacho, que podríamos robarnos besos como en las semanas anteriores, pero, después de lo vivido en Lisboa, seguro que todo se nos quedaría corto.

Hugo se dedicó a cambiar de lista de reproducción en el aparato de música de forma casi compulsiva. Me estaba poniendo nerviosa y estaba a punto de decírselo cuando al fin se detuvo, esbozando una sonrisa irónica. Sonó *Lisboa*, de Loquillo, y mi mano se dirigió directa a posarse sobre la suya, encima del cambio de marchas. No tenía demasiadas dudas de que, cada vez en mi vida que escuchara esa canción, recordaría unas sábanas blancas, unas velas titilando y unos tejados rojos como escenario de fondo de una historia de amor que parecía imposible.

Estábamos entrando en Madrid cuando Hugo se detuvo en una estación de servicio. Hacía poco rato que había repostado, así que supuse que parábamos para comer algo. Lo hicimos. Hugo llenó de nuevo el depósito del coche

mientras yo compraba unos sándwiches bastante mejorables y unos botellines de agua, y me excusaba para ir al cuarto de baño.

Yo siempre había sido un poco especialita con los lavabos públicos, y ni siquiera haber vivido en países con condiciones sanitarias algo dudosas me había quitado las manías, así que respiré tranquila al ver que los de aquella gasolinera eran amplios, limpios y estaban desiertos. Me estaba lavando las manos cuando oí que la puerta se abría, y un escalofrío me hizo mirar hacia ella, porque sabía quién acababa de entrar.

Hugo echó el pestillo y se acercó a mí en silencio. No dijo nada tampoco cuando me abordó por detrás, me abrazó, enlazando las manos sobre mi vientre, y posó sus labios en mi cuello. La piel se me puso de gallina y quise girarme para besarlo, pero él no me dejó.

—No quiero que estés triste. No sé cómo vamos a hacerlo, pero lo conseguiremos. No voy a dejarte escapar por segunda vez. Y nos merecemos que este viaje acabe con un buen recuerdo.

Introdujo su mano por debajo de mi falda *skater* y rompió las medias que llevaba de un solo tirón. Sus dedos recorrieron toda la longitud de mi tanga, de atrás adelante. Tocó todos los puntos que me hacían volar, no se dejó ninguno. Sus dedos se perdieron entre mi vello púbico y enseguida encontraron la humedad que buscaban. Me masturbó con mimo, despacio, como si no estuviéramos en unos baños públicos y tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Hugo...

Jadeé, a punto de correrme, y sentí como él se ponía el condón con la mano que le quedaba libre. Me penetró desde atrás, con fuerza, con dureza. Me vi los ojos vidriosos en el espejo y lo vi a él mirándome en el reflejo. Y eso fue lo más excitante que he visto en toda mi vida.

—Quiero recordar cada día lo que se siente follando contigo.

Acompañó sus palabras de una embestida tan honda que me impulsó hacia delante. Hugo aguantó dos o tres más antes de correrse, diciendo mi nombre entre gemidos junto a mi oreja. Yo lo seguí porque aquello fue más de lo que cualquier persona en su sano juicio podría aguantar sin hacerlo. Y, entonces sí, me giró sobre mis pies y devoró mi boca con un ansia que me dijo alto y claro que aquello no era el final de nada, sino el principio de la aventura más increíble de nuestras vidas.

Creo que aún sentía los estertores del orgasmo cuando Hugo paró el coche delante de mi casa y tuve la sensación de que aquellos cuatro días habían sido

eternos y cortísimos al mismo tiempo. Nos dimos un último beso, uno que decía «nos veremos en ocho horas en la oficina» y también «no dejaré de pensar en ti en esas ocho horas». Y «te quiero», «estoy enamorado de ti», «nunca olvidaré este viaje». Pero solo Hugo habló en voz alta, con unas palabras que resumían a la perfección toda la situación en la que estábamos metidos:

—Siento no poder darte más. Te daría mi puta vida si me la pidieras. Pero no puedo quitársela a ella.

The valentines I never knew

Cloe se empeñó en aquella época en convertirme en una especie de cronista de la vida social madrileña. Recorrimos tantas inauguraciones, fiestas, restaurantes, tiendas y locales de moda en general que hasta mi cuenta de Instagram revivió, después de meses sin subir ni una sola foto. Su teoría era que el mal de amores se curaba con un poco de postureo y un mucho de maltrato a la tarjeta de crédito. Y hablaba aún de los restos del mal de amores que le quedaba a ella, que, aunque había avanzado mucho, todavía no estaba del todo recuperada de su ruptura; pero también del mío. Porque yo era feliz con Hugo, con el nuevo estatus de nuestra relación que había nacido en aquellos días mágicos en Lisboa, pero... lo echaba mucho de menos en el día a día.

Hacía ya dos semanas que habíamos regresado de nuestra escapada y no habíamos vuelto a tener la oportunidad de pasar una noche juntos. Sí nos veíamos a diario; Hugo seguía trabajando mucho desde casa, pero hacía todo lo posible por pasarse por el despacho al menos un ratito cada día. Y en esos ratos le robábamos segundos al reloj para encerrarnos en su oficina, ir a comer juntos e, incluso, un día fingimos que una reunión fuera de Transliter se había prolongado más de la cuenta y nos escapamos al cine a ver una película de la que no recuerdo ni el título, porque dedicamos las dos horas que duró a besarnos y masturbarnos en la oscuridad de la última fila. Sí, como dos adolescentes llenos de hormonas y con poco juicio.

Éramos felices. De alguna extraña manera, habíamos logrado encontrar el hueco dentro de la situación que nos rodeaba en el que nos sentíamos cómodos y, sobre todo, en paz con nuestras conciencias. Hugo me hablaba de Paula con naturalidad, yo me había acostumbrado a preguntarle por ella de vez en cuando. No era todos los días, pero la mencionábamos lo suficiente para recordarnos a nosotros mismos que seguía existiendo, al menos en cuerpo, si

no ya en alma, pero no tanto como para que el hecho de que Hugo estuviera casado, y quisiera a su mujer, empañara lo que estábamos empezando a vivir.

Cloe no lo entendía muy bien; no comprendía que yo pudiera soportar el hecho de que el hombre al que amaba amara a su vez a otra persona. Yo no podía evitar pensar que Cloe solo había conocido un tipo de amor, solo había llegado a imaginar un tipo de amor. Que, aunque en muchas concepciones de su vida no lo fuera, en lo romántico seguía siendo tradicional. Yo siempre había sido más abierta, había vivido otras experiencias y había llegado a la conclusión de que sí, lo que teníamos Hugo y yo era difícil, a veces demasiado complicado para ser real, pero también era auténtico. Lo era mi amor por él, el suyo por mí; también el suyo por Paula. Y mi admiración por ella, por una mujer que, cuando supo que la vida se le escapaba, quiso que él encontrara el amor en otros lares.

—Ada, ¿puedes hacer el favor de comprarte tú algo, aunque solo sea para que yo me sienta menos culpable? —Cloe me sacó de mis cavilaciones. Estábamos en una tienda de estilo alternativo de la calle Fuencarral y llevaba entre sus manos cinco o seis vestidos, que se unirían a las doscientas prendas, como mínimo, que se había comprado esa mañana.

—Es que no necesito nada, tía.

—Como si la ropa fuera una cosa que se compra por necesidad... —El desprecio impregnó tanto su voz que me dio la risa—. Yo voy a aprovechar que entro en media talla menos por primera vez en diez años para renovar armario.

—¿Y qué piensas hacer con todo lo que tienes en casa? ¿Suministrar ropa a dos mil o tres mil personas?

—No. Guardarla en el trastero para cuando me canse del brócoli y los calabacines y esos kilos vuelvan multiplicados por seis.

—Eso no va a ocurrir. Lo estás llevando guay. —Hacía diez o doce días que Cloe había decidido cambiar su forma de comer con ayuda de un nutricionista y, aunque le estaba costando, estaba muy contenta de empezar a ver resultados.

—Sí. Salvo por el detalle de que me paso todo el día con ganas de matar y de lasaña. No necesariamente en ese orden.

—Vamos a comprar maquillaje para olvidar el hambre, anda.

Pasamos tanto tiempo en MAC que debió de haber gente que pensara que trabajábamos allí. Cloe incluso se dejó maquillar y abandonó la tienda radiante como nunca. Había salido de casa con unos vaqueros y una camisa de

cuadros, pero en H&M se había empeñado en llevarse puesto un vestido negro de escote corazón. Yo le había sugerido que lo reservara para una ocasión especial, porque me parecía un poco *too much* para una mañana de sábado de compras, pero ella me había callado la boca diciéndome que no se le ocurría una ocasión más especial que pasar tiempo con su hermana mayor. Me puso tan tiernita que le regalé un abrigo largo de tejido *fluffy* en tonos grises y fucsia del que se había enamorado.

Así que allí estaba ella, con parte de su seguridad en sí misma recuperada, un sábado a las doce de la mañana, con pinta de estrella de cine excéntrica, con aquel vestido, el abrigo, sus ondas rubias al aire y recién pintada por un maquillador profesional. ¿Y qué es lo mejor que le puede pasar a una chica cuando está así de radiante? Pues...

—No mires —le dije, con la congoja en la garganta—. Pero en la puerta de Zara están... ¡Que no mires!

—Ay, la madre que me parió.

Y le dio la risa. A mi hermana, que había llorado lágrimas de sangre por aquel amor perdido, que había visto derrumbarse el castillo de su cuento de hadas ante sus narices y que llevaba ocho meses intentando encontrarse a sí misma sin demasiado éxito... le dio la risa al ver a Luis, alias *el innombrable*, y a Laura, su antigua mejor amiga, empujando un cochecito de bebé.

—¡Coño, Luis! ¡Qué alegría verte! —Antes de que pudiera pararla, ella ya se había plantado delante de ellos, con una sonrisa de oreja a oreja y un tono de voz más firme de lo que habría podido imaginar.

—Cloe...

—Laura. —Ante ella torció un poco más el gesto, pero siguió serena, mucho más que yo, que permanecía detrás de ella tesa como un palo. Desde fuera, estoy segura de que parecía la guardaespaldas de la estrella de cine.

—¿Cómo... cómo estás?

—Fenomenal, ya me ves. —Se le escapó una risita algo aguda que se me contagió—. Veo que ya os habéis reproducido. A ver...

Laura, con el gesto más cariacontecido que he visto en nadie jamás, apartó un poco la capota del carrito y la mantita. Yo, en medio de la vorágine emocional de mis meses anteriores, ni siquiera me había dado cuenta de que ya había pasado el tiempo suficiente para que Laura hubiera dado a luz.

—¡Ay, por Dios, qué feo!

Ella ha jurado durante años que se le escapó, pero a mí no podía

engañarme. Habrá quien piense que todos los bebés son guapos, pero... bueno, los hay más bonitos que otros. El de Laura y Luis era de los otros.

—¡Cloe! —Luis hizo amago de reprenderla, pero ella le dirigió tal mirada que la cosa quedó a medias.

—En fin, que nos vamos. Una mañana de compras nos espera. ¡Feliz Halloween! —Le dio, o fingió, un ataque de tos, en el medio del cual todos oímos perfectamente la palabra «vaca», acompañada de una mirada matadora a su amiga.

Ellos se marcharon sin decir nada más. Para qué, si la estrella del encuentro estaba claro quién era. Cloe sufrió un ataque de risa tan estridente que primero pensé que se había vuelto loca y, después, no pude evitar contagiarme.

—Ahora comentaremos todo lo demás, pero... —Conseguí respirar entre carcajadas para hacerle la pregunta que me atormentaba—. No he entendido lo de «feliz Halloween». Ha pasado medio mes.

—Pero ¿tú has visto cómo iba vestido ese mamarracho? —Nos reímos las dos de nuevo y yo hice memoria, porque la vorágine verbal había sido tan bestial que no había tenido demasiado tiempo para fijarme en el vestuario—. Cuando estaba conmigo solo tenía ropa azul marino, gris o marrón. ¡Y hoy llevaba un jersey rosa palo! ¡Y unas Vans! Unas putas Vans.

—Tía... ¿eres consciente de que has llamado feo a un bebé? —Quise ponerme seria para reñirla, porque no acababan de parecerme bien varias cosas que había hecho.

—Bueno, a un bebé feo. Porque si me niegas que es feo...

—No, no. Dios me libre.

—Si tuviera edad para enterarse, no lo habría hecho, que no me he convertido en un monstruo, pero ¡coño! Con esa edad el insulto es para sus padres.

—Y has llamado gorda a una madre recién parida.

—Mentira. La he llamado vaca.

—Precisamente tú —la ignoré—, que llevas toda tu vida jodida con el peso.

—*Bla, bla, bla.* También somos feministas y un montón de cosas más y la hemos llamado zorra ochocientas veces.

—Eso también es cierto.

Al final, volvió a darnos la risa y Cloe decidió que la escenita merecía una celebración por todo lo alto. Y, como su nutricionista le permitía comer lo que

quisiera una vez por semana, no se nos ocurrió mejor idea que meternos en el McDonald's de Monterera y ponernos tibias a Big Macs. Yo había quedado con Hugo una hora después en su piso de Argüelles, aprovechando que ese sábado varias amigas de la hermana de Paula iban a ir a visitarla y prefería dejarles intimidad, así que no tenía prisa, y pude permitirme un poco de tarea de hermana mayor.

—¿Vas a estar bien cuando vuelvas a casa?

—No. Eso lo sé yo y también lo sabes tú, por eso preguntas.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No. Me he pasado trece años soñando con empujar un cochecito de bebé por la Gran Vía con Luis a mi lado, ¿sabes? Y acabo de verlo haciendo eso mismo con la persona a quien le confié todos mis secretos porque era mi mejor amiga.

—¿Qué has sentido al verlo?

—Pues... susto, al principio. Me he puesto tan chulita para que no se me notara que me temblaban hasta las uñas. Dios, parecía que iba drogada, ¿no?

—Bastante.

—Pero luego... he sentido asco, Ada. Muchísimo asco. Y supongo que alegría por tenerlos bien lejos.

—Entonces, no deberías llorar por ellos.

—No lloraré por ellos. Lloraré por mi marido, que murió hace ocho meses. El hombre del que siempre estuve enamorada, al que quise con locura y que supongo que también me quiso a mí así. Y esa persona, simplemente, ha dejado de existir.

Asentí porque no podía decir mucho más. Ella lo había explicado a la perfección. Una vez pasada la euforia nerviosa del momento inicial, me di cuenta de que yo también me había sentido desconectada por completo de Luis. Un chico al que conocí cuando ni había cumplido los veinte, que había dormido en nuestro piso tantas noches que por momentos era una especie de apartamento para tres, que lloró como una magdalena cuando vio entrar a Cloe por el pasillo de la iglesia de Peñaliría el día que se casaron, que siempre la había tratado como una reina... Sí, aquel chico había muerto y el tipo al que nos acabábamos de encontrar era solo alguien que compartía su nombre y su cara.

—Venga, lárgate, que Hugo ya debe de estar esperándote.

—Me jode dejarte sola.

—¡Fuera! —me gritó un poco, señalándome la parada de taxis, mientras salíamos del local—. Y te pido por favor que, cuando regreses, no te puedas sentar en tres días.

—Serás guarra...

Me subí al taxi aún riéndome y, cuando me quise dar cuenta, estaba delante del edificio de la calle Gaztambide en el que tantos momentos había pasado en mi último año de universidad. Pagué la carrera casi sin mirar, porque lo que unos minutos antes eran risas se había convertido en un sentimiento de añoranza que me encogía por dentro.

Recordé la última vez que había entrado en aquel bloque de viviendas de los años setenta. Eran mis últimos días en Madrid, aunque yo aún no lo sabía. Aún dudaba si irme a Arabia Saudí o quedarme con Hugo. Habíamos acabado los exámenes hacía unos días y yo ya tenía en mi haber la licenciatura, mientras que a Hugo le faltaba por saber una nota. Habíamos pasado la tarde juntos, paseando, sin hablar demasiado, solo sintiendo aquello que nos desbordaba a veces; hacía mucho calor, así que habíamos terminado el día compartiendo un helado junto al templo de Debod. Yo me había ido a casa temprano, porque Cloe tenía una crisis de fin de exámenes y Luis no podía estar con ella porque tenía que quedarse a hacer horas extra en el estudio. Hugo se había quejado un poco, porque en aquellas últimas semanas estábamos obsesionados con no perdernos ni un minuto juntos. Al final, la crisis de Cloe se curó con una buena cena y un par de cervezas, y yo me pasé el resto de la noche mandándome mensajes con Hugo. Hasta que, a las tres de la mañana, no aguanté más, cogí un taxi y entré por la puerta metálica del patio que daba acceso a la vivienda. Aquella noche hicimos el amor con sabor a despedida, y lo que vino después fue la historia de una mentira piadosa, una huida, diez años de silencio y un reencuentro.

Hugo me abrió la puerta sin preguntar ni quién era, y yo subí en el ascensor con la sonrisa tonta dibujada en la cara. Él me recibió con un beso que me robó el aliento y me dejó que curioseara un poco por el piso. No me sorprendió encontrarlo exactamente igual que diez años atrás. Aquel piso contaba la historia de varias vidas interrumpidas. La de los padres de Hugo, que habían vivido en él más de veinte años, desde que se habían casado hasta que, al llegar la madurez, ya no los unía nada más que un hijo en común y una profunda amistad. Y la de Hugo y Paula, que habían planeado vivir en él

después de su estancia en Estados Unidos y ni siquiera llegaron a trasladar las maletas.

Era un piso enorme, de esos que ya no se construyen hoy en día, con cuatro dormitorios, dos cuartos de baño, un salón gigantesco y una cocina en la que cabía holgado mi piso de Chueca entero. Estaba decorado con gusto, pero con un aire años noventa que hablaba de que allí nadie había invertido ni un euro ni un poco de mimo en mucho tiempo. La habitación de Hugo, la parte que mejor conocía, era lo que se podía esperar de un chico soltero de veintipocos, que es lo que era cuando aquel era de verdad su cuarto. Una cama grande, con un edredón en tonos azules, un armario de madera oscura, un escritorio enorme en el que aún se podía ver el fósil de un ordenador de sobremesa de la época y un par de pósteres de grupos de *rock* en las paredes. Y un mapamundi.

—Lo conservas... —susurré y mis palabras quedaron algo ahogadas por la música. Sonaba *At Seventeen*, de Janis Ian.

—Supongo que... no he hecho demasiados cambios por aquí. —Lo miré con una sonrisa triste, porque aquel dormitorio era la prueba más tangible del *stand by* en el que llevaba años la vida de Hugo—. Bueno, y que nunca he tenido estómago para tirarlo.

Aquel mapamundi, que había estado originalmente en el despacho del padre de Hugo, había acabado pegado a la pared de encima de su escritorio cuando yo ya había hecho habituales mis visitas a su casa. Hugo se burlaba a menudo de mi obsesión por viajar por el mundo y habíamos convertido en nuestro juego privado clavar chinchetas en las ciudades que más ansia tenía yo por conocer. Cerré los ojos un momento, intentando recordar algunas... y lo hice. Recordé una chincheta verde sobre San Francisco, una azul sobre Moscú y otra amarilla en algún punto indeterminado de China.

—¿Cumpliste con todas? —La voz de Hugo en mi oído y sus manos rodeando mi cintura hicieron que abriera los ojos. Me giré para sonreírle y, a continuación, volví la mirada de nuevo hacia el mapa.

—Sí, casi todas. Me queda... —Busqué una chincheta sobre su escritorio. Era de color rojo y un poco más grande que las demás. La clavé sobre Lisboa—. Esto. A veces los sueños llegan sin que los esperes.

—Sí, te creo. Algo así me pasó a mí hace unos meses en mi propia oficina.

Me lancé a su boca y caímos sobre la cama. Fue una tarde de recuerdos, de nostalgia. De manos que tocaban cuerpos que conocían, en los que habían aprendido a amar, a sentir, a correrse. De bocas que decían palabras

familiares, lenguas que lamían piel de antaño, dientes que mordían con un fervor que no se había perdido con los años.

Sabíamos que teníamos escasas horas, que aquella no sería una tarde como las del hotel de Lisboa, en la que ninguna obligación nos esperaba. Nos recorrimos cada poro con ansia, con una prisa que quizá no se iría aunque tuviéramos todo el tiempo del mundo, porque tal vez una vida no llegaría para querernos tanto, para desearnos tanto. Incluso cuando ya no podíamos más, seguimos desnudos, mirándonos, recordando lo que habíamos disfrutado, ese día y tantos otros diez años atrás.

Hugo se levantó a la cocina y volvió con dos vasos de agua con gas, con una rodaja de naranja cada uno. Las comisuras de mis labios se elevaron, porque hacía años que no probaba esa bebida y solo lo había hecho entre aquellas cuatro paredes. Cuando teníamos veinte años, yo me burlaba de Hugo porque el agua con gas me parecía una bebida de señoras mayores, pero él la prefería a cualquier refresco o a la cerveza, y a Hugo siempre le había dado igual lo que pensaran los demás sobre sus gustos.

Me levanté para beber y mis ojos recayeron sobre un cuaderno de tapas negras, algo viejo y gastado. Levanté la mirada hacia Hugo para pedirle permiso y él asintió con un gesto tímido. Entre aquellas páginas me reencontré con su letra, torcida e irregular. Con su manía de escribir a lápiz. Con sus sempiternos tachones, siempre en busca de la perfección, de la palabra perfecta. Lo abrí por la última página, porque quería leer esas pocas cosas que Hugo me había confesado que había escrito en los últimos años:

*Tus labios aún olían a mar
y tus palabras a esperanza.
Llegaste por sorpresa,
y te quedaste.
Y nos quedamos.
Tu cuerpo,
que recorrí con mis manos,
en la realidad y en sueños,
te traicionó.
Y yo me quiero morir.
Y matarlo
por hacerte eso.
Pero rescatarte a ti
y llevarte a vivir*

a aquella pequeña burbuja que fuimos juntos.

A vivir.

Solo eso.

Todo eso.

Tuve que cerrar el cuaderno de golpe porque aquel poema me desbordó. Era su historia condensada en pocos versos, y la historia de lo nuestro aguardaba para ser escrita. Y yo me preguntaba, en aquella tarde de recuerdos, cómo había podido sobrevivir sin demasiados dramas a mi primera ruptura con Hugo... y no quería ni pensar en la cantidad de pedazos en que se me rompería el corazón si llegaba una segunda.

No es exactamente lo que debería ser

La Navidad llegó como siempre lo hace: demasiado pronto. Aunque casi todos los años desde que me había marchado volvía a casa como en los anuncios de El Almendro a celebrar la Navidad, solía hacerlo pocos días antes de Nochebuena, así que había olvidado esa vorágine loca de empezar a poner luces de Navidad cuando aún no hemos asimilado del todo el final del verano. Cloe y yo bajamos un día a tomar una cerveza tardía a la Gran Vía y por poco no nos entró un ataque epiléptico con la profusión de luces.

La dinámica de mis fiestas navideñas en los diez años anteriores había sido rutinaria. No es que fuera yo muy *hater* de la Navidad, pero tampoco acababa de gustarme. Me encantaba llegar a España con la suficiente antelación para vivir con Cloe el sorteo de la lotería y comprobar si nos habíamos hecho ricas con las escasas participaciones que Luis y ella habían reunido en las semanas anteriores. Me gustaba salir de mi apartamento sintiendo ya el bullicio de la Gran Vía, atravesar Preciados esquivando a las hordas de gente que se acercaban al centro a hacer compras y llegar hasta Sol. Aprovechar el sol de invierno para pasear hasta la Plaza Mayor y perderme entre el mercado navideño. Y no podía evitar ilusionarme la mañana de Reyes como una niña pequeña, con los mil regalos que intercambiábamos Cloe y yo, aunque siempre ese día estaba teñido por la pena de mi despedida.

Pero había cosas que me costaban mucho de la Navidad. La Nochebuena en Peñaliría, en una casa en la que sabía que no era del todo bien recibida, con mi madre alternando silencios eternos y reproches punzantes. La Navidad, en la misma línea. Eran días duros en el pueblo, y Cloe y yo los pasábamos confinadas en casa por el frío aterrador que asolaba Peñaliría en diciembre, aburridas y un poco depresivas. Tampoco la Nochevieja acababa de gustarme, con esa presión por divertirse de manera obligatoria, aunque los precios de

las copas se multipliquen por tres, la temperatura no suba de dos grados y las ganas de quedarse en casa después de una cena pantagruélica sean enormes.

Aquel año todo fue distinto, claro. Viví la Navidad desde el primer día, desde que encendieron la primera bombilla del alumbrado. Y la viví con Hugo, recorriendo de su mano mis lugares favoritos de Madrid, robándonos besos a la luz de Santa Claus gigantes y tarareando villancicos como dos idiotas. Los días más señalados de las fiestas los íbamos a pasar separados, por más que él insistiera en que cenáramos juntos en Fin de Año. Ese era el único día que no pasaba en la casa de los padres de Paula, porque sabía que también sus padres merecían compartir al menos una de esas comidas con su único hijo. Y yo no iba a quitarles ese privilegio. Me conformaría con pasar esa madrugada con él y con seguir restándole horas al reloj hasta el siguiente día en que pudiéramos vernos.

Cuando llegó la Nochebuena, hacía ya dos meses que Hugo y yo éramos oficialmente pareja. O todo lo *oficial* que podía ser una relación con tantos extras como la nuestra. Habíamos conseguido alcanzar unas rutinas más o menos establecidas y, en aquel momento, yo no le pedía nada más a la vida. Lo quería, éramos felices juntos, nos ayudábamos, nos apoyábamos, hacíamos el amor y... nos teníamos.

Los días en Peñaliria se me hicieron incluso más largos de lo habitual y me recordaron a aquellos últimos que pasé como universitaria, cuando empezaba a darme cuenta de que el chico al que había dejado en Madrid como algo parecido a un *follamigo* ocasional había conseguido hacerse con un título un poco más importante que ese; había conseguido que lo echara de menos. Cloe y yo llevamos como pudimos las celebraciones familiares y unos días antes de Fin de Año regresamos a casa. A Madrid.

Yo ayudé a Hugo a comprar regalos para sus padres y para Cristina, la hermana de Paula, que era la única persona de aquella familia que se los aceptaba; sus padres los habían rechazado un par de años hasta que él decidió dejar de intentarlo. Él protestó sin parar por las interminables tardes de compras con que lo castigamos Cloe y yo, y nosotras le juramos amor eterno varias veces entre cenas a domicilio y algunas copas de más, de esas que se pueden tomar entre semana en diciembre, porque las fiestas le dan a todo un aire de inmunidad diplomática. El reencuentro entre Cloe y Hugo fue tan emotivo y «tan guay», como lo definieron ambos, que nadie habría dicho que llevaban más de diez años sin verse.

—Te veo el año que viene. —Hugo se despidió de mí antes de la cena de Nochevieja con un beso de infarto y un millón de pequeñas réplicas en la comisura de mis labios. Yo hice un mohín, porque en el último momento me arrepentí un poco de haberle pedido que se fuera con sus padres—. Muy pronto del año que viene. Llegaré antes de que hayáis empezado con el postre.

—Te quiero.

Cloe se partió de risa en mi cara cuando se dio cuenta de que me había quedado mirando al vacío en el rellano de nuestro edificio un buen rato después de que el ascensor se hubiera llevado a Hugo. Me obligó a acabar de ayudarla con la cena, aunque poco pude aportar, porque ella llevaba cocinando desde que se había levantado esa mañana. A pesar de los calores de la cocina, estaba guapísima, con un vestido largo verde de cuello de pico, un moño alto —porque decía que, con lo que había adelgazado, ya no se veía cara de pan al recogerse el pelo— y unos pendientes espectaculares que tenían toda la pinta de ser de brillantes.

Cenamos langosta, lubina en dos salsas y solomillo Wellington, todo ello regado con un Vega Sicilia del 2005 y un champán Krug Clos d'Ambonnay que estaba tan bueno que me hizo poner los ojos en blanco. Varias veces. Sonaba Deluxe por el equipo de música y yo no podría haber soñado con una noche mejor.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de las confesiones, Clotilde. —Me echó una mirada matadora, pero no consiguió que cejara en mi investigación. Acababan de sonar las campanadas y nos habíamos comido doce aceitunas cada una porque, qué coño, siempre hemos sido raras—. ¿Dónde guardas el alijo de cocaína con el que supongo que has financiado esta cena?

—Come y calla, anda —me respondió, con la boca llena de unos turrónes artesanos que había ido a comprar esa misma tarde a la Carrera de San Jerónimo.

—No, tía, en serio. No trabajas...

—¡Eh! Estoy en contacto con proveedores ya y buscando local para montar mi estudio de restauración de casas.

—Vale, sí, fenomenal, pero ingresas cero euros al mes y no me has dejado pagarte ni un duro de la cena, así que se me escapa...

—Sirve un poco más de champán, bonita. —Cogió la copa en cuanto se la rellené y la vació casi de un sorbo—. Está bastante bueno para haberme costado *solo* dos mil quinientos pavos.

—¿Qué? —Estuve a punto de escupirlo, pero me habría cosido los labios a punto de cruz con tal de no desperdiciar ni un mililitro—. Dime que estás bromeando.

—Ojalá.

—Vale, pues no seas avariciosa y deja un poco para Hugo, que estará al caer.

—Hay otra botella en el frigorífico.

—No. En serio. Ya. ¿De dónde has sacado la pasta para todo este despliegue?

—Wallapop.

—¿Wallapop? ¿Y qué coño has vendido? ¿Un chalet en la sierra?

—No. En realidad... Mi vestido de novia, el velo, los zapatos y el anillo de casada.

—¿Estás de coña?

—En absoluto. Y, antes de que lo preguntes, con el de compromiso me he hecho estos pedazo de pendientes modernos que te mueres, pero de brillantes y platino. ¿Te parece correcto? —Hugo eligió aquel momento para llamar al timbre y a mí me sirvió la tregua para cerrar la boca, que amenazaba con quedármeme de par en par para siempre.

—Me parece... me parece que eres la hostia.

—¿Quién es la hostia? —Hugo asomó la cabeza por la puerta. Estaba espectacular, vestido con un esmoquin negro, camisa blanca y pajarita. El pelo un poco engominado, los ojos brillantes, la sonrisa en la cara. Mi amor.

—Hablabas de mi hermana, pero... —Me acerqué a él y lo besé despacio, con ganas, aunque solo hiciera cuatro horas que nos habíamos despedido—. Creo que se puede aplicar a ti. ¿No me podíais haber avisado de que ibais a vestiros de gala para quedarnos en casa? Me habría puesto algo un poco más elegante que un vestido de veinte euros.

—Tú estás preciosa con lo que...

—No le hagas la pelota, Hugo, te la vas a llevar a la cama de todos modos. —Él soltó una carcajada y a mí se me diluyó el gesto de indignación—. Es una cateta. En Nochevieja hay que vestir de gala aunque no vayas a hacer gran cosa.

Pero sí hicimos gran cosa aquella noche. Yo me convertí en el blanco de todas las bromas que se les ocurrieron a mi novio y a mi hermana, nos dedicamos a jugar al *Sing Star* y al *Guitar Hero*, bebimos como bestias, Cloe

nos dejó fumar en el salón y, cuando abrí un ojo apoyada en el regazo de Hugo, me encontré con que mi hermana tenía la cabeza en su otro costado y él fingía resignación, aunque yo sabía que estaba encantado de estar allí. Dormitamos como lo hacen los borrachos, mal y a ratos, desayunamos un chocolate con churros que Hugo se encargó de ir a buscar y nos apretujamos unos contra otros en el sofá para ver, tapados por una manta enorme y esponjosa, el concierto de Año Nuevo de Viena.

Ni en mil años podría haberme imaginado un comienzo de año mejor.

Los siguientes días continuaron en la misma dinámica, en aquella euforia de amor en la que vivíamos Hugo y yo, pero que ya empezaba a teñirse con una pátina de cotidianidad. De nuestras pequeñas rutinas, de nuestros tiempos compartidos, de las llamadas que siempre llegaban a la misma hora, de los mensajes constantes con los que nos daba la sensación de pasar veinticuatro horas al día juntos.

El ritmo de trabajo era escaso a principios de enero, porque la mitad de la plantilla se había cogido días libres y muchas de las empresas para las que trabajábamos estaban también a medio gas. Hugo andaba nervioso, pero ya no solía preguntarle qué le ocurría, porque él sabía que podía contármelo cuando lo necesitara y yo sabía esperar.

Pero el día de Reyes entendí que aquel nerviosismo se debía a algo más. A una nueva prueba que me iba a tocar pasar, porque, aunque a veces se me olvidara, nuestra relación estaba llena de diferencias con lo que mi cabeza siempre había identificado como normal.

Yo pensaba que no iba a ver a Hugo aquel día. Me había explicado que Paula tenía una familia bastante numerosa, entre la que había muchos niños: primos que aún estaban en plena adolescencia e hijos de primos que eran muy pequeños todavía. Cristina había conseguido unos años atrás convencer a sus padres de que pasaran el día de Reyes con los niños, para sacarlos del bucle de estar siempre en casa cuidando de Paula. Pero, como sus sobrinos eran aún demasiado pequeños para entender lo que ocurría, eran ellos los que se desplazaban a una casa en las afueras en la que se reunía toda la familia. El día de Reyes era, en resumen, uno de los pocos días en el año que Hugo podía estar a solas con su mujer.

Por eso, después de pasarme horas abriendo los regalos de Cloe, y convencida de que me había quedado corta con los míos... —quizá porque yo

no tenía un anillo de platino y un vestido de novia de Christian Dior Vintage que vender—, me sorprendió la llamada de Hugo.

—¿Que quiere qué? —Cloe abrió los ojos como platos cuando le conté nuestra conversación.

—Que vaya a su casa... a... a casa de Paula. De sus padres. ¡Mierda! Lo que sea.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estaba muy nervioso cuando me llamó. En realidad, lleva un par de días nervioso. Supongo que ya sabemos la razón.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues... ir.

—¿Por qué, Ada? —me preguntó, mientras yo me ponía mi abrigo vaquero forrado de borreguito para combatir el frío horrible que hacía aquel día—. ¿Por qué vas a hacer eso?

—Porque... sí. Sé que es difícil de entender, Cloe, pero... —Abrí la puerta ya para marcharme—. Ella también es parte de nuestra historia.

No esperé su respuesta, bajé a la calle y me subí al vuelo a un taxi que pasaba por allí. La mayoría de las familias de Madrid parecían estar reunidas tras las ventanas, porque en la calle no había ni un alma y el taxi tardó apenas unos minutos en dejarme frente a una casa de aspecto señorial de la calle Hermosilla. Llamé al timbre con dedos temblorosos y subí en un ascensor antiguo restaurado hasta la sexta planta.

Hugo me esperaba en la puerta de entrada, con gesto circunspecto y la mirada perdida en sus propios pies.

—¿La he cagado? —me preguntó, mordiéndose el labio inferior, antes siquiera de saludarme.

—No.

No hablamos demasiado. Hugo me condujo a una cocina enorme, decorada por completo en colores blancos y negros. Llenó dos tazas de café y yo acepté la mía con una sonrisa tímida.

—¿Por qué, Hugo?

—No lo sé —susurró—. Creo... Supongo que he sentido la necesidad de que mis dos mundos coexistieran en la misma habitación, aunque solo sea unos minutos, para asegurarme de que no estoy loco y de que las dos versiones de mí mismo son reales.

—No hay dos versiones de ti mismo, Hugo. Hay una situación complicada

que estamos llevando sorprendentemente bien. ¿O tú no estás bien?

—¿Bien? Joder, Ada, estoy mejor de lo que jamás creí que podría volver a estar. Pero hay días duros. Las fiestas... no son fáciles. Todos los años pienso que, tal vez... que sean las últimas.

—Ya.

—¿Quieres marcharte?

—Quiero estar donde tú estés, Hugo. Donde tú me necesites.

—¿Quieres... conocerla?

Asentí, porque estaba tan nerviosa que no me salían las palabras. Seguí a Hugo por un pasillo angosto que me pareció interminable, hasta que abrió las puertas dobles de una habitación que resultaba algo incongruente allí, en el medio del barrio de Salamanca. Habría tenido más sentido en un hospital. Había una cama articulada, rodeada por todo tipo de parafernalia médica; yo sabía lo que era todo aquello: un respirador, una sonda, un monitor cardíaco, una bandeja de medicamentos... A un lado de la cama, había una silla de plástico azul algo gastada; y, al otro, dos más, que parecían nuevas. Bajo la ventana, un pequeño catre y, al lado, un sillón de cuero reclinable similar a los que se destinan a los acompañantes en los hospitales.

Tardé en atreverme a mirar hacia aquella cama. Tardé mucho rato, porque era más sencillo examinar la decoración de la habitación que afrontar la realidad de que estaba cara a cara con el pasado de Hugo, con la mitad de su presente, con la que había sido la mujer de su vida, aún lo era y quizá nunca dejara de serlo. Me sentía una intrusa y, a la vez, completamente parte de aquello. Fue una sensación extraña, quizá la más extraña que he sentido jamás.

Pequeña y muy rubia. Esa fue la primera impresión que tuve. Más pequeña y más rubia de lo que recordaba de las fotos que Hugo alguna vez me había enseñado. Con un millón de pecas sobre su nariz, casi como si el sol la hubiera cogido desprevenida, a pesar de que sabía que hacía años que no salía de aquella cama. Me sorprendió ver que su aspecto físico era... normal. Eso fue lo más chocante de todo. Parecía... Dios mío, parecía dormida. Una chica joven y guapa durmiendo, tranquila, despreocupada. Como si el mundo a su alrededor no se hubiera convertido en un infierno por culpa de una maldita enfermedad para la que nadie había encontrado una cura.

—Sería mucho más fácil si estuviera deteriorada físicamente. —Hugo pareció leerme el pensamiento y nuestras miradas conectaron por primera vez en la tarde—. Triste pero más fácil de entender.

—Nada de esto es fácil de entender.

Lo dije porque era lo que pensaba. Porque no tenía ningún sentido que una chica joven, llena de vida, enamorada, amada y feliz se encontrara a medio camino entre la vida y la muerte en un limbo absurdo e injusto.

Nos quedamos en silencio mucho rato. Mirándola, mirándonos, en un ambiente que solo rompía el sonido mecánico del respirador y el pitido constante del monitor.

—¿Quieres venir a mi cuarto? Bueno, es el suyo en realidad...

Lo acompañé hasta otra de las puertas del pasillo interminable. Entramos en aquella habitación adolescente y Hugo se sentó en la cama. Yo lo acompañé y posé mi mano sobre su rodilla. Eché un vistazo a mi alrededor y no vi nada suyo, nada que identificara aquel lugar como su casa, ni hablar de un hogar. Quizá hasta que estuve allí no comprendí en toda su magnitud aquello que Hugo me había explicado tantas veces sobre lo solo y aislado que se sentía en aquella casa.

Hizo amago de darme un beso y yo me aparté. Fue un instinto, algo que salió de una parte de mí que no tenía muy claro cuál era.

—Tienes razón —me dijo él—. Aquí... no... no es apropiado.

—No. No lo es.

El ambiente se enrareció. Haber visto a Paula convirtió todo lo que éramos Hugo y yo en algo real. Más tangible. Y supongo que, para él, tenernos a las dos en la misma habitación surtió un efecto parecido. No es que hubiéramos vivido engañados hasta aquel momento, pero las realidades se perciben con los sentidos mejor que en nuestra imaginación.

Me levanté de la cama y eché un vistazo a las fotos que encontré repartidas por toda la habitación. Había las típicas fotos con amigas, vestidas con el uniforme del colegio, con un jersey de color gris y falda de cuadros escoceses; también con sus padres, con su hermana, tan parecida a ella físicamente que imaginé que para Hugo debía de suponer una tortura verla a diario, y quizá preguntarse por qué una y no la otra, por muy cruel que fuera el planteamiento. Y había fotos con Hugo. Una con el Golden Gate de San Francisco de fondo; otra en Times Square; y una más, tan en primer plano que era imposible reconocer el lugar donde se encontraban. Cogí un marco que parecía más o menos nuevo, en el que se veía a Paula sentada en una silla de ruedas, en un jardín, con un cachorro de perro muy pequeño en las manos.

—De esa foto hace hoy años. Es en la casa de sus tíos en Pozuelo. Les

habían regalado ese perro a sus primos y ella quiso una foto. Y la enmarcó y nos pidió que la pusiéramos aquí, en su cuarto. No sé por qué, porque no le gustaba verse así. Supongo que quizá ya era consciente de que podía ser una de sus últimas fotos.

—¿Estuvo mucho tiempo en la silla...? —me interrumpí, porque no sabía muy bien qué decir.

—Sí. Bueno... Ojalá se hubiera quedado así para siempre.

—¿De verdad? —le pregunté, algo incrédula por sus palabras.

—O sea... no. Ojalá nada de esto le hubiera ocurrido, en realidad. Pero, si al menos hubiera conservado la consciencia...

—¿Habríais sido felices? —le pregunté, no sé por qué.

—Para siempre.

Su respuesta, sin atisbo de duda en la voz, me dejó helada. Sí, joder, lo sabía. Sabía que él jamás se habría enamorado de mí si Paula no estuviera muerta en vida. Nuestro reencuentro probablemente se hubiera limitado a una sonrisa nostálgica y un par de preguntas de cortesía sobre qué había sido de nuestra vida en aquellos diez años. Pero oírlo... me hizo más consciente de la fragilidad de las emociones. De lo fácil y lo complejo al mismo tiempo que habría sido que jamás nos encontráramos. Quizá eso nos hacía más especiales. Quizá lo hacía demasiado difícil para sobrevivir a ello sin cicatrices.

—Lo siento, Ada. No tendría que haber dicho eso.

—Pero lo piensas. —Lo interrumpí cuando hizo amago de hablar—. No te lo he preguntado. Lo sé. Y... lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Algún día será menos complicado? —me preguntó entre susurros, con su brazo abarcando mi cintura y sus ojos algo rojizos, supongo que por el exceso de emociones que se había condensado en aquellas horas.

—Seguro que sí.

Le dije que sí porque supe que era lo que necesitaba oír. Pero lo que callé fue una aplastante realidad que teníamos sobre nosotros desde el primer momento: para que las cosas fueran más sencillas, tendría que ocurrir algo horrible; algo que ninguno de los dos desearíamos que ocurriera jamás.

Pongamos que hablo de Madrid

Las semanas pasaban. Los días se nos iban entre trabajo compartido, escapadas a comer en las que el plato principal acababan siendo nuestros besos y fines de semana en que nos las arreglábamos para hacer planes muy de novios. La visita a Paula en la tarde de Reyes cambió algo el ambiente entre nosotros. Fue como... como si nos hiciera adultos como pareja. Nos quitó parte de la inocencia naif que nos había envuelto en los primeros meses. Le añadió algo de amargor a lo nuestro, pero también nos consolidó como pareja. Quizá es demasiado difícil entenderlo sin haberlo vivido.

Los viernes se habían convertido en mi día favorito de la semana, casi como cuando tenía catorce años y el timbre de salida del instituto era el momento soñado. En aquel invierno helador que vivimos en Madrid, Hugo y yo nos las arreglábamos para terminar pronto el trabajo, aunque nos tocara recuperar horas el fin de semana desde casa, y nos íbamos a comer fuera, eligiendo cada viernes un restaurante diferente que nos apeteciera probar. Llegamos al punto de perfeccionismo de enviarnos reseñas de locales entre semana para elegir con mimo el lugar idóneo, fuera una taberna de barrio o un restaurante de autor. Y, después de comer, nos encerrábamos en su piso de Argüelles y dejábamos que la noche nos encontrara desnudos. Casi siempre nos quedábamos a dormir.

Y era suficiente. Quizá no lo deseable, pero sí suficiente en aquellos momentos. Habíamos alcanzado la excelencia en condensar en menos de veinticuatro horas lo que otras parejas tienen todo el tiempo del mundo para compartir.

Mi cumpleaños cayó aquel año en viernes, un viernes en el que casi se veía venir ya febrero y que celebramos pasando la tarde de paseo por la zona de Moncloa. Hacía un sol vibrante, que contrastaba con el aire helador del que Hugo se protegía con una bufanda y yo metiendo la cabeza en el cuello de pelo

de mi parka. Callejamos sin destino fijo, parando un par de veces, primero a tomar un chocolate y luego una cerveza. Nos gustaban esos ratos lánguidos, despreocupados. Yo notaba que estaba cambiando, que ya no necesitaba emociones fuertes a cada momento, quizá porque mi propia relación con Hugo ya era lo bastante trepidante. Y sabía que a él le venía bien que nuestro amor fuera tranquilo, que no se complicara más de lo que era por su propia naturaleza. Nunca discutíamos, no porque alguno de los dos callara lo que opinaba, sino porque, simplemente, habíamos sido siempre así. Tampoco recordaba ni una sola bronca en aquellos nueve meses que habíamos pasado juntos en la universidad. Éramos dos personas de carácter tranquilo e ideas claras, y eso supongo que ayuda a que una relación sea sana.

—¿Por qué yo? —La pregunta de Hugo me sorprendió tanto que ni la entendí. Estábamos tomando una caña en un local de aspecto bastante alternativo que parecía haberse escapado de Malasaña y recalado en Moncloa por error.

—¿Qué?

—¿Por qué yo, Ada? —repitió—. ¿Qué ha sido de viajar por el mundo, de no atarse a nadie, de huir de las relaciones complicadas?

—Hugo... No sé si quieres que te regale los oídos o estás planteándote cosas que me dan pavor.

—Pues... quizá *fifty fifty*.

—A ver cómo te lo explico. No estoy aquí renunciando a nada. En este momento de mi vida, me gusta estar en Madrid. No es solo por ti, aunque algo influyes. —Le sonreí, para quitarle hierro a la conversación—. También por Cloe, porque, aunque quizá ya no me necesite aquí, me parece un regalo haber tenido la oportunidad, pasados los treinta, de volver a vivir con mi hermana, como cuando éramos unas crías. Y, bueno..., evidentemente, haberme enamorado de ti ayuda a que me quiera quedar.

—¿Y tu alergia al compromiso?

—No sé si he tenido de eso. —Me reí y me quedé un momento pensativa—. Quizá sí, no sé. He tenido alergia a que una relación me quitara mi libertad, supongo. A esa cosa de tener que ceder parte de tu personalidad para ser la mitad de un todo.

—¿Y me estás diciendo que yo no te quito la libertad? —me preguntó, acompañando sus palabras por una carcajada amarga que me llenó de desasosiego.

—No, Hugo. Tú no me quitas la libertad, en nada. Tu situación impide que podamos hacer juntos muchas cosas que serían normales en otra pareja. Punto. Ni eso impide que las haga yo si quiero ni, por descontado, fui engañada a toda esta historia. Yo sabía lo que había, yo conocía las dificultades y yo decidí que me compensaban las cosas buenas por las malas.

—¿Y nunca te has arrepentido?

—¿A dónde quieres llegar con todo esto, Hugo? Porque no sé si preocuparme o cabrearme, la verdad.

—No lo sé. Supongo... supongo que me cuesta entender que te hayas complicado tanto la vida.

—A ver si diciéndote esto consigo que lo entiendas y que zanjemos esta conversación tan *mierder*. El día que esto deje de compensarme, el día que los inconvenientes superen a las ventajas o, simplemente, el día que deje de creer en ello... me iré. Quizá es justo lo que tú has dicho, mi forma de entender las relaciones, lo que juega a nuestro favor. Quizá otra persona necesitaría a su pareja veinticuatro horas al día siete días a la semana, dedicación exclusiva, devoción absoluta. Yo no. Yo soy feliz queriéndote, sabiendo que me quieres y disfrutando como lo hacemos de los momentos que tenemos.

—Creo que me has convencido. Vaya discurso te has marcado. —Se rio—. Hasta en eso eres perfecta.

—Oye... —Le lancé una servilleta arrugada y señalé con el dedo hacia un mensaje que destacaba en color rojo entre las paredes pintarrajeadas de aquel local. Decía «Si me idealizas, te rajo»—. Que no se te vaya a olvidar, ¿eh?

—Perdona... esta conversación no ha sido el mejor regalo de cumpleaños de tu vida, ¿no?

—Pues no demasiado. Pero no te preocupes. ¿Te ha pasado algo?

—No. De verdad que no. Solo es que... hay días en que me cuestiono todo.

—¿Te apetece que vayamos a tu casa y nos lo cuestionemos juntos? —Me incliné hacia delante y le susurré al oído.

—¿Por *cuestionar* te refieres a follar como bestias? —Al fin atisbé una sonrisa en la cara de Hugo, y eso me hizo sonreír a mí a su vez. Sonaba *Pongamos que hablo de Madrid* en la versión de Antonio Flores, y sentí que la ciudad se me había vuelto a colar tan adentro como veinte años antes, la primera vez que la había visto con ojos de adulta, y como diez años antes, cuando me enamoré por primera vez entre sus calles.

—Bastante.

Nos marchamos a su piso de Argüelles a media tarde y no salimos de la cama hasta que ya ni el rumor del tráfico se oía a través de las ventanas. Hugo me dio mi regalo de cumpleaños, un precioso mapamundi antiguo que me contó que había encontrado en una pequeña tienda cerca de la Plaza Mayor.

—Este será mejor que no lo destroces con chinchetas —bromeó—. Pero puedes imaginártelas para seguir soñando con recorrer el mundo.

—De tu mano.

—De mi mano. Algún día.

Ninguno de los dos quisimos pensar aquella noche qué circunstancias permitirían que ese «algún día» llegara. Era demasiado duro, demasiado cruel. No era algo en lo que nos apeteciera pensar, aunque la conversación sombría de Hugo aquella tarde en la cervecería había hecho florecer un pequeño nubarrón sobre nuestras cabezas.

Dormimos juntos y todas las penas se nos olvidaron con el sobresalto que llegó a la mañana siguiente. Nos habíamos acostado tan tarde que pasaba del mediodía cuando nos despertamos, acurrucados y desnudos. Pero no fue el sol que entraba por las ventanas del dormitorio de Hugo lo que hizo que abriéramos los ojos, sino una voz de mujer, algo chillona, que me hizo dar un salto en la cama del susto, aunque se me pasó, solo en parte, al ver que Hugo no reaccionaba exactamente como si hubiera entrado una banda de ladrones en su casa.

—Oh, mierda. Mierda, mierda. Vístete, anda. Rápido.

No me dio tiempo ni a plantearme dónde había quedado perdida mi ropa la noche anterior cuando la puerta del cuarto de Hugo se abrió de repente y a mí solo me quedó la opción de cubrirme hasta la barbilla con la sábana.

—¡Mamá! —Hugo tuvo el tiempo justo de ponerse unos calzoncillos y taparme un poco con su cuerpo mientras saludaba a aquella desconocida que solo con aparecer ya había conseguido que me pusiera más colorada de lo que había estado en toda mi vida.

—Oh, por Dios, hijo, ¡no sabíamos que estabas aquí!

—*¡Sabíamos?* —Hugo entró en pánico, se le notaba en la cara.

—Pero ¡por Dios! Deja de esconderte, idiota, que te he visto el pito cuatrocientas veces.

Se me escapó una risita, así que yo sola delaté mi presencia. Bueno, en realidad, solo adelanté lo que era inevitable.

—¡Oh! No estás solo... ¡No estás solo! Perdón, perdón, perdón. Os

esperamos en el salón.

—¿Qué coño quieres decir con «os esperamos», mamá?

Hugo salió detrás de ella, en calzoncillos, y yo aproveché para vestirme a la velocidad del rayo y salir a encontrarme con... Dios sabía con qué. Creo que solo abandoné la habitación porque la situación me provocaba casi tanta curiosidad como vergüenza.

Al llegar al salón, allí estaba la madre de Hugo, que parecía tan joven que resultaba difícil creer que tuviera un hijo de treinta y tres años. Alta, casi tanto como yo, con una media melena rubia bien cuidada, los mismos ojos verdes que su hijo y vestida con un traje pantalón azul celeste que olía a dinero a la legua. Junto a ella había dos hombres, de edad parecida a la suya, vestidos con ropa informal y con unas sonrisas burlonas pintadas en la cara.

—Papá, mamá, tío Jaime... —La voz de Hugo sonaba resignada, pero también teñida de humor—. Esta es Ada. Ada, estos son mis padres, Clara y Darío. Y mi tío Jaime.

Por suerte, todos ignoramos el protocolo de los besos y nos intercambiamos unos saludos tímidos con la mano. Hugo les preguntó, varias veces, qué estaban haciendo allí, y ellos se perdieron en una historia sobre un libro que el padre de Hugo estaba convencido de que su exmujer se había llevado por descuido en el divorcio, y ella estaba segura de que se había quedado entre los enseres que ambos habían dejado en el piso de Argüelles después de mudarse.

—Y, como estábamos tomando un vermú por la zona, decidimos subir a buscarlo —explicó su madre—. ¡No teníamos ni idea de que estarías aquí!

—Pues estoy, ya ves, así que, cuando queráis, podéis volver a marcharos.

—Sí, Clara, vámonos ya, anda —medió uno de los hombres.

—Pero... Ya que estamos aquí, podíamos ir a tomar algo todos juntos.

—Sí, mamá, ese me parece un planazo. ¡Cómo no se me habrá ocurrido a mí antes!

—Qué impertinente eres.

—Ada, encantada de conocerte —me dijo el padre de Hugo, dirigiéndome una mirada significativa que no supe muy bien cómo interpretar. Sabía que Hugo le había contado a su madre nuestra historia, pero no estaba muy segura de que su padre tuviera ni la menor idea de lo nuestro—. Nos vamos.

—Un momento... ¿Ada? —Su tío se me quedó mirando y yo solo quise que se abriera el suelo y me tragara, porque en su tono de voz sentí que mi nombre le decía algo—. ¿Eres la Ada...? ¿Es esa Ada, Hugo?

—Jaime, por favor... —Hugo se tapó la cara.

—¿Coño, Ada! ¿La Ada por la que estuviste loco en la universidad?

—Vale. Ya. Hasta aquí. Fuera todos.

Hugo no alzó la voz, pero tampoco le hizo falta. Todos parecieron darse cuenta al mismo tiempo de que aquella conversación era lo más surrealista que se podía esperar y se dirigieron a la puerta. La madre de Hugo hizo un amago de insistir para que bajáramos a tomar un vermú con ellos, pero la mirada de los tres hombres que la rodeaban le hizo repensárselo. Se limitó a darle un beso a su hijo en la mejilla, que él recibió de buen grado pese a su leve protesta; se le notaba en la mirada que no era una queja sincera.

—Dios mío... —Hugo se apoyó contra la puerta y cerró los ojos—. Lo siento.

No le respondí porque del ataque de risa que me dio casi me caigo al suelo. Bueno, en realidad, acabé sentada sobre la alfombra del recibidor, con la cara enterrada entre las manos y unas carcajadas que era incapaz de contener. Hugo acabó uniéndose a mí, después de rescatar dos tazas de café de la cocina.

—Pero, entonces, ¿tus padres salen juntos por ahí?

—Constantemente.

—¿Y con tu tío y todo? Es el hermano de tu padre, ¿no? Son iguales.

—Bueno, es que el hermano de mi padre resulta ser, en estos momentos, el novio de mi madre.

—¿Cómo dices?

—Oh, no te creas que eso ha generado ningún mal rollo, teniendo en cuenta que mi padre estuvo liado con la exmujer de mi tío durante unos seis años, más o menos.

—¿Y ella lo abandonó por algún otro miembro de la familia? —Me reí, porque estaba tan alucinada que ya no me quedaba otra opción.

—No. El culebrón acaba aquí.

—Has salido bastante normal para lo poco... tradicionales que son tus padres.

—En realidad, es una cosa extraña que les ha venido con la edad. Hasta que cumplí veinte años y se divorciaron, te juro que eran una pareja tirando a aburrida.

—Quizá por eso se separaron.

—Eso es lo que dicen ambos. Que están viviendo una segunda juventud y

todo eso. A veces son agotadores, te juro que nunca sé cuántos vamos a ser en la cena de Nochevieja, pero...

—¿Pero...?

—Pero son fantásticos.

Le sonreí porque sí, yo también lo pensaba. Solo había necesitado diez — incómodos— minutos para darme cuenta de que aquella familia rebosaba amor por los cuatro costados. Quizá demasiado, incluso, teniendo en cuenta sus extrañas relaciones de pareja. Pero, tal como Hugo me decía, nunca se había generado ningún mal rollo entre sus padres, ni entre sus tíos, ni entre nadie. Después de años atrapada en una familia en la que todo eran reproches, malas caras y una mentalidad tan cerrada que convertía el ambiente en opresivo, la original familia de Hugo me parecía todo un soplo de aire fresco.

—¿Eres consciente de que sigues en calzoncillos?

—Muy consciente. Tiempo que me ahorro para desnudarme.

—Y... ¿tienes pensado desnudarte en un futuro próximo?

—¿Tú qué crees?

Hicimos el amor despacio, con calma, tomándonos el poco tiempo del que disponíamos; Hugo tenía que volver a casa de Paula después de comer. Nos quedamos remoloneando en la cama un ratito más, hasta que una cosa llevó a la otra y nos despedimos con dos orgasmos rápidos y simultáneos que nos dejaron sin respiración durante un buen rato.

Hugo me acercó a casa en coche, preparada ya para seis días más sin poder dormir con él, sin sentir su piel contra la mía, sus labios en mi pecho, los míos en su cuello. Y no pude evitar darle vueltas a la frase del tío de Hugo. «Por la que estuviste loco en la universidad». Quizá sí, diez años atrás, hubiera escuchado esas palabras, me habría costado creerlas. Pero, incluso después de todo ese tiempo, la familia de Hugo sabía de mi existencia, recordaba mi nombre. Me planteé que tal vez en su día habíamos menospreciado lo que tuvimos. Que jugamos a fingir que era un rollo sexual durante demasiado tiempo, hasta que nos atropellaron nuestros propios sentimientos. Que quizá nos quisimos más de lo que nos atrevimos a reconocernos a nosotros mismos, quizá más de lo que se puede digerir a los veintitrés años.

Y un escalofrío de terror me recorrió la espalda al pensar que tal vez no habíamos aprendido demasiado de la vida en diez años. Que tal vez también nos estábamos queriendo más de lo que éramos capaces de reconocer en nuestras circunstancias. Que puede que nos estuviéramos queriendo más de lo

que es posible digerir, a los treinta y pico o a cualquier edad. Y no tenía nada claro que eso fuera una buena noticia.

This can't be right

No se podía decir que yo fuera una novata en las relaciones. Había salido con varios hombres, me había enamorado, había roto por razones diversas, había sufrido, había disfrutado y había salido adelante. Y, siempre que una relación se había acabado, me preguntaba si no habría podido evitarlo si lo hubiera visto venir. No solo en los casos en que la otra persona me había dejado; también cuando yo había perdido el interés, o la ilusión o ese punto, fuera cual fuera, que hacía que la relación me compensara. Muchas veces pensé que ojalá hubiera podido volver atrás, identificar el momento exacto en que el encanto se había roto y salvarlo. Pero la vida no era así. Nada que merezca la pena suele ser tan sencillo.

Febrero llegó a Madrid frío y gris. Y, por alguna razón que en aquel momento aún no comprendía, algo se enfrió también entre Hugo y yo. Supongo que, como suele ocurrir, fue una acumulación de circunstancias. Un pico de trabajo algo descontrolado que nos impidió tener el suficiente tiempo para nosotros, un viernes en el que una revisión médica rutinaria de Paula nos hizo aplazar los planes, otro en el que habíamos pensado hacer un pícnic invernal en el Retiro que una tormenta inesperada arruinó... Tonterías, que lo serían en una relación *normal*, pero que se convertían en piedras en el camino de una como la nuestra.

Todo se acabó torciendo de la manera más inesperada. Y quizá solo lo hizo dentro de mi cabeza, porque Hugo seguía siendo aquellos días el mismo que desde el comienzo. Tanto que incluso les había empezado a contar a sus amigos más cercanos nuestra situación y, a pesar de todas sus reservas y los miedos que aún tenía a que la gente pensara que se estaba comportando de una forma poco ética o inmoral, lo cierto es que la mayoría recibieron la noticia con afecto. Incluso con alivio, como si a todos aquellos que en el pasado habían pensado que Hugo se estaba condenando por quedarse junto a su mujer

les pareciera que en mí encontraba el respiro necesario a la presión que llevaba encima desde hacía ya demasiados años.

Un sábado de mediados de febrero, Hugo me llamó para proponerme un plan que no esperaba. El día anterior había sido bastante mustio, después de aquel pícnic fallido en el parque y de que ninguno de los dos pareciera tener demasiadas ganas de nada en el plan alternativo de irnos a pasar la tarde a su casa. Habíamos hecho el amor con algo de desgana, cenado con desdén e incluso habíamos tenido un conato de discusión para elegir una película que, en realidad, no nos apetecía a ninguno de los dos. Nos habíamos despedido fingiendo que no había ocurrido nada, mientras Hugo probablemente pensaba que solo había sido una tarde tonta y todo iba bien, y yo me preguntaba cómo podía no darse cuenta de todo lo que empezaba a ir mal.

El plan consistía en asistir al bautizo del primer hijo del mejor amigo de Hugo. A su mujer se le habían ido un poco de las manos los preparativos y era una especie de boda encubierta. Y, para Hugo y para mí, nuestro primer acto social como pareja. No es que fuera un planazo, pero al menos saldríamos de una rutina que se había vuelto un poco maligna en las semanas anteriores y Hugo podría pasar tiempo con su gente.

El bautizo se celebró en una carpa habilitada en el jardín de los abuelos maternos de la criatura, y enseguida Hugo me presentó a cinco o seis de sus amigos de siempre, con los que había ido al colegio, y cuya amistad conservaba a pesar del paso de los años y del aislamiento de Hugo después de la universidad. Aquellos eran sus verdaderos amigos; los de la universidad, los suyos, los míos y los compartidos, habían volado por el camino, pero los de la infancia permanecían. Algunos estaban allí con sus novias, otros con sus mujeres, algunos perseguían a sus hijos por el jardín y otros seguían solteros. Y luego estaba Hugo, que no era nada de todo lo anterior y a la vez varias cosas.

Después de un cóctel del que nos burlamos con ganas, porque apenas supimos distinguir los ingredientes de uno o dos canapés, llegaron las copas, las charlas distendidas, reír, bailar... A Hugo y a mí se nos vino a la cabeza sin necesidad de palabras aquella noche de verano en la que habíamos bailado a la luz de las antorchas en la fiesta de una marca de ginebra que puede que ni recordáramos. Pero no olvidábamos lo que habíamos sentido, cuando lo nuestro parecía tan imposible que no nos atrevíamos a planteárnoslo.

—¿Piensas seguir arrastrándome a bailar? —me preguntó, con los labios

rozando mi pelo. Hugo no era un genio bailando, pero no era esa la razón por la que estaba convirtiendo en una danza lenta una especie de electrolatino espantoso que sonaba en la carpa. Era porque necesitábamos sentir nuestros cuerpos.

—Todas las veces que pueda.

—¿Nos vamos?

—Mmmmm... —ronroneé como un gatito—. Quiero seguir bailando contigo.

—Podríamos aprovechar para ir a mi piso un rato.

—No. —No quería que nos fuéramos deprisa, como dos adolescentes que buscan su lugar a escondidas. Quería que fuéramos normales, aunque solo fuera durante una tarde—. Baila conmigo.

Nos besamos en público, escuchamos las invitaciones de sus amigos para planes que probablemente no se materializarían y, cuando la noche empezaba a caer sobre aquel jardín, nos despedimos de todos. Incluido del bebé al que estábamos homenajeando.

Y, entonces, cuando lo cogió en brazos, lo vi. Un brillo en los ojos de Hugo que reflejaba tantos sentimientos que quizá solo yo podía diseccionarlos. Un anhelo profundo, un dolor lacerante, una incógnita siempre presente. Hugo y yo nunca habíamos hablado de ser padres; bueno, yo había dicho un millón de veces en mi vida que los hijos no entraban en mis planes, que no eran compatibles con el estilo de vida que me gustaba llevar. Seguía pensando lo mismo, pero... no podía evitar una punzada en el estómago al ser consciente de que esa decisión había dejado de ser mía. Y yo estaba acostumbrada a tomar todas las decisiones que concernían a mi vida.

Volvimos al coche en silencio. Yo me había dado cuenta de todo lo que sintió Hugo al coger en brazos a aquel bebé, y él lo sabía. Mi mente iba a cien mil revoluciones por minuto, o quizá era mi corazón el que lo hacía. No dejaba de darle vueltas a que Hugo había tenido que renunciar también a la posibilidad de ser padre. Como era algo que nunca había entrado en mis planes, no me planteé que para él sí estuviera entre los suyos. Y pensaba en ese *stand by* que era en realidad nuestra relación, en la que ninguno de los dos era del todo soltero, ni casado, ni divorciado ni viudo. El verbo «rayarse» debió de inventarse para todos los pensamientos que ocuparon mi cerebro en aquel trayecto entre una finca de la carretera de La Coruña y el centro de Madrid.

—¿En qué piensas? —me preguntó Hugo, en un susurro, cuando ya casi

estábamos llegando.

—No lo sé —mentí, porque era demasiado difícil decir la verdad.

—Creo que los dos lo sabemos.

Asentí y vi como Hugo cambiaba de dirección. Se saltó el camino hacia mi casa y siguió conduciendo por Madrid. El tráfico era el habitual de un sábado por la noche y me permití observar por la ventana a la gente que entraba en los teatros de la Gran Vía, a los grupos de chicos que reían, que abordaban un taxi, que salían de restaurantes... Era la vida en movimiento, bajo las luces de la ciudad, mientras yo sentía que la mía, que las nuestras, se habían quedado detenidas dentro de aquel coche.

—¿A dónde me llevas?

—A ningún lugar. —No supe qué contestar, y Hugo siguió hablando—. O a cualquier lugar donde se nos pase esto.

—¿Y qué es *esto*, Hugo?

—Esto... es que nos hemos agobiado un poco viendo a tanta gente. Estamos acostumbrados a estar solos y...

—¿Y? ¿Y nos vamos a quedar aislados del mundo toda la vida? ¿Es mejor que no quedemos nunca con nadie que no sea Cloe, porque la gente con una vida que avanza nos hace daño?

—¿Qué te ha pasado, Ada? ¿Qué ha ocurrido esta tarde que te ha dejado así?

—¿A mí? ¿Estás seguro de que ha sido solo a mí?

—No... —respondió, tras unos segundos en silencio—. No ha sido solo a ti.

—Ya.

El silencio volvió a cundir sobre el coche y Hugo no lo rompió hasta que habíamos pasado ya la M30.

—Nunca me imaginé no tener hijos.

—No lo sabía. Pensé que...

—Éramos unos críos la primera vez que estuvimos juntos, Ada. —Detuvo el coche cerca de un parque, en una zona que no acabé de identificar. Anodina, como mi estado de ánimo—. En aquel momento ni me planteaba tener hijos. Y, después..., a Paula le encantaban los niños, siempre pensé que no tardaríamos demasiado en tenerlos. Al enfermar, evidentemente, ya quedó todo descartado.

—O sea, que... nunca fue decisión tuya, en realidad.

—No es tanto eso como la imagen mental que tenemos de lo que será nuestro futuro. Puede que yo nunca haya dicho con rotundidad «quiero tener

hijos», pero, cuando me planteaba el futuro a largo plazo, siempre veía niños en él.

—¿Y ahora? —Bajé tanto la voz que puede que no me escuchara, que solo intuyera lo que le estaba preguntando.

—Hace muchos años que no me atrevo a pensar en el futuro. —De nuevo, silencio—. Me aterra.

—A mí también.

Volvió a arrancar el coche, e incluso el hecho de que tomara la dirección que me llevaba a casa me pareció aquella noche una mala señal. Todo me lo parecía. Quizá había sido un milagro no haber tenido ni una sola crisis en los cuatro meses que llevábamos juntos como pareja estable. O todo lo estable que nos estaba permitido ser. Quizá aquella noche se condensaron todas las que habrían tenido dos personas que se hubieran encontrado menos cegadas por unos sentimientos que nos desbordaban. Quizá fue el principio del fin. O el fin del principio.

El equipo de música del coche de Hugo conspiró contra nosotros y sonó *When Susannah Cries* justo en el momento en que yo tuve que girar la cabeza para que Hugo no viera que una lágrima se me había escapado mejilla abajo. Quise que guardara silencio cuando paró el coche delante de mi casa, pero había aprendido a los veintitrés años que Hugo no se callaba si sentía que tenía algo que decir.

—Pasará, nena... Pasará.

Se le rompió la voz, y entonces me rompí yo, y quise volar a cualquier tarde de aquellas en que nos encerrábamos en su piso de Argüelles y los problemas parecían desaparecer, aunque solo fuera por un ratito. Quise que no se hubiera roto el encanto, que la magnitud de lo que nos rodeaba no hubiera tenido la fuerza suficiente para alcanzarnos, quise viajar en el tiempo, pero, aunque hubiera sido posible, no habría sabido a qué momento hacerlo. ¿A diez años atrás, para no haberme marchado? ¿A un año, para evitar enamorarme de nuevo de él? ¿A unos meses, para salir corriendo en cuanto supe lo que ocurría en su vida? ¿O a unas semanas, para reunir todo lo que sentía por él, condensarlo en forma de ilusión, de fuerza, de impulso para seguir adelante y no dejar que cundiera el desaliento? ¿O a esa misma mañana, para no ir a un bautizo en el que vería en los ojos de Hugo todos los planes que ya nunca tendríamos?

—Algún día todo será más fácil, te lo prometo.

Asentí, sin decir nada más, y me bajé del coche. Yo no lo pregunté y él no lo dijo. Las palabras estaban entre nosotros, sin pronunciar, clavadas en lo más hondo, doliéndonos. ¿Moriría Paula? ¿A corto plazo? ¿A medio? ¿Nos daría tiempo a Hugo y a mí a vivir nuestro amor de verdad? ¿O nos perderíamos lo mejor de la vida esperando? ¿No era una puta locura esperar, casi desear, la muerte de una buena mujer, de alguien que había amado y había sido amada, para vivir algo tan egoísta como una historia de amor?

The pain will make you crazy

Se acababa febrero, y eso era algo contra lo que no se podía luchar. Y, con él, sentía que Hugo y yo nos agotábamos también, que se acababa el hechizo, la magia... eso que nos ayuda a cubrir la realidad con un velo en el que parece que todo merece la pena. A nosotros nos había durado más de cuatro meses; semanas y semanas en las que nada parecía poder ensombrecer lo que sentíamos, en las que los problemas se superaban con besos y las dificultades con esa sensación ingenua de los enamorados de que el universo conspira para que todo salga bien al final. «Somos nosotros, ¿qué puede fallar?».

Pero no siempre sale todo bien y hay muchas cosas que pueden fallar. Sobre todo cuando ya fallaban antes de que todo empezara, pero ignoramos las señales porque creemos que el amor lo podrá todo al final.

Hugo y yo pasamos unos cuantos días mustios después de aquel bautizo. Seguíamos queriéndonos, no como el primer día, sino... mucho más. Todo. Nos queríamos con el alma, con el cuerpo, con el corazón, la cabeza y la piel. Se nos notaba a la legua, en los momentos que compartíamos en la oficina, en las escapadas a comer, en las tardes de viernes en su casa. Seguíamos riendo juntos, pero eran esas carcajadas que se extinguen pronto, convertidas en una sonrisa amarga. Seguíamos haciendo el amor con pasión, con ternura, con deseo, con ganas... pero nos acurrucábamos al acabar en un silencio que ya no era cómodo, porque estaba lleno de miedos. Seguíamos siendo Hugo y Ada, pero ya no éramos los chicos de veintitrés años que disfrutaban de su amor sin preocupaciones, ni los adultos que se reencontraron con diez años de experiencias acumuladas y un ansia enorme por compartir las que estuvieran por llegar. Parecíamos... un Hugo y una Ada un poco desgastados por la situación que nos rodeaba.

Nos queríamos con locura, pero la cordura nos estaba ganando la batalla. Maldita fuera la cordura.

Un jueves cualquiera, Berta nos envió un *email* a todos los empleados y colaboradores de Translitere. Lorena y Elena lo leyeron antes que yo y empezaron a pasarse un calendario de mano en mano, a hacer planes, a abrir webs... Básicamente, a llenar el despacho de un ambiente festivo que no comprendí hasta que me lo explicaron.

—El año pasado tú aún no estabas aquí, pero es el día más loco del año: el reparto de las vacaciones. Como casi todo el mundo es de fuera de España, hay hostias para quedarse con las mejores semanas del verano —me informó Lorena, mientras hacía planes con Elena para irse juntas a Tailandia si conseguían sus días al mismo tiempo.

—Pero, chicas... ¡Es febrero! ¿Quién tiene el cuerpo para estar pensando en vacaciones de verano?

—Yo siempre tengo el cuerpo para pensar en vacaciones, la verdad —reconoció Elena.

—¿Y cuántos días nos corresponden?

—Tienes que coger tres semanas seguidas entre julio y agosto, pero siempre tiene que quedar alguien de tu departamento disponible.

—Claro que tú... de árabe no hay nadie, así que tendrás que preguntarle a Berta cómo hacerlo.

Siguieron con sus planes y, antes de que me diera tiempo a ir yo hasta la recepción a enterarme, Berta me comunicó que podía cogerme los días como quisiera, al ser de las pocas trabajadoras que estaba sola al frente de un idioma. Con que dejara cerrados los proyectos pendientes, sería suficiente.

—Estaba claro que, tirándote al jefe, no ibas a tener ningún problema —comentó Lorena, en voz baja, pero con la clara intención de que la oyera. No había ninguna malicia en su voz, pero sí unas ganas de cotilleo alarmantes.

—Yo no... ¡no me tiro a Hugo!

—Ajááá... ¿Y cómo sabías que me refería a Hugo?

—Lore, tía, es el único jefe que tenemos. Estás haciendo fatal la investigación.

—¿Podéis parar? —Alcé un poco la voz para asegurarme de que me escucharan—. Si queríais saber algo, no teníais que haber hecho más que preguntar.

—Sí, claro, como si nos lo fueras a contar... —terció Elena.

—No hay nada entre Hugo y yo —mentí—. Bueno..., lo hubo. Tuvimos una historia cuando estábamos en la universidad, pero eso fue hace más de diez

años. Ahora somos amigos, claro, tenemos muchas cosas en común, pero no hay más que eso.

—¿En serio? ¿Y por qué? —Lorena se apoyó hacia delante en su mesa y me dio la risa porque me recordó a las ancianas de mi pueblo que lo hacían en los alféizares de las ventanas para cotillear con las vecinas.

—No... no ha surgido.

—Se rumorea que está casado o tiene una novia o algo así —añadió Elena.

—Eso... es asunto suyo.

Salí como pude de aquella conversación. Y «como pude» significó que puse como excusa un hambre atroz, que no tenía, para bajar a desayunar, aunque en realidad hubo más de pitillo que de café, porque aparentemente ya me había convertido de nuevo en fumadora oficial. Me senté en una terraza de un bar en el que nunca recalaba ninguno de mis compañeros y me pedí un descafeinado doble. No necesitaba nervios extra.

Hicieron falta diez minutos y dos cigarrillos para que me diera cuenta de por qué les había mentado a Lorena y Elena. Durante meses, había construido en mi cabeza excusas verosímiles, por si llegaba el momento en que me preguntaran por aquella relación cada vez menos disimulada que teníamos Hugo y yo. Pero, en el fondo, sabía que, unas cuantas semanas antes, les habría acabado contando la verdad. Una versión aceptable que no comprometiera la intimidad de Hugo, claro, pero no demasiado alejada de la realidad en lo que se refería a nuestros sentimientos.

Pero en aquel momento no pude. *Ya* no pude, porque tuve la sensación de que era como correr hacia la puerta de embarque cuando sabes que el avión ha despegado, como pedirle a alguien que se enganche a una película cuando quedan dos minutos para el final, como... contar una historia cuando está a punto de acabarse.

Me tragué las lágrimas como me había acostumbrado a hacer muchas veces en los días anteriores. Se acababa y ni siquiera sabía si Hugo era consciente de ello. Y yo no dejaba de darle vueltas a una idea en mi cabeza: ¿se lo decía cuanto antes, arrancaba la tirita de un tirón sabiendo que la piel me quedaría dolorida durante meses o me dejaba vencer por la tentación de vivir esos últimos momentos con él?

Al final, no fui yo quien tomó la decisión, sino una conversación que empezó siendo mi último intento de recuperar la ilusión y acabó convertida en una pesadilla que aún me estremece recordar.

Era viernes. El día siguiente a aquel *email* que nos había metido dentro a todos en la oficina el gusanillo de viajar. Llovía en Madrid, y Hugo y yo tardamos un buen rato más del habitual en llegar a Argüelles. Entramos en su piso entre risas, ni siquiera recuerdo por qué. Solo sé que el sonido de aquellas carcajadas se me quedó dentro como el eco de una canción que no querría haber dejado de escuchar nunca. Hicimos el amor con ansias, con una pasión desmedida, abrasadora, con ganas de sentirnos, de tenernos. Parecía que estuviéramos alzando la voz en el último canto de sirena de lo nuestro, en los estertores de nuestra propia muerte como pareja. Eso lo supe después. En aquel momento, solo podía pensar en que aún podíamos arreglarlo, en que todo era posible entre dos personas que se amaban tanto. Creía de verdad que el cuerpo sería lo suficientemente sabio como para dotarnos de algún mecanismo interno que nos impidiera enamorarnos con esa profundidad si el destino iba a ser sufrir.

—Oye, Hugo... —Me giré para mirarlo. La luz de la mesita de noche se reflejaba en sus ojos y me pareció que brillaban más que nunca, como si estuvieran intentando llamar mi atención para que no los olvidara nunca—. Ya sé que es demasiado pronto para pensar en nada, pero... Le he estado dando vueltas al *email* que envió ayer Berta.

—¿Qué *mail*?

—El de... las vacaciones de verano. Para repartirnos los días que queremos cada uno, ya sabes.

—Ah, ni idea. —Se volvió hacia su mesilla y cogió un cigarrillo. Lo encendió con aire despreocupado, porque... eso era lo que estaba. Despreocupado, tranquilo, convencido de que todo iba como siempre. Quizá él llevaba tanto tiempo viviendo en una situación horrible que el pequeño oasis que suponía nuestra relación, aun con todas sus dificultades, le aportaba calma. Aunque solo fuera por eso, merecía la pena luchar por salvarlo—. ¿De qué va el tema? Ya sabes que todo lo administrativo lo gestiona Berta.

—Pues, Hugo, yo... Me gustaría saber si hay alguna posibilidad de que hagamos algo... ya sabes, en verano.

—¿Algo? —Me apretó más contra su cuerpo—. ¿Algo de qué tipo?

—¿Un viaje? No sé, a donde tú quieras, lo... lo que sea posible en tu situación.

—Ada, yo... No creo que pueda decirte algo con tanta antelación. Los padres de Paula se van una semana cada verano a una casa que tienen en

Benalmádena, pero suelen decidirlo sobre la marcha, así que no sé cuándo tendré que estar en Madrid y cuándo tendría un poco más de margen. De todos modos...

—¿Qué? —lo apremié cuando se quedó en silencio un rato demasiado largo.

—De todos modos, prefiero no irme demasiados días lejos. Por si...

—Ya.

El silencio nos engulló. Cogió toda la magia y se la llevó lejos. Les puso un amplificador a nuestros temores más profundos e hizo que se escuchasen alto y claro. Yo me sentía egoísta, porque conocía desde hacía meses las normas de nuestra relación y las había entendido y asumido. Odiaba no ser capaz de continuar bajo esas reglas del juego, sobre todo porque tenía la sensación de que era algo tan tonto como las ganas de hacer un viaje lo que iba a acabar rompiendo lo más bonito que me había pasado en la vida.

Pero es que me apetecía viajar. Mucho. Demasiado. Recorrer el mundo había sido mi razón de ser desde que tenía veintitrés años, el sueño de mi vida desde mucho antes incluso, y, aunque ya no necesitaba trasladarme con todos mis bártulos, sí quería seguir viajando. Llevaba en Madrid casi un año y solo había hecho una escapada a la playa con Cloe el verano anterior y aquel maravilloso viaje a Lisboa con Hugo.

Y sí, ya había planeado irme unos días a Londres con mi hermana, pero... no era solo ansia por viajar lo que me ardía dentro. Era necesidad de estar con Hugo en algún lugar que se convirtiera en el mismo oasis de paz sin preocupaciones que había sido Lisboa solo tres meses atrás. Tres meses que parecían toda una vida. El recuerdo de Lisboa me palpitaba bajo la piel.

—Ya sé que no es justo —habló Hugo, al fin—. Joder, Ada, lo siento. Lo siento.

—No...

—No digas que no importa. Sé que te importa, y mucho. Y es normal. ¡Cómo no te va a importar!

—Es solo un viaje. No es... no era más que un plan.

—Yo creo que no, Ada. Creo que es mucho más que eso.

Así que lo sabía. Hugo se había dado cuenta, siempre lo hacía de las cosas realmente importantes. Tal vez él también estaba peleando contra sus propios fantasmas, con la dificultad añadida de todo lo que tenía en su casa y puede que con la culpabilidad, que siempre se dejaba entrever en sus palabras, de no

poder hacer nada por solucionarlo. Tal vez él también creía en esa última oportunidad, en que aún podíamos salvarlo.

—Quizá... —Su voz se tiñó de esperanza, y una lágrima se me escapó por la mejilla porque yo ya la había perdido—. Escucha. Puedo arreglarlo. Puedo hablar con Cristina, decirle que me ha surgido un viaje con amigos y...

—Hugo, para.

—No, no. Puede salir bien, Ada. —La esperanza se convirtió en desesperación, en la constatación de un hecho: él también se había rendido, pero aún no lo sabía—. Cristina me escuchará, y podríamos reservar algo para un par de días fuera de Madrid, y...

Creo que fue mi expresión la que hizo que se callara. Porque no sé cómo se me veía desde fuera, pero, si reflejaba un mínimo porcentaje de la desolación que sentía por dentro, no debía de ser bonito. Me abrazó fuerte, quizá más fuerte que nunca, y yo me dejé mecer por sus brazos durante un tiempo a la vez eterno y demasiado corto.

Por mi cabeza pasó todo. Lo bueno, lo malo, lo regular. Ese sentimiento abrasador que nos impulsaba a estar juntos y el enorme impedimento que nos negaba un futuro. Vi las tardes en que era suficiente con sentir su mano aferrando la mía para sentir que nada nos podría hacer caer. Vi los besos que no acababan nunca. Y vi Lisboa. Dios... nos vi paseando por sus calles con tanta nitidez que, en aquella cama en que se dilucidaba el resto de nuestras vidas, me pareció que olía a pasteles de nata y que sonaba un fado desgarrado.

Pero también vi otras cosas. Vi la tristeza en los ojos de Hugo en aquel bautizo que había empezado a rompernos. Vi a Cloe consolándome de un plantón inesperado de Hugo, unos días antes, con la frase que parecía perseguirme a todas partes: «Algún día será más sencillo». Él también me lo había dicho. Varias veces. Todo el mundo parecía tener muy claro que mi vida con Hugo se solucionaría en algún momento. Solo que esa *solución* a la que no le ponían nombre lo tenía alto y claro en mi cabeza. Para que Hugo y yo pudiéramos vivir una relación *normal*, alguien tenía que morir. Por Dios santo, era infame.

Lo intenté. Intenté con todas mis fuerzas aferrarme a un hilo de esperanza para quedarme junto a él. Sabía que no era por hacer un viaje ese verano ni por los inconvenientes del día a día que nos impedían vernos todo lo que me gustaría ni por... nada que pudiera explicarse en un par de frases. Era una sensación de ahogo que me consumía. Que quizá también estaba consumiendo

a Hugo sin que se diera cuenta, porque yo era a la vez su alivio y su tormento. Y solo había una solución: la única que no queríamos ninguno de los dos, la única que nos había dejado la vida.

—¿Se acabó? —Estoy segura de que le costó tanto hacer la pregunta como a mí responder.

—No veo otra opción.

—¿Qué nos ha pasado, Ada? —Su voz estaba impregnada de tristeza, de dolor—. ¿Por qué estábamos tan... bien hace unas semanas y, de repente, todo ha saltado por los aires?

—No ha pasado nada, Hugo. No ahora. Lo que nos ha pasado ocurrió hace años, cuando tú y yo no éramos más que un recuerdo del pasado. Pero hemos tardado demasiado en darnos cuenta.

—¿Te arrepientes?

—No lo sé —susurré, porque no quería hacerle daño, pero tampoco mentir—. Pienso... pienso en lo que está por venir y quiero arrepentirme, porque yo sabía que podía doler y me arriesgué igual, pero... Pero no, Hugo, no me arrepiento de nada.

Nos besamos con la desesperación de la despedida. Y también con algo de ilusión, como si aún estuviéramos en una fase de negación que impedía que nos creyéramos del todo que era el adiós. Dos personas que se besan como nosotros lo hacíamos no deberían separarse nunca, supongo que eso pensábamos.

—¿No hay ninguna posibilidad? —Su tono fue firme, pero yo sabía que era una súplica.

—No tenemos futuro, Hugo.

—Pero tenemos el presente más bonito del mundo.

—El presente no es nada. Un chasquido, un instante. Cada segundo que ya no es presente se convierte en pasado, y cada uno que esté por venir... eso es el futuro. Y nosotros no tenemos nada de eso.

—Hemos tenido más de cuatro meses de presente.

—Lo sé. Lo hemos hecho muy bien. —Le sonreí, con una nostalgia que me comía por dentro, y él me devolvió el gesto—. Nos hemos querido tanto que hemos convertido un segundo en cuatro meses.

—Hablas en pasado.

Asentí y me levanté de la cama, porque necesitaba calmarme. Fui al cuarto de baño, me lavé la cara y bebí un poco de agua. Me miré en el espejo e

intenté sonreír, aunque solo fuera para hacer más dulce una despedida que nos amargaba a ambos en la garganta. Cuando volví al dormitorio, me di cuenta de que seguía *vestida* solo con unas braguitas y que Hugo estaba aún desnudo entre las sábanas. Tumbado de lado, con la palma de la mano posada sobre la parte de la cama que yo había dejado unos minutos antes y la mirada perdida en la que había sido mi almohada durante esos meses. La imagen era tan triste que me eché a llorar. Corrí junto a él y volví a tumbarme. Cara a cara, mirándonos, estudiándonos para recordarnos cuando ya no nos tuviéramos.

—No puedo soportar la idea de estar esperando a que ella muera, Hugo.

—Yo no puedo soportar la idea de que vuelvas a marcharte —me respondió, con la voz rota en mil pedazos.

—Y tengo pánico al día en que llegue a desearlo, porque, si eso ocurre, habré dejado de ser una persona para convertirme en un monstruo.

—Nos queremos, Ada. Las personas que se quieren como nosotros deberían estar juntas para siempre.

—Estás casado, Hugo.

—Creí que todo eso había quedado claro en estos meses.

—Sí, pero quisimos creernos un imposible.

—No era imposible —susurró, tan bajito que fingí no haberlo oído.

El agotamiento emocional nos dio sueño, y mi falta de valor para levantarme de aquella cama hizo el resto. Nos quedamos dormidos abrazados, aunque fue un sueño inquieto, lleno de sobresaltos. Me desperté sollozando un par de veces, sin saber si estaba del todo dormida o del todo despierta. Abrí los ojos y vi a Hugo llorar, así que tuve que cerrarlos con fuerza para que quedara algún trozo de mi corazón que llevarme de su casa.

—Te vas a ir lejos, ¿verdad? —me preguntó, en uno de aquellos momentos de duermevela.

—Creo que será lo mejor.

—¿Y Cloe?

—Ella ya está bien. Ha encaminado su negocio y pronto echará a andar.

—No hay nada que te retenga en Madrid.

—No hay obligaciones que me hagan quedarme aquí.

—Ya.

—Pero eso no significa que no me deje el alma en esta ciudad.

Volvimos a dormir, volvimos a despertar, volvimos a llorar.

—¿Podré llamarte?

—Nos volveríamos locos, Hugo.

—¿Nada? —Me abrazaba con fuerza la espalda, pero no necesité verle la cara para saber que estaba roto—. ¿Ningún contacto?

—Hugo... no lo hagamos más difícil.

Me desperté con las primeras luces del alba. Hugo dormía, o parecía hacerlo, y supe que había llegado el momento de marcharme. Nuestros corazones no aguantarían otra despedida; todo el día anterior, y la noche, lo habían sido. Salí de aquel piso con lágrimas en los ojos, el alma en un puño y una tristeza que sabía que me acompañaría durante más tiempo del que me atrevía a presagiar.

Decidí volver a mi casa caminando, dejando que el aire helado de la madrugada se me clavara en la piel y congelara las lágrimas. El paseo era largo, algo más de media hora, pero sabía que me vendría bien. Eran las primeras horas de un sábado y apenas había gente por la calle; solo quedaban algunos rezagados de la noche anterior y esos amigos de los perros resignados a los que les toca bajar a la calle antes de las siete de la mañana.

Tenía ganas de llegar a casa y dejar que Cloe me mimara hasta que sintiera que podía volver a respirar, que no tenía los pulmones encogidos por la pena. Pero, antes, necesitaba pensar, estar segura de que había tomado la decisión correcta, porque sabía que si dejaba que una mínima duda penetrara en mi mente, recorrería corriendo la distancia que me separaba de Hugo y no lo volvería a dejar escapar jamás.

Ojalá hubiera llegado a otra conclusión. Ojalá hubiera encontrado esa grieta en mi argumento, pero... sabía que no sería así. No le habría roto el corazón a Hugo si no lo hubiera tenido claro antes. No se puede vivir esperando que otra persona muera, supeditando la felicidad propia a que alguien desaparezca. A que una mujer joven, buena, inteligente, bonita, generosa, divertida y feliz deje este mundo. Pensé en lo que le había dicho a Hugo: de esperar a desear puede haber un paso muy corto. Y si algún día me descubría a mí misma deseando la muerte de Paula, me odiaría más de lo que podría soportar. Y podría ocurrir. El amor nos hace codiciosos. A veces... a veces hasta creo que nos hace peores personas.

La vida quiso que Hugo se enamorara de una mujer que llevaba dentro una bomba de relojería en forma de enfermedad degenerativa. Quiso que él la amara lo suficiente para estar dispuesto a sacrificar toda su vida para estar a

su lado. Y quiso que un día yo, su antiguo amor de juventud, me cruzara en su camino para hacerle creer que lo imposible no lo era. Los dos lo creímos.

No sé por qué, quizá porque cuando estamos rotos acuden a nuestro pensamiento las ideas más dispares, me vino a la cabeza *Too Much Love Will Kill You*, aunque hacía al menos diez años que no escuchaba Queen. Maldita y bendita capacidad de la música para ponerle voz a nuestros sentimientos. A Hugo y a mí nos había llegado nuestra hora, la hora del adiós, una que quizá estuvo siempre escrito que llegaría; aquel sufrimiento contra el que me prevenía tanto Cloe, el que le daba tanto miedo. Había llegado, claro que sí, y sabía por experiencia que iría a peor por momentos, que sentiría que no podía vivir sin él, que se me rompía el corazón en mil pedazos. Pero también sabía que sobreviviría. Y Hugo. Y que ambos sabríamos, un día quizá algo lejano, que habíamos hecho lo correcto.

Por Paula. Por él. Y por mí.

Aunque doliera como un puto infierno.

Un hondo penar

Habían pasado dos semanas. No voy a decir que las más duras de mi vida, pero... si no lo habían sido, se le habían parecido mucho. Mi habitación era un caos de ropa, zapatos, papeles, libros, documentación... Y yo solo era capaz de estar sentada en mi cama, observando el desorden, con Cloe a mi lado, mirándome con preocupación, un gesto que llevaba quince días viendo en su cara a todas horas.

Me marchaba. Ya era oficial. En apenas doce horas, un avión me sacaría de Madrid, casi como si se tratara de una emergencia humanitaria. Lo único que había sido capaz de hacer en los días anteriores con un mínimo de sentido fueron un millón de llamadas que me permitieran marcharme cuanto antes. Y lo había conseguido moviendo algunos de los contactos que aún tenía en París, de cuando estuve allí de Erasmus y de una época posterior en que trabajé en la ciudad, para que me consiguieran un trabajo para pasar una temporada, antes de que mi cabeza estuviera lo suficientemente calmada para poder buscar algo mejor. Solo Dios sabía cuándo lo estaría...

Tiré un par de botas altas dentro de una de las cajas que había decidido llevarme a París, y a continuación volví a sacarlas. Así llevaba ya tres horas, empaquetando y desempaquetando sin ningún control. Queriendo irme cuanto antes y aferrándome a la idea de quedarme. Como la desquiciada que era. Me llevé las manos a la cara y no pude evitar el llanto. Después de toda una vida sin llorar, parecía que en aquellas dos semanas intentaba batir algún tipo de récord.

—Ada, por favor, no puedo verte así.

—No te preocupes. —Me sorbí los mocos con fuerza y Cloe me pasó un pañuelo—. Se me pasará.

—Llevo oyendo eso un montón de días y no tiene pinta de que vaya a ocurrir pronto.

—Solo han pasado dos semanas.

—Ya, pero yo no quiero que te vayas así. Y en las próximas semanas tengo como un millón de reuniones para echar a andar el negocio, pero me está apeteciendo cancelarlas todas e irme contigo a París.

—¿Tú estás loca?

—¿Por qué no, Ada? Tú dejaste toda tu vida para venir a rescatarme cuando estaba en el fondo del pozo, ¿no tendría que hacer yo lo mismo?

—Yo soy tu hermana mayor.

—Venga ya, Ada, me llevas diecisiete meses. Creo que, pasados los treinta, lo de la mayor y la pequeña ya no tiene demasiado sentido. Además...

—¿Qué?

—Me siento fatal por haberte hecho venir a Madrid. Si no hubiera sido por mí, nada de esto hubiera ocurrido. Yo provoqué el desastre, Ada, yo...

—No, Cloe. —Le sonreí y le acaricié el pelo con suavidad. Dios, cuánto iba a echarla de menos—. No te sientas mal. Han sido... han sido los mejores meses de mi vida.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo —suspiré y sentí como se me instalaba una presión en el pecho—. Y no solo por Hugo. También por ti. Por la oportunidad de volver a vivir juntas que, después de la universidad, creí que no iba a tener de nuevo.

—¿Sabes lo que he entendido en estos meses? —me preguntó, con una mirada tan sabia en los ojos que se me llenó el alma de orgullo—. Que la vida no está escrita. Yo creía que sí, que mi vida seguiría el guion de lo esperado. Enamorarme del innumerable, irme a vivir con él, montar el estudio, casarnos, tener niños, viajar, salir, disfrutar juntos y ser felices para siempre. Y mira lo que ocurrió. Tuve que reescribirlo todo cuando ni siquiera sabía coger un lápiz.

—Pero lo has hecho muy bien.

—No estoy yo tan segura de eso, pero... ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que no.

—Que a nosotras nos pasa igual. Cuando te marchaste al acabar la carrera, parecía que todo estaba decidido. Que tú viajarías por el mundo, yo tendría una vida más tradicional aquí y nos veríamos dos o tres veces al año, en Madrid o donde surgiera. Pero que ya nunca más compartiríamos este piso. —Se le escapó una lágrima y se rio, quizá porque pensaba que me iba a burlar de que ella siempre hubiera sido la llorona. Yo había perdido la capacidad en las

dos semanas anteriores de reírme de alguien por eso—. Para mí también han sido unos meses preciosos, a pesar de todo lo que me pasó. Sin ti... sin ti, no sé cómo habría podido sobrevivir.

—Ven aquí, anda. —Nos abrazamos, pero ella se separó pronto porque aún le quedaban cosas por decir.

—Lo que intento decirte es que no debemos estar tristes. Nos echaremos de menos, pero esto no es un adiós para siempre. Quién sabe qué nos deparará la vida, quién sabe si no acabaremos viviendo juntas para siempre, hasta que seamos dos ancianas con el pelo blanco y los dientes en un vaso.

—¿Como dos solteras?

—No, tía. Como dos mujeres que no han encontrado a alguien que merezca la pena lo suficiente como para que se compartan. O que no han querido buscarlo.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor, enana?

Ella solo me sonrió, y nos quedamos un momento abrazadas sobre la cama. Las cajas podían esperar. Teníamos puesta una emisora al azar en el equipo de música y comenzó a sonar *Piensa en mí*, de Luz Casal, que Cloe y yo siempre habíamos dicho que era la canción más triste de la historia. Ella se dio cuenta y se levantó corriendo a apagarla.

—No. Déjala.

Se me cayeron dos lagrimones gigantes y la mente se me escapó a Hugo. Como siempre. Era algo que no paraba nunca; llevaba dos semanas siendo lo único que ocupaba mi cerebro, mi corazón y mi tiempo, y no podía evitar preguntarme si algún día dejaría de ser así. O si dejaría de doler tanto.

Hugo se habría encontrado mi dimisión en su correo el lunes siguiente a nuestra despedida. Había pensado mucho en cómo hacerlo bien, de la forma menos dolorosa posible, pero no había anestésico para lo que nos había ocurrido. Los dos sabíamos que yo me marcharía, que no iba a seguir trabajando en Translitere, y no creo que Hugo esperara verme en la oficina después de aquel fin de semana de infierno.

Les había mandado el *email* más profesional que había sido capaz de redactar a él y a Berta, agradeciéndoles la oportunidad que me había ofrecido Translitere y explicándoles que una cuestión personal me impedía continuar trabajando allí. Lo releí cien veces, y las cien me pareció terriblemente frío. Solo esperaba que Berta no hubiera interrogado demasiado a Hugo; él no tendría la oportunidad de esconderse detrás de un *email* lleno de mentiras.

No había vuelto a saber nada de él. Y se lo agradecía. Dios, se lo agradecería toda mi vida... Quizá hay separaciones que se atajan con una aparición épica a cantar una serenata bajo la ventana o con una carrera por un aeropuerto para evitar que alguien se marche, pero supongo que ese tipo de rupturas son... las ficticias. En las reales, al menos en las meditadas, las causas son más complicadas; y, si el amor es verdadero, y no tenía ninguna duda de que el que compartíamos Hugo y yo lo era..., irresolubles. Si hubiera existido una mínima solución, nosotros la habríamos encontrado.

Pensaba en Hugo todo el rato y era incapaz de recordar los malos momentos. Solo me venían a la cabeza nuestras charlas durante la hora de comer, nuestros paseos las tardes de los viernes, las horas robadas a la realidad en su piso, aquel viaje a Lisboa en el que descubrí que se puede tocar la felicidad con las yemas de los dedos... Él, en toda su extensión. Él conmigo, amándome como lo hacía, tocándome con pasión, besándome como si no pudiera hacer ninguna otra cosa con sus labios. Lo echaba tanto de menos que el dolor era físico, tan tangible que sentía la necesidad de extirpármelo a tirones.

Y sabía que era amor de verdad, del bueno, porque no tenía ninguna duda de que Hugo estaría pensando en mí también. Y su dolor me dolía tanto como el mío propio.

Eché un vistazo a mi lado derecho y me encontré a Cloe dormida. Sonreí y me di cuenta de lo orgullosa que estaba de ella. Me dolía haber pasado las últimas semanas tan mal y no haber podido disfrutar de su éxito. Porque Cloe estaba triunfando. Y eso que todavía no tenía ni un solo cliente. A través de ella, en aquellos meses, entendí que el éxito profesional no tenía nada que ver con el dinero o el reconocimiento; el éxito consistía en saltar de la cama cada mañana para ir a trabajar porque te apasiona tanto lo que haces que dormir te parece una pérdida de tiempo. Y así estaba Cloe con su recién estrenado negocio de restauración de viviendas.

Esperaba encontrar yo también un trabajo que me apasionara. En Translitere había estado tranquila y había sido el puesto perfecto para tomarme una temporada con calma y disfrutar de las dos personas que habían convertido mi estancia en Madrid en perfecta: mi hermana y Hugo. Pero necesitaba algo más, algo que me motivara a seguir adelante, aferrarme al trabajo como había aprendido en el pasado que funcionaban las cosas: cuando una falla, que las

demás funcionen. Había perdido al amor de mi vida, necesitaba agarrarme a lo que tuviera a mano, y el trabajo era lo más sencillo.

Se me había puesto un nudo en la garganta unos días antes al mandarles a Lorena y Elena un *email* de despedida. Desde el mismo lunes en que había dimitido, no habían dejado de llamarme y yo no había tenido fuerzas para responder. No las tenía para decirles la verdad ni tampoco para mentirles. Así que me despedí con toda la cobardía a la que ya me había acostumbrado, diciéndoles que había sido un placer conocerlas, que sentía que no habiéramos aprovechado mejor esas tardes de *after work* y agradeciéndoles que hubieran hecho mi estancia en Madrid mucho más divertida y feliz. Ojalá supieran cuánta sinceridad había en mis palabras.

La mañana llegó demasiado pronto. Apenas había conseguido dormir, entre los nervios por mi marcha, la necesidad de cerrar el equipaje y la ausencia de emoción. Porque esa sí era la gran diferencia con todos los demás cambios de vida que había hecho en diez años: no tenía ninguna ilusión por irme. Y eso jamás me había pasado. Una prueba más de que me dejaba el corazón en Madrid.

Cloe se había ido acurrucando en la cama, pero tampoco había dormido del todo bien, así que, en cuanto yo abrí un ojo, ella también despertó. Y, al segundo de hacerlo, casi en cuanto la consciencia de que me iba penetró en su cerebro aún somnoliento, su gesto se torció en una mueca de dolor.

—No me lo pongas más difícil, pequeña —le supliqué, abrazándola y con la voz partida al medio—. Tengo que irme al aeropuerto en una hora. Y debería pasar antes por la ducha.

Asintió y yo me di prisa en arreglarme. Faltaban diez minutos para que llegara el taxi cuando decidí bajar ya a la calle para fumarme un cigarrillo que aseguré que sería el último de mi vida. Pensaba dejarme en Madrid el vicio, como tantas otras cosas que me gustaban. Cloe refunfuñó un poco, porque no acababa de creérselo, pero me acompañó abajo, con una sudadera por encima del pijama y suplicando que no nos cruzáramos con ningún vecino a aquellas horas intempestivas.

Me encendí el pitillo apoyada en la fachada de piedra del edificio. En el lugar exacto en el que, unos meses atrás, había llegado aquel primer beso con Hugo que había servido como pistoletazo de salida para la aventura más loca y maravillosa de toda mi vida. Esa que dolía entonces tanto.

—Ada, antes de que te vayas...

—Dime. —Le sonreí a mi hermana, agradecida por que apartara a Hugo de mi mente y nostálgica ya por lo inminente de la despedida.

—Por si en algún momento lo dudas, has hecho lo correcto. No dejando a Hugo, sino en todo en conjunto. Estando con él cuando lo hicisteis y tomando la decisión que te pedía tu conciencia ahora. Y también marchándote.

—Con lo mustia que he estado estas dos semanas, no me extraña que estés deseando deshacerte de mí —bromeé, aunque el ánimo no me lo pedía.

—No es eso. Pero sí creo que me toca vivir sola. Pasé diecisiete años bajo las faldas de mamá, trece bajo las del innombrable y llevo un año bajo las tuyas. Es mi momento. Necesito estar sola una temporada.

—Yo también creo que te vendrá bien.

—Pues recuérdalo si en París te da la paranoia de hermana mayor y sientes que me has abandonado. Estar sola, a veces, es justo lo que necesitas para ser tú misma, para saber quién eres.

El taxi que había llamado se encargó de romper el encanto con dos sonoros toques de claxon. Cloe y yo no prolongamos demasiado la despedida ni nos perdimos en los típicos «llámame cuando llegues» o «prométeme que estarás bien». Las dos sabíamos que nos llamaríamos... y también que tardaríamos un tiempo en estar bien del todo.

Dos horas y media después, el avión se alejaba de Madrid. De nuevo, veía la ciudad desde las alturas y le decía adiós a una parte de mi corazón. O a mi corazón entero, si es que ese adjetivo alguna vez volvía a ser aplicable, pues tenía la sensación de que se había convertido en un órgano hecho pedazos que me costaría tiempo recomponer.

Quiso la casualidad que me marchara el día en que hacía justo un año de mi llegada. Un año que siempre recordaría como el mejor y más intenso de mi vida. El de más aprendizaje, más empatía y más... amor.

Hugo se quedaba en Madrid y a mí me esperaba París en primavera.

TERCERA PARTE

LA CERTEZA DE ADA

Tous mes idéaux des mots

Creo que solo acepté aquella oferta porque el destino era París. Y París era yo, y yo era París, y así había sido desde aquella aventura de beca Erasmus a los veinte años que me convirtió en adulta, que me cambió. Como me había cambiado aquel último año en Madrid. Podían haber sido solo doce meses, pero parecían toda una vida.

Tardé poco tiempo en instalarme, en parte porque estaba bastante apática y me daba igual vivir en un lugar que en otro, y en parte gracias a Alex, un buen amigo galés con el que había coincidido un millón de años atrás de Erasmus y con quien había colaborado en diferentes trabajos en los años anteriores. A él recurrí cuando la necesidad de huir de Madrid se convirtió en urgente. Él me consiguió aquel trabajo provisional en una empresa del sector del petróleo, y también me ofreció ocupar una habitación en el piso que compartía con dos amigos cerca del Canal Saint-Martin.

Me adapté pronto a la vida allí, porque era algo que llevaba haciendo desde que tenía veintitrés años. Llegar a una nueva ciudad —aunque París no era nuevo del todo para mí—, coger el ritmo de un trabajo diferente, instalarme en una casa que se convertiría en un hogar provisional, aprender a moverme con fluidez entre personas desconocidas que pronto dejarían de serlo... Cada vez era diferente, pero tenía cierto aire de rutina.

En París fue más sencillo de lo que habría sido en otros lugares. Durante los nueve meses que había vivido allí a los veinte años me había estudiado la ciudad al dedillo. Había sido la primera salida al extranjero de mi vida, mi gran aventura en solitario, y el ansia por comerme la ciudad había hecho que no me quedara ni un solo día en la residencia universitaria en la que había recalado. Daba igual que lloviera, nevara o el sol fuera abrasador; todos los días, yo me armaba con mi primitiva cámara de fotos y recorría sus calles con la intención de aprenderme de memoria cada uno de los adoquines.

Me sentí en casa en París. O todo lo «en casa» que podía encontrarme en aquella época en la que sentía que me habían arrancado el corazón del pecho. Que yo misma lo había hecho. Porque, en el fondo, sentirme apática, fría y desconectada de mis emociones fue la única manera que encontré de sobrevivir a un dolor por la añoranza de Hugo que se hizo más profundo en los días siguientes a nuestra separación.

Alex y sus compañeros, Aaron y Craig, ayudaron mucho. Muchísimo. Más de lo que en algún momento de mi vida seré capaz de agradecerles. Pronto descubrí que el motivo por el que tenían una habitación disponible era que Alex, después de algunas idas y venidas, había decidido dar un paso adelante en su relación con Aaron y se había mudado a su cuarto. Los tres eran divertidos, despreocupados... Se comportaban como universitarios, aunque habían cumplido los treinta hacía más tiempo que yo. Llegar al piso, después de una larga jornada de trabajo, y encontrármelos en el salón bebiendo mojitos y cantando a voz en grito *Désenchantée*, de Kate Ryan, o cualquier otro temazo del estilo, fue una tirita para el alma que hizo que las cosas fueran más fáciles. Un poco, al menos.

Hablaba con Cloe a diario, y ver que seguía avanzando en su recuperación y que empezaba a recibir clientes fue un bálsamo que tardé tiempo en valorar cuánto bien me hizo. Su primer encargo consistiría en renovar un piso en una antigua corrala en Lavapiés, convertirlo en una especie de espacio *hipster* por el que sus propietarios pudieran pedir un alquiler desorbitado; con lo precioso que lo estaba dejando por lo que podía ver en las fotos que me enviaba a diario, no me cabía duda de que lo conseguirían.

Todos esos ingredientes lograban anestesiarme. Cloe, mis nuevos compañeros de piso, el trabajo, París... Todo ayudó a que volviera a recuperar la respiración, a que mi vida empezara a parecerse a lo que había sido antes de aquel paréntesis que había supuesto Madrid. Con una gran diferencia. En todos los lugares del mundo en los que había recalado, me moría de ilusión. Incluso en los que habían acabado resultando una decepción, que los había habido, los primeros meses eran emocionantes, llenos de ansias por descubrir una cultura diferente, por conocer a gente nueva, por aprender de la experiencia.

Y a mí, en aquellas primeras semanas en París, nada lograba ilusionarme.

Lo intenté. Vaya si lo intenté. Paseé por los Campos Elíseos buscando aquella emoción que me invadía cuando tenía veinte años y caminaba por ellos

con la mirada perdida en los escaparates de las tiendas de lujo, pero, trece años después, no supe distinguirlos de la Quinta Avenida de Nueva York, o de Oxford Street en Londres o de aquel centro comercial gigantesco de Dubai del que nunca fui capaz de recordar el nombre. Un Zara, un Starbucks, un GAP, un McDonald's, varios establecimientos en los que no podría permitirme casi ni entrar... Nunca había sido yo una persona muy dada a pensar en la globalización, pero, en aquellos paseos por París en los que sentía que el mundo me pesaba y los recuerdos me ahogaban, empecé a creer que todas las ciudades del mundo eran iguales, y que la única diferente era Madrid, porque allí estaba mi alma.

Hugo, Hugo, Hugo... Habría dado cualquier cosa por poder arrancar de mi cerebro la parte que se encargaba de recordármelo en los momentos más inoportunos. Cuando iba en el metro, tranquila, leyendo un libro y con la mente puesta en las tareas que tendría ese día en el trabajo. Los domingos, mientras desayunaba un *croissant* delicioso con mucha mantequilla en alguna terraza, aprovechando el sol que empezaba a aparecer con timidez aquella primavera. Y por las noches. Sobre todo por las noches. Creo que nunca leí tanto, ni vi tantas películas, ni me enganché a tantas series como en aquella época. Cualquier excusa era buena para irme a la cama lo más tarde posible, cuando ya estaba tan cansada que sabía que me quedaría dormida en cuanto la cabeza rozara la almohada, porque, si no era así... Hugo, Hugo y más Hugo. Sus ojos mirándome, sus manos desnudándome, sus dientes dejando marcas en la piel de mi cuello y sus labios dejándolas en lo más profundo de mi alma. Recuerdos que me asaltaban, que usurpaban mi tranquilidad sin previo aviso y que me hacían plantearme si no habría sido un error marcharme, por más que mi parte racional supiera que había hecho lo correcto.

Fue horrible descubrir que ya nada me llenaba de estar lejos. No me arrepentía ni por un segundo de los años que había pasado vagando por el mundo, pero sentía que aquello ya no era para mí. Y no era por Hugo; o no solo por él. Era precisamente por algo que había aprendido durante tantos años conociendo gente de lo más diversa: que la vida, las ideas, los objetivos y hasta los ideales... cambian. Que deben cambiar. «Malditos sean los que nunca dudan», me había dicho mucho tiempo atrás un profesor de mi facultad. Y yo algo sabía sobre dudar. Más que nunca durante aquellos meses en París en que me di cuenta de que mi objetivo en la vida ya no era perderme en cada rincón del planeta. Porque ya me había perdido en unos ojos verdes y no fui

capaz de encontrarme ni siquiera en mi lugar favorito del mundo. O en el que lo había sido. Porque hubo un tiempo en que no me imaginaba nada mejor que amanecer cada mañana mirando a la torre Eiffel, pero aquellos meses con Hugo me habían enseñado que el único lugar favorito que tenía yo ya era un piso en el barrio de Argüelles en el que había sido feliz en dos vidas diferentes.

En descuidos crearemos universos

Tardé dos meses en recibir la llamada de Hugo. Dos meses largos, intensos, difíciles. Dos meses de mucho dolor superado a base de apretar los dientes y bucear en lo más profundo de mi alma en busca de algún plan de futuro que fuera capaz de despertar unas emociones que se habían convertido en letargo.

En el fondo, supongo que siempre supe que me llamaría. Que aquella distancia que nos habíamos obligado a imponer entre los dos sería imposible de soportar. Que no era como la primera vez, cuando solo éramos unos críos llenos de sueños que no tardamos demasiado en encontrar un bálsamo al daño que nos había hecho decirnos adiós. Que esta vez habíamos construido algo más real, más auténtico, más fuerte. Que los mil doscientos setenta kilómetros que separan Madrid de París no eran suficientes. Que ninguna distancia lo sería, aunque hubiera recalado en Nueva Zelanda... o en Júpiter. Podía hacer dos meses que no hablábamos, pero él seguía dentro de mí, y estaba segura de que yo seguiría dentro de él, así que retomar el contacto solo fue darle forma de llamada telefónica a una unión que nunca se había ido del todo.

Hugo y yo sabíamos que podíamos vivir el uno sin el otro. Por supuesto que sí. Pero no queríamos. Ya no.

Todos los impedimentos de nuestra relación seguían en el mismo lugar en el que los había dejado dos meses atrás. Hugo seguía casado, yo seguía convencida de no apostar por una relación sin futuro, o con uno muy incierto. Pero cada día que pasaba estaba más convencida de que me había precipitado cortando todo contacto. Hablar por teléfono no iba a matarnos. No iba a hacer daño a nadie. El silencio no había hecho que nos olvidáramos, así que tal vez había llegado el momento de dejar de sufrir por una distancia que nos habíamos impuesto de forma artificial. Porque, si hacíamos caso de nuestros instintos, hablar a diario sería lo más natural para nosotros. Contarnos las pequeñas cosas, y las grandes si surgían. Oírnos sonreír, y llorar si hacía falta.

Eso éramos Hugo y yo, y me cansé de luchar contra ello en cuanto escuché su voz.

—Eres muchísimo más fuerte que yo. —Ese fue su saludo, sin más aviso previo que el latido que se saltó mi corazón cuando vi su número sobre la pantalla de mi móvil.

—Hugo...

—Intuyo que no estabas prevenida sobre esta llamada —me dijo, en tono burlón.

—¿Qué?

—Cloe me dio tu número francés. Lo siento. Si... si no quieres hablar, supongo que lo entenderé. Pero ya no aguantaba ni un puto día más sin oír tu voz.

Ni siquiera recuerdo de qué hablamos. Un poco sobre nosotros, un poco sobre el trabajo, un poco sobre lo que habían sido aquellas nueve semanas sin saber el uno del otro. Lo que sí recuerdo es que aquella llamada fue la primera de muchas.

Al principio, hablábamos solo los viernes. Era el día que Hugo tenía *libre* en casa de Paula, el día en que salía de allí, ya no para comer conmigo y encontrarnos en su piso, sino para, según me contaba, ir mucho al cine, quedar con aquellos amigos a los que tenía tan abandonados y, desde que establecimos la rutina, para llamarme.

Pactamos no hablar demasiado de lo que habíamos dejado atrás. Pactamos ser amigos, algo que siempre habíamos sido en el fondo, pero que no habíamos sido en realidad. Y ser amigos implicaba contarnos lo que nos hacía felices, lo que nos atormentaba y todo lo que quedaba en medio. Seguíamos hablando mucho de Paula, de sus padres, de esa sensación de ahogo que Hugo sentía en su casa. De mí, de mi trabajo, de Cloe, de la crisis vital que me había provocado no sentir ya ansias de viajar por el mundo. Pero poco de nosotros. De nosotros como ente único, como habíamos sido durante aquellos cuatro meses en que las convenciones sociales y morales habían quedado en un limbo destinado solo a hacernos felices.

—Así que hablas mucho con Cloe, ¿no? —Me había acostumbrado a recibir la llamada de Hugo los viernes después de comer, cuando regresaba en metro a casa desde el trabajo. Parecía que tuviera un don para averiguar el momento exacto en que bajaba las escaleras de la estación de Saint-Lazare.

—No creas que tanto. Hablamos, de vez en cuando.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque sé que puede contar contigo en Madrid, ahora que yo no estoy.

—Soy yo el que puede contar con ella en Madrid, ahora que tú no estás. —
Hizo una pausa que me estremeció—. Aunque no es suficiente. Nada lo es.

Queríamos ser banales, pero se nos daba mal. Las conversaciones siempre acababan adquiriendo una intensidad muy especial. Una intensidad en la que, en medio del tema más superficial del mundo, uno de los dos decía una frase, o una simple palabra, que hacía que el ambiente se electrificara.

Yo no ayudaba demasiado a relajar mi propia emoción, porque había adquirido la costumbre, aprovechando que aquel junio entró en París con un sol radiante, de pasear por mis lugares favoritos de la ciudad mientras hablábamos. Las conversaciones nunca duraban menos de dos o tres horas, que yo dedicaba a subirme a una línea de metro aleatoria que me llevara a sitios de ensueño que sentía que recorría con él. Que empezaba de nuevo a soñar recorrer con él. Y, ya que no podía ser de la mano, al menos que fuera al otro lado del teléfono.

* * *

—Pues quizá un día de estos te encuentres a Lorena por ahí —me comentó Hugo una tarde, mientras yo paseaba por los alrededores de la pirámide del Louvre, engullida por una masa de turistas que no parecía tener fin—. Está de vacaciones en París con su novio.

—¿Lorena tiene novio?

—Tiene novio y habla de él todos y cada uno de los minutos que pasa en la oficina. Creo que hasta Elena está harta de escucharla.

—Puedo imaginarla.

Y lo hice, sin poder evitar la sensación de tristeza que me provocaba no haber vuelto a hablar con aquellas dos mujeres que, durante un tiempo, se habían convertido en una parte fundamental de mi rutina diaria.

* * *

—¿Me estás escuchando, Ada? —me preguntó otro día, después de unos

veinte minutos de llamada, en los que yo no había estado demasiado comunicativa—. ¿Estás bien?

—¿La verdad? —Se me escapó una pequeña carcajada que llamó la atención de mi compañero del banco en el que llevaba ya un ratito sentada, con la plaza del Hôtel de Ville al fondo—. He dormido dos horas esta noche.

—¿Y eso?

—*Eso* fueron Alex, Aaron y Craig convenciéndome de que saliéramos a tomar una copa, que volveríamos pronto a casa.

—Y no era cierto.

—Pasaba de las cinco y media cuando caí en la cama.

—Y has averiguado que las resacas a partir de los treinta no son como las de los veinte.

—Eso me temo que ya lo sabía. Pero se me olvida de una vez a otra.

* * *

—... y han entrado dos traducciones literarias de las grandes. Y bien pagadas. Así que estoy encantado.

—¿Inglés o alemán?

—Inglés. Dos novelas que han funcionado muy bien en el mercado americano. La editorial que se ha hecho con los derechos quiere publicarlas cuanto antes, pero no tiene traductores disponibles y nos han llamado.

—Una pequeña compensación del cielo por haber tenido que traducir los términos y condiciones del contrato aquel de cincuenta páginas...

—No me lo recuerdes. —Hugo se carcajeó, porque aquellos documentos legales eran con diferencia los encargos que más odiábamos en la época en la que yo trabajaba en Translitere.

—...

—¿Ada?

—¡Espera! —Intenté retomar el curso de la conversación, pero fue imposible—. Auch.

—¿Qué ha pasado?

—Digamos que hablar por teléfono y mantener el equilibrio sobre una bici no se encuentra entre mis virtudes.

—¿Estabas montando en bici? —Hugo se carcajeó y sacó su tono más

pícaro para seguir hablando—. Y yo que me había hecho ilusiones al oírte jadear...

—Hugo...

—¿Dónde estás?

—Me he venido a la isla de los Cisnes. Es un lugar en el que no estaba desde que viví en París cuando estudiaba.

—¿Sigues eligiendo sitios bonitos para hablar conmigo? —Su tono cambió y se tiñó de una ternura que tuve que ignorar para seguir pedaleando, o mi cuerpo volvería a besar el suelo.

—Sí. Me hace... lo hace más bonito.

* * *

—Hugo, intenta tranquilizarte, cielo.

—No puedo, Ada. No... —La respiración le faltaba y yo deseé coger un avión y sentarme a su lado, a pesar de todo lo que había pasado, a pesar de la cordura. Solo tomar su mano entre las mías y que me mirara mientras aprendíamos juntos a tomar aliento—. Ya nunca volveré a poder... Ya no habrá más momentos a solas.

—Pero ¿qué ha pasado?

—La madre de Paula ha decidido trasladarse a dormir de forma permanente a su habitación. Me lo comunicaron ayer. Ya no podré volver a... a pasar las noches a su lado.

—¿Y la decisión es inamovible?

—Supongo que sí. Pero, aunque no lo fuera, mi opinión no iba a ser la que importara. De hecho, ni han querido escucharme cuando les he planteado otras opciones.

—Lo siento muchísimo, Hugo.

El sol se recortaba entre las aspas del Moulin de la Galette en un atardecer de color rosa que fue testigo de dos lágrimas que se me escaparon al ser consciente, una vez más, de lo difícil que era todo en la vida de Hugo. Me pareció demasiado paradójico tener tanta belleza ante mis ojos y sentir tanta desolación al otro lado del teléfono. Tuve que apretar los dientes para que él no me oyera llorar.

* * *

—Hoy estoy muy contento, Ada.

—¿Ah, sí? —Intenté que él no notara la sorpresa en mi voz, pero era una novedad, una muy grata, oír a Hugo feliz—. ¿Qué ha pasado?

—Me acaba de llamar Berta para decirme que mañana no viene a trabajar. Su hijo y su nuera han tenido imprevistos en el trabajo y le han preguntado si puede quedarse a cuidar de su nieto.

—¿En serio? —A mí también se me dibujó una sonrisa, porque me dolía que aquella fachada alegre que siempre mostraba Berta escondiera tanto dolor familiar. Se merecía reconciliarse, con ellos y consigo misma.

—Sí, lo conoció hace un par de semanas y parece que las cosas han ido bien. Al parecer, la mujer de su hijo está ayudando mucho a volver a unirlos.

—Dale un beso de mi parte. Bueno... o lo que sea. —No tenía ni idea de qué sabía Berta sobre mí, aunque imaginé que más de lo que parecía. Perdí mi mirada por la belleza del lugar que había elegido aquel día, los jardines del museo Rodin, y celebré que Hugo hubiera tenido siempre a aquella segunda madre a su lado—. Yo también estoy muy contenta.

* * *

Sentí, como tantas veces, que el universo me mandaba señales, el día que Hugo me confesó que él hacía lo mismo que yo. Que nuestras conversaciones habían tenido como escenario, para él, el Retiro, el parque del Capricho, la plaza de Santa Ana, el templo de Debod o el Jardín Botánico. Que se iba allí, me escuchaba y me sentía más cerca.

Aquel día, estuve a punto de incumplir mi norma autoimpuesta de no llorar por él.

* * *

Una tarde, mientras tomaba un *café américain* en la Place des Vosges, nos tanteamos el uno al otro para comprobar cuánto sabíamos de la que, para

ambos, había sido la gran noticia de la semana. Después de más de un año de sequía absoluta, mi hermana Cloe se había acostado con alguien.

—Ada, te lo juro. Hasta yo me habría tirado a ese tío —me dijo Hugo, entre carcajadas.

—Por favor, eso es más de lo que querría haber escuchado.

—En serio. La niña se ha tomado con calma lo de quitarse las telarañas, como ella dice, pero le ha debido de merecer la pena.

—He visto fotos. Y sí, definitivamente ha elegido bien.

—Con un poco de suerte le dejaré los muebles a buen precio. —Cloe no había tenido una idea peor que enrollarse con un proveedor de muebles *vintage* al que le compraba piezas para la restauración de algunas casas.

—La verdad es que me cuesta reconocerla. Está como...

—¿Desatada?

—Algo así.

Si algo tuvo de bueno mi etapa en París, fue que no tenía que preocuparme demasiado por mi hermana. Hugo decía «desatada», yo era más poética y pensaba que había florecido. Yo le preguntaba de dónde había sacado aquella renovada seguridad en sí misma, y ella me respondía que de haber atravesado el infierno de descubrir que quien creía que era el amor de su vida no era más que un embustero. Que la tentación de hundirse y pensar que había algo defectuoso en ella estuvo presente meses, pero que le había ganado la batalla la toma de conciencia de que la vida le concedía una segunda oportunidad que no podía permitirse desaprovechar.

Yo aún no era feliz en aquella época, pero saber que Cloe estaba en el buen camino para serlo me ayudaba a que el peso sobre mis hombros fuera menor.

Ya había recorrido cada rincón de París con Hugo al otro lado del teléfono cuando me di cuenta de que aún no había visitado mi favorito. Elegí la tarde de un viernes de julio en la que el calor era abrasador para comprarme un sándwich vegetal y tomármelo tumbada sobre el césped del Campo de Marte, mientras escuchaba a Hugo contarme que ese verano había aceptado incluso más encargos que el anterior y que la falta de personal a causa de las vacaciones le estaba haciendo redoblar esfuerzos. Se me dibujó una sonrisa triste al darme cuenta de que Hugo había vuelto a aquella táctica de distraer su mente con una sobrecarga de horas de trabajo.

—En algún momento deberías plantearte la posibilidad de descansar, para variar.

—No puedo permitirme eso, ya lo sabes.

—Pero Hugo...

—No, Ada. —Hubo un silencio incómodo en la línea; a pesar de que no se oían ni nuestras respiraciones, los dos sabíamos que no habíamos colgado—. Cuéntame lo que ves.

—¿Qué?

—Háblame de lo que tienes delante. ¿A dónde te has ido hoy para hablar conmigo?

—Pues... es una torre muy alta, de hierro, con un montón de gente haciendo cola para subir a la cima y...

—¿Ves, Ada? Si yo pudiera estar ahí, cogiéndote la mano a la sombra de la torre Eiffel, te aseguro que mandarí a tomar por culo todo el trabajo con el que tú dices que me sobrecargo.

—Hugo, no...

—¿No, qué? ¿Que no te diga que te echo de menos? Llevo meses callándomelo, meses fingiendo que solo soy tu amigo, que...

—¿Qué?

—Que no duele. Y sí lo hace. Duele de cojones, Ada. Duele cada día.

—Lo sé.

—¿A ti también?

—¿Lo dudas?

Aquella confesión era la mayor verdad del mundo, pero quizá nunca debería haber llegado. Los dos lo sabíamos ya, ¿qué necesidad había de haberlo pronunciado en voz alta? Lo que es indudable es que aquel paso adelante se convirtió en una brecha en la máscara infranqueable que nos habíamos construido para sobrevivir a la distancia. Y de la llamada semanal pasamos a los mensajes.

El WhatsApp entró en nuestras vidas de esa forma en que lo hace en algunas relaciones, invadiéndolo todo y convirtiendo cualquier pequeño detalle del día a día en una noticia imprescindible de comunicar. Y, así, nos acostumbramos a escribirnos cada vez que algo nos hacía gracia o nos recordaba al otro. De ahí pasamos a los «buenos días» cada mañana, al «que duermas bien» cada noche. Hugo me sorprendía de vez en cuando con una canción, una imagen o unas líneas fotografiadas del libro que estaba leyendo en aquel momento. El día que me envió el enlace de *La niña imantada*, de Love of Lesbian, acompañada de un mensaje resignado por haber caído en las

redes del *indie*, supe que era muy improbable que llegara el día en que dejara de estar enamorada de él. Nos habíamos convertido en una canción de amor imposible.

Y la evolución de nuestra relación a distancia de amigos que son algo más que eso en realidad continuó complicándose y simplificándose al mismo tiempo. Los mensajes dejaron de ser suficientes y se convirtieron en llamadas. Cada día. En ocasiones, varias veces al día. Alex se reía de mí con ganas cuando veía que entraba en el apartamento que compartíamos siempre con el iPhone pegado a la oreja y una sonrisa muy idiota pintada en la cara.

Para el momento en que agosto llegó a París, Hugo y yo nos despedíamos cada noche entre susurros. Los míos, para no incrementar las burlas de mi compañero de piso; los suyos, para evitar que lo escuchara la familia de Paula. Y ella, Paula, de nuevo en el centro de todo. Como el gran amor de Hugo que aún era. Como la joven que no había querido vivir así ni ver a Hugo renunciar al resto de su vida por ella. Como la mujer a la que yo solo supe respetar imponiendo una distancia física entre su marido y yo. Para seguir queriéndolo, pero sin tocarlo; para estar enamorada de él sin exigirle promesas de futuro.

Y seguía sin tener ni idea de a dónde conducía todo aquello.

Why do you think you here?

«Quién te ha visto y quién te ve». Esa fue la frase que me hizo clic dentro. La expresión es impertinente de por sí, pero, además, a mí me cogió en un momento en que escucharla en la voz de otro no era más que reverberar en voz alta algo que a mí me venía picando dentro desde hacía semanas.

Era un sábado cualquiera de mediados de agosto y en París hacía tanto calor que bien podría parecer que estábamos en La Habana. Craig y Aaron saldrían tarde de trabajar aquel día, así que Alex y yo los estábamos esperando caipiriña en mano en la terraza del piso que compartíamos todos. Él, además, se había fumado como media cajetilla de tabaco, pero yo había conseguido no recaer, porque hasta aquella mierda de vicio me recordaba más a Hugo de lo que me podía permitir.

—¿Me vas a contar la historia del famoso Hugo o voy a tener que torturarte?

—No hay una historia, en realidad. —Eché balones fuera—. Tuvimos una relación este último año en Madrid, se acabó y ahora... hablamos.

—Habláis. —Dio un sorbo a su vaso y me miró fijamente—. Ya.

—¿Quéééé? —le pregunté, fingiendo que me resultaba cansino, aunque Alex y yo nos conocíamos demasiado bien como para que me creyera. En realidad, me encantaba pasar tiempo con él, y también con sus otros dos amigos, a los que a veces me daba la sensación de que conocía de toda la vida.

—Que sigues colgada por ese tío. —Alex había vivido nueve años en Barcelona, así que casi siempre hablábamos entre nosotros en español, aunque su acento galés cerrado no lo había perdido pese a llevar más años fuera de su tierra de los que había pasado en ella.

—Supongo que un poco.

—*Un poco* que hace que te pases toooodas las tardes del verano hablando

con él por teléfono en vez de mover ese culito que tienes por las calles de París.

—Sí, justo *ese* poco. —Me reí, no tanto porque me hiciera gracia la situación como porque ya iba por la cuarta caipiriña y, o Craig y Aaron llegaban pronto a casa, o me iban a encontrar tirada en el suelo.

—Ay, Ada, Ada... Quién te ha visto y quién te ve.

Clic.

Quién te ha visto y quién te ve.

Puto Alex.

* * *

Al final, aquella noche salimos de fiesta por París y ni siquiera recuerdo cómo volví a casa. Aparte de borracha, claro. Pero, pese al alcohol y las risas entre las que transcurrió la noche, hubo espacio para que algo cambiara. Para que me replanteara mi vida por enésima vez en pocos meses. Dios, cómo echaba de menos la época en que tenía claras mis ideas.

Me cansé de jugar al tira y afloja con Hugo, por más que ese juego lo pusieran sobre la mesa las circunstancias, no nosotros. No estaba enfadada con él, no podía. Estaba enfadada con la vida por hacerlo todo tan complicado y conmigo misma por no ser capaz de enfrentarme a ella a bocados, como había hecho siempre. Me había convertido en una persona dependiente, quizá solo de sus llamadas, de nuestro contacto, pero dependiente, al fin y al cabo. Y eso era algo que yo jamás había sido.

Así que no encontré otra manera de reconectar conmigo misma que espaciar un poco las llamadas de Hugo. Dejar pasar alguna. Excusar otras con supuestas urgencias en el trabajo. Que algunos mensajes se perdieran en el limbo. ¿Fue inmaduro? Probablemente. Pero mantener una conversación con Hugo que, sin duda, sería muy intensa... no era una opción. No me apetecía explicarle lo que no quería ni reconocerme a mí misma. Que era una puta locura que, en menos de año y medio, hubiéramos pasado por un reencuentro, un tonto, un distanciamiento, una relación que nos arrasó, una separación necesaria, una nueva toma de contacto que sirvió para confirmarnos que no nos habíamos olvidado... y que, ahora, quería otro distanciamiento.

No quería parecer una tarada. Ya bastante desgracia era parecérmelo a mí

misma con cierta frecuencia. Y a Cloe, que no tenía ningún problema en cantarme las verdades a la cara, y en aquel momento estaba convencida de que, si tan segura estaba de haberme marchado de Madrid cuando lo hice, no debería haberle cogido el teléfono a Hugo dos meses después. Y me lo decía ella, que era la que le había dado mi número. Manda huevos.

Pero, en el fondo, entendía lo que me decía Cloe. Y también por qué lo hacía. Cloe estaba —al fin— viviendo esa libertad desorbitada que supongo que todo el mundo necesita después de la ruptura de una relación larga. La única que había conocido, en su caso. Siempre me había costado un poco entender a la gente que enlazaba una relación con otra, sin un tiempo intermedio para conocerse a sí mismos... o para tener algo de sexo descontrolado, ya que estamos, que de todo tiene que haber en la vida. Así que Cloe estaba justo en ese momento. El de conocerse a sí misma y disfrutar del sexo sin ataduras.

Ya había perdido la cuenta de todos los rollos de una noche que me había contado. Al principio, yo me había comportado de una forma un poco carca, tengo que reconocerlo. Me salió el gen de hermana mayor y me entró el pánico a que volviera a sufrir, a que le hicieran daño y a que la mayor víctima de todo ello fuera su autoestima. Hasta que ella, como acostumbraba a hacer desde que éramos unas mocosas, me dio una lección: me explicó que, cuando te han dejado el corazón tan destrozado como había hecho Luis con ella, ya nadie vuelve a tener la capacidad para herirte. «Tengo costra», fueron sus palabras textuales. Y, además, sabía a qué atenerse con el tipo de hombres que elegía para pasar el rato. Cabrones de manual, como ella los llamaba, que no llevaran a engaño y con los que todo estuviera muy clarito de antemano. Mucho sexo, nada de amor. Ole por Cloe, coño. Por momentos me daba una envidia horrible.

El caso es que, entre unas cosas y otras, acabé odiando no haber sido capaz de disfrutar de mi experiencia parisina. Me había jurado que eso cambiaría en las siguientes semanas y, aunque cortar el contacto con Hugo no entraba en el guion —ni era algo de lo que me sintiera capaz—, sí hice un esfuerzo enorme para que dejara de ser el centro de mi vida.

Pasé un par de semanas de exaltación de la vida social y sé que Hugo lo notó. Pero no dijo nada y yo tampoco. Supongo que, en el fondo, él también pasaba por malas épocas y que, a esas alturas de la vida, los dos habíamos aprendido que nuestra relación siempre iba a estar sometida a avatares que

otras parejas nunca conocerían. Incluso lo asumíamos con deportividad, porque teníamos muy claro que la solución a lo que ocurría nunca estuvo en nuestras manos.

Mis compañeros de piso decidieron que teníamos que celebrar por todo lo alto el último viernes de agosto. No entendía que, con los años que llevaban viviendo juntos, no se les hubieran acabado las excusas para emborracharse y bailar, pero no iba a ser yo quien me quejara. La mayoría de las noches que empezábamos bebiendo en el piso, casi como los universitarios que habíamos sido mil años atrás, al final ni siquiera salíamos, así que aquel día decidimos no engañarnos y organizar una fiesta en casa.

A eso de las siete de la tarde, empezaron a llegar al piso compañeros de trabajo de los tres. Yo no había aportado ningún invitado porque llevaba cinco meses en mi empresa siendo una auténtica antisocial. Mi capacidad para relacionarme en aquella época se limitaba a Alex, Aaron y Craig. Pero ellos se bastaron y se sobraron para llenar el apartamento de personas de todas las edades, nacionalidades y estilos. Hablé con tanta gente que, por un momento, reconecté con la Ada que siempre había sido: la que era feliz, se divertía, hacía amigos y no vivía atada a una relación telefónica que en realidad no lo era. Incluso dejé mi móvil a buen recaudo, apagado en el cajón de mi mesilla de noche, para que la tentación de volver a atarme a aquella línea de vida no me venciera.

Aquella noche hubo mucho alcohol, bastante baile y algo de descontrol. Llegó un momento en que no tenía ni idea de qué parejas habían llegado ya formadas y cuáles habían surgido allí, en medio de nuestro salón. A las dos de la mañana me pregunté cómo podía no habersele ocurrido a ningún vecino llamar a la policía, pero un par de horas después me descubrí acompañando a la puerta a los últimos invitados. Alex y Aaron estaban dando tal espectáculo de besos en el sofá que Craig y yo los obligamos a retirarse a su dormitorio, con alguna que otra patada en el culo incluida.

Me tiré en el sofá muerta de risa, porque, aunque hacía un buen rato ya que no me tomaba una copa, el alcohol aún flotaba libre por mi cuerpo. Craig abrió de par en par las puertas que comunicaban el salón con la terraza y colocó una silla a medio camino entre los dos lugares. Mientras yo me tumbaba en el sofá, porque la modorra me estaba venciendo, él rescataba de encima de la mesa de centro una carterita de cuero que solía acompañarlo a donde iba. Se lio un porro allí sentado, mirándome fijamente, mientras yo me

debatía entre quedarme dormida en el sofá, algo de lo que me arrepentiría al día siguiente, o entablar conversación con él. Pero Craig no me dejó opción.

—¿Quieres?

Me ofreció fumar, pero de las consecuencias de mezclar alcohol y marihuana había aprendido bastante en la universidad. Él se rio cuando se lo comenté y pasó a temas más peligrosos.

—¿Qué haces aquí, Ada?

—¿Perdona?

—Aquí. En París. Con tu edad...

—¡Eh! ¡Pero si tú eres mayor que yo! —me fingí indignada, pero me dio un poco la risa.

—Dios, perdona. —Se carcajeó y señaló su porro, como buscando un culpable de que se le hubiera soltado así la lengua—. Quería decir que... Llevas aquí cinco meses, no has salido ni un fin de semana de París, no ha venido nadie a visitarte, te pasas la vida colgada del teléfono.

—Demasiadas preguntas —lo interrumpí, porque su relato de mi vida en aquel tiempo se parecía demasiado a la realidad, y eso me incomodó.

—Disculpa. No quería molestarte.

—Olvidalo —le pedí, mientras me acercaba a él porque había decidido aceptar su invitación anterior. Sonaba Amy Winehouse en Spotify y creo que me contoneé un poco al ritmo de *Rehab*.

No sé si fue un malentendido o él lo había pensado desde el principio. Pero, cuando yo alargué mi mano para pedirle que me pasara lo que quedaba de aquel porro, él la tomó, tiró un poco de mí y caí sentada sobre su regazo. Me reí, él también y nuestras caras se acercaron más de lo decoroso.

—Yo solo venía a pedirte un par de caladas.

—¿Qué es «calada»? —Craig era el que menos español hablaba de todos los que vivíamos en aquel piso. Nos entendíamos sin problemas, pero se le escapaba el significado de algunas palabras—. ¡Ah! ¿Esto?

—Sí. Eso.

Me pasó el porro y le di una calada larga. En silencio, observándolo un poco. Craig era guapo, muy guapo. No era exactamente mi tipo, porque siempre me habían gustado los tíos más *mundanos*, con algo menos de gimnasio a las espaldas. Y es que las espaldas de Craig, de hecho, parecían imposibles de abarcar. Como sus brazos, sus pectorales, sus abdominales... Craig era enorme, joder. Pelirrojo, con los ojos verdes y un cierto aire con el

protagonista de una serie sobre escoceses a la que Cloe me había obligado a engancharme en el año que habíamos vivido juntas en Madrid. Resumiendo... Craig estaba buenísimo y, en cualquier otro momento de mi vida, no me avergüenza reconocer que ya estaría sin bragas a esas alturas.

Pero eso no ocurrió aquella noche. Podríamos culpar a la marihuana, aunque yo creo que fueron más los nervios, pero a los dos nos dio la risa. Hicimos un amago de besarnos, uno que no acabó demasiado bien, porque, a los tres segundos de estar al tema, empezamos a oír los gemidos que procedían de la habitación de Alex y Aaron y acabamos separándonos entre carcajadas. Yo me reía como una loca, porque la otra opción habría sido recordar los últimos labios que había besado y cuyo sabor aún me parecía sentir demasiado dentro de mí.

—Te dejaste algo en Madrid, ¿no?

—Algo —le confirmé.

—¿Y ese *algo* tiene un nombre?

—Hugo.

—¿Y por qué no vas a por él?

—Es demasiado complicado.

Él asintió, comprensivo, y dimos la noche por terminada. Hacía un rato ya que las primeras luces del alba habían hecho su aparición sobre los tejados que rodeaban la plaza de la Bastilla. Nos retiramos a nuestros dormitorios y nos dimos un beso de buenas noches algo incómodo en el pasillo.

Me metí en la cama con la mente embotada, entre el sueño que tenía, el alcohol que ya empezaba a retirarse para ir a convertirse en resaca y la poca marihuana que había fumado. Pero, antes de sucumbir al sueño, algunos pensamientos acudieron a mi cabeza. El primero fue un pesar profundo por lo muchísimo que Hugo seguía pintando en mi vida. Jamás, antes de que él reapareciera, había rechazado a un tío atractivo, que me caía fenomenal y que, además, estaba más que dispuesto. Y de verdad que había sentido un rechazo hasta físico ante la idea de acostarme con Craig. Y eso dolía, porque significaba que, en cierto modo, había dejado de ser yo. De ser la *yo* que había sido desde la adolescencia.

Por suerte, me tranquilizó pensar en lo incómoda que podría ser la mañana siguiente si me hubiera acostado con Craig. En aquella casa todos éramos muy liberales, pero prefería mantener fuera de sus límites las posibles relaciones que surgieran, que tenían toda la pinta de ir a ser cero. No sabía cuánto tiempo

me quedaría viviendo en aquel piso; por primera vez en mi vida no tenía unos objetivos laborales claros ni la menor ilusión por cambiar de rumbo, así que prefería seguir teniendo una relación sencilla y sin complicaciones con mis compañeros, Craig incluido.

* * *

La vida continuó. Había descubierto ya mucho tiempo atrás que siempre lo hacía. Conseguí un pequeño ascenso en el trabajo, que no era gran cosa, pero que me permitió vivir más desahogada en París. Cloe vino a visitarme un fin de semana en que logró escaparse de sus recién estrenadas obligaciones como empresaria. Alex y Aaron tuvieron unas doscientas crisis y reconciliaciones, y Craig jamás volvió a mencionar aquella tontería de verano que había estado a punto de ocurrir.

El otoño quería llegar a París y a mí me alucinaba pensar que ya llevaba más de medio año en aquella existencia anodina en la que Hugo continuaba colándose con sus llamadas y mi corazón parecía seguir en *stand by*.

Hasta que, una noche de aquel final de septiembre en el que el calor se había marchado ya de París, recibí la llamada que más había temido en toda mi vida. Y para la que solo había una respuesta posible.

—Paula se muere. Te necesito a mi lado.

—Allí estaré.

Hello darkness, my old friend

Hugo

Tuve que llamarla. Fue una decisión egoísta y lo sabía mientras marcaba su número, pero no pude evitar hacerlo. Fue egoísta y, para muchos, seguramente también inapropiado. Llamar a algo que se parecía mucho a una novia, o una exnovia, para que me ayudara a superar el hecho de que mi mujer se moría. No, muchos no lo entenderían. Pero hacía ya tiempo que Ada y yo no seguíamos las normas de lo que otros consideraban adecuado o lógico. Y de Paula ni hablemos... Paula menos que nadie soportaría que yo sufriera por mantener un decoro que siempre le importó una mierda. Sé que ella habría querido que tuviera a mi lado para pasar el peor momento de mi vida a la única persona que podía hacer que ese dolor pesara un poco menos. Y esa persona era Ada.

Así que la llamé. Y ella no dudó ni una milésima de segundo antes de decirme que haría un par de llamadas para poder trabajar a distancia y buscaría el primer vuelo que saliera de París hacia Madrid.

Paula se moría. El médico había sido claro aquella mañana. Su cuerpo no podía más, ya no se podía hacer nada más contra el fallo orgánico. Le quedaban días, quizá un par de semanas. No sufriría. Se iría en paz.

Llevaba ocho años preparándome para ese momento. Ocho años sabiendo que la enfermedad de Paula no iba a tener final feliz, que no habría una cura milagrosa, que su muerte la liberaría de seguir viviendo en aquel cuerpo que tanto la había traicionado. Y ocho años también con un zumbido en la cabeza, el que sabía que flotaba en las personas que me querían: mis amigos, mis padres, Berta... Que su muerte me liberaría también a mí. Que me permitiría retomar una vida que se había quedado parada a los veintiséis años, en *stand*

by. Es algo que siempre habían pensado los demás por mí. Como le dije a Ada la primera vez que le hablé de Paula, yo nunca me planteé que hubiera otra opción, por mucho que ella me hubiera pedido cuando su enfermedad empezó a ser evidente que la dejara, que me marchara, que siguiera con mi vida.

Cuando Paula perdió toda capacidad de valerse por sí misma y necesitó cuidados veinticuatro horas, a los tres años aproximadamente de que le fuera diagnosticada su enfermedad, su familia y yo decidimos ingresarla en la unidad de cuidados continuos de un hospital privado. Después nos dimos cuenta de que era más cómodo para todos habilitar un dormitorio en el piso familiar en lugar de hacer turnos para acompañarla en el hospital, pero llegó a estar unos cinco meses ingresada en aquel centro.

Yo pasaba muchas horas allí e intimé un poco con otros familiares que se encontraban en la misma situación que nosotros. Es curioso cómo podemos sentirnos a veces más unidos a alguien con quien solo tenemos en común la desgracia compartida de la enfermedad de un ser querido que a nuestros propios amigos o familiares. Una de aquellas personas era Mayte, una mujer de unos cincuenta años que llevaba veintitrés cuidando de su marido, que había quedado en coma al poco tiempo de casarse a causa de un accidente de coche. La primera vez que me contó su historia sufrí un ataque de ansiedad que apenas fui capaz de disimular el tiempo suficiente para que ella no lo notara. Pero en mi cabeza no dejaba de dar vueltas la idea de que aquella mujer había perdido toda su vida junto a un fantasma en una cama. Había visto pasar sus mejores años atada a él, que ya nunca volvería. Había cumplido los treinta sin que él pudiera felicitarla, había perdido el tren de la maternidad, no había viajado, ni había salido a cenar con sus amigos, había cumplido cuarenta, cincuenta... Sin él. Con él, pero sin él. Y mi vida iba por el mismo camino.

Aquel día estuve a punto de desear que Paula muriera. Y lo sé porque deseé que muriera el marido de Mayte, para que ella pudiera al menos disfrutar de unos años libre. Hasta que pensé si yo querría esos años de libertad a cambio de la vida de la chica preciosa que seguía siendo mi mujer... y destrocé una puerta a puñetazos. Porque quizá si no me hubiera tocado vivir de primera mano algo así, yo también sería uno de esos amigos bienintencionados que pensaban que yo tenía mucho mérito por no largarme de su lado. Pero luego veía a Paula y me daba cuenta de que mi lugar estaba junto a ella, estaría siempre junto a ella, aguantara dos años o veinte. Cinco o cincuenta.

Yo había querido que se cumpliera la voluntad de Paula de morir con

dignidad. Bueno, mejor dicho, había querido que se cumpliera la voluntad de Paula de someterse a un suicidio asistido, a la eutanasia. La dignidad no tenía nada que ver con eso; Paula no habría podido hacer nada, ni siquiera morir, sin dignidad. Cuando esa opción se convirtió en imposible y, sobre todo, cuando los médicos nos dejaron claro que ella no sufriría dolor, me olvidé de que se iba a morir. ¿Cómo podía olvidarlo? Ni yo mismo lo sé. Evidentemente, era algo que siempre estaba presente, que flotaba en el ambiente. «Enfermedad degenerativa e incurable» son palabras que dejan ese halo tras de sí. Pero en mi día a día nunca estaba presente su muerte, ni siquiera aunque llevara ya tres años en estado vegetativo.

Quizá por eso me rompió por la mitad la certeza con la que su médico nos dijo que el tiempo se acababa. Quise detenerlo, para quedarme a su lado. No me quedaba nada por decirle, ni ella podría escucharlo. La única ventaja del enorme preludeo que fueron los primeros años de su enfermedad fue que no quedó nada por decir entre nosotros, no nos quedó por cumplir ningún sueño factible, solo el de pasar el resto de nuestra vida juntos. Ella lo consiguió; yo, no. Pero seguía queriendo detener el tiempo para, solo, estar. Para sentarme al lado de su cama y quedarme allí, mirándola, sintiéndola, sabiendo que aún respiraba, aunque fuera una máquina la que tuviera que confirmármelo.

Había leído mucho sobre los procesos de duelo y había pasado un par de temporadas yendo a terapia para aprender a lidiar con la ansiedad que me provocaba toda la situación en la que llevábamos ya ocho años inmersos. Y sabía que, en el fondo, lo que me retenía junto a ella era el miedo al cambio. El miedo a salir de esa zona de confort que, pese a ser lo menos confortable del mundo, era el piso de los padres de Paula. El miedo al resto de mi vida, a ese resto de mi vida que todo el mundo creía que sería fantástico, lleno de planes que la situación de Paula me había impedido hacer y que a mí no me apetecían una mierda, porque estaba tan destrozado que solo quería echarme a dormir y no despertar nunca más. Como ella.

Cuando el doctor se despidió de nosotros, cada uno lidiamos con el dolor de la manera que ya se había convertido en rutina. Adolfo se encerró en su cuarto, serio, circunspecto y, por descontado, sin dirigirme una sola mirada. Carmina lloró desolada, Cristina la consoló, mientras me dirigía una sonrisa triste de disculpa por no poder hacerse cargo de mí también. Y yo me limité a encargarme de las cuestiones prácticas. Busqué mi agenda para comprobar que no tenía ninguna cita importante en las siguientes semanas. Envié un mensaje a

mis padres para decirles lo que acababa de ocurrir y les pedí que no me llamaran todavía, que lo haría yo cuando tuviera un momento libre. Creo que comenté en alto que me iba al despacho a organizar todo lo necesario para estar ausente por un tiempo indeterminado. Bajé al garaje y me subí al coche. Lo encendí y el sonido de *The Sound of Silence* inundó al habitáculo.

Y ahí me quedé.

Porque yo había conseguido construirme una coraza que me protegía del mundo real, de las caras de pena, de la compasión, del reflejo en los ojos de otros del drama que vivía en mi casa. Los empleados de Translitera me consideraban frío, borde... «Dios maligno» me llamaba Lorena, y hasta me hacía gracia el mote. Porque cualquiera de esos adjetivos era mejor que un «pobrecito, con lo joven que es, lo que le ha tocado vivir». Esa era mi coraza externa, pero, cuando me quedaba solo, los demonios venían a por mí y siempre me alcanzaban.

Di un puñetazo, dos, tres, no sé cuántos, contra el volante del coche. Hasta que no pude más y lloré. Lloré metido en mi coche, en el garaje de aquel edificio que odiaba. Lloré durante horas, dejando que las lágrimas salieran libres por una vez en la vida. Porque allí no existía el temor a que alguien me escuchara hacerlo. Porque no estaban mis padres para preocuparse por mí; sabía que ellos sufrían si yo lo hacía y me tragaba el dolor cuando estaba con ellos para evitarles esa angustia. Porque no estaba Ada y no tenía que fingir, aunque con ella nunca lo hice realmente. En aquel coche solo estábamos mi dolor y yo, juntos, de la mano. Como había sido en los ocho años anteriores. Como quizá sería durante los ocho siguientes, o durante el resto de nuestra vida.

Lloré porque la perdía, y lloré porque se perdía ella.

Lloré por el poco tiempo que habíamos tenido para disfrutarnos, para tenernos, para vivir.

Lloré porque los recuerdos felices se clavan a veces en el alma más que los grandes golpes. Y mis recuerdos sabían a primeras citas improvisadas al salir de la facultad, a la certeza tan temprana de que me estaba enamorando de ella, a su sí rotundo cuando le propuse aquella idea loca de recorrer Estados Unidos durante un año y a un sí más firme todavía en una capilla decadente de Las Vegas.

Lloré por que alguien que tenía tanta vida hubiera tenido tan poco tiempo para disfrutarla.

Lloré por sus padres, aunque los odiara.

Lloré por su hermana, que estaba a punto de perder a quien había sido su otra mitad desde que nació.

Lloré por los míos, que habían tenido una concepción algo surrealista de las relaciones, pero nada los había preparado para que su único hijo sufriera por amor durante casi una década.

Lloré por Ada, por el pánico atroz a que siempre temiera ser una segundona en mi vida. Y lloré por no ser capaz de asegurar que no fuera a ser así.

Lloré por mí, porque la perdía. Porque perdía a mi mujer, porque iba a ser viudo, y esa simple palabra era como un agujón puntiagudo que se me clavaba en las entrañas.

Y lloré por el mundo, porque iba a ser un lugar mucho más feo, mucho más gris, desde el momento en que ella se fuera.

Paula se moría. Se apagaba. No sé cuánto tiempo lloré, pero estoy seguro de que no fue el suficiente.

El ayer se hizo hoy

Paula se fue una madrugada de principios de octubre. Podría haberse ido algunas madrugadas antes de aquella. Podría haber aguantado algunas más. El porqué de que fuera aquel día el elegido por su corazón para pararse y dejarla descansar es una de esas cosas que jamás tendrán explicación.

Hacía nueve días que había llegado a Madrid y me había convertido, por primera vez en mi vida, en un títere de las necesidades de otra persona. Estaba poco acostumbrada a no tomar las riendas, como había hecho cuando me había mudado para consolar a Cloe tras el divorcio, pero sabía que, en aquel momento y aquel lugar, mi función era darle a Hugo lo que él me pidiera, lo que él necesitara.

Me instalé en mi piso de siempre, con mi hermana, que recibió mi llegada con incredulidad. A Cloe, justo en aquel momento concreto de su vida, le costaba entender que lo dejara todo por él, para estar a su lado en un momento tan terrible pero tan paradójico al mismo tiempo como era su despedida de su esposa. Yo había conseguido convencer a mis jefes de París de que me permitieran trabajar a distancia, aunque había tenido que reducir mucho mi jornada, ya que gran parte del trabajo requería que estuviera presente en las oficinas. No era el trabajo de mi vida, eso lo tenía claro, así que no me costó demasiado renunciar a esa parte de mi sueldo y mis responsabilidades. Con la frugal vida que había llevado en París, tenía ahorros de sobra para una temporada.

Me quedé con Cloe porque Hugo quería pasar el máximo tiempo posible al lado de Paula en esos últimos días, así que me limité a estar siempre pegada a mi móvil para acudir a su lado en los descansos que se tomaba, o cuando los padres de ella le exigían que los dejara solos con su hija. No llegué a poner un pie en el piso de Argüelles en aquellos primeros días; nuestro centro de operaciones era una cafetería bastante anodina a un par de calles de la casa de

los padres de Paula, donde nos veíamos a ratos que se me hacían demasiado cortos, porque quería hacer más por él que solo sentarme al otro lado de una mesa y compartir un momento de conversación con dos cafés de por medio. Sabía que era absurdo, que él necesitaba estar con Paula y que no había nada que yo pudiera hacer, pero estaba demasiado acostumbrada a buscar soluciones y me mataba de frustración no ser capaz de aportarle nada a Hugo más que mi escasa compañía.

* * *

Cuando un teléfono suena a las cuatro de la madrugada, no suele ser indicio de nada bueno. Cuando llevas días esperando una llamada en concreto, solo con el primer timbrado, ya sabes lo que vas a oír.

«Ya está», fue lo único que acertó a decir Hugo, con una voz tan fría que supe al instante que era la coraza más dura e impenetrable que nadie se hubiera puesto jamás. Le pregunté qué quería que hiciera, una frase que me había acostumbrado a pronunciar a todas horas, y él me pidió que fuera un par de horas después a un tanatorio del cual apunté la dirección en un cuaderno que guardaba en mi mesilla de noche.

Me levanté, me duché y me vestí como una autómatas. Sabía que en los siguientes días llegarían un montón de sentimientos encontrados, contradictorios, pero en aquel momento todo mi cerebro estaba teñido por una preocupación por Hugo tan profunda que no me permitía pensar en nada más. Cloe se despertó sin necesidad de que yo la avisara de lo que había ocurrido y me abrazó sin que ninguna de las dos tuviéramos muy claro por qué; supongo que mi hermana, simplemente, percibió que lo necesitaba.

Bajé a la calle para coger un coche eléctrico de alquiler por minutos y aproveché que me sobraba tiempo y necesitaba ocuparlo en algo para meterme a desayunar en la única cafetería abierta que encontré. También compré tabaco, con la excusa de llevárselo a Hugo por si no se le había ocurrido pensar en ello, aunque lo cierto es que ya antes de subirme al coche me fumé un pitillo que no consiguió llevarse la ansiedad que me invadía.

Cuando llegué al aparcamiento del tanatorio, le mandé un mensaje a Hugo para informarlo de que estaba allí y esperé a que llegara. Eran las primeras horas de la mañana, así que el lugar estaba casi desierto. Vi bajar de un sedán

gris plata a una pareja de mediana edad junto a una chica tan parecida a Paula que el corazón se me saltó un latido. Algo en ellos, no sé qué, me habría dicho que eran sus padres incluso antes de ser consciente del parecido. A los pocos minutos, llegó Hugo. Lo vi bajar solo de su monovolumen verde, y esa palabra, «solo», tuvo más significado que nunca para mí. Ni siquiera en aquellas circunstancias habían llegado como una familia, ni siquiera entonces tuvo Hugo un hombro en el que apoyarse. Cuando vi que su mirada perdida se deslizaba por el aparcamiento, buscándome, salí del coche y corrí hacia él.

—Hugo, lo siento. Lo siento muchísimo. —Lo abracé, aunque manteniendo un poco las distancias. Sabía que la familia de Paula estaba cerca.

—Gracias... gracias por venir.

—¿Qué necesitas?

—La verdad... no lo sé. De momento hemos avisado solo a la familia más cercana, irán llegando en las próximas horas.

—Cloe también vendrá dentro de un rato. No sé... no sé cómo quieres que actuemos. —Toda aquella conversación me parecía horrible, tan fría, tan... inapropiada. Pero era necesaria.

—Es que... joder, Ada, ni lo sé. No había pensado en eso. No... no tengo la cabeza muy centrada. Llevo dos días sin dormir ni un segundo, estoy como ido.

—¿Quieres? —Le ofrecí un cigarrillo, que no es que fuera a ayudar demasiado a mejorar su situación, pero tampoco sabía qué otra cosa hacer.

—Gracias.

Fumamos en silencio unos minutos, mirándonos a los ojos, tanteándonos. Por un momento, fuimos dos desconocidos, dos personas que, pese a haberlo compartido todo y haber estado frente a frente, desnudos en todos los sentidos posibles de la palabra, de repente no se reconocían. Quizá porque Hugo y Ada nunca habían sido el Hugo y la Ada que éramos en aquel aparcamiento, en aquella horrible mañana.

—Tienes que devolver el coche, ¿no?

—Sí. Me queda media hora o así, pero tendré que devolverlo pronto.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero...

—Dime.

—¿Podrías quedarte en mi coche cuando regreses?

—Claro.

—Quiero decir... En un par de horas empezará a llegar todo el mundo y ya podréis entrar sin llamar la atención. O sea... —Hugo se dio cuenta de lo

horrible que sonaba todo aquello, y una pátina de vergüenza y culpabilidad cubrió nuestra conversación. Como si necesitáramos más mierda que añadir a todos los sentimientos horrorosos que ya teníamos—. Dios, es que no sé ni qué decir.

—Me parece bien, Hugo. Sí, es una mierda y todo lo que estás pensando. Yo también lo pienso. Pero los dos sabemos lo que hay, y solo nos importa a nosotros, ¿vale? Me quedaré en tu coche, sin llamar la atención, y entraré con Cloe cuando llegue más gente.

—No sé ni cómo voy a poder agradecerte todo esto.

—Ahora preocúpate solo de estar lo mejor posible y no estés pendiente de mí.

Asintió, me dio un beso breve en la mejilla y entró en el edificio. Yo me quedé un momento mirando su estela, que me parecía visible, casi como si su tristeza fuera tan tangible que cualquiera podría ver cómo lo perseguía allá donde iba. Mi pánico más atroz era que lo persiguiera el resto de su vida.

En la siguiente hora, al menos, tuve algo de actividad que me distrajo de la realidad de lo que estaba ocurriendo. Devolví el coche de alquiler, llamé a mi hermana para pedirle que cogiera un taxi y me reuní con ella en cuanto llegó. Vi aparecer a los padres de Hugo, junto a su tío y a dos o tres personas más, pero me hice la loca porque no me parecía que fuera todavía el momento de saludarlos. No, teniendo en cuenta que la única vez que los había visto yo estaba en pleno postcoito con su hijo recién enviudado. Era todo tan inadecuado que no sabía dónde poner mi conciencia.

Cloe se metió conmigo en el asiento trasero del monovolumen, en el que los cristales tintados nos protegían de miradas indiscretas. Estuvimos mucho tiempo en silencio, porque las dos éramos lo suficientemente listas como para saber que no había nada que decir. Nos limitamos a sentarnos y tomarnos de las manos. Ella me acariciaba el dorso de la mía con el pulgar, y yo la dejaba hacer porque pocas veces en mi vida había necesitado tanto el contacto físico.

—¿Cómo está Hugo?

—No sé decirte, Cloe. Triste, claro. Pero también descolocado, creo. Intentando fingir que está mejor de lo que está y sin tener ni idea de qué hacer.

—Estos lugares son horribles.

—Lo sé.

—Pon la radio o algo. No creo que empiece a llegar gente hasta las diez o las doce de la mañana, y este silencio va a volverme loca.

Trepé un poco entre los dos asientos delanteros y encendí el equipo de música del coche. Enseguida reconocí la melodía que sonaba y los ojos no tardaron ni dos segundos en llenárase de lágrimas. No solo porque *Por mucho que pase*, de Girasoules, fuera una canción tan triste que me hacía llorar hasta en la adolescencia, cuando aún no había perdido a nadie que me importara, sino porque entendí al momento que, si estaba sonando, era porque Hugo la había venido escuchando durante su trayecto hacia el tanatorio.

Sentí la mano de Cloe en mi espalda mientras observaba el salpicadero del coche. Me fijé en la pantalla del equipo de música, en que el modo repetición estaba activado, y me dolió su pena tan adentro que sentí ganas de entrar en el edificio y pedirle que llorara, que lo soltara todo; y decirle que yo estaría allí para recoger los restos. Junto a la palanca de cambios, dos o tres *kleenex* eran el mejor testimonio de que Hugo seguía necesitando llorar solo.

Las horas pasaron y, finalmente, Cloe y yo nos atrevimos a entrar. La madre de Hugo, Clara, enseguida nos presentó como dos viejas amigas de su hijo de la facultad. No sé si Hugo la había advertido sobre la extraña situación, pero algo me dijo que no, que había sido el instinto de madre el que había hablado. Pasamos un par de horas charlando con Clara, Darío y Jaime sobre las banalidades que siempre se tratan en los velatorios. Esos temas de conversación que siempre parecen mejor idea que recordar el motivo por el que se está allí.

Hugo se acercó a nosotras un par de veces, aunque la mayor parte del tiempo lo pasó ocupado recibiendo las condolencias de muchísimas personas que se acercaron por allí. Si la mañana estaba siendo así, no me quería imaginar cuánta gente llegaría por la tarde, cuando las jornadas laborales se acabaran y la noticia hubiera corrido ya como la pólvora entre los conocidos de Paula y de su familia.

De la oficina, solo Berta se dejó caer por allí. En medio de toda mi vorágine emocional, ni siquiera había tenido tiempo para pensar una excusa verosímil para encontrarme en el velatorio de la mujer de Hugo después de llevar casi siete meses desaparecida para mis antiguos compañeros de trabajo. Como era de esperar, Berta no preguntó nada. Con una mirada y un par de frases, supe que había entendido todo lo que nosotros callábamos y sentí su apoyo sin reservas, sin palabras.

Sobre las dos, la madre de Hugo intentó convencerlo de que fuera a comer algo, sobre todo después de sonsacarle que llevaba algo así como treinta y

seis horas sin probar bocado. Yo la apoyé un poco, aunque en realidad lo entendía a él, porque yo me planteaba como una tarea titánica la simple idea de pasar un trozo de comida a través del nudo en la garganta con el que llevaba horas conviviendo. Al final, nos acercamos a una cafetería cercana Hugo, sus padres, su tío, una prima, Cloe y yo, pero nosotros nos apartamos un poco del grupo y nos quedamos en la acera fumando.

No hablamos demasiado. Comprendí mejor que nunca el concepto de «no tener nada que decir». Él me necesitaba allí, simplemente mi presencia, y yo también necesitaba estar a su lado. Me habría vuelto loca en casa sabiendo que él estaba pasando por aquello.

La tarde, como habíamos previsto, se convirtió en una vorágine insufrible de saludos protocolarios que yo presenciaba a distancia, aunque sintiendo el agotamiento de Hugo como si lo sufriera en carne propia. Físico, que se le notaba en los hombros cada vez más caídos y unas ojeras que daban hasta miedo; pero sobre todo emocional. Yo solo había pasado por algo así cuando había fallecido mi padre, pero los saludos eran entonces de gente del pueblo, todos conocidos, y no tuve que mantener el tipo delante de un montón de personas que no significaban nada para mí, como sabía que estaba teniendo que hacer Hugo.

Clara se mostró indignada cuando se enteró de que los padres de Paula habían decidido velarla toda la noche, sin cerrar la sala del tanatorio. Incluso su exmarido y su pareja tuvieron que pedirle que bajara la voz, pero yo entendía aquella rabia irracional, que no era más que el fruto de una preocupación profunda por las horas extra que aquello añadiría a la extenuación de Hugo. Lo entendía porque yo sentía lo mismo y porque ambas sabíamos que no había ni una opción remota de que él aceptara irse a casa a descansar unas horas.

A medianoche, ya casi todo el mundo se había marchado. Solo quedábamos allí las dos familias, casi como dos bandos enfrentados en una guerra silenciosa, Cloe y yo. Sabía que tenía que marcharme, porque no tenía ninguna lógica que dos compañeras de facultad se hubieran pasado dieciocho horas sin moverse del tanatorio, y me daba pavor que, entre el cansancio y la tensión acumulada durante años, se desencadenara alguna situación incómoda con la familia de Paula.

Tomé la única decisión que me salió de dentro. A pesar de la oposición rotunda de Cloe y de los intentos de convencerme del padre y el tío de Hugo,

le pedí que me dejara quedarme a dormir, o a intentarlo, en su monovolumen. Cloe opinaba que me estaba comportando como una trastornada, Darío y Jaime decían que sería de más ayuda estando descansada y solo Clara me dirigía una mirada comprensiva. Supongo que ella comprendía que su hijo tenía que quedarse al lado de Paula toda la noche, igual que yo tenía que permanecer cerca de él por si en algún momento me necesitaba. No era una obligación moral, ni social, ni familiar... Era, simplemente, lo que nos salía de dentro.

No dormí demasiado aquella noche. La pasé en un duermevela extraño y duro, abriendo los ojos de vez en cuando para comprobar si Hugo estaba cerca. Salió a fumar cuatro o cinco veces aquella madrugada, y todas ellas estuve a su lado, en silencio, con mi mano acariciando su brazo. Nunca había tenido muy claro para qué servían los velatorios y toda esa mierda, pero lo entendí aquella noche: servían para que esos momentos no se vivieran en una casa que quedaría para siempre marcada por un dolor imposible de asimilar.

El entierro estaba fijado para las doce de la mañana del día siguiente. Hugo me pidió, cuando empezaba a amanecer, que me fuera a casa a cambiarme. Quedamos en vernos en cuanto acabara la misa, que se celebraría en la capilla del colegio al que habían ido Paula y Cristina, y el entierro, en el cementerio de la Almudena. Iba a ser un día muy largo, muy complicado, y le hice caso porque sabía que me lo pedía de forma sincera.

El taxi me dejó en casa, y entre Cloe y yo elegimos la ropa que nos pareció más adecuada para aquella mañana. Hasta en eso me veía impotente, vulnerable... La verdad es que no tenía ni idea de qué hacer ni a la hora de elegir zapatos. En la iglesia, nos sentamos en uno de los últimos bancos, y tuve la suerte de ser capaz de desconectar el cerebro durante aquellos cuarenta y cinco minutos. No quería oír estupideces que quizá para algunas personas significarían mucho, pero que a mí no iban a convencerme de que había algo que celebrar en la muerte de una chica joven y feliz. Era todo tan injusto que era incapaz de conjugar la idea de un dios participando en ello.

El entierro fue horrible; la peor parte de todo, si es que hubiera que hacer un *ranking* del espanto que suponía aquella parafernalia funeraria. El silencio de aquella mañana calurosa se rompía constantemente por los sollozos audibles de la madre de Paula, y el rostro desencajado de su hermana era la mayor expresión de dolor a la que me había enfrentado jamás. Hugo parecía una estatua más del cementerio. Su espalda estaba tan envarada que daba la sensación de que una mínima brisa podría haberlo hecho caer desplomado.

Vestía un traje negro que tenía aspecto de nuevo y una parte de mí no pudo evitar preguntarse si lo habría comprado para la ocasión en algún momento de los ocho años que llevaba Paula condenada a muerte. La ceremonia acabó pronto. Y, entonces, solo quedó el vacío.

Por suerte, la madre de Hugo se puso al mando de todo. Yo no habría sido capaz de hacerlo. Nos reunimos con él en el aparcamiento del cementerio sus padres, sus tíos, Cloe y yo. Clara insistió en que Hugo se viniera conmigo a mi apartamento, que pasara allí la tarde y, sobre todo, que comiera algo y que descansara. Él asintió, con la mirada aún perdida, y supe que no había escuchado ni una palabra.

—¿Estás bien, hijo? —intervino su padre, que también lo había notado.

—Yo... Yo... Quiero ir a casa de Paula. De... de sus padres —balbuceó.

—No, Hugo, no. —Clara negaba con la cabeza a la vez que hablaba—. Ya habrá tiempo para que vayas allí, pero ahora lo único que tienes que hacer es descansar y...

—No, mamá. Quiero ir hoy. Yo... tengo que... necesito sacar de allí mis cosas.

A pesar de sus titubeos, supimos que la idea era firme. Clara cedió, pero fue inflexible en su decisión de acompañarlo hasta allí. Nos despedimos todos, con besos lejanos, dolorosos. Hugo me dio un breve apretón en la mano mientras me decía adiós con sus ojos fijos en los míos, y solo ese gesto me recordó que Hugo, que *mi* Hugo, seguía allí. Su padre y su tío se ofrecieron a dejarnos en nuestro apartamento y, cuando Clara y Hugo ya enfilaban el camino hacia el monovolumen, ella se dio la vuelta y se acercó a mí. Sin darme tiempo a reaccionar, dejó sobre mi mano una tarjeta de visita en la que aparecían su correo electrónico y su teléfono móvil, además de su cargo de directora comercial en una empresa de suministros farmacéuticos.

—Cuida de él, Ada, por favor. Creo que eres la única que podrá ser capaz de sacarlo de la pena que se le viene encima —me dijo, con la voz rota. Después de hacerse la fuerte durante horas para ser una roca de apoyo para su hijo, ella también empezaba a derrumbarse—. Pero cuídate tú también. Y, si necesitas cualquier cosa, ya tienes mi número.

Asentí, porque las palabras se me habían quedado atascadas en un nudo de lágrimas sin derramar, y me metí en el coche. Esperaría a Hugo en mi piso de Chueca, junto a Cloe. Y no tenía ni idea de qué era lo que iba a ocurrir a partir de entonces.

* * *

Hugo dejó cerrada su presencia en casa de los padres de Paula la misma tarde en que nos despedimos de ella. Recogió sus cosas, guardó un par de efectos personales de su mujer que más tarde me confesó que nadie le habría podido impedir llevarse y salió de la que había sido su cárcel emocional durante tantos años que ya ni siquiera recordaba lo que era un hogar. Su madre lo dejó en mi apartamento y, durante las primeras horas, lo único que hicimos fue dormir. Podemos darle a la mente las órdenes contradictorias que queramos, pero el cuerpo es más listo que nosotros y sabe que necesitamos concederle un descanso después de demasiadas emociones y un número indeterminado de horas en pie.

Tardamos dos o tres días en marcharnos al piso de Argüelles. No hablábamos demasiado aquellos días. Yo respetaba los silencios de Hugo, que sabía que estaban cargados de recuerdos en los que yo no pintaba nada, y él se esforzaba por charlar conmigo de cosas intrascendentes cuando en mi cara se notaba demasiado la preocupación por sus ausencias. Y, como no hablábamos, actuábamos como siguiendo un guion prefijado.

Todo indicaba que, cuando Paula muriera, Hugo y yo estaríamos juntos. Respetando unos tiempos de duelo, por supuesto, pero era innegable, por muy doloroso que fuera decirlo en alto, que el único impedimento para que Hugo y yo viviéramos nuestro amor había desaparecido. Y, en la misma línea, también era lógico que nos trasladáramos a aquel piso que había sido nuestro nido de amor en la época universitaria, y en aquellos meses maravillosos en que habíamos decidido vivir como si solo nosotros importáramos.

Fueron días mecánicos. Yo trabajaba desde casa sin un horario fijo y Hugo se fue reenganchando poco a poco al trabajo en Translitere, sobre todo porque Berta no le daba tregua y lo llamaba constantemente para intentar que volviera un mínimo a la normalidad. Incluso se presentó una tarde en el piso, armada con un montón de papeles que dijo que Hugo tenía que revisar, aunque no estaba yo muy segura de que no fuera una excusa para hacerlo espabilar. Si en algún momento se cuestionó por qué fui yo quien le abrió la puerta, no dijo ni palabra, lo cual era toda una novedad en ella.

Comíamos, trabajábamos, veíamos películas, hablábamos poco, dormíamos

juntos... pero no nos besábamos. Vivíamos en un limbo de duelo en el que la parte romántica, e incluso la sexual, de nuestra relación había desaparecido. No me preocupaba, la verdad; creo que yo misma me habría sentido muy rara si Hugo se hubiera acercado a mí con alguna intención diferente a la de llorar juntos su dolor, que era tan nuestro.

Cloe se pasaba por el piso algunas tardes, armada con una verborrea inagotable sobre su nuevo trabajo. Sabía que la apasionaba lo suficiente como para ser capaz de hablar sobre él durante días parando solo para dormir, pero también lo hacía porque creía que así nos distraía. Y lo cierto era que lo conseguía. Nos enseñaba fotos de los proyectos que tenía en marcha, nos pedía opinión para elegir muebles, colores de pintura o pequeños objetos de decoración, e incluso Hugo se animó bastante a la hora de ayudarla en sus decisiones. Cloe había tenido siempre la capacidad de aportar luz a la oscuridad incluso de la persona más triste. Solo un día Hugo se quedó congelado, cuando Cloe le propuso, casi como si se le hubiera escapado, hacer algunas reformas en el piso de Argüelles. Hugo se limitó a negar con la cabeza, a alejar aquella idea de su mente, de la de mi hermana y puede que incluso de la mía. Estaba claro que aquel aún no era su hogar, y temía que no llegara ya a serlo nunca.

También los padres de Hugo venían con frecuencia, y llegó a desarrollarse una relación de amistad sincera entre ellos y yo. Entre todos fuimos haciendo que el dolor lacerante de los primeros días se fuera atenuando y, aunque el trauma duraría mucho más de lo que nos atrevíamos a aventurar, al menos la vida volvió a adquirir un cierto aire de normalidad. De anormal normalidad, al menos.

La lloré. A Paula. La lloré mucho, en los pocos momentos en que Hugo y yo nos separábamos. Lloré por aquella mujer que había tenido la oportunidad de vivirlo todo y se había quedado casi en la casilla inicial. Lloré porque el dolor de su enfermedad y su muerte acompañaría a Hugo toda su vida, porque nadie en su sano juicio puede olvidar que algo así lo marcó durante una década. Lloré porque yo misma no sabía lo que quería. Solo tenía claro que querría a Hugo toda mi vida y soñaba con que algún día las nubes turbias de nuestro dolor se despejaran y nos permitieran seguir adelante.

—¿Por qué no ha pasado, Ada? —me preguntó una noche, en la cama, con sus manos aferradas a mi cintura. Sentía su aliento tan cerca de mi cara que, por primera vez en días, el ramalazo de deseo volvió a invadirme.

—¿La pena? —me aventuré a preguntarle, porque no sabía muy bien a qué se refería.

—No. La... La sensación de estar fallándole a todo el mundo.

—Pero Hugo... —Acaricié su cara como lo habría hecho con la de un niño, con una ternura que me invadía al darme cuenta de que, incluso en aquellos momentos, Hugo seguía siendo incapaz de pensar más en sí mismo que en los demás—. ¿A quién crees que le estás fallando?

—A ti. A ella. A todos... —Se pasó la mano por la cara en un gesto de frustración y guardó silencio unos segundos antes de seguir hablando—. ¿Estás triste por mi culpa, Ada?

—¿Triste? Yo... —Me pensé mucho mi respuesta. Tanto que a Hugo le dio tiempo a levantarse de la cama, abrir la puerta de la terraza y encender un cigarrillo que acabamos fumando a medias—. Estoy triste por todo lo que ha pasado. Porque es triste, joder. Pero no por nada que tú hayas hecho.

—Pero tú esperarías que, al ocurrir todo esto, nosotros...

—Hugo. Ni siquiera lo digas. Yo me fui hace siete meses porque tenía pánico a estar esperando la muerte de Paula. No te voy a decir que fui feliz en París, porque te echaba tanto de menos que me costaba hasta levantarme por las mañanas, pero te puedo jurar por mi hermana que nunca pensé que ojalá Paula muriera para que nosotros tuviéramos una oportunidad.

—Ya. Pero ha ocurrido. Y yo me he mantenido a distancia de ti porque tengo miedo a sentir que la estaría traicionando. A fallarle. Y, haciéndolo, siento que te fallo a ti, y así estoy en un bucle insoportable.

—Hugo, hace dos semanas que se fue. Dos putas semanas. No deberías estar pensando en nada que no sea recuperarte. Poco a poco, paso a paso. Pensando en ti, no en Paula ni en mí.

—Pero vosotras...

—Nosotras nada, Hugo. —Me puse seria. Mucho—. Paula está muerta. Sé que duele oírlo, también a mí me duele decirlo. Y yo soy más fuerte de lo que crees. Y te quiero por motivos mucho más profundos que los que puedan ocurrir en una cama, por Dios, Hugo, tienes que saberlo. Lo que tenga que pasar entre nosotros... ya llegará.

—¿Estás segura?

—¿De lo que he dicho?

—Sí.

—Estoy segura de que te quiero, Hugo. De que nunca he dejado de hacerlo,

aunque haya puesto tierra de por medio durante meses. Y creo que, antes o después, será nuestro momento.

Asintió y guardó silencio. Volvió a levantarse, se fumó otro cigarrillo y me aseguró que intentaría dejarlo en cuanto la ansiedad le diera un poco de tregua. Yo me quedé tumbada, mirándolo, observando aquella habitación en la que habíamos vivido tanto en momentos tan diferentes de nuestras vidas. No tenía ni idea de qué nos depararía el futuro. Si sería allí donde viviríamos, si acabaríamos por separarnos de nuevo, tal vez para siempre, tal vez solo como una tregua hasta que nuestras piezas volvieran a colocarse en su lugar, o si nuestros caminos seguirían unidos, pero en un lugar diferente.

Toda mi vida era una incógnita aquel otoño, y no sabía si me daba más miedo que se quedara así para siempre o que llegara el día en que se despejara la equis de nuestro futuro.

He llorado tan adentro

Hugo

Me odiaba por no llevarlo mejor. Me odiaba, de verdad. Pensaba que estaría preparado cuando llegara el día en que Paula se fuera, pero... no lo estaba. En absoluto. Menos incluso de lo que cabía esperar. El momento de aquella madrugada en que se paró su corazón envió un latigazo a todo mi organismo en el que sentí, con una apariencia de realidad que me dio miedo, que el mío también se había quedado congelado. Y así seguí durante días y días.

Apenas recuerdo nada de lo que fue su velatorio, el funeral y el entierro. Sí sé que me metí en el papel que me tocaba, el de viudo doliente pero no en exceso. Lo que los demás esperaban. Que estuviera roto, pero no lo demostrara demasiado, que ya se sabe que todo el mundo se siente incómodo si un hombre llora desconsolado sobre la tumba de quien ha sido el amor de su vida. Me vestí como se esperaba de mí, me mantuve a la distancia adecuada de la familia de Paula, me hice el fuerte delante de mi madre para que no sufriera más de lo que ya sabía que estaba sufriendo... y solo me permití ser yo mismo delante de Ada. Pero aquel era un *yo mismo* que no se parecía en nada al Hugo que ella conocía, ni al despreocupado de aquella primera época universitaria, ni siquiera al que estaba ya muy golpeado por la vida, pero aún conservaba esperanza del año anterior. Me habría gustado llorar en sus brazos, y hasta tenía la sensación de que ella necesitaba eso de mí, pero todas mis emociones estaban hechas un nudo en mi interior. Un nudo que no me permitía respirar con profundidad, que me impedía comer, que parecía haberse atado alrededor de los conductos de mis lacrimales, porque la verdad es que fui

incapaz de derramar una sola lágrima. Ni el día de su muerte, ni en su entierro ni en las semanas posteriores.

Estaba enamorado de Ada. Dios mío, estaba tan enamorado de Ada que solo podía suplicar que ella fuera capaz de captarlo, de percibirlo. Necesitaba que el mismo tipo de mecanismo interior que nos había hecho enamorarnos con aquella fuerza devastadora le dijera, de alguna manera, que mis sentimientos seguían en pie, más en pie que nunca. Que el único que estaba derrumbado era yo y que, de hecho, el único motivo que tenía para levantarme por las mañanas era ella.

Estaba enamorado de Ada, pero, por momentos, me molestaba incluso su presencia. Y no me molestaba porque ella intentara animarme o porque buscara la manera de que saliera adelante. No. Era mucho peor que eso. Me molestaba su presencia porque lo hacía todo bien. Tan bien que me crecía dentro el orgullo por haberme enamorado de una mujer como ella, y a veces incluso la incredulidad de que alguien así se hubiera fijado en mí. Porque Ada nunca me presionó, ni me metió prisa, ni mostró un solo signo de impaciencia, a pesar de que era obvio que yo tenía que salir en algún momento de aquel bucle de las primeras semanas. No la besaba, no le hacía el amor. Solo le decía que la quería cuando nos metíamos en la cama, y esperaba que aquellas dos palabras condensaran todo lo que me ardía dentro, aunque fuera un escaso consuelo a lo poco que podía ofrecerle.

Muy paulatinamente, fui encontrándome mejor. Muy muy poco a poco. Al principio, no creía aquello que me decía todo el mundo de que el tiempo iría aliviando el dolor. No es solo que no me lo creyera, es que me hacía rechinar las mandíbulas escucharlo. Porque, aunque no me atreví a decírselo nunca a nadie, la realidad era que no quería que se me pasara. No quería que dejara de doler. Ese pinchazo en el pecho que sentía cada vez que pensaba en Paula era lo único que me quedaba de ella. Sí, también tenía los recuerdos, las fotos, las canciones que sonaban a ella y muchas cosas más..., pero no eran tangibles. Tangible... solo me quedaba el dolor. Y lo quería para mí. Para mí solo.

Pero la pena tenía su propia hoja de ruta. Ella ya había decidido cuándo iba a entrar y salir de mi cuerpo, de mi alma, cuándo iba a ser tan intensa que no querría hacer otra cosa que llorar acurrucado en la cama y cuándo iba a dejarse vencer por la esperanza de una vida nueva, una que ya no olería a enfermedad y muerte. Así, un día me descubrí comiendo con apetito, lo cual era toda una novedad desde hacía meses; otro día, acepté con ganas la

invitación de mis padres para ir a tomar un café, después de muchos días dándoles largas o aceptando resignado que se plantaran en casa sin avisar; y otro, me reí a carcajadas de las barbaridades que salían por la boca de Cloe... Y así hasta que me di cuenta de que, cada vez con más frecuencia, las comisuras de mis labios se acostumbraban a volver a sonreír, sobre todo al ver a Ada dormida a mi lado cuando despertaba cada mañana.

Me reincorporé al trabajo y me acostumbré a ir por las mañanas a la oficina. Las tardes las seguía pasando en casa, para estar más tiempo con Ada, aunque aún estaba muy lejos de ser la persona que quería ser para ella. Nos fuimos adaptando a esa rutina. Las mañanas dedicadas al trabajo, yo en Translitere y ella en casa; las tardes, para nosotros. Veíamos películas, salíamos a pasear por el barrio o, simplemente, nos quedábamos en el sofá escuchando música, mirándonos y sintiendo que aquella experiencia tenía que servir para hacernos crecer, para prepararnos para el momento en que pudiéramos ser de verdad una pareja plena. Habríamos pasado por tanto juntos que no existiría un solo problema al que no supiéramos hacer frente.

Hacía un mes ya que Paula se había ido cuando recibí una llamada del abogado de sus padres para informarme de que tenía que firmar unos papeles. Temas de herencias, certificados de defunción y horrores similares. Por suerte, Paula había dejado todos los temas administrativos muy bien atados años atrás y solo tuve que acercarme a una notaría a firmar dos o tres documentos. En ningún momento volví a cruzarme con Adolfo ni con Carmina. Me había marchado de su casa la misma tarde del funeral, sin que nadie se acercara a decirme adiós ni yo hiciera el amago tampoco, y había jurado no volver. Tenía bastante claro que lo cumpliría.

Tampoco había vuelto a tener noticias de Cristina. No sé por qué, pero siempre había pensado que con ella mantendría algún contacto, aunque fuera mínimo. No había sido así y tampoco iba a llorar por ello. Yo le había enviado un mensaje tres o cuatro días después de la muerte de Paula, diciéndole que podía contar conmigo si en algún momento me necesitaba, pero ella ni siquiera había contestado. Lo mismo me daba, la verdad.

Aunque los trámites habían sido rápidos y asépticos, la visita al notario me afectó más de lo que me atrevía a reconocer. Ver el nombre de Paula en un certificado de defunción había sido duro. Cómo no iba a serlo. Era la constatación real de un hecho que, por más años que llevara sabiendo que ocurriría, seguía escociendo como sal sobre una herida abierta.

No quería llegar a casa en aquel estado. Bastante mierda tenía que aguantar habitualmente Ada como para encontrarse a un Hugo más mustio de lo normal. Me di un paseo por el parque del Oeste, despacio, paladeando mi dolor y convencido de decirle adiós. Me senté debajo de un árbol a fumarme un cigarrillo, porque, aunque estaba decidido a dejarlo y empezar a cuidarme un poco más, no tenía la presencia de ánimo en aquel momento para renunciar al vicio.

Allí sentado, me dio por reflexionar. Mucho. Y me di cuenta de algo que el dolor de los años anteriores me había impedido ver con claridad. Que de la enfermedad de Paula había aprendido algo trascendental. Algo sencillo, que hemos escuchado cientos de veces, pero que nunca me había parado a valorar. Que quizá nadie analiza de verdad hasta que se enfrenta cara a cara con su constatación real: que vida no hay más que una. Que yo ya no volvería a tener veinticinco años y unos planes de futuro de ensueño. Ni volvería a enamorarme de una compañera de clase en la facultad. Ni podría celebrar ya una gran fiesta por mi treinta cumpleaños, porque justo cuando cumplí esa edad Paula acababa de quedarse inconsciente. Pero cumpliría treinta y cinco al año siguiente. Y tendría la enorme suerte de poder celebrarlo. Y, si todo iba bien, cumpliría cuarenta y cincuenta y sesenta... y los que estuvieran por venir. Y viajaría, disfrutaría, saldría, tendría libertad, estaría sano. Joder, tenía que estar agradecido por ello. Por eso y por haberme enamorado de alguien con quien compartir el camino, por duro que fuera.

Volví a casa triste, porque en aquel momento no sabía no estarlo, pero con la esperanza de hacer las cosas bien creciendo dentro de mí. Ada estaba tirada en el sofá con el portátil sobre las rodillas y los auriculares puestos, así que no se dio cuenta de mi presencia hasta que estaba ya casi a sus pies.

—Vaya susto me has dado —me dijo, después de dar un saltito algo sobresaltada.

—Perdona. ¿Estabas muy liada?

—Sí, un poco. Pero nada, en breve termino. —Dirigió la mirada al suelo y se mordió el labio antes de seguir hablando—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, sí. Todo. —Me odié al ver su expresión. Ada, que nunca se amedrentaba ante nada, estaba llena de prudencia, de miedo a hacerme daño—. Está todo bien, cariño.

Su expresión se llenó de sorpresa, y aquel gesto también me dolió. Es cierto que no solíamos llamarnos por apelativos cariñosos, pero en su cara no hubo

la mueca burlona que podría haber esperado de ella, sino auténtica extrañeza por haber visto un gesto de afecto en mí. Joder, solo esperaba que ella supiera cuánto la quería, aunque llevara tanto tiempo sin tener capacidad para demostrárselo.

Ada siguió trabajando y yo me puse a preparar la comida. Hacía años que no cocinaba, prácticamente desde aquella época de independencia en la universidad que me parecía que había ocurrido en una era anterior. Preparé unos filetes de pollo con salsa de mostaza y miel y avisé a Ada en cuanto estuvo todo listo. Serví dos copas de vino, no sé por qué, porque solíamos comer con agua, pero ese día sentía que las cosas eran diferentes, que algo estaba empezando a cambiar.

—Mmmmm... ¿Y esto? —Ada también se dio cuenta, no sé si por la comida, el vino o porque notó algo en mi expresión.

—Esto...

No le respondí. Me quedé mirándola y me pregunté, una vez más, cómo podía haber tenido tanta suerte para que una mujer como ella se hubiera cruzado dos veces en mi vida. Llevaba puestos unos pantalones cortos de algodón y una camiseta mía de color gris, que le quedaba enorme, pero que le gustaba ponerse para trabajar en casa. Se había dejado puestas unas gafas naranja que se había comprado en París y por las que yo me burlaba a veces de ella presumiendo de mi vista de halcón. Aunque lo cierto es que aquellas gafitas de intelectual me ponían... cómo me ponían.

Me acerqué a ella y la besé. La besé de verdad. Con lengua, dientes, saliva y un amor que se me desbordaba por los poros desde hacía ya más de año y medio, desde que nos habíamos reencontrado en las oficinas de Translitere y mi vida había dado un vuelco cuando ya no esperaba que eso pudiera ocurrirme. Llevábamos un mes envueltos en una timidez adolescente, ella por miedo a propasarse y que a mí me doliera un avance para el que no estuviera preparado y yo... yo por la misma razón.

Pero qué coño... Ada y yo habíamos hecho cosas que probablemente fueran ilegales en algunos países, nos habíamos visto desnudos a los veintipico y a los treinta y pico, habíamos lamido cada centímetro cuadrado de la piel del otro... Iba contra natura que nos diera miedo besarnos. El cuerpo nos pedía otra cosa, aunque el cerebro conspirara para alejarnos. Llevábamos un mes viviendo juntos, durmiendo juntos, y no habíamos pasado de algún beso rápido de despedida.

Era hora de acabar con aquella pausa, con aquel *stand by*. Porque aquellos meses no había sido la realidad, joder. Había sido otra cosa. La cosa que queda cuando muere una persona que hace años que sabes que va a morir, mientras tú estás enamorado de otra persona, que te quiere tanto que camina de puntillas por miedo a hacer algo mal, aunque tú solo quieras decirle que lo está haciendo todo bien, que eres tú el que lo hace todo mal, que eres un puto desastre, que tu vida ha sido un puto desastre tantos años que te has mimetizado con ello, y que estás más perdido a los treinta y cuatro años de lo que jamás lo estuviste a los siete. *Esa* cosa había sido el último mes. Y se tenía que acabar ya, antes de que se fuera todo a la mierda.

No llegamos a probar los filetes de pollo, pero, aunque había puesto un buen esfuerzo en preparar la comida, no me importó nada. Porque, en cuanto mi cuerpo y el de Ada conectaron de la manera en que lo habían hecho siempre, ella supo que comer ya no entraba en el guion. Nos llevamos el uno al otro hasta mi dormitorio, aunque ni siquiera sé cómo llegamos. Sí sé que gruñí cuando sentí que Ada se encaramaba a mi cuerpo de un salto y le pasé las manos bajo los muslos para mantenerla sujeta a mí.

No llegamos a la cama. No en el primer asalto. Tambaleándome, fui capaz de alcanzar la puerta del armario de mi dormitorio. Ada jadeaba entre mis brazos, mordiéndome los labios y clavándome las uñas en la espalda, y yo sentí que no había estado tan cachondo en toda mi vida. Hacía siete meses que no me acostaba con nadie y en los últimos tiempos ni siquiera buscaba ya alivio solo, así que..., joder, iba a explotar.

—¿Estás... estás seguro, Hugo? —me preguntó, con la voz entrecortada de gemidos, y la quise más en aquel momento, si es que eso era posible.

—Completamente. —Me desabroché los pantalones y sentí su mano internándose en mi ropa interior. Solté un grito y tardé un segundo en entrar en ella. Las palabras se me escapaban entre dientes—. La culpa de esto... la culpa de esto es de esas gafas que te pones, que me vuelven loco.

—Lo tendré en cuenta.

—Esto va a durar tan poco que te vas a pasar toda tu vida riéndote de mí.

—No importa. Tenemos... tenemos el resto de la tarde para seguir haciéndolo. Tenemos... el resto de nuestras vidas.

Sus palabras me espolearon y me corrí como una bestia entre sus piernas. Ni siquiera pensé en ponerme un condón, pero sabía que Ada llevaba años tomando la píldora y era obvio que los dos estábamos limpios.

—Perdona, yo... —Seguía jadeando cuando la dejé en el suelo. Jadeando y sudando—. No he podido contenerme.

—Compénsame.

Joder, me volvía loco. Me encantaba cuando me retaba. No sé a qué clase de tíos les gustan las mujeres sumisas en la cama, pero, desde luego, yo no era uno de ellos. Siempre me había vuelto loco eso de Ada, desde la primera vez que nos acostamos, cuando ni siquiera sabía su apellido ni habría acertado si alguien me preguntara su color de ojos. Tenía veintidós años y se comportaba en la cama como si llevara años de experiencia a la espalda. Y esa seguridad en sí misma no había desaparecido en todo ese tiempo. Seguía teniéndome en la puta palma de su mano cuando follábamos.

La empujé sobre la cama, haciéndome un poco el duro. Ella sonrió, mordiéndose el labio con una expresión pícara que hizo que se me pusiera dura otra vez en tiempo récord. Acabé de desnudarla a tirones, sin delicadeza, y me agaché entre sus piernas. Me dio exactamente igual que su sexo aún supiera a mí y me dio igual... todo. Todo lo que no fuera llevarla a un orgasmo que fuera al menos la mitad de glorioso de lo que había sido el mío. Me ensañé con la lengua, con los dientes, ignorando sus protestas, sus quejidos de que no podía más. Y, cuando de verdad no pudo más y estalló, quise beberme su orgasmo, bebérmela a ella entera.

Como a esas alturas ya volvía a estar como una piedra, hicimos el amor a lo salvaje, con el cabecero de la cama golpeando la pared con una cadencia rítmica que debía de tener a los vecinos encantados. Conseguimos simultanear nuestros orgasmos, no sé ni cómo, porque, cuando aquello terminó, yo ya no podía ni pensar ni mantenerme en pie.

Nos quedamos remoloneando en la cama y deseé que me hubiera sido concedido el don de la fotografía, porque lo único que quería era inmortalizar lo que estaba viendo. Ada adormilada, entre las sábanas blancas de la cama, con la luz del otoño entrando entre las láminas de la persiana en el ángulo perfecto y nuestras respiraciones aún agitadas como único sonido de fondo. Me sentí en paz, por primera vez en tanto tiempo que no podía cuantificarlo.

Fui capaz de levantarme al cuarto de baño, a asearme un mínimo, y me vine un poco arriba y pasé por la cocina a rescatar la botella de vino y un paquete de tabaco.

—Me arrastras a todos tus vicios —me reprochó Ada, con voz un poco pastosa, cuando volví a aparecer en el dormitorio.

—Será porque te gustan.

La intercepté en cuanto se levantó de la cama. Le pasé un brazo por la cintura y la pegué a mi cuerpo. Seguíamos los dos desnudos y si no hubo un tercer asalto en aquel mismo momento fue porque estaba seguro de que cierta parte de mi anatomía no estaba aún para esos trotes.

Nos fumamos un pitillo a medias apoyados en la puerta abierta de la terraza. Mi piso estaba en una planta alta y no había muchas posibilidades de que alguien nos viera allí desnudos, pero la verdad es que en aquel momento me la sudaba. Como si teníamos que pasearnos en pelotas por la Puerta del Sol; me habría puesto un lacito en el rabo y tan feliz.

Entraba una brisa fresca y me podría haber pasado el resto de la tarde contando los bultitos de su piel de gallina. O el resto de la vida. Bebimos a morro de la botella de vino y, por un momento, sentí que volvíamos a ser aquellos chicos de veintitrés años que no tenían ni idea de toda la mierda que la vida les iba a plantar en el camino.

Nos tumbamos de nuevo en la cama, un poco atontados por el agotamiento y el vino, y nos quedamos adormilados un buen rato. Ya era de noche sobre Madrid cuando volvimos a despertar, y volvimos a besarnos, y a hacer el amor, y a sonreír, a redescubrirnos, a ser nosotros. Decidimos dejar de lado las obligaciones y quedarnos ya en la cama el resto del día. Ni siquiera teníamos hambre. Estábamos saciados de nosotros mismos.

* * *

No sé qué hora era cuando desperté, pero sí que había tenido una pesadilla. O un sueño dulce, en realidad, convertido en pesadilla al abrir los ojos. Nunca me había preguntado demasiado de dónde procedían los sueños, pero aquella madrugada me descubrí torturándome al pensar por qué en aquel momento, precisamente en aquel momento, había tenido que acudir Paula a mi mente. Paula joven, feliz... sana. La Paula de la que me había enamorado. Tuve que levantarme de la cama porque me sentí tan mal que hasta me dieron náuseas.

Dos horas después, sabía que todo había sido una broma pesada del subconsciente. Sabía que no había hecho nada malo. Si tenía claro que Paula aprobaría mi relación con Ada un año antes, cuando seguía viva, no podía tener ninguna duda sobre el presente. Había conseguido racionalizarlo, de

acuerdo, pero entonces... ¿Qué era ese horrible nudo de dolor que se me clavaba en el estómago? Culpabilidad, pena, dolor..., ¿arrepentimiento? Ni siquiera sabía si me arrepentía de haber vuelto a acostarme con Ada. Me parecía inconcebible arrepentirme de algo que me había hecho sentir tan pleno un par de horas antes. Pero... ahí estaba el rastro de algo que no sabía ni reconocer.

Ada apareció por el salón cuando el cenicero estaba lleno a rebosar y del viejo equipo de sonido de mis padres salía la música de Robe Iniesta. Sonaba *La canción más triste*, y ese título me parecía una definición perfecta. Ada no me dijo nada. Solo se sentó en un sillón enfrente de mí, se encendió un cigarrillo y miró al suelo. «He llorado tanto, y he llorado tan adentro», decía la letra, y yo tuve que atajar el rumbo de una lágrima que se me había escapado sin que me diera cuenta siquiera. Ada levantó la mirada y esbozó una sonrisa llena de pena. Por mí, por ella, por los dos. «He llorado tanto que he apagado hasta el infierno». Ojalá se apagara el que sentía dentro.

—No me arrepiento —dije, con la voz rota. Necesitaba que ella lo entendiera. Que no la rechazaba, que jamás lo haría. Ada no estaba dentro de mi cabeza, no podía saber que un sueño, un bonito mal sueño, había desencadenado todo aquello.

—Comprendo.

Sabía que no. Que no comprendía. ¿Cómo podía comprenderlo, joder, si ni yo mismo lo hacía?

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Largo y sentido, como solo Ada sabía darlos para transmitir un amor profundo. Yo me quedé en el sofá, escuchando en bucle aquella música triste que se había convertido en un vicio en el que caía ocasionalmente desde el día en que había muerto Paula. Me regodeaba en mi dolor, preguntándole no sé ni a quién por qué cojones mi vida se había convertido en aquello. En un páramo en el que era incapaz de sentirme satisfecho pese a tener a mi lado a la persona perfecta para atravesar el proceso de duelo. Y lloraba a continuación por ser tan egoísta, porque yo no había perdido nada en comparación con lo que había perdido Paula. Ella lo había perdido todo. A mí me quedaba una vida por delante y tenía un pánico atroz a que nunca llegara el día en que fuera capaz de disfrutarla.

* * *

Ada y yo estuvimos raros un par de días después de aquello. Me avergüenza reconocer que pasé más tiempo en la oficina del habitual, porque se me caía la cara al tener delante a Ada. Ni siquiera sabía si quería volver a hacer el amor con ella, porque el cuerpo me gritaba que sí, pero me daba pavor que volviera la culpabilidad. Y sabía que ella, si antes caminaba de puntillas a mi alrededor, después de aquella noche parecía levitar. Tanto que pasó horas y horas en el taller de Cloe, muchas más de las que jamás había permanecido allí.

Joder, nos estábamos evitando.

El sábado por la mañana desperté temprano, pero quise dejar a Ada dormir y sorprenderla con el desayuno en la cama. Era un cliché romántico, sí, pero necesitaba decirle con ese gesto lo que no me atrevía a expresar con palabras. Que la quería, que la quería con locura, joder. Que saldríamos adelante juntos. Y que me perdonara. Sobre todo, que me perdonara.

Vi su cara de dolor en cuanto despertó y se fijó en la bandeja con un bol de frutos rojos, otro con yogur griego y copos de avena, una tostada francesa y un vaso de zumo de naranja. Vi aquella cara y un estremecimiento me recorrió el cuerpo, casi un presentimiento.

—Hugo, gracias...

—¿Qué pasa, Ada? —le pregunté, después de un momento de silencio que ella aprovechó para darle un mordisco a la tostada. Yo era incapaz de comer.

—Gracias por el desayuno. Es... —se le llenaron los ojos de lágrimas y me puse en lo peor— es maravilloso.

—Ya. —Dejé que siguiera comiendo, aunque me ardía dentro la impaciencia y quería que me lo dijera ya, aunque oírlo fuera lo último que deseaba.

—Las cosas, Hugo... —Suspiró, apartó su bandeja y me miró a los ojos—. Las cosas no pueden seguir así.

—Ada, por favor...

—No, Hugo. Escúchame, te lo ruego. —Se le escapó un sollozo y yo me sentí la mierda más grande del mundo por haberle quitado la felicidad a una mujer como Ada—. Escúchame, porque me va a costar mucho lo que quiero decirte. Si me interrumpes...

—Habla.

Lo dije seco, porque era un egoísta de mierda. Porque quizá siempre lo había sido. Porque quería que se quedara más que ninguna otra cosa en el

mundo, y anticipar que me iba a decir que me dejaba, que volvía a marcharse, me estaba rompiendo el corazón sin necesidad de oírlo.

—No es nuestro momento.

Crac. Aquello me partió al medio. Ya hacía tiempo que había aprendido que saber que algo iba a ocurrir no restaba ni un ápice al dolor.

—Ada, por favor —supliqué—. Te voy a dejar hablar, te lo prometo, pero déjame decirte algo antes. Yo... —dudé, pero la miré a los ojos y supe que con Ada solo había una fórmula, la sinceridad absoluta— sé que no tengo nada que ofrecerte. Pero también sé que te quiero, que te quiero con locura, que estoy enamorado de ti y que eres mi vida. Mi única posibilidad de volver a ser feliz, aunque ahora mismo parezca lejana esa felicidad. Pero sé que va a llegar, ¿vale? Te lo juro, Ada. Lo sé.

—Qué difícil... qué difícil es esto. —Se quedó en silencio, con aquella cara tan suya de estar reordenando sus ideas, y se levantó a encenderse un cigarrillo. Fumó en la puerta de la terraza, con la mirada perdida entre los tejados—. Todo eso que has dicho..., yo también lo siento. También te quiero con locura, joder. Espero de verdad que no lo dudes. Estoy enamorada de ti, no fui capaz de dejar de estarlo ni en siete meses en París haciendo todo lo posible por olvidarte.

—¿Entonces?

—Tienes que curarte, Hugo. Son diez años de dolor que tienen que cicatrizar. Y una herida no cicatriza si hay algo metido en ella. Y ese algo soy yo.

—No es verdad. Tienes razón en que tengo mucho que superar, por supuesto, pero no entiendo por qué tengo que hacerlo sin ti. Eso lo único que va a hacer es multiplicar la dificultad por mil. Multiplicarla tanto que se convierta en una montaña imposible de escalar.

—Siempre has confiado en mí, ¿verdad?

—Claro. Sabes que te admiro por muchas cosas, por todo lo que te has atrevido a hacer en los años que estuviste fuera.

—Pues fíate de mí en esto, joder. Nadie mejor que yo sabe lo que es aprender a vivir sola. ¿Crees que yo habría aprendido todo lo que sé, sea mucho o poco, si me hubiera quedado en Peñaliría? ¿O si hubiera renunciado a todo por quedarme contigo a los veintitrés, por muy enamorada de ti que estuviera? Joder, Hugo, hasta Cloe lo está consiguiendo. Tú mismo me has

dicho que creías que, si yo me hubiera quedado en Madrid, ella no se habría espabilado tanto.

—Yo no soy Cloe. Ni soy tú hace once años, joder. Yo te necesito a mi lado.

—No es cierto. Eres el tío más fuerte que he conocido en mi vida.

—¿Yo? —Alcé las cejas, sorprendido, porque jamás habría utilizado ese adjetivo para definirme.

—Sí, Hugo, tú. Joder, valórate un poco más. Piensa en todo lo que has vivido en los últimos años. No sé cuánta gente habría sido capaz de soportarlo.

—Y ahora me toca volver a estar solo. Volver a perder, joder. Estoy hasta los cojones de perder siempre.

—No, mi vida. —Se sentó en mi regazo, cogió mi cara entre sus manos y me miró con unos ojos que parecían encerrar toda la sabiduría de este mundo, aunque yo en aquel momento me negara a reconocérsela—. No pierdes. Ganas la oportunidad de rehacerte. Por ti mismo, sin ser dependiente, sin necesitarme. Yo no quiero que vuelvas a decirme que soy tu única posibilidad de ser feliz, porque eso es muy triste y una muy mala base para construir algo bonito. Y puede que a otras personas les parezca precioso eso de necesitar a alguien, pero a mí no. No quiero que me necesites, Hugo, solo que me quieras.

—Y te quiero.

—Y yo a ti. Pero eso ya lo sabemos los dos.

—Pues no te vayas. —Apoyé la cabeza en su hombro y sentí que los ojos me ardían. Me dio igual suplicar, con mi voz ahogándose en su piel—. No te vayas, por favor.

—Hugo, si me quedo, acabarás odiándome por suplantar a Paula.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso, joder?

—No es sano pasar de una relación tan larga y tan llena de cosas preciosas y horribles a una que pretenda ser para toda la vida.

—Pero eso no significa que algún día pudiera pensar que estás suplantándola a ella.

—Lo dijiste, Hugo. Que ojalá se hubiera quedado en una silla de ruedas para siempre, con tal de que siguiera a tu lado. Y que entonces yo nunca habría tenido cabida en tu vida. Y no te lo digo con rencor, te lo juro. Pero no quiero que llegue el día que sienta que solo soy una simple suplente. El mal parche al agujero que ella te dejó dentro.

—Era otra vida, Ada. Otra vida. Tuvo que morir para que lo entendiera.

—Sabes igual que yo que nunca me vas a querer como a Paula.

—No, no te voy a querer como a Paula. Te voy a querer como a Ada. Lo cual no es más ni menos. Es diferente. Yo soy diferente. El Hugo que se enamoró de Ada en la facultad no es el mismo que se enamoró de Paula al año siguiente y, ni por asomo, es el mismo que se ha enamorado de ti ahora. Personas diferentes, situaciones diferentes. Pensé que tú lo entenderías mejor que nadie.

—Y lo entiendo. De verdad que sí. Pero sigo creyendo que la única posibilidad que tienes de salir adelante es aprender a hacerlo solo. Aunque me duela. —Se echó a llorar y yo la abracé, porque la perdía y quería retenerla aunque solo fuera un segundo a mi lado—. Aunque me esté matando.

—¿Vuelves a París?

—Sí. Ya lo he comunicado a mi empresa.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Joder, Ada...

Me levanté y me aparté de su lado, porque en aquel momento aún confiaba en que, si pasábamos unos días más juntos, ella cambiaría de idea y se quedaría a mi lado para siempre. Me fui al salón y me encerré con un portazo que llegué a creer que iba a arrancar la puerta de sus goznes. Fue uno de los pocos arranques de furia de mi vida. Y una de las pocas broncas que tuve con Ada. Los dos éramos tranquilos y no solíamos reaccionar de aquella manera. No debió de tenérmelo demasiado en cuenta porque, un buen rato después, abrió la puerta y vino hacia mí.

—No acabemos así. —Me acarició la cara con los nudillos de su mano derecha y los ojos se me cerraron solos—. Quizá tardes en darte cuenta, pero esto es lo mejor para todos.

—Sí. Sí que lo es —logré responderle, después de un silencio cargado de emociones. No sé si es que empezaba a darme cuenta por mí mismo o que confiaba tanto en su sabiduría que puse todas mis esperanzas en que estuviera tomando la decisión correcta, justo en aquel momento en que yo era como un niño pequeño incapaz de discernir lo bueno de lo malo.

Nos despedimos con un beso que podía parecer de amor, pero en realidad era de muchas cosas más. Muchísimas. Era un beso que nos recordaba lo enamorados que estábamos, que quizá estaríamos para siempre. Que hablaba de un amor que va más allá de tener o no una relación, de verse cada día, de

estar en contacto. Nosotros habíamos vivido una situación tan anómala que, como habíamos dicho tantas veces el año anterior, no había normas escritas. Y en nuestros sentimientos tampoco parecía haberlas. Ni norma ni medida. Ni capacidad para olvidarnos. Ese era mi consuelo: saber que tardaríamos en olvidarnos mucho más tiempo que yo en rehacerme.

—No te llamaré —le dije, porque me salió del estómago. Aún no sé si quería hacerla reaccionar, de una forma muy infantil, por cierto, o si estaba diciéndole lo que quería oír.

—No te lo he pedido.

—Pero crees que es lo mejor, ¿no?

—Es que lo es. Pero la otra vez no pudimos.

—Pues podemos ahora. —Me hice el fuerte, porque lo último que quería era un bucle de llamadas melancólicas como el que habíamos vivido cuando ella estaba en París—. Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien.

Asintió y nos quedamos en silencio, acariciándonos, con la mirada y con la piel. Ada me confesó que ya tenía la maleta hecha y que creía que lo mejor era irse a pasar la noche que le quedaba en Madrid a su viejo apartamento de Chueca. Yo estuve de acuerdo, porque no creía que pudiera sobrevivir a otra noche de despedida como aquella que habíamos vivido unos meses antes.

La acompañé a la puerta y me autoconvencí de que solo se marchaba a ver a Cloe a su taller, no que salía de mi vida para siempre. Cuando ya había llamado el ascensor, se volvió hacia mí, como en un arrebato que hizo que cayera la máscara que también ella llevaba puesta. Corrió a abrazarme y las lágrimas corrieron libres.

—Aprende a volar solo, Hugo. Haz que merezca la pena.

—Lo haré. No por ti. Lo haré por mí. —Le di un último beso, uno que se me hizo demasiado corto; se me habría hecho brevísimo aunque hubiera durado una semana—. Sabes que te quiero, ¿no?

—Claro que lo sé —me respondió, secándose las lágrimas—. ¿Lo sabes tú?

No le respondí con palabras, porque dudo que me hubieran salido. Lo hice con una sonrisa triste, una que sabía que no alcanzaba a expresar ni un uno por ciento de la locura de amor que sentía por ella.

Y la vi marcharse. Otra vez. Como siete meses atrás, con el corazón desgarrado en cien mil pedazos. Como once años antes, en aquella terminal de aeropuerto que se convirtió en el escenario de la pesadilla de perderla. Y, pese a todo, esa me parecía peor. Mucho peor.

La soledad cayó sobre mí como una losa en el preciso instante en que cerré la puerta. No era idiota. Sabía que tenía a mis padres, sabía que contaba con más amigos de los que había tenido en la última década. Incluso sabía que seguiría teniendo a Cloe. Pero me faltaba Ada. Joder, si era sincero conmigo mismo..., me faltaban las dos. Había amado a dos mujeres y habían salido de mi vida, en cierto modo, casi al mismo tiempo.

La tentación de odiar a Ada estuvo ahí. Me avergüenza reconocerlo, pero... se me pasó por la cabeza. Fue un pensamiento fugaz. Tardé pocas horas en entender que ella tenía razón. Que tenía que aprender a volar solo. Aunque estuviera aterrorizado. Aunque sintiera que ni siquiera sabía caminar.

Let's live it up

Llegué al apartamento de Chueca aún con el corazón encogido por la despedida. Por una nueva despedida. Había cogido un taxi que pasaba, providencial, por delante de casa de Hugo, y me había pasado el corto trayecto con la mente en blanco. Tanto que ni siquiera me planteé mandarle un mensaje a Cloe diciéndole que iba para allá. Se me ocurrió que quizá no estuviera sola cuando ya había metido la llave en la cerradura, así que me limité a retirarla poco a poco e ir reculando por el rellano, mientras rescataba mi móvil del bolso para mandarle un mensaje de aviso.

—¿Qué coño estás haciendo?

—¡Ay, joder!

Cloe abrió la puerta justo en el momento en que la luz automática del rellano se apagó y solo la pantalla del móvil iluminaba mi cara. Ella se asustó un poco; yo, un mucho. Y, cuando nos miramos a los ojos, nos dio un ataque de risa que se llevó consigo parte de mi amargura. Desde luego, si había algo con lo que no contaba aquella tarde, era con acabar riendo. Cloe era toda una experta en hacer milagros.

Aún no le había confirmado mi ruptura con Hugo ni que me iba a París al día siguiente, pero no hizo falta que se lo dijera. Ella lo intuyó, como tantas veces había hecho. Por mi cara, por la maleta que llevaba en la mano y por un breve asentimiento con el que respondí a su pregunta no formulada.

—¿Cómo estás? —me preguntó, después de abrir el armario de las emergencias emocionales. Un atillo de la cocina en el que guardábamos tequila, galletas Príncipe y... vale, también un poco de marihuana, que preferí no pensar cuánto tiempo llevaba allí.

—Bien. Supongo que... mejor de lo que esperaba.

—¿Y él?

—Mal.

—Ya.

Me tiré en el sofá, y Cloe llenó un cazo pequeño con leche y lo puso al fuego. Una de sus locuras favoritas era decir que la leche sabía peor si se calentaba en el microondas, así que la dejé hacer. Un momento después, la tenía en el sofá, sentada a mi lado, con dos tazas enormes de leche con Colacao, una cantidad ingente de galletas y sus cejas levantándose en dirección a la bolsa de marihuana.

—Dime que eso no lleva ahí desde que estábamos en la universidad.

—¿Las galletas? No. Las compré en el último ataque de «me salto la dieta».

—Ya sabes de qué hablo.

—No. Se lo dejó en casa Jon el *finde* pasado y decidí apropiarme de ello para casos como este.

—¿John con hache o Jon sin hache?

—Sin hache. El de Bilbao.

—Eres mi puto ídolo.

Ella se rio, aceptó el porro que yo había liado con bastante poca pericia y puso música en su móvil. Sonaron los Black Eyed Peas y me sorprendí al darme cuenta de que no estaba triste. De que aquella separación no tenía nada que ver con la que me había llevado a París ocho meses antes. Y Cloe también lo notó.

—Vas a estar bien. —No fue una pregunta.

—Lo sé.

Y sí, lo sabía. Porque ocho meses atrás me había dejado el corazón en Madrid por no ser capaz de encontrar una forma de vivir mi amor por Hugo sin esperar la muerte de Paula, pero ahora todo era diferente. Paula ya no estaba, y me marchaba con la esperanza de que Hugo se reconstruyera lo suficiente para estar bien. No por mí, como él me había dicho unas horas antes. Por él. Solo por él.

—Has sido muy generosa.

—¿Tú crees? —le pregunté, porque realmente no me sentía así.

—Sí.

—No sé... A veces creo que fui muy egoísta cuando me marché la otra vez. Que lo dejé solo por razones que no tenían tanto peso como yo sentí en aquel momento.

—¿Te parece una razón de poco peso dejarle vivir sus últimos momentos con su mujer sin estar de por medio?

—No... Pero a veces siento que no luché lo suficiente.

—Ada, joder... Luchaste de más. Y, en cualquier caso, la situación no habría cambiado. Hugo necesita estar solo. Tú lo has dicho mejor que nadie. Necesita reconstruirse.

—Sí.

Nos quedamos un rato en silencio porque no había mucho más que decir. Las dos sabíamos que estábamos haciendo lo correcto al separarnos; creo que, a esas alturas, probablemente incluso Hugo lo supiera ya. Ojalá fuera así y ojalá saliera bien. Yo soñaba, mientras acababa de recoger mis cosas para marcharme al día siguiente, con reencontrarme algún día con un Hugo fuerte, feliz. Un Hugo con la cabeza alta, los hombros erguidos y unos ojos sin un permanente cerco de dolor alrededor. Incluso soñaba con no reencontrarme con él; lo quería tanto que, para mí, sería suficiente con saber que existía. Que el hombre al que quise más de lo razonable se había recuperado, aunque el «nosotros» que un día fuimos ya no tuviera otra oportunidad.

—¿Estaréis en contacto?

—No. —Podía estar llena de esperanza por un futuro mejor, pero no fui capaz de evitar que la voz se me rompiera al responder.

—Mejor.

—Sí.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué? —Fruñí el ceño, llena de intriga.

—Que, en el fondo, no vas a dejar de soñar con que la vida os vuelva a reunir.

—Tal vez. —Se me escapó una lágrima, pero me la sequé rápido para que no llamara a las demás y convirtieran aquel día en un drama mayor del que ya era—. No sé cómo puedo quererlo tanto, Cloe. No lo entiendo. Intento racionalizarlo, pero... tengo una sensación muy rara en el cuerpo de que nunca voy a querer a nadie como lo quiero a él.

—Sí, sí vas a querer a alguien. —La miré fijamente y esperé su sentencia—. A ti misma. Ya va siendo hora. Llevas un año y medio viviendo a través de Hugo, de vuestra relación y de su situación. Él necesita reconstruirse, estamos de acuerdo, pero tú necesitas reencontrarte. Él se enamoró de la Ada que eras. Todos queremos que esa Ada vuelva.

—Tienes tanta razón que no sé si darte un beso o un bofetón.

Esa noche dormimos en el sofá. Acurrucadas y con la modorra de haber

bebido y fumado de más. Despertamos muy temprano, cuando aún quedaban horas para mi vuelo, y las dedicamos a embalar algunas cosas que me quería llevar a París y a hablar mucho, pero no ya de Hugo. Ese era un capítulo que tenía que cerrar cuanto antes si quería reencontrarme, como me había pedido mi hermana.

—Ada, hay algo... algo de lo que no te he hablado —me confesó Cloe cuando ya quedaba poco tiempo para que tuviera que marcharme.

—¿Qué pasa? —le pregunté, algo asustada.

—Hace un par de fines de semana bajé a Peñaliría.

—¿Y?

—Mamá me echó. —Se le escapó una lágrima y, como tantas veces a lo largo de mi vida, tuve ganas de salir corriendo hacia la casa de mi madre y zarandearla hasta quitarle de dentro esos prejuicios horribles.

—Por el divorcio, ¿no?

—Según ella, «algo haría» para que Luis se fuera con otra.

—Me voy a callar lo que opino porque sé que no te gusta que diga nada malo de ella.

—Llegado este punto de mi vida, me la suda lo que digas ya. —Le dio un sorbo a su taza de café y se aclaró un poco la voz antes de hablar—. Es una puta bruja, Ada. Debería haberla mandado yo a la mierda cuando te empezó a tratar mal a ti, no esperar a que fuera ella la que me repudiara.

—No le des más vueltas, Cloe. Tú lo has hecho todo bien. Es ella quien se lo pierde.

—Se queda sola, Ada. Y duele, joder. Me duele de cojones.

—¿Y te crees que a mí no? Me ha dolido mucho, durante muchos años. Y quizá me duela toda la vida. Pero también me he dado cuenta de algo con el paso del tiempo: ella no va a cambiar, no sirve de nada tener esperanzas de que algún día seamos una familia normal que se quiere con locura.

—Ya lo somos. —Me sonrió—. Una familia normal que se quiere con locura, quiero decir. Tú y yo lo somos.

La abracé porque me había puesto el nudito en la garganta, la muy imbécil. Pasó el resto de la mañana contándome los avances de su negocio, que iba viento en popa. Tanto que hasta se había planteado contratar personal para poder aceptar todos los encargos que le surgían, aunque al final había decidido que no, que prefería seguir trabajando sola, con los proveedores a

los que ya tenía de mano para las tareas a las que ella no llegaba, pero como única responsable al frente de su empresa.

Me maravilló una vez más comprobar cuánto había crecido mi hermana en menos de un año. Incluso físicamente se le notaba el cambio. Caminaba más erguida; vestía a su estilo, sin preocuparse tanto como antes de las modas o de lo que la sociedad dictaba que le sentaba bien a alguien con su figura; un día se maquillaba como una puerta para hacerse dos selfis para Instagram y al día siguiente salía de fiesta con la cara lavada. Era tan auténtica que me flipaba que no tuviera una legión de admiradores apostados en la puerta de casa.

—Me tienes que jurar que vas a venir a París pronto.

—Como muy tarde en Navidad. Esta vorágine de trabajar quince horas diarias de lunes a domingo se tiene que acabar en algún momento —reconoció, antes de que yo tuviera la oportunidad de echarle la bronca por trabajar demasiado.

—Te tomo la palabra.

—¿Y me prometes tú a mí que no pensarás demasiado en Hugo?

—No sé...

—¿O, al menos, que no te pondrás demasiado triste si lo haces?

Me pensé mucho la respuesta, no tanto porque quisiera ser sincera con Cloe como por serlo conmigo misma. No engañaría a nadie si dijera que no creía que Hugo acudiera demasiado a mi mente en los meses siguientes. Pero tenía que volver a tomar el control de mi vida, de mis ideas y mis sentimientos, algo que había sido mi especialidad durante treinta años y que se había ido por la borda por culpa de un sentimiento tan intenso que hizo que me tambaleara.

—Mira, Cloe... Pensaré en Hugo, claro que sí. Ha sido el gran amor de mi vida y, en parte, sigue siéndolo. Puede que lo sea para siempre, aunque conozca a otras personas y llegue a enamorarme de nuevo. Pero tengo claro que Hugo ahora es pasado. Aún duele, porque la herida es reciente, pero dejará de hacerlo. Tenemos que olvidarnos.

—¿Para reencontraros algún día? —Vi esperanza en los ojos de Cloe y me dieron muchas ganas de abrazarla. Ella era muy fan del concepto Hugo-Ada, aunque hubiera tenido dudas en el pasado.

—No lo sé. No voy a decir que crea en el destino porque no es verdad. Pero si la vida nos quiso juntar de nuevo cuando menos previsible era, ¿qué menos que darle la oportunidad de que juegue con nosotros para bien, no como ha jugado todos estos años con él?

—A mí no me engañas. Tú tienes esperanza.

—¿Y quién no? Vaya mierda sería todo esto sin esperanza. —Me pasé la mano por el pelo porque estaba nerviosa. Por el viaje, por la despedida, por la perspectiva de tener que reencontrarme sin saber muy bien por dónde empezar...—. Pero sí tengo clara una cosa. Si algún día nos volvemos a cruzar en el camino, tendremos que ser un Hugo y una Ada diferentes. No los que follaron como locos en la universidad hasta que acabaron enamorándose sin darse cuenta. No los que se reencontraron en el peor momento posible y creyeron que las dificultades se vencían a base de amor. No los que quisieron llorar juntos una pérdida que, en realidad, solo era de uno de nosotros. Tendremos que ser las dos personas plenas que siempre debimos ser.

—Pues ojalá lo consigáis. A mí me han gustado todos esos Hugos y todas esas Adas, así que supongo que me encantarán los que seáis en el futuro.

—No te emociones, Cloe. Es más fácil que nuestros caminos no se vuelvan a juntar nunca que otro reencuentro mágico.

—Ya, Ada, pero ¿a quién le gusta lo fácil?

Daba igual lo que hubiera hablado con Cloe en aquellos momentos previos a mi marcha: volví a París sin esperanzas de futuro, sin esperanzas de Hugo. Había una persona mucho más importante que él en mi vida con la que tenía que reconectar: se llamaba Ada y estaba harta de vivir llena de dudas.

CUARTA PARTE

LA CERTEZA DE HUGO

I need a place to hide away

Hugo

Pasó un mes antes de que fuera capaz de reaccionar. Ni siquiera recuerdo muy bien a qué dediqué ese mes. Supongo que a arreglar papeleo y fingir que trabajaba un poco desde casa... Puse el cuerpo en modo automático y dejé que el Hugo de la coraza irrompible se hiciera cargo de los trámites burocráticos y las bienintencionadas aunque insufribles condolencias que aún llegaban de vez en cuando.

Mi madre cogió como costumbre pasarse por casa todas las tardes. Y, los pocos días en que no lo hacía, la persona que aparecía al otro lado de mi umbral era Berta. Si no fuera porque apenas se conocían, habría jurado que se ponían de acuerdo para hacer turnos en el cuidado del minusválido emocional en que me había convertido. Berta al menos utilizaba alguna excusa profesional para visitarme; mi madre ni siquiera se molestaba.

Había perdido a Paula y llevaba ya dos meses llorándola. Quizá... quizá llevaba ocho años llorándola, en realidad. Y había perdido a Ada, de la que no había vuelto a saber nada desde que la había visto marcharse de mi casa en un adiós que tardé demasiado tiempo en comprender.

Lo hacía. Al fin lo entendía. Ada tenía razón. Yo tenía que aprender a volar solo, a valerme por mí mismo, a curar aquella cicatriz sin ella. Había conseguido racionalizar eso, lo cual no significaba que doliera menos, claro. Dolía. Mucho, muchísimo. Y ese dolor me había situado en una especie de parálisis vital en la que tenía la esperanza de que el alivio llegara, pero no era capaz de tomar ninguna decisión para precipitarlo.

No hacía nada. Me sentía inerte. Pasaba las mañanas trabajando y las tardes sentado en el sofá, mirando por la ventana, con música de fondo y fumando un

cigarrillo tras otro. Pensaba en Paula. Pensaba en Ada. No dedicaba ni un puto minuto a pensar en mí mismo, en buscar alguna salida al dolor.

Una tarde de finales de noviembre, mi madre entró por la puerta de casa sin llamar. Fue toda una novedad, porque solía tener la deferencia de usar el timbre, a pesar de que tanto ella como mi padre conservaban llaves del piso. Me pilló tirado en el sofá, fumando, para variar, y me removí incómodo, casi como si volviera a tener quince años y me hubiera pillado in fraganti. La diferencia estaba en que, en la adolescencia, me habría caído una colleja que tardaría diez segundos en olvidar y, veinte años después, lo que recibí fue una cara a medio camino entre la decepción y la preocupación que se me clavó en el alma.

Se acercó despacio a mí y tomó asiento en el sofá a mi lado. Me miró de una manera tan intensa que tuve que apartar la vista, porque no tenía ni idea de qué decirle. Ya habíamos pasado por muchas conversaciones en las que ella me decía que tenía que hacer algo con mi vida, que debía buscar ayuda para superar el duelo, que me trasladara a vivir con ella... Me frustraba ver que mi familia ponía más empeño en encontrar soluciones que yo mismo. Y no quería volver a pasar por una charla de aquellas. Así que me pareció que desviar la mirada funcionaría. Error.

Tras un rato en silencio, la vi levantarse e ir a la cocina. Volvió con dos vasos de agua con gas, con hielo y una rodaja de naranja, porque había sido ella quien me había acostumbrado a aquella extraña combinación. En la bandeja, además, estaba el bloc imantado que llevaba siglos pegado a la puerta del frigorífico y que jamás me acordaba de utilizar para apuntar la lista de la compra, que era su supuesto cometido.

—Coge un boli.

Se inclinó hacia la mesa de centro y cogió un cigarrillo de mi paquete. Se me escapó una sonrisa, porque le había dado por fumar de vez en cuando pasados los sesenta, después de casi tres décadas sin hacerlo. Aunque no estaba yo en condiciones de reprenderla por ello, la verdad. Le hice caso y cogí un lápiz que tenía en el mueble del salón.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Escribir.

—Gracias, mamá. Jamás lo habría imaginado. —Puse los ojos en blanco y, entonces sí, me cayó la colleja que me había ahorrado antes—. ¿Que escriba qué?

—Es lo tuyo, ¿no? —Puse cara de incompreensión—. Escribir, digo. O lo era, al menos, hace tiempo. Quiero... —Suspiró—. Quiero que escribas las cinco cosas que aspire a conseguir en tu vida.

—Mamá, en serio... Psicología barata, no. Por favor te lo pido.

—Ni barata ni cara. —Se puso seria. Tan seria que me impresionó—. Tu padre y yo ya no sabemos qué hacer, Hugo. Han pasado dos meses y no has evolucionado nada. Te levantas, te plantas delante del ordenador, no comes, no sales, no coges el teléfono, fumas compulsivamente y escuchas esa música de mierda que va a volverte loco. ¿Qué quieres que hagamos, eh? ¿Cómo quieres que lo afrontemos?

—Se me...

—¡No! No se te pasará. Deja de decir esa mierda porque no se te va a pasar hasta que cojas el toro por los cuernos y decidas qué quieres hacer con tu vida.

—¡Es que no lo sé! ¡¡No lo sé, joder!!

Nos gritamos. Nos gritamos demasiado, aunque tuve la sensación de que en realidad no lo estábamos haciendo uno contra el otro, sino cada uno a sí mismo. Mi madre, impotente ante el dolor de ver consumirse a su único hijo. Yo, desesperado de frustración por no ser capaz de darle lo que necesitaba. Llegaba un punto en que ya me daba igual estar mejor o peor por mí; solo quería no hacer sufrir a nadie.

—Inténtalo, por favor —me pidió, casi suplicó, tendiéndome el bloc y el lápiz.

La miré y vi que las lágrimas que yo había conseguido retener a duras penas le corrían a ella libres por las mejillas. Se las limpié con el pulgar y nos sonreímos. Dios, cómo la quería. También a mi padre, claro, aunque fuéramos menos comunicativos entre nosotros. Cómo no le iba a conceder lo único que me había pedido y que era capaz de darle.

Me levanté a la cocina y llené dos copas de vino. Me haría falta algo más que agua con gas. Mi madre aceptó la suya con una risita ahogada y yo me concentré en mi tarea.

Estuve mucho rato escribiendo. Escribiendo y borrando. Escribiendo y borrando. Debía de quedarme algo del alma de poeta dentro, porque quise escribir objetivos ambiciosos, palabras rimbombantes, sueños que creí vivos, pero que no tardé en darme cuenta de que se habían perdido en el largo desierto que había sido la última década. Hasta que fui consciente de que lo

que me había perdido de la vida era precisamente lo más sencillo. Que no necesitaba aspirar a nada más que a lo cotidiano. Y escribí aquellas líneas en poco más de un minuto.

—¿Está? —me preguntó mi madre cuando me recosté contra el sofá, exhalando un suspiro profundo y encendiéndome el enésimo cigarrillo de la tarde.

—Está.

Ella la leyó, con una mueca que sé que era su mayor esfuerzo por contener las lágrimas, pero también el inicio de una sonrisa esperanzada. Tuve miedo. Tuve un pánico atroz a que aquello la ilusionara con una vuelta a la vida de su hijo, cuando aún no estaba nada seguro de que eso pudiera llegar a pasar. Aunque tenía que reconocer que aquel truco de mi madre, por muy simple que pareciera, me había ayudado. Me había dado esperanza a mí también.

—No estás haciendo muy bien la primera, ¿no? —Mi madre rompió el hielo con una carcajada, mientras señalaba mi mano con la cabeza.

«Dejar de fumar y volver a hacer deporte».

Ese había sido el punto número uno de mi lista. El fácil, aunque tenía bastante claro que lo del tabaco me iba a costar un mundo y medio. Pero el deporte había sido lo primero que había acudido a mi mente, porque la ansiedad me comía y sabía que salir a correr, montar en bici o apuntarme a algún equipo y mover el culo me ayudaría.

—No va a venir todo de golpe, mamá —bromeé—. Poco a poco.

—Eso es. Poco a poco. —Siguió leyendo, aunque supuse que ya se la sabría de memoria a esas alturas—. Me encanta la segunda.

«Volver a escribir».

—A ver si viene la inspiración.

—Si viene, que te pille con el cuaderno en la mano. —Me sonrió—. La tercera..., fundamental. Estoy dispuesta a hacer intervenir a Berta para que cumplas.

—No hará falta. Lo tengo claro.

«No refugiarme en el trabajo. Cuarenta horas semanales y no más».

—No va a ser fácil.

—¿El qué?

—No morirme de preocupación con la cuarta.

—Ya.

«Marcharme de Madrid y no volver hasta que esté bien. Bien de verdad».

—Has dado el primer paso, cariño. —Se levantó, la imité y me dio un beso en la mejilla. La acompañé a la puerta—. Solo... prométeme que nos informarás de lo que vayas haciendo, ¿de acuerdo?

—Pues claro. No me voy a escapar, mamá. Solo... necesito encontrar un lugar fuera de aquí que me motive. Este piso... se me cae encima.

Volvimos a darnos un beso en la puerta y yo me dejé caer de nuevo en el sofá, pero en esa ocasión fue más por inercia que por desgana. Volví a coger la hoja de papel entre mis dedos y agradecí en silencio que mi madre no hubiera mencionado el quinto punto.

«Ada».

Solo una palabra. Nada más que tres letras que para mí, en aquel momento, aún lo representaban todo. Incluso el objetivo final de mi futuro. No mi razón para luchar; esa tenía que ser yo mismo. Pero sí la esperanza de que, si algún día lograba rehacerme, la vida nos volviera a juntar en algún punto del camino.

No habían pasado ni diez minutos desde que mi madre se había ido cuando sonó el timbre. Di por hecho que se habría olvidado algo o que me subiría la cena, víveres varios o cualquier otro artículo que ella considerara básico para mi supervivencia. Así que abrí sin plantearme quién podría estar al otro lado del rellano.

Y no la esperaba a ella.

Me dio un vuelco el corazón. Joder, un puto vuelco de nostalgia, dolor y auténtico horror por el parecido.

Cristina.

—Ho... hola, Hugo. Yo...

—Pasa —interrumpí sus titubeos, aunque me sorprendió que a mí me saliera la voz firme.

Recorrí el camino entre la puerta de entrada y el salón recogiendo a mi paso algo del desorden que reinaba en mi casa en los últimos tiempos. La invité a sentarse en el sofá, justo en el lugar que mi madre había ocupado un rato antes, y ella lo hizo con sus gestos delicados, tan parecidos a los de su hermana que tuve que apartar la mirada. Le pregunté si quería algo de beber y serví dos cafés con leche. Me tembló tanto la mano al echar el azúcar que temí derramar el contenido de las tazas de camino al salón.

—Yo... Hugo, siento mucho no haberte llamado ni haber... No sé. He estado...

—No te disculpes, Cris. En serio, no hace falta.

—Sí, yo creo que sí hace falta. —Tomó aire y lo soltó con fuerza—. He tenido mucho tiempo para pensar en estos dos meses y... creo que no hice las cosas demasiado bien cuando vivías... cuando vivíamos todos juntos.

—Eso es agua pasada ya —respondí, porque lo sentía así. Me parecía que hacía siglos de aquella época oscura en la que tenía que habitar en un piso en el que me sentía un extraño—. De verdad que lo es.

—¿Cómo estás?

—Bueno... Mal. ¿Tú?

—Fatal. —Se le rompió la voz, y no pude evitar acercarme a ella y pasarle un brazo por el hombro. No era momento para pensar en si ella podría haberse comportado de forma diferente durante aquellos años; su situación tampoco había sido precisamente fácil—. Al principio estaba como anestesiada, como si nada de todo aquello fuera real. Pero, ahora... Dios, la echo tanto de menos...

Los dos miramos al suelo, supongo que porque no queríamos vernos llorar. Por mi mente pasó Paula. Nunca se iba de allí del todo; sentía que siempre sería una parte de mí. Y me gustaba que fuera así. Pero aquella tarde, con su hermana, tan idéntica a ella, sentada a pocos centímetros de mí, pensé en ella más de lo que me había permitido en meses. Y tuve la extraña percepción de que nos estábamos despidiendo. Cristina y yo, pero también en cierto modo Paula y yo. Fue extraño.

—No he venido aquí a llorar. —Me dedicó una breve sonrisa y yo me levanté a rellenar las tazas de café.

—¿Entonces?

—Tengo unas cosas para ti.

Abrió su bolso y sacó un sobre. Un estremecimiento hizo que se me pusiera la carne de gallina, porque no tenía del todo claro que fuera capaz de enfrentarme a recuerdos tangibles de Paula. Y no dudaba que eso era lo que su hermana tenía para mí.

—Mira esto...

Se nos escapó una sonrisa a los dos al ver las cuatro o cinco fotos que Cristina había seleccionado. Eran todas de cuando Paula y yo estábamos estudiando juntos el máster, de los primeros tiempos de nuestra relación. En aquella época, Cristina tenía un novio, Tomás, que estudiaba Psicología, y solíamos vernos los cuatro en fiestas universitarias o en alguna de las

cafeterías del campus. Aquella relación no sobrevivió a la enfermedad de Paula; Tomás huyó porque era el único que podía hacerlo.

—Las encontré ordenando mis cosas. Me... me marché de casa, Hugo.

—¿En serio?

—No sé por qué, he sentido la necesidad de contártelo. El ambiente allí se ha vuelto... irrespirable.

Fui capaz de callarme en el último segundo el pensamiento que me atravesó la mente. «¿Cuándo no lo había sido?». Me quedé mirándola, mientras ella a su vez tenía la vista fija en aquellas imágenes que hablaban de tiempos felices y de una absoluta ignorancia de la putada tan grande que el destino nos tenía reservada a todos.

—¿Quieres quedártelas?

—¡Claro! Pero no querría que tú las perdieras.

—Las he escaneado. No te puedes imaginar la cantidad de cosas que había en los altillos de mi dormitorio. Me traslado a un piso pequeño, así que he hecho todo lo posible por economizar espacio.

—De acuerdo. Muchas gracias.

—Y, bueno... Hay algo más.

Solo necesité verlo para saber lo que contenía. Era un *pen drive* normal y corriente, azul, un poco antiguo. Pero intuí lo que habría dentro porque... yo qué coño sé por qué. Oí que Cristina seguía hablando, pero me costó reengancharme a lo que decía porque mi mente estaba aún suplicando que fuera lo que yo imaginaba. O que no lo fuera. Tampoco sabía eso.

—Fuiste muy discreto, pero... me di cuenta.

—¿Qué? Perdona, Cristina, pero... Supongo que tenía la cabeza en otro lugar.

—Lo sé, lo he notado. —Se rio—. Te decía que... te vi con una chica en el funeral.

—Yo... Eh...

—Hugo, no pasa nada. En serio. Fueron años... bueno, raros, supongo. No seré yo quien te juzgue por haber estado con otras personas.

—No fue así. —Me dolió. Me dolió en el medio del alma que Cristina pensara que yo me había dedicado a ir de flor en flor durante los años de enfermedad de Paula—. No hubo otras chicas. Solo...

—¿Solo ella?

—Solo ella. Se me hace... muy extraño hablar de esto contigo.

—De verdad, Hugo. No tienes nada de qué preocuparte.

—Se llama Ada —podría decir que se me escapó, pero, sentí que quería contárselo. Que, de alguna manera muy loca, que Cristina supiera algo de mi historia con Ada era como transmitírselo en cierto modo a Paula—. Ya no estamos juntos.

—Lo siento.

—No era nuestro momento.

—Claro.

—¿Tus padres...?

—¿Qué?

—¿Ellos también se dieron cuenta? —No sé por qué, pero me importaba. Dentro de mí, sentía la necesidad de que no tuvieran nada que reprocharme.

—No, no, en absoluto. Fuiste muy discreto.

—Pero tú...

—Me di cuenta.

—¿Cómo?

—Porque me fijé en que la mirabas como lo hacías con Paula hace años.

Asentí, porque ni había nada que decir, ni yo habría sido capaz de hacerlo. Y desvié la vista a aquel *pen drive* que aún seguía sobre mi mesa.

—¿Qué hay ahí? —Lo señalé.

—Paula... —Su nombre me dolió. En serio, un dolor físico me atravesó al escucharlo—. Me pidió que, si algún día sospechaba que tú estabas con alguien, estuviera ella aún... estuviera viva o no...

—Cris...

—Me pidió que te diera esto. No lo he escuchado, aunque, conociéndola, imagino por dónde van los tiros.

—¿Por qué no me lo dio a mí?

—Decía que no querías ni oír hablar del tema y lo borrarías. Pero ella quería que llegara a ti en el momento adecuado.

Lo dejé a un lado. Los dos sabíamos que aquella grabación era algo a lo que tendría que enfrentarme a solas. Cristina rechazó una tercera taza de café y se levantó, dispuesta a irse. Yo la seguí por el pasillo, hasta que, en la puerta, nos abrazamos. Lo hicimos sabiendo que probablemente nunca volveríamos a vernos. Le di las gracias de nuevo, aunque estoy seguro de que no supe transmitirle la gratitud eterna que sentía por haberme tenido en cuenta como una parte fundamental de la vida de su hermana melliza.

Y, cuando se marchó, nos quedamos a solas. Aquel *pen drive* maldito y yo. No quise posponerlo más y, de camino al salón, rescaté el portátil de la encimera de la cocina y me lo llevé al sofá. Lo encendí, conecté el USB, me encendí un cigarrillo y vi cómo me tembló la mano al pulsar *play*.

«Hola, Hugo».

Un escalofrío. Un nudo en el alma. El corazón amenazando con salirse de mi pecho. La boca seca.

No podía hacerlo.

Sí podía.

«En realidad, esta grabación no es para ti. A ti ya te he dicho todo lo que necesitaba que supieras. Así que, si Cris te ha dado esto, será porque hay alguien a tu lado. Y esta grabación es para ella».

Mi dedo pulsando con fuerza el botón «pausa» detuvo aquella voz metálica del sintetizador que yo había acabado identificando con Paula casi tanto como su voz real. Aquella grabación no era para mí, ella lo había dicho. Aquellas palabras eran para la mujer con la que yo compartiera mi vida después de perderla. Y esa mujer solo podía ser Ada. Guardé el *pen* en un bolsillo oculto del maletín de mi portátil con la esperanza de poder dárselo algún día. Porque, si no era para Ada, no sería para nadie.

* * *

Sí, tardé un mes desde la marcha de Ada en reaccionar, pero, cuando lo hice, fue como una explosión. Como una bomba de relojería que estaba esperando estallar sin que yo tuviera ni la menor idea. Mi cuerpo se cargó de toda la energía que había perdido en los meses anteriores, en los años anteriores.

Estaba tan eléctrico que me costó dormir aquella noche que siguió a las providenciales visitas de mi madre y de Cristina. Tanto que a las cinco de la mañana me desperté y ya no fui capaz de volver a conciliar el sueño. Me levanté a fumarme un cigarrillo en la terraza, porque mi nuevo propósito de no fumar se había reducido a no fumar dentro de casa. Como le había dicho a mi madre, iría muy poco a poco. Y, en aquel lugar al que salía decenas de veces cada día, reparé por primera vez en el farol que la iluminaba. Y aquel farol

dorado de aire marinero me dio la respuesta sobre el sitio al que dirigirme a lamerme las heridas hasta que se curaran.

La familia de mi madre procede de Trevijo, un pueblo muy pequeño del occidente de Asturias. Ella nació allí, pero era muy pequeña cuando sus padres se trasladaron a vivir a Gijón y, al cumplir dieciocho años, se marchó a estudiar Farmacia a Madrid, conoció a mi padre y ya nunca volvió al norte. Mi abuelo construía barcos, de joven como carpintero de ribera y, más tarde, como armador. Tenía un pequeño astillero en Trevijo, anexo a la casa en la que mi madre nació y vivió sus primeros años. Cuando el negocio creció, se fueron a la ciudad a prosperar y ya solo regresaban a Trevijo en las pocas vacaciones que mi abuelo se permitía.

Mi abuelo murió cuando yo era tan pequeño que apenas recuerdo de él algún paseo por la playa de San Lorenzo cuando lo visitábamos en Gijón y que siempre me daba caramelos de eucalipto, que a mí no me gustaban nada, pero que aceptaba porque venían de él. Mi abuela había muerto unos años antes y mis padres decidieron vender el piso de Gijón después de tenerlo algunos años cerrado. No habíamos vuelto a Asturias más que en alguna escapada en coche en verano y, siempre que lo habíamos hecho, pasábamos por Trevijo a comprobar el estado en el que estaba la casa familiar, abandonada desde hacía tantos años que apenas se mantenía en pie.

Aquel farol dorado me trajo todos esos recuerdos a la mente. El mar, los barcos, el astillero pintado de azul junto a la ría, mi abuelo... El norte. Necesitaba irme al norte para encontrarme. Mi madre iba a alucinar.

Esperé a una hora más o menos decente para llamarla y soporté los cuatro gritos que me pegó por abandonar un piso en perfecto estado en el centro de Madrid para marcharme a una casa por la que hacía diez años que no pasábamos y que podía ser, en aquel momento, poco más que piedras y recuerdos. Pero también sentí un puntito de orgullo en su voz. Aunque mi madre ya era más madrileña que la Cibeles, siempre había tenido algo de nostalgia de Asturias y un cierto sentimiento de culpa por haber abandonado sus orígenes.

A las ocho de la mañana estaba en su piso recogiendo las llaves de la casa de mis abuelos, y a las ocho y media en el despacho de un notario, firmando un poder por el cual Berta podría hacerse cargo de todos los trámites relativos a Translitere durante un tiempo indefinido. Y también para vender mi coche, aquel monovolumen que no había vuelto a conducir desde que me había

marchado del piso de Hermosilla. De hecho, estaba aparcado desde tiempos inmemoriales en la plaza de garaje que teníamos en la oficina.

Berta, claro, alucinó cuando la informé de sus nuevas responsabilidades, que no eran nuevas en absoluto. Si algo me había quedado claro en los últimos años, era que Translitere podía funcionar a la perfección sin mí. Tenía ahorros suficientes para no tener que hacerme cargo de ninguna traducción en una larga temporada, así que me despedí de mi empresa sabiendo que, el día que regresara, sería para trabajar allí de verdad. No para refugiarme en traducciones anodinas cuando la vida me pesara ni para pasarme temporadas enteras sin aparecer por la oficina. Tener un trabajo normal era parte del trato que había hecho conmigo mismo.

Berta me despidió con un abrazo tan sentido que supe que aprobaba mi decisión. De hecho, si no le hubiera parecido bien, no se habría cortado lo más mínimo en decirlo, abroncarme o lo que correspondiera. Definitivamente, tenía que ponerla en contacto con mi madre. Podrían hacerse grandes amigas sobre la base de tratarme ambas como si tuviera doce años.

Regresé a casa y me pensé mucho qué cosas eran las más imprescindibles para mí. Me iba a marchar en la moto, así que no me podía permitir nada más. Las empaqueté mientras sonaba *Yesterday* en el equipo de música de mi dormitorio. Algo de ropa; la poca comida percedera que había en el frigorífico, que podría venirme bien para el viaje; un saco de dormir, pues mi madre no estaba muy segura de que hubiera sábanas en la casa de Trevijo; el portátil y un par de cuadernos. Poco más.

Pasaban unos minutos del mediodía cuando cerré la puerta del piso de Argüelles. En el fondo de mi alma, soñaba con volver algún día a él, convertido en el hombre que quería ser. Y, ojalá, de la mano de Ada. Pero, para eso, quedaba una vida entera por cicatrizar.

Bajé al garaje y encendí la moto. La dejé ronronear un rato mientras colocaba los bultos en un saco portaequipajes sobre el asiento trasero. Me subí a ella y le di gas en la rampa de salida. Me perdí por las calles de Madrid, despidiéndome de la ciudad que me había visto nacer, crecer, enamorarme, sufrir, romperme, tener esperanza, perderla y... huir. Ojalá algún día me viera renacer.

Conduje despacio, aunque siempre me había gustado correr un poco más de la cuenta; creo que fue el miedo a llegar, a la incertidumbre de lo que me esperaba en Asturias, en el resto de mi vida, el que le puso prudencia al

acelerador. Recordé muchas cosas mientras me daba el viento en la cara, con la visera del casco levantada para sentirme un poco más vivo. Recordé la ilusión el día de mi veintiún cumpleaños, cuando mis padres me sorprendieron con aquella moto con la que llevaba soñando desde los quince; creo que fue un poquito de regalo de compensación porque acababan de divorciarse y sabían que yo lo estaba pasando regular, pero fue sin duda la mejor sorpresa de mi vida. Recordé cuánto la había disfrutado, cuántos kilómetros había recorrido, primero solo, luego con Ada a la espalda; durante demasiado poco tiempo, también con Paula. Odié los años en que había tenido mi CBR condenada al ostracismo del garaje, porque yo mismo estaba en un agujero tan oscuro que ni me planteaba disfrutar de algo que me recordara los buenos tiempos. Y pensé también en aquella tarde de locura con Ada, un año atrás, cuando la había llevado a Peñaliría porque sentía la necesidad de que viera su pueblo con otros ojos.

Apenas había dejado atrás Madrid cuando me sentí... no sé... libre. Sí, libre. Lo que no había sido en tanto tiempo. Eché de menos a Paula en aquel viaje, y a Ada. A Ada también la echaba de menos a todas horas. Quizá esa sería la historia de mi vida: echar siempre de menos a una mujer. Siempre a dos. Estaba casi entrando ya en el Principado de Asturias cuando me sorprendieron las lágrimas asomando a mis ojos, amortiguadas por la privacidad que me daba el casco.

Y grité, también grité. De libertad, de miedo, de esperanza. Podía parecer un loco para cualquiera que me hubiera visto, pero yo me sentía más cuerdo que nunca. Eufórico de una manera algo enfermiza, sí..., pero con las ideas más claras de lo que las había tenido en mucho tiempo.

Hice varias paradas por el camino, así que pasaba de las ocho cuando entré en Trevijo. Si el pueblo había sido siempre pequeño, en las últimas décadas, con el éxodo a las ciudades de muchos de sus habitantes más jóvenes, se había convertido en diminuto. Apenas recordaba las indicaciones de mi madre sobre cómo llegar a la casa, pero sabía que debía buscar la ría. Conduje despacio por callejuelas estrechísimas, entre muros de piedra y un silencio que solo rompía algún ladrido lejano y la brisa de invierno moviendo las ramas de los árboles.

En cuanto vi a lo lejos la finca de mis abuelos, distinguí la silueta del astillero, aunque apenas quedaba nada de aquel azul distintivo que lucía orgulloso en las fotos que mi madre conservaba en su casa. Y tampoco

quedaba casi nada de la casa principal. Detuve la moto frente a lo que un día debió de ser césped, pero que ya solo era maleza. Saqué las llaves del bolsillo de la cazadora y me di cuenta de que de poco iban a servirme en aquella construcción con el tejado hundido y vegetación saliendo por el lugar que un día debieron de ocupar los cristales de las ventanas.

Estaba bien jodido.

La desgana me venció, y no fui capaz de darme la vuelta y buscar un lugar en el que pasar la noche. Hice un par de búsquedas con el móvil, pero en Trevijo solo había dos casas rurales y ambas abrían únicamente en la temporada de verano. Resignado, suspiré, me colgué a la espalda el macuto y tanteé la entrada del astillero.

De milagro, había sufrido las inclemencias del tiempo mucho menos que la casa. El astillero se había levantado con posterioridad y la construcción debía de ser más robusta. Probé un par de llaves, hasta que di con la correcta y el portalón metálico se abrió con un chillido agónico. Activé la linterna del móvil, pues hacía horas ya que se había hecho de noche, y comprobé lo único que me importaba en aquel momento: que no hubiera más seres vivos allí dentro. Y no, parecía que estaba solo.

Eché un vistazo a lo poco que podía contemplar con tan poca luz. La parte más cercana a la carretera parecía haber sido la oficina; aún quedaba allí un escritorio metálico, un par de sillas y algunos documentos que nadie parecía haber tenido interés en llevarse. El fondo de la nave acababa en rampa, y esa rampa daba a la ría, aunque esa abertura había sido tapada por una valla metálica. Del techo colgaba una polea con una gran cadena, y unas escaleras conducían a una pasarela metálica que circundaba casi todo el espacio. Me pareció ver un murciélago colgando de la uralita del techo, pero preferí no mirar mucho más, porque todo indicaba que iba a pasar allí la noche y... ojos que no ven, corazón que no siente.

Cogí el saco de dormir con aire resignado y ni siquiera deshice la mochila. Me limité a sacar una camiseta térmica que me había llevado y me la puse por debajo de la ropa, tiritando de frío en el proceso. Decidí dormir sobre la mesa del despacho, porque no acababa de fiarme del suelo de aquel lugar, y me metí en el saco, después de tener que hacer todo un acto de fuerza de voluntad para sacarme aquellas botas tan calentitas.

Me moría de sueño. Llevaba en pie desde las cinco de la mañana, había hecho trámites, había cerrado mi casa de Madrid, había conducido quinientos

kilómetros en moto y me había encontrado con que el lugar en el que pensaba reconstruirme estaba tan en ruinas como yo mismo. Estaba muerto de frío, con un poco de miedo a que una rata me mordiera las orejas mientras dormía y con una completa incertidumbre a qué iba a ser de mí a partir del día siguiente.

Me sentí gilipollas. Primero, porque tiritaba, a pesar de la camiseta térmica, la sudadera polar, la cazadora de la moto y el saco de dormir. Y segundo, porque había renunciado a todas las comodidades del mundo para huir al norte precisamente en pleno diciembre.

Pero, mientras me planteaba, allí tumbado, si no habría cometido la mayor locura de mi vida, me di cuenta de algo. Aquella casa necesitaba que alguien la reconstruyera de cero... como yo. Aquella casa necesitaba una nueva vida... como yo. Y quizá acababa de encontrar el lugar que me daría el impulso que necesitaba.

Mi lugar en el mundo.

Y la vida siguió

«Y la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido», cantaba Sabina en una lista de reproducción de Spotify que había titulado «Nostalgia de Madrid» y a la que me abandonaba de vez en cuando. Claro que seguía. La vida, digo. Seguía a un ritmo acelerado, en concreto, en aquel diciembre helador de un París al que había llegado convertida en alguien muy diferente que ocho meses atrás.

Si en aquella primera etapa todo había sido nostalgia, llamadas que me mantenían atada a un imposible y una absoluta incapacidad para ilusionarme, entonces las cosas fueron muy diferentes. Y no voy a decir que el mérito fuera mío, pero una serie de circunstancias conspiraron para hacer más fácil una separación de Hugo que tendría que haber sido más dolorosa. Pero no lo fue. Quizá porque los corazones rotos duelen menos cuando la causa es justa.

Cuando regresé a aquel piso precioso que compartía con Alex, Aaron y Craig, descubrí que las cosas habían cambiado mucho en mi ausencia. Aaron había encontrado un trabajo en Burdeos, en la industria del vino, y Alex, después de mucho meditarlo, había decidido trasladarse con él, pues su trabajo le permitía ejercerlo desde casa estuviera en la ciudad del mundo en la que estuviera. Lo de que lo había meditado mucho eran palabras suyas, porque yo solo había estado fuera un mes y por poco no llego a la fiesta de despedida.

Craig y yo nos quedamos solos en el piso y pronto tomamos la decisión de no buscar un tercer compañero. Yo había compartido piso las suficientes veces en mi vida como para saber que incorporar a alguien nuevo a un lugar que ya tiene su propio ambiente nunca es buena idea. Los dos podíamos permitirnos asumir la mensualidad solo con apretarnos un poco el cinturón, y así nos quedaba una habitación para los invitados que vinieran a visitarnos.

La segunda novedad que modificó el rumbo de mi regreso a París fue un providencial cambio de empleo. De la industria del petróleo pasé a la del

turismo de lujo en una carambola de casualidades que me llevó a planificar viajes de alto *standing* para clientes árabes que deseaban visitar el París más prohibitivo. El sueldo era mejor y disfrutaba más del trabajo, así que, pese a que aún había un peso en mi corazón que me recordaba lo que había vivido en las semanas anteriores en Madrid, cada vez con más frecuencia descubrí las comisuras de mis labios curvándose hacia arriba en forma de sonrisa.

Fueron días frenéticos, entre la mudanza de Alex y Aaron, la adaptación a la nueva empresa y, por supuesto, la noticia más esperada para mí de aquella Navidad que se nos echaba encima: la visita de Cloe.

Mi hermana llegó exuberante. No se me ocurre otra palabra para definir su aparición en la terminal de llegadas del Charles de Gaulle, con un *look* de estrella del *rock* y cargando con una maleta que me hizo dudar si venía a pasar dos semanas o se trasladaba de forma definitiva a Francia.

—Llévame de tiendas. —Eso fue lo primero que me dijo en cuanto nos soltamos de un abrazo que dejaba claro que, aunque hiciera apenas tres semanas que no nos veíamos, nos habíamos echado muchísimo de menos.

Lo hice, claro. Recorrimos la Rue Saint Lazare, la Place Vendôme, la Rue Cambon... Todas aquellas calles cuyos nombres oía a diario en el trabajo, en los *tours* que organizaba para mujeres inmensamente ricas, más interesadas en Yves Saint-Laurent que en Monet y en visitar la Maison de Dior en la Rue Royale que a la Mona Lisa en el Louvre. A Cloe se le iluminaban los ojos bajo las luces navideñas con aquellos escaparates decorados hasta el menor detalle en rojos, verdes y dorados. Como llegó en viernes y el festivo del día de Navidad me había permitido tener tres días libres seguidos en el trabajo, dedicamos muchas horas a regalarnos pequeños placeres en forma de compras prohibitivas, comidas que se quedarían para siempre en nuestras cartucheras y más vino del que nadie debería beber a la luz del día.

Craig se había marchado a Escocia a visitar a su familia, así que celebramos una cena de Nochebuena para dos en la que no nos permitimos más tristezas que la que nos embargó a las dos cuando hicimos una llamada obligada a Peñaliría para felicitar a nuestra madre las fiestas. Nos entristecía, a pesar de todo lo que había ocurrido, saber que ella pasaría las navidades sola, cenando en casa de unos primos, pero con sus hijas a muchos kilómetros de su pueblo. Por eso llamamos, aunque no encontramos en sus palabras más que la decepción habitual y algo que se parecía tanto al odio que resultaba

incongruente entre una madre y sus dos únicas hijas. Lo mismo que seguimos encontrando en todos los años siguientes hasta que se fue.

Fueron días de muchas conversaciones, aunque, para sorpresa de las dos, Hugo no salió a la palestra más que de forma anecdótica. Yo sabía que tenía que olvidarlo y, en ocasiones, la mente obedece cuando se le dan órdenes lógicas. La mía lo hizo aquella vez. Salvo en Nochevieja, en realidad. Aquella noche, mientras veíamos la torre Eiffel en la distancia y nos comíamos nuestras doce aceitunas en la calle, muertas de frío, no pude evitar recordar lo que había ocurrido el año anterior, cuando la celebración en un modesto piso de Chueca se había convertido en una de las mejores noches de mi vida.

Me costaba creer todo lo que había ocurrido en un año. Lo había empezado loca de amor, convencida de que no existían los imposibles; había visto extinguirse lo más bonito que me había pasado en la vida cuando la primavera hacía acto de presencia en Madrid; me había marchado a París a chocar contra la realidad de que no podía olvidar a Hugo; había sufrido a su lado la pérdida más dura, una que aún dolía; y me había vuelto a ir, porque no había encontrado otra forma de demostrarle cuánto lo quería que dejarlo volar solo.

La noche de Reyes fue especial y agri dulce. Lo era siempre entre mi hermana y yo, quizá con la única excepción del año anterior. Lo había sido cuando éramos adolescentes y aquel día marcaba el fin de las vacaciones. Y, por motivos mucho más profundos, lo había sido durante años, cuando implicaba la despedida después de unos cuantos días juntas, en los años en que yo aún volaba por el mundo y ella era mi ancla con la realidad. Ese año era Cloe quien se marcharía al día siguiente, y ni siquiera los paquetes llenos de regalos nos distraían del hecho de que tardaríamos en vernos más de lo que nos gustaría.

Cloe me regaló muchas cosas, pero hubo una tan especial que estuvo a punto de llevar las lágrimas a mis ojos. Y a ese regalo me abracé cuando se marchó, porque me entristecía, a pesar de que sabía que en Madrid la esperaba mucha felicidad; a su trabajo se unía una incipiente relación con Rubén, un chico al que había conocido en el gimnasio. Una mezcla de ambos factores era la causa clara de la sonrisa que no había abandonado su cara en dos semanas.

El regalo de Cloe era una colcha. Una colcha preciosa, de algo parecido al *patchwork*, formada por retales de tejidos especiales y fotos impresas sobre tela. Allí estaban cosidos un retal del vestido que había llevado a la graduación del instituto, un trozo de la manta de sofá que siempre usábamos en

el piso de Chueca y hasta un pedazo de tela vaquera que me aseguró que era de unos pantalones que adoraba cuando era adolescente. Por un momento temí que a todos los tejidos de nuestra antigua casa les faltara un trozo cuadrado.

Pero lo que no dejaba de acariciar, y de provocar con ello las risas de Craig, eran las partes que correspondían a imágenes especiales. Desde una foto de ambas, con tres o cuatro años, bañándonos en el río que pasaba por Peñaliría hasta un selfi de las dos delante del Capitolio de Washington, de uno de los muchos viajes que habíamos hecho juntas en los años anteriores. Creo que ese fue el regalo más bonito que me habían hecho en toda mi vida. Era muy yo, lleno de recuerdos bonitos y viajes por el mundo, y muy Cloe, fabricado con mimo y con un arte que solo ella poseía.

Aquella colcha fue terapéutica, por muy absurdo que pueda resultar ese adjetivo aplicado a un pedazo de tela. O a varios, en ese caso. Yo siempre había llenado los lugares en los que vivía de fotos de mis experiencias viajando por el mundo, pero nunca había tenido la oportunidad de envolverme en ellas en el sofá, mientras leía un libro o, simplemente, trataba de conciliar el sueño. Y, al fin, después de demasiado tiempo, volví a apreciar lo que había vivido y volvió a picarme dentro el gusanillo de seguir recorriendo mundo.

A lo largo de mi vida, había conocido a varias personas que odiaban su vida. Odiaban su vida. Me parecía tremendo ese planteamiento. Cómo podía alguien odiar su vida y seguir levantándose por la mañana era algo que me resultaba imposible de comprender. Pero, sobre todo en el mundo de la alta empresa y en Estados Unidos, quizá el país más competitivo que había conocido, me había cruzado con gente así. Personas que habían soñado con ser artistas, profesores o deportistas, pero que por presiones familiares o miedo al fracaso se dedicaban a trabajos socialmente más aceptables y económicamente más provechosos. Gente que, entre cervezas de más, acababan confesando que... eso, que odiaban su vida.

Yo siempre había adorado la mía. Había tenido claro mi sueño desde niña y no me había rendido en mi empeño de conseguirlo. Yo solo quería recorrer mundo y, aunque mi trabajo me gustaba, en realidad lo había visto siempre como un medio para conseguir ese fin. Los idiomas se me daban bien, pero, si hubiera sido otra vocación la que me permitiera trabajar saltando de país en país y de ciudad en ciudad, me habría lanzado a por ella.

Craig también se había pasado muchos años de su vida viajando y nos encantaba compartir nuestras experiencias frente a un té, un café y, de vez en

cuando, un par de canutos de marihuana. En realidad, éramos bastante competitivos. Si él presumía de haber visitado el Gran Cañón en helicóptero, yo lo superaba con un viaje privado en avioneta que, recordé, me había costado un ojo de la cara. Si yo le contaba la increíble experiencia que fue recorrer sola los parajes más inhóspitos de Australia en una pequeña autocaravana, durante un viaje de autodescubrimiento a los veintiséis, él me picaba diciendo que había hecho algo parecido en Nueva Zelanda; según Craig, eso era «mucho más guay».

Viajar me llenaba. Por completo. Me hacía sentir plena. Nunca había admitido que nadie me juzgara por ello, del mismo modo que a mí jamás se me habría ocurrido juzgar a personas que se sentían completas con otras cosas. Estaba segura de que habría gente que jamás había salido de su ciudad, y eso no los convertía en mejores ni peores que a mí. Muchas personas de mi edad sentían la necesidad de vivir en pareja, de tener hijos, de desarrollar una carrera profesional de éxito... Yo solo quería subirme a un avión y descubrir lugares del mundo que me instalaban un nudo de emoción en el estómago. Esa había sido mi vida durante diez años y el gusanillo seguía ahí. Estaba empezando a volver a ser yo.

Había vivido cosas que la mayoría de la gente no vería en toda su vida. Había hecho escalada en Nepal; había visitado los diez o veinte museos más importantes del mundo; me había tirado en *bungee* desde la torre más alta de Las Vegas; había tomado el sol en la playa de Santa Mónica durante todos los días de un mes de agosto; me había lanzado en tirolina en una selva de Costa Rica; había comido buey de Kobe en la prefectura de Hyōgo, en Japón; había batido palmas al son de la Marcha Radetzky en el concierto de Año Nuevo en Viena; había visto amanecer en el Serengeti; e incluso había asistido a una Superbowl gracias a unas invitaciones VIP de una empresa para la que había trabajado en Texas. Me quedaban muy pocos sueños viajeros por cumplir, aunque la lista de objetivos aumentaba cada vez que sintonizaba un canal de viajes o intercambiaba experiencias con Craig. Y sonreía, sonreía muy fuerte cuando recordaba lo feliz que había sido en todos aquellos lugares.

—¿El monte Saint-Michel?

—Venga ya, Craig. Evidentemente sí. He estado.

—¿Ayers Rock?

—¿Tengo que recordarte que recorrí Australia en autocaravana?

—Lo tengo. ¿Ærøskøbing?

—No solo no he estado —le dije, alzando las cejas—. ¡Es que ni siquiera sé lo que es!

—Es una isla increíble que está en Dinamarca —me explicó—. Callejuelas medievales, casas pintadas de colores, faros de piedra, casetas de madera sobre la arena... Increíble, Ada. En serio. Deberíamos ir.

—¿Tú y yo?

—¿Y por qué no? —me preguntó, con uno de aquellos gestos suyos que siempre tenían un deje de coqueteo.

—Porque es la peor idea que he oído jamás.

Y lo era. Craig y yo habíamos tenido un par de *malas ideas* en los últimos tiempos. La primera había sido una semana después de que Cloe se marchara de regreso a Madrid. Fue un viernes en que estaba agotada, porque la semana después de las Navidades en el trabajo había sido de locos, y Craig había decidido de forma unilateral que la mejor manera de superarlo era bebiendo un champán carísimo que Alex y Aaron se habían olvidado en nuestro frigorífico. Cuando la botella se acabó, no nos importó seguir con un vino peleón que no teníamos ni idea de dónde había salido. La noche acabó con unos morreos improvisados en el sofá que me pusieron como una moto, pero que no llegaron a más porque apenas éramos capaces de mantenernos en pie.

Para la segunda mala idea ni siquiera teníamos la excusa del alcohol. Había sido un sábado, un par de semanas atrás, en el que hacía tantísimo frío en París que cancelamos a última hora una visita a Montmartre porque se nos juntó la pereza con el miedo a la hipotermia. Nos pasamos la tarde distraídos con juegos de mesa y, cuando el Monopoly, el parchís y el *backgammon* nos aburrieron, Craig propuso una especie de *strip Trivial* viajero en el que cada uno debía desprenderse de una pieza de ropa si fallaba una pregunta relacionada con diferentes lugares del mundo. ¿Sabíamos antes de empezar a jugar a dónde conducía aquello? Sin ninguna duda, sí. ¿Nos importó? Ni lo más mínimo.

Aquella noche acabamos enrollándonos en el sofá, metiéndonos mano de una manera casi adolescente y masturbándonos uno al otro de una forma bastante cerda.

A la mañana siguiente, aprovechando que Craig había salido a correr, llamé a Cloe con un ataque de culpabilidad que no había conseguido sacarme del cuerpo desde que me había despertado.

—¿Cómo la tiene? —Esa fue su primera pregunta. Sin anestesia.

—¿En serio, Cloe? ¿Seguimos en el instituto?

—No lo sé, dímelo tú. La última vez que oí a una tía soltera sentirse como una zorra por acostarse con un tío soltero, todavía llevábamos ortodoncia.

—No es eso, joder...

—¿Y qué es, entonces? —me preguntó, poniendo un tono cansino que hizo que me diera la risa.

—Es que... siento, en parte, que lo estoy engañando.

—¿A Hugo?

—Obviamente.

—¿*Obviamente*? Ada, céntrate, anda. Haz el favor. —Resopló y se dispuso a darme un sermón—. Sigues enamorada de Hugo, OK, eso puedo hasta entenderlo. No, en serio, lo entiendo. Pero estáis separados. Y, aunque en tu cabeza sea una separación temporal, Ada..., no lo es.

—Lo sé.

—¿Estás segura? Porque, si tienes claro que la separación es definitiva, no deberías sentirte culpable por seguir adelante. Vamos, Ada... Volviste a París precisamente para eso, para seguir adelante. Y para que él pudiera hacerlo también sin ti.

—Eso también lo sé.

—¿Entonces?

—Es que me acuerdo de él, joder. Aún me acuerdo de él más de lo que debería.

—Y te acordarás muchas veces. Ha sido tu gran amor. Pero la vida sigue. Y te voy a decir algo más.

—¿Qué?

—A todo el mundo le parecería la hostia de normal que él lo hiciera. Él o cualquier tío, entiéndeme. Estoy harta de que nos vayamos de modernos y sigamos tragándonos los tópicos de mierda de las comedias románticas. Ellos superan las rupturas follándose a todo lo que se menea, nosotras comiendo helado y escuchando música triste.

—Te pasaste semanas comiendo helado y escuchando música triste después del divorcio.

—¿Y lo superé? No. ¿Cuándo lo superé? Cuando el restaurador de muebles me la metió por el culo.

—¿Qué te hace pensar que esa información era necesaria? —Me tapé los ojos ante el comentario, pero acabé estallando en una carcajada.

—Bah, ni que tú nunca lo hubieras hecho. En fin, a lo que iba. Que nadie juzgaría a Hugo si ahora mismo se estuviera tirando a ocho tías a la vez.

—Tampoco necesitaba la imagen mental de Hugo haciendo eso.

—Pues quizá lo esté haciendo. O quizá no. El caso es que tú te estás tirando a un escocés clavado a Jamie Fraser...

—Que, recordemos, es un personaje de ficción.

—En mi cabeza no. —Le dio la risa y con ella se llevó parte de aquel agobio que yo sufría—. Ay, tía, tengo que seguir trabajando. Resumen: disfrútalo. Varias veces al día, si puede ser.

—¿Ves por qué te llamo cada vez que tengo una crisis?

—¿Porque soy una diosa de la sabiduría amorosa?

—Efectivamente. Y, por cierto..., grande y habilidosa.

—¿Eh?

—Piensa en tu primera pregunta, nena.

Colgué el teléfono entre risas, aunque con la convicción creciendo dentro de mí de que Cloe tenía razón. No había hecho nada malo al enrollarme con Craig. No haría nada malo si lo repitiera una y otra vez, algo que sonaba bastante apetecible teniendo en cuenta que cumplía los dos requisitos perfectos para lo que me pedía el cuerpo en aquel momento: sexo increíble y ninguna posibilidad de enamoramiento.

Y se repitió. Sin seguir ninguna pauta establecida, sin obligaciones, sin drama. Sexo sin complicaciones en el sofá —o en su cama, en la mía, en la encimera de la cocina, en la bañera y una vez... en la terraza—. Comodidad a la mañana siguiente, desayunando en pijama como dos compañeros de piso que nunca se hubieran corrido en la boca del otro. Ninguna pretensión, ningún engaño..., nada. A veces bromeábamos diciendo que habíamos llevado a la excelencia absoluta el concepto de *follamigos*.

Porque también éramos amigos. *Sobre todo*, éramos amigos. Hablábamos mucho. Del pasado, del presente, de un futuro que a ambos se nos presentaba incierto, aunque no era algo que nos preocupara. Descubrí sorprendida que Craig había tenido una relación bastante larga con una chica de Edimburgo, su ciudad natal; habían sobrevivido durante años a la distancia, pero... no para siempre. Me confesó que aún dolía.

Yo le hablé de Hugo, de lo que habíamos vivido, en una vida y en la otra, aunque me guardé mucho de aquello que aún hacía daño, de lo que nos había separado. Y me sorprendió hacerlo con una sonrisa en los labios. Una sonrisa

dulce que hablaba más de nostalgia que de heridas abiertas. Porque Hugo aún seguía en mi recuerdo, claro; algo me decía que no conseguiría olvidarlo del todo jamás. Y dolía, por supuesto que dolía de vez en cuando. Habría sido una locura que no doliera algo tan profundo como lo que habíamos tenido y que no había acabado bien. Habría sido menospreciar lo nuestro. Pero era un dolor suave, no aquella laceración punzante que me había destrozado la primavera anterior. Y la diferencia... la diferencia estaba en la esperanza. No en la de un reencuentro, ya no. Era la esperanza de que Hugo lo estuviera consiguiendo. Hacía ya más de dos meses que no sabía nada de él, absolutamente nada. Me había prometido que no me llamaría y estaba cumpliendo. Y algo me decía que eso era una buena noticia. Que si siguiera ahogado en el dolor y la apatía, en algún momento, se habría rendido a la tentación de llamarme. Yo confiaba en Hugo, en su capacidad para salir adelante del infierno. Confiaba en él porque lo quería, y lo quería porque confiaba en él. Sabía que le tocaba atravesar un camino tortuoso, que superar la muerte del amor de su vida sería una tarea titánica, pero soñaba con que lo consiguiera. Con que encontrara un punto en el que fuera capaz de convivir con los recuerdos. Con los malos y con los bonitos, que podían llegar a doler más que los otros. Que se reconstruyera y se convirtiera en el Hugo que quería ser. No en aquel chico despreocupado del que me había enamorado en la universidad ni en el hombre con demasiado dolor a las espaldas que había sido durante años, sino en el resultado de todas esas experiencias. Un hombre pleno. Y, ojalá algún día, un hombre feliz.

Entendí que lo que habíamos tenido, que lo que aún existía en algún lugar más que el recuerdo, era amor del bueno. Y lo supe porque ya no me importaba no saber de él, no me importaba no tenerlo a mi lado... Casi ni me importaba la perspectiva, aún dolorosa, de no volver a verlo jamás. Con que él llegara a ser feliz, para mí era suficiente. Yo también lo sería. Y seguiría esbozando aquella sonrisa dulce cuando pensara en él. Porque sí... Eso era amor del bueno.

Qué hacer con tanta angustia

Hugo

El primer mes fue un infierno. Un infierno y, al mismo tiempo, la terapia de choque que necesitaba. Ahora lo sé, pero, en aquel momento, estuve a punto de rendirme más veces de las que me atrevería a confesar.

Cuando desperté la mañana siguiente a mi llegada, con la espalda hecha pedazos por haber dormitado sobre una mesa de aglomerado de más de cincuenta años de antigüedad, me pregunté durante horas qué coño estaba haciendo allí. El día había amanecido claro y la luz se filtraba por los enormes ventanales divididos en cuadraditos que había en las cuatro paredes de la nave.

Eché un vistazo a mi alrededor. Aquello estaba abandonado, abandonadísimo, pero las fuerzas de la naturaleza no habían sido demasiado implacables con el lugar. El suelo, de hormigón, estaba en bastante buen estado, si no tenía en cuenta la capa de polvo de sabe Dios cuántos centímetros que lo cubría. Las paredes estaban desconchadas y con unas manchas de humedad que parecían las caras de Bélmez, pero al menos estaban en pie y con pinta de seguir así durante bastante tiempo. El techado tampoco estaba del todo mal; se veían un par de huecos, por los que también entraba algo de luz y de los que goteaban unos chorros de agua pequeños, pero que hasta yo sabía que sería una de las primeras cosas que tendría que solucionar. El hecho de que estuvieran a unos cuatro metros de altura no me lo ponía demasiado fácil. Abrí las dos únicas puertas que había en todo el espacio y descubrí un pequeño almacén, más bien una despensa, tan llena de cosas que preferí agobiarme con ello más tarde; y también un cuarto de baño que había conocido mejores tiempos. No tenía agua ni luz.

Y no dejaba de preguntarme qué coño estaba haciendo allí. Pero ya no en un sentido metafísico, sino muy real: ¿qué iba a hacer allí? ¿Me iba a quedar a vivir en condiciones infrahumanas en un lugar donde no tenía a nadie? ¿Iba a reformar un astillero que llevaba cincuenta años cerrado? ¿Para qué? Y, sobre todo, ¿cómo?

Di muchas vueltas junto al agua aquella mañana. Paseaba arriba y abajo, por un camino de guijarros que rodeaba aquella zona en la que el río que pasaba por Trevijo desembocaba en el Cantábrico. Mi vida estaba hecha un desastre en aquel momento, pero ni con mi caos mental podría negar que las vistas eran sobrecogedoras. No hay otro adjetivo para describir aquel lugar, algo aislado del resto del pueblo, en el que solo se oía el rumor del agua, rodeada por montañas de un verde que no existía en Madrid.

Me gustaba aquel sitio, no podía negarlo. Tenía un encanto rural al que yo siempre había sido ajeno, y supongo que algo en el hecho de que el origen de mi familia estuviera allí tiraba de alguna manera de mí para hacer que, aunque fuera una locura quedarme, ni siquiera se me pasara por la cabeza dar marcha atrás, empacar mis cosas y regresar a Madrid. Me quedaría allí, en Trevijo, en *mi* astillero. Y para eso debía ponerme en marcha.

Me planté en el centro de la nave y me rendí a la realidad de que debía pedir ayuda. Nunca había sido demasiado manitas y la idea de arreglar los agujeros de un tejado a cuatro metros de altura con la única ayuda de una escalera de mano de tres peldaños y dos sillas plegables era bastante difícil de asumir. Genial. Lo único que quería en aquel momento era pasarme unos días como un ermitaño, y lo primero que tendría que hacer sería buscarme una empresa de chapuzas en un pueblo en el que no conocía a una sola persona.

El centro de Trevijo, si es que se podía considerar que el pueblo tenía algo así, estaba a unos veinte minutos caminando desde el astillero, así que decidí pasar de la moto y poner en marcha aquello que me había prometido de hacer un poco de ejercicio. Un paseo no me vendría mal. Y comprar algunos víveres tampoco estaría de más, teniendo en cuenta que subsistía con un par de sándwiches de gasolinera y un yogur que había rescatado de mi mochila y que había tenido que beberme del vasito porque ni siquiera tenía una cuchara.

En la plaza principal de Trevijo estaban el Ayuntamiento, la iglesia y un bar. El epicentro de la vida social de cualquier pueblo de España. Me metí a tomar un café y descubrí que mi yo social no estaba del todo muerto cuando entablé conversación con el dueño, un hombre de unos cincuenta años que me informó

de que había una empresa de construcción cuya nave estaba relativamente cerca del astillero que iba camino de convertirse en mi casa. Hacia allí me dirigí después de un desayuno reconstituyente, porque no tenía muy claro cuándo podría comer de nuevo algo caliente.

Las siguientes semanas se convirtieron en todo lo contrario de lo que había planeado. ¿Querías estar solo, Hugo? Pues pásate tres semanas rodeado de dos obreros, del técnico de la compañía eléctrica y de un fontanero. Si aquellos días no consiguieron que me largara de Trevijo para siempre, no sé qué podría conseguirlo.

Se acercaba el día de Navidad y yo, al fin, tenía luz eléctrica, agua, un techo sin agujeros y... ¿un hogar? Aún no, pero me sentía ya más cómodo allí de lo que había estado en Madrid los meses anteriores. Los años anteriores, en realidad.

Mientras los obreros trabajaban, yo me había dedicado a adecentar el lugar dentro de mis limitados conocimientos. Poco más había hecho aparte de organizar los enseres que mi abuelo había dejado allí tantos años atrás. Conservé algunos documentos legales, por la ilusión de tenerlos, y los fui guardando en un par de carpetas que compré en una especie de tienda que vendía de todo en el centro del pueblo, justo al lado del bar al que ya me había acostumbrado a ir a comer cada día. También me quedé todas las fotos que encontré, títulos de propiedad de los barcos y algunas piezas que me fascinaron, como un timón antiguo, un telégrafo y un par de faroles. Me dolió no tener ni idea de barcos, haber dejado morir aquello que había sido el sustento de varias generaciones de mi familia. Por suerte, todo Trevijo había vivido durante décadas del mar, y los obreros que trabajaron en mi casa me fueron informando de algunos detalles sobre la historia de mi familia que yo desconocía.

Fue curioso que me hubiera convertido en una persona sociable con ellos, con Antonio, el dueño del bar, y con algunos conocidos que ya me saludaban cuando nos cruzábamos por las callejuelas del pueblo... pero fuera incapaz de abrirme aún con la gente más cercana. Me mantenía en contacto con mis amigos de Madrid a través de un par de esos infernales grupos de WhatsApp, en los que apenas interactuaba y que tenía silenciados porque la mayoría de cosas que se hablaban en ellos no me interesaban lo más mínimo. A mis padres los llamaba un par de veces por semana; bueno, en realidad llamaba a mi madre, que sabía que mantendría informado al resto de la familia sobre mis

avances. Estaba seguro de que todos pensaban ya a aquellas alturas que estaba como unas maracas. Sobre todo desde el momento en que le comuniqué a mi madre que no, no iría a Madrid a pasar las fiestas navideñas; y no, tampoco quería que ellos se pasaran por Trevijo a visitarme.

Lo que mi madre parecía incapaz de entender, y me molestaba, porque ella siempre había sido muy empática, era que el recuerdo de la Navidad anterior dolía como un putito infierno. Que me había pasado años y años temiendo cada Nochebuena que fuera la última de Paula y que, efectivamente, aquello había ocurrido. Que ya no volvería a pasar tiempo con ella, aunque fuera ante su cuerpo inerte en aquella cama. Y que tampoco tenía a Ada.

Ada...

Me esforzaba por no pensar en ella. Me esforzaba por no hacer todo aquello por ella, fuera lo que fuera «todo aquello». Hacía ya muchas semanas que había calado en mí la convicción de que ella tenía razón; siempre la había tenido. Aunque todavía se me hacían difíciles muchas cosas, sabía que iba por el buen camino, que ya no me ahogaba la angustia, que había empezado a disfrutar de mis objetivos en la vida, aunque esos objetivos en aquel momento fueran tan surrealistas como convertir un astillero ruinoso en un lugar habitable.

Los obreros se marcharon la semana entre Navidad y Año Nuevo. Lo último que hicieron fue acabar el trabajo que la naturaleza había hecho para derribar la casa principal. Solo rescaté de ella un colchón que estaba en buen estado, porque casi un mes durmiendo sobre el suelo en un saco de dormir era ya más de lo tolerable para un ser humano normal.

Fue extraño levantarme una mañana y no ver aquella ruina junto al astillero, pero pronto me acostumbre a disfrutar de una extensión de terreno que de repente parecía mucho más grande. Además de la casa principal, las excavadoras también se llevaron por delante la parte más destrozada de una antigua cochera, en la que descubrí con sorpresa un Vespino de color azul de los años ochenta, que no tenía ni idea de dónde podía haber salido.

Una mañana de enero, estaba fumando un cigarrillo junto a la ría, mientras me planteaba si sobreviviría a aquel invierno, dado el frío y la humedad que llevaban semanas instalados en Trevijo. No estaba ni cerca de dejar de fumar, pero al menos me había prohibido hacerlo dentro del astillero, así que me congelaba cada vez que me entregaba al vicio. Le daba vueltas en la cabeza a lo imbécil que era por estar tan enganchado cuando un perro se acercó a

olisquearme. Supe que era un perro porque, cuando acabó con su tarea de reconocimiento, soltó un ladrido; si hubiera tenido que adivinarlo por su aspecto, dudo que lo hubiera hecho. Era pequeño, marrón con manchas blancas, cojeaba de una pata y le faltaba un ojo. Era posiblemente el animal más feo del planeta Tierra, pero yo parecía gustarle.

—¡Guaje! ¡Guajín! —Escuché unos gritos a lo lejos y reconocí a un hombre mayor al que había visto varias veces paseando por el camino de la ría.

—Vete —me dirigí al perro—. ¡Vamos! Te llama tu dueño.

Me ignoró. Por completo. Dadas las circunstancias, puede que también fuera sordo. El paisano llegó a mi altura y me saludó.

—Buenos días —me dirigí a él y vi curiosidad en sus ojillos azules—. ¿Se llama Guaje?

—¿Cómo dices?

—El perro... Lo ha llamado Guaje, ¿no?

—Ay... —Se carcajeó en mi cara y yo no tenía ni la menor idea de qué tenía tanta gracia—. Te estaba llamando a ti, hombre.

—Ah. —Me quedé pensativo y recordé que mi abuelo también usaba esa palabra para dirigirse a mí cuando era pequeño. Sonreí y señalé al perro—. ¿Y él cómo se llama?

—¿El perro? No tiene nombre. Que yo sepa.

—¿No le ha puesto nombre a su perro?

—¿Mi perro? No es mío.

—Ah, ¿no? ¿Y de quién es?

—No *ye* de nadie. Lleva por el pueblo dos o tres años.

—¿Está abandonado?

—Supongo.

—Habría que llamar a una protectora de animales. ¿Hay alguna en el pueblo?

Me miró como si acabara de salir de una nave espacial. Me aclaró que el perro vivía en la calle y que eso, *allí*, era lo normal. Remarcó el adverbio como si Trevijo fuera un lugar con unas normas de funcionamiento particulares que yo debería irme esforzando en conocer. A continuación, me preguntó de dónde venía y, cuando le dije que de Madrid, su mirada de desprecio me atravesó.

—Oiga, ¿usted no sabrá de dónde sale ese ciclomotor? —cambié de tema y señalé hacia el Vespino que seguía apoyado contra un árbol del jardín.

—Debieron de dejarlo ahí unos *hippies* que se metieron a vivir en la casa un tiempo hace ya muchos años. ¿Por qué? ¿Lo quieres?

—Puede.

¿Pero qué mierda estaba haciendo? Tenía una Honda CBR de seiscientos centímetros cúbicos que rugía como un puto león, y de repente me apetecía comprobar si funcionaba un Vespino que aún conservaba los pedales adosados.

—Pues supongo que nadie lo va a reclamar.

—¿Y a él? —le pregunté, señalando al perro, que asistía a nuestro intercambio de frases como quien presencia un partido de tenis.

No. En serio, Hugo, ¡¿pero qué mierda estás haciendo?!

—A él sin duda nadie lo va a reclamar.

—Gracias.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada.

Y se marchó. Yo me quedé allí, sentado sobre la misma piedra en la que llevaba ya más de una hora. El perro no lo siguió, como si hubiera comprendido al instante que yo necesitaba un amigo más que él la libertad de vagar por el pueblo a sus anchas. Me encendí otro cigarrillo, lo fumé en silencio y me dirigí a él. Debía acostumbrarme a eso de hablar con un perro.

—¿«Guaje» te parece un buen nombre? —Me quedé callado, como un gilipollas, esperando a que me respondiera. Quizá mi madre tuviera razón y estuviera perdiendo el juicio—. Vamos, anda. Me temo que tenemos que comprar cosas para ti.

Volví al astillero y llené un cuenco con agua fría. Aún no tenía cocina, ni planes de instalar una, pero sí había comprado un par de piezas de menaje porque solía traerme comida del bar para cenar o desayunar. Guaje bebió con ganas mientras yo me daba una ducha. Después de un mes en que mi higiene había sido algo limitada y en el que tenía que usar un cubo con agua del río como cisterna para el inodoro, tener el cuarto de baño mínimamente reformado me parecía todo un lujo. La ducha era vieja, con una cortina que se me pegaba cada mañana al culo e inundaba el baño como pasara más de tres minutos bajo el grifo, pero era un buen avance.

Por la tarde, me acerqué a la tienda del pueblo a comprar pienso, un comedero y una cama para Guaje. También me hice con un collar y una correa, pero él me dejó claro desde el primer momento que esos objetos estaban reñidos con sus sueños de libertad. Con los rasguños que me dejaron sus

colmillos en un nudillo, me pareció que firmábamos un pacto: yo no volvería a intentar cortar sus ansias de libertad y él se quedaría a mi lado. Por un momento... ese trato me recordó a alguien.

Y así fueron transcurriendo mis días, entre la vorágine de hacer cosas en el astillero durante el día, siempre con Guaje pegado a mis pies, y anocheceres melancólicos en que el recuerdo se me escapaba a una chica de pelo largo y ojos marrones que estaría en ese momento en París. Cogí la costumbre de caminar por la orilla de la ría, a veces en silencio, a veces con la música de Kevin Johansen, que me tenía algo obsesionado, sonando en mis auriculares... Y pensaba en ella.

La echaba tanto de menos que me quemaba por dentro, pero ya no de una forma horrible y llena de miedo y rencor, sino con la convicción de que habíamos hecho lo correcto. Aunque doliera. Por primera vez aquellos días, supe que el dolor pasaría y dejaría como poso algo bueno; dejaría como poso a dos personas sanas que podrían reconstruir sus vidas, juntos o por separado, pero completos.

Pensaba en Ada y me descubría preguntándome cómo sería su vida en París. Si la conocía como creía, estaba seguro de que todo sería muy diferente a nuestra anterior separación, cuando nos habíamos convertido en unos yonquis de aquellas conversaciones telefónicas tan bonitas, pero que nunca nos dejaron avanzar. Puede que ni siquiera estuviera ya en París, sino viviendo sus sueños de libertad en algún punto remoto del planeta. Me lo planteaba y me invadía una mezcla de tristeza por no saber nada de alguien a quien quería tanto e ilusión por pensar que su vida continuaba sin que yo fuera un obstáculo.

Me preguntaba con quién pasaría su tiempo. Nunca había sido un tío celoso; cuando aún había alguna posibilidad real de que lo fuera, tenía demasiada seguridad en mí mismo como para que los celos hicieran mella en mí. Y después ya nunca hubo lugar para eso, como para casi ninguna otra cosa. Y seguía sin serlo, al parecer, porque me imaginaba a Ada con otras personas y me ocurría lo mismo que si me preguntaba dónde viviría. Me dolía que no fuera conmigo, pero me alegraría de que hubiera seguido adelante. Y sí, imaginaba que estaría disfrutando de la vida, porque ella era infinitamente más fuerte que yo, más inteligente... y siempre había sabido ser feliz. Algo en apariencia tan sencillo, pero que yo había aprendido que era muy complicado, había sido siempre la especialidad de Ada. Buscar su felicidad y luchar hasta

encontrarla. Si algún día volvía a verla, le diría que eso era lo que más admiraba de ella.

Eché un vistazo a mi alrededor y sonreí. Guaje pareció darse cuenta, pues levantó un poco la cabeza del suelo, aunque los ronquidos enseguida me dijeron que había decidido volver a su siesta. El astillero necesitaba aún mucha reforma, y en algún momento tendría que decidir qué hacer con aquella polea gigante que colgaba del techo y con la rampa que daba a la ría y por la que se colaba un frío helador. Bueno... En realidad, tendría que decidir para qué coño estaba arreglando aquel lugar. Seguía teniendo una empresa en Madrid —bendita Berta que se encargaba de que yo siguiera siendo empresario pese a mi flagrante negligencia— y, si bien era cierto que la mayor parte de mi trabajo podría hacerla a distancia, no acababa de verme viviendo en Asturias. Aún tenía un piso fantástico en pleno centro de Madrid, pero también tenía unas ganas nulas de volver a él.

Fueron días largos, intensos. Días que cambiaron mi vida. Semanas en las que aprendí todo aquello de lo que me había hablado Ada en nuestra despedida. Las aprendí como se hace con las cosas que realmente calan y se quedan con nosotros para siempre: en carne propia. Habría dado igual cuántas veces me repitiera Ada que tenía que rehacerme solo; no lo entendí de verdad hasta que lo experimenté. Habría dado igual cuántas veces mi madre se empeñara en que diera pasos adelante; necesité un mes en un lugar en ruinas de Asturias para empezar a caminar. Y puede que estuviera yendo en la dirección errónea, pero es mejor caminar hacia un destino incierto que vivir anclado en la parálisis que me había invadido a mí tras la muerte de Paula... y probablemente también en los años de su enfermedad.

Paula... De ella también me fui despidiendo poco a poco. Aprendí aquello que tanta gente me había dicho, que había leído en tantos libros. Que una pérdida así nunca llega a superarse del todo, pero se aprende a vivir con ella. Y se puede llegar a pensar en la persona que se ha ido con una sonrisa. Dios... Cuánto me había cabreado cuando la gente me decía que algún día sonreiría al pensar en Paula. Había pasado meses convencido de que si algún día su recuerdo dejaba de dolerme como un hierro candente clavado en la piel, la estaría traicionando. Le estaría fallando. Qué estúpidos somos cuando el dolor nos ciega.

Sí, aprendí a recordar de Paula solo lo bueno. Mi cerebro había vetado el recuerdo de aquella consulta médica en la que nos sentenciaron al dolor. Y los

horribles días en que ella iba perdiendo facultades físicas y yo me moría al ver su frustración. Y, por supuesto, no me permitía pensar ni una sola vez en aquella madrugada en que se había apagado del todo y se había llevado una parte de mí con ella.

En cambio, recordaba aquellos primeros días del máster en los que llegaba a casa con una sensación rara burbujeándome en el estómago. Y la primera vez que le había robado un beso, convencido de que me iba a responder con un empujón y no con la pasión con que lo hizo. Y la primera vez que la llevé a mi piso, y cómo no salimos de él en las siguientes cuarenta y ocho horas. Y pensaba mucho en aquel año mágico en Estados Unidos. Cada día se me escapaba el pensamiento a algo de lo que habíamos vivido allí.

Fue fácil despedirme de ella porque entendí que nunca se iría del todo. Había tenido años para asumir que nunca volvería a verla físicamente, que su cuerpo se había marchado, pero que viviría mientras la recordara. Que siempre formaría parte de mí, de la parte más dulce de mi vida, de la más inocente. Nunca había sido una persona religiosa; alguna vez había deseado serlo, para aferrarme a la posibilidad de que estuviera en un lugar mejor en el que algún día volveríamos a reencontrarnos. Pero no lo creía, esa era la verdad. Pero, en aquellos meses de invierno en que aún estaba bastante perdido, entendí que lo que sí creía me gustaba aún más. No me reencontraría con Paula en un cielo que no creía que existiera, pero la tendría conmigo siempre que quisiera, en forma de recuerdos, de vivencias compartidas y de un amor que solo nosotros supimos que sería eterno. Y prefería eso, saber que ella me acompañaría de alguna manera en cada paso que diera en mi vida, que pensar en un cielo etéreo.

Me despedí de Paula sabiendo que no lo hacía del todo. Y me despedí de Ada con la esperanza de que la vida nos diera otra oportunidad. No quería aferrarme a ello, no quería pensar que, cuando sintiera que volvía a ser yo, correría a buscarla, pero... algo me decía que esa idea siempre me rondaría la cabeza. Pero quedaba mucho camino por recorrer antes de que esa posibilidad fuera siquiera una opción.

Tenía treinta y cuatro años. Vivía en una nave industrial abandonada. Dormía cada noche en un saco de dormir sobre un colchón cuyos muelles se me clavaban en la espalda. Tenía dos motos y ningún coche. Llevaba más de un mes sin trabajar y no parecía que eso fuera a cambiar. Tenía un perro feo, cojo y tuerto. Mis padres, y toda la gente que me quería, pensaban que había

perdido la cabeza. Y yo... Yo sentía, de una manera extraña y enrevesada, que todo empezaba a encajar por primera vez en diez años.

The fight becomes the fire

Hugo

Lo primero que escribí en aquel cuaderno negro que me había acompañado durante años fue un poema titulado «El astillero». Era una especie de analogía entre cómo mi nueva casa —si es que a aquello se le podía llamar casa— iba tomando forma al mismo tiempo que lo hacía mi nueva vida. Era lamentable. Solo necesité releerlo una vez para darme cuenta de que había perdido por completo la capacidad para escribir poesía, si es que alguna vez la había tenido. Hice una bola con el papel y lo lancé por los aires, como si fuera un escritor torturado. Me arrepentí al instante, en cuanto vi a Guaje levantar la pata y no pude evitar que el primer poema completo que escribía en diez años acabara empapado en pis. Ya había descubierto que tenía la costumbre de hacer eso con cualquier objeto extraño que encontrara cerca de sus dominios.

Me levanté y me desperecé. Había ido recuperando la capacidad de dormir sin sobresaltos en los meses que llevaba en Asturias, pero a veces el colchón en el suelo no me ponía las cosas fáciles. Me serví un café de la Nespresso que me había comprado como capricho un par de semanas antes y, cuando volvía a la vieja mesa que usaba como escritorio, mis ojos recalaron en la hoja de papel con la que, en cierto modo, había comenzado toda aquella locura. Aquel papel en el que mi madre me había obligado a escribir cinco objetivos en base a los cuales retomar mi vida, y que había metido doblada entre dos páginas del cuaderno cuando había hecho el equipaje.

- Dejar de fumar y volver a hacer deporte.
- Volver a escribir.
- No refugiarme en el trabajo. Cuarenta horas semanales y no más.

- Marcharme de Madrid y no volver hasta que esté bien. Bien de verdad.
- Ada.

Llevaba ya casi dos meses en Asturias y podía darme un aprobado raspado. Había alcanzado la excelencia en lo de marcharme de Madrid y ni plantearme volver, y también en no refugiarme en el trabajo. De hecho, ni siquiera parecía que aún tuviera uno. En volver a escribir... Al menos estaba intentándolo, no porque fuera uno de los objetivos anotados en aquel papel, sino porque volvía a apetecerme. Volver a hacer deporte, dejar de fumar y ese quinto punto en el que prefería ni pensar... estaban bastante lejos de ser un éxito. Empezaría por lo primero.

El día elegido para empezar a ponerme en forma fue el del cumpleaños de Ada. Veintidós de enero. Intenté no pensar en ello desde que me levanté, pero no se me iba de la cabeza que la mujer a la que quería cumplía treinta y cinco años y que a mí me ardían los dedos por llamarla. Por, al menos, enviarle un mensaje. Desearle feliz cumpleaños, feliz vida. Pero no quería hacerlo; en el fondo, no quería. Mi primer contacto con ella en tres meses no podía ser a través de un frío «Feliz cumpleaños, Ada. Te deseo que seas muy feliz. Un beso». Visualicé en mi cabeza esas palabras y me dieron asco. Sería mejor el silencio.

Pero necesitaba alejarme del teléfono, las tentaciones y hasta de mis propios pensamientos. Y no conocía otra forma de hacerlo que salir corriendo. Literalmente. Echar a correr y no volver a casa hasta que los músculos me quemaran y los pulmones estuvieran a punto de salirse por la oreja. Yo no hacía deporte de forma habitual desde que estaba en el instituto. Nunca había sido uno de esos tíos obsesionados por su aspecto físico; lo que había —o no— era más fruto de la genética que de ningún esfuerzo por mi parte. El único deporte que había hecho en los últimos diez años fueron algunas épocas en las que me dio por correr para intentar lidiar con la ansiedad que me ahogaba cuando vivía en casa de los padres de Paula, pero siempre acababa abandonando. Tenía una relación demasiado compleja con mis propios nervios y, cuando tocaba fondo, me gustaba regodearme en mi propio dolor y el deporte quedaba aparcado, como todo el resto de mi vida.

El primer problema que me encontré fue que no tenía unas zapatillas deportivas en condiciones para empezar a correr. En Treviño no había ninguna

tienda de deportes, y estuve a punto de utilizar ese detalle como excusa para volver a la cama, pero no lo hice. Quizá algo sí estuviera cambiando. Así que cogí la moto y me dirigí al Decathlon de Oviedo. Volví de allí cargado con un montón de ropa que no tenía muy claro que fuera a utilizar, pero que al menos me facilitaría la tarea de intentarlo.

Eché a correr por la orilla de la ría en cuanto regresé a casa. Guaje hizo amago de seguirme durante el primer tramo, creo que solo porque le encantaba salir del astillero por la rampa que daba directamente al agua. En cuanto vio que lo de correr iba en serio, me miró como si estuviera loco y volvió a casa. Me flipaba esa libertad de dejar la puerta abierta con la total certeza de que todo estaría en el mismo lugar cuando regresara. No fue la suya la única cara extraña a la que tuve que enfrentarme. Me di cuenta de que debía de estar convirtiéndome en un habitante más de Trevijo cuando se me pasó por la cabeza la idea de que quizá tendría que haberme comprado una camiseta más discreta. Los cuatro o cinco habitantes del pueblo con los que me crucé durante mi carrera me echaron unas miraditas juzgadoras, de esas que yo traducía de inmediato como «este es el loco madrileño que vive en un astillero ruinoso y corre vestido de amarillo fluorescente», y me dio un poco de pudor. A mí, que no me había importado nunca una mierda lo que pensarán los demás. Ese pueblo, definitivamente, me estaba cambiando.

Regresé a casa sin aliento. Si no había logrado reunir la fuerza de voluntad suficiente para dejar de fumar por todos los motivos objetivos que conocía, puede que el deporte fuera el que lo consiguiera. Aunque lo cierto es que no iba demasiado bien encaminado, porque *celebré* mi gran inicio en el mundo del *running* fumándome un pitillo que me supo a gloria y a culpabilidad a partes iguales.

Guaje me recibió con un movimiento de cola discreto cuando volví a casa, antes de regresar a su cama. Puede que aquel perro se hubiera pasado toda su vida vagando por las calles de Trevijo, pero no parecía hacerle ascos a la vida sedentaria. Me di una ducha y, al salir, observé el espacio en el que vivía. Esa se había convertido en una costumbre habitual desde que el lugar era habitable. Sabía que quería hacer algo con aquel astillero, pero no era capaz de averiguar el qué. Quizá porque no sabía aún qué lugar ocuparía en mi vida; ya no descartaba convertirlo en mi residencia permanente, pero tampoco lo tenía claro.

—¿Quedarte a vivir ahí? —Mi madre sí parecía tener una opinión firme

sobre el asunto—. Pero ¿tú te has vuelto loco o qué te pasa?

—Mamá, relájate un poco. No he dicho que lo haya decidido ya.

—A ver, Hugo, a mí me parece fenomenal que estés ahí, que pases alguna temporada de vez en cuando, pero...

—¿Pero...?

—Tienes un trabajo en Madrid, hijo. ¡Una empresa! Y un piso con un millón de comodidades que ahí no tienes.

—No ayudaron mucho esas comodidades a que me sintiera mejor.

—¿Y ahora te sientes mejor?

—Creo... creo que sí, mamá —me sinceré—. Y creo que este lugar tiene mucho que ver en ello.

—Pues entonces... haz lo que te dé la gana, Hugo.

—¿Y eso? —Se me escapó una carcajada por su capacidad para cambiar de idea.

—Cariño, llevo años, ¡años!, intentando hacer cualquier cosa que estuviera en mi mano para que fueras un poco feliz. Pero... nunca estuvo en mi mano, en realidad. Si estar ahí te ayuda, reforma esa puta casa y ya veremos qué hacer con ella.

—Estás como una cabra.

Me colgó, porque ella nunca se despedía con las fórmulas habituales, pero yo ya me había acostumbrado a esa manía. La conversación me dejó una sonrisa pintada en la cara durante un buen rato y reconocí con amargura que incluso eso era un cambio sustancial respecto a lo que había sido mi expresión facial durante demasiado tiempo.

Mi madre tenía razón. No estaba obligado a decidir qué hacer con el astillero durante el resto de mi vida en aquel momento. Podía hacer unas cuantas reformas y convertirlo en una casa de verdad, aunque solo fuera a utilizarla para pasar alguna temporada si al final decidía volver a Madrid. Incluso mis padres habían dicho ya que querían unas llaves para ir a pasar algún fin de semana. Por supuesto, nunca me aclararon en calidad de qué, ni si lo harían juntos o por separado.

Todo lo *complicado* de la reforma estaba hecho. Tenía una instalación eléctrica nueva, las cañerías estaban cambiadas y no había goteras ni ningún fallo estructural que reparar. De lo que quedaba por hacer, aunque parecía un mundo, podría encargarme yo. Quizá no con mucho éxito, pero me apetecía probar. De contratar a alguien que enmendara el desastre estaría a tiempo en el

futuro, pero se me ocurrió que empezar por pintar el astillero sería una forma fantástica de unir mi reciente decisión de reformar la nave con la de hacer deporte.

El astillero había sido siempre azul. Un azul empolvado muy característico que se había convertido en la seña de identidad de las tres o cuatro edificaciones que la empresa de mi abuelo había tenido en Trevijo en los años cincuenta y sesenta. La única que había quedado en pie después de que ellos se trasladaran a Gijón era el lugar en el que yo vivía en aquel momento, y en su fachada apenas quedaban ya restos del que había sido su color original.

Haciendo algunas indagaciones en el pueblo, conseguí dar con una empresa de pinturas a unos pocos kilómetros en la que me surtieron con un montón de botes de un color casi exacto al original. Tuve bastante claro que había perdido la cabeza cuando alquilé un andamio, y los de la empresa de construcción que me lo instalaron debieron de pensar algo parecido cuando les dije que pensaba emprender la tarea de pintar yo solo.

Tardé semanas en acabar mi misión y perdí una talla de pantalón. Casi celebraba no tener una báscula a mano, porque debía de estar quedándome en los huesos. Eso sí, no había tenido unos brazos tan torneados ni a los veintidós. Hasta le envié una foto a mi padre sacando músculo para presumir un poco. También le mandé una a mi madre, aunque no la misma, claro; ella habría venido caminando a Asturias solo para darme una colleja si me viera hacer el imbécil sin camiseta. A ella le envié la foto del astillero recién pintado, justo del día en que retiraron los andamios. Me confesó que se había emocionado al verla y me reenvió a su vez una de las pocas en color que tenía en casa del astillero en sus años de gloria. La verdad es que, obviando el deterioro de la foto antigua, parecían dos gotas de agua.

Ese día también hice algo que jamás habría esperado de mí mismo. Me abrí una cuenta en Instagram. No es que fuera la decisión más temeraria de mi vida, pero yo jamás había tenido redes sociales y ni siquiera tenía muy claro que me gustaran. Cuando todos mis amigos estaban aprendiendo a usar Facebook, yo acababa de descubrir que mi mujer difícilmente llegaría a cumplir los treinta años, así que nuestras prioridades eran algo diferentes. La foto con la que me estrené en las redes sociales era precisamente esa comparación entre el astillero antiguo y la versión renovada. Y el mensaje, algo que sentía por dentro y que tenía la necesidad de comunicar al mundo, aunque mis seguidores, en aquel momento, ascendieran a cero: «Hola, nueva vida».

Cuando el trabajo en el exterior del astillero estuvo terminado, le tocó el turno al interior. También debía pintarlo, porque las paredes tenían un color a medio camino entre el beige, el gris y el moho. Tardé pocos minutos en decidir que lo pintaría todo de azul, aunque mucho más claro que el del exterior. Un azul casi blanco, pero que le diera a todo el interior aquel aire marinero que quería conservar a toda costa. No tenía ni idea de cuándo había surgido aquel instinto, pero no podía evitar sentir la tradición familiar fluyendo por mis venas.

Sonaba *Maniac* en la lista de reproducción que había creado en Spotify específicamente para pintar, repleta de canciones con mucho ritmo motivador. Guaje me observaba, flipado, desde el suelo, mientras yo pasaba una y otra vez el rodillo por la parte superior de los muros. El perro alucinaba porque estaba bailando. Yo. Bailando. Con un rodillo en la mano y en el tablón superior de un andamio algo precario. Cantando a voz en grito eso de «She's a maniac, maniac on the floor». Joder... Si hasta parecía un tío feliz.

Con la llegada de la primavera, mi vida fue adquiriendo algo muy parecido a la rutina. Me levantaba temprano por las mañanas, en parte porque cada día amanecía más temprano y el astillero estaba rodeado por enormes ventanales en las cuatro paredes, así que la claridad me abría los ojos cuando yo aún no tenía el cerebro del todo despierto. Dedicaba las mañanas a pintar y a algunas otras tareas que todavía hacían mucha falta en la que llevaba ya meses siendo mi casa.

A la hora de comer, me acercaba al pueblo paseando, con Guaje pegado a mis pies, y la mayoría de los días prolongaba la sobremesa en el bar, a veces en silencio, otras escuchando las historias que me contaba Antonio y gracias a las cuales descubrí mucha información sobre mis antepasados que ni siquiera mi madre conocía.

Por las tardes, me echaba un rato a dormir o, si la inspiración acompañaba, escribía. Seguía sintiéndome oxidado, las palabras no siempre salían, pero notaba que iba por el buen camino. Algunos días dedicaba horas a conseguir una única frase decente, pero entonces me sentía satisfecho y daba la tarea por buena. A veces me invadía un poco de culpabilidad por llevar una vida algo ociosa, pero entonces pensaba en los años que había pasado enfrascado en traducciones durante quince o dieciséis horas al día y tenía que recordarme a mí mismo que uno de mis objetivos era no volver a dedicar demasiadas horas

a trabajar. Llevaba diez años sin vacaciones; no pasaba nada por dejar Translitero abandonado durante unos meses.

Cuando no llovía, me gustaba coger la moto y descubrir los alrededores. Me costaba creer que el occidente asturiano fuera una zona tan tranquila, tan vacía de turistas fuera de la temporada alta, que era poco más que el mes de agosto. Necesité muy pocos de aquellos paseos en moto para enamorarme de sus paisajes, de sus acantilados, sus playas, sus pueblos pequeños que parecían anclados en un tiempo pasado. Me costaba entender que no hubiera hordas de personas ansiosas por descubrir cada rincón de aquella zona, aunque agradecía profundamente que no fuera así.

Me acostumbré a ver atardecer en lugares increíbles, como el cabo Busto o el faro del cabo Vidio. Lugares en los que no había nada entre el mar, el horizonte y yo. En los que podía perderme, aunque lo que en realidad hacía era encontrarme. A veces me acercaba a Cudillero o a Luarca a tomar una cerveza yo solo, tranquilo, sentado en alguna terraza desde la que se pudiera ver el mar y en la que me sintiera acogido por aquellas casas antiguas que le daban a todo un encanto tan especial que parecía que me hubiera escapado de una postal.

Esos eran los únicos momentos en los que me permitía pensar en Ada. Y nunca era triste. Simplemente, miraba al horizonte y allí estaba ella, en mi pensamiento, apareciendo en aquellos momentos de paz para recordarme que lo estaba haciendo bien. Que no tenía ni que plantearme un futuro a su lado porque la única persona con la que tenía que aprender a vivir era yo mismo. A veces hasta le dedicaba un brindis imaginario con mi botellín de cerveza y le agradecía que hubiera sabido antes que yo que necesitaba sacármela de dentro para recuperarme.

En las siguientes semanas, fui haciendo más reformas en aquel lugar al que aún no sabía si se le podía llamar casa, pero que se estaba convirtiendo en un hogar y casi se veía venir el mes de abril cuando el astillero era al fin un lugar habitable al cien por cien. Con su vitrocerámica, su microondas y su sofá. No tenía tele, pero tampoco la añoraba; las pocas veces en que me apetecía ver una película o una serie, me apañaba con el ordenador. Guaje tenía ya su propio rincón, a medio camino entre la parte de la nave que me hacía las veces de salón y la rampa de acceso a la ría. Y yo me había montado mi despacho en la misma zona en la que mi abuelo lo había tenido más de cinco décadas atrás. Me parecía un guiño bonito, además de que era la parte del astillero con mayor cantidad de luz natural, y yo cada vez pasaba más horas enfrentado al

folio en blanco... y también a un montón de folios que se llenaban con frases, pensamientos y reflexiones que cada vez tenían más aspecto de ir a convertirse en un poemario con sentido. Uno que hablaba de pérdida, amor y reencuentros.

Ya había hecho con el astillero todo lo que sabía hacer por mí mismo. Y también todo lo que podía contratar en Treviño. Pero aún faltaba algo para que tuviera el aspecto de la casa que yo, poco a poco, me había ido metiendo en la cabeza. De aquel refugio de aires marineros al que sentía que siempre podría huir cuando la vida me pesara, porque tenía pocas dudas de que habría momentos así, incluso aunque consiguiera recuperarme del todo del dolor que la enfermedad de Paula y su muerte me habían provocado.

Así que... decidí hacer una llamada que tenía toda la pinta de ser la mayor locura de mi vida. Una que estoy seguro de que cualquier persona con dos dedos de frente me diría que no hiciera. No tengo ni idea de qué provocó aquella decisión. Quizá que era primavera, y yo no conseguía sacarme de la cabeza que dos primaveras antes Ada había reaparecido en mi vida, poniéndola patas arriba de la forma más maravillosa que podía imaginar; y que la primavera anterior se había marchado, porque tenía tanto miedo a acabar deseando la muerte de Paula que huir se había convertido en su única vía de escape. Porque lo era. Porque ella siempre hacía lo correcto.

Y yo, en aquel momento, era un hombre que había perdido a las dos únicas mujeres a las que había amado, pero había una tercera que podía volver para hacer que las piezas, de mi casa y de mi vida, encajaran al fin en su lugar.

I still believe

—¿Que ha hecho qué?!

La llamada de Cloe me pilló entre aeropuertos. Cuando vi su nombre en la pantalla de mi teléfono me sobresalté un poco, pues ella estaba perfectamente informada de mis planes. Y «sobresaltada» es un adjetivo que se queda muy corto para describir cómo me sentí cuando me soltó la bomba que no pudo esperar para comunicarme.

—Me ha llamado, Ada. Al parecer, lleva todos estos meses viviendo en una especie de nave industrial en ruinas y quiere que yo lo ayude a reformarla.

—¿Que Hugo está viviendo en una nave industrial en ruinas?

Me preocupé. Me preocupé mucho. No tengo ni idea de por qué, pero la imagen que se dibujó en mi cabeza tras las palabras de Cloe fue bastante aterradora. Quizá porque nadie conocía tan bien como yo lo desolado que lo había dejado en Madrid, y porque de vez en cuando me atacaba el pánico a haberme equivocado y haberlo abandonado en el peor momento. Mi parte racional sabía que había hecho lo correcto, pero la mente vuela libre muchas más veces de las que nos gustaría. Por suerte, Cloe no tardó en tranquilizarme.

—Parece que su familia tenía un astillero en Asturias y él ha estado viviendo allí mientras lo reformaba. Según sus propias palabras, necesita solo que yo le dé un toque final para dejarlo bonito.

—Joder, cuántas... cuántas novedades.

—Sí —la oí dudar—. ¿He metido la pata hablándote de Hugo?

—No... Supongo que no. Me he quedado un poco impactada después de tantos meses sin saber de él, pero... estoy bien.

—Bien.

—¿Y tú... qué has hecho cuando te lo ha pedido?

—Llamarte para pedirte permiso.

—¿Cuánto hace exactamente que te ha llamado?

—Colgué con él unos siete segundos antes de llamarte. Y tardé tanto solo porque tuve que calcular la diferencia horaria y si estarías o no metida en un avión.

—Cloe, tú... ¿Quieres hacerlo?

—¿Ayudar a Hugo?

—Sí.

—Quiero hacer lo que a ti te venga mejor.

—Vale, a ver... Si yo te dijera que me da igual, ¿qué harías?

—Pedirte que me dijeras la verdad.

—Cloe...

—Está bien. Ada, el proyecto me gusta. Sabes que me encanta la idea de reformar antiguos espacios industriales y que en Madrid no he tenido aún la oportunidad de hacerlo con ninguno. Y quiero a Hugo, eso también lo sabes. Le tengo mucho cariño y, por lo que he hablado con él, esto lo ilusiona. Y creo que eso es una buena noticia. —Tomó aire y lo expulsó de forma sonora—. Pero nada de eso es importante, en realidad. Lo único que quiero saber es si a ti va a afectarte.

—No me afectará si Hugo no se convierte en nuestro único tema de conversación —le dije, después de pensarlo un poco—. Quiero decir... Vivirías en el mismo pueblo que él, supongo, ¿no?

—En realidad, el plan es que viva en la misma *casa* que él.

—Genial... —Me reí, porque, llegado aquel punto, ya no me quedaba otra opción—. Pues eso, Cloe, estarás con él todo el día. Y tú y yo hablamos a diario. No quiero que todas nuestras conversaciones empiecen a girar en torno a Hugo. Nos separamos por una razón.

—¿Sabes qué, Ada? Creo que es mejor que le diga que no. Al fin y al cabo, es tu exnovio y...

—No, no, Cloe. Hugo y yo no somos unos *exnovios* normales. Ni siquiera me gusta referirme a él así. Yo no lo odio; de hecho, lo quiero mucho. Siempre lo querré. Si tú puedes ayudarlo, quiero que lo hagas.

—¡Gracias a Dios! Porque me ha enviado fotos mientras hablábamos y es el puto proyecto de mis sueños. Si no fuera porque necesitaba preguntarte antes si te parecía bien, ya estaría a medio camino de un pueblo perdido de Asturias.

—Estás como una regadera. —Al fin, después de una conversación un poco rara, las dos nos echamos a reír con ganas—. Vete informándome de todo y,

cuando vuelva de Miami, prepárate para una *muy* larga charla de hermana a hermana.

—Pásalo bien y dale recuerdos a Oleg de mi parte.

Colgué el teléfono y necesité unos minutos antes de regresar a la sala de espera del aeropuerto de Newark, donde estaba pasando una eterna escala de cinco horas de camino a Miami. Aquel viaje era un autorregalo que llevaba posponiendo más de dos meses, desde mi cumpleaños, para ser exactos.

Había sido raro cumplir treinta y cinco. Nunca he sido de esas personas que se avergüenzan de su edad, que la ocultan o a las que deprime cumplir años. Al fin y al cabo, bastante peor sería no cumplirlos. Pero hubo algo en esa cifra tan redonda. Una especie de sentimiento nostálgico que me llevó a la decadente imagen de mí misma escuchando Bon Jovi como cuando era una adolescente más enamorada del cantante que de su música. Sonaba *In These Arms* en mi dormitorio del piso de París, mientras yo me planteaba que no me sentía en absoluto como una mujer de treinta y cinco años, sino como alguien mucho más joven, cuando me llegó un wasap. Uno de los muchos que me enviaban personas que habían formado parte de mi vida en uno u otro momento y a las que les agradecía que se acordaran de mi cumpleaños mucho más de lo que reflejaban las palabras de mi respuesta.

Aquel wasap no era de Hugo. Mentiría si dijera que no me pasé el día de mi cumpleaños pensando en si me felicitaría. Me habría gustado que lo hiciera, porque aún lo quería demasiado como para que la distancia no doliera, pero, al mismo tiempo, sentía que sería un error restablecer una comunicación que sabía que no se quedaría en un solo mensaje. Así que, cada vez que mi móvil sonaba, me asaltaba una sensación extraña. Pero aquel wasap era de Oleg. De aquel noruego con el que había vivido una historia a los veintiséis años, una en la que el compromiso no iba mucho más allá de lo que ocurría entre las sábanas. Algunos años nos habíamos felicitado las navidades, los cumpleaños... y otros no. No habíamos vuelto a encontrarnos, pero a lo largo de los nueve años que hacía que no nos veíamos, alguna vez habíamos charlado. Y eso fue lo que ocurrió en mi cumpleaños.

En aquella conversación por mensaje, descubrí que Oleg vivía en Florida, trabajando en el consulado noruego en Miami. Yo le conté que estaba contenta en París, porque al fin eso era cierto. La conversación no tardó en derivar hacia nuestras vidas sentimentales, que es una forma como otra cualquiera de decir que nos pusimos un poco guarros. Nuestra aventura años atrás se había

basado en el sexo, no podíamos engañar a nadie, pero incluso aquello me había dejado algo de poso. Una especie de atracción hacia él que nunca había sido capaz de evitar.

Oleg, por supuesto, no tenía pareja. Me reí cuando me dijo que no la había tenido nunca, ni antes de conocerme a mí ni después. Yo le hablé de Craig, pero callé sobre Hugo. Al fin y al cabo, siempre es más sencillo hablar de lo que nos deja poco rasguño en el alma que de lo que la hace pedazos. Y la historia con Craig era tan sencilla que resultaba presuntuoso incluso llamarla «historia». Habían pasado casi tres meses desde la primera vez que nos habíamos enrollado y seguíamos siendo solo dos compañeros de piso que, de vez en cuando, compartían también cama. Yo sabía que él se acostaba con otras asiduamente; lo sabía, más que nada, porque las traía al apartamento. Y, si yo no lo había hecho hasta entonces, era porque mi nuevo trabajo me ocupaba más horas de las que esperaba. De hecho, esa era la razón por la que había pospuesto el viaje para encontrarme con Oleg que, todavía no sé muy bien cómo, había acabado surgiendo como plan al final de aquella conversación el día de mi cumpleaños.

Oleg me había invitado a pasar unos días con él en Miami, y yo había dicho que sí. Eso también era simple. Me había acostumbrado a que todo lo fuera en los últimos tiempos, igual que lo había sido durante años. Me gustaba lo sencillo, huía de las complicaciones. Lo había hecho siempre... salvo en aquel año increíble en que todo había sido tan difícil y tan maravilloso al mismo tiempo.

Pasé una semana fantástica al sol de Florida. Recorrí con Oleg cada rincón de Miami, bebimos hasta perder el control y nos acostamos más veces de las que se pueden confesar en voz alta. Fueron días emocionantes que me sirvieron para sacarme de encima aquel sentimiento extraño que me había dejado cumplir treinta y cinco. Nada como comportarse como una adolescente hiperhormonal para superar una crisis de edad.

Volví a París con una sonrisa en los labios. Una sonrisa en la que tenía algo que ver la despedida con Oleg en un lavabo público del aeropuerto, pero, sobre todo, la sensación de que había recuperado un poco la esencia de lo que yo había sido durante la mayor parte de mi vida adulta. Que no me había quedado anclada en Hugo, por más que aún pensara en él, por más que lo quisiera y por más que me hubiera pasado los siete días en Florida esperando con un poco de ansiedad los mensajes en los que Cloe no me daba más

información de la necesaria. Desde el momento en que me había ido de Madrid, sabía que vivir esperándolo, esperando que Hugo se recuperara para que nuestra historia pudiera reeditarse, sería malo para los dos. Para él, porque lo sabría, porque no buscaría el objetivo de estar bien para sí mismo, sino para mí. Y también para la Ada que se había perdido un poco en aquel amor loco que compartíamos y que necesitaba volver a vivir sintiendo que no se traicionaba a sí misma. Mi felicidad no podía depender de otra persona; eso lo sabía yo y lo sabría cualquier persona con dos dedos de frente. Y yo era feliz recorriendo mundo, buscando el éxito profesional y disfrutando tanto de mi soledad como de los momentos que decidía compartir con otras personas.

Pensaba en él. Casi casi había llegado a la conclusión de que jamás dejaría de hacerlo. De que siempre habría una rendija en mi vida por la que se colarían sus ojos verdes y que me recordarían el que, a pesar de todas las dificultades, había sido el mejor año de mi vida. Mientras el avión que me devolvía a París sobrevolaba el Atlántico, me lo imaginaba viviendo en Asturias, reformando el viejo astillero de sus abuelos que alguna vez había mencionado de pasada cuando estábamos juntos.

La llamada de Cloe había cambiado el curso de mis pensamientos sobre Hugo. Durante meses, cuando se pasaba por mi mente, no podía evitar preguntarme qué sería de él, cómo estaría, si habría sido capaz de encontrar la luz de esperanza que devolviera su vida a un lugar en el que pudiera ser feliz. Estar tranquilo. Vivir.

Y ahora ya lo sabía. Sabía dónde estaba, qué estaba haciendo y por qué. Sabía que estaba encontrando su camino. Y me alegraba. Joder, me alegraba tanto que se me dibujaban sonrisas en la cara dentro de aquel avión, pese al *jet lag*, la comida horrible y el cansancio acumulado por una semana un poco loca. Sonreía al imaginarlo porque algo nos unía, por muy separados que estuviéramos. Algo que habíamos compartido a los veintidós años, y diez años después, y que quizá compartiríamos toda la vida. Podría llamarlo de muchas maneras, darle muchas vueltas, pero supongo que el mejor resumen sería decir que aquello que compartíamos era amor. Amor. Así de sencillo y de complejo. Un amor tan grande que trascendía muchas circunstancias, que había hecho que diez años de separación se diluyeran en cuanto nos reencontramos y que nos había hecho creer posible un imposible. Un amor tan grande que lo habíamos demostrado separándonos, una y otra vez. Cuando él me había dejado para no cortarme las alas y cuando yo lo había hecho para que las suyas volvieran a

crecer. Un amor tan increíble que seguía siendo igual de intenso aunque mediaran entre nosotros miles de kilómetros, de silencios, y aunque hubiéramos buscado consuelo y alegría en otros brazos. Porque a mí, en aquel momento, lo único que me importaba era que Hugo fuera feliz. Que volviera a serlo. Sabía que lo conseguiría, y lo de menos a aquellas alturas era la incertidumbre de si algún día yo estaría a su lado para compartir esa felicidad.

Prometimos no olvidarnos

Hugo

Cloe llegó a Trevijo como la diva que es. No me quiero ni imaginar lo que pensaría la gente con la que se cruzó por el camino al verla aparecer en un Mercedes descapotable azul oscuro, con un sombrero de ala ancha enorme y unas gafas de sol que le tapaban media cara. Me había avisado de que llegaría sobre el mediodía, así que, en cuanto oí el motor del coche por el camino que conducía a mi casa, salí a esperarla a la puerta, con un hombro apoyado en la jamba y mordiéndome el labio para contener la sonrisa que se me escapó sola al verla.

—¡Hugo! —Saltó del coche como una exhalación y la estreché entre mis brazos con mucha más fuerza de la que esperaba que me saliera de dentro. Joder, cómo la había echado de menos.

—Pero ¿de dónde has sacado ese coche?

—Pregúntale al banco. Ellos lo han pagado y me dejan usarlo a cambio de una pequeña mensualidad.

Nos reímos, y yo procedí a enseñarle la que se había convertido en mi casa. Me sorprendió un titubeo al atravesar la puerta de entrada, por miedo a que Cloe considerara una mierda todo lo que yo había hecho allí. Creo que hasta aquel momento no me di cuenta de cuánto me importaba una obra de la que estaba más orgulloso de lo que me reconocía incluso a mí mismo.

Cloe lo observó todo con ojo clínico, lo cual no contribuyó a que yo me relajara. Recorrió los trescientos cincuenta metros cuadrados de aquel espacio diáfano con tal lentitud que temí que se hiciera de noche antes de que volviera a abrir la boca.

—¿Y bien? —le pregunté cuando ya no aguantaba más.

—Entiendo el rollo. Sí, sí... —Parecía que estuviera hablando más para sí misma que conmigo—. Entiendo lo que has querido hacer aquí.

—¿Y lo he conseguido, según tu opinión de experta?

—Mmmm... No del todo, pero vas por buen camino.

—Justo por eso te he llamado.

—Y justo por eso estoy aquí.

La invité a un café después de su quinto bostezo; había madrugado muchísimo para llegar a Treviño antes de la hora de comer. Me puso al día sobre algunos de los últimos proyectos que había dirigido en Madrid y también un poco sobre su vida en general. Yo le conté lo que había hecho hasta entonces, con la pintura, la cocina de Ikea que me había costado una vida montar y demás.

—Un momento... ¿¿Y eso?? —me preguntó, con los ojos como platos, señalando hacia la zona donde estaban la cama y los comederos de Guaje.

—Ah... Eso. —Me reí y pegué un buen grito—. ¡¡Guaje!!

Apareció en la puerta con gesto de indiferencia. Desde que el tiempo había empezado a mejorar, pasaba más horas por los alrededores de la ría que dentro de casa, al menos durante el día. No sé qué especie de flechazo tuvo con Cloe, supongo que el mismo que todos los que la queríamos, pero cayó rendido a sus pies en cuanto la conoció. Literalmente. Se tumbó boca arriba, dejó que ella le diera mimos hasta que se cansaron ambos y no paró de mover la cola cada vez que la miraba. Creo que hasta le ponía ojitos.

—No sé en qué momento decidiste tener un perro, pero ¡me flipa!

—Créeme, yo tampoco tengo muy claro cómo ocurrió.

—Pues justo yo estaba pensando en adoptar uno. O un gato, no sé. La casa está muy vacía desde que se fue... Perdona.

—Ada. Se llama Ada. —Le sonreí—. Puedes nombrarla.

—Ya, supongo que sí, pero es...

—¿Raro?

—Sí.

—Yo siempre quise tener un perro, ¿sabes? —retomé el tema anterior, porque era un lugar mucho más seguro que los derroteros por los que nos habíamos perdido—. Mis padres nunca me dejaron, por todo eso de que les iba a tocar a ellos cuidar de él, que yo no me responsabilizaría y un montón de cosas más que probablemente fueran ciertas.

—Pues ahora te estás desquitando.

—Sí. Por todo lo alto, además. Es el puto rey de la casa.

—Debe de serlo, teniendo en cuenta que él tiene una cama y tú no.

Nos acercamos al pueblo a comer y dimos un paseo para que Cloe conociera aquellas calles que para mí ya formaban parte del paisaje de mi día a día. No hablamos demasiado, pero el silencio era tan cómodo con ella que no pude evitar que me recordara a los que compartía con su hermana. Con ellas, eran tan fantásticos los momentos en silencio como los que estaban llenos de palabras.

—¿Y ya tienes en mente por dónde empezar? —le pregunté en cuanto nos plantamos en el centro del astillero y volvimos a observarlo todo con calma.

—Necesitaré un par de días para dibujar el plano, hacer un esquema de los trabajos que creo que serán necesarios y contactar con algunos proveedores. Pero, de entrada, te digo que veo grandes posibilidades aquí.

—¿En serio?

—Sí. Has hecho varias cosas muy bien.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso. He ido completamente a ciegas, improvisando.

—Pues has acertado con el color de las paredes. Y también dejando el suelo de hormigón original, aunque creo que podremos mejorarlo metiendo algunas zonas en madera y otras con azulejos. Pero lo que más me gusta, sin duda, es la pasarela metálica que circunda esas tres paredes y la polea del techo.

—Genial.

—¿Qué pasa?

—Que el único motivo por el que esas dos cosas siguen ahí es que no tenía ni puta idea de cómo sacarlas.

—Pues mejor. Creo que la polea podemos convertirla en una lámpara. Tengo que hablar con el electricista que suele trabajar en mis proyectos a ver qué opciones hay. Y con la pasarela... mmmm.. Podríamos hacer una biblioteca.

—¿En esa pasarela? —le pregunté, con incredulidad, señalando hacia aquella especie de corredor metálico suspendido que ni siquiera tenía muy claro que fuera del todo estable.

—Sí. Podríamos recubrir de baldas las paredes, desde la pasarela hasta el techo. Tienes un montón de libros, ¿no?

—Están en Madrid, pero... sí.

—Pues eso. Será como una de esas bibliotecas de suelo a techo a las que se accede con una escalera de mano. Solo que aquí la escalera será fija, metálica y... ¡genial!

—Me fío de ti.

Sí que lo hacía. Solo necesité verla trabajar para darme cuenta de que llamarla había sido la mejor decisión posible. El resto de la tarde la dedicó a hacer llamadas, mientras yo adecentaba un poco la casa para intentar hacerla lo más acogedora posible para Cloe. Me daba un poco de vergüenza haberla invitado a pasar allí un tiempo indeterminado, cuando ni siquiera tenía claro que fuera un lugar habitable para alguien que no fuera yo.

—Así que... —Dio una vuelta en círculo alrededor del colchón en el que llevaba meses durmiendo, con una ceja arqueada—. ¿Se supone que aquí vamos a dormir?

—No, no. Puedes quedarte la cama...

—Querrás decir «el colchón».

—Bueno, eso, el colchón. Es todo tuyo mientras estés aquí. Yo dormiré en el sofá.

—Por Dios, Hugo, no te cabe ni medio cuerpo en ese sofá. Creo que podré resistirme a las tentaciones aunque compartamos colchón.

Nos reímos, y Cloe me obligó a acercarme al pueblo a por unas hamburguesas para celebrar nuestra primera noche embarcados en un proyecto que esperaba que saliera bien. Confiaba más en ella que en mí para conseguirlo. La noche era cálida, así que nos sentamos en el murete de la rampa que daba a la ría y brindamos con dos botellines de cerveza por el éxito de la reforma. Y por muchas cosas más que a ambos nos brillaban en los ojos, pero de las que aún no nos atrevíamos a hablar en voz alta.

Un par de días después, Cloe me presentó el plano con todas sus ideas sobre mi casa plasmadas en pequeños bocetos. Su idea era mantener el espacio diáfano, a excepción de la parte más cercana a la ría, justo donde estaba la rampa en la que nos habíamos acostumbrado a pasar tiempo, ella tomando un café y yo fumándome un pitillo, en los descansos que hacíamos de nuestro trabajo. No sé qué extraña reacción provocaba su presencia en mi casa, pero lo cierto era que estaba escribiendo más y mejor que en todo el tiempo que llevaba en Asturias. Aquella zona era mi gran problema en la casa, porque por los huecos de la valla metálica con la que se cerraba entraba un frío infernal, por no hablar de que, con las crecidas de la ría, a veces me veía

con agua hasta la mitad del astillero. Pero me encantaba y no quería renunciar a ella. La idea de Cloe era cerrar esa parte con unas grandes puertas correderas de cristal, para que siguiera integrada en la casa, pero solucionáramos el problema del frío y el agua. Nos desharíamos de la valla metálica y la zona quedaría como una especie de porche medio abierto en el que pasaríamos tiempo en las épocas más cálidas.

El resto del espacio seguiría diáfano, aunque algunos pequeños detalles lo dividirían sin necesidad de paredes. Pensaba dejar el suelo de hormigón original en la zona más próxima a la entrada, donde mantendría mi despacho en la parte más luminosa de la casa. Además, la escalera de acceso a la pasarela elevada quedaba perfecta en medio del despacho. Me alegré cuando Cloe me felicitó por la elección de los muebles de cocina, y solo añadió una nevera de aspecto *vintage* que costaba una cantidad indecente de dinero, pero que sería un gran avance con respecto a la vieja nevera de bar que me había prestado Antonio. El suelo de esa zona lo cubriríamos con azulejos hidráulicos en tonos blancos y grises, que se prolongarían también hasta el cuarto de baño.

Cloe decidió trasladar mi sofá al que sería el nuevo porche, así que el salón se quedó en nada. Buscamos muebles en internet durante horas y Cloe me aseguró que haría una visita a Ikea a la mañana siguiente para comprar todo lo necesario. Propuse acompañarla, pero me dejó muy claro que quería trabajar sola en ello. Ni me atreví a discutirlo.

Los días pasaron despacio mientras esperábamos que llegara el pedido con todos mis muebles. Los obreros que ya habían trabajado en el astillero cuando acababa de trasladarme volvieron para colocar los suelos y una mampara en el baño que Cloe exigió como prioridad absoluta si no quería que se marchara a un hotel a vivir el resto del tiempo que estuviera trabajando conmigo.

Yo me pasaba el día intentando escribir algún poema decente y hasta había contactado con Berta para que me fuera pasando pequeños encargos, para ir reconectando con el que sería mi trabajo en cuanto volviera a la realidad. Cloe hacía llamadas a proveedores, planificaba detalles de decoración a la espera de que lo más importante estuviera hecho y... de vez en cuando, se marchaba a hablar por teléfono fuera, con Guaje siempre tras ella. Era el único momento del día en el que claramente me rehuía, y sabía que lo hacía para hablar con Ada. Cuando regresaba, nunca hacía ningún comentario, aunque Cloe es la persona más expresiva que he conocido en mi vida, y en sus

ojos y en su sonrisa se pintaba un gesto a medio camino entre la timidez y la disculpa, que yo sabía muy bien qué significaba.

Los dos éramos aves nocturnas, así que, entre eso y que no teníamos ninguna obligación real de madrugar, solíamos quedarnos hablando muchas noches después de cenar. Cloe me contaba cómo estaban las cosas con todos aquellos chicos a los que había dejado en Madrid. La última historia, con un tal Rubén, había salido mal, pero a ella no parecía importarle demasiado.

—Tiene novia, cosa que yo no descubrí hasta que me lo contó otro de los monitores del gimnasio.

—¿En serio? —le pregunté yo, con un ansia cotilla que no tenía ni idea de dónde me salía—. ¿Y qué hiciste?

—Se lo pregunté, y él me dejó claro que podíamos seguir acostándonos si lo manteníamos en secreto para que ella no se enterara.

—¿Mantiene las pelotas unidas al cuerpo?

—De puro milagro. Lo último que sé de él es que le eché crema depilatoria en el bote de champú del gimnasio. —Se carcajeó y no pude evitar unirle. Dios... Qué bien sentaba—. Una lástima tener que venirme para aquí y no haber comprobado el resultado.

—¿Estás bien? —le pregunté, un poco preocupado, porque Ada me había hablado varias veces de los problemas de autoestima que le surgían a Cloe de vez en cuando y, si ese tal Rubén le había hecho daño... No sé, yo nunca había sido así, pero con ella me salía un instinto de protección que no había sentido hasta entonces.

—Perfectamente. De hecho, estaba deseando salir un poco de la vorágine de fiestas y sexo descontrolado que han sido mis últimos meses en Madrid. —Me miró y supe que el tono de la conversación iba a cambiar—. ¿Y tú?

—¿Yo... qué?

—Tú... no has vuelto a estar con nadie, supongo.

—Supones bien.

—¿Y te lo planteas?

—La verdad... —Lo pensé. Lo pensé durante un buen rato e incluso me levanté a fumarme un cigarrillo junto a la rampa de la ría. Cloe me censuró un poco con la mirada, pero no dijo nada. Supongo que sabía que la respuesta no era fácil para mí—. La verdad es que no me lo he planteado ni una sola vez. No sé por qué, o sí lo sé, pero el caso es que no consigo visualizarme con otra mujer.

—¿Otra?

—Con nadie —atajé su deducción, que era totalmente acertada, por otra parte.

—La estás esperando.

—¿Qué?

—Estás esperando a Ada. —Me miró con tanta intensidad que supe que daba igual lo que le respondiera, porque ella podía leerme el pensamiento—. ¿Me equivoco?

—No la estoy esperando. Sé que ella tenía razón, sé que tengo que hacer todo esto sin pensar en ella, y lo cierto es... lo cierto es que lo estoy consiguiendo. Pero también es verdad que no me puedo imaginar estar con una mujer que no sea ella.

—Comprendo.

—Cloe, no... no le digas nada de esto a Ada, por favor.

—No hablamos de ti.

—¿En serio?

—Sí. Ese es el pacto. Yo estoy aquí y le cuento los avances en mi trabajo, cosas de la casa y demás, pero... no hablamos específicamente de ti.

—Me parece bien.

Nos acostumbramos a que Ada se colara en nuestras conversaciones. Nos manteníamos fieles a ese pacto tácito a tres partes de no convertir a Cloe en intermediaria de la necesidad que teníamos de saber el uno del otro, pero Ada dejó de ser un tema tabú. Recordábamos los tiempos de la universidad y también las tardes que habíamos compartido los tres en el piso de Chueca en aquellos meses increíbles que recordaba entonces tan lejanos. Hablábamos de ella y eso me hacía sentirla cerca. Y me gustaba, porque ya no me dejaba dentro la sensación incómoda de no ser suficiente para ella, sino la esperanza de que algún día tendríamos otra oportunidad. Un día lejano, quizá, pero... algún día.

Después de una noche en que nos habíamos quedado hablando hasta horas indecentes, nos despertó el camión en el que, al fin, llegaban mis muebles. Nos pasamos días montándolos, dándole forma a aquella casa que Cloe había conseguido al fin convertir en el hogar con el que yo soñaba, y ya ni siquiera me importaba si lo sería de forma permanente, si viviría solo en él o qué coño pasaría en el futuro. Solo sabía que, por el momento, quería quedarme allí una buena temporada.

—Si llego a saber que montar un somier daría tanto trabajo, habríamos seguido para siempre en el colchón —protestó Cloe, cuando ya llevaba un buen rato atornillando las piezas.

—Yo no te lo he pedido. Ya me había acostumbrado al colchón.

—Ni sueñes con que yo duerma una noche más en el suelo. Ya es un milagro que haya aguantado tanto tiempo.

—Eres una pija.

—Lo sé.

El suelo del dormitorio lo habíamos recubierto de listones de madera de color muy clarito, y dos alfombras con dibujos geométricos en diferentes tonos de azul le daban un punto cálido que contrastaba con lo gigante que se veía aquel espacio una vez amueblado y decorado. La cama era muy sencilla, de líneas simples y en color blanco. Cloe incluso había comprado tres o cuatro fundas nórdicas, todas en colores similares a los que primaban en toda la casa, y la obligué a hacer fotos para la página web de su empresa porque de veras me parecía que estaba quedando todo increíble.

—Y este es tu nuevo sofá —me dijo Cloe, mordiéndose un poco el labio, cuando acabamos de desembalar el último paquete, que era gigantesco.

—Cloe, cielo... Tengo espacio de sobra, pero ¿este sofá no es demasiado? ¿Qué son...? ¿Dos metros y medio?

—Tres.

—Has perdido la cabeza.

—No es eso. Es que necesitaré un lugar cómodo donde dormir en el futuro. Ni sueñes con que el rollo este de no tener paredes impida que venga a visitarte con frecuencia.

—Nada me haría más feliz —le dije, en tono de broma, aunque estaba seguro de que empezaría a insistirle para que volviera a partir del día en que se marchara a Madrid—. Pero, llegados a este punto, creo que podríamos seguir compartiendo cama.

—No sé si eso sería demasiado apropiado, cuñado.

Lo dijo así, de golpe, con ese aire despreocupado y gracioso con el que siempre hablaba Cloe. Pero a mí esa palabra me dio un puñetazo en el medio del pecho, y ella se dio cuenta. Era una estupidez, porque Ada ya salía con naturalidad en nuestras conversaciones lo suficientemente a menudo como para que no se me hiciera raro, pero no tanto como para tenerla siempre presente. Pero eso..., ese «cuñado»..., me devolvía a una realidad que hacía mucho

tiempo que solo existía en el recuerdo. Me quedé con mal cuerpo y Cloe lo notó, pues se retiró con discreción a la cocina a prepararse un café. Oí el sonido de la Nespresso, cómo el líquido caía en la taza y el carraspeo de Cloe al salir a la puerta de entrada a beberse al sol. Yo dediqué unos minutos a que toda mi historia con Ada se pasara por mi cabeza, con sus silencios, sus palabras, sus ojos marrones fijos en los míos, su piel rozándome, su cuerpo sobre mí y sus palabras convenciéndome de que aún podía ser feliz, cuando esa posibilidad había estado vetada para mí durante años. Era la primera vez en meses que la añoranza de Ada se me metía dentro de una manera tan tangible. Aquella simple palabra había significado para mí que nuestra historia, lo que Ada y yo habíamos compartido, seguía viva en algún lugar, aunque solo fuera en un apelativo burlón que se le había escapado a Cloe.

Tardé demasiado en darme cuenta de que me estaba comportando como un gilipollas, aunque sabía que Cloe no me lo tomaría en cuenta, probablemente porque tendría muy claro lo que me pasaba. Salí al jardín delantero de la casa y la encontré meditabunda, apoyada en un lateral de la vieja cochera, acariciando la cabeza de Guaje con las yemas de los dedos.

—Lo siento —me disculpé, aunque en voz tan baja que ella bien podría no haberme oído.

—No pasa...

—Me gusta. —No sé de dónde me salió el gesto, pero corrí a abrazarla y ella se dejó hacer—. Me gusta «cuñado». Me gustó que me llamaras así.

—Te gustó demasiado, ¿no?

Simplemente, asentí. Ella me dio un beso en la mejilla y me revolvió el pelo. Me sentí un poco como un niño de ocho años, pero me reconfortó. Cloe tenía esa capacidad de forma innata.

—Y ahora... Voy a intentar hacerme con este cacharro.

Me reí, porque llevaba días empeñada en recuperar aquel viejo Vespino, que ya habíamos comprobado que funcionaba y que yo había puesto un poco a punto con mis rudimentarios conocimientos de mecánica, que se habían limitado a hinchar las ruedas y rellenar el depósito de gasolina.

—Te vas a matar.

—Es posible.

—¿Cuánto hace que no te subes a una bici? —le pregunté, cuando vi que ni siquiera acababa de mantener el equilibrio sobre los pedales.

—Creo que... desde que vivía en Peñaliría.

—O sea... unos quince años.

—Diecisiete, en realidad.

—Fantástico.

No sé ni cómo, consiguió arrancar. Ataviada con un vestidito de flores que no era lo más adecuado cuando había bastantes posibilidades de que sus rodillas acabasen besando el suelo, y con mi casco, que le quedaba enorme y bastante fuera de lugar, ya que parecía casi más grande que la moto.

Dediqué el resto de la tarde a escribir y creo que fue el día más productivo de todos los que llevaba en Trevijo. Adoraba tener a Cloe rondando por el astillero, y me había despejado tanto la mente su presencia que las ideas fluían mejor en mi cabeza, pero para plasmarlas sobre el papel seguía viniéndome bien estar solo. Casi empezaba a atardecer cuando oí el sonido quejumbroso del motor del Vespino y supe que Cloe había sobrevivido a su aventura.

—¡¡Ha sido genial!! —Me abrazó con tanta fuerza en cuanto atravesó la puerta que casi me tiró al suelo.

—Veo que te ha gustado la experiencia. ¿Qué... qué demonios es todo eso?
—Señalé hacia una caja y dos bolsas cargadas hasta los topes que traía en las manos—. Y, sobre todo, ¿cómo lo has traído hasta aquí?

—La cestita de esa moto tiene una capacidad de carga bastante considerable.

—Eso no es una moto, cielo. Es apenas una bici con pedales. Cuando quieras probar una moto de verdad, ahí tienes la CBR.

—¡Vale! ¿¿Me la dejarás??

—Sigue soñando. —Nos reímos y Cloe empezó a sacar cosas de las bolsas.

—Me he comprado un casco. —Era un casco *jet* rosa mate, con unos dibujos de pequeñas flores granates en los laterales. Era lo más Cloe que nadie hubiera podido diseñar.

—¿Dónde? Ni siquiera sabía que se pudiera comprar algo así en el pueblo.

—Me he acercado a un par de sitios por aquí cerca. Y he descubierto una pequeña cetárea cerca de Cudillero en la que me han vendido estas maravillas.

—¿Nécoras?

—Y cigalas.

—Te quiero.

—Lo sé.

Nos pegamos una mariscada de impresión aquella noche. Cloe y yo... y también Guaje, que se puso morado con los trozos que le íbamos dando de

comida. Estrenamos la pequeña mesa de comedor que habíamos montado aquella misma mañana y nos trasladamos después al enorme sofá a acabarnos las copas de vino que habíamos rellenado demasiadas veces. La noche tuvo un cierto aire a despedida, porque el trabajo de Cloe en mi casa ya estaba casi terminado. Eché un vistazo a mi alrededor y me quedé fascinado, como me había ocurrido ya muchas veces en los últimos días, con lo bonito que había quedado todo. Cómo un espacio industrial abandonado durante medio siglo podía haberse convertido en una casa acogedora y llena de vida era un misterio para el que solo Cloe tenía la respuesta.

Encendimos un par de luces indirectas, de las que habíamos situado varias por todo el espacio, y la melancolía me invadió un poco. Culpemos al vino. Y a los recuerdos.

—¿En qué piensas? —me preguntó Cloe, con un cono de helado de chocolate en una mano y una copa de vino en la otra.

—En que me voy a sentir un poco solo aquí cuando te vayas —me sinceré. Hacía ya casi dos meses que compartíamos casa y vida, y ni siquiera recordaba cómo era estar en Trevijo sin ella.

—¿Me estás echando?

—Creo que los dos sabemos que ya casi has acabado el trabajo en el astillero. —Se me escapó una mueca triste.

—¿Y si...?

—¿Qué?

—Te propongo un trato. Invítame a quedarme un par de semanas de vacaciones y te rebajo mis honorarios a la mitad.

—Pero si ya casi no me estás cobrando, loca...

—La experiencia ha sido mucho más importante que el dinero. Es currículum para mi empresa, las fotos están triunfando en nuestras redes sociales y...

—¿Y...?

—Y me ha gustado pasar este tiempo contigo.

—A mí también.

Y era verdad. Yo era hijo único y ninguno de mis primos tenía una edad cercana a la mía, así que siempre había echado de menos tener un hermano. Incluso había mitificado un poco esa figura, y me había dado mucha envidia comprobar de primera mano la relación que tenían Cloe y Ada. Pero entonces, de repente, me di cuenta de que los hermanos tienen muy poco que ver con las

relaciones de sangre y mucho con las familias que creamos en momentos de nuestra vida en que ni siquiera nos damos cuenta de que lo estamos haciendo. Cloe era mi hermana. Lo sentía por Ada, pero me había apropiado de su hermana pequeña en su ausencia y no pensaba pedirle perdón por ello, suponiendo que algún día volviera a verla.

—Además... —Cloe seguía hablando, mientras yo solo podía esbozar una sonrisa un poco tonta por esa conclusión tan fraternal a la que acababa de llegar—. Me gusta este sitio, me flipa. Me siento más libre que en Madrid, no me preguntes por qué.

—Eso debe de ser por la flamante moto con la que te has hecho.

—¡No te rías! —Me dio un puñetazo en el brazo y se sirvió más vino—. En serio. Aquí todo es diferente. Me encanta.

—¿No me digas que te has enamorado de un chico del pueblo o algo así?

—No, tío. Yo ya no me enamoro. He perdido la capacidad por culpa del innombrable. —Suspiró—. Me he enamorado de hacer lo que me sale del papo en cada momento.

—No suena mal. Salvo lo del papo, que suena horrible.

—Luego soy yo la pija... —protestó—. El caso es que me gusta la gente de aquí. Me gusta ir a la tienda y que la señora Dolores sepa exactamente qué yogures me gustan y cómo quiero el pan. E ir al bar y tener el café ya encima de la barra, con dos sobres de azúcar y la leche templada. Esas mierdas. Me encantan, en serio.

—Dios mío, nunca voy a echarte de aquí, ¿verdad?

—Me han contratado un proyecto bastante grande en Madrid a mediados de junio. En diez días, como mucho, tendré que marcharme.

—Pues habrá que aprovecharlos y, además..., ¡son fiestas!

—¡¡Es verdad!!

Decidimos tomarnos esos días libres de toda responsabilidad. Lo único que quedaba por hacer en el astillero, según los planes de Cloe, era colocar algunos objetos decorativos que había pedido por internet y que nos iban llegando poco a poco. Yo había encargado también unas fotos impresas en diferentes tamaños para darle un aire más personal a la casa, aunque Cloe ya me había dicho que aquel lugar no habría podido ser más mío hiciera lo que hiciera.

Apuré un poco un par de traducciones que Berta me había encargado y organicé los poemas que había escrito hasta aquel momento, que ya eran más

de cien. El poemario que tenía en mente seguía una cierta estructura temática de la que no había hablado con nadie —y no tenía claro que algún día fuera a hacerlo—, y justo había llegado al final de una de las partes, así que no me sentí culpable por dejar abandonado mi cuaderno hasta que pasaran las fiestas del Corpus en el pueblo.

Aprovechamos los días para hacer algo de turismo. Cloe se empeñó en que fuéramos cada uno en nuestra moto, pero pronto entendió que no era muy buena idea, teniendo en cuenta que la mía tenía unos cien caballos más que *la suya*. Recorrimos aquellos lugares en los que yo me perdía en mis primeros meses en Asturias: los cabos en los que el verde de las montañas se confundía con el azul del mar, los pequeños pueblos pesqueros en los que era tan sencillo —y tan barato— disfrutar de un buen pescado a la brasa y unas cuantas cervezas y la tranquilidad de playas en las que el sol ya empezaba a aparecer con fuerza y en las que nos dimos nuestros primeros baños en el Cantábrico.

El último sábado de Cloe en Trevijo era el gran día de las fiestas. La plaza principal, aquella en torno a la cual se desarrollaba habitualmente toda la vida del pueblo, amaneció engalanada con cientos de banderitas de colores, guirnaldas de luz y un palco de madera para la orquesta que tocaría por la noche. Pasamos la tarde paseando entre los pequeños puestos que vendían productos locales y algunos de artesanía. Cloe me arrastró a cenar en un bar portátil que habían montado en un descampado cercano y comimos tanta carne a la brasa que me sorprendió que pudiéramos caminar al salir de allí. Luego llegaron los fuegos artificiales, las cervezas, los cubatas en vaso de litro y ese ambiente tan de verbena que no experimentaba desde que era un adolescente y me escapaba a las fiestas de los pueblos de las afueras de Madrid en los que vivían algunos de mis amigos. Pero en Trevijo era distinto; allí todo lo era.

—Baila conmigo. —Cloe me hablaba con la lengua de trapo, e insistía e insistía para que bailáramos uno de aquellos pasodobles tan terribles que sonaban.

—Ni lo sueñes —me negué, porque yo no bailaba. Eso lo sabía bien su hermana, y el alcohol conspiró con los recuerdos para traer a mi mente una noche de verano, casi dos años atrás, en una fiesta de una marca de ginebra, en la que empecé a soñar con un imposible. Me parecía que hacía tres siglos de aquello.

—Porfaaaa.

—Si suena una canción decente, quizá me convenzas.

—Y si voy a por otro cubata, lo tengo casi asegurado.

Se rio y se levantó a comprar otra bebida. Cuando volvió, tomamos un par de tragos y nos tambaleamos un poco al levantarnos. Decidimos irnos a casa, pero entonces empezaron a sonar los acordes de un tema de Víctor Manuel — al fin y al cabo, estábamos en Asturias— que mis padres solían escuchar en casa cuando yo era adolescente. La canción hablaba de verbenas antiguas, de besos robados y de nostalgia. Cloe me miró con ojos de cachorrito y yo le concedí el capricho.

—Está bien. Tú ganas.

Sonrió y dio un par de saltitos acompañados de palmadas. Me cogió de la mano y me llevó al centro de la plaza, donde un par de parejas de ancianas bailaban agarradas. Los niños corrían y el olor de la pólvora de los fuegos artificiales aún seguía en el ambiente. Me moví como pude, aunque debo reconocer que era Cloe la que nos guiaba a ambos. Al acabar de bailar, me dio un beso en la mejilla, me cogió la mano y echamos a caminar hacia mi casa.

Cuando íbamos a mitad de camino, se me soltó la lengua. Porque estaba borracho, pero también porque me sentía triste al saber que aquel sería su último sábado en Trevijo y ya la echaba de menos antes de que se marchara.

—¿Sabes una cosa, Cloe?

—Sé muchas.

—No seas impertinente. Intento decirte algo bonito.

—Soy toda oídos.

—Me has ayudado mucho en estos meses aquí. Mucho. En serio. Me siento...

—¿Bien? —se aventuró.

—Me siento yo. Ni siquiera recuerdo cómo era yo antes de conocer a Paula y de todo lo que vino después, pero... si en aquel momento hubiera pensado en cómo querría ser a punto de cumplir los treinta y cinco, se parecería bastante a esto.

—No tienes ni idea de cuánto me alegro. De veras. Ojalá fuera tan buena como tú con las palabras y supiera decirlo mejor.

—Me hago una idea. Eres... Cloe, eres como una hermana para mí. —Tuve que apartar la mirada porque ella tenía razón, a mí se me daban bien las palabras, pero por escrito. Eso de desnudarme emocionalmente ante alguien a quien quería era algo que llevaba demasiado tiempo sin hacer—. Supongo que eres la hermana que me dio la vida.

—Y tú... Tú eres como mi hermano, por un montón de razones, Hugo. —Me miró y me hizo daño antes de hablar. Daño del bueno, pero... daño, al fin y al cabo—. Eres como mi hermano porque eres el amor de mi hermana.

—¿Tú crees que aún lo soy?

—Yo creo que hay cosas tan fuertes que duran para siempre.

I was so broken-hearted

Hugo

—Y... *voilà*. Esto ya está.

—Te juro que no sabía que tenía tantos libros. —Era el penúltimo día de Cloe en Trevijo y habíamos recibido doce cajas enormes llenas de libros desde Madrid—. Mi madre ha debido de fundirse mi herencia en el envío.

—Deberías leer menos.

—Gran consejo.

Exhaló un suspiro y se tiró en el sofá de un salto. Yo cogí dos botellines de cerveza e hicimos chocar los culos de las botellas como brindis de despedida. Era ya mediados de junio y Cloe tenía que marcharse a Madrid cuanto antes. Además, la reforma estaba más que terminada, decoración incluida, así que no tenía excusa para seguir reteniéndola en Trevijo.

—No es que quiera atribuirme todo el mérito, pero... esto ha quedado increíble.

—Es cierto. —Asentí—. Alucinante.

Lo último que había llegado, además de los libros, eran las fotos que había enviado a imprimir. No había querido sobrecargar un espacio tan diáfano con demasiadas cosas, pero las paredes eran tan gigantescas que me pareció que quedarían demasiado desnudas si no colgaba nada en ellas. Pero seleccioné muy bien lo que se quedaría allí para siempre.

En las paredes del despacho, había enmarcado unos cuantos documentos antiguos, de aquellos que había salvado del almacén del astillero en mis primeros días allí. Me encantaba el aspecto del papel amarillento, la tinta algo clareada y los trazos seguros de la letra antigua de mi abuelo. En el estrecho trozo de pared que quedaba entre los dos grandes ventanales de la zona del

salón había colocado un cuadro a carboncillo que le había comprado a un marinero del pueblo que se ganaba algún dinero como pintor aficionado. Era una reproducción del antiguo puerto pesquero de Trevijo, del que quedaba poco en pie décadas después. Había colocado en una pequeña balda en la cocina aquel telégrafo de bronce, y en el centro del salón, apoyado en una peana, el timón de un antiguo barco pesquero que Cloe se había encargado de lijar y barnizar.

Y ella también había tenido la idea de colgar fotos de la pasarela metálica suspendida, mediante unos hilos de cobre unidos a marcos de fotos de color blanco.

—Me gustan las que has elegido —me dijo, muy convencida, cuando la última foto estuvo colgada en aquella especie de equilibrio en el que parecían flotar.

—¿Sí?

Había dudado mucho a la hora de seleccionarlas. Tenía claro lo que quería: que todas las personas y los momentos importantes de mi vida estuvieran presentes en aquella casa. Pero mi vida había sido un poco complicada en ese sentido, y me daba miedo que las fotos dijeran demasiado de mí. Porque allí, en aquellos marcos que se divisaban desde cualquier punto del astillero, estaban mis padres, juntos y por separado; estaba mi grupo de amigos del colegio; y una foto antigua de mis abuelos el día de su boda, que mi madre me había enviado escaneada. Estaba incluso Guaje, que, para lo limitado de sus posibilidades estéticas, tenía una capacidad asombrosa posando delante de la cámara de mi móvil. Y... estaban Ada y Paula. Las dos, como lo que habían sido, los dos amores de mi vida. Las que, a esas alturas, ya casi estaba convencido de que serían las dos únicas mujeres a las que amaría jamás. Me había parecido extraño colgar allí las fotos de ambas, mucho más estando Cloe por el medio. Pero lo hice; elegí mi foto favorita de cada una (la de Ada, durante nuestro viaje a Lisboa, y la de Paula, sentada sobre mi regazo un día cualquiera en el Retiro), las mandé a imprimir, las enmarqué en silencio, con mimo y con algo de reverencia, y las colgué.

Cloe no dijo nada y yo se lo agradecía, aunque nada de lo que dijera me podría haber hecho cambiar de idea. Aquella era mi casa. La sentía más mía de lo que había sentido ninguna otra cosa en toda mi vida. Y a mí me apetecía tenerlas a las dos allí. Aunque nadie lo entendiera, aunque fuera raro, aunque pareciera inapropiado. Había pasado un puto infierno y al fin veía la luz para

salir de él; no pensaba preocuparme por lo que pensarán otras personas. Además..., a Cloe le había parecido bien y algo me decía que a Ada le habría gustado también si pudiera verlo. Si algún día llegaba a verlo. Paula no sería nunca una parte de mi pasado que escondería. Había conseguido lo más difícil: ser capaz de mirar su foto con una sonrisa en los labios, sin la tristeza lacerante clavándoseme en el alma. Ya solo quedaban los recuerdos bonitos y una sombra de pena dulce que nunca se iría del todo. Me di cuenta de ello mientras acababa de enmarcar su foto, y eso a su vez hizo que fuera consciente de que mi recuperación estaba muy cerca. O quizá era un hecho ya.

—¿Me cuidarás la moto en mi ausencia?

—No es una moto, es...

—Vale, sí. Es un ciclomotor. ¿Lo mantendrás a punto?

—Claro. ¿Piensas volver pronto?

—Antes de que acabe el verano, si consigo compaginarlo con el trabajo. Te lo dije en serio, Hugo, no te vas a librar de mí jamás.

—Ni lo pretendo.

—¿Y de él? —Señaló a Guaje, que dormía plácidamente a sus pies—. ¿Lo mirarás para que no me eche demasiado de menos?

—Es mi perro, ¿recuerdas?

—Ajá. —Se agachó para acariciarle la tripa. Él movió la cola en sueños—. Creo que el que lo ha olvidado es él.

Nos reímos y nos dispusimos a preparar la cena. Cloe se había empeñado en decir adiós a su aventura asturiana con una cena típica por todo lo alto. Habíamos dispuesto todo para preparar *fabes* con almejas, fritos de *pixín* y arroz con leche, con bien de azúcar quemado por encima. Nos pasamos un par de horas cocinando, compartiendo silencios cómodos y charlando a ratos de nuestros proyectos de futuro. Cloe estaba ilusionada con la obra que la esperaba en Madrid, en la que estaría inmersa como mínimo hasta septiembre. Yo planeaba ir incorporándome poco a poco a Translitere, hasta que todos los aspectos de mi vida adquirieran el tinte de normalidad que necesitaba para seguir adelante.

Cenamos, nos emborrachamos un poco y nos quedamos medio adormilados en el sofá. A mí se me había soltado la lengua, en parte por la sidra y en parte porque sabía que era la última noche en que compartiríamos confidencias. Y que no tendría que verle la cara al día siguiente si decía más de lo que pretendía.

—¿Sigue en París?

—Hugo... —Se mantuvo unos segundos en silencio, y podría decir que me arrepentí de mis palabras, pero lo cierto era que no lo hacía—. Sí. Sigue en París.

—Bien.

—Bien.

No sabía qué más decirle. Teníamos un pacto y no quería incumplirlo. Yo había hablado muchas cosas con Cloe que no querría que Ada supiera; o que no las supiera por mí directamente. Además, me daba pánico lo que pudiera decirme. Un tiempo atrás, me habría alegrado de forma sincera de que ella hubiera seguido adelante con su vida, que hubiera encontrado a otra persona con la que compartirla, si eso era lo que le apetecía. Pero ya no. Aquello era cierto cuando yo no me sentía digno de ella, cuando estaba tan hundido en el fango que necesitaba que la gente a la que quería estuviera lejos. Pero... ya no estaba en aquel lugar. Estaba en uno diferente que cada vez me apetecía más compartir con ella. O soñar con hacerlo, al menos.

Nos fuimos a dormir temprano y apenas había amanecido cuando abrí los ojos. Cloe estaba ya vestida y transportaba a su coche todos los enseres que se había traído y unos cuantos más que había acumulado en sus meses en Trevijo. Tenía una capacidad inagotable para comprar, incluso en aquel lugar en el que la oferta de tiendas se reducía a un ultramarinos y algún mercadillo ocasional.

—¿Por qué no me has despertado? Te habría ayudado.

—No te preocupes. Me he levantado temprano para poder desayunar juntos con calma.

—Yo preparo el café.

Estaba distraído exprimiendo un par de naranjas para el zumo cuando la vi acercarse con aspecto misterioso. Cloe nunca fue capaz de ocultar lo que sentía, lo que pensaba. Se le notaba todo en la cara, y yo no necesité más que un vistazo rápido aquella mañana para saber que venía con algo importante que decir.

—Vale. Llevo semanas callándomelo, pero esto... —Dejó con un golpe seco sobre la mesa del comedor el cuaderno negro de mis poemas. Me dio un vuelco el corazón porque las únicas personas a las que había dejado leer lo que escribía eran Paula y Ada, y no tenía intención de que eso cambiara en el futuro—. Esto es muy bonito, tío.

—¿Has estado leyendo mis poemas... durante semanas?

—Efectivamente.

—No me gusta que nadie los lea. Tendrías que haberme pedido permiso.

—Mira como me preocupa eso que acabas de decir. —Se carcajeó, y yo tendría que haberme cabreado un poco más, pero... me dio la risa a mí también.

—Cloe, joder.

—¿Cuánto tiempo llevas escribiendo? No tenía ni idea.

—¿Ada nunca te contó que lo hacía?

—¿¿Ada lo sabe??

—Sí. Desde la época de la universidad.

—O sea que... ¿llevas más de diez años escribiendo poemas?

—Puede que veinte. Desde que era un adolescente, aunque mejor que nadie lea lo que escribía en aquella época.

—¿Y por qué no los publicas?

—¿Estás loca o algo? —La miré con los ojos como platos, porque bastante me había abierto ya con respecto a ese tema y no pensaba decirle que esa idea me había rondado la cabeza alguna vez, aunque el pudor siempre acababa ganando la batalla a esa especie de necesidad de reconocimiento que me venía de vez en cuando.

—Dios mío, es cierto. Tienes toda la razón. ¿Cómo puede haberseme pasado por la cabeza que alguien que escribe un libro quiera publicarlo? ¿Qué...? ¡Un momento! ¿Qué son todas esas cosas que tienes en las paredes? ¡¡Libros!! Cuánto insensato suelto, que escribe cosas...

—Vale, vale, ya lo pillo. —Puse los ojos en blanco y no pude evitar que me diera la risa—. Nunca me he planteado que esto le pueda interesar a nadie que no sea yo.

—Pues creo que podrías estar equivocado.

—¿De verdad? —Se me escapó una sonrisita ilusionada y ella la captó al vuelo.

—¿Me dejas que meta la nariz donde no me llaman?

—¿Alguna vez has pedido permiso para eso?

Me hizo una peineta como respuesta y me pidió mi móvil. A esas alturas de la convivencia, las fronteras de la privacidad de cada uno estaban tan diluidas que ni existían, así que me limité a cabecear con resignación y decirle que hiciera lo que le diera la gana.

Saqué a Guaje mientras ella trasteaba con la pantalla táctil con una cara de

concentración que daba miedo. Literalmente, me daban pavor esa chica y sus ideas. Di un paseo corto por la orilla de la ría, con el perro pegado a mis pies, hasta que la escuché gritar desde dentro de la nave que ya estaba lista.

—Ni me atrevo a preguntarte qué has hecho.

—He tenido que instalarme un par de *apps* en tu móvil. No sé para qué tienes este pedazo de teléfono para no usarlo apenas.

—Corta el rollo. ¿De qué va todo esto?

—Míralo tú mismo.

Me pasó el iPhone con la aplicación de Instagram abierta. En los meses anteriores, había subido algunas fotos de forma muy ocasional. Casi todas eran comparaciones del antes y el después de la reforma del astillero, y también había publicado alguno de aquellos paisajes de la zona de Trevijo que seguían quitándome el aliento por muy a menudo que los viera. Hasta que Cloe había hecho de las suyas aquel día.

—Dios mío, tía, pero ¿¿qué has hecho??

Mi última publicación era una foto mía, de algunas semanas antes, lanzándome al mar desde lo alto de una roca en una de las playas a las que más nos gustaba ir a Cloe y a mí, a apenas unos kilómetros de casa. Ella me la había hecho sin que me diera cuenta, por la espalda. Llevaba un bañador azul y saltaba con los brazos alzados y las piernas abiertas, pero... eso no era lo que me asustaba de la foto. El motivo por el que el corazón me martilleaba de nervios en el pecho era que Cloe la había modificado con algún tipo de programa para introducir texto y, sobre la imagen, con una tipografía que imitaba la caligrafía manual, se podía leer el último poema que había completado.

Atrévete

Aunque duela

Aunque no estés seguro

Aunque a ratos parezca la peor idea del mundo

Aunque a ratos te dé pánico que sea la mejor

Atrévete hoy, porque mañana será tarde

Y cada minuto perdido a su lado te parecerá una vida entera

—Madre mía de mi vida, Cloe, ¿has perdido la cabeza?

—¿Por qué?

—Yo... yo no... nunca he dejado que nadie lea lo que escribo y, de repente, está... está en Instagram y... y todo el mundo podrá leerlo y...

—Tienes once seguidores, Hugo. Tranquilo. No es exactamente el vídeo porno de Paris Hilton difundido a todo el planeta Tierra.

—Pero... pero... mis amigos ni siquiera saben que escribo.

—Lo adivinarán cuando lean tu nueva biografía.

«Hugo Navarro. Poeta. En algún lugar entre Madrid y un astillero a orillas del Cantábrico».

—Dios mío, Cloe. Es pretencioso y hortera. *Muy* hortera.

—Perdona, tío listo, el que sabe escribir eres tú. Yo me he limitado a diseñarte una casa y regalarte el éxito como poeta en las redes sociales. De nada.

—¿Solo eso? —Arqueé una ceja, lo cual me sorprendió, porque habría jurado que mi cara había perdido la capacidad de expresar otra cosa que una vergüenza extrema.

—¿Por qué te molesta tanto? Hazlo, joder. Haz lo que dice ese poema, que es precioso, por cierto. Atrévete. Publica tu mierda. Si tus colegas se ríen de ti, será porque tienen la madurez emocional de un mosquito tigre. Y puede que a la gente le gusten. Son buenos. ¿Qué coño tienes que perder?

—No lo sé.

Y era verdad, no lo sabía. En el fondo, lo único que tenía eran unos prejuicios algo absurdos sobre la posibilidad de que mis conocidos se rieran de lo que escribía, o que algún desconocido que llegara a los poemas por casualidad comentara que eran una mierda y mandara mi autoestima escritora a lo más profundo del contenedor de basura. Le daría una oportunidad. Aunque eso de las redes sociales no acabara de convencerme, era una posibilidad mucho más verosímil de ver publicados algunos trabajos de los que estuviera orgulloso que un futuro poemario en papel que dudaba que algún día viera la luz.

—Está bien. No prometo ser demasiado regular con esto, pero lo intentaré.

—Dedícame tu primer *best seller* internacional y estaremos en paz.

—Si eso llega a ocurrir, te daré el diez por ciento de las ganancias.

—Lo consideraré un contrato verbal vinculante. —Suspiró y se levantó de un salto de la mesa—. Tengo que irme.

—Lo sé.

—Ay, qué mierda de mal rollo me dan las despedidas.

—Métete en el coche y lárgate. —Me sonrió—. Total, antes de entrar en Castilla ya me estarás llamando, así que no me va a dar tiempo a echarte de menos.

—Sí. Eso haré. Hugo...

—Dime.

—Lo estás haciendo muy bien. Deberás ser tú quien se dé cuenta de esto, pero... creo que lo has conseguido.

—Yo también empiezo a sospecharlo. —Se nos escaparon dos sonrisas tristes, y ella arrancó el coche. En el equipo de música sonó *Cryin'*, de Aerosmith—. Vuelve pronto, Cloe.

—Lo haré. Este lugar tiene algo. Tiene... magia.

Asentí y la vi perderse entre el polvo que levantaban los neumáticos por el camino de tierra que la alejaba del astillero. Todas mis predicciones se cumplieron: ya la echaba de menos y me llamó al menos doce veces durante el trayecto.

* * *

La llamada de Cloe se convirtió en una tradición casi diaria. En las siguientes semanas, llegué a preocuparme si pasaba dos días sin llamarme, aunque creo que no ocurrió más de dos o tres veces. Mientras tanto, mi día a día se iba tiñendo de normalidad. Después de años en que mi vida no había tenido nada que ver con la de cualquier otro tío de mi edad, lo único que realmente deseaba era eso: normalidad. Una rutina parecida a la de mis amigos, una en la que no tuvieran lugar la enfermedad, la muerte, la ansiedad o el desamor que habían sido protagonistas de tantos años anteriores.

Llamé a Berta y le prometí que pronto iría a Madrid a poner al día los temas que necesitaran de mi presencia allí y que llevaban en un cajón más de seis meses. Le pedí que redistribuyera el trabajo del departamento de inglés a partir de aquel momento y que me asignara el correspondiente a una jornada completa. Ese era el pacto conmigo mismo, con mi madre y... era lo normal.

Y escribí. Escribí muchísimo en aquellos meses en que el calor hizo acto de presencia en Trevijo, pero la brisa fresca de la ría lo convertía en algo muy diferente al ambiente asfixiante de los veranos en Madrid.

Recordaba los meses de apatía que siguieron a la muerte de Paula y me

daba la sensación de que aquel era otro Hugo. Uno que estaba a años luz del que había renacido en Treviño. Mi madre siempre había mantenido la teoría de que, cuantas más cosas tienes que hacer, más haces. Y tenía que darle la razón. En la época en que era incapaz de hacer nada más que lamentarme, había días en que lo único que tenía que hacer era ir al supermercado a comprar leche y bajar la basura, y al final del día, con mucha suerte, habría completado una de las tareas. Las dos..., imposible.

En aquel verano en Treviño que cambió tantas cosas, me ocurría todo lo contrario. Traducía textos difíciles —sospechaba que Berta me los había enviado como prueba para asegurarse de que realmente estaba preparado para volver al trabajo— por las mañanas, escribía poemas por las noches y aún me quedaba la tarde para recuperar alguna de las horas de sueño perdidas, para acercarme a comer al pueblo y mantener alguna charla con los amigos que había hecho allí, para pasear a Guaje tres veces al día y para escaparme a la playa cuando el calor apretaba y me apetecía darme un baño. Era como una especie de ser hiperactivo que podía con todo y, sorprendentemente, con bastante acierto. Las traducciones fluían y solía entregarlas antes de la fecha límite sin mayor agobio, los poemas que escribía tenían cada vez mejor pinta y... me encontraba bien. En muchos aspectos. En casi todos.

Había decidido quedarme en Asturias todo el verano y, en septiembre, pensarme si volver o no a Madrid. Incluso echar de menos la ciudad que me había visto nacer fue algo que me sorprendió, después de tantos meses en que la rehuía hasta en el pensamiento, porque no podía evitar asociarla al dolor que había sufrido en ella. Pero me descubrí alguna noche añorando ver a mis amigos, cenar con mis padres, perderme en calles en que nadie me conocía o meterme en un cine sin necesidad de recorrer treinta kilómetros para ello. Sí, volvería a Madrid, no sabía aún si por temporadas o de forma definitiva. Las piezas habían encajado. Volvía a ser yo. Volvía a estar entero.

Y solo me faltaba un punto de mi lista para sentirme pleno.

Can you hear me?

Julio entró implacable en París. Con una ola de calor que casi me parecía que se repetía cada verano y que todas las veces me sorprendía. Con un aluvión de turistas que también era recurrente, pero que con el calor se llevaba peor. Y con todas las incomodidades que la Fiesta Nacional añadía a una ciudad ya de por sí algo caótica.

Sabía lo que me estaba pasando. Y sabía que París no tenía la culpa. Era yo, que llevaba demasiado tiempo en la ciudad y el cuerpo me pedía un cambio de aires. Llevaba ya casi un año y medio allí, con la única pausa de aquel mes extraño que había pasado en Madrid cuando Hugo me había reclamado a su lado. Pocas veces había aguantado tanto en una ciudad desde que había empezado a vagar por el mundo y reconocía los síntomas de ese momento en que un lugar empezaba a sobrarme.

No esperaba que me ocurriera en París, pero... pasó. Una huelga de transportes que antes me habría parecido una ocasión perfecta para caminar por la ciudad se convirtió en un murmullo de protestas sobre lo mal que funcionaba todo y lo poco que se esforzaban las autoridades por solucionarlo. Pasear bajo la lluvia sonriendo frente a edificios cuya belleza me quitaba el aliento pasaba a ser una competición contra el resto de parisinos por conseguir un taxi. Y a las hordas de turistas... A esos los habría echado a patadas, sin discusión.

Me sobraba París y no me faltaban posibilidades para encontrar trabajo en otros lugares, pero... algo me retenía allí. Y era jodidamente paradójico que lo que me mantenía en París estuviera, en realidad, a unos mil doscientos kilómetros de distancia.

A mediados de junio, Cloe había regresado a Madrid, con la maleta cargada de recuerdos de un astillero de techos infinitos y de un amigo que se había convertido en algo así como su hermano mayor. Un *hermano mayor* que

resultaba ser el amor de mi vida. Llegó un momento en que tuve que pedirle que dejara de hablarme de sus semanas en Asturias, ya no porque cada vez con más frecuencia se saltara nuestro pacto tácito de no mencionar a Hugo, sino porque empezaba a ponerme celosa la relación que compartían. No celosa como lo que fuera que significara yo en la vida de Hugo, por Dios. Celosa de que me hubieran usurpado el título de hermana mayor favorita sin que hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Craig se pasó el comienzo de aquel verano viajando por el mundo, después de una buena temporada acumulando vacaciones. Mi trabajo no me había permitido acompañarlo, como él me había propuesto, y creo que los dos lo agradecemos. Seguíamos siendo los compañeros de piso perfectos, seguíamos siendo amigos del alma, pero... aquel viaje se habría parecido mucho más a unas vacaciones en pareja de lo que nos gustaría a ambos. Él se marchó, nos despedimos con sexo del bueno y me quedé en París para rumiar mi disgusto con la ciudad a solas.

Me aburría. Además de todo el resto de apatía que me consumía y de la incertidumbre cada vez más tangible sobre cuál sería mi destino en el futuro, Cloe había gastado todas sus vacaciones para un par de años y no vendría a visitarme. Yo tampoco podía escaparme, porque mi nuevo trabajo me reportaba unos beneficios económicos muy interesantes, pero también me consumía horas y horas extra, por cortesía de mis exigentes y multimillonarias clientas. Así que... me aburría. Nunca como en aquel comienzo de verano había pasado tantas horas enganchada a YouTube, Facebook, Instagram, Twitter y cualquier otra red social que se le hubiera ocurrido inventar al ser humano.

Y un día ocurrió. En medio de aquellas cuentas de Instagram de viajes en las que buscaba inspiración para próximas escapadas, de las *bloggers* que había empezado a seguir por mandato de Cloe y de amigos que tenía desperdigados por todos los puntos del planeta... apareció una sugerencia. Supongo que fue porque compartíamos a Cloe como persona que nos seguía y a la que seguíamos ambos, no porque el destino volviera a estar jugando con nosotros, ya que siempre nos habíamos negado a creer en él.

«Hugo Navarro. Poeta. En algún lugar entre Madrid y un astillero a orillas del Cantábrico».

Me reí, porque la huella de mi hermana en esa carta de presentación era tan evidente que no tuve ni que preguntarle si ella lo había escrito; estaba claro

que sí. La llamé, por supuesto, al instante, y ella me contó la historia de cómo había animado a Hugo a publicar sus poemas en sencillos montajes sobre fotos de su día a día en aquel lugar de Asturias del que ya había empezado a enamorarme a través de las palabras de Cloe. Les eché un vistazo rápido mientras hablaba con mi hermana, porque, para leerlos a fondo, necesitaba estar a solas.

—¿Lo has empezado a seguir? —me preguntó.

—¡No! ¿Qué dices?

—Oh, Dios mío, claro. Si empiezas a seguirlo puede llegar a pensar que te gusta, tía, por favor, qué superfuerte. —Su voz impostada de pija adolescente me hizo reír... y lo que me dijo hizo que me planteara si no me estaría comportando como una imbécil.

—Cloe...

—Sus poemas dicen cosas, Ada.

—Supongo que esa es la idea.

—No, en serio. Dicen cosas preciosas, cosas sobre él que quizá no sepas. O quizá sí. —Suspiró—. Síguelo, en serio. Creo que... creo que a él le gustará.

—Te haré caso... —Hice una pausa—. Si me prometes que no estás locamente enamorada de Hugo, porque ya empiezo a dudarlo.

—Calla, Satanás. Es mi hermano, ¿vale?

—Pues le deseo buena suerte con eso.

—Me voy a trabajar. Sigue a Hugo.

—Lo haré. Un beso, *hermana*.

Y lo hice, sí. Me puse *Hello*, de Adele, en el reproductor de música del salón y leí los tres o cuatro poemas que había publicado hasta entonces sobre fotos bonitas, de los lugares que imaginaba que había ido descubriendo durante aquel exilio emocional en el que llevaba meses, con filtros que las hacían más dulces y letras que contaban tanto de la historia de Hugo que no habría necesitado el consejo de Cloe para empezar a seguirlo. Pulsé el botón sin pensármelo dos veces y el corazón se me saltó un latido al pensar que él recibiría la notificación. Que ese sería el primer contacto entre nosotros en tanto tiempo que en ocasiones me costaba creerlo. A veces me parecía que había pasado con él la tarde anterior.

Me enganché a aquellos poemas, a algo tan absurdo como una cuenta de Instagram, pero que para mí, quizá para nosotros, significaba mucho más. Hubo tardes en aquel verano de París en que lo significaban todo. Me

enganché a sus palabras y, con ellas, volví a engancharme a él, si es que alguna vez había dejado de estarlo del todo.

Hugo no actualizaba la cuenta muy a menudo, al menos al principio, así que no tardé en saberme de memoria los poemas que había publicado. Aún me sorprendía a ratos que se hubiera decidido a divulgar algo que, mientras yo lo había conocido, le provocaba un pudor terrible. Y yo ya había decidido cuál era mi favorito. Eran solo tres versos. Tres versos que hablaban de pérdida y cuya protagonista no era yo. O quizá sí. Era ambiguo, como tantas cosas que habían ocurrido en la vida de Hugo, y tal vez fue eso lo que más me gustó. Él lo había titulado «Sin ella»:

Era miércoles, y llovía.

O quizá era Madrid, que lloraba porque la echaba de menos.

Y yo ya no recordaba si tenía corazón.

Convertí en rutina leer sus poemas por las noches. Me acostumbré a ni siquiera abrir Instagram en todo el día, ni en los descansos que hacía en medio de la jornada laboral, ni tampoco en el metro, que eran los momentos de hastío en los que solía abandonarme a las redes sociales. Él publicaba sus fotos a cualquier hora, sin un ritmo fijo ni nada que se pareciera a rutina, así que siempre me sorprendían. Y quería que lo hicieran en la tranquilidad de mi casa, en una especie de ritual que fui adquiriendo casi sin darme cuenta. Un té caliente, la soledad de mi cuarto, el silencio, o de vez en cuando alguna canción muy pensada para la ocasión. Cada vez iba publicando con más frecuencia, pero, aun así, los días en que no encontraba ningún poema al llegar a casa... me invadía un sentimiento a medio camino entre la decepción y la añoranza que prefería no pararme a analizar demasiado.

Hubo un poema que me tocó muy adentro. Porque, al contrario de lo habitual, no había ambigüedades en él. Solo dos personas que se habían enamorado en una primavera de Madrid que parecía tan lejana en aquel París abrasador. Lejana en el tiempo, sí, pero casi podíamos tocar con las yemas de los dedos los sentimientos que habían revivido entre las paredes anodinas de la que era mi oficina. Hugo lo había llamado «Nosotros». Jamás se me habría ocurrido un título mejor:

*Nunca supe si estábamos prohibidos
O si aquello era la mejor idea que habíamos tenido jamás
Solo sé que no pudimos evitarlo
Que nos dio igual
O no
Pero vivimos
Vivimos como si morir no importara*

Craig regresó a principios de julio al piso que compartíamos. Lo hizo morenísimo —o todo lo moreno que puede estar un escocés de piel casi transparente— y con la sonrisa pintada en la cara después de tres semanas recorriendo Centroamérica en bicicleta. Pasamos la primera noche charlando de lo que había vivido allí, de la gente a la que había conocido y de las experiencias que se sumaban a aquella bitácora viajera en la que siempre competíamos. Me habló de selvas bellísimas en Costa Rica, de playas de Panamá en las que se perdió durante días y de una isla en Honduras en la que me confesó que tuvo la tentación de quedarse a vivir un tiempo.

Cenamos en el comedor, que era lo que solíamos hacer en ocasiones *especiales*, los fines de semana o cuando teníamos algo que celebrar en el trabajo. Pedimos comida griega a domicilio, bebimos vino barato y... no pasó nada más. Creo que Craig intuyó que yo ya no estaba en aquel punto, porque ni siquiera lo intentó. Se limitó a mirarme, esbozar una sonrisa e irse a dormir. Dijo que estaba cansado por el *jet lag*, pero los dos supimos aquella noche que algo había cambiado para siempre.

Yo había cambiado. No sabía en aquel momento si definitivamente, pero sí de una forma radical. Yo había vivido en aquellos nueve meses que llevaba sin tener ningún contacto con Hugo. Vivido de verdad. No me había abandonado a la nostalgia porque sabía que aquel Hugo al que yo había conocido ya no existía. Tenía que regresar de aquel pozo al que la vida lo había arrojado. Y algo me decía que ya había vuelto. *Algo...* que él había escrito.

Fue un día de mediados de julio. El trabajo había sido agotador aquella jornada; el verano atraía más turistas a París que otras épocas y a mí me tocaba redoblar esfuerzos. Culpaba a mi trabajo de parte del agotamiento que estaba sintiendo con la ciudad. Siempre había sido un culo inquieto y no solía aguantar demasiado tiempo en un mismo puesto, pero es que aquel, en concreto, cada día me gustaba menos. Por eso aquel miércoles estuve a punto

de olvidarme de mi rutina diaria de abrir Instagram antes de dormir... Y me habría perdido una de las cosas más bonitas que me han pasado jamás.

El poema se llamaba «Hada sin hache», y eso ya me puso sobre aviso de que mi corazón no iba a salir ileso al leerlo:

Volver a respirar
A sentir
Olvidar la desidia
La parálisis
La dejadez
El abatimiento
La indiferencia
Volver a ser yo
Con ella
Por ella
Por el hada sin hache
Que lo cambió todo
Que me cambió a mí

Craig se lo pasaba genial a mi costa. Decía que me había vuelto gilipollas en su ausencia, que vivía colgada del iPhone, casi como en aquella primera época en que habíamos compartido el piso con Alex y Aaron. De una manera extraña, desde que habíamos decidido sin hablarlo que no volvería a pasar nada entre nosotros, me sentía más capaz de contarle lo que ocurría en mi vida. O quizá no era eso. Quizá era simplemente que ya no me aguantaba más sin tener a Hugo presente, aunque solo fuera en conversaciones medio en inglés, medio en español, que hablaban de nuestra historia.

—Tuvimos algo diferente, algo especial. —Así lo definí cuando Craig se decidió a preguntarme qué era aquello que me tenía tan despistada. Quién era aquel que lo hacía, en realidad.

—Define eso.

—Es una historia complicada. Una historia... que quizá no todo el mundo pueda comprender. —Lo justifiqué porque siempre había sentido la necesidad de hacerlo. No porque yo creyera que había habido algo sucio en lo que vivimos, eso jamás, pero era muy consciente de que la forma de pensar de quien me escuchara determinaría mucho su opinión sobre nuestra relación.

—Soy bastante listo. Prueba.

Y se lo conté. Todo, de principio a fin. Hablé tanto y tan seguido que Craig se levantó dos veces a rellenarme la copa de *whisky* a la que había recurrido para diluir el nudo que se formó en mi garganta con tantos recuerdos. Por momentos, tuve la sensación de estar contando algo irreal, el argumento de una película, la trama de un libro. Parecía imposible que eso hubiera ocurrido en la vida real, en *mi* vida real. Y que lo hubiera vivido casi con normalidad.

—Y, ahora, ¿en qué situación estáis?

—Buena pregunta.

—¿Habláis?

—No. Tenemos una extraña comunicación a través de las redes sociales. Él tiene una cuenta de Instagram y yo doy *me gusta* a todas sus publicaciones.

—Prometedor. —Se carcajeó.

—Han sido meses sin contacto. No podíamos tenerlo. No hasta que él estuviera bien.

—¿Y crees que lo está?

—Creo... Creo que sí.

—¿Y por qué no lo llamas?

—Porque me da pavor.

—¿Que te rechace?

—Que mi persona esté demasiado unida a los recuerdos de una época horrible, que sepa que nunca podrá sentir por mí lo que sintió por Paula, que no sea nuestro momento otra vez..., que ya nunca llegue a serlo.

—Demasiadas cosas.

—Lo sé.

—Demasiadas cosas para una tía tan cobarde.

—¡Eh! —protesté.

—En serio, Ada. No tienes pinta de ser una chica a la que le dé miedo decir lo que siente y asumir las consecuencias. ¿Qué es lo peor que te puede pasar?

—Que se me rompa el corazón en tantos trozos que ya nunca pueda recomponerlo.

Lo dije en alto y supe que era verdad. Craig escondió el gesto de sorpresa que se le plantó en medio de la cara por mis palabras; no solía ser una persona vehemente, y nadie me definiría como apasionada fuera de los límites de un dormitorio. Nos despedimos con un gesto vago con la cabeza y me fui a dormir. No tenía muchas fuerzas, porque lo echaba ya de menos más de lo que era capaz incluso de decirme a mí misma. Solo me quedaron las suficientes

para leer su poema de aquel día, uno que hablaba tanto de esperanza, de nosotros y de algo que soñaba con que fuera real que me quedé dormida con una sonrisa en la cara y en el alma:

*Una playa vacía
Tú
Yo
Sin dudas ni secretos
Sin miedos
O con uno solo
Que nunca llegues a saber cuánto te quiero
Pero lo sabrás
Porque siempre has sido mucho más lista que yo
Y en nuestra playa
Estaremos a salvo
Al fin*

Faltaban dos días para el cumpleaños de Hugo y ya casi había decidido que ese sería el día elegido para llamarlo. Que Hugo y yo teníamos que encontrarnos en algún punto del camino, y que aquel sábado de verano en el que él inauguraba los treinta y cinco sería el momento perfecto para recordarle que yo seguía allí, aunque sabía que él no lo había olvidado.

El viernes trabajé como una autómatas, con la mente puesta en el día siguiente. En esa llamada a la que me daba tanto miedo enfrentarme. Porque yo tenía muy claro que mi vida seguiría adelante con Hugo o sin Hugo, de eso no dudaba, pero tampoco lo hacía de que sería mucho más feliz con él a mi lado. Y sentía que me jugaba todo a cara o cruz en una llamada de cumpleaños que me aterraba que acabara con un «muchas gracias, Ada. Ya nos veremos».

Cuando llegué a mi casa el viernes, pasaba de las once de la noche. Me había distraído a propósito haciendo algunas compras y dando un paseo por la ciudad, a ver si así conseguía que el sábado llegara cuanto antes. Cuando entré en casa, me serví una copa de champán, me senté en un pequeño sillón que había bajo la ventana de mi dormitorio y desde el que se veían los tejados de París, aún iluminados a aquella hora por un sol perezoso. Pulsé el icono de Instagram y me lo encontré. A él, a Hugo. Su cara y sus palabras.

Me morí de miedo.
Y todo cambió.

Please, come take my hand

Hugo

Un verano a los pies del Cantábrico es una experiencia que todo el mundo debería experimentar una vez en la vida. O mil. Al menos, eso era lo que pensaba mientras el sol me calentaba la piel en una de las pocas calas de la zona que aún eran un secreto para los turistas. Me había bañado un par de veces, aprovechando el día más cálido que nos había regalado aquel mes de julio. La temperatura rozaba los treinta grados, era viernes y yo me había tomado un día libre por primera vez desde que Cloe se había marchado, más de un mes atrás.

Y no es que me hubiera obsesionado con las traducciones. Para nada. Seguía fiel a mi compromiso de trabajar en un horario normal, en jornadas normales. Se lo había prometido a Berta alguna vez, y a mi madre más de mil, la última de ellas durante una escapada de fin de semana que hicieron mi padre y ella a Trevijo para comprobar si me había vuelto loco o realmente las cosas marchaban bien.

Mi madre hasta lloró cuando vio en lo que había convertido el astillero. Y lo hizo con más fuerza al comprobar que su hijo, aquel al que casi no veía desde que estaba en la universidad, había vuelto. Hasta vi a mi padre emocionarse más de la cuenta, pero desvié la mirada porque seguíamos sin ser los más comunicativos en lo emocional. Ya teníamos a mi madre para serlo por los tres.

En los últimos meses, había conseguido muchas cosas, no lo dudaba. Y, en aquella visita de mis padres a mi nueva casa, descubrí que también había recuperado el orgullo. El de enseñarles el astillero contándoles cada detalle de lo que había hecho en él, por qué y cómo. Me gustó que vieran como la

gente del pueblo me saludaba, con un respeto que había tenido que ganarme al convertirme casi en uno de ellos. Me gustó incluso que conocieran a Guaje y comprobaran que alguien se alegraba de verme de forma incondicional cada vez que llegaba a casa, aunque solo hiciera quince segundos que hubiera salido por la puerta.

Mis padres se marcharon y yo les prometí que volvería a Madrid en septiembre. Por una vez en la vida, no lo hice por contentarlos, sino porque era cierto. Pasaría el verano en Asturias, casi como en unas vacaciones que no tenía muy claro que me mereciera, y regresaría a mi vida normal, aunque me dejaría parte del alma en Trevijo y regresaría con cierta frecuencia a recuperarla.

Había trabajado mucho, sí, pero en mis poemas. Había conseguido darles un hilo argumental a todos aquellos pensamientos desvaídos a los que me había entregado como terapia cuando nada parecía ir bien en mi vida. Había dividido los textos en cuatro temáticas: el amor, la pérdida, la incertidumbre y el renacer. No era difícil deducir que aquello tenía mucho más de realidad que de ficción. Aún no tenía título, pero ya soñaba con que algún día ocupara un hueco en aquellas estanterías inmensas que Cloe había diseñado para mí.

Por el momento, me conformaba con aquella loca idea suya de publicar algunos fragmentos en mi cuenta de Instagram. Solía hacerlo con fotos de Trevijo y sus alrededores de fondo. Me sentía un poco *influencer* de pacotilla cuando lo hacía, pero se me pasaba enseguida cuando recibía algún comentario de personas desconocidas que ni siquiera sabía cómo habían llegado hasta allí. Mis amigos y mi familia, en contra de lo que yo había presupuesto, no hicieron ningún comentario burlón e incluso algunos me felicitaron por privado, lo cual me sorprendió. Tenía unos cuatrocientos seguidores, lo cual según Cloe era una «cifra de mierda que puede superar cualquier adolescente», pero a mí me daba igual. Y me daba igual especialmente desde hacía un par de semanas. Porque un día, mientras me fumaba un cigarrillo antes de dormir en aquel porche precioso que daba a la ría, recibí en mi móvil una notificación que hizo que el corazón estuviera a punto de saltar de mi pecho. «Ada Castillo ha comenzado a seguirte». Era nuestro primer *contacto* en meses, en más de ocho meses, para ser exactos, y la sentí tan cerca como si la hubiera visto el día anterior.

Me levanté de la toalla de un salto y corrí hacia el mar. Sufrí el sobresalto habitual de aquella agua tan fría a la que tenía la sensación de que nunca me

acostumbraría del todo, pero me lancé de cabeza y estuve más de media hora nadando. Después de la marcha de Cloe había retomado mi rutina de correr por la orilla de la ría y me había hecho también con una bici de montaña para investigar un poco los montes de los alrededores de Treviño. Y, cuando iba a la playa, nadaba durante un buen rato y me sentía... me sentía bien, joder. Me sentía muy bien.

Recogí mis cosas a media tarde y regresé a casa. Guaje me recibió con un gruñido, supongo que porque lo indignaba no poder venirse conmigo a la playa en temporada alta. Le encantaba bañarse y ladrarles a las olas, a las que estoy convencido de que veía como un enemigo que corría hacia él para atacarlo. Me di una ducha para quitarme el salitre que se me había quedado pegado a la piel y comprobé al salir si había tenido muchos *me gusta* en la última foto que había subido, acompañada de un poema sobre la incertidumbre que solo quien me conociera muy bien sabría interpretar. Comprobé la lista de quienes habían pulsado el *like* y... allí estaba. Seguro que ella lo había entendido.

Me puse un pantalón de pijama y me tiré en el sofá a ver una película en el ordenador. Guaje se hizo hueco entre mis piernas y compartimos un sándwich de pavo del que él se comió bastante más de la mitad. Mis poemas llevaban ya muchas semanas transcritos al ordenador, así que hacía tiempo que no veía el cuaderno negro. Mis ojos recalaron en él al alcanzar un botellín de agua de la mesa esquinera que había junto al sofá. Al cogerlo, una hoja de papel que hacía meses que no veía cayó al suelo. Sabía lo que era, así que la rescaté antes de que Guaje la dejara inutilizada.

- Dejar de fumar y volver a hacer deporte.
- Volver a escribir.
- No refugiarme en el trabajo. Cuarenta horas semanales y no más.
- Marcharme de Madrid y no volver hasta que esté bien. Bien de verdad.
- Ada.

Acaricié las palabras escritas a lápiz en una tarde de dolor horrible en mi piso de Argüelles, sentado junto a mi madre, intentando encontrar la salida de una cueva que había derrumbado todo su peso sobre mí. Y las releí, reflexionando sobre lo que había conseguido y lo que no. Eso también lo había aprendido en el transcurso de aquellos meses, a reflexionar mis ideas con

calma y dejar que se asentaran, que maduraran, en lugar de querer solucionarlo todo con una premura que solo me generaba una ansiedad que lo empeoraba todo. Y las conclusiones a aquella lista, casi ocho meses después de escribirla, me dejaron muy satisfecho.

No había dejado de fumar del todo, pero lo estaba haciendo bastante bien. Aún me fumaba un cigarrillo alguna noche, sentado en la rampa del porche, con el agua mojándome los pies, un botellín de cerveza en la mano y Guaje pidiendo atención a mi lado. Pero cada vez eran más escasas esas noches.

Hacía deporte. El suficiente para estar algo en forma y para mantener alejada aquella ansiedad que, en cierto modo, siempre sería la compañera de viaje que aparecería cuando algo se me torciera.

Había vuelto a escribir. Por Dios, escribía sin parar. Si tuviera que hacer otra lista de propósitos en aquel momento, probablemente me plantearía incluir «dejar de escribir tanto».

Trabajaba lo justo y necesario. Había retomado el control de Translitere, mano a mano con Berta, dirigía las traducciones en inglés y me hacía cargo de algunas de alemán, principalmente para no perder el contacto con el idioma, que había tenido bastante abandonado el último año.

Me había marchado de Madrid, en la que había resultado ser la decisión más afortunada de mi vida. Había huido de una situación en la que no me sentía a gusto en ningún lugar, para llegar a otra en la que tenía dos hogares. El de siempre, en Madrid, junto a mi gente de toda la vida, con el bullicio de la ciudad y cualquier comodidad al alcance de una llamada de teléfono. Y el otro, el que se me había metido dentro, con personas que se habían convertido en mis amigos pese a llevarme treinta años, que aún no habían conseguido entender muy bien qué hacía yo allí, pero que ya no preguntaban.

Solo quedaba un punto de esa lista.

Y no podía esperar más para sacarme de dentro la incertidumbre de si podría salir bien. Al día siguiente cumplía treinta y cinco años, y no se me ocurría una forma mejor de entrar en una cifra tan señalada que echarle valor.

Me levanté a por el ordenador como impulsado por un resorte. Eran más de las once de la noche, pero ni siquiera me molesté en encender la luz. Busqué en las mil carpetas en las que había dividido mis poemas y encontré el que buscaba.

*Volveré a por ti
A aquel lugar que fue solo nuestro
Entre carcajadas y entre las sábanas
Entre palabras y jadeos
Volveré a aquel lugar que fuimos nosotros
A escribir sobre tu piel historias que ya no sean imposibles
A convertirte en mi hogar, porque siempre lo has sido
A amarte
Porque nunca he dejado de hacerlo*

Me hice un selfi. Un puto selfi como aquellos que se hacía Cloe y de los que yo me descojonaba. Era la primera vez que daba la cara en aquella cuenta de Instagram; ni siquiera tenía una foto mía de imagen de perfil. Pero aquel día no estaba subiendo un poema para que algunos seguidores me dieran *me gusta*. Estaba enviando un mensaje rotundo. Por si no quedaba claro, añadí el texto «Volveré a por ti».

Respiré hondo un par de veces antes de atreverme a darle a «publicar». Y lo hice. Me pareció un momento perfecto para permitirme uno de aquellos cigarrillos ocasionales y salí a fumármelo al jardín delantero. Fue mi manera de coger fuerzas para embarcarme en una locura para la que unos meses antes jamás me habría considerado preparado. Tenía que reservar un vuelo a París. Y tenía que hacerlo cuanto antes.

Me senté delante del ordenador y abrí las páginas de las pocas compañías aéreas que operaban desde el aeropuerto de Asturias. La opción más económica era hacer escala en Madrid, pero quería llegar a París cuanto antes. A la mañana siguiente, si era posible. El vuelo costaba un ojo de la cara, pero me la sudó. Le envié un mensaje a Cloe para ponerla al tanto de mi locura de plan, para pedirle la dirección del apartamento de Ada y para suplicarle que me guardara el secreto hasta que me encontrara con su hermana.

Estaba ya introduciendo mis datos en la página de reserva cuando en el astillero empezó a sonar *Girl, You'll Be a Woman Soon*, y estuve a punto de ignorarlo, pero aquella era la melodía que le había asignado unas semanas antes a Cloe, porque me recordaba irremediabilmente a ella esa canción, y me levanté a responder.

—¿Hugo? —Su voz tenía un deje de alarma que no me gustó.

—¿Qué pasa, Cloe?

—¿Me estás diciendo en serio que, después de tantos putos meses, justo

ahora has decidido irte a París?

—Cloe, yo... ¡Sí! No sé ni cómo he podido esperar tanto, no sé cómo... — me emocioné, pero ella me cortó con tanta brusquedad que casi me deja sin respiración.

—Hugo, en serio, ¿vas a ir a buscar a Ada?

—Pues... sí. Estaba... estaba reservando el vuelo justo cuando me has llamado —balbuceé, porque no entendía nada.

—No lo hagas, por favor.

—Cloe, ¿qué pasa?

—Que no lo hagas, joder —bufó.

—Oye, yo... no voy a hacer nada malo, ¿vale? Hostias, Cloe, ni siquiera sé qué piensas de mí en este momento, pero... no voy a agobiarla ni a presionarla ni nada. Solo quiero verla y decirle que... que estoy bien. Creo que ella se alegrará por ello.

—Pero no es el momento, Hugo. Justo ahora no, por favor.

—¿Está con alguien? —le pregunté, de una forma algo cortante, porque me estaban volviendo loco las cosas que me decía Cloe y porque esa era la única opción que barajaba.

—Hugo, ahora no puedo hablar...

—No me jodas, Cloe.

—En serio, tengo que colgar. Solo te pido por favor que no te precipites. Habrá tiempo y estoy segura de que todo saldrá bien, pero no vayas ahora a París. Confía en mí.

Colgó, dejando solo el rastro de un jarro gigante de agua fría derramándose sobre mí. Sobre mis ilusiones y mis esperanzas. No tenía ni idea de qué estaba ocurriendo y la única persona que parecía conocer la explicación no tenía intención de darme una puta pista.

Cerré todas las páginas del navegador, apagué el ordenador y me metí en la cama. Enfurruñado y con un libro del que no fui capaz de leer ni una página. Dormí mal y a ratos, porque la preocupación me consumía y, aunque no dudaba de mi resolución de seguir adelante con o sin Ada a mi lado..., joder, la quería.

Ella no tenía ni idea de cuánto la quería. Y yo tampoco la tenía de si ella me seguía queriendo a mí o no.

Todo apuntaba a que aquel sería un cumpleaños de mierda.

I'll make you happy

*Volveré a por ti
A aquel lugar que fue solo nuestro
Entre carcajadas y entre las sábanas
Entre palabras y jadeos
Volveré a aquel lugar que fuimos nosotros
A escribir sobre tu piel historias que ya no sean imposibles
A convertirte en mi hogar, porque siempre lo has sido
A amarte
Porque nunca he dejado de hacerlo*

Volvió a por mí, aunque fuera a distancia. Volvió a por mí con sus palabras, con aquella sonrisa que incluso en una foto y a través de los filtros supe que era sincera. Que era la suya, la de verdad, la que tantas veces deseé que nunca se hubiera perdido. Lo sentí tan cerca que casi me pareció que me cogía de la mano, que caminábamos por senderos que convergían y que al fin era nuestro momento. Puede que incluso abrazara un poco el móvil mientras susurraba unas palabras que sentí que llegaban a sus oídos, aunque fuera imposible. Nosotros sabíamos que casi nada lo era.

—Te quiero, Hugo.

Se me escapó una lágrima y me di cuenta de que me había estado comportando como una imbécil. Como una cobarde. ¿En serio pensaba que sería suficiente con una llamada de felicitación de cumpleaños al día siguiente? ¿A eso pensaba reducir un momento tan increíble como el reencuentro entre Hugo y yo? Por supuesto que no.

Sentí que, a través de aquellas palabras en las que Hugo había volcado sus sentimientos, volvíamos a ser nosotros, un *nosotros* que al fin sería factible. Y eso se merecía una buena celebración, una para la que solo necesité dos cosas: una copa de vino y un billete de avión. Me levanté de la cama en la que ya me

había echado con la idea de dormir y me quedé unos segundos de pie, frente a los cristales, observando un París al que sentía que le estaba diciendo adiós. Pero no me abandoné demasiado a la nostalgia. Cogí mi ordenador portátil, entré en la web de una compañía aérea y me gasté una cantidad obscena de dinero en comprar el último billete disponible en un vuelo entre París y Asturias a primera hora de la mañana siguiente.

Llamé a Cloe cerca de la medianoche. Ni siquiera me había dado cuenta de que era tan tarde y de que mi hermana madrugaba muchísimo desde que estaba embarcada en su nuevo proyecto, pero me dio igual asustarla, quizá porque yo estaba tan muerta de miedo que necesitaba solidaridad.

—Acabo de comprar un vuelo a Asturias. —Ni «hola» le dije, pero no pareció importarle.

—Joder.

—Me voy, Cloe. Tengo que estar en el Charles de Gaulle en cuatro horas, me voy a primerísima hora.

—Vale, cálmate. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha llamado?

—¡No! No sé nada de él. Pero... ¿has entrado en su Instagram?

—No. He tenido un día agotador y me he metido en la cama sin mirar el móvil siquiera. Hasta que me has llamado y me has despertado, claro.

—Pues acaba de subir un poema... Un poema como que daba a entender que...

—¿Que te tienes que ir a Asturias con urgencia?

—Que tengo que verlo. Que *necesito* verlo.

—¡Aleluya! Ya pensaba que ninguno de los dos iba a decidirse.

—¿No crees...? ¿No crees que debería ser él el que diera el primer paso? Él es el que sabrá cómo está, si está preparado...

—Ada. Coge ese avión. Ya.

Le hice caso. Había aprendido a hacérselo siempre.

Y, cuando apenas había amanecido a la mañana siguiente, veía París perdiéndose en la distancia mientras el nudo en el estómago se iba apretando más, porque los nervios por si aquello salía mal hicieron acto de presencia en cuanto la euforia de los preparativos me abandonó y no había conseguido sacármelos de encima. Ni siquiera había logrado dormir ni un segundo. No me calmaría hasta que lo tuviera delante.

* * *

Era un camino de tierra del que no se veía el final. Hacía unos quinientos metros que había abandonado las calles asfaltadas y cada saltito del coche de alquiler sobre aquellos guijarros se acompañaba con los que daba mi corazón dentro del pecho.

Me había vuelto loca.

En mi coche de alquiler sonaba *Be My Baby*, de Vanessa Paradis, una canción que siempre me había recordado a París. Quizá era mi manera de decirle adiós a la ciudad que me había devuelto mi verdadero yo, ese que necesitaba para volver a Hugo.

Cloe me había mandado unas doce notas de voz por WhatsApp explicándome cómo llegar a aquel lugar que no dejaba de repetir que echaba tanto de menos. Había conseguido orientarme al salir del aeropuerto, llegar a Trevijo y dar con la pista de tierra que conducía al astillero. Lo había visto en fotos y se me había quedado grabado en la mente su color azul empolvado.

Lo divisé en la distancia. Era una construcción alta, de aspecto industrial, rodeada de césped y con un par de árboles flanqueando su entrada. Reduje la velocidad, en parte porque el estado del camino empeoraba por momentos, pero sobre todo porque quería prolongar ese instante. El de la esperanza, el de soñar que todo saldría bien.

Un perro pequeño, al que reconocí como Guaje por las mil descripciones que mi hermana me había dado de él, me salió al encuentro enarbolando ladridos algo afónicos. Supuse que eso alertaría a Hugo de mi presencia, y los nervios me subieron por el pecho hasta amenazar con dejarme sin habla.

Escuché la verja metálica de la entrada abriéndose con un chillido agudo. Me bajé del coche. Lo miré y supe que había acertado en mi decisión de ir a su encuentro. Aunque al final saliera mal, aunque no fuera nuestro momento. Ya casi —*casi*— me daba igual. Éramos nosotros y, aunque no funcionara, nos merecíamos al menos una despedida más dulce que aquella que habíamos tenido en su piso de Madrid.

Reconocí en sus ojos el momento exacto en que entendió que era yo quien estaba allí. Que estábamos el uno frente al otro, después de nueve meses, después de una vida entera, jugándonos todo a una carta.

—Ada...

Se le escapó mi nombre en un susurro. Yo no fui capaz de decir el suyo. Los sentimientos se me anudaron a las cuerdas vocales y supe que, si intentaba hablar, quizá acabara llorando. Y no era esa la forma en que quería que empezara aquel día.

—Joder, Ada... Eres tú.

Se acercó a mí y me abrazó. Ni siquiera me pidió permiso con la mirada ni dudó de que yo haría lo que hice: lanzarme a sus brazos, dejarme arropar en su pecho y sentir que había vuelto a casa.

—Cloe... Dios, Cloe me prohibió ir a París, me...

—¿Qué? —logré articular.

—Iba... Iba a comprar un vuelo anoche. Y ella me llamó y me lo prohibió. Joder, creí... Ni te imaginas todas las cosas que se me han pasado por la cabeza.

—Parece que yo me había adelantado. —Esbocé una pequeña sonrisa, aunque aún notaba los músculos de mi cara algo tensos.

—Siempre lo has hecho.

Entramos en la casa en silencio. No sé si era su caso, pero yo sentía que tenía miles de palabras dentro pugnando por salir, pero que ninguna era suficiente para expresar lo que la ocasión merecía. Pero los silencios entre Hugo y yo nunca habían sido un problema. Y su mano rozando la mía le restó cualquier peso incómodo al momento. Era como si lleváramos cogidos de la mano incluso los meses en que necesitamos soltarnos para volver a vivir.

—Y... esta es mi casa.

—Sí.

—Supongo que habrás oído hablar de ella.

—Por momentos, más de lo que desearía —bromeé.

—Puedo imaginarlo.

Me enseñó con mimo cada rincón de aquel lugar maravilloso del que tardé unos tres segundos en enamorarme. Era la casa de Hugo y la había diseñado Cloe; solo esos dos ingredientes ya eran suficientes para saber de antemano que iba a encantarme. Sonreí al ver su mesa de escritorio repleta de papeles, algunos en blanco, otros escritos hasta el último margen, unos cuantos convertidos en una bola arrugada. Una polea industrial gigante colgaba del centro del astillero; una especie de guirnalda de luces estaba enrollada en los gruesos eslabones de la cadena de la que pendía y esa iluminación llenaba todo de calidez. Y aquella cama preciosa que sabía que había compartido

durante meses con Cloe, como esos dos hermanos que se habían descubierto pasados los treinta y que habían sido terapia uno para el otro. Y el porche acristalado por el que el agua de la ría parecía darme la bienvenida a algo que olía a hogar. Y aquellas fotos que colgaban de la biblioteca, el espacio favorito de Cloe, en las que mis ojos vieron caras, pero mi corazón solo distinguió el amor que Hugo había sido capaz de dar.

—¿Te gusta?

—Es increíble.

—Tu hermana hace magia.

—Eso ya lo sé. Pero esta casa tiene tu alma.

Me respondió con una sonrisa y el ambiente se cargó de intensidad. Incluso más de la que ya había en el aire. Hugo volvió a cogerme de la mano y nos condujo a ambos hasta el sofá. Era enorme, pero nos sentamos muy juntos. Hugo se levantó casi al momento de haberse sentado y volvió enseguida con una botella de vino blanco y dos copas. Me preguntó con la mirada si quería, y yo asentí, porque en aquel momento habría bebido hasta gasolina con tal de deshacerme del nudo que me ahogaba la garganta.

Hubo un silencio. Fue largo pero bonito. Fue muy nuestro, muy lleno de miradas y de sonrisas que se dejaban entrever con timidez.

—Gracias —me dijo, al fin, después de exhalar un suspiro trémulo.

—¿Por qué?

—Por marcharte. Nunca pensé que llegara el día en que te diría esto, pero lo he ido entendiendo a lo largo de estos meses.

—Me alegro. A veces dudé de si había hecho lo correcto.

—Pues no dudes más.

Me sonrió y, al fin, me atreví a mirarlo de verdad. A mirarlo viéndolo. Viendo al hombre del que me había enamorado tantas veces que ya perdía la cuenta. Quizá el amor verdadero consista en eso, en enamorarse de nuevo cada cierto tiempo.

Había un millón de razones que habían hecho que me enamorara de Hugo. Pero, no nos engañemos, lo primero que se me había colado dentro al conocerlo, cuando aún era una universitaria sin la menor idea de qué le depararía aquel futuro con el que soñaba tanto, era su físico. Y también fue eso lo primero en lo que me fijé aquella mañana. Hugo estaba soberbio. Vestido con un pantalón vaquero algo raído en el que distinguí un par de manchas de pintura y una camiseta blanca que resaltaba su piel morena. No quedaba en él

ni rastro de aquel hombre de hombros hundidos y ojeras marcadas con el que me había reencontrado más de dos años atrás. En realidad, se parecía más al universitario descarado al que había conocido antes, aunque algunas canas se atrevieran ya a asomarse entre su pelo negro y unas arruguitas se le marcaran alrededor de los ojos al sonreír.

Sonreía. Hugo, *mi* Hugo, había vuelto a sonreír, y eso era tal motivo de celebración que se me contagió a mí también el gesto.

—Felicidades, por cierto —le dije, con algo de timidez.

—Gracias. —Me apartó un mechón de pelo que se me había escapado de la coleta que me había hecho durante el vuelo y el simple roce de sus dedos en mi oreja me hizo estremecer—. Nos hacemos viejos.

—Nos hacemos sabios.

—Supongo que sí.

Con Hugo había tenido tres primeros besos. Tres. El primer *primer* beso había sido precipitado, con esas prisas por llegar a una cama cuanto antes que aportan los veintipocos y las hormonas. Pero lo recordaba. Había sido en el césped que había delante de nuestra facultad, con mucha lengua y nada que lo diferenciara de los muchos que nos habíamos dado con otras personas desde la adolescencia. Lo que nos haría especiales se cocería a fuego lento con los meses, pero en aquel momento aún no lo sabíamos.

El segundo primer beso con Hugo había sido perfecto. Especial y electrizante. Lo habíamos ido degustando incluso antes de que llegara, durante todos aquellos meses en que aún queríamos negar lo que sentíamos, cuando todavía luchábamos contra unas normas que no habíamos escrito nosotros. Había sido en el portal de mi casa de Chueca, conmigo recostada contra la piedra de la fachada y Hugo acercándose tan lentamente que había convertido el momento en delicioso. Puede que aquel fuera el mejor primer beso de la historia, aunque en realidad fuera el segundo.

El tercer primer beso había estado lleno de dolor. Del dolor de Hugo después de la muerte de Paula. Del dolor que le provocaba quererme como lo hacía. Me había besado con ganas, con lujuria, en aquel piso de Argüelles que había visto sus peores momentos. Había sido casi un beso de despedida.

Y el cuarto llegó en aquel astillero maravilloso que se había convertido en su hogar, en su refugio, en su curación. Hugo se acercó despacio, sin apartar sus increíbles ojos verdes de los míos, y yo tuve que cerrarlos porque la intensidad me arrollaba. Sentí el tacto de su boca sobre la mía. Tan suave, tan

delicado. Con su lengua saliendo tímida y adentrándose con seguridad en cuanto mi cuerpo respondió por puro instinto, porque mi razón estaba anulada. Fue breve. No necesitábamos más, no en aquel momento.

—Creo que no sabía cuánto había echado esto de menos —susurró en mi oído, y yo fui capaz al fin de abrir de nuevo los ojos para mirarlo. Nunca me cansaría de hacerlo.

—Ya.

—Estás muy callada esta mañana —se burló, aunque había un deje serio en sus palabras.

—Tengo tantas cosas que decir que no sé por dónde empezar.

—Si quieres, empiezo yo.

—Vale.

—Ada, yo... He tardado mucho tiempo en darme cuenta de lo destrozado que estaba. Supongo que todos lo veáis menos yo. Mi madre, Berta, Cloe, tú... Pero yo me levantaba por las mañanas y respiraba, y en aquel momento eso era suficiente para mí. Llevaba tantos años anestesiado, sin permitirme sentir nada, que no era consciente de que estaba en el puto abismo.

—¿Y ahora?

—Ahora han pasado meses. Hace menos de un año que Paula... que Paula murió, pero, de alguna manera, me parece que hace muchísimo más tiempo.

—Es que...

—Sí, lo sé. Es que hace muchísimo más tiempo. Hace cuatro años. Cuando empecé a encontrarme mejor, hubo momentos en que me sentía culpable por no sentirla cerca, pero, al mismo tiempo, sí la sentía. Ha sido un camino difícil, pero creo que lo he hecho bastante bien.

—¿Estás bien? —pregunté con prudencia, sin elaborar más mis palabras, porque me daba auténtico pavor la respuesta.

—Ada... Estoy muy bien, joder.

Y, entonces sí, me eché a llorar.

—Perdona.

—No me pidas perdón por sentir.

—Es que... Es que no tienes ni idea de cuánto he deseado oír esa frase.

—Creo que sí la tengo.

Nos quedamos abrazados en el sofá. Supongo que, si alguien nos viera desde fuera, le pareceríamos una pareja normal, abrazados tal vez después de hacer el amor o tras una jornada laboral difícil. Después de años soñando con

ser eso, *normales*, éramos capaces de parecerlo en el momento más decisivo de nuestra relación. Llegué a preguntarme si siempre sería todo tan loco entre él y yo.

—¿Cómo va a ser? —se atrevió a preguntar. Alguien tenía que sacar el tema, alguien tenía que ser valiente, y yo había agotado toda mi reserva de valor en la decisión de marcharme a Asturias a ciegas.

—Tú... ¿Tú qué quieres hacer con tu vida?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero. —Le sonreí.

—Quiero volver a Translitere. Ya he vuelto, de hecho, pero solo como traductor. El siguiente paso es ponerme al frente del negocio de verdad, como no he hecho en todos estos años. Descargar un poco a Berta de responsabilidades.

—Sí que te va a dejar, sí. —Nos reímos.

—Bueno, lo que me deje. Supongo que será un *fifty-fifty*, porque justo en este momento tampoco quiero algo que me ate a Madrid de forma permanente.

—¿Quieres seguir viviendo aquí?

—Sí y no. Supongo que lo que me gustaría es vivir entre esto y Madrid. Quizá los inviernos en Madrid y los veranos aquí.

—¿Y la primavera y el otoño? —le pregunté, bromeando un poco, porque parecía tener todo planeado, y me encantaba que hubiera recuperado esa seguridad que las circunstancias le habían robado en el pasado.

—Háblame de ti. ¿Qué tienes tú en mente?

—No tengo ni la menor idea. Mi trabajo actual en París está bien, pero no es el trabajo de mi vida. Ni mucho menos, vaya.

—¿Tienes ya en la cabeza el siguiente destino? —me preguntó, con lo que parecía una sonrisa triste, pero que era en realidad un gigantesco signo de interrogación.

—Hugo, por favor... —Puse los ojos en blanco—. Creo que deberíamos dejarnos de eufemismos y hacernos la verdadera pregunta.

—¿Y cuál es?

—¿De verdad no lo sabes? —Le cogí la mano y reuní coraje—. ¿Será juntos?

—Si tú... Si tú quieres, sin ninguna duda.

—Yo quiero.

—Entonces... creo que es el momento de empezar a planear el resto de

nuestras vidas.

No lo hicimos. No en aquel momento. Había demasiada pasión contenida, y la confirmación de que, al fin, había llegado nuestro momento la desbordó. Esa vez fui yo quien lo besó a él. Y nos perdimos en una vorágine de labios, manos y sentimientos que duró una eternidad y un minuto al mismo tiempo.

—Llévame a la cama.

Podría decir que se me escapó, pero no sería verdad. Lo cierto es que, desde el momento en que desnudamos nuestras almas, los cuerpos ya solo pudieron seguirlas. Hugo me condujo en silencio hasta su cama y nos quedamos un momento uno frente al otro, solo mirándonos, disfrutándonos. Sé que por la mente de ambos pasaron millones de recuerdos, condensados en segundos.

—Eres preciosa.

—Tú tampoco estás mal. —Sonreí.

—No tienes ni la menor idea de lo enamorado que estoy de ti.

—Hugo... Nunca... nunca he podido olvidarte.

—Ya lo sé.

Me sonrió de medio lado, con un gesto que me calentó de la cabeza a los pies. Siempre habíamos sido así, siempre habíamos tenido una capacidad innata para pasar de la ternura, del amor más puro, a la pasión desatada. Quizá todo era lo mismo, sin más.

Hugo tiró hacia arriba de la camiseta negra que me había puesto aquella mañana con prisas, sin pararme demasiado a elegirla. En un movimiento rápido, hizo lo mismo con la suya, y el sujetador no duró demasiado en su sitio tampoco. Nos abrazamos, su pecho contra el mío, febriles los dos. Él desabrochó mis vaqueros y yo los suyos y, cuando estuvimos desnudos, se nos escapó una sonrisa tímida, sonrojada. Casi como si fuera la primera vez.

—He deseado tanto esto. —Acerqué mi mano a su sexo, que se erguía expectante, y sentí su estremecimiento en cada centímetro cuadrado de mi piel —. Lo he deseado cada día.

—Y cada noche.

Me besó con tanta pasión que caímos sobre la cama con las piernas enredadas y nuestros cuerpos fundiéndose en uno solo. Hugo se arrodilló mientras yo me quedaba tumbada boca arriba, observándolo asombrada. Me besó los pies, despacio, con mimo. Lamió la cicatriz que recorría mi pierna izquierda e intercambiamos una mirada que nos llevó al recuerdo de una tarde,

casi doce años atrás, cuando le conté la historia de mi escapada a Madrid a los quince años, y cómo aquella marca que ya casi no se percibía había sido para mí el recordatorio de cómo quería vivir. Y sabía que él jamás me lo impediría. Quizá por eso también sabía que él sería el único que podría tener un lugar permanente en mi vida. Ya lo tenía, hacía años.

Subió hasta mi boca besando mi piel, toda mi piel. Sus manos se perdieron entre mis piernas, y solo entonces los nervios desaparecieron por completo. Se perdieron en la devoción que sentíamos el uno por el otro, en la seguridad de que al fin habíamos llegado a un lugar que no era el final de un arduo camino sino el principio de todo lo bueno que estaba por venir, en querernos como lo hacíamos, como siempre lo habíamos hecho, como siempre lo haríamos.

Hicimos el amor despacio y, cuando lo tuve dentro de mí, supe que estaba en casa. Que Hugo era mi casa, daba igual en qué lugar del mundo estuviera e incluso si lo tenía a mi lado o no. Siempre sería mi hogar.

Nos corrimos en un gemido compartido, en unos jadeos que tardaron minutos en apagarse. Nos refugiamos en los brazos del otro, entre unas sábanas tan blancas que parecían desprender luz. Nos quedamos dormidos, yo porque llevaba algo así como dos días despierta, y él porque me confesó que no había dormido demasiado bien esa noche.

—Eres el mejor regalo de cumpleaños que he tenido jamás.

Nos reímos, y el sonido de esas carcajadas de Hugo que llevaban tanto tiempo haciéndose de rogar fueron lo último que escuché antes de caer en un sueño plácido del que no desperté hasta que el atardecer caía ya sobre aquella ría preciosa que se divisaba desde los enormes ventanales del astillero.

Hugo trasteaba por la casa, con Guaje pegado a sus pies, y me permití un rato de distracción observándolo. Tan guapo, tan seguro de sí mismo, tan dueño del espacio. Cloe me había repetido mil veces que aquel era su hogar, pero necesité verlo de primera mano para entender a qué se refería. Lo vi perderse en la zona donde se situaba la cocina, y me llegó un olor a mantequilla y queso fundido que me devolvió el recuerdo de París a la mente. Me despedí mentalmente de la que había sido mi ciudad en tantas épocas diferentes de mi vida, porque ya sabía entonces que no regresaría. No para siempre. Solo me imaginaba atándome a un «para siempre», y no tenía nada que ver con una ciudad.

—He preparado unos sándwiches. No tengo la nevera demasiado llena —se

disculpó con una sonrisa y comimos en la cama, desnudos, sintiéndonos en casa—. ¿Estás bien? ¿Has descansado?

—Estoy mejor que nunca.

Nos dimos una ducha y yo tuve que confesarle que no había traído ropa para cambiarme. En la precipitación con la que había salido de mi apartamento de París, ni me había llevado una maleta; ni siquiera me había despedido de Craig ni lo había avisado de mi huida.

—Por cierto —carraspeé—, tengo vuelo de vuelta para mañana.

—Lo sé. Has dejado el billete en la mesita de la entrada.

—No sé... No sé cuánto tardaré en cerrar todos mis asuntos allí, pero intentaré regresar a Madrid cuanto antes. O aquí, vaya, lo que decidamos.

—¿Tú qué prefieres?

—Por Madrid quiero pasarme a ver a Cloe, pero nos quedaremos aquí hasta que estés preparado para volver.

—Ya estoy preparado para volver, pero creo que pasar aquí el verano es bastante tentador.

—Pues sí. —Suspiré y me abracé a él—. Te echaré de menos. Mucho. Odio tener que despedirme de ti justo ahora.

—Entonces supongo que te alegrará saber que he comprado un billete para mañana y que me voy contigo a París.

Lo dijo como si fuera un detalle sin importancia, pero, en cuanto asimilé sus palabras, corrí a abrazarlo. No se me ocurría una forma mejor de despedirme de París que recorriendo la ciudad de su mano, como soñaba hacer en aquella época agónica en que caminaba por mis lugares favoritos con él al otro lado del teléfono.

—Tengo algo para ti. —Su gesto se volvió serio, pero yo aún estaba demasiado emocionada para darme cuenta.

—Es tu cumpleaños, debería ser yo quien te diera algo.

—Tú ya me has hecho el mejor regalo del mundo. Pero esto... no es exactamente un regalo. Si no quieres... si no lo quieres, lo entenderé.

Y, entonces, me lo explicó. Me habló de cómo Paula había dedicado horas a dejarle grabaciones a él, pero también a su hermana y a otra gente a la que quería. Sus palabras me fueron dejando un poso de dolor, uno con el que él ya había aprendido a vivir, pero que para mí aún representaba el capítulo más duro de mi vida.

—Cristina vino un día a casa y me dio esto. Lo he guardado para ti todos

estos meses. Pero es decisión tuya escucharla o no.

—Déjame sola.

No dudé. Me daba pánico lo que fuera a escuchar y cómo me afectaría, pero sabía que para Hugo era importante que lo hiciera y, en el fondo, para mí también lo era. Hugo me acercó su portátil, unos auriculares y un *pen drive*. Lo preparé todo y respiré hondo un par de veces antes de atreverme a pulsar *play*.

«Hola...

Soy Paula, aunque supongo que eso ya lo sabrás. Yo no sé quién eres tú, ni cuándo has llegado ni... no sé casi nada, en realidad. Solo lo más importante: que, si esta grabación ha llegado a ti, es porque eres especial. Porque Hugo te quiere.

Duele. No voy a mentirte. Duele pensar que habrá un día en que Hugo te quiera a ti y no a mí. O quizá nos quiera a las dos, pero de formas diferentes. Da igual. Lo que es un hecho es que yo ya soy su pasado y espero que tú seas su presente y su futuro.

Sí, lo espero, de verdad. Esta enfermedad me ha robado muchas cosas, demasiadas, pero no me ha hecho tan egoísta como para querer que Hugo se pase el resto de su vida llorándome. Así que saber que hay alguien escuchando esto a mí ya me hace feliz. Por él, porque significará que ha sabido buscar el camino para salir adelante. Y por ti, porque lo habrás encontrado.

No voy a ser tan siniestra como para darte consejos sobre mi marido, que quizá algún día sea el tuyo. Ya es todo suficientemente raro sin que lo haga, ¿verdad? Solo quiero pedirte que lo entiendas, aunque a veces resulte duro. Lo que hemos sufrido en todos estos años es difícil de comprender y, aunque me encantaría equivocarme, supongo que alguna vez se perderá en la nostalgia, dudará, tendrá remordimientos... Odio ser yo la causa de su dolor; haber sido tristeza durante mucho más tiempo del que fui felicidad.

Pero quédate a su lado. Dale espacio... y luego quítaselo. No lo odies si me recuerda. Y no dejes que se sienta culpable si me olvida.

No quería darte consejos y, al final, tengo la sensación de que solo he hecho eso. Espero que sepas perdonarme.

Y, ahora, apaga esta grabación, vete junto a él... y quiérela. Quereos. Estoy segura, aun sin conocerte, de que es lo que os merecéis».

Fue duro. El primer golpe llegó con aquella voz artificial que me costaba identificar con la mujer a la que había visto una única vez, una tarde de Reyes de lo que me parecían mil años atrás. Y sus palabras... sus palabras me

dejaron un hueco dentro que no sabía cómo podría llenar. Lo haría con amor, con el amor de Hugo que ella me pedía que le devolviera en la misma medida. Con comprensión, cuando a él le pesaran los recuerdos y necesitara refugiarse en alguien; le respondí mentalmente que lo peor había pasado y que habíamos aprendido lo suficiente como para saber que, si el dolor regresaba, sabríamos hacerle frente juntos. Fueron dos minutos de grabación, tres como máximo; y tenía claro que no lo escucharía de nuevo. Casi tanto como que jamás olvidaría sus palabras, todas y cada una de ellas. Lo que significaban. Y lo que significaba que Hugo me las hubiera regalado a mí.

Tardé unos minutos en reponerme y salí de la cama para buscarlo. Lo encontré sentado en el murete de piedra que flanqueaba la rampa que daba a la ría. El agua subía y bajaba con suavidad por aquella superficie de hormigón, y Hugo tenía la mirada perdida en su movimiento. Me acerqué a él y lo abracé por la espalda.

—Deberías dejarlo —le susurré, señalando el cigarrillo que sostenía entre sus dedos.

—En realidad, lo he hecho. Me permito un máximo de uno al día, y la mayoría de las veces ni siquiera me lo fumo.

—Me alegro mucho. Yo también resisto.

—¿Cómo estás? —Se dio la vuelta y me miró fijamente.

—Bien... Impresionada. ¿Tú?

—Bien. —Me sonrió. Y era una sonrisa algo triste pero también sincera—. Llevo meses guardando esa grabación para ti. Si no era para ti... no sería para nadie.

—¿No la has escuchado?

—No. Ni quiero hacerlo. Ni que me lo cuentes. Por muy raro que suene esto... para mí, es algo entre vosotras dos.

—Entiendo.

Y sí, lo entendía. De una extraña manera, como él había dicho, pero... lo entendía.

—¿Sabes qué? Le he dicho adiós. Le he dicho hasta luego, hasta siempre... hasta algún día. Algo así. No sé explicarlo bien, pero sí sé que le he dicho el adiós que necesitaba para retomar mi vida.

—¿Y qué...? ¿Qué lugar ocupo yo en eso? —le pregunté.

—Tú ocupas todo el lugar. No hay lugar para nada que no seas tú.

No es que necesitara esa respuesta, pero... fue bonito oírla. Hugo se levantó,

me besó y corrió al dormitorio a ponerse ropa de abrigo.

—¿Has traído algo más que eso? —me preguntó—. De ropa, digo.

—La verdad es que no. —Me reí, un poco avergonzada por la premura con la que había escapado de París—. ¿Por qué?

—Quiero llevarte a un sitio, pero aquí refresca por las noches. —Se acercó a su armario, que era gigantesco y se parecía más al sueño de la vida de Cloe que a lo que habría imaginado de Hugo, y me tiró un jersey—. Ponte esto.

Era un suéter de lana tejido a rombos, un poco grueso, de color gris claro. Me metí en él sin darme cuenta de que aspiraba su olor, que no era a perfume, sino a una mezcla de suavizante para la ropa y gel de ducha; un aroma que, por muy común que fuera, podría haber distinguido como propio de Hugo en cualquier lugar del mundo.

—¿Esta es la supuesta moto de mi hermana? —Me carcajeé al seguir a Hugo hasta la cochera y reparar en un Vespino destartado de color azul.

—Esa es. Tendrías que verla, subida a ese cacharro como una temeraria.

—Me muero por hacerlo, créeme. De todas las cosas que jamás me imaginé que haría mi hermana, acabar subida a una moto ocupaba uno de los primeros lugares.

—Pero supongo que tú prefieres montarte en la CBR, ¿no? —Me guiñó un ojo y se me escapó una sonrisa tontorróna.

—Pues claro.

—¿A dónde vas a llevarme?

—Ya lo verás.

Hugo condujo despacio por algunas carreteras secundarias, estrechas y oscuras. Yo me pegué a su espalda y cerré los ojos por momentos, solo para sentir aquella sensación conocida de confianza, de cercanía. Llegamos en poco más de quince minutos a un sendero pedregoso y mal iluminado, y Hugo detuvo la moto a un lado de la carretera, junto a unos árboles que apenas dejaban ver el paisaje. Me bajé, algo agarrotada, porque no estaba muy acostumbrada a montar en una moto deportiva, aunque hubo un tiempo en que era lo que más me había gustado del mundo.

—Este lugar... Tú has viajado mucho más que yo, así que quizá esto no te impresione tanto como a mí. —Apoyó su casco y el que yo le había tomado prestado a mi hermana en el suelo, y me cogió las manos. La noche era cálida, aunque se notaba una brisita fresca que me revolvía el pelo—. Lo descubrí a los pocos días de llegar a Treviño, en una escapada en moto.

—¿Cómo se llama?

—Es la playa del Silencio.

—Ya solo el nombre me gusta.

—Desde que vi este sitio, decidí que no bajaría si no era contigo.

—Hugo...

—¿Vamos?

Me cogió de la mano y descendimos por la parte del camino que ya no era accesible a los coches. Hugo me contó que odiaba que en verano todo aquello se llenara de turistas. Me explicó el encanto que le encontraba a cada estación en Asturias; cómo el verano le gustaba porque era suave, nada que ver con el horno en que se convertía Madrid, pero que el invierno tenía la magia de que la zona estuviera casi desierta. Tardamos unos minutos en llegar a la arena y, cuando estuvimos allí, la belleza del entorno me sobrecogió.

La playa tenía forma de herradura y estaba rodeada de acantilados altísimos, que hacían que estar allí abajo diera la sensación de aislarse del mundo. El verde que cubría las rocas, en vertical, se fundía con el azul oscuro, casi negro aquella noche, de un mar que rompía con fuerza contra los farallones que se elevaban hacia la luna. Sí, Hugo tenía razón, yo había viajado a los lugares más increíbles del mundo, pero jamás me había encontrado con una belleza tan sobrecogedora como la que me rodeó en aquella playa.

—Esto es lo más bonito que he visto en toda mi vida.

—Opino lo mismo —me respondió, sin dejar de mirarme, con tanta intensidad que tuve que apartar la mirada.

—Te quiero, Hugo. Te quiero muchísimo.

Nos besamos. Nos besamos como si lleváramos una eternidad sin hacerlo. Como si no tuviéramos toda la eternidad para hacerlo. Nuestros dientes chocaron cuando la ternura dio paso a la pasión, a aquella pulsión que siempre habíamos tenido y que nos desbordaba. Las manos de Hugo volaron por mi cuerpo, las mías por el suyo, y pronto la mayoría de nuestra ropa quedó medio enterrada en la arena. Volví la mirada para comprobar si había alguien en los alrededores; sería un momento realmente horrible para que a otra pareja enamorada se le ocurriera la misma idea que a nosotros.

—¿Lo has hecho alguna vez en una playa? —me preguntó Hugo, con una sonrisa de medio lado y aquel tono de impostado seductor que tan bien había

conocido en los meses de la universidad. Me encantaba saber que había recuperado todo aquel punto sensual que me hacía perder la cabeza.

—No preguntes cosas de las que no quieres conocer la respuesta.

—Oh, joder. —Se carcajeó. Y, a continuación, me arrancó las bragas no sé ni cómo, porque él era así, nosotros éramos así. Pasábamos de las palabras dulces a devorarnos sin una mínima transición—. Tócame. Fóllame.

—Tú mandas.

Lo empujé hasta que cayó sobre la arena y me apresuré a tumbarme encima de él. Hinqué mis rodillas en el suelo y le quité la poca ropa que le quedaba. Nos besamos con todo el cuerpo, con toda el alma. Recorrí con mi lengua cada rincón de su anatomía y la suya se ensañó con mis pezones. Sentí unos dientes que me dejarían marca y me gustó. La marea estaba subiendo y las olas pronto lamieron nuestros pies. Se nos puso la piel de gallina, y el contraste entre el frío y el calor hizo que lo sintiéramos todo de una manera tan intensa que acabó de espolearnos. Me senté sobre su erección sin pensarlo demasiado; necesitaba tenerlo dentro. Lo necesitaba tanto que no habría podido esperar ni un segundo más. Empecé a moverme y lo sentí. Hacía mucho tiempo que no lo sentía. El poder, la fuerza, el mando. A Hugo y a mí siempre nos había gustado jugar fuerte y también nos gustaba alternar el control. Él sacudió la cabeza, serio y en un movimiento rápido me colocó bajo su cuerpo.

—Ahora me toca a mí.

Pero... me tocó a mí. Me tocó sentir sus embestidas fuertes, sus manos aferradas a mis hombros, su sexo hundiéndose en el mío cada vez más profundo. Ya ni siquiera percibía el frío del agua, que cada vez nos alcanzaba con más fuerza; solo sentía un calor líquido ascendiendo por mis muslos, colándose en mi respiración. Y mis jadeos ahogados le anunciaron a Hugo que me iba a correr.

—Mírame.

Cuando mis ojos se perdieron en sus iris verdes, los dos estallamos en un gemido agónico. Sincero y profundo. Y, en la tranquilidad de los segundos que siguieron a nuestros orgasmos compartidos, entendí por qué aquel lugar se llamaba la playa del Silencio.

—¿Sabes, Ada? —Giré la cabeza y nuestras caras quedaron a milímetros de distancia—. Creo que podría pasar el resto de mi vida contigo.

—Mmmmm... Eso suena bastante prometedor. —Le di un beso breve—. De hecho, se parece bastante a lo que yo tenía en mente.

—¿Y sabes qué más tengo en mente?

Su sonrisa traviesa me pilló desprevenida. Y también sus brazos envolviéndome y su cuerpo desnudo aferrado al mío al caer a un mar que se me antojó helado.

—Te... te odio —le dije.

—Sí, creo que me lo he ganado. —Tiritó y se sacudió el agua del pelo con un gesto tan sensual que estuvo a punto de pasármelo el frío—. Joder, no tenía ni idea de que estaría tan helada.

—Larguémonos de aquí.

—No. Espera. Llevo meses deseando venir aquí para hacer esto.

Se acercó a mí y yo abracé sus caderas con mis piernas. Nos besamos. Nos besamos con todo lo que sentíamos. Nos besamos hasta que el frío fue un vago recuerdo. Nos dejamos en aquel beso el horror del pasado, los miedos, la incertidumbre, las dudas. Quedamos solo Hugo y yo, los que siempre debíamos haber sido, los que queríamos ser hasta el fin de los tiempos. La luna parecía iluminarnos solo a nosotros, la brisa movía las ramas de los árboles que poblaban los acantilados y el mar se agitaba en torno a nuestros cuerpos. Era el escenario perfecto. Y fue el beso más bonito de toda mi vida.

—Cuando he amanecido esta mañana en París... la idea de acabar así no era más que un sueño.

—Y eso que la sorpresa era para mí. —Me acarició la mejilla con el dorso de una mano y con la otra me guio hacia la orilla—. Pero te has equivocado en algo.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En que no hemos acabado así. Esto... es solo el principio.

Epílogo

Cinco años después

Cloe

Ada, Hugo... Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo para contároslo todo.

Sé exactamente a dónde iría. Y no es a un momento trascendental de mi historia vital, ni de la vuestra, sino a un día tonto de invierno en que matábamos las horas con un juego estúpido.

Hace... unos diecisiete años de aquello, mes arriba, mes abajo. Yo estaba en cuarto de Arquitectura y vosotros hacia el final de vuestras carreras en la Facultad de Filología. Debía de ser el mes de marzo, o quizá ya había empezado abril. Lo que sí recuerdo con precisión es que, aquel año, el frío se resistía a abandonar Madrid y no había ni rastro de una primavera que ya estábamos deseando recibir.

Era una tarde de viernes y yo veía llover a través de la ventana del salón. En otro momento me habría parecido una estampa encantadora, pero había llovido tanto en los meses anteriores que ya estaba harta. Además, me aburría. Luis acababa de empezar a trabajar en el primer estudio que lo contrató y ya no teníamos tanto tiempo para estar juntos. Habría estado bien que aquel detalle erosionara nuestra relación hasta hacer que tomáramos caminos diferentes; me habría ahorrado un buen sufrimiento diez años después.

Volvamos a aquella tarde. Acababa de comerme una ensalada con el morro torcido, porque siempre he sido más de beicon que de brécol, cuando escuché que se abría la puerta de casa y, a continuación, vuestras carcajadas avanzando por el pasillo. Os salí al encuentro, más que nada para que supierais que estaba en casa y que no empezarais a desnudaros en el medio del pasillo..., que no sería la primera vez que ocurría algo así.

Hugo y yo, como siempre, conspiramos para reírnos de ti, Ada; aquel día, por tus escasas habilidades para la cocina, mientras preparabas unos macarrones con queso. No nos hacían falta demasiadas excusas para vacilarte,

pero la cocina era terreno seguro. Os sentasteis a la mesa y yo os maldije por esos metabolismos que os permitían hincharos a hidratos de carbono sin tener que llorarlos luego toda la tarde, pero lo cierto es que acabé picoteando del plato de ambos hasta que me echasteis a manotazos.

Pasamos la tarde odiando el mal tiempo y distrayéndonos con juegos de mesa. Desplumamos a Hugo al póquer, perdí de forma humillante al Trivial y, cuando nos quedamos sin muchas más opciones, empezamos a divagar sobre la vida. Nos encantaba hacerlo, ¿os acordáis?, y el sonido de la lluvia golpeando los cristales del piso solo fue un telón de fondo que nos lo puso más fácil.

—¿Cómo os imagináis que será vuestra vida a los cuarenta? —os pregunté, después de protestar un rato porque, como siempre, me habíais convencido para que os dejara fumar en el salón—. Suponiendo que esa mierda no acabe con vosotros antes.

—¿A los cuarenta? —Pusiste cara de horror, Hugo. De auténtico espanto—. Seré viejo. No quiero pensar en ello. —Me encantaría volver atrás para decirte que aún estarías bastante bueno a los cuarenta, entre otras cosas.

—Mmmmm.. Pues yo me imagino viajando por el mundo, con mis cosas siempre metidas en una maleta, saltando de una ciudad a otra...

La frase quedó en suspenso en medio de la emoción. Se te iluminaron los ojos, Ada, como siempre que hablabas de aquellos planes de futuro que tan bien trazados tenías desde los quince años. Quizá si hubieras estado más atenta, habrías visto que los ojos de Hugo no brillaban tanto, que te miraba como si fueras el humo de aquel cigarrillo, imposible de coger con los dedos. Efímera.

Creo que en aquel momento yo ya sabía que os habíais enamorado, pero ni se me pasaba por la cabeza mencionároslo, porque estabais tan convencidos de que solo estabais viviendo la mejor aventura sexual de vuestras vidas que parecíais hasta convincentes.

—Y tú estarás casada con Luis, tendréis una casa en las afueras en la que cabrá dieciocho veces este apartamento, dos coches, tres niños y un perro. Conducirás un monovolumen rojo con sillitas en el asiento de atrás y serás la presidenta de la Asociación de Padres.

—Sí. Eso no suena nada mal.

Sonreí, convencida de que algo así me depararía la vida, segura de que aquella predicción de Hugo era la única vía posible a mi felicidad futura.

¿Entendéis por qué querría viajar a aquella tarde? Me quitaría aquella idea

de la cabeza a bofetadas. O no, mejor. Seguiría luchando por que me saliera bien, porque de verdad deseaba vivir eso con Luis, pero aprendería esa lección de vida que tanto me costó interiorizar cuando las cosas se torcieron: que hay muchos caminos hacia la felicidad y casi todos están dentro de nosotros.

A vosotros también os diría unas cuantas cosas. Os diría que se os estaba yendo de las manos. Que ya os queríais un poco y que acabaríais queriéndoos más de lo que sabríais gestionar. Si os contara de golpe todo lo que os depararía el futuro, probablemente os diera un infarto, o me echaríais a patadas del piso o yo qué sé.

Me habría sentido genial si pudiera predeciros el futuro. Y aconsejaros. Sobre todo a ti, Ada, a ver si así se te quitaba del todo ese rol de hermana mayor que siempre has tenido demasiado interiorizado. Aunque me encante. Siempre lo ha hecho. Pero yo podría haberme convertido en la gurú de las dos, la diosa de la sabiduría. Ay, os habría provocado una mezcla bastante guay de admiración y mal rollo.

Habría empezado por deciros que nunca me creí aquella mierda de los cuernos. Hugo, cielo, podrías haberte currado una excusa un poco más convincente para no tener que decir «estoy tan jodidamente enamorado de ti que te miento para no cortarte las alas». Joder, Hugo, qué bonito fue eso. Qué auténtico. Qué prueba tan flipante de que la conocías mejor de lo que todos pensábamos, incluyéndote a ti.

Ada te creyó. Lo creíste, hermanita, y siempre he pensado que lo hiciste solo porque era lo correcto. Porque no me imagino nada menos propio de ti que haber renunciado a todos tus sueños por alguien. Ni siquiera por el único tío del mundo que siempre ha merecido la pena.

Ojalá hubiera podido contaros lo que vendría después, en esos diez años que estuvisteis sin veros. A ti, Ada, sabría muy bien qué decirte: que lo hicieras todo exactamente igual. Que cambiaras más de país, ciudad y trabajo que de bragas. A lo loco. Viviendo amores que duraban menos que un orgasmo, conociendo a personas con vidas tan surrealistas que no me las creería si las leyera en una novela y visitando lugares de los que solo había oído hablar en televisión. Qué envidia me diste por momentos, joder.

Y a ti, Hugo... ¿Qué te diría? ¿Qué se le dice a alguien a quien aprecias cuando sabes que la vida le depara una gran putada? Me tentaría decirte que huyeras, que corrieras en la dirección contraria, que no te matricularas en

aquel máster, que no tontearas con aquella preciosidad rubia que se sentaba a tu lado... Que no te enamoraras. Que no planificaras un futuro con ella. Que no te casaras.

Joder, ¿te lo diría? Creo que no. He llegado a conocerte lo suficiente como para comprender cuánto quisiste a Paula. Y sí, hubo más dolor que felicidad en lo vuestro, pero fue tan puro... Me gusta mucho el Hugo actual y no creo que ese Hugo existiera sin haber pasado por todo aquello. Lo único que sí haría sería quedarme a tu lado, aunque Ada se marchara, aunque fuera una mosca cojonera a la que tendrías que presentar a la gente como «la hermana pequeña de una especie de exnovia que tuve en la universidad». Pero es que aún me estremece pensar en cuántos años pasaste solo y triste antes de que Ada volviera.

¡Ah, el regreso de Ada! Eso sí que me habría gustado contároslo. Se os habrían puesto los ojos del revés si os dijera, en aquella tarde lluviosa en la que os metíais mano bajo la manta del sofá creyendo que yo no me daba cuenta, que pasaríais diez años sin saber el uno del otro y que la casualidad volvería a uniros en el peor momento posible. O en el mejor. Sí, probablemente fue en el mejor.

Y os hablaría de lo que llegó después. De la atracción irrefrenable que os hacía acercaros cuando poníais todo vuestro esfuerzo en manteneros a distancia. De aquella confesión bajo un árbol del Retiro con la que el infierno de Hugo empezó a pesar un poco menos al convertirse en compartido. De semanas intentando manteneros a distancia, hasta que un viaje a Peñaliría os enseñó todo lo que podíais darle al otro. Y de otro a Lisboa en el que al fin os desnudasteis, en cuerpo y en alma, para anular todas las reglas de las relaciones convencionales. De cómo escribiríais sobre la piel del otro las normas que sí valdrían para vosotros. Y de lo bien que funcionó un tiempo, de lo felices que fuisteis. De cómo contagiabais ese sentimiento a todo el que se cruzaba con vosotros, y cómo yo aprendí, mirándoos, a volver a creer en todo aquello que la vida me había robado. Y del dolor. Dios, haría cualquier cosa por protegeros del dolor que llegaría cuando aquello ya no tuviera más futuro, cuando Paula se fue, cuando Hugo no pudo seguir adelante.

Fueron tiempos duros. Tiempos en los que todos sufrimos. Vosotros, por lo obvio. Yo, porque aún llevaba mucho pesar acumulado por lo que había pasado en mi matrimonio y tuve que cargarme a las espaldas la responsabilidad de cuidar de vosotros. Bueno... no *tuve* que hacerlo. Lo hice

porque era lo que tocaba... y porque me dio la gana. Porque necesitabais un abrazo y un par de consejos, y yo de eso estaba sobrada. Bueno, Hugo, tú también necesitabas que alguien convirtiera tu astillero en un hogar, y creo que en eso no lo hice mal.

Y cuando os reencontrasteis... ¡Ay, cuando os reencontrasteis! Ni siquiera sé cómo fui capaz de no plantarme en Treviño o en París o donde fuera para entrometerme con todas las de la ley. Para deciros que sí, por supuesto que os queríais, y que sí, ya estabais preparados para vivir vuestra historia. Como siempre debió ser. Como aprendisteis de lo que la vida os enseñó.

Volvisteis de París con unas sonrisas tan radiantes que podría haberos reconocido en la terminal de llegadas de Barajas solo por lo que brillabais. Brillabais, joder, como dos estrellas que al fin se habían encontrado en algún tipo de firmamento en el que el dolor se convertía en aprendizaje y el amor se multiplicaba de forma exponencial.

Os instalasteis en Madrid, en aquel piso de Argüelles que insistí e insistí hasta que también me dejasteis reformar. Fueron unos años increíbles, con un pie puesto en Madrid y otro en el astillero de Treviño. Vosotros implicados como nunca en la que ya es la empresa de los dos, pero sin perder de vista que hay una vida más allá del trabajo, y yo con mi alma puesta en esas reformas que son mucho más afición que obligación. Ni vosotros ni yo hemos sido nunca capaces de decidirnos sobre el lugar en el que preferimos vivir, así que hemos llegado a ese acuerdo tan molón en que me disteis llaves del astillero y todos vamos y venimos según nos permiten las responsabilidades. Con Guaje en el asiento trasero, jadeando más de emoción según nos acercamos. Para él también es su lugar favorito del mundo, creo que en eso coincidimos todos, sin importar la especie.

No os voy a engañar. Ha habido momentos en que no he entendido muy bien cómo me soportáis. Los dos decís que soy vuestra hermana pequeña, y me gusta hacerme la durita para que no os deis cuenta de cuánto me emociona oírlo. Pero lo hace. Sois mi familia, lo más mío que tendré jamás, y me lo habéis demostrado de más formas de las que nunca creí posibles.

Como el día que llegué al astillero a pasar un par de semanas de vacaciones y me encontré con que alguien (Hugo, sé que fuiste tú) había pintado mi nombre con letras rosas en el lateral de aquel Vespino destartado en el que me encantaba recorrer la costa.

O el día que tuvisteis aquella gran pelea y acabasteis reconciliándoos en el

piso de Chueca porque los dos decidisteis recurrir a mí para llorar vuestras penas. Aún me debéis una colcha por aquella *reconciliación*, por cierto.

O cada vez que veo cómo me habéis apoyado en esa decisión que tanto les cuesta entender a algunos de quedarme soltera. Joder, qué mal suena dicho así. Vosotros ya sabéis a qué me refiero. Quizá porque vosotros también tuvisteis que vivir demasiadas cosas que no podíais contar porque poca gente lo entendería. Y yo os comprendí. Vaya si os comprendí cuando lo vivíais. Pero solo a medias, creo. Solo llegué a entender del todo que cada uno toma las decisiones que más feliz lo hacen con las cartas que le reparte la vida cuando me cansé de relaciones que no me llenaban del todo, de sexo ocasional sin mayor compromiso y de conversaciones sin sentido en Tinder. Y todo el mundo me repetía que algún día me enamoraría, como si solo pudiera sentirme completa si eso llegaba a ocurrir. Qué manía con meternos en vena la idea del amor romántico, sin enseñarnos una mierda sobre el más importante de todos, el amor propio. Y yo solo pensaba que vaya putada sería que eso ocurriera, porque he conseguido que mi vida me guste tanto que compartir un solo ápice de ella con otra persona me parece el horror. Algunos lo llaman sologamia, yo lo llamo «hacer lo que me sale del toto en cada momento». Y mientras todo el mundo me decía cosas que me daban mucha pereza... vosotros me entendíais.

Porque vosotros lo entendéis todo. Los tres, de una u otra manera, hemos ido comprendiendo la vida, que podría haber venido con un manual de instrucciones para ahorrarnos disgustos, la verdad. Yo me conformaría con que alguien me hubiera dicho que no hay una sola receta para la felicidad. Que aquella chica alocada a la que admiré desde que aprendí a decir su nombre no siempre soñaría con recorrer el mundo con toda su vida metida en una maleta. Que yo aprendería a ser feliz sin necesidad de tener un marido, tres niños y un perro. Que, de hecho, sería mucho más feliz tirada en una hamaca en el jardín del astillero leyendo revistas de decoración y apuntando ideas para próximos proyectos de lo que un día había sido compartiendo ambiciones de futuro con un Luis que acabaría siendo un embustero que me rompería el corazón.

Si os hubiera contado aquella tarde cómo viviríamos más de quince años después, no me habríais creído. Casi parece que yo llevo la vida con la que soñaba Ada, cambiando de un proyecto a otro y viajando mucho, y tú llevas la vida con la que soñaba yo. Aunque, si os lo digo, os defenderéis diciendo que no sois nada convencionales. Que sois una pareja moderna, diferente... Bueno, será Ada quien lo diga, con el portátil apoyado sobre sus rodillas mientras

reserva un vuelo a algún lugar del mundo que ya no recorrerá sola, sino de tu mano, Hugo, y tú esbozarás una media sonrisa porque la quieres tanto que ni siquiera te importa que de vez en cuando le vengan esos agobios tontos. Porque ella, en el fondo, sabe que no renunció a nada para estar contigo. Y tú sabes que renunciaría a cualquier cosa solo por el hecho de que tú no se lo pedirías.

Me he perdido un poco. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Os decía que me habéis demostrado cuánto me queréis de mil maneras diferentes. Ada, tú llevas haciéndolo desde que tengo uso de razón, pero Hugo... Ay, Hugo. Cuánto me gustó ver cumplido tu sueño, ese que nunca te atreviste a decir en voz alta que lo era. Tu libro de poemas. Vale, es cierto que se habrán vendido unas cien unidades, de las cuales Ada y yo habremos comprado noventa o noventa y cinco, pero... Qué bonito, joder. Cuánto os reísteis de mí por llorar como una magdalena cuando llegaron las primeras copias, con tu nombre escrito en la portada en grandes letras blancas sobre una foto increíble de esa ría que nos quita el aliento. «Hugo Navarro». Ese día entendí lo que era llorar de orgullo. Y hasta os perdoné que os burlarais de mí por pasarme de emotiva, porque veía vuestros ojos brillantes también y sentí que aquel poemario era tuyo, y de Ada, y de Paula, y también mío en cierto modo. Ciento treinta poemas que me dejan sin respiración cada vez que los leo, aunque ya me los sepa de memoria. Y aquella dedicatoria...

«A Paula, que lo fue todo.

A Ada, que siempre lo será».

Para deshacer el nudo que me dejaron esas palabras en la garganta la primera vez que las leí, tuve que bromear con cuánto me indignaba que no me hubieras mencionado porque no sabía qué decir. Y la cosa no mejoró cuando abriste el libro por la página de los agradecimientos y me encontré mi nombre allí, en medio de los pocos elegidos a los que nombrabas. Y entonces ya sí que no dejé de llorar en lo que me pareció una semana. «A Cloe, por salvarme». Joder, Hugo, qué labia tienes, poeta.

Y, bueno, para regalos... el que llegó hace un año. El amor de mi vida. Eso me regalasteis, aunque Hugo prefiera llamarlo «préstamo con devolución obligatoria». La pequeña Eva. Dios, Ada, ojalá tuviera grabada tu cara el día que apareciste desenchajada en el apartamento de Chueca, comportándote como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Que si algo había fallado, que si aquello no entraba en vuestros planes, que si «qué voy a hacer» y «cómo se lo

voy a contar». Reconozco que, hasta que fuiste capaz de mencionar un retraso en la regla y un *predictor* positivo, pensaba que se te había ido la olla y te habías enrollado con otro, en cuyo caso tendría que pegarte con la manopla del horno hasta que me doliera la mano. Pero no. Lo que venía en camino, contra todo pronóstico, era un bebé.

Aquella tarde, entre lágrimas que todavía hoy no sé si eran de emoción o de pánico, o de una mezcla a partes iguales de las dos cosas, me explicaste que aquello nunca había entrado en vuestras prioridades, que estabas convencida de que serías una madre horrible, que un hijo te cortaría las alas, os las cortaría a ambos, que se acabarían los viajes improvisados, la falta de rutina... Te escuché convencida de que habías decidido no tenerlo y que tu único miedo era no saber cómo decírselo a Hugo. Y, cuando te lo planteé, me diste una de esas lecciones de vida que siempre me han encantado de ti: ni para él tener hijos era más importante que vuestra historia, ni para ti lo era no tenerlos. Y ya que aquel bebé había decidido aparecer... no estaría mal convertirlo en lo mejor que os había pasado en la vida.

La llamasteis Eva, a pesar de los ocho meses que me pasé haciendo campaña para que fuera Cloe II, pero me compensasteis convirtiéndome en su madrina y dejándome saciar con ella aquella ansia maternal que un día había tenido y que se había perdido por el camino. El pacto es que yo me la quedo los días fáciles, cuando no hay cólicos, ni dientes saliendo, ni berrinches sin razón, y vosotros os la lleváis en cuanto llora más de tres minutos seguidos, que para eso sois sus padres y yo solo la encargada de malcriarla como la tía divertida y un poco loca.

¿Te acuerdas del día que nació, Hugo? Del discursito que te di la primera vez que la cogí en brazos, usando el humor para ocultar aquel nudo en la garganta que amenazaba con volver a convertirme en el blanco de todas las burlas. Te hablé de que le daría todas las chuches que vosotros le prohibierais, de que le enseñaría a conducir mi Vespino antes de que le dejarais hacerlo, de que me la llevaría a Ibiza a los dieciséis, de que le permitiría subir a mi casa con todos los novios que le apeteciera tener... Y no había manera, no te escandalizabas. Solo me mirabas fijamente; no a mí, en realidad, sino a aquella cosita de tres kilos y medio y pelo oscuro que tenía entre los brazos, con tus ojos brillantes un poco perdidos. Y me interrumpiste, con la voz rota y tu mano posada sobre la mía, que a su vez sujetaba la de tu hija.

—Cloe... Soy padre. Es... es mía.

Y verte llorar de alegría, después de tantos años roto de dolor..., fue una de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida.

Luego llegó esa decisión loca de viajar durante sus primeros años, hasta que el cole, los deberes y todo ese rollo os aten más a Madrid. Ay, seguíis teniendo demasiado miedo a que os guste echar raíces, pero supongo que me compensa porque me dejáis acompañaros de vez en cuando con la excusa de que os ayude con Eva. Y a los tres nos gusta subirnos a un coche sin un destino demasiado claro y dejar que los kilómetros nos regalen experiencias de esas que repetiremos mil veces en el futuro. Con *Hey, Soul Sister*, la canción que hemos convertido en nuestro himno, de fondo. Joder, creo que hasta a Eva y a Guaje se les dibuja una sonrisa tontorróna cuando arranca el motor.

Ay, chicos, sí..., cuánto me gustaría poder trasladarme a aquella tarde en que aún éramos tres universitarios sin demasiadas preocupaciones y contaros todos los avatares que nos depararían los años que estaban por venir. Pero fue la vida la que se encargó de explicároslo a base de alegrías, penas, lágrimas, sonrisas, despedidas y sentimientos de esos que te estrujan el corazón. O que te lo expanden hasta que parece que las costillas no van a poder contenerlo.

¿Sabéis qué? Tal vez no. Tal vez no os contaría nada de esto. Ni me lo contaría a mí misma. Tal vez, si volviera a aquella tarde, me limitaría a abrir una cerveza y brindar con vosotros por el futuro. Tal vez la magia de todo esto, de la vida, esté en vivirla, con sus errores y sus aciertos, con lo que depende de nosotros y con lo que depende de las cartas que nos reparta la suerte, cruzando los dedos para, simplemente, llegar a un bonito final.

Agradecimientos

El proceso de escritura de *Imposible canción de amor* fue el más largo, duro y aterrador de mi carrera. También el más bonito, sin duda. Fueron meses conviviendo con Ada y Hugo en mi cabeza, sin escribir ni una línea, solo intentando encontrar la manera de contar una historia que ellos me susurraban al oído. Dudé mucho, como ellos. Tomé decisiones que dolían, como ellos. Y lo sentí todo con una intensidad enorme, como ellos.

Todo esto suena muy bonito aquí, contado en los agradecimientos de una novela, pero no lo fue tanto para las personas que tuvieron que aportar su enorme grano de arena para que yo no enloqueciera —o no del todo, al menos— y que me aguantaron con paciencia, me aconsejaron con sabiduría y confiaron en mí con fe ciega. Así que toca darles las gracias porque una parte de este libro es suya.

A mi madre y a Juan, los dos pilares en los que se asienta todo lo que soy. Esta historia nació en un viaje con vosotros, uno de esos en los que nos subimos a un coche con los perros y recorremos muchos kilómetros. Si en algún momento os preguntasteis por qué me daban ausencias durante aquellos días, la respuesta es que Ada y Hugo habían decidido empezar a contarme su historia.

Y fue en otro viaje, esta vez sin madre y sin perros, cuando supe que me atrevería a escribir esta novela. A finales del verano de 2017, Ada y Hugo llevaban meses torturándome. Tenía clarísimo cómo eran —ya los conocía mejor que a algunos miembros de mi familia—. Tenía clarísimo el comienzo de su historia. Y su evolución. Pero no tenía ni la menor idea de qué hacer para que Hugo sobreviviera al dolor en su peor momento. Estaba bloqueada y con unas tentaciones terribles de abandonar esta historia y pasar a otra cosa. Y entonces, un día, llegó aquel viaje en moto por el occidente de Asturias que me regaló los escenarios que necesitaba para que todo encajara. Gracias, Juan, por ese día, por tantos días. Por recordarme que, como Hugo, yo también tengo siempre un trozo del corazón a orillas del Cantábrico.

A Altea Morgan, porque de una conversación contigo surgió el germen de *Imposible canción de amor*. Y por todas esas charlas vía audio de WhatsApp que suelen llegar a horas intempestivas y que han sido muchas veces el sostén necesario para seguir adelante en este trabajo.

A Alice, Neïra y Saray, como siempre, por la santa paciencia. Porque he sido un auténtico grano en el culo con esta historia, que empezaba, borraba, retomaba, dudaba... Por las veces que os he hablado de Ada, Hugo y Cloe como si fueran personas reales y, cuando me preguntabais cuánto llevaba escrito, yo contestaba algo así como «quince palabras». Y por todo lo demás que ya sabemos: los «buenos días» en el grupo, las intervenciones ante el «esta novela es una mierda, voy a borrarla» y el no juzgar ante el «esta novela es lo mejor que he escrito jamás».

A Susanna Herrero, por haber leído el manuscrito casi en *streaming*. Por tus mensajes de ánimo cada vez que te mandaba un pequeño fragmento y por haber leído el epílogo de madrugada, unos quince segundos después de que acabara de escribirlo. Hugo y Ada son también un poco tuyos. Muy tuyos.

A Alejandra Beneyto, porque tus palabras cuando acabaste de leer esta historia fueron el aliento que necesitaba cuando el proceso de publicación ya estaba en marcha y me asaltaban las dudas.

A Pepa, por prestarme la calle Barquillo para que Ada y Cloe tuvieran su rincón en Madrid. Y por aparecer en mi vida, así, en general.

A mis amigas, las de siempre, por ser mi Ada cuando yo fui Cloe, y por ser mi Cloe cuando yo era Hugo. Vosotras ya sabéis.

A Pablo Álvarez, Nicolas Bersihand y todo el equipo de Editabundo por haber confiado en mí desde el principio y por todo el cariño y el esfuerzo que pusisteis para que Ada saliera a ver mundo.

A mi editora, Carmen Romero Dorr, y a todo el equipo de Ediciones B y Penguin Random House, por haber creído en Ada y Hugo y haberles permitido llegar hasta aquí.

Y, como siempre, a vosotras, mis lectoras. Las que llegasteis este año y las que estáis aquí desde el principio. Por comprar mis novelas, por los mensajes de apoyo, por las reseñas en vuestros blogs, por esas fotos preciosas en Instagram y..., resumiendo, por hacer que este viaje sea la aventura más maravillosa que he emprendido jamás. Un gracias enorme.

Una historia de amor triste con un deslumbrante rayo de luz



Hay historias de amor de todo tipo. Y a la vez todas son únicas. Este es uno de esos relatos en el que los protagonistas parecen seguir dos caminos que se cruzan inevitablemente, a pesar de todo y de todos, en el que los sentimientos son tan reales que lo demás podría ser mentira.

La historia de Ada y Hugo habla de amor y dolor, de decisiones, de opciones, de renunciaciones. Habla de atreverse, de acobardarse, de tenerlo todo, de no tener nada, de reconstruirse, de reencontrarse, de cambiar. Habla de vivir. La historia de Ada y Hugo habla de amor y dolor, de decisiones, de opciones, de renunciaciones. Habla de atreverse, de acobardarse, de tenerlo todo, de no tener nada, de reconstruirse, de reencontrarse, de cambiar. Habla de vivir.

Abril Camino ha escrito una novela de sentimientos, brillante e íntima, con un estilo literario poético e inteligente. Una delicada y gran historia de amor; una canción imposible de olvidar sobre el latido de toda una generación

Abril Camino (A Coruña, 1980) se licenció en Filología Hispánica e Inglesa, pero eso no fue suficiente para saciar su ansia de vivir historias ajenas. Después de años devorando libros, un día descubrió que crear ella misma los personajes y las tramas era aún más divertido. Desde entonces, vive pegada a las teclas de su portátil dando forma a relatos que, en ocasiones, toman vida propia y le dan forma a ella. Cuando no está rodeada de libros, es posible encontrarla viajando por el mundo, achuchando perros (propios o ajenos) o procrastinando eternamente en sus redes sociales. Sus novelas *Te quise como si fuera posible*, *Mi mundo en tus ojos* o la saga *Destino* han conquistado a decenas de miles de lectores.

Instagram (abrilcamino)

Twitter (abrilcamino)

Facebook (abrilcamino.official)

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Abril Camino

Autora representada por Editabundo, Agencia Literaria, S. L.

www.editabundo.com

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez

Ilustración de portada: © Romina Colucci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6567-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Imposible canción de amor

Nota de la autora

Prólogo. Dulce introducción al caos

PRIMERA PARTE. LA DUDA DE ADA

1. Esta casa es para dos
2. Vivo mil aventuras sin salir de aquí
3. Loving can hurt
4. I won't take the easy road
5. Cuando fuimos los mejores
6. La flaca
7. I got something to say to you
8. Rien de rien
9. No lo conseguiré, saber más de ti
10. Las dudas infinitas
11. Yes, I think you've seen me before
12. Eres un animal salvaje
13. Siento que algo echo en falta, no sé si será el amor

14. When will I learn?
15. Más bonita que ninguna
16. Two worlds collided

SEGUNDA PARTE. LA DUDA DE HUGO

17. I'm on my knees looking for the answer
18. Entre los dedos se me escapa volando una flor
19. Who can take my hand?
20. Telling my whole life with his words
21. Que tu m'aimais encore
22. Should I stay or should I go?
23. Lisboa era mía, Lisboa eras tú
24. The valentines I never knew
25. No es exactamente lo que debería ser
26. Pongamos que hablo de Madrid
27. This can't be right
28. The pain will make you crazy
29. Un hondo penar

TERCERA PARTE. LA CERTEZA DE ADA

30. Tous mes idéaux des mots
31. En descuidos crearemos universos
32. Why do you think you here?

33. Hello darkness, my old friend

34. El ayer se hizo hoy

35. He llorado tan adentro

36. Let's live it up

CUARTA PARTE. LA CERTEZA DE HUGO

37. I need a place to hide away

38. Y la vida siguió

39. Qué hacer con tanta angustia

40. The fight becomes the fire

41. I still believe

42. Prometimos no olvidarnos

43. I was so broken-hearted

44. Can you hear me?

45. Please, come take my hand

46. I'll make you happy

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Abril Camino

Créditos